DRÁCULA

Dracula



BRAM STOKER

Novela · 1897

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Sobre esta traducción

Adaptado del inglés gracias a LeyThra.

Esta es una traducción **completa** de *Dracula* (1897), de Bram Stoker (1847-1912), obra de dominio público. No hay resúmenes ni recortes: están los veintisiete capítulos y la nota final de Jonathan Harker. El texto base es el de la edición inglesa de Project Gutenberg (eBook n.º 345); no se reutilizó ninguna traducción anterior al español: la traducción es un trabajo nuevo.

La novela es epistolar: se compone de diarios, cartas, telegramas, recortes de prensa y hasta cilindros de fonógrafo. Cada fragmento lleva en cursiva el nombre de quien lo escribe y, en el índice, cada capítulo indica de quién es el diario que lo abre.

Se tradujo a un español neutro de Latinoamérica. Los personajes sin confianza entre sí se tratan de «usted»; los íntimos se tutean, y los grupos son «ustedes» (nunca «vosotros»). El profesor Van Helsing, que es holandés, habla un español algo torcido, como en el original habla un inglés algo torcido. Los personajes populares (Bilder, los transportistas, Bloxam, el capitán Donelson) hablan en un registro coloquial suave.

La traducción la realizó Claude, una inteligencia artificial de Anthropic.

Índice

CAPÍTULO I · Diario de Jonathan Harker **6**

CAPÍTULO II · Diario de Jonathan Harker (continuación) **27**

CAPÍTULO III · Diario de Jonathan Harker (continuación) **47**

CAPÍTULO IV · Diario de Jonathan Harker (continuación) **68**

CAPÍTULO V · Cartas de Lucy y Mina **89**

CAPÍTULO VI · Diario de Mina Murray **102**

CAPÍTULO VII · Recorte de «The Dailygraph», 8 de agosto **122**

CAPÍTULO VIII · Diario de Mina Murray **143**

CAPÍTULO IX · Cartas y diarios **165**

CAPÍTULO X · Diario del doctor Seward **186**

CAPÍTULO XI · Diario de Lucy Westenra **208**

CAPÍTULO XII · Diario del doctor Seward **227**

CAPÍTULO XIII · Diario del doctor Seward (continuación) **253**

CAPÍTULO XIV · Diario de Mina Harker **278**

CAPÍTULO XV · Diario del doctor Seward (continuación)

CAPÍTULO XVI · Diario del doctor Seward (continuación) **322**

CAPÍTULO XVII · Diario del doctor Seward (continuación) **339**

CAPÍTULO XVIII · Diario del doctor Seward **359**

CAPÍTULO XIX · Diario de Jonathan Harker **384**

CAPÍTULO XX · Diario de Jonathan Harker **404**

CAPÍTULO XXI · Diario del doctor Seward **426**

CAPÍTULO XXII · Diario de Jonathan Harker **448**

CAPÍTULO XXIII · Diario del doctor Seward **468**

CAPÍTULO XXIV · Diario fonográfico del doctor Seward, dictado por Van Helsing **489**

CAPÍTULO XXV · Diario del doctor Seward **511**

CAPÍTULO XXVI · Diario del doctor Seward **534**

CAPÍTULO XXVII · Diario de Mina Harker **560**

NOTA · Por Jonathan Harker **587**

Notas de la traducción **589**

CAPÍTULO I

Diario de Jonathan Harker

(Escrito en taquigrafía.)

3 de mayo. Bistritz.—Salí de Múnich a las 8:35 de la noche del 1.º de mayo y llegué a Viena temprano a la mañana siguiente; debí haber llegado a las 6:46, pero el tren se retrasó una hora. Budapest parece un lugar maravilloso, por lo que alcancé a ver desde el tren y lo poco que pude caminar por sus calles. Temí alejarme mucho de la estación, pues habíamos llegado tarde y partiríamos lo más cerca posible de la hora fijada. La impresión que tuve fue la de que dejábamos el Occidente y entrábamos en el Oriente; el más occidental de los espléndidos puentes sobre el Danubio, que aquí tiene un ancho y una profundidad nobles, nos internó entre las tradiciones de la dominación turca.

Partimos bastante a tiempo y llegamos, ya de noche, a Klausenburgh. Aquí me detuve a pasar la noche en el Hotel Royale. Cené, o mejor dicho merendé, un pollo preparado de algún modo con pimentón rojo, que estaba muy bueno pero daba sed. (Nota: conseguir la receta para Mina.) Le pregunté al mozo y me dijo que se llamaba «paprika hendl» y que, como era plato nacional, podría encontrarlo en cualquier parte a lo largo de los Cárpatos. Mis escasos conocimientos de alemán me resultaron aquí muy útiles; en verdad, no sé cómo me las arreglaría sin

ellos.

Como tuve algo de tiempo libre en Londres, visité el Museo Británico y busqué en los libros y mapas de la biblioteca información sobre Transilvania; se me había ocurrido que un conocimiento previo del país no podía sino ser de cierta importancia al tratar con un noble de esa tierra. Averigüé que la región que él mencionó está en el extremo oriental del país, justo en la frontera de tres estados, Transilvania, Moldavia y Bucovina, en medio de los montes Cárpatos; una de las partes más salvajes y menos conocidas de Europa. No pude dar con ningún mapa u obra que indicara la ubicación exacta del castillo de Drácula, pues todavía no hay mapas de este país que puedan compararse con los de nuestro Servicio Cartográfico; pero descubrí que Bistritz, la ciudad de correos que nombró el conde Drácula, es un lugar bastante conocido. Anotaré aquí algunos de mis apuntes, pues podrán refrescar mi memoria cuando conversemos con Mina sobre mis viajes.

En la población de Transilvania hay cuatro nacionalidades distintas: sajones en el sur y, mezclados con ellos, los valacos, descendientes de los dacios; magiares en el oeste y székelys en el este y el norte. Voy a estar entre estos últimos, que dicen descender de Atila y los hunos. Puede ser, pues cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XI encontraron a los hunos asentados en él. Leí que todas las supersticiones conocidas del mundo se han reunido en la herradura de los Cárpatos, como si fuera el centro de una especie de

torbellino de la imaginación; si es así, mi estadía puede resultar muy interesante. (Nota: debo preguntarle al conde todo sobre ellas.)

No dormí bien, aunque la cama era bastante cómoda, pues tuve toda clase de sueños extraños. Un perro estuvo aullando toda la noche bajo mi ventana, lo cual puede haber tenido algo que ver; o quizá fue el pimentón, pues tuve que beberme toda el agua de mi garrafa y seguía con sed. Hacia la madrugada me dormí y me despertó un golpeteo continuo en la puerta, de modo que supongo que entonces dormía profundamente. Para el desayuno tuve más pimentón y una especie de papilla de harina de maíz que llamaban «mamaliga», y berenjena rellena de carne picada, un plato excelente que llaman «impletata». (Nota: conseguir también esta receta.) Tuve que apresurar el desayuno, porque el tren salía poco antes de las ocho, o más bien debía haber salido, pues, tras correr a la estación a las 7:30, tuve que quedarme sentado en el vagón más de una hora antes de que nos pusiéramos en marcha. Me parece que cuanto más al este se va, más impuntuales son los trenes. ¿Cómo serán en China?

Durante todo el día parecimos avanzar a paso de tortuga por un país lleno de belleza de toda clase. A veces veíamos pueblitos o castillos en lo alto de empinadas colinas, como los que vemos en los misales antiguos; a veces corríamos junto a ríos y arroyos que, a juzgar por el ancho margen pedregoso a ambos lados, parecían sujetos a grandes crecidas. Hace falta mucha agua, y de corriente fuerte, para barrer el borde exterior de un río. En cada estación

había grupos de gente, a veces multitudes, con toda clase de atuendos. Algunos eran iguales a los campesinos de nuestra tierra o a los que vi al cruzar Francia y Alemania, con chaquetas cortas, sombreros redondos y pantalones hechos en casa; pero otros eran muy pintorescos. Las mujeres parecían bonitas, salvo cuando uno se les acercaba, pero eran muy toscas de cintura. Todas llevaban amplias mangas blancas de un tipo u otro, y la mayoría grandes cinturones de los que colgaban muchas tiras de algo que ondeaba como los trajes de un ballet, aunque por supuesto llevaban enaguas debajo. Las figuras más extrañas que vimos fueron los eslovacos, más bárbaros que los demás, con sus grandes sombreros de vaquero, sus enormes pantalones abolsados de un blanco sucio, sus camisas de lino blanco y enormes y pesados cinturones de cuero, de casi un pie de ancho, todos tachonados de clavos de latón. Llevaban altas botas con los pantalones metidos dentro, y tenían el pelo largo y negro y espesos bigotes negros. Son muy pintorescos, pero no tienen un aspecto agradable. En un escenario se los tomaría de inmediato por una antigua banda oriental de bandoleros. Son, sin embargo, según me dicen, muy inofensivos y bastante faltos de autoafirmación natural.

Caía la tarde, en el lado oscuro del crepúsculo, cuando llegamos a Bistritz, que es un lugar antiguo muy interesante. Estando prácticamente en la frontera —pues el paso de Borgo conduce desde allí a Bucovina—, ha tenido una existencia muy agitada, y sin duda lo muestra. Hace cincuenta años se produjo una serie de grandes incendios que causaron terribles estragos en cinco

ocasiones distintas. A principios mismo del siglo XVII sufrió un sitio de tres semanas y perdió 13 000 personas, ayudadas las bajas de la guerra propiamente dicha por el hambre y la enfermedad.

El conde Drácula me había indicado que fuera al hotel Corona de Oro, que encontré, para mi gran deleite, completamente a la antigua, pues por supuesto quería ver todo lo posible de las costumbres del país. Evidentemente me esperaban, porque al acercarme a la puerta me encontré con una mujer mayor de aspecto alegre, con el traje habitual de campesina: ropa interior blanca con un largo delantal doble, por delante y por detrás, de tela de color, ajustado casi demasiado para el pudor. Cuando me acerqué hizo una reverencia y dijo: «¿El señor inglés?». «Sí —dije—, Jonathan Harker.» Sonrió y dio algún recado a un hombre mayor en mangas de camisa blancas, que la había seguido hasta la puerta. Él se fue, pero volvió de inmediato con una carta:

«Amigo mío: Bienvenido a los Cárpatos. Lo espero con ansiedad. Duerma bien esta noche. Mañana a las tres saldrá la diligencia hacia Bucovina; le han reservado un asiento. En el paso de Borgo mi carruaje lo esperará y lo traerá hasta mí. Confío en que su viaje desde Londres haya sido feliz y en que disfrute su estadía en mi hermosa tierra.

»Su amigo,

»Drácula.»

4 de mayo.—Descubrí que mi posadero había recibido una carta del conde indicándole que me asegurara el

mejor sitio del coche; pero al preguntarle por los detalles se mostró algo reticente y fingió no entender mi alemán. Esto no podía ser cierto, porque hasta entonces lo había entendido perfectamente; al menos, respondía a mis preguntas exactamente como si lo entendiera. Él y su esposa, la anciana que me había recibido, se miraron de manera asustada. Murmuró que el dinero había sido enviado en una carta y que eso era todo lo que sabía. Cuando le pregunté si conocía al conde Drácula y podía decirme algo de su castillo, tanto él como su esposa se persignaron y, diciendo que no sabían nada en absoluto, se negaron sencillamente a seguir hablando. Faltaba tan poco para la hora de salida que no tuve tiempo de preguntar a nadie más, pues todo era muy misterioso y de ningún modo tranquilizador.

Justo antes de partir, la anciana subió a mi habitación y me dijo de un modo muy histérico:

«¿Tiene que irse? ¡Oh!, joven señor, ¿de veras tiene que irse?». Estaba en un estado tan excitado que parecía haber perdido el dominio del poco alemán que sabía y lo mezclaba todo con alguna otra lengua que yo no conocía en absoluto. Pude seguirla apenas, haciendo muchas preguntas. Cuando le dije que debía ir de inmediato y que me ocupaba en asuntos importantes, preguntó de nuevo:

«¿Sabe qué día es?». Respondí que era el cuatro de mayo. Ella movió la cabeza mientras decía otra vez:

«¡Oh, sí! Eso lo sé, lo sé, pero ¿sabe qué día es?». Al decirle yo que no entendía, siguió:

«Es la víspera del día de San Jorge. ¿No sabe que esta noche, cuando el reloj dé la medianoche, todas las cosas malignas del mundo tendrán pleno dominio? ¿Sabe adónde va y a qué va?». Estaba en un estado de tan evidente angustia que traté de consolarla, pero sin efecto. Por último se puso de rodillas y me imploró que no fuera; que al menos esperara uno o dos días antes de partir. Era todo muy ridículo, pero no me sentía cómodo. Sin embargo, había un negocio que atender y no podía permitir que nada se interpusiera. Así que traté de levantarla y le dije, tan gravemente como pude, que se lo agradecía, pero que mi deber era imperioso y que debía ir. Entonces se levantó, se secó los ojos y, tomando un crucifijo de su cuello, me lo ofreció. No supe qué hacer, pues, como miembro de la Iglesia anglicana, me han enseñado a considerar tales cosas en cierta medida idólatras, y sin embargo parecía tan descortés rehusar a una anciana que obraba con tan buena intención y en tal estado de ánimo. Ella vio, supongo, la duda en mi rostro, pues me puso el rosario alrededor del cuello y dijo: «Por el amor de su madre», y salió de la habitación. Estoy escribiendo esta parte del diario mientras espero el coche, que, por supuesto, se retrasa; y el crucifijo sigue en mi cuello. No sé si es el miedo de la anciana, o las muchas tradiciones fantasmales de este lugar, o el crucifijo mismo, pero no me siento ni de lejos tan tranquilo como de costumbre. Si este cuaderno llegara a Mina antes que yo, que lleve mi despedida. ¡Aquí viene el coche!

5 de mayo. El castillo.—Ha pasado el gris de la mañana y el sol está alto sobre el lejano horizonte, que parece

dentado, ya sea de árboles o de colinas, no lo sé, pues está tan lejos que lo grande y lo pequeño se confunden. No tengo sueño y, como no me llamarán hasta que despierte, naturalmente escribo hasta que me venza el sueño. Hay muchas cosas extrañas que anotar y, para que quien las lea no piense que cené demasiado bien antes de salir de Bistritz, dejaré anotada mi cena exactamente. Cené lo que llamaban «bistec de bandolero»: trozos de tocino, cebolla y carne de res, sazonados con pimentón rojo y ensartados en palos y asados al fuego, al sencillo estilo de la carne para gatos de Londres. El vino era Golden Mediasch, que produce un curioso escozor en la lengua, no desagradable sin embargo. Solo tomé un par de copas y nada más.

Cuando subí al coche, el cochero no había ocupado su asiento y lo vi hablando con la posadera. Evidentemente hablaban de mí, porque de vez en cuando me miraban, y algunas de las personas que estaban sentadas en el banco junto a la puerta —al que llaman con un nombre que significa «portador de palabras»— vinieron a escuchar y luego me miraron, la mayoría con lástima. Oí muchas palabras repetidas con frecuencia, palabras extrañas, pues había muchas nacionalidades entre la gente; así que saqué con discreción mi diccionario políglota de la maleta y las busqué. Debo decir que no me alentaron, pues entre ellas figuraban «Ordog» —Satán—, «pokol» —infierno—, «stregoica» —bruja—, «vrolok» y «vlkoslak», que significan lo mismo, una en eslovaco y otra en servio, algo que es o bien hombre lobo o bien vampiro. (Nota: debo preguntarle al conde sobre estas supersticiones.)

Cuando partimos, la gente reunida ante la puerta de la posada, que para entonces había crecido hasta formar una multitud considerable, hizo el signo de la cruz y me señaló con dos dedos. Con cierta dificultad conseguí que un compañero de viaje me dijera qué significaba; al principio no quiso responder, pero al enterarse de que yo era inglés explicó que era un amuleto o resguardo contra el mal de ojo. Esto no era muy agradable para mí, que partía hacia un lugar desconocido a encontrarme con un hombre desconocido; pero todos parecían tan bondadosos, tan afligidos y tan compasivos que no pude sino conmoverme. Nunca olvidaré la última visión que tuve del patio de la posada y su multitud de pintorescas figuras, todas persignándose, de pie en torno al amplio arco, con el fondo del rico follaje de adelfas y naranjos en tinas verdes agrupados en el centro del patio. Luego nuestro cochero, cuyos anchos calzones de lino cubrían todo el frente del pescante —«gotza» los llaman—, hizo restallar su gran látigo sobre sus cuatro caballitos, que corrían en fila, y emprendimos nuestro viaje.

Pronto perdí de vista y de memoria los miedos fantasmales ante la belleza del paisaje mientras avanzábamos, aunque, de haber conocido la lengua, o más bien las lenguas, que hablaban mis compañeros de viaje, quizá no habría podido sacudírmelos con tanta facilidad. Ante nosotros se extendía una tierra verde y en pendiente, llena de bosques y arboledas, con empinadas colinas aquí y allá coronadas de matas de árboles o de casas de labranza, con el hastial ciego hacia el camino. Por todas partes había una masa desconcertante de flores de

frutales —manzano, ciruelo, peral, cerezo—, y al pasar yo podía ver la hierba verde bajo los árboles salpicada de pétalos caídos. Entre estas verdes colinas de lo que aquí llaman la «Mittel Land» corría el camino, perdiéndose al doblar la curva herbosa o quedando oculto por los extremos dispersos de los pinares, que aquí y allá descendían por las laderas como lenguas de fuego. El camino era escabroso, pero aun así parecíamos volar sobre él con una prisa febril. No pude entender entonces qué significaba la prisa, pero el cochero estaba evidentemente resuelto a no perder tiempo para llegar a Borgo Prund. Me dijeron que este camino es excelente en verano, pero que aún no se había arreglado tras las nieves del invierno. En esto se diferencia del común de los caminos de los Cárpatos, pues es antigua tradición que no se los mantenga en demasiado buen estado. En otro tiempo los hospodares no los reparaban, no fuera que el turco pensara que se preparaban para traer tropas extranjeras y así apresurara la guerra, que siempre estaba en realidad a punto de estallar.

Más allá de las verdes colinas ondulantes de la Mittel Land se alzaban poderosas laderas de bosque hasta las altas cumbres de los Cárpatos mismos. A derecha e izquierda se elevaban sobre nosotros, con el sol de la tarde cayendo de lleno sobre ellas y haciendo resaltar todos los gloriosos colores de esta hermosa cordillera: azul profundo y púrpura en las sombras de los picos, verde y pardo donde se mezclaban la hierba y la roca, y una interminable perspectiva de roca dentada y riscos puntiagudos, hasta que estos mismos se perdían en la

distancia, donde se alzaban grandiosas las cumbres nevadas. Aquí y allá parecían abrirse poderosas grietas en las montañas, a través de las cuales, cuando el sol empezó a hundirse, veíamos de vez en cuando el blanco destello del agua que caía. Uno de mis compañeros me tocó el brazo cuando rodeábamos la base de una colina y se abría ante nosotros el alto pico nevado de una montaña que, mientras seguíamos nuestro camino serpenteante, parecía estar justo delante:

«¡Mire! ¡Isten szek!» —«¡El trono de Dios!»— y se persignó con reverencia.

Mientras seguíamos nuestro camino interminable y el sol se hundía más y más a nuestra espalda, las sombras de la tarde empezaron a rodearnos. Esto se acentuaba porque la cima nevada de la montaña aún retenía el ocaso y parecía brillar con un delicado rosa frío. Aquí y allá pasamos junto a checos y eslovacos, todos con pintorescos atuendos, pero noté que el bocio era dolorosamente frecuente. Junto al camino había muchas cruces, y al pasar, mis compañeros se persignaban todos. Aquí y allá había un campesino o una campesina arrodillados ante un santuario, que ni siquiera se volvían al acercarnos, sino que, en la entrega de su devoción, parecían no tener ojos ni oídos para el mundo exterior. Había muchas cosas nuevas para mí: por ejemplo, almiares en los árboles, y aquí y allá hermosísimas masas de abedules llorones, con sus troncos blancos brillando como plata entre el delicado verde de las hojas. De vez en cuando pasábamos junto a un «leiter-wagon» —la carreta ordinaria del campesino—, con

su larga vértebra de serpiente, calculada para adaptarse a las irregularidades del camino. En ella solía ir sentado todo un grupo de campesinos que volvían a casa, los checos con sus pellizas blancas y los eslovacos con las de color, estos últimos llevando como lanzas sus largos bastones con un hacha en la punta. Al caer la tarde empezó a hacer mucho frío, y el crepúsculo creciente parecía fundir en una sola oscura bruma la sombra de los árboles, roble, haya y pino, aunque en los valles que corrían hondos entre los contrafuertes de las colinas, mientras ascendíamos por el paso, los abetos oscuros se destacaban aquí y allá contra el fondo de la nieve tardía. A veces, cuando el camino cortaba los pinares que parecían cerrarse sobre nosotros en la oscuridad, grandes masas de gris que aquí y allá cubrían los árboles producían un efecto peculiarmente extraño y solemne, que continuaba los pensamientos y sombrías fantasías engendrados antes en la tarde, cuando el ocaso poniente hacía resaltar de modo extraño las nubes fantasmales que entre los Cárpatos parecen serpentear sin cesar por los valles. A veces las colinas eran tan empinadas que, a pesar de la prisa del cochero, los caballos solo podían ir despacio. Yo quería bajar y subirlas a pie, como hacemos en casa, pero el cochero no lo permitía. «No, no —dijo—; no debe caminar aquí; los perros son demasiado feroces»; y luego añadió, con lo que evidentemente quería ser una broma siniestra —pues miró a su alrededor para captar la sonrisa aprobatoria de los demás—: «Y puede que tenga bastante de esos asuntos antes de irse a dormir». La única parada que haría fue una breve pausa para encender sus faroles.

Cuando oscureció pareció haber cierta agitación entre los pasajeros, que no cesaban de hablarle, uno tras otro, como instándolo a mayor velocidad. Él azotó a los caballos sin piedad con su largo látigo y, con salvajes gritos de aliento, los urgió a mayores esfuerzos. Entonces, a través de la oscuridad, vi una especie de mancha de luz gris ante nosotros, como si hubiera una hendidura en las colinas. La agitación de los pasajeros fue en aumento; el loco coche se mecía sobre sus grandes ballestas de cuero y se balanceaba como un bote zarandeado por un mar tormentoso. Tuve que agarrarme. El camino se hizo más llano y parecimos volar. Entonces las montañas parecieron acercarse a nosotros a cada lado y fruncir el ceño sobre nosotros: entrábamos en el paso de Borgo. Uno por uno, varios pasajeros me ofrecieron regalos, que me instaban a aceptar con un ahínco que no admitía negativa; eran por cierto de una clase extraña y variada, pero cada uno se daba con sencilla buena fe, con una palabra amable y una bendición, y esa extraña mezcla de ademanes de significado temeroso que había visto ante el hotel de Bistritz: el signo de la cruz y el resguardo contra el mal de ojo. Luego, mientras volábamos, el cochero se inclinó hacia delante y, a cada lado, los pasajeros, asomados por el borde del coche, escudriñaban ansiosamente la oscuridad. Era evidente que algo muy emocionante ocurría o se esperaba, pero, aunque pregunté a cada pasajero, ninguno quiso darme la más leve explicación. Este estado de agitación se mantuvo durante algún rato; y al fin vimos ante nosotros que el paso se abría hacia el lado oriental. Había nubes oscuras y rodantes sobre nuestras cabezas, y

en el aire el pesado y opresivo presagio de un trueno. Parecía como si la cordillera hubiera separado dos atmósferas y ahora hubiéramos entrado en la tronadora. Yo mismo buscaba ahora el vehículo que debía llevarme hasta el conde. A cada momento esperaba ver el resplandor de unos faroles en la negrura; pero todo era oscuridad. La única luz eran los rayos vacilantes de nuestros propios faroles, en los que el vapor de nuestros caballos, agotados de tanto correr, subía en una nube blanca. Veíamos ahora el camino arenoso tendido blanco ante nosotros, pero no había en él señal de vehículo. Los pasajeros se echaron atrás con un suspiro de alegría que parecía burlarse de mi propio desengaño. Ya pensaba en lo que mejor me convendría hacer cuando el cochero, mirando su reloj, dijo a los demás algo que apenas pude oír, tan quedo y en tono tan bajo lo dijo; me pareció que era: «Una hora menos de lo previsto». Luego, volviéndose hacia mí, dijo en un alemán peor que el mío:

«No hay carruaje aquí. Al fin y al cabo, no se espera al señor. Ahora vendrá a Bucovina y volverá mañana o pasado mañana; mejor pasado mañana». Mientras hablaba, los caballos empezaron a relinchar y bufar y a encabritarse locamente, de modo que el cochero tuvo que sujetarlos. Entonces, entre un coro de gritos de los campesinos y un persignarse general, una calesa de cuatro caballos llegó detrás de nosotros, nos alcanzó y se detuvo junto al coche. Pude ver, por el destello de nuestros faroles cuando sus rayos caían sobre ellos, que los caballos eran animales negros como el carbón y magníficos. Los conducía un hombre alto, de larga barba castaña y gran

sombrero negro, que parecía ocultarnos su rostro. Solo pude ver el brillo de un par de ojos muy brillantes, que parecían rojos a la luz de los faroles, cuando se volvió hacia nosotros. Dijo al cochero:

«Hoy llega temprano, amigo mío». El hombre tartamudeó en respuesta:

«El señor inglés tenía prisa», a lo cual el desconocido replicó:

«Por eso, supongo, quería que siguiera hasta Bucovina. No puede engañarme, amigo mío; sé demasiado, y mis caballos son veloces». Mientras hablaba sonrió, y la luz de los faroles cayó sobre una boca de aspecto duro, con labios muy rojos y dientes de aspecto afilado, blancos como el marfil. Uno de mis compañeros susurró a otro el verso de la «Lenore» de Bürger:

«Denn die Todten reiten schnell» —

(«Porque los muertos viajan rápido».)

El extraño cochero oyó evidentemente las palabras, pues alzó la vista con una sonrisa brillante. El pasajero volvió la cara hacia otro lado, a la vez que extendía los dos dedos y se persignaba. «Deme el equipaje del señor», dijo el cochero; y con extrema presteza me sacaron las maletas y las pusieron en la calesa. Luego descendí por el costado del coche, pues la calesa estaba pegada a él, ayudándome el cochero con una mano que me atrapó el brazo con una presa de acero; su fuerza debía de ser prodigiosa. Sin una palabra sacudió las riendas, los caballos giraron y nos lanzamos a la oscuridad del paso. Al mirar atrás vi el vapor

de los caballos del coche a la luz de los faroles y, proyectadas contra él, las figuras de mis antiguos compañeros persignándose. Luego el cochero hizo restallar su látigo y llamó a sus caballos, y estos partieron a todo galope rumbo a Bucovina. Al hundirse ellos en la oscuridad sentí un extraño escalofrío y me invadió una sensación de soledad; pero me echaron una capa sobre los hombros y una manta sobre las rodillas, y el cochero dijo en excelente alemán:

«La noche es fría, mein Herr, y mi amo el conde me encargó cuidarlo en todo. Hay una botella de slivovitz (el aguardiente de ciruela del país) debajo del asiento, por si lo necesita». No tomé, pero era un consuelo saber que estaba allí de todos modos. Me sentía un poco raro y no poco asustado. Creo que, de haber habido alguna alternativa, la habría tomado en lugar de proseguir aquel viaje nocturno hacia lo desconocido. El carruaje avanzó a paso rápido en línea recta, luego dimos una vuelta completa y seguimos por otro camino recto. Me pareció que simplemente pasábamos una y otra vez por el mismo terreno; así que me fijé en un punto saliente y comprobé que era así. Me habría gustado preguntar al cochero qué significaba todo aquello, pero en verdad temía hacerlo, pues pensé que, en mi situación, cualquier protesta no habría surtido efecto si había intención de retrasarnos. Sin embargo, poco después, como tenía curiosidad por saber cómo pasaba el tiempo, encendí un fósforo y a su llama miré mi reloj; faltaban unos pocos minutos para la medianoche. Esto me causó una especie de sobresalto, pues supongo que la superstición general sobre la

medianoche aumentó con mis recientes experiencias. Esperé con una náusea de suspenso.

Entonces un perro empezó a aullar en alguna casa de labranza lejos, camino abajo: un largo lamento agónico, como de miedo. El sonido fue recogido por otro perro, luego otro y otro, hasta que, llevado por el viento que ahora suspiraba suavemente por el paso, comenzó un aullido salvaje que parecía venir de todo el país, hasta donde la imaginación podía alcanzar a través de la penumbra de la noche. Al primer aullido los caballos empezaron a tensarse y encabritarse, pero el cochero les habló con voz tranquilizadora y se calmaron, aunque temblaban y sudaban como tras una desbandada por un susto repentino. Entonces, lejos, a la distancia, desde las montañas a cada lado de nosotros, comenzó un aullido más fuerte y agudo, el de los lobos, que afectó de igual modo a los caballos y a mí, pues a mí me daban ganas de saltar de la calesa y echar a correr, mientras ellos se encabritaban otra vez y se lanzaban locamente, de modo que el cochero tuvo que emplear toda su gran fuerza para que no se desbocaran. En pocos minutos, sin embargo, mis propios oídos se acostumbraron al sonido y los caballos se calmaron lo bastante para que el cochero pudiera bajar y ponerse delante de ellos. Los acarició y tranquilizó y les susurró algo al oído, como he oído que hacen los domadores de caballos, y con extraordinario efecto, pues bajo sus caricias volvieron a ser bastante manejables, aunque seguían temblando. El cochero volvió a ocupar su asiento y, sacudiendo las riendas, partió a gran velocidad. Esta vez, tras llegar al otro lado del paso, giró de pronto

por un angosto camino que torcía bruscamente a la derecha.

Pronto nos vimos encerrados entre árboles que en algunos lugares formaban un arco sobre el camino, de modo que pasábamos como por un túnel; y de nuevo grandes rocas ceñudas nos custodiaban audazmente a ambos lados. Aunque estábamos al abrigo, oíamos el viento que arreciaba, pues gemía y silbaba entre las rocas, y las ramas de los árboles chocaban estrepitosamente mientras avanzábamos. Hacía más y más frío, y empezó a caer una nieve fina y polvorienta, de modo que pronto nosotros y todo lo que nos rodeaba quedamos cubiertos por una manta blanca. El viento cortante aún traía el aullido de los perros, aunque este se debilitaba a medida que seguíamos. El aullido de los lobos sonaba más y más cerca, como si nos cercaran por todos lados. Sentí un miedo terrible, y los caballos compartían mi miedo. El cochero, sin embargo, no estaba en lo más mínimo perturbado; seguía volviendo la cabeza a izquierda y derecha, pero yo no podía ver nada a través de la oscuridad.

De pronto, a lo lejos a nuestra izquierda, vi una tenue llama azul que vacilaba. El cochero la vio al mismo tiempo; detuvo de inmediato a los caballos y, saltando al suelo, desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, menos aún cuanto que el aullido de los lobos se acercaba; pero mientras me lo preguntaba, el cochero reapareció de pronto y, sin una palabra, volvió a su asiento, y reanudamos el viaje. Creo que debí de quedarme dormido

y seguí soñando con el incidente, pues parecía repetirse sin fin, y ahora, al mirar atrás, es como una especie de horrible pesadilla. Una vez la llama apareció tan cerca del camino que, aun en la oscuridad que nos rodeaba, pude observar los movimientos del cochero. Fue rápidamente adonde surgía la llama azul —debía de ser muy tenue, pues no parecía iluminar en absoluto el lugar a su alrededor— y, reuniendo unas piedras, las dispuso formando alguna figura. Una vez ocurrió un extraño efecto óptico: cuando él se interponía entre mí y la llama no la obstruía, pues yo podía ver su vacilación fantasmal de todos modos. Esto me sobresaltó, pero como el efecto fue solo momentáneo, supuse que me engañaban los ojos al forzar la vista en la oscuridad. Luego, durante un rato, no hubo llamas azules, y avanzamos veloces a través de la penumbra, con el aullido de los lobos a nuestro alrededor, como si nos siguieran en un círculo móvil.

Al fin llegó un momento en que el cochero fue más lejos de lo que había ido hasta entonces y, durante su ausencia, los caballos empezaron a temblar peor que nunca y a bufar y gritar de miedo. Yo no veía ninguna causa, pues el aullido de los lobos había cesado por completo; pero justo entonces la luna, navegando entre las nubes negras, apareció detrás de la dentada cresta de una roca prominente cubierta de pinos, y a su luz vi a nuestro alrededor un círculo de lobos, con dientes blancos y lenguas rojas colgantes, con largos miembros musculosos y pelo hirsuto. Eran cien veces más terribles en el siniestro silencio que los contenía que cuando aullaban. En cuanto a mí, sentí una especie de parálisis de miedo. Solo cuando

uno se siente cara a cara con tales horrores puede comprender su verdadero alcance.

De pronto los lobos empezaron a aullar como si la luz de la luna hubiera tenido algún efecto peculiar en ellos. Los caballos brincaban y se encabritaban y miraban en derredor, desamparados, con ojos que giraban de un modo penoso de ver; pero el anillo viviente de terror los rodeaba por todos lados, y no les quedaba más remedio que permanecer dentro. Llamé al cochero para que viniera, pues me parecía que nuestra única oportunidad era intentar abrirnos paso a través del anillo y ayudar a su aproximación. Grité y golpeé el costado de la calesa, esperando que con el ruido ahuyentaría a los lobos de ese lado, para darle la posibilidad de llegar al vehículo. No sé cómo llegó allí, pero oí su voz alzada en tono de imperioso mando y, mirando hacia el sonido, lo vi de pie en el camino. Mientras agitaba sus largos brazos, como apartando algún obstáculo impalpable, los lobos retrocedieron, y retrocedieron aún más. Justo entonces una pesada nube pasó ante la faz de la luna, de modo que volvimos a quedar a oscuras.

Cuando pude ver de nuevo, el cochero subía a la calesa y los lobos habían desaparecido. Todo esto era tan extraño y sobrenatural que un miedo espantoso se apoderó de mí, y no me atrevía a hablar ni a moverme. El tiempo pareció interminable mientras avanzábamos, ahora en casi completa oscuridad, pues las nubes rodantes ocultaban la luna. Seguíamos ascendiendo, con ocasionales períodos de rápido descenso, pero en general siempre ascendiendo. De

pronto me di cuenta de que el cochero estaba deteniendo los caballos en el patio de un vasto castillo en ruinas, de cuyas altas ventanas negras no salía ningún rayo de luz, y cuyas almenas rotas dibujaban una línea dentada contra el cielo iluminado por la luna.

CAPÍTULO II

Diario de Jonathan Harker (continuación)

5 de mayo.—Debí de quedarme dormido, pues ciertamente, de haber estado del todo despierto, habría advertido la aproximación de un lugar tan notable. En la penumbra el patio parecía de considerable tamaño y, como varios pasadizos oscuros partían de él bajo grandes arcos redondos, quizá parecía mayor de lo que es en realidad. Aún no he podido verlo a la luz del día.

Cuando la calesa se detuvo, el cochero saltó abajo y me tendió la mano para ayudarme a apearme. De nuevo no pude sino notar su prodigiosa fuerza. Su mano parecía en verdad un torno de acero que podría haber aplastado la mía si hubiera querido. Luego sacó mis bártulos y los puso en el suelo a mi lado, mientras yo estaba junto a una gran puerta, vieja y tachonada de grandes clavos de hierro, abierta en un portal saliente de piedra maciza. Pude ver, aun con la luz tenue, que la piedra estaba tallada con riqueza, pero que la talla estaba muy gastada por el tiempo y la intemperie. Mientras yo estaba allí, el cochero saltó de nuevo a su asiento y sacudió las riendas; los caballos se lanzaron adelante y calesa y todo desaparecieron por una de las oscuras aberturas.

Me quedé en silencio donde estaba, porque no sabía qué hacer. De campanilla o aldaba no había señal; a través de

aquellos muros ceñudos y aquellas oscuras aberturas de ventanas no era probable que mi voz pudiera penetrar. El tiempo que esperé me pareció interminable, y sentí que me asaltaban las dudas y los temores. ¿A qué clase de lugar había llegado, y entre qué clase de gente? ¿En qué siniestra aventura me había embarcado? ¿Era este un incidente habitual en la vida de un pasante de procurador enviado a explicar a un extranjero la compra de una propiedad londinense? ¡Pasante de procurador! A Mina no le gustaría eso. Procurador, pues justo antes de salir de Londres supe que mi examen había sido aprobado, ¡y ahora soy un procurador hecho y derecho! Empecé a frotarme los ojos y a pellizcarme para ver si estaba despierto. Todo me parecía una horrible pesadilla, y esperaba despertar de repente y encontrarme en casa, con el alba abriéndose paso por las ventanas, como había sentido de vez en cuando por la mañana tras un día de exceso de trabajo. Pero mi carne respondió a la prueba del pellizco, y mis ojos no podían engañarme. Estaba en verdad despierto y entre los Cárpatos. Todo lo que podía hacer ahora era tener paciencia y esperar la llegada de la mañana.

Justo cuando había llegado a esta conclusión, oí un paso pesado que se acercaba detrás de la gran puerta y vi por las rendijas el resplandor de una luz que se aproximaba. Luego se oyó un ruido de cadenas y el chocar de macizos cerrojos que se corrían. Giró una llave con el fuerte chirrido de un largo desuso, y la gran puerta se abrió hacia atrás.

Dentro había un anciano alto, afeitado salvo por un largo bigote blanco y vestido de negro de pies a cabeza, sin una sola mancha de color en ninguna parte. Tenía en la mano una antigua lámpara de plata, en la que la llama ardía sin tubo ni globo de ninguna clase, proyectando largas sombras temblorosas mientras vacilaba con la corriente de la puerta abierta. El anciano me indicó con la mano derecha, con un gesto cortés, que entrara, diciendo en excelente inglés, pero con una extraña entonación:

«¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!». No hizo ademán de adelantarse a recibirme, sino que se quedó como una estatua, como si su gesto de bienvenida lo hubiera petrificado. Sin embargo, en el instante en que crucé el umbral, se movió impulsivamente hacia delante y, tendiendo la mano, tomó la mía con una fuerza que me hizo hacer una mueca, efecto que no disminuía el hecho de que estuviera fría como el hielo, más como la mano de un muerto que de un hombre vivo. De nuevo dijo:

«Bienvenido a mi casa. Entre libremente. Salga sano y salvo; ¡y deje algo de la felicidad que trae!». La fuerza del apretón de manos se parecía tanto a la que había notado en el cochero, cuyo rostro no había visto, que por un momento dudé de si no era la misma persona con la que hablaba; así que, para asegurarme, dije en tono interrogativo:

«¿El conde Drácula?». Él se inclinó con cortesía mientras respondía:

«Soy Drácula; y le doy la bienvenida, señor Harker, a mi casa. Pase; el aire de la noche es frío, y usted debe de necesitar comer y descansar». Mientras hablaba puso la lámpara en una ménsula de la pared y, saliendo, tomó mi equipaje; ya lo había llevado dentro antes de que pudiera impedírselo. Protesté, pero insistió:

«No, señor, usted es mi huésped. Es tarde y mi gente no está disponible. Permítame ocuparme yo mismo de su comodidad». Insistió en llevar mis bártulos por el pasillo y luego por una gran escalera de caracol y por otro gran pasillo, en cuyo piso de piedra nuestros pasos resonaban pesadamente. Al final de este abrió de par en par una pesada puerta, y me alegré de ver dentro una habitación bien iluminada en la que había una mesa puesta para la cena, y en cuya enorme chimenea un gran fuego de leños, recién reavivado, llameaba y ardía.

El conde se detuvo, dejó mis maletas, cerró la puerta y, cruzando la habitación, abrió otra puerta que daba a una pequeña habitación octogonal iluminada por una sola lámpara y aparentemente sin ventana de ninguna clase. Pasando por ella, abrió otra puerta y me indicó que entrara. Fue una vista bienvenida; pues aquí había un gran dormitorio bien iluminado y caldeado por otro fuego de leños —también reavivado hacía poco, pues los leños de arriba eran nuevos— que lanzaba un rugido hueco por la ancha chimenea. El conde mismo dejó mi equipaje dentro y se retiró, diciendo, antes de cerrar la puerta:

«Necesitará, tras su viaje, refrescarse haciendo su aseo. Confío en que encuentre todo lo que desee. Cuando esté

listo, pase a la otra habitación, donde encontrará preparada su cena».

La luz y el calor y la cortés bienvenida del conde parecieron haber disipado todas mis dudas y temores. Habiendo vuelto entonces a mi estado normal, descubrí que estaba medio muerto de hambre; así que, haciendo un aseo apresurado, pasé a la otra habitación.

Encontré la cena ya servida. Mi anfitrión, que estaba a un lado de la gran chimenea, apoyado en la piedra, hizo un elegante ademán con la mano hacia la mesa y dijo:

«Le ruego que se siente y cene como guste. Confío en que me disculpe por no acompañarlo; pero ya he cenado y no ceno».

Le entregué la carta sellada que el señor Hawkins me había confiado. La abrió y la leyó con gravedad; luego, con una sonrisa encantadora, me la pasó para que la leyera. Un pasaje de ella, al menos, me produjo un estremecimiento de placer:

«Debo lamentar que un ataque de gota, mal del que soy víctima constante, me prohíbe en absoluto viajar durante algún tiempo; pero me alegra decir que puedo enviar un sustituto suficiente, en quien tengo toda la confianza posible. Es un joven lleno de energía y talento a su manera, y de disposición muy fiel. Es discreto y callado, y ha crecido hasta la edad adulta a mi servicio. Estará dispuesto a atenderlo cuando usted quiera durante su estadía y recibirá sus instrucciones en todos los asuntos».

El conde mismo se adelantó y quitó la tapa de una fuente, y yo me lancé de inmediato sobre un excelente pollo asado. Esto, con un poco de queso y una ensalada y una botella de viejo Tokay, del que tomé dos copas, fue mi cena. Mientras comía, el conde me hizo muchas preguntas sobre mi viaje, y yo le conté poco a poco todo lo que había vivido.

Para entonces yo había terminado mi cena y, por deseo de mi anfitrión, había acercado una silla al fuego y comenzado a fumar un cigarro que él me ofreció, excusándose al mismo tiempo de que él no fumaba. Tuve entonces ocasión de observarlo y encontré que tenía una fisonomía muy marcada.

Su rostro era fuertemente —muy fuertemente— aguileño, con el puente de la nariz delgada alto y las fosas nasales peculiarmente arqueadas; con la frente alta y abovedada, y el pelo creciendo escaso alrededor de las sienes pero profuso en otras partes. Sus cejas eran muy macizas, casi juntándose sobre la nariz, y de pelo tupido que parecía rizarse en su propia profusión. La boca, hasta donde podía verla bajo el espeso bigote, era fija y de aspecto más bien cruel, con dientes blancos peculiarmente afilados; estos sobresalían por encima de los labios, cuyo notable rubor mostraba una asombrosa vitalidad en un hombre de su edad. Por lo demás, sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas en la parte superior; la barbilla era ancha y fuerte, y las mejillas firmes aunque delgadas. El efecto general era el de una extraordinaria palidez.

Hasta entonces había notado el dorso de sus manos, apoyadas en sus rodillas a la luz del fuego, y me habían parecido bastante blancas y finas; pero al verlas ahora de cerca no pude sino notar que eran más bien toscas: anchas, de dedos cortos y gruesos. Cosa extraña, había pelos en el centro de la palma. Las uñas eran largas y finas, y cortadas en punta aguda. Cuando el conde se inclinó sobre mí y sus manos me tocaron, no pude reprimir un escalofrío. Puede haber sido que su aliento fuera fétido, pero me invadió una horrible sensación de náusea que, hiciera lo que hiciera, no pude ocultar. El conde, notándolo evidentemente, se echó atrás; y con una especie de sonrisa siniestra, que mostró más que hasta entonces sus dientes salientes, volvió a sentarse a su lado de la chimenea. Ambos guardamos silencio un rato; y al mirar hacia la ventana vi la primera tenue raya del alba que se acercaba. Parecía haber una extraña quietud sobre todo; pero, al escuchar, oí como desde abajo, en el valle, el aullido de muchos lobos. Los ojos del conde brillaron, y dijo:

«Escúchelos: los hijos de la noche. ¡Qué música hacen!». Viendo, supongo, en mi rostro alguna expresión que le resultaba extraña, añadió:

«Ah, señor, ustedes los habitantes de la ciudad no pueden entrar en los sentimientos del cazador». Luego se levantó y dijo:

«Pero usted debe de estar cansado. Su dormitorio está listo y mañana dormirá hasta la hora que quiera. Debo ausentarme hasta la tarde; ¡así que duerma bien y sueñe

bien!». Con una cortés reverencia, abrió él mismo para mí la puerta de la habitación octogonal, y entré en mi dormitorio...

Estoy en un mar de maravillas. Dudo; temo; pienso cosas extrañas que no me atrevo a confesar a mi propia alma. ¡Que Dios me guarde, aunque solo sea por el bien de quienes me son queridos!

7 de mayo.—Es de nuevo temprano por la mañana, pero he descansado y disfrutado las últimas veinticuatro horas. Dormí hasta tarde en el día y desperté por mi cuenta. Cuando me hube vestido, pasé a la habitación donde habíamos cenado y encontré servido un desayuno frío, con café mantenido caliente poniendo la cafetera en el hogar. Había una tarjeta sobre la mesa, en la cual estaba escrito:

«Debo ausentarme por un tiempo. No me espere.—D.». Me puse a comer y disfruté de una comida abundante. Cuando terminé, busqué una campanilla para avisar a los sirvientes de que había acabado; pero no pude encontrarla. Hay sin duda curiosas carencias en la casa, considerando las extraordinarias pruebas de riqueza que me rodean. El servicio de mesa es de oro, y tan bellamente trabajado que debe de tener un valor inmenso. Las cortinas y la tapicería de las sillas y los sofás y los cortinajes de mi cama son de los tejidos más caros y hermosos, y debieron de tener un valor fabuloso cuando se hicieron, pues tienen siglos aunque están en excelente estado. Vi algo parecido en Hampton Court, pero allí estaban gastados y deshilachados y comidos por las polillas. Con todo, en ninguna de las habitaciones hay un

espejo. Ni siquiera hay un tocador sobre mi mesa, y tuve que sacar de mi maleta el pequeño espejo de afeitar para poder afeitarme o cepillarme el pelo. Todavía no he visto a ningún sirviente en ninguna parte, ni he oído ningún sonido cerca del castillo salvo el aullido de los lobos. Algún tiempo después de terminar mi comida —no sé si llamarla desayuno o almuerzo, pues eran entre las cinco y las seis de la tarde cuando la tomé—, busqué algo para leer, pues no quería andar por el castillo antes de pedir permiso al conde. No había absolutamente nada en la habitación, ni libro, ni periódico, ni siquiera material de escritura; así que abrí otra puerta de la habitación y encontré una especie de biblioteca. Probé la puerta opuesta a la mía, pero estaba cerrada con llave.

En la biblioteca encontré, para mi gran deleite, un vasto número de libros ingleses, estantes enteros de ellos, y volúmenes encuadernados de revistas y periódicos. Una mesa en el centro estaba atestada de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno era de fecha muy reciente. Los libros eran de la más variada especie —historia, geografía, política, economía política, botánica, geología, derecho—, todos relativos a Inglaterra y a la vida, costumbres y modales ingleses. Había incluso obras de consulta como el Directorio de Londres, los libros «Rojo» y «Azul», el Almanaque de Whitaker, las listas del Ejército y de la Marina y —de algún modo me alegró el corazón verlo— la Lista de Abogados.

Mientras miraba los libros, se abrió la puerta y entró el conde. Me saludó con cordialidad y esperó que hubiera

tenido una buena noche de descanso. Luego continuó:

«Me alegra que haya encontrado el camino hasta aquí, pues estoy seguro de que hay mucho que le interesará. Estos compañeros —y puso la mano sobre algunos de los libros— han sido buenos amigos míos y, desde hace algunos años, desde que tuve la idea de ir a Londres, me han dado muchas, muchas horas de placer. Por ellos he llegado a conocer su gran Inglaterra; y conocerla es amarla. Anhelo recorrer las calles atestadas de su poderoso Londres, estar en medio del torbellino y la prisa de la humanidad, compartir su vida, su cambio, su muerte y todo lo que la hace ser lo que es. Pero, ¡ay!, hasta ahora solo conozco su lengua por los libros. En usted, amigo mío, confío para llegar a conocerla hablada».

«Pero, conde —dije—, ¡usted conoce y habla el inglés a la perfección!». Se inclinó con gravedad.

«Le agradezco, amigo mío, su estimación demasiado halagadora, pero temo estar aún a poca distancia en el camino que quisiera recorrer. Es cierto que conozco la gramática y las palabras, pero no sé cómo pronunciarlas».

«En verdad —dije—, usted habla excelentemente».

«No tanto —respondió—. Bien sé que, si me moviera y hablara en su Londres, no habría allí nadie que no me reconociera por extranjero. Eso no me basta. Aquí soy noble; soy boyardo; la gente común me conoce y yo soy el amo. Pero un extranjero en tierra extraña no es nadie; los hombres no lo conocen, y no conocer es no preocuparse. Me contento con ser como los demás, de modo que nadie se detenga si me ve, ni interrumpa su conversación si oye

mis palabras: "¡Ja, ja! ¡Un extranjero!". He sido amo tanto tiempo que quisiera seguir siéndolo, o al menos que ningún otro lo fuera de mí. Usted no viene a mí solo como agente de mi amigo Peter Hawkins, de Exeter, para contarme todo sobre mi nueva propiedad en Londres. Usted descansará, confío, aquí conmigo un tiempo, para que con nuestra conversación yo pueda aprender la entonación inglesa; y quisiera que me dijera cuando cometa un error, aun el más pequeño, al hablar. Lamento haber tenido que ausentarme tanto hoy; pero usted, lo sé, perdonará a quien tiene tantos asuntos importantes entre manos».

Por supuesto dije todo lo que pude sobre mi disposición, y pregunté si podría entrar en esa habitación cuando quisiera. Respondió: «Sí, ciertamente», y añadió:

«Puede ir adonde desee en el castillo, excepto donde las puertas estén cerradas con llave, adonde por supuesto no querrá ir. Hay razón para que todo sea como es, y si viera usted con mis ojos y supiera con mi conocimiento, quizá lo entendería mejor». Dije que estaba seguro de ello, y entonces continuó:

«Estamos en Transilvania; y Transilvania no es Inglaterra. Nuestras costumbres no son las suyas, y habrá para usted muchas cosas extrañas. Más aún: por lo que me ha contado ya de sus experiencias, usted sabe algo de las cosas extrañas que puede haber».

Esto dio lugar a mucha conversación; y como era evidente que quería hablar, aunque solo fuera por hablar, le hice muchas preguntas sobre cosas que ya me habían

ocurrido o habían llegado a mi conocimiento. A veces se desviaba del tema o cambiaba la conversación fingiendo no entender; pero por lo general respondía con mucha franqueza todo lo que yo preguntaba. Luego, a medida que pasaba el tiempo y yo me había vuelto algo más atrevido, le pregunté por algunas de las cosas extrañas de la noche anterior, como, por ejemplo, por qué el cochero iba a los lugares donde había visto las llamas azules. Entonces me explicó que se creía comúnmente que en cierta noche del año —anoche, de hecho, cuando se supone que todos los espíritus malignos tienen libre dominio— se ve una llama azul sobre cualquier lugar donde se haya ocultado un tesoro. «Que ese tesoro ha sido escondido —continuó— en la región por la que vino anoche, puede haber poca duda; pues fue el terreno disputado durante siglos por el valaco, el sajón y el turco. En verdad, apenas hay un pie de suelo en toda esta región que no haya sido enriquecido por la sangre de hombres, patriotas o invasores. En los viejos tiempos hubo épocas agitadas, cuando el austríaco y el húngaro subían en hordas y los patriotas salían a su encuentro —hombres y mujeres, ancianos y niños también— y esperaban su llegada sobre las rocas por encima de los pasos, para descargar sobre ellos la destrucción con sus aludes artificiales. Cuando el invasor triunfaba, encontraba poco, pues lo que hubiera había sido puesto a resguardo en el suelo amigo».

«Pero ¿cómo —dije— puede haber permanecido tanto tiempo sin descubrir, cuando hay un índice seguro de él si los hombres se tomaran la molestia de buscar?». El conde sonrió y, al retirarse sus labios sobre las encías, los largos

y afilados colmillos asomaron de modo extraño; respondió:

«¡Porque su campesino es en el fondo un cobarde y un necio! Esas llamas solo aparecen una noche; y en esa noche ningún hombre de esta tierra se moverá fuera de su puerta, si puede evitarlo. Y, estimado señor, aunque lo hiciera, no sabría qué hacer. Es más, ni siquiera el campesino de quien usted me habla, que marcó el lugar de la llama, sabría dónde buscar de día ni su propia obra. ¿Ni siquiera usted, me atrevo a jurarlo, podría encontrar de nuevo esos lugares?».

«En eso tiene razón —dije—. No sé más que un muerto dónde buscarlos siquiera». Luego nos desviamos hacia otros asuntos.

«Vamos —dijo al fin—, háble me de Londres y de la casa que me ha conseguido». Con una disculpa por mi descuido, fui a mi habitación a sacar los papeles de mi maleta. Mientras los ordenaba oí un tintineo de loza y plata en la habitación contigua y, al pasar, noté que habían retirado la mesa y encendido la lámpara, pues a esas alturas había oscurecido por completo. También estaban encendidas las lámparas en el estudio o biblioteca, y encontré al conde tendido en el sofá, leyendo, de todas las cosas del mundo, una Guía Bradshaw inglesa. Cuando entré, quitó los libros y papeles de la mesa; y con él me adentré en planos y escrituras y cifras de todas clases. Se interesaba por todo y me hizo mil preguntas sobre el lugar y sus alrededores. Claramente había estudiado de antemano todo lo que había podido obtener sobre el vecindario, pues evidentemente al final sabía mucho más

que yo. Cuando se lo hice notar, respondió:

«Pero, amigo mío, ¿no es necesario que lo haga? Cuando vaya allí estaré completamente solo, y mi amigo Harker Jonathan —no, perdóneme, caigo en la costumbre de mi país de poner primero el apellido—, mi amigo Jonathan Harker no estará a mi lado para corregirme y ayudarme. Estará en Exeter, a millas de distancia, probablemente trabajando en documentos legales con mi otro amigo, Peter Hawkins. ¡Así que!».

Repasamos a fondo el asunto de la compra de la propiedad de Purfleet. Cuando le hube expuesto los hechos y obtenido su firma en los documentos necesarios, y escrito una carta con ellos lista para enviar al señor Hawkins, empezó a preguntarme cómo había dado con un lugar tan adecuado. Le leí las notas que había tomado en su momento, y que consigno aquí:

«En Purfleet, en un camino secundario, di con un lugar justo como el que parecía necesitarse, y donde un aviso desvencijado mostraba que la propiedad estaba en venta. Está rodeada por un alto muro, de estructura antigua, construido con piedras pesadas, y no se ha reparado desde hace muchísimos años. Las puertas cerradas son de pesado roble viejo y hierro, todas comidas por el óxido.

»La propiedad se llama Carfax, sin duda una corrupción del antiguo Quatre Face, pues la casa tiene cuatro lados, de acuerdo con los puntos cardinales de la brújula. Contiene en total unos veinte acres, completamente rodeados por el sólido muro de piedra mencionado. Hay muchos árboles en ella, que la hacen sombría en algunos

lugares, y un estanque o laguna pequeña, profunda y de aspecto oscuro, evidentemente alimentada por algunos manantiales, pues el agua es clara y fluye en un arroyo de buen tamaño. La casa es muy grande y de todas las épocas, diría que hasta la Edad Media, pues una parte es de piedra de inmenso grosor, con solo unas pocas ventanas muy altas y fuertemente enrejadas de hierro. Parece parte de una torre del homenaje, y está junto a una vieja capilla o iglesia. No pude entrar, pues no tenía la llave de la puerta que lleva a ella desde la casa, pero he tomado con mi kodak vistas de ella desde varios puntos. A la casa se le han hecho añadidos, pero de modo muy desordenado, y solo puedo conjeturar la extensión de terreno que cubre, que debe de ser muy grande. Hay pocas casas cercanas, una de ellas una casa muy grande, ampliada hace poco y convertida en manicomio privado. No es visible, sin embargo, desde los terrenos».

Cuando terminé, dijo:

«Me alegra que sea vieja y grande. Yo mismo soy de una familia antigua, y vivir en una casa nueva me mataría. Una casa no puede hacerse habitable en un día; y, al fin y al cabo, qué pocos días hacen falta para formar un siglo. Me alegra también que haya una capilla de antaño. A los nobles transilvanos no nos gusta pensar que nuestros huesos puedan yacer entre los muertos comunes. No busco alegría ni jolgorio, ni la brillante voluptuosidad del mucho sol y las aguas centelleantes que agradan a los jóvenes y alegres. Ya no soy joven; y mi corazón, tras años cansados de duelo por los muertos, no está templado para

el regocijo. Además, los muros de mi castillo están rotos; las sombras son muchas y el viento sopla frío por las almenas y ventanales rotos. Amo la sombra y la penumbra, y quisiera estar a solas con mis pensamientos cuando pueda». De algún modo sus palabras y su mirada no parecían concordar, o bien fue que la forma de su rostro hacía que su sonrisa pareciera maligna y saturnina.

Poco después, con una excusa, me dejó, pidiéndome que juntara todos mis papeles. Estuvo ausente un rato y yo empecé a mirar algunos de los libros que me rodeaban. Uno era un atlas, que se abría naturalmente en Inglaterra, como si ese mapa se hubiera usado mucho. Al mirarlo vi que en ciertos lugares había pequeños círculos marcados y, al examinarlos, noté que uno estaba cerca de Londres, en el lado este, evidentemente donde se hallaba su nueva propiedad; los otros dos eran Exeter y Whitby, en la costa de Yorkshire.

Pasó la mayor parte de una hora hasta que el conde regresó. «¡Aja! —dijo—; ¿todavía con sus libros? ¡Bien! Pero no debe trabajar siempre. Venga; me informan de que su cena está lista». Me tomó del brazo y pasamos a la habitación contigua, donde encontré sobre la mesa una excelente cena preparada. El conde se excusó de nuevo, pues había cenado fuera durante su ausencia de casa. Pero se sentó como la noche anterior y conversó mientras yo comía. Después de la cena fumé, como la noche anterior, y el conde se quedó conmigo, charlando y haciendo preguntas sobre todos los temas imaginables, hora tras hora. Sentía que era ya muy tarde en verdad,

pero no dije nada, pues me sentía obligado a satisfacer en todo los deseos de mi anfitrión. No tenía sueño, pues el largo sueño de ayer me había fortalecido; pero no pude evitar experimentar ese escalofrío que invade a uno con la llegada del alba, que es, a su modo, como el cambio de la marea. Dicen que las personas que están cerca de la muerte mueren por lo general en el cambio hacia el alba o en el cambio de la marea; cualquiera que, estando cansado y atado, por así decir, a su puesto, haya experimentado este cambio en la atmósfera, puede creerlo bien. De pronto oímos el canto de un gallo, que subía con estridencia sobrenatural por el claro aire de la mañana; el conde Drácula, poniéndose de un salto en pie, dijo:

«¡Vaya, ya es de mañana otra vez! Qué descuidado soy al dejarlo levantado tanto tiempo. Debe hacer menos interesante su conversación sobre mi querido país nuevo, Inglaterra, para que no olvide cómo vuela el tiempo para nosotros». Y, con una cortés reverencia, me dejó rápidamente.

Fui a mi propia habitación y corrí las cortinas, pero había poco que observar; mi ventana daba al patio, y todo lo que podía ver era el gris cálido del cielo que se avivaba. Así que volví a correr las cortinas y he escrito sobre este día.

8 de mayo.—Empecé a temer, mientras escribía en este cuaderno, que me estaba volviendo demasiado difuso; pero ahora me alegra haber entrado en detalles desde el principio, pues hay algo tan extraño en este lugar y en todo lo que hay en él que no puedo evitar sentirme

intranquilo. Quisiera estar a salvo fuera de aquí, o no haber venido nunca. Puede ser que esta extraña existencia nocturna me esté afectando; ¡pero ojalá fuera solo eso! Si hubiera alguien con quien hablar, podría soportarlo, pero no hay nadie. Solo tengo al conde con quien conversar, ¡y él...! Temo que yo mismo soy la única alma viva en el lugar. Seamos prosaicos hasta donde los hechos lo permitan; me ayudará a resistir, y la imaginación no debe desbocarse conmigo. Si lo hace, estoy perdido. Diré de inmediato cómo estoy... o cómo parece que estoy.

Solo dormí unas pocas horas al acostarme y, sintiendo que no podía dormir más, me levanté. Había colgado mi espejo de afeitar junto a la ventana y justo empezaba a afeitarme. De pronto sentí una mano en el hombro y oí la voz del conde que me decía: «Buenos días». Me sobresalté, pues me asombró no haberlo visto, ya que el reflejo del espejo abarcaba toda la habitación detrás de mí. Al sobresaltarme me había cortado ligeramente, pero no lo noté en ese momento. Habiendo respondido al saludo del conde, me volví de nuevo al espejo para ver cómo me había equivocado. Esta vez no podía haber error, pues el hombre estaba cerca de mí y yo podía verlo por encima de mi hombro. ¡Pero no había reflejo suyo en el espejo! Toda la habitación detrás de mí se mostraba; ¡pero no había señal de hombre alguno en ella, salvo yo! Esto era sobresaltante y, sumándose a tantas cosas extrañas, empezaba a aumentar esa vaga sensación de inquietud que siempre tengo cuando el conde está cerca; pero en ese instante vi que el corte había sangrado un poco y la sangre goteaba por mi barbilla. Dejé la navaja, volviéndome a

medias para buscar un parche. Cuando el conde vio mi rostro, sus ojos llamearon con una especie de furia demoníaca, y de pronto me agarró de la garganta. Me eché atrás, y su mano tocó la cuerda de cuentas que sujetaba el crucifijo. Esto produjo en él un cambio instantáneo, pues la furia pasó tan rápidamente que apenas pude creer que hubiera existido.

«Tenga cuidado —dijo—, tenga cuidado con cómo se corta. En este país es más peligroso de lo que piensa». Luego, agarrando el espejo de afeitar, continuó: «Y esta es la cosa miserable que ha hecho el daño. Es una baratija inmunda de la vanidad del hombre. ¡Fuera con ella!». Y, abriendo la pesada ventana de un solo tirón de su terrible mano, arrojó el espejo, que se hizo mil pedazos sobre las piedras del patio, muy abajo. Luego se retiró sin una palabra. Es muy molesto, pues no veo cómo voy a afeitarme, a no ser en la tapa de mi reloj o en el fondo del jarro de afeitar, que por fortuna es de metal.

Cuando pasé al comedor, el desayuno estaba preparado; pero no pude encontrar al conde por ninguna parte. Así que desayuné solo. Es extraño que hasta ahora no haya visto al conde comer ni beber. ¡Debe de ser un hombre muy peculiar! Después del desayuno hice un poco de exploración en el castillo. Salí a la escalera y encontré una habitación que miraba hacia el sur. La vista era magnífica, y desde donde estaba había toda oportunidad de verla. El castillo está al borde mismo de un precipicio terrible. ¡Una piedra que cayera de la ventana caería mil pies sin tocar nada! Hasta donde alcanza la vista hay un mar de copas de

árboles verdes, con ocasionalmente una hondonada profunda donde hay un abismo. Aquí y allá hay hilos de plata donde los ríos serpentean en hondas gargantas por entre los bosques.

Pero no tengo ánimo para describir la belleza, pues cuando hube visto la vista exploré más: puertas, puertas, puertas por todas partes, y todas cerradas con llave y cerrojo. En ningún lugar, salvo por las ventanas de los muros del castillo, hay una salida disponible.

¡El castillo es una verdadera prisión, y yo soy un prisionero!

CAPÍTULO III

Diario de Jonathan Harker (continuación)

CUANDO descubrí que era un prisionero, me invadió una especie de sentimiento salvaje. Corrí escaleras arriba y abajo, probando cada puerta y atisbando por cada ventana que pude encontrar; pero poco después la convicción de mi impotencia dominó todos los demás sentimientos. Al mirar atrás, pasadas unas horas, creo que debí de estar loco por un tiempo, pues me comporté muy parecido a una rata en una trampa. Sin embargo, cuando me vino la convicción de que estaba indefenso, me senté en silencio —con tanta calma como he hecho cualquier cosa en mi vida— y empecé a pensar en lo que era mejor hacer. Sigo pensando y hasta ahora no he llegado a ninguna conclusión definida. De una sola cosa estoy seguro: de que no sirve de nada dar a conocer mis ideas al conde. Él sabe bien que estoy prisionero; y como lo ha hecho él mismo, y sin duda tiene sus propios motivos, solo me engañaría si le confiara por completo los hechos. Por lo que puedo ver, mi único plan será guardar para mí mi conocimiento y mis temores, y mantener los ojos abiertos. Estoy, lo sé, o bien siendo engañado, como un bebé, por mis propios miedos, o bien en un apuro desesperado; y si lo segundo es cierto, necesito, y necesitaré, todo mi cerebro para salir adelante.

Apenas había llegado a esta conclusión cuando oí cerrarse la gran puerta de abajo y supe que el conde había regresado. No vino de inmediato a la biblioteca, así que fui con cautela a mi propia habitación y lo encontré haciendo la cama. Esto era raro, pero solo confirmaba lo que había pensado desde el principio: que no había sirvientes en la casa. Cuando más tarde lo vi, por la rendija de las bisagras de la puerta, poniendo la mesa en el comedor, quedé seguro; pues si hace él mismo todos estos oficios serviles, sin duda es prueba de que no hay nadie más que los haga. Esto me asustó, pues si no hay nadie más en el castillo, debió de ser el conde mismo el cochero del coche que me trajo aquí. Es un pensamiento terrible; pues si es así, ¿qué significa que pudiera controlar a los lobos, como hizo, con solo alzar la mano en silencio? ¿Por qué toda la gente de Bistritz y del coche tenía algún terrible miedo por mí? ¿Qué significaba el regalo del crucifijo, del ajo, de la rosa silvestre, del serbal? ¡Bendita sea esa buena, buena mujer que me colgó el crucifijo al cuello!, pues es un consuelo y una fuerza para mí siempre que lo toco. Es curioso que algo que me han enseñado a considerar con desagrado y como idolátrico resulte de ayuda en un momento de soledad y aflicción. ¿Es que hay algo en la esencia misma de la cosa, o es un medio, una ayuda tangible, para transmitir recuerdos de simpatía y consuelo? Alguna vez, si puede ser, debo examinar este asunto y tratar de formarme una opinión. Entre tanto debo averiguar todo lo que pueda sobre el conde Drácula, pues quizá me ayude a comprender. Esta noche puede hablar de sí mismo, si llevo la conversación hacia allí. Debo tener mucho cuidado, sin

embargo, de no despertar su sospecha.

Medianoche.—He tenido una larga charla con el conde. Le hice unas pocas preguntas sobre la historia de Transilvania y se encendió maravillosamente con el tema. Al hablar de las cosas y de las personas, y en especial de las batallas, hablaba como si hubiera estado presente en todas ellas. Esto lo explicó después diciendo que para un boyardo el orgullo de su casa y su nombre es su propio orgullo, que su gloria es su gloria, que su destino es su destino. Siempre que hablaba de su casa decía «nosotros» y hablaba casi en plural, como un rey que habla. Quisiera poder consignar todo lo que dijo exactamente como lo dijo, pues para mí fue fascinante. Parecía contener toda una historia del país. Se exaltaba al hablar y andaba por la habitación tirándose del gran bigote blanco y agarrando cualquier cosa sobre la que pusiera las manos como si quisiera aplastarla a fuerza bruta. Una cosa que dijo la consignaré lo más cerca que pueda; pues cuenta, a su modo, la historia de su raza:

«Los székelys tenemos derecho a estar orgullosos, pues por nuestras venas corre la sangre de muchas razas valientes que lucharon como lucha el león, por el señorío. Aquí, en el torbellino de las razas europeas, la tribu úgrica trajo de Islandia el espíritu guerrero que Thor y Wodin le dieron, que sus berserkers mostraron con tan feroz intención en las costas de Europa, sí, y también de Asia y de África, hasta que los pueblos pensaron que los hombres lobo mismos habían llegado. Aquí también, cuando llegaron, encontraron a los hunos, cuya furia guerrera

había barrido la tierra como una llama viva, hasta que los pueblos moribundos sostuvieron que por sus venas corría la sangre de aquellas viejas brujas que, expulsadas de Escitia, se habían apareado con los demonios en el desierto. ¡Necios, necios! ¿Qué demonio o qué bruja fue jamás tan grande como Atila, cuya sangre está en estas venas?». Alzó los brazos. «¿Es de extrañar que fuéramos una raza conquistadora; que fuéramos orgullosos; que cuando el magiar, el lombardo, el ávaro, el búlgaro o el turco volcaban sus millares sobre nuestras fronteras, los rechazáramos? ¿Es extraño que, cuando Árpád y sus legiones barrieron la patria húngara, nos encontrara aquí al llegar a la frontera; que la Honfoglalás se completara allí? Y cuando la marea húngara se extendió hacia el este, los székelys fueron reclamados como parientes por los magiares victoriosos, y a nosotros se nos confió durante siglos la guarda de la frontera de la tierra de Turquía; sí, y más aún, el interminable deber de la guardia de frontera, pues, como dicen los turcos, "el agua duerme y el enemigo no duerme". ¿Quién con más gusto que nosotros, entre las Cuatro Naciones, recibió la "espada sangrienta" o, a su llamada guerrera, acudió más rápido al estandarte del rey? ¿Cuándo fue redimida aquella gran vergüenza de mi nación, la vergüenza de Kosovo, cuando las banderas del valaco y del magiar cayeron bajo la Media Luna? ¿Quién fue sino uno de mi propia raza el que, como voivoda, cruzó el Danubio y venció al turco en su propio terreno? ¡Este sí fue un Drácula! ¡Desgracia fue que su propio hermano indigno, cuando él hubo caído, vendiera su pueblo al turco y le trajera la vergüenza de la esclavitud! ¿No fue este

Drácula, en verdad, el que inspiró a aquel otro de su raza que en una época posterior llevó una y otra vez sus fuerzas sobre el gran río hacia la tierra de Turquía; que, cuando fue rechazado, volvía, y volvía, y volvía, aunque tuviera que venir solo del campo sangriento donde sus tropas eran masacradas, pues sabía que solo él podía triunfar en última instancia? Decían que solo pensaba en sí mismo. ¡Bah! ¿De qué sirven los campesinos sin un jefe? ¿Dónde termina la guerra sin un cerebro y un corazón que la conduzcan? De nuevo, cuando, tras la batalla de Mohács, nos sacudimos el yugo húngaro, los de la sangre de Drácula estábamos entre sus jefes, pues nuestro espíritu no toleraba que no fuéramos libres. Ah, joven señor, los székelys —y los Drácula como su sangre del corazón, su cerebro y su espada— pueden jactarse de un historial que advenedizos como los Habsburgo y los Románov nunca podrán alcanzar. Los días guerreros han pasado. La sangre es una cosa demasiado preciosa en estos tiempos de paz deshonrosa; y las glorias de las grandes razas son como un cuento ya contado».

Para entonces era casi de mañana, y nos fuimos a la cama. (Nota: este diario se parece horriblemente al comienzo de las «Mil y una noches», pues todo tiene que interrumpirse al canto del gallo; o al fantasma del padre de Hamlet.)

12 de mayo.—Empecemos con los hechos: hechos escuetos, magros, verificados por libros y cifras, y de los que no puede haber duda. No debo confundirlos con las experiencias que habrán de descansar en mi propia

observación o en mi recuerdo de ellas. Anoche, cuando el conde salió de su habitación, empezó haciéndome preguntas sobre asuntos legales y sobre la realización de ciertas clases de negocios. Yo había pasado el día fatigosamente sobre los libros y, simplemente para mantener ocupada la mente, repasé algunas de las materias que había estado examinando en Lincoln's Inn. Había cierto método en las preguntas del conde, así que trataré de consignarlas en secuencia; el conocimiento puede resultarme útil de algún modo o en algún momento.

Primero preguntó si un hombre en Inglaterra podía tener dos procuradores o más. Le dije que podía tener una docena si quería, pero que no sería prudente tener más de un procurador encargado de una sola transacción, pues solo uno podía actuar a la vez, y que cambiar sería seguro que iría en perjuicio de su interés. Pareció entender a la perfección y siguió preguntando si habría alguna dificultad práctica en que un hombre atendiera, digamos, la banca, y otro se ocupara de los embarques, en caso de que se necesitara ayuda local en un lugar lejos de la residencia del procurador bancario. Le pedí que se explicara más a fondo, para no inducirlo a error por casualidad, y entonces dijo:

«Voy a ilustrarlo. Su amigo y mío, el señor Peter Hawkins, a la sombra de su hermosa catedral de Exeter, que está lejos de Londres, compra para mí, por medio de su buena persona, mi propiedad en Londres. ¡Bien! Ahora déjeme decirle con franqueza, para que no encuentre extraño que haya buscado los servicios de alguien tan lejos

de Londres en lugar de alguien residente allí, que mi motivo fue que ningún interés local se sirviera salvo mi deseo únicamente; y como uno residente en Londres podría, quizá, tener algún propósito propio o de algún amigo que servir, fui así lejos a buscar a mi agente, cuyas labores deben ser solo en mi interés. Ahora bien, supongamos que yo, que tengo muchos negocios, deseo embarcar mercancías, digamos, a Newcastle, o Durham, o Harwich, o Dover; ¿no podría hacerse con más facilidad consignándolas a alguien en estos puertos?». Respondí que ciertamente sería lo más fácil, pero que los procuradores teníamos un sistema de agencia unos para otros, de modo que el trabajo local pudiera hacerse localmente por instrucción de cualquier procurador, y así el cliente, poniéndose simplemente en manos de un solo hombre, pudiera ver cumplidos sus deseos por él sin más molestia.

«Pero —dijo— yo podría tener libertad para dirigirlo por mí mismo. ¿No es así?».

«Por supuesto —respondí—, y eso lo hacen a menudo los hombres de negocios que no quieren que la totalidad de sus asuntos sea conocida por una sola persona».

«¡Bien! —dijo; y luego siguió preguntando por los medios de hacer consignaciones y los trámites que había que seguir, y por toda clase de dificultades que podrían surgir pero contra las que se podía prevenir con previsión». Le expliqué todas estas cosas lo mejor que pude, y ciertamente me dejó con la impresión de que habría sido un procurador maravilloso, pues no había nada

que no pensara o previera. Para un hombre que nunca había estado en el país y que evidentemente no se ocupaba mucho de negocios, su conocimiento y agudeza eran maravillosos. Cuando se hubo satisfecho en estos puntos de los que había hablado, y yo lo hube verificado todo lo mejor que pude con los libros disponibles, se puso de pie de repente y dijo:

«¿Ha escrito usted, desde su primera carta, a nuestro amigo el señor Peter Hawkins o a algún otro?». Fue con cierta amargura en el corazón que respondí que no, que hasta entonces no había visto ocasión de enviar cartas a nadie.

«Entonces escriba ahora, mi joven amigo —dijo, poniéndome una pesada mano en el hombro—: escriba a nuestro amigo y a cualquier otro; y diga, si le place, que se quedará conmigo hasta dentro de un mes».

«¿Desea que me quede tanto tiempo?», pregunté, pues se me heló el corazón al pensarlo.

«Lo deseo mucho; más aún, no aceptaré una negativa. Cuando su amo, patrón, como quiera llamarlo, acordó que alguien viniera en su nombre, se entendió que solo mis necesidades habían de ser consultadas. Yo no he sido tacaño. ¿No es así?».

¿Qué podía hacer sino inclinarme en señal de aceptación? Era el interés del señor Hawkins, no el mío, y tenía que pensar en él, no en mí; y además, mientras el conde Drácula hablaba, había algo en sus ojos y en su porte que me hacía recordar que yo era un prisionero y que, si lo deseaba, no podría tener elección. El conde vio

su victoria en mi reverencia y su dominio en la turbación de mi rostro, pues empezó de inmediato a usarlos, pero a su manera suave e irresistible:

«Le ruego, mi buen joven amigo, que no hable en sus cartas de otras cosas que no sean negocios. Sin duda agradará a sus amigos saber que está bien y que espera con ansias volver a casa con ellos. ¿No es así?». Mientras hablaba me entregó tres hojas de papel de carta y tres sobres. Eran todos del papel de correo extranjero más fino y, mirándolos a ellos y luego a él, y notando su tranquila sonrisa, con los afilados colmillos tendidos sobre el labio inferior rojo, comprendí tan bien como si lo hubiera dicho que debía tener cuidado con lo que escribiera, pues él podría leerlo. Así que decidí escribir solo notas formales ahora, pero escribir con detalle al señor Hawkins en secreto, y también a Mina, pues a ella podía escribirle en taquigrafía, lo que desconcertaría al conde si llegaba a verlo. Cuando hube escrito mis dos cartas me senté en silencio, leyendo un libro mientras el conde escribía varias notas, consultando mientras las escribía unos libros que había en su mesa. Luego tomó mis dos cartas y las puso con las suyas y guardó sus útiles de escritura, tras lo cual, en el instante en que la puerta se cerró tras él, me incliné y miré las cartas, que estaban boca abajo sobre la mesa. No sentí escrúpulo al hacerlo, pues en las circunstancias sentía que debía protegerme de todos los modos que pudiera.

Una de las cartas iba dirigida a Samuel F. Billington, n.º 7, The Crescent, Whitby; otra a Herr Leutner, Varna; la

tercera a Coutts & Co., Londres, y la cuarta a Herren Klopstock & Billreuth, banqueros, Budapest. La segunda y la cuarta no estaban selladas. Estaba a punto de mirarlas cuando vi moverse el picaporte de la puerta. Me hundí en mi asiento, habiendo tenido apenas tiempo de poner las cartas como estaban y de reanudar mi libro antes de que el conde, con otra carta más en la mano, entrara en la habitación. Tomó las cartas de la mesa y las franqueó con cuidado y luego, volviéndose hacia mí, dijo:

«Confío en que me perdone, pero tengo mucho trabajo que hacer en privado esta noche. Espero que encuentre todo como desea». En la puerta se volvió y, tras un momento de pausa, dijo:

«Permítame aconsejarle, mi querido joven amigo —no, permítame advertirle con toda seriedad—, que, si sale de estas habitaciones, no se le ocurra por casualidad dormir en ninguna otra parte del castillo. Es viejo y tiene muchos recuerdos, y hay malos sueños para quienes duermen imprudentemente. ¡Esté advertido! Si el sueño lo vence ahora o en cualquier momento, o está a punto de hacerlo, apresúrese a su propio cuarto o a estas habitaciones, pues entonces su descanso estará seguro. Pero si no es cuidadoso en este respecto, entonces...». Terminó su discurso de un modo macabro, pues hizo un ademán con las manos como si se las lavara. Lo entendí perfectamente; mi única duda era si algún sueño podría ser más terrible que la red antinatural y horrible de lobreguez y misterio que parecía cerrarse a mi alrededor.

Más tarde.—Ratifico las últimas palabras escritas, pero esta vez no hay duda en cuestión. No temeré dormir en ningún lugar donde él no esté. He puesto el crucifijo sobre la cabecera de mi cama —imagino que mi descanso queda así más libre de sueños—, y ahí permanecerá.

Cuando me dejó fui a mi habitación. Al poco rato, al no oír ningún sonido, salí y subí por la escalera de piedra hasta donde pudiera mirar hacia el sur. Había cierta sensación de libertad en la vasta extensión, aunque me fuera inaccesible, en comparación con la oscuridad estrecha del patio. Al mirar hacia ella sentí que estaba en verdad en prisión, y pareció que quería una bocanada de aire fresco, aunque fuera de la noche. Empiezo a sentir que esta existencia nocturna me afecta. Me destruye los nervios. Me sobresalto con mi propia sombra y estoy lleno de toda clase de horribles imaginaciones. ¡Dios sabe que hay fundamento para mi terrible miedo en este lugar maldito! Miré sobre la hermosa extensión, bañada en suave luz amarilla de luna hasta que era casi tan clara como el día. En la luz suave las colinas lejanas se fundían, y las sombras de los valles y gargantas eran de una negrura aterciopelada. La mera belleza pareció animarme; había paz y consuelo en cada aliento que tomaba. Al asomarme a la ventana mi vista fue atraída por algo que se movía un piso por debajo de mí y algo a mi izquierda, donde imaginé, por el orden de las habitaciones, que daban las ventanas de la propia habitación del conde. La ventana en que estaba era alta y profunda, con parteluz de piedra y, aunque desgastada por la intemperie, aún estaba completa; pero evidentemente hacía muchos días que no

tenía allí el marco. Me eché atrás, tras la piedra, y miré con cuidado hacia fuera.

Lo que vi fue la cabeza del conde saliendo por la ventana. No vi la cara, pero reconocí al hombre por el cuello y el movimiento de la espalda y los brazos. En todo caso no podía confundir las manos, que había tenido tantas ocasiones de estudiar. Al principio me interesé y me divertí un poco, pues es maravilloso qué pequeña cosa interesa y divierte a un hombre cuando es prisionero. Pero mis sentimientos mismos cambiaron a repulsión y terror cuando vi salir lentamente por la ventana al hombre entero y empezar a arrastrarse hacia abajo por el muro del castillo, sobre aquel espantoso abismo, de cara al muro y con su capa extendida a su alrededor como grandes alas. Al principio no podía creer a mis ojos. Pensé que era algún truco de la luz de la luna, algún efecto extraño de las sombras; pero seguí mirando y no podía ser una ilusión. Vi los dedos de las manos y de los pies aferrarse a las esquinas de las piedras, despojadas de argamasa por la fuerza de los años, y valiéndose así de cada saliente y desigualdad, moverse hacia abajo con considerable rapidez, tal como se mueve una lagartija por una pared.

¿Qué clase de hombre es este, o qué clase de criatura es la que tiene la apariencia de un hombre? Siento que el pavor de este horrible lugar me abruma; tengo miedo —un miedo espantoso—, y no hay escape para mí; estoy rodeado de terrores en los que no me atrevo a pensar...

15 de mayo.—Una vez más he visto salir al conde a su modo de lagarto. Se movía hacia abajo de lado, unos cien

pies abajo y bastante a la izquierda. Se desvaneció por algún agujero o ventana. Cuando su cabeza desapareció, me asomé para tratar de ver más, pero sin resultado: la distancia era demasiado grande para permitir un ángulo de visión adecuado. Supe que había salido ya del castillo y pensé aprovechar la oportunidad para explorar más de lo que me había atrevido hasta ahora. Volví a la habitación y, tomando una lámpara, probé todas las puertas. Estaban todas cerradas con llave, como había esperado, y las cerraduras eran comparativamente nuevas; pero bajé por la escalera de piedra hasta el vestíbulo por donde había entrado originalmente. Descubrí que podía correr los cerrojos con bastante facilidad y soltar las grandes cadenas; ¡pero la puerta estaba cerrada con llave, y la llave no estaba! Esa llave debe de estar en la habitación del conde; debo vigilar por si su puerta queda abierta, para poder tomarla y escapar. Seguí haciendo un examen minucioso de las diversas escaleras y pasillos y probando las puertas que se abrían desde ellos. Una o dos habitaciones pequeñas cerca del vestíbulo estaban abiertas, pero no había nada que ver en ellas salvo muebles viejos, polvorientos de edad y comidos por la polilla. Al fin, sin embargo, encontré una puerta en lo alto de la escalera que, aunque parecía estar cerrada, cedía un poco a la presión. La probé con más fuerza y descubrí que en realidad no estaba cerrada, sino que la resistencia provenía de que las bisagras habían caído algo y la pesada puerta descansaba en el suelo. Era una oportunidad que quizá no volviera a tener, así que me esforcé y, con muchos esfuerzos, la empujé hacia atrás para poder

entrar. Estaba ahora en un ala del castillo más a la derecha que las habitaciones que conocía y un piso más abajo. Desde las ventanas pude ver que la serie de habitaciones se extendía al sur del castillo, y que las ventanas de la habitación del extremo miraban tanto al oeste como al sur. Tanto de este lado como del otro había un gran precipicio. El castillo estaba construido sobre la esquina de una gran roca, de modo que por tres lados era del todo inexpugnable, y se habían puesto aquí grandes ventanas donde no podían alcanzar la honda, ni el arco, ni la culebrina, y por consiguiente se lograban luz y comodidad, imposibles en una posición que había que guardar. Al oeste había un gran valle y luego, alzándose a lo lejos, grandes baluartes de montañas dentadas, pico sobre pico, con la roca escarpada salpicada de serbales y espinos, cuyas raíces se aferraban a grietas, hendiduras y resquicios de la piedra. Esta era evidentemente la parte del castillo ocupada por las damas en días pasados, pues los muebles tenían más aire de comodidad que cualquiera de los que había visto. Las ventanas no tenían cortinas, y la amarilla luz de luna, que entraba a raudales por los cristales en rombo, permitía ver incluso los colores, a la vez que suavizaba la riqueza de polvo que cubría todo y disimulaba en cierta medida los estragos del tiempo y de la polilla. Mi lámpara parecía de poco efecto en la brillante luz de la luna, pero me alegraba tenerla conmigo, pues había en el lugar una soledad espantosa que me helaba el corazón y me hacía temblar los nervios. Aun así, era mejor que vivir solo en las habitaciones que había llegado a odiar por la presencia del conde, y tras intentar un poco

disciplinar mis nervios, sentí que me invadía una suave quietud. Aquí estoy, sentado a una mesita de roble donde en tiempos antiguos quizá se sentó alguna hermosa dama a trazar, con mucho pensamiento y muchos rubores, su carta de amor mal escrita, y anotando en mi diario en taquigrafía todo lo que ha ocurrido desde que lo cerré por última vez. Es el siglo XIX al día, y con creces. Y sin embargo, a menos que me engañen los sentidos, los viejos siglos tuvieron, y tienen, poderes propios que la mera «modernidad» no puede matar.

Más tarde: la mañana del 16 de mayo.—Que Dios preserve mi cordura, pues a esto estoy reducido. La seguridad y la certeza de estar seguro son cosas del pasado. Mientras viva aquí solo hay una cosa que esperar: no volverme loco, si es que en verdad no lo estoy ya. Si estoy cuerdo, entonces sin duda es enloquecedor pensar que, de todas las cosas inmundas que acechan en este odioso lugar, el conde es la menos terrible para mí; que solo de él puedo esperar seguridad, aunque sea únicamente mientras pueda servir a su propósito. ¡Gran Dios! ¡Dios misericordioso! Déjame estar calmado, pues por ese camino se va en verdad a la locura. Empiezo a obtener nuevas luces sobre ciertas cosas que me habían desconcertado. Hasta ahora nunca entendí del todo qué quiso decir Shakespeare cuando hizo decir a Hamlet:

«¡Mis tablillas! ¡Pronto, mis tablillas!

Es justo que lo anote», etc.,

pues ahora, sintiéndome como si mi propio cerebro estuviera desquiciado o como si hubiera llegado la

conmoción que debe acabar en su ruina, recurro a mi diario en busca de reposo. El hábito de anotar con exactitud debe ayudarme a serenarme.

La misteriosa advertencia del conde me asustó en su momento; me asusta más ahora que pienso en ella, pues en lo sucesivo tiene un temible dominio sobre mí. ¡Temeré dudar de lo que diga!

Cuando hube escrito en mi diario y felizmente hube vuelto a guardar el cuaderno y la pluma en el bolsillo, sentí sueño. La advertencia del conde me vino a la mente, pero me complació desobedecerla. Me invadía la sensación de sueño y, con ella, la terquedad que el sueño trae como batidor. La suave luz de la luna me calmaba y la ancha extensión del exterior daba una sensación de libertad que me refrescó. Decidí no volver esta noche a las habitaciones rondadas por la lobreguez, sino dormir aquí, donde antaño habían estado sentadas damas que cantaban y vivían dulces vidas mientras sus tiernos pechos estaban tristes por sus hombres ausentes en medio de guerras despiadadas. Saqué de su sitio, cerca de la esquina, un gran diván, de modo que, tendido, pudiera mirar la hermosa vista al este y al sur y, sin pensar en el polvo ni preocuparme por él, me dispuse a dormir. Supongo que debí de quedarme dormido; así lo espero, pero lo temo, pues todo lo que siguió fue sobresalientemente real, tan real que ahora, sentado aquí, a la ancha y plena luz del sol de la mañana, no puedo creer en lo más mínimo que todo fuera sueño.

No estaba solo. La habitación era la misma, sin cambio alguno desde que entré en ella; podía ver a lo largo del suelo, a la brillante luz de la luna, mis propias huellas marcadas donde había perturbado la larga acumulación de polvo. A la luz de la luna, frente a mí, había tres mujeres jóvenes, damas por su vestido y sus modales. Pensé entonces que debía de estar soñando al verlas, pues, aunque la luz de la luna estaba detrás de ellas, no proyectaban sombra alguna sobre el suelo. Se acercaron a mí y me miraron por un rato y luego cuchichearon entre ellas. Dos eran morenas y tenían narices aguileñas altas, como el conde, y grandes ojos oscuros y penetrantes que parecían casi rojos al contrastar con la pálida luna amarilla. La otra era rubia, tan rubia como puede ser, con grandes masas onduladas de cabello dorado y ojos como zafiros pálidos. De algún modo me parecía conocer su rostro, y conocerlo en relación con algún miedo soñado, pero no pude recordar en ese momento cómo ni dónde. Las tres tenían dientes de un blanco brillante que resplandecían como perlas contra el rubí de sus voluptuosos labios. Había algo en ellas que me inquietaba, algún anhelo y a la vez algún temor mortal. Sentí en el corazón un malvado y ardiente deseo de que me besaran con esos labios rojos. No es bueno anotar esto, no sea que algún día llegue a los ojos de Mina y le cause dolor; pero es la verdad. Cuchichearon entre ellas y luego las tres rieron: una risa tan argentina y musical, pero tan dura como si el sonido nunca hubiera podido atravesar la suavidad de labios humanos. Era como la intolerable y estremecedora dulzura de las copas de cristal cuando las

toca una mano diestra. La muchacha rubia movió la cabeza con coquetería, y las otras dos la animaron. Una dijo:

«¡Adelante! Tú eres la primera y nosotras seguiremos; tuyo es el derecho de empezar». La otra añadió:

«Es joven y fuerte; hay besos para todas». Yo me quedé quieto, mirando por debajo de mis pestañas en una agonía de deliciosa expectativa. La muchacha rubia avanzó y se inclinó sobre mí hasta que sentí el movimiento de su aliento sobre mí. Era dulce en un sentido, dulce como la miel, y enviaba el mismo cosquilleo por los nervios que su voz, pero con un fondo amargo bajo lo dulce, una amarga ofensividad, como la que se huele en la sangre.

Tenía miedo de alzar los párpados, pero miraba y veía perfectamente bajo las pestañas. La muchacha se puso de rodillas y se inclinó sobre mí, simplemente relamiéndose. Había una voluptuosidad deliberada que era a la vez emocionante y repulsiva, y al arquear el cuello se lamió realmente los labios como un animal, hasta que pude ver a la luz de la luna la humedad que brillaba en los labios escarlata y en la lengua roja mientras lamía los dientes blancos y afilados. Más y más bajo fue su cabeza, mientras los labios se hundían por debajo del alcance de mi boca y mi barbilla y parecían a punto de fijarse en mi garganta. Entonces hizo una pausa, y pude oír el sonido de batido de su lengua al lamerse los dientes y los labios, y sentir el aliento caliente en mi cuello. Luego la piel de mi garganta empezó a cosquillear como lo hace la carne cuando se acerca más y más la mano que va a hacerle cosquillas.

Pude sentir el roce suave y tembloroso de los labios sobre la piel hipersensible de mi garganta, y las duras marcas de dos dientes afilados, que apenas tocaban y se detenían allí. Cerré los ojos en un éxtasis lánguido y esperé; esperé con el corazón latiendo.

Pero en ese instante otra sensación me recorrió, rápida como un relámpago. Fui consciente de la presencia del conde y de que estaba como envuelto en una tormenta de furia. Al abrirse mis ojos involuntariamente vi su fuerte mano agarrar el esbelto cuello de la mujer rubia y, con poder de gigante, echarlo hacia atrás, los ojos azules transformados de furia, los dientes blancos rechinando de rabia y las mejillas claras ardiendo de rojo por la pasión. ¡Pero el conde! Nunca imaginé tal cólera y furia, ni siquiera en los demonios del abismo. Sus ojos estaban positivamente llameando. La luz roja en ellos era lívida, como si las llamas del fuego del infierno ardieran detrás de ellos. Su rostro estaba mortalmente pálido, y sus líneas eran duras como alambres tensados; las espesas cejas que se juntaban sobre la nariz parecían ahora una barra de metal candente que se agitaba. Con un feroz barrido del brazo, arrojó lejos de sí a la mujer y luego hizo señas a las otras, como si las golpeara para hacerlas retroceder; era el mismo gesto imperioso que había visto usar con los lobos. En una voz que, aunque baja y casi en un susurro, pareció cortar el aire y luego resonar por la habitación, dijo:

«¿Cómo se atreven a tocarlo, ninguna de ustedes? ¿Cómo se atreven a ponerle los ojos encima cuando yo lo

había prohibido? ¡Atrás, les digo a todas! ¡Este hombre me pertenece! Cuidado con meterse con él, o tendrán que vérselas conmigo». La muchacha rubia, con una risa de coquetería procaz, se volvió para responderle:

«¡Tú mismo nunca amaste; nunca amas!». A esto se unieron las otras mujeres, y una risa tan carente de alegría, dura y sin alma resonó por la habitación que casi me hizo desmayar al oírla; parecía el placer de los demonios. Luego el conde se volvió, tras mirar atentamente mi rostro, y dijo en un suave susurro:

«Sí, yo también puedo amar; ustedes mismas pueden decirlo por el pasado. ¿No es así? Pues bien, ahora les prometo que cuando haya terminado con él lo besarán a su gusto. ¡Ahora váyanse! ¡Váyanse! Debo despertarlo, pues hay trabajo que hacer».

«¿No vamos a tener nada esta noche?», dijo una de ellas con una risa baja, mientras señalaba la bolsa que él había arrojado al suelo y que se movía como si hubiera dentro algo vivo. Por respuesta él asintió con la cabeza. Una de las mujeres saltó adelante y la abrió. Si no me engañaron los oídos, hubo un jadeo y un lamento bajo, como de un niño medio sofocado. Las mujeres se cerraron en torno, mientras yo estaba aterrado de horror; pero al mirar desaparecieron, y con ellas la espantosa bolsa. No había puerta cerca de ellas y no podrían haber pasado junto a mí sin que lo notara. Simplemente parecieron disolverse en los rayos de la luz de la luna y salir por la ventana, pues pude ver afuera las formas tenues y sombrías por un momento antes de que se desvanecieran del todo.

Entonces el horror me venció, y caí inconsciente.

CAPÍTULO IV

Diario de Jonathan Harker (continuación)

DESPERTÉ en mi propia cama. Si es que no lo había soñado, el conde debió de traerme aquí. Traté de satisfacerme sobre el asunto, pero no pude llegar a ningún resultado incuestionable. Es cierto que había ciertas pequeñas pruebas, como que mi ropa estaba doblada y puesta aparte de un modo que no es mi costumbre. Mi reloj seguía sin dar cuerda, y estoy rigurosamente acostumbrado a dársela lo último antes de acostarme, y muchos detalles semejantes. Pero estas cosas no son prueba, pues pueden haber sido indicios de que mi mente no estaba como de costumbre y, por una causa u otra, ciertamente yo había estado muy alterado. Debo vigilar en busca de pruebas. De una cosa me alegro: si fue el conde quien me trajo aquí y me desvistió, debió de estar apurado en su tarea, pues mis bolsillos están intactos. Estoy seguro de que este diario habría sido un misterio para él que no habría tolerado. Lo habría tomado o destruido. Al mirar a mi alrededor esta habitación, aunque ha estado para mí tan llena de miedo, es ahora una especie de santuario, pues nada puede ser más espantoso que esas horribles mujeres que estaban —que están— esperando para chuparme la sangre.

18 de mayo.—He bajado a mirar de nuevo aquella habitación a la luz del día, pues debo saber la verdad.

Cuando llegué al umbral en lo alto de la escalera, la encontré cerrada. Había sido empujada con tanta fuerza contra el marco que parte de la madera estaba astillada. Pude ver que el pestillo de la cerradura no estaba echado, pero la puerta está sujeta desde dentro. Temo que no fue un sueño, y debo actuar según esta suposición.

19 de mayo.—Estoy sin duda en la trampa. Anoche el conde me pidió, en los tonos más suaves, que escribiera tres cartas: una diciendo que mi trabajo aquí estaba casi terminado y que partiría hacia casa en pocos días, otra que partía a la mañana siguiente de la fecha de la carta, y la tercera que había salido del castillo y llegado a Bistritz. Con gusto me habría rebelado, pero sentí que en el estado actual de las cosas sería una locura disputar abiertamente con el conde mientras estoy tan absolutamente en su poder; y negarme sería excitar su sospecha y despertar su ira. Sabe que sé demasiado y que no debo vivir, no sea que le resulte peligroso; mi única oportunidad es prolongar mis posibilidades. Puede ocurrir algo que me dé una oportunidad de escapar. Vi en sus ojos algo de esa ira creciente que fue manifiesta cuando arrojó lejos de sí a aquella mujer rubia. Me explicó que los correos eran pocos e inciertos, y que mi escribir ahora aseguraría tranquilidad de ánimo a mis amigos; y me aseguró con tanta solemnidad que contramandaría las cartas posteriores, que quedarían retenidas en Bistritz hasta el momento debido por si la casualidad permitiera que yo prolongara mi estadía, que oponerme a él habría sido crear nueva sospecha. Por tanto fingí ceder a sus puntos de vista y le pregunté qué fechas debía poner en las cartas. Calculó un

minuto y luego dijo:

«La primera debe ser del 12 de junio, la segunda del 19 de junio y la tercera del 29 de junio».

Ahora conozco la extensión de mi vida. ¡Que Dios me ayude!

28 de mayo.—Hay una oportunidad de escapar, o en todo caso de poder enviar noticias a casa. Una banda de szgany ha llegado al castillo y acampa en el patio. Estos szgany son gitanos; tengo notas sobre ellos en mi cuaderno. Son peculiares de esta parte del mundo, aunque emparentados con los gitanos corrientes de todo el mundo. Hay miles de ellos en Hungría y Transilvania, que están casi fuera de toda ley. Se adhieren por regla general a algún gran noble o boyardo y se llaman con su nombre. Son intrépidos y sin religión, salvo la superstición, y hablan solo sus propias variedades de la lengua romaní.

Escribiré algunas cartas a casa y trataré de que las envíen. Ya les he hablado a través de mi ventana para iniciar el trato. Se quitaron los sombreros e hicieron reverencias y muchas señas que, sin embargo, no pude entender, como tampoco su lengua hablada...

He escrito las cartas. La de Mina está en taquigrafía, y simplemente pido al señor Hawkins que se comunique con ella. A ella le he explicado mi situación, pero sin los horrores que solo puedo conjeturar. Le causaría una conmoción y un susto mortales si le abriera mi corazón. Si las cartas no llegaran, entonces el conde no sabrá aún mi secreto ni la extensión de mi conocimiento...

He entregado las cartas; las arrojé por entre los barrotes de mi ventana con una moneda de oro e hice las señas que pude para que las enviaran. El hombre que las tomó las apretó contra su corazón y se inclinó, y luego las guardó en su gorra. No pude hacer más. Me escabullí de vuelta al estudio y empecé a leer. Como el conde no entró, he escrito aquí...

Ha venido el conde. Se sentó a mi lado y dijo, con su voz más suave, mientras abría dos cartas:

«El szgany me ha dado estas, de las cuales, aunque no sé de dónde vienen, me ocuparé, por supuesto. ¡Mire!». Debió de mirar una: «Una es suya, y para mi amigo Peter Hawkins; la otra —y aquí vio los extraños símbolos al abrir el sobre, y la mirada oscura vino a su rostro, y sus ojos llamearon malignamente—, ¡la otra es una cosa vil, un ultraje a la amistad y a la hospitalidad! No está firmada. ¡Bien! Así que no puede importarnos». Y sostuvo con calma carta y sobre en la llama de la lámpara hasta que se consumieron. Luego continuó:

«La carta a Hawkins la enviaré, por supuesto, puesto que es suya. Sus cartas son sagradas para mí. Perdón, amigo mío, por haber roto el sello sin saberlo. ¿No quiere cerrarla de nuevo?». Me tendió la carta y, con una cortés reverencia, me alcanzó un sobre limpio. Solo pude volver a dirigirla y entregársela en silencio. Cuando salió de la habitación pude oír girar suavemente la llave. Un minuto después fui y la probé, y la puerta estaba cerrada con llave.

Cuando, una hora o dos más tarde, el conde entró silenciosamente en la habitación, su llegada me despertó, pues me había dormido en el sofá. Estaba muy cortés y muy alegre en sus modales y, viendo que había estado durmiendo, dijo:

«Así, amigo mío, ¿está cansado? A la cama. Allí está el descanso más seguro. Puede que no tenga el placer de conversar esta noche, pues tengo muchas labores; pero usted dormirá, se lo ruego». Pasé a mi habitación y me acosté y, cosa extraña, dormí sin soñar. La desesperación tiene sus propias calmas.

31 de mayo.—Esta mañana, al despertar, pensé en proveerme de papel y sobres de mi maleta y guardarlos en el bolsillo, para poder escribir si se presentara una oportunidad, pero de nuevo una sorpresa, ¡de nuevo una conmoción!

Hasta el último pedazo de papel había desaparecido, y con él todas mis notas, mis apuntes relativos a ferrocarriles y viajes, mi carta de crédito; de hecho, todo lo que pudiera serme útil si alguna vez estuviera fuera del castillo. Me senté y reflexioné un rato, y luego se me ocurrió una idea y registré mi baúl y el armario donde había puesto mi ropa.

El traje con que había viajado había desaparecido, y también mi abrigo y mi manta; no pude encontrar rastro de ellos en ninguna parte. Esto parecía algún nuevo plan de villanía...

17 de junio.—Esta mañana, mientras estaba sentado en el borde de mi cama devanándome los sesos, oí fuera un

restallar de látigos y un golpeteo y rascar de patas de caballos por el sendero rocoso más allá del patio. Con alegría corrí a la ventana y vi entrar en el patio dos grandes leiter-wagons, cada uno tirado por ocho robustos caballos, y a la cabeza de cada pareja un eslovaco, con su ancho sombrero, su gran cinturón tachonado de clavos, su pelliza sucia y sus botas altas. Llevaban también en la mano sus largos bastones. Corrí a la puerta, con la intención de bajar y tratar de unirme a ellos por el vestíbulo principal, pues pensé que ese camino podría abrirse para ellos. De nuevo una conmoción: mi puerta estaba cerrada por fuera.

Entonces corrí a la ventana y les grité. Me miraron estúpidamente y señalaron, pero justo entonces el «hetman» de los szgany salió y, viendo que señalaban mi ventana, dijo algo, ante lo cual rieron. De ahí en adelante ningún esfuerzo mío, ningún grito lastimero o súplica agónica, conseguiría que siquiera me miraran. Se volvieron resueltamente. Los leiter-wagons contenían grandes cajas cuadradas, con asas de gruesa cuerda; estaban evidentemente vacías por la facilidad con que los eslovacos las manejaban y por su resonancia cuando las movían bruscamente. Cuando estuvieron todas descargadas y apiladas en un gran montón en una esquina del patio, los szgany dieron algún dinero a los eslovacos, que, escupiéndole para dar suerte, fueron perezosamente cada uno a la cabeza de su caballo. Poco después oí morir en la distancia el restallar de sus látigos.

24 de junio, antes del amanecer.—Anoche el conde me dejó temprano y se encerró en su propia habitación. Tan pronto como me atreví, corrí por la escalera de caracol y miré por la ventana, que se abría al sur. Pensé que vigilaría al conde, pues algo está ocurriendo. Los szgany están alojados en algún lugar del castillo y hacen algún tipo de trabajo. Lo sé, pues de vez en cuando oigo un sonido lejano y apagado como de azadón y pala y, sea lo que sea, debe de ser el fin de alguna villanía despiadada.

Llevaba en la ventana algo menos de media hora cuando vi salir algo por la ventana del conde. Me eché atrás y observé con cuidado, y vi salir al hombre entero. Fue una nueva conmoción para mí descubrir que llevaba puesto el traje que yo había usado durante el viaje hasta aquí y, colgada al hombro, la terrible bolsa que había visto llevarse a las mujeres. No podía haber duda sobre su objetivo, ¡y con mi atuendo, además! Este es, pues, su nuevo plan de maldad: permitir que otros me vean, como ellos creen, para dejar a la vez pruebas de que se me ha visto en las ciudades o aldeas enviando mis propias cartas, y para que cualquier maldad que él cometa sea atribuida a mí por la gente del lugar.

Me da rabia pensar que esto pueda continuar, y que yo esté encerrado aquí, verdadero prisionero, pero sin esa protección de la ley que es incluso un derecho y un consuelo del criminal.

Pensé en vigilar el regreso del conde y durante mucho tiempo me senté tercamente en la ventana. Luego empecé a notar que había unas curiosas motitas flotando en los

rayos de la luz de la luna. Eran como los más diminutos granos de polvo, y giraban y se reunían en racimos de un modo nebuloso. Las observé con una sensación de sosiego, y una especie de calma se apoderó de mí. Me recliné en el hueco de la ventana en una posición más cómoda, para poder disfrutar más plenamente de aquel retozar aéreo.

Algo me hizo sobresaltarme: un bajo y lastimero aullido de perros en algún lugar muy abajo en el valle, oculto a mi vista. Parecía resonar más fuerte en mis oídos, y las motas flotantes tomar nuevas formas al compás del sonido mientras danzaban a la luz de la luna. Me sentí luchando por despertar a algún llamado de mis instintos; más aún, mi propia alma luchaba, y mis sensibilidades a medio recordar se esforzaban por responder al llamado. ¡Me estaba hipnotizando! Más y más rápido bailaba el polvo; los rayos de luna parecían estremecerse al pasar junto a mí hacia la masa de penumbra de más allá. Más y más se reunían, hasta que parecieron tomar tenues formas fantasmales. Y entonces me sobresalté, plenamente despierto y en pleno dominio de mis sentidos, y salí gritando corriendo del lugar. Las formas fantasmales, que se iban materializando poco a poco a partir de los rayos de luna, eran las de las tres mujeres espectrales a las que estoy condenado. Huí y me sentí algo más seguro en mi propia habitación, donde no había luz de luna y donde la lámpara ardía brillante.

Cuando hubieron pasado un par de horas oí algo que se movía en la habitación del conde, algo como un agudo lamento rápidamente sofocado; y luego hubo silencio, un

silencio hondo, espantoso, que me heló. Con el corazón latiendo, probé la puerta; pero estaba encerrado en mi prisión y no pude hacer nada. Me senté y simplemente lloré.

Mientras estaba sentado oí un sonido en el patio exterior: el grito agónico de una mujer. Corrí a la ventana y, abriéndola de golpe, atisbé entre los barrotes. Allí, en efecto, había una mujer con el pelo desgreñado, con las manos sobre el corazón como alguien angustiado por la carrera. Estaba apoyada contra una esquina del portal. Cuando vio mi rostro en la ventana se lanzó hacia delante y gritó con una voz cargada de amenaza:

«¡Monstruo, devuélveme a mi hijo!».

Se arrojó de rodillas y, alzando las manos, gritó las mismas palabras en tonos que me desgarraron el corazón. Luego se arrancó los cabellos y se golpeó el pecho, y se abandonó a todas las violencias de la emoción desmedida. Por último se lanzó hacia delante y, aunque no podía verla, pude oír el golpear de sus manos desnudas contra la puerta.

En algún lugar muy alto sobre mi cabeza, probablemente en la torre, oí la voz del conde llamando en su áspero susurro metálico. Su llamado pareció ser respondido desde lejos y desde cerca por el aullido de los lobos. Antes de que pasaran muchos minutos, una manada de ellos se derramó, como un dique contenido cuando se libera, por la ancha entrada hacia el patio.

No hubo grito de la mujer, y el aullido de los lobos fue breve. Poco después se alejaron en fila, uno a uno,

relamiéndose.

No pude compadecerla, pues sabía ahora lo que había sido de su hijo, y ella estaba mejor muerta.

¿Qué haré? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo escapar de esta cosa espantosa de noche y de penumbra y de miedo?

25 de junio, mañana.—Ningún hombre sabe, hasta que ha sufrido la noche, cuán dulce y cuán querida para su corazón y su vista puede ser la mañana. Cuando el sol subió tanto esta mañana que dio en lo alto del gran portal frente a mi ventana, el punto elevado que tocó me pareció como si la paloma del arca se hubiera posado allí. Mi miedo cayó de mí como si hubiera sido una prenda vaporosa que se disolvió en el calor. Debo emprender alguna acción mientras el ánimo del día está sobre mí. Anoche una de mis cartas con fecha adelantada fue al correo, la primera de esa fatal serie que ha de borrar de la tierra hasta los rastros de mi existencia.

No pensemos en ello. ¡Acción!

Siempre ha sido de noche cuando me han molestado o amenazado, o de algún modo he estado en peligro o en miedo. Todavía no he visto al conde a la luz del día. ¿Será que duerme cuando otros velan, para poder estar despierto mientras ellos duermen? ¡Si pudiera entrar en su habitación! Pero no hay modo posible. La puerta está siempre cerrada con llave; no hay camino para mí.

Sí, hay un camino, si uno se atreve a tomarlo. Por donde ha ido su cuerpo, ¿por qué no puede ir otro cuerpo? Yo mismo lo he visto arrastrarse desde su ventana. ¿Por qué

no habría de imitarlo yo y entrar por su ventana? Las probabilidades son desesperadas, pero mi necesidad es aún más desesperada. Correré el riesgo. En el peor de los casos solo puede ser la muerte; y la muerte de un hombre no es la de un ternero, y el temido Más Allá puede aún estar abierto para mí. ¡Que Dios me ayude en mi tarea! Adiós, Mina, si fracaso; adiós, mi fiel amigo y segundo padre; adiós a todos, y por último, ¡Mina!

El mismo día, más tarde.—He hecho el esfuerzo y, con la ayuda de Dios, he regresado sano y salvo a esta habitación. Debo anotar cada detalle por orden. Fui, mientras mi valor estaba fresco, directamente a la ventana del lado sur y salí de inmediato a la estrecha cornisa de piedra que rodea el edificio por este lado. Las piedras son grandes y toscamente talladas, y la argamasa entre ellas se ha lavado con el paso del tiempo. Me quité las botas y me aventuré por el camino desesperado. Miré abajo una sola vez, para asegurarme de que una visión súbita de la espantosa profundidad no me venciera, pero después aparté los ojos de ella. Conocía bastante bien la dirección y la distancia de la ventana del conde y me dirigí a ella lo mejor que pude, teniendo en cuenta las posibilidades disponibles. No sentí vértigo —supongo que estaba demasiado excitado— y el tiempo pareció ridículamente corto hasta que me encontré de pie en el alféizar tratando de levantar la hoja de la ventana. Estaba lleno de agitación, sin embargo, cuando me incliné y me deslicé con los pies por delante por la ventana. Luego miré alrededor en busca del conde pero, con sorpresa y alegría, hice un descubrimiento. ¡La habitación estaba vacía!

Estaba escasamente amueblada con cosas raras que parecían no haberse usado nunca; los muebles eran de un estilo parecido al de las habitaciones del sur y estaban cubiertos de polvo. Busqué la llave, pero no estaba en la cerradura y no pude encontrarla en ninguna parte. Lo único que encontré fue un gran montón de oro en un rincón: oro de todas clases, monedas romanas y británicas y austríacas y húngaras y griegas y turcas, cubiertas con una película de polvo, como si hubieran estado mucho tiempo bajo tierra. Ninguna de las que noté tenía menos de trescientos años. Había también cadenas y adornos, algunos con joyas, pero todos viejos y manchados.

En un rincón de la habitación había una pesada puerta. La probé, pues, como no podía encontrar la llave de la habitación ni la de la puerta exterior, que era el objetivo principal de mi búsqueda, debía hacer más exámenes o todos mis esfuerzos serían en vano. Estaba abierta y daba, por un pasadizo de piedra, a una escalera circular que descendía empinada. Bajé, cuidando mucho dónde iba, pues la escalera estaba oscura, iluminada solo por aspilleras en la maciza mampostería. Al pie había un pasadizo oscuro como un túnel, por el cual llegaba un olor mortal y nauseabundo, el olor de tierra vieja recién removida. Al avanzar por el pasadizo el olor se hizo más cercano y más pesado. Por fin abrí tirando una pesada puerta que estaba entornada y me encontré en una vieja capilla en ruinas, que evidentemente había sido usada como cementerio. El techo estaba roto y en dos lugares había escalones que llevaban a criptas, pero el suelo había sido removido recientemente y la tierra puesta en grandes

cajas de madera, manifiestamente las que habían traído los eslovacos. No había nadie alrededor y busqué cualquier otra salida, pero no había ninguna. Luego recorrí cada pulgada del terreno para no perder ninguna oportunidad. Bajé incluso a las criptas, donde luchaba la luz tenue, aunque hacerlo era un espanto para mi alma misma. Entré en dos de ellas, pero no vi nada salvo fragmentos de viejos ataúdes y montones de polvo; en la tercera, sin embargo, hice un descubrimiento.

¡Allí, en una de las grandes cajas, de las que había cincuenta en total, sobre un montón de tierra recién removida, yacía el conde! Estaba muerto o dormido, no podía decir cuál de los dos —pues los ojos estaban abiertos y pétreos, pero sin la vidriosidad de la muerte—, y las mejillas tenían el calor de la vida a través de toda su palidez; los labios estaban tan rojos como siempre. Pero no había señal de movimiento, ni pulso, ni aliento, ni latido del corazón. Me incliné sobre él y traté de encontrar cualquier señal de vida, pero en vano. No podía llevar allí mucho tiempo, pues el olor a tierra habría desaparecido en pocas horas. Al lado de la caja estaba su tapa, perforada con agujeros aquí y allá. Pensé que podría llevar las llaves encima, pero cuando fui a registrarlo vi los ojos muertos, y en ellos, muertos como estaban, tal mirada de odio, aunque inconsciente de mí o de mi presencia, que huí del lugar y, saliendo de la habitación del conde por la ventana, trepé de nuevo por el muro del castillo. Al recobrar mi habitación me arrojé jadeante sobre la cama y traté de pensar...

29 de junio.—Hoy es la fecha de mi última carta, y el conde ha tomado medidas para probar que era genuina, pues de nuevo lo vi salir del castillo por la misma ventana y con mi ropa. Mientras bajaba por el muro a su modo de lagarto, deseé tener un arma de fuego o algún arma letal para poder destruirlo; pero temo que ningún arma forjada solo por mano de hombre tendría efecto alguno sobre él. No me atreví a esperar a verlo volver, pues temía ver a aquellas hermanas extrañas. Volví a la biblioteca y leí allí hasta quedarme dormido.

Me despertó el conde, que me miró con la mayor severidad con que un hombre puede mirar, mientras decía:

«Mañana, amigo mío, debemos separarnos. Usted vuelve a su hermosa Inglaterra, yo a algún trabajo que puede tener tal fin que quizá nunca nos encontremos. Su carta a casa ha sido despachada; mañana yo no estaré aquí, pero todo estará listo para su viaje. Por la mañana vienen los szgany, que tienen aquí algunas labores propias, y también vienen unos eslovacos. Cuando se hayan ido, mi carruaje vendrá por usted y lo llevará al paso de Borgo para encontrar la diligencia de Bucovina a Bistritz. Pero tengo la esperanza de verlo más en el castillo de Drácula». Desconfié de él y decidí poner a prueba su sinceridad. ¡Sinceridad! Parece una profanación de la palabra escribirla en relación con tal monstruo, así que le pregunté a quemarropa:

«¿Por qué no puedo irme esta noche?».

«Porque, estimado señor, mi cochero y mis caballos están lejos en una misión».

«Pero yo caminaría con gusto. Quiero irme de inmediato». Sonrió, una sonrisa tan suave, tan lisa, tan diabólica que supe que había alguna trampa tras su suavidad. Dijo:

«¿Y su equipaje?».

«No me importa. Puedo mandarlo a buscar en otra ocasión».

El conde se puso de pie y dijo, con una dulce cortesía que me hizo frotarme los ojos, tan real parecía:

«Ustedes los ingleses tienen un refrán que me es muy querido, pues su espíritu es el que rige a nuestros boyardos: "Dé la bienvenida al que llega; despida con prisa al que parte". Venga conmigo, mi querido joven amigo. Ni una hora esperará en mi casa contra su voluntad, aunque triste estoy por su partida y de que la desee tan de repente. ¡Venga!». Con una gravedad majestuosa, él, con la lámpara, me precedió por la escalera y a lo largo del vestíbulo. De pronto se detuvo.

«¡Escuche!».

Muy cerca llegó el aullido de muchos lobos. Era casi como si el sonido brotara al alzar él la mano, tal como la música de una gran orquesta parece saltar bajo la batuta del director. Tras una pausa de un momento, prosiguió, a su majestuoso modo, hasta la puerta, corrió los pesados cerrojos, soltó las gruesas cadenas y empezó a abrirla.

Para mi intenso asombro vi que no estaba cerrada con llave. Con sospecha miré alrededor, pero no pude ver llave de ninguna clase.

Al empezar a abrirse la puerta, el aullido de los lobos de afuera se hizo más fuerte y más furioso; sus rojas fauces, con dientes que rechinaban, y sus patas de garras romas al saltar, entraron por la puerta que se abría. Supe entonces que luchar en ese momento contra el conde era inútil. Con tales aliados a su mando, no podía hacer nada. Pero la puerta seguía abriéndose lentamente, y solo el cuerpo del conde llenaba el hueco. De pronto se me ocurrió que este podía ser el momento y el medio de mi perdición; iba a ser entregado a los lobos, y por mi propia instigación. Había una maldad diabólica en la idea, lo bastante grande para el conde, y como última oportunidad grité:

«¡Cierre la puerta; esperaré hasta la mañana!», y me cubrí la cara con las manos para ocultar mis lágrimas de amargo desengaño. Con un solo barrido de su poderoso brazo, el conde cerró la puerta de golpe, y los grandes cerrojos resonaron y retumbaron por el vestíbulo al volver a su sitio.

En silencio volvimos a la biblioteca y, tras un minuto o dos, fui a mi propia habitación. Lo último que vi del conde Drácula fue su beso con la mano hacia mí; con una luz roja de triunfo en los ojos y con una sonrisa de la que Judas en el infierno podría estar orgulloso.

Cuando estaba en mi habitación y a punto de acostarme, creí oír un cuchicheo en mi puerta. Fui hasta ella con

suavidad y escuché. A menos que me engañaran los oídos, oí la voz del conde:

«¡Atrás, atrás, a su lugar! Su hora aún no ha llegado. ¡Esperen! ¡Tengan paciencia! ¡Esta noche es mía. Mañana por la noche es de ustedes!». Hubo una risa baja y dulce, como un murmullo, y con rabia abrí la puerta de golpe y vi afuera a las tres terribles mujeres relamiéndose. Al aparecer yo, todas se unieron en una horrible risa y se alejaron corriendo.

Volví a mi habitación y me arrojé de rodillas. ¿Está entonces tan cerca el fin? ¡Mañana! ¡Mañana! Señor, ayúdame a mí y a aquellos a quienes soy querido.

30 de junio, mañana.—Estas pueden ser las últimas palabras que escriba jamás en este diario. Dormí hasta justo antes del alba y, al despertar, me arrojé de rodillas, pues decidí que, si la Muerte venía, me encontraría preparado.

Al fin sentí ese sutil cambio en el aire y supe que había llegado la mañana. Entonces llegó el bienvenido canto del gallo, y sentí que estaba a salvo. Con el corazón alegre abrí mi puerta y bajé corriendo al vestíbulo. Había visto que la puerta no estaba cerrada con llave, y ahora la huida estaba ante mí. Con manos que temblaban de ansiedad, solté las cadenas y corrí los macizos cerrojos.

Pero la puerta no se movía. Me invadió la desesperación. Tiré, y tiré, de la puerta y la sacudí hasta que, por maciza que era, traqueteó en su marco. Podía ver el pestillo echado. Había sido cerrada con llave después de que yo dejé al conde.

Entonces me tomó un deseo salvaje de obtener esa llave a cualquier riesgo, y decidí allí mismo escalar de nuevo el muro y llegar a la habitación del conde. Podía matarme, pero la muerte parecía ahora la más feliz de las opciones entre males. Sin una pausa corrí a la ventana oriental y bajé reptando por el muro, como antes, a la habitación del conde. Estaba vacía, pero eso era lo que esperaba. No pude ver llave en ninguna parte, pero el montón de oro seguía allí. Pasé por la puerta del rincón y bajé por la escalera de caracol y por el oscuro pasadizo hasta la vieja capilla. Sabía ya bastante bien dónde encontrar al monstruo que buscaba.

La gran caja estaba en el mismo lugar, junto a la pared, pero la tapa estaba puesta sobre ella, no sujeta, pero con los clavos listos en sus lugares para ser clavados. Sabía que debía alcanzar el cuerpo para obtener la llave, así que levanté la tapa y la apoyé contra la pared; y entonces vi algo que llenó mi alma misma de horror. Allí yacía el conde, pero con aspecto de haber recobrado a medias su juventud, pues el pelo blanco y el bigote se habían transformado en un gris hierro oscuro; las mejillas eran más llenas, y la piel blanca parecía de un rojo rubí por debajo; la boca estaba más roja que nunca, pues en los labios había coágulos de sangre fresca que goteaban por las comisuras y corrían por la barbilla y el cuello. Hasta los ojos hondos y ardientes parecían hundidos entre carne hinchada, pues los párpados y las bolsas de debajo estaban abotargados. Parecía como si toda la espantosa criatura estuviera simplemente ahíta de sangre. Yacía como una sanguijuela inmunda, agotada por su hartazgo.

Me estremecí al inclinarme para tocarlo, y cada sentido en mí se rebeló ante el contacto; pero debía registrar o estaba perdido. La noche siguiente podía ver mi propio cuerpo convertido en banquete del mismo modo que el de aquellas tres horribles. Palpé todo el cuerpo, pero no pude encontrar señal de la llave. Entonces me detuve y miré al conde. Había una sonrisa burlona en el rostro abotargado que parecía volverme loco. Este era el ser a quien yo ayudaba a trasladarse a Londres, donde quizá, durante siglos por venir, podría, entre sus millones hormigueantes, saciar su sed de sangre y crear un nuevo y cada vez más amplio círculo de semidemonios que se cebaran en los indefensos. La sola idea me volvió loco. Me invadió un terrible deseo de librar al mundo de tal monstruo. No había arma letal a mano, pero agarré una pala que los obreros habían estado usando para llenar los cajones y, levantándola en alto, golpeé, con el filo hacia abajo, el odioso rostro. Pero al hacerlo la cabeza se volvió y los ojos cayeron de lleno sobre mí, con toda su llama de horror de basilisco. La vista pareció paralizarme, y la pala giró en mi mano y resbaló por el rostro, haciendo apenas un profundo tajo sobre la frente. La pala cayó de mi mano sobre la caja y, al retirarla, el borde de la hoja se enganchó en el canto de la tapa, que volvió a caer y ocultó a mi vista la horrible cosa. La última visión que tuve fue la del rostro abotargado, manchado de sangre y fijo en una mueca de malicia que se habría mantenido en el más profundo infierno.

Pensé y pensé cuál debía ser mi siguiente movimiento, pero mi cerebro parecía en llamas, y esperé con una

sensación desesperada que crecía en mí. Mientras esperaba oí a lo lejos una canción gitana cantada por voces alegres que se acercaban y, a través de su canto, el rodar de pesadas ruedas y el restallar de látigos; los szgany y los eslovacos de los que había hablado el conde estaban llegando. Con una última mirada alrededor y a la caja que contenía el vil cuerpo, corrí del lugar y gané la habitación del conde, decidido a salir corriendo en el momento en que se abriera la puerta. Con los oídos tensos, escuché y oí abajo el rechinar de la llave en la gran cerradura y el caer hacia atrás de la pesada puerta. Debía de haber algún otro medio de entrada, o alguien tenía una llave de una de las puertas cerradas. Luego llegó el sonido de muchos pies que pisaban fuerte y se apagaban en algún pasadizo que devolvía un eco metálico. Me volví para correr de nuevo hacia la cripta, donde podría encontrar la nueva entrada; pero en ese momento pareció llegar una violenta ráfaga de viento, y la puerta de la escalera de caracol se cerró de golpe con una sacudida que hizo volar el polvo de los dinteles. Cuando corrí a empujarla para abrirla, descubrí que estaba irremediablemente atrancada. Estaba de nuevo prisionero, y la red de la perdición se cerraba más estrechamente a mi alrededor.

Mientras escribo se oye en el pasadizo de abajo un sonido de muchos pies que pisan fuerte y el estruendo de cargas depositadas pesadamente, sin duda las cajas, con su cargamento de tierra. Hay un sonido de martilleo; es la caja que están clavando. Ahora puedo oír de nuevo los pesados pies que pisan fuerte por el vestíbulo, con muchos otros pies ociosos detrás de ellos.

La puerta se cierra, y las cadenas tintinean; hay un rechinar de la llave en la cerradura; puedo oír que sacan la llave; luego otra puerta se abre y se cierra; oigo el crujir de cerradura y cerrojo.

¡Escucha! En el patio y por el camino rocoso, el rodar de pesadas ruedas, el restallar de látigos y el coro de los szgany que se alejan en la distancia.

Estoy solo en el castillo con esas horribles mujeres. ¡Puf! Mina es una mujer, y no hay nada en común. ¡Son demonios del Abismo!

No me quedaré a solas con ellas; trataré de escalar el muro del castillo más lejos de lo que he intentado hasta ahora. Llevaré conmigo algo del oro, por si lo necesito después. Puedo encontrar un camino fuera de este espantoso lugar.

¡Y luego, a casa! ¡Al tren más rápido y cercano! ¡Lejos de este lugar maldito, de esta tierra maldita, donde el diablo y sus hijos aún andan con pies terrenales!

Al menos la misericordia de Dios es mejor que la de estos monstruos, y el precipicio es empinado y alto. A su pie un hombre puede dormir; como un hombre. ¡Adiós a todos! ¡Mina!

CAPÍTULO V

Cartas de Lucy y Mina

Carta de la señorita Mina Murray a la señorita Lucy Westenra.

9 de mayo.

Mi queridísima Lucy:

Perdona mi largo retraso en escribirte, pero he estado sencillamente abrumada de trabajo. La vida de una maestra ayudante es a veces fatigosa. Tengo ganas de estar contigo, junto al mar, donde podamos conversar libremente y construir nuestros castillos en el aire. Últimamente he trabajado muy duro, porque quiero estar al día con los estudios de Jonathan y he practicado la taquigrafía con mucho ahínco. Cuando estemos casados podré serle útil a Jonathan y, si logro taquigrafiar lo bastante bien, podré tomar lo que quiera decir de este modo y pasárselo en limpio a máquina, algo en lo que también estoy practicando mucho. Él y yo a veces escribimos cartas en taquigrafía, y él lleva un diario taquigráfico de sus viajes por el extranjero. Cuando esté contigo llevaré un diario del mismo modo. No me refiero a uno de esos diarios de dos páginas por semana con el domingo apretujado en un rincón, sino a una especie de crónica en la que pueda escribir cuando me apetezca. No supongo que tenga mucho de interesante para otras personas; pero no está pensado para ellas. Puede que se lo

muestre a Jonathan algún día si hay en él algo digno de compartirse, pero en realidad es un cuaderno de ejercicios. Intentaré hacer lo que veo que hacen las periodistas: entrevistar, escribir descripciones y tratar de recordar conversaciones. Me dicen que, con un poco de práctica, se puede recordar todo lo que ocurre o todo lo que uno oye decir durante un día. Sin embargo, ya veremos. Te contaré mis pequeños planes cuando nos veamos. Acabo de recibir unas pocas líneas apresuradas de Jonathan desde Transilvania. Está bien y volverá dentro de una semana, más o menos. Tengo ganas de oír todas sus noticias. Debe de ser tan agradable ver países extraños. Me pregunto si nosotros —quiero decir Jonathan y yo— llegaremos alguna vez a verlos juntos. Está sonando la campana de las diez. Adiós.

Tu cariñosa

Mina.

Cuéntame todas las novedades cuando escribas. Hace mucho que no me dices nada. Me llegan rumores, y en especial de un hombre alto, guapo y de pelo rizado, ¿¿¿???

Carta de Lucy Westenra a Mina Murray.

17, Chatham Street,

Miércoles.

Mi queridísima Mina:

Debo decir que me acusas muy injustamente de ser una mala corresponsal. Te he escrito dos veces desde que nos separamos, y tu última carta era solo la segunda. Además, no tengo nada que contarte. En realidad no hay nada que

te interese. La ciudad está muy agradable ahora, y vamos mucho a galerías de pintura y a pasear y cabalgar por el parque. En cuanto al hombre alto de pelo rizado, supongo que era el que estaba conmigo en el último concierto popular. Alguien ha estado evidentemente con chismes. Ese era el señor Holmwood. Viene a vernos a menudo, y él y mamá se llevan muy bien; tienen tantas cosas en común de que hablar. Conocimos hace algún tiempo a un hombre que te vendría perfecto, si no estuvieras ya comprometida con Jonathan. Es un excelente partido, pues es guapo, acomodado y de buena cuna. Es médico y de veras inteligente. ¡Imagínate! Tiene solo veintinueve años y un inmenso manicomio enteramente a su cargo. El señor Holmwood me lo presentó, y vino a visitarnos aquí y ahora viene a menudo. Creo que es uno de los hombres más resueltos que he visto, y sin embargo el más calmado. Parece absolutamente imperturbable. Me imagino qué poder maravilloso debe de tener sobre sus pacientes. Tiene la curiosa costumbre de mirar a uno directamente a la cara, como tratando de leer sus pensamientos. Lo ensaya mucho conmigo, pero me jacto de que ha dado con un hueso duro de roer. Lo sé por mi espejo. ¿Alguna vez tratas de leer tu propio rostro? Yo sí, y te digo que no es un mal estudio y da más trabajo del que puedes imaginar si nunca lo has intentado. Dice que le ofrezco un curioso estudio psicológico, y humildemente creo que sí. No me intereso lo bastante por la ropa, como sabes, para poder describir las nuevas modas. La ropa es un fastidio. Eso es jerga otra vez, pero no importa; Arthur lo dice todos los días. Ya está, ya salió todo. Mina, nos hemos contado todos

nuestros secretos desde niñas; hemos dormido juntas y comido juntas, y reído y llorado juntas; y ahora, aunque he hablado, me gustaría decirte más. Oh, Mina, ¿no lo adivinas? Lo amo. Me estoy sonrojando mientras escribo, pues aunque creo que él me ama, no me lo ha dicho con palabras. Pero ¡oh, Mina, lo amo; lo amo; lo amo! Ya está, eso me hace bien. Quisiera estar contigo, querida, sentadas junto al fuego desvistiéndonos, como solíamos sentarnos; y trataría de decirte lo que siento. No sé cómo escribo esto ni siquiera a ti. Tengo miedo de parar, o rompería la carta, y no quiero parar, pues tengo tantas ganas de contártelo todo. Respóndeme enseguida y dime todo lo que piensas de esto. Mina, debo parar. Buenas noches. Bendíceme en tus oraciones; y, Mina, reza por mi felicidad.

LUCY.

P. D.: No necesito decirte que esto es un secreto. Buenas noches otra vez.

L.

Carta de Lucy Westenra a Mina Murray.

24 de mayo.

Mi queridísima Mina:

Gracias, y gracias, y gracias otra vez por tu dulce carta. Fue tan agradable poder contártelo y tener tu simpatía.

Querida mía, nunca llueve sino que diluvia. Qué ciertos son los viejos refranes. Aquí estoy yo, que cumpliré veinte en septiembre, y nunca había tenido una propuesta hasta hoy, no una propuesta de verdad, y hoy he tenido tres.

¡Imagínate! ¡TRES propuestas en un solo día! ¿No es espantoso? Lo siento, de veras y de verdad, por dos de los pobres muchachos. Oh, Mina, soy tan feliz que no sé qué hacer conmigo misma. ¡Y tres propuestas! Pero, por el amor de Dios, no se lo digas a ninguna de las chicas, o se harían toda clase de ideas extravagantes e imaginarían que las han agraviado y menospreciado si en su primerísimo día en casa no recibieran al menos seis. ¡Algunas chicas son tan vanidosas! Tú y yo, Mina querida, que estamos comprometidas y pronto vamos a sentar cabeza con sobriedad como viejas casadas, podemos despreciar la vanidad. Bueno, debo contarte lo de los tres, pero debes guardarlo en secreto, querida, ante todos, salvo, por supuesto, Jonathan. Se lo contarás, porque yo, si estuviera en tu lugar, ciertamente se lo contaría a Arthur. Una mujer debe contarle todo a su marido —¿no te parece, querida?— y debo ser justa. A los hombres les gusta que las mujeres, ciertamente sus esposas, sean tan justas como ellos; y las mujeres, me temo, no siempre son tan justas como deberían. Bueno, querida mía, el número Uno vino justo antes del almuerzo. Te hablé de él: el doctor John Seward, el del manicomio, el de la mandíbula fuerte y la buena frente. Estaba muy frío por fuera, pero nervioso de todos modos. Evidentemente se había estado aleccionando sobre toda clase de cosillas y las recordaba; pero casi consigue sentarse sobre su sombrero de copa de seda, cosa que los hombres no suelen hacer cuando están fríos, y luego, cuando quiso parecer tranquilo, se puso a jugar con una lanceta de un modo que casi me hizo gritar. Me habló, Mina, muy directamente. Me dijo cuán querida

me era, aunque me había conocido tan poco, y cómo sería su vida conmigo para ayudarlo y animarlo. Iba a decirme cuán desdichado sería si yo no lo quería, pero cuando me vio llorar dijo que era un bruto y que no añadiría nada a mi aflicción actual. Entonces se interrumpió y preguntó si con el tiempo podría amarlo; y cuando moví la cabeza, le temblaron las manos, y luego, con cierta vacilación, me preguntó si ya quería a otra persona. Lo dijo muy bien, diciendo que no quería arrancarme mi confianza, sino solo saberlo, porque si el corazón de una mujer está libre, un hombre puede tener esperanza. Y entonces, Mina, sentí una especie de deber de decirle que había alguien. Solo le dije eso, y entonces se puso de pie y parecía muy fuerte y muy grave al tomar mis dos manos entre las suyas y decir que esperaba que fuera feliz, y que si alguna vez necesitaba un amigo debía contarlo entre los mejores. Oh, Mina querida, no puedo evitar llorar: y debes disculpar que esta carta esté toda emborronada. Que te propongan matrimonio es muy bonito y todo eso, pero no es nada feliz cuando tienes que ver a un pobre muchacho, que sabes que te ama honradamente, irse con aspecto de tener el corazón roto, y saber que, diga lo que diga en el momento, estás saliendo del todo de su vida. Querida, debo parar aquí por ahora, me siento tan desdichada, aunque soy tan feliz.

Noche.

Arthur acaba de irse, y me siento de mejor ánimo que cuando lo dejé, así que puedo seguir contándote sobre el día. Bueno, querida mía, el número Dos vino después del

almuerzo. Es un muchacho tan simpático, un americano de Texas, y parece tan joven y tan fresco que parece casi imposible que haya estado en tantos lugares y tenido tales aventuras. Me compadezco de la pobre Desdémona cuando le vertieron en el oído una corriente tan peligrosa, aunque fuera un hombre negro. Supongo que las mujeres somos tan cobardes que pensamos que un hombre nos librará de los miedos, y nos casamos con él. Ahora sé lo que haría si fuera hombre y quisiera hacer que una chica me amara. No, no lo sé, pues estaba el señor Morris contándonos sus historias, y Arthur nunca contó ninguna, y sin embargo... Querida, me adelanto un poco. El señor Quincey P. Morris me encontró sola. Parece que un hombre siempre encuentra sola a una chica. No, no es así, pues Arthur intentó dos veces crear una ocasión, y yo lo ayudé cuanto pude; no me avergüenza decirlo ahora. Debo advertirte de antemano que el señor Morris no siempre habla en jerga; es decir, nunca lo hace con extraños ni ante ellos, pues es realmente bien educado y tiene modales exquisitos; pero descubrió que me divertía oírlo hablar la jerga americana, y siempre que yo estaba presente y no había nadie a quien escandalizar, decía cosas tan graciosas. Me temo, querida, que tiene que inventarlo todo, pues encaja exactamente en todo lo demás que tiene que decir. Pero así es la jerga. Yo misma no sé si alguna vez hablaré jerga; no sé si a Arthur le gusta, pues nunca lo he oído usar ninguna hasta ahora. Bueno, el señor Morris se sentó a mi lado y parecía tan feliz y alegre como podía, pero yo podía ver de todos modos que estaba muy nervioso. Me tomó la mano entre

las suyas y dijo, con una dulzura enorme:

«Señorita Lucy, sé que no soy bastante bueno para arreglar los lazos de sus zapatitos, pero me parece que si espera a encontrar a un hombre que lo sea, se irá a juntar con aquellas siete doncellas de las lámparas cuando se despida de este mundo. ¿No quiere enganchar su carreta junto a la mía y recorrer juntos el largo camino, tirando en yunta?».

Pues bien, parecía tan bien humorado y tan alegre que no me pareció ni la mitad de duro rechazarlo que al pobre doctor Seward; así que dije, tan a la ligera como pude, que no sabía nada de enganches y que aún no estaba domada para el arnés en absoluto. Entonces dijo que había hablado a la ligera y que esperaba que, si había cometido un error al hacerlo en una ocasión tan grave, tan trascendental para él, lo perdonara. De veras parecía serio al decirlo y no pude evitar ponerme algo seria yo también —sé, Mina, que pensarás que soy una coqueta horrible—, aunque no pude evitar sentir una especie de exultación de que fuera el número dos en un solo día. Y entonces, querida, antes de que pudiera decir palabra, empezó a verter un perfecto torrente de requiebros, poniendo su corazón y su alma mismos a mis pies. Parecía tan sincero en ello que nunca más pensaré que un hombre debe ser siempre juguetón y nunca serio porque a veces sea alegre. Supongo que vio algo en mi rostro que lo detuvo, pues se interrumpió de repente y dijo, con una especie de fervor viril por el que yo podría haberlo amado de haber estado libre:

«Lucy, usted es una muchacha de corazón honrado, lo sé. No estaría aquí hablándole como lo hago ahora si no creyera que es de pura cepa, hasta lo más hondo de su alma. Dígame, como un buen compañero a otro, ¿hay alguien más a quien quiera? Y si lo hay, nunca volveré a molestarla ni en un pelo, sino que seré, si me lo permite, un amigo muy fiel».

Querida Mina, ¿por qué son los hombres tan nobles cuando las mujeres somos tan poco dignas de ellos? Aquí estaba yo casi burlándome de este caballero de gran corazón y verdadero. Rompí a llorar —me temo, querida, que pensarás que esta es una carta muy empapada en más de un sentido— y me sentí de veras muy mal. ¿Por qué no dejan que una muchacha se case con tres hombres, o con tantos como la quieran, y se ahorren todas estas molestias? Pero esto es herejía, y no debo decirlo. Me alegra decir que, aunque lloraba, pude mirar a los valientes ojos del señor Morris y le dije sin rodeos:

«Sí, hay alguien a quien amo, aunque aún no me ha dicho que siquiera me ame». Hice bien en hablarle con tanta franqueza, pues una especie de luz vino a su rostro, y extendió ambas manos y tomó las mías —creo que yo las puse en las suyas— y dijo cordialmente:

«Esa es mi valiente muchacha. Vale más la pena llegar tarde por una oportunidad de ganarla a usted que llegar a tiempo por cualquier otra chica del mundo. No llore, querida. Si es por mí, soy un hueso duro de roer; y lo aguanto de pie. Si ese otro muchacho no conoce su dicha, pues que la busque pronto, o tendrá que vérselas conmigo.

Pequeña, su honradez y su coraje me han hecho su amigo, y eso es más raro que un enamorado; es más desinteresado, en todo caso. Querida, voy a tener un camino bastante solitario de aquí al Reino de los Cielos. ¿No me dará un beso? Será algo para ahuyentar la oscuridad de vez en cuando. Puede hacerlo, ya sabe, si quiere, pues ese otro buen muchacho —debe de ser un buen muchacho, querida, y un gran muchacho, o no podría amarlo— aún no ha hablado». Eso me ganó del todo, Mina, pues fue valiente y dulce de su parte, y noble también, con un rival, ¿no te parece?, y él tan triste; así que me incliné y lo besé. Se puso de pie con mis dos manos en las suyas y, mientras miraba a mi rostro —me temo que me estaba sonrojando mucho—, dijo:

«Pequeña, tengo su mano, y usted me ha besado, y si estas cosas no nos hacen amigos, nada lo hará jamás. Gracias por su dulce honradez conmigo, y adiós». Me estrechó la mano con fuerza y, tomando su sombrero, salió directamente de la habitación sin mirar atrás, sin una lágrima ni un temblor ni una pausa; y yo estoy llorando como un bebé. Oh, ¿por qué debe hacerse desdichado a un hombre así cuando hay montones de chicas que adorarían el suelo que pisa? Sé que yo lo haría si estuviera libre; solo que no quiero estar libre. Querida, esto me trastornó bastante y siento que no puedo escribir de felicidad inmediatamente después de contarte esto; y no quiero contar lo del número tres hasta que pueda ser todo feliz.

Siempre tu cariñosa

Lucy.

P. D.: Oh, sobre el número Tres, no necesito contarte del número Tres, ¿verdad? Además, todo fue tan confuso; pareció solo un momento desde que entró en la habitación hasta que tuvo ambos brazos a mi alrededor y me estaba besando. Soy muy, muy feliz, y no sé qué he hecho para merecerlo. Solo debo tratar en el futuro de demostrar que no soy ingrata con Dios por toda su bondad conmigo al enviarme un amante así, un marido así y un amigo así.

Adiós.

Diario del doctor Seward.

(Registrado en fonógrafo.)

25 de mayo.—Marea baja de apetito hoy. No puedo comer, no puedo descansar, así que diario en su lugar. Desde mi rechazo de ayer tengo una especie de sensación de vacío; nada en el mundo parece tener importancia suficiente para merecer ser hecho... Como sabía que la única cura para esta clase de cosas es el trabajo, bajé entre los pacientes. Escogí a uno que me ha ofrecido un estudio de mucho interés. Es tan curioso que estoy decidido a comprenderlo lo mejor que pueda. Hoy pareció que me acercaba más que nunca al corazón de su misterio.

Lo interrogué más a fondo de lo que lo había hecho nunca, con miras a hacerme dueño de los hechos de su alucinación. En mi manera de hacerlo había, lo veo ahora, algo de crueldad. Parecía querer mantenerlo en el punto de su locura, algo que evito con los pacientes como evitaría la boca del infierno.

(Nota: ¿en qué circunstancias no evitaría el abismo del infierno?) *Omnia Romæ venalia sunt.* ¡El infierno tiene su precio! *Verb. sap.* Si hay algo detrás de este instinto, será valioso rastrearlo después con exactitud, así que más vale que empiece a hacerlo; por tanto…

R. M. Renfield, *ætat* 59.—Temperamento sanguíneo; gran fuerza física; morbosamente excitable; períodos de abatimiento que terminan en alguna idea fija que no logro descifrar. Presumo que el temperamento sanguíneo mismo y la influencia perturbadora terminan en un desenlace mentalmente cumplido; un hombre posiblemente peligroso, probablemente peligroso si es desinteresado. En los hombres egoístas la cautela es una armadura tan segura para sus enemigos como para ellos mismos. Lo que pienso a este respecto es que, cuando el yo es el punto fijo, la fuerza centrípeta se equilibra con la centrífuga; cuando el deber, una causa, etc., es el punto fijo, esta última fuerza es la primordial, y solo un accidente o una serie de accidentes pueden equilibrarla.

Carta de Quincey P. Morris al honorable Arthur Holmwood.

25 de mayo.

Mi querido Art:

Hemos contado cuentos junto a la fogata en las praderas; y nos hemos curado mutuamente las heridas tras intentar un desembarco en las Marquesas; y hemos bebido a la salud en la orilla del Titicaca. Quedan más cuentos por contar, y otras heridas por curar, y otra salud por beber. ¿No dejarás que sea en mi fogata mañana por la noche? No dudo en invitarte, pues sé que cierta dama

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

está comprometida con cierta cena y que tú estás libre. Solo habrá otro más: nuestro viejo compañero de Corea, Jack Seward. También viene, y ambos queremos mezclar nuestros llantos sobre la copa de vino y beber de todo corazón a la salud del hombre más feliz de todo el ancho mundo, que ha ganado el corazón más noble que Dios ha hecho y el que más vale la pena ganar. Te prometemos una cordial bienvenida, un saludo cariñoso y una salud tan verdadera como tu propia mano derecha. Ambos juraremos mandarte a casa si bebes demasiado a ciertos ojos. ¡Ven!

Tuyo, como siempre y por siempre,

Quincey P. Morris.

Telegrama de Arthur Holmwood a Quincey P. Morris.

26 de mayo.

Cuenten conmigo siempre. Llevo mensajes que les harán zumbar ambos oídos.

Art.

CAPÍTULO VI

Diario de Mina Murray

24 de julio. Whitby.—Lucy me esperaba en la estación, con un aspecto más dulce y encantador que nunca, y subimos en coche a la casa de Crescent en la que tienen habitaciones. Este es un lugar encantador. El pequeño río, el Esk, corre por un valle profundo que se ensancha al acercarse al puerto. Un gran viaducto lo cruza, con altos pilares, a través de los cuales la vista parece de algún modo más lejana de lo que realmente es. El valle es de un verde hermoso, y tan empinado que, cuando estás en las tierras altas de cualquiera de los lados, miras directamente a través de él, a menos que estés lo bastante cerca para ver hacia abajo. Las casas de la ciudad vieja —el lado que está lejos de nosotras— tienen todas techos rojos y parecen apiladas unas sobre otras de cualquier manera, como las imágenes que vemos de Núremberg. Justo sobre la ciudad está la ruina de la abadía de Whitby, que fue saqueada por los daneses y que es el escenario de parte de «Marmion», donde emparedaron a la muchacha. Es una ruina nobilísima, de inmenso tamaño y llena de hermosos y románticos rincones; hay una leyenda de que se ve a una dama blanca en una de las ventanas. Entre ella y la ciudad hay otra iglesia, la parroquial, alrededor de la cual hay un gran cementerio lleno de lápidas. Este es, a mi juicio, el lugar más agradable de Whitby, pues queda justo

sobre la ciudad y tiene una vista completa del puerto y de toda la bahía hasta donde el promontorio llamado Kettleness se adentra en el mar. Desciende tan empinadamente sobre el puerto que parte del talud se ha desprendido y algunas de las tumbas han sido destruidas. En un lugar parte de la mampostería de las tumbas se extiende sobre el sendero arenoso muy abajo. Hay paseos, con bancos junto a ellos, por el camposanto; y la gente va y se sienta allí todo el día mirando la hermosa vista y disfrutando de la brisa. Yo misma vendré a sentarme aquí muy a menudo a trabajar. En efecto, estoy escribiendo ahora, con mi cuaderno sobre la rodilla, y escuchando la conversación de tres viejos que están sentados a mi lado. Parecen no hacer otra cosa en todo el día que sentarse aquí arriba y charlar.

El puerto queda debajo de mí, con, en el lado lejano, un largo muro de granito que se adentra en el mar, con una curva hacia afuera en su extremo, en medio de la cual hay un faro. Un fuerte rompeolas corre por fuera. En el lado cercano, el rompeolas forma un codo torcido a la inversa, y su extremo también tiene un faro. Entre los dos muelles hay una angosta abertura al puerto, que luego se ensancha de repente.

Es agradable con la marea alta; pero cuando la marea está baja se reduce a nada, y solo queda el cauce del Esk, que corre entre bancos de arena con rocas aquí y allá. Fuera del puerto, en este lado, se levanta, durante casi media milla, un gran arrecife cuyo filo agudo sale en línea recta desde detrás del faro sur. En su extremo hay una

boya con una campana, que se balancea con mal tiempo y envía al viento un sonido lúgubre. Aquí tienen una leyenda de que cuando se pierde un barco se oyen campanas en alta mar. Debo preguntar al anciano sobre esto; viene hacia aquí...

Es un viejo gracioso. Debe de ser terriblemente viejo, pues tiene la cara toda nudosa y retorcida como la corteza de un árbol. Me dice que tiene casi cien años y que era marinero en la flota ballenera de Groenlandia cuando se libró Waterloo. Es, me temo, una persona muy escéptica, pues cuando le pregunté por las campanas del mar y la Dama Blanca de la abadía dijo con mucha brusquedad:

«Yo no me afanaría por eso, señorita. Esas cosas ya están más que gastadas. Mire, no digo que nunca hubieran sido, pero sí digo que no fueron en mi tiempo. Están muy bien pa los forasteros y los turistas y esa gente, pero no pa una señorita fina como usté. Esos gentes de York y de Leeds, que siempre están comiendo arenques curados y bebiendo té y mirando a ver si compran azabache barato, se tragarían cualquier cosa. Yo mesmo me pregunto quién se molestaría en contarles mentiras, hasta los periódicos, que están llenos de habladurías de tontos». Pensé que sería una buena persona de quien aprender cosas interesantes, así que le pregunté si le importaría contarme algo sobre la pesca de la ballena en los viejos tiempos. Justo se acomodaba para empezar cuando el reloj dio las seis, ante lo cual se esforzó por levantarse y dijo:

«Tengo que volver pa casa ahora, señorita. A mi nieta no le gusta que la hagan esperar cuando el té está listo, pues

me lleva tiempo bajar a trompicones los escalones, que hay un montón; y, señorita, me hace mucha falta el yantar, según el reloj».

Se alejó cojeando, y pude verlo apresurarse, como mejor podía, escaleras abajo. Los escalones son una gran característica del lugar. Van desde la ciudad hasta la iglesia, hay cientos de ellos —no sé cuántos— y suben en una curva delicada; la pendiente es tan suave que un caballo podría subirlos y bajarlos con facilidad. Creo que originalmente debieron de tener algo que ver con la abadía. Yo también me iré a casa. Lucy salió de visita con su madre y, como eran solo visitas de compromiso, no fui. Ya habrán vuelto.

1 de agosto.—Subí aquí hace una hora con Lucy y tuvimos una conversación interesantísima con mi viejo amigo y los otros dos que siempre vienen a juntarse con él. Es evidentemente el Sir Oráculo de ellos, y creo que debió de ser en su tiempo una persona de lo más dominante. No admite nada y desmiente a todos. Si no puede vencerlos en la discusión, los intimida, y luego toma su silencio por acuerdo con sus opiniones. Lucy estaba dulcemente bonita con su vestido blanco de batista; ha cobrado un hermoso color desde que está aquí. Noté que los viejos no perdieron tiempo en venir y sentarse cerca de ella cuando nos sentamos. Es tan dulce con la gente mayor; creo que todos se enamoraron de ella en el acto. Hasta mi viejo sucumbió y no la contradijo, sino que me dio doble ración a mí. Lo llevé al tema de las leyendas y se lanzó enseguida a una especie de sermón. Debo tratar de recordarlo y anotarlo:

«Todo son habladurías de tontos, de pe a pa; eso es lo que es, y ná más. Esos espíritus y apariciones y fantasmas y trasgos y duendes y todo lo que va con ellos solo sirve pa alborotar a los niños y a las mujeres de cabeza hueca. No son más que ampollas de aire. Ellos y todos los presagios y señales y avisos los inventaron los curas y los letrados enfermizos y los cobradores del ferrocarril pa asustar y espantar a los mocosos, y pa hacer que la gente haga algo que de otro modo no se inclinaría a hacer. Me pone furioso pensar en ellos. Pues son los que, no contentos con imprimir mentiras en papel y predicarlas desde los púlpitos, quieren además grabarlas en las lápidas. Mire pa todo alrededor, pa el lado que quiera; todas esas piedras, levantando la cabeza como pueden de puro orgullo, están torcidas, simplemente cayéndose con el peso de las mentiras escritas en ellas: "Aquí yace el cuerpo" o "Sagrado a la memoria" escrito en todas, y sin embargo en casi la mitad de ellas no hay ningún cuerpo; y a las memorias de ellos no les importa un pellizco de rapé, y menos sagradas. ¡Mentiras todas, ná más que mentiras de una clase u otra! ¡Por mi vida, que va a ser un lío bien raro el día del Juicio, cuando salgan tropezando en sus camisas de muerte, todos amontonados y tratando de arrastrar sus lápidas con ellos pa probar lo buenos que fueron; algunos temblando y vacilando, con las manos tan entumecidas y resbaladizas de haber estado en el mar que ni siquiera pueden agarrarlas!».

Pude ver por el aire satisfecho del viejo y por el modo en que miraba alrededor buscando la aprobación de sus compinches que «se estaba luciendo», así que puse una

palabra para mantenerlo en marcha:

«Oh, señor Swales, no puede hablar en serio. Seguramente esas lápidas no están todas equivocadas».

«¡Quizás! Puede haber unas poquitas que no mientan, salvo donde hacen a la gente demasiado buena; pues hay gente que piensa que un charco es como el mar, con tal de que sea el suyo. Todo el asunto no son más que mentiras. Ahora mire usté: usté viene aquí de forastera y ve este cementerio». Asentí, pues pensé que era mejor asentir, aunque no entendía del todo su dialecto. Sabía que tenía algo que ver con la iglesia. Siguió: «¿Y se figura que todas estas piedras están encima de gente enterrada aquí, bien acomodadita y calentita?». Asentí otra vez. «Pues ahí está justo donde entra la mentira. Mire, hay veintenas de estas camas que están más vacías que la tabaquera del viejo Dun el viernes por la noche». Dio un codazo a uno de sus compañeros, y todos rieron. «¡Y por mi vida! ¿cómo podría ser de otro modo? Mire esa, la de más atrás, junto al talud de las andas: ¡léala!». Fui y leí:

«Edward Spencelagh, capitán mercante, asesinado por piratas frente a la costa de Andrés, abril de 1854, a los 30 años». Cuando volví, el señor Swales siguió:

«¿Quién lo trajo a casa, me pregunto, pa enterrarlo aquí? ¡Asesinado frente a la costa de Andrés! ¡Y usté se figuraba que su cuerpo estaba debajo! Pues yo podría nombrarle una docena cuyos huesos yacen en los mares de Groenlandia allá arriba —señaló hacia el norte— o donde las corrientes los hayan arrastrado. Ahí están las piedras a su alrededor. Usté, con sus ojos jóvenes, puede leer desde

aquí la letra pequeña de las mentiras. Este Braithwaite Lowrey: conocí a su padre, perdido en el Lively frente a Groenlandia el veinte; o Andrew Woodhouse, ahogado en los mismos mares en 1777; o John Paxton, ahogado frente al cabo Farewell un año después; o el viejo John Rawlings, cuyo abuelo navegó conmigo, ahogado en el golfo de Finlandia el cincuenta. ¿Cree usté que todos estos hombres tendrán que correr a Whitby cuando suene la trompeta? ¡Tengo mis dudas al respecto! Le digo que cuando llegaran aquí estarían empujándose y codeándose unos a otros de tal modo que sería como una pelea sobre el hielo en los viejos tiempos, cuando nos andábamos a golpes de la mañana a la noche y tratábamos de vendarnos los cortes a la luz de la aurora boreal». Esto era evidentemente una broma del lugar, pues el viejo soltó una carcajada, y sus compinches se unieron con ganas.

«Pero —dije— seguramente no tiene del todo razón, pues parte usté de la suposición de que todos los pobres, o sus espíritus, tendrán que llevarse sus lápidas el día del Juicio. ¿Cree que eso será realmente necesario?».

«Pues ¿pa qué otra cosa son esas lápidas? ¡Contésteme eso, señorita!».

«Para agradar a sus parientes, supongo».

«¡Pa agradar a sus parientes, supone usté!». Esto lo dijo con intenso desdén. «¿Cómo va a agradar a sus parientes saber que se escriben mentiras sobre ellos y que todo el mundo en el lugar sabe que son mentiras?». Señaló una piedra a nuestros pies que había sido puesta como losa, sobre la cual descansaba el asiento, cerca del borde del

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

acantilado. «Lea las mentiras de esa losa», dijo. Las letras estaban al revés para mí desde donde estaba sentada, pero Lucy estaba más enfrente, así que se inclinó y leyó:

«Sagrado a la memoria de George Canon, que murió, en la esperanza de una gloriosa resurrección, el 29 de julio de 1873, al caer de las rocas de Kettleness. Esta tumba fue erigida por su afligida madre a su queridísimo hijo. "Era el único hijo de su madre, y ella era viuda". En realidad, señor Swales, ¡no veo nada muy gracioso en eso!». Dijo su comentario con mucha gravedad y algo de severidad.

«¡No ve nada gracioso! ¡Ja, ja! Pero eso es porque no se da cuenta de que la afligida madre era una arpía que lo odiaba porque era jorobado —un verdadero tullido era— y él la odiaba tanto que se suicidó pa que ella no cobrara un seguro que le puso a su vida. Se voló casi la tapa de la cabeza con un viejo mosquete que tenían pa espantar los cuervos. No era pa cuervos entonces, pues le trajo los tábanos y los mosquitos. Así fue como se cayó de las rocas. Y, en cuanto a esperanzas de gloriosa resurrección, yo mesmo le oí decir a menudo que esperaba ir al infierno, pues su madre era tan piadosa que seguro iría al cielo, y él no quería ganarse el pan donde ella estuviera. Pues bien, ¿no es esa piedra, de todos modos —la golpeó con su bastón al hablar—, un montón de mentiras? ¡Y no hará soltar la risa a Gabriel cuando Geordie venga jadeando por los escalones con la lápida en equilibrio sobre su joroba y pida que se la admita como prueba!».

No supe qué decir, pero Lucy cambió la conversación diciendo, mientras se levantaba:

«Oh, ¿por qué nos contó esto? Es mi asiento favorito y no puedo dejarlo; y ahora descubro que debo seguir sentándome sobre la tumba de un suicida».

«Eso no le hará daño, preciosa; y puede hacer feliz al pobre Geordie tener a una chica tan bonita sentada en su regazo. No le hará daño. Mire, llevo sentado aquí a ratos casi veinte años y no me ha hecho ningún daño. ¡No se afane por los que yacen debajo de usté, o que tampoco yacen ahí! Ya será hora de que se asuste cuando vea que se llevan todas las lápidas y el lugar queda pelado como un rastrojo. Ahí está el reloj y tengo que irme. ¡A sus órdenes, señoras!». Y se alejó cojeando.

Lucy y yo nos sentamos un rato, y todo era tan hermoso ante nosotras que nos tomamos de las manos; y ella me contó otra vez todo sobre Arthur y su próximo matrimonio. Eso me puso apenas un poco triste, pues llevo un mes entero sin noticias de Jonathan.

El mismo día. Subí aquí sola, porque estoy muy triste. No había carta para mí. Espero que no pueda haber nada malo con Jonathan. El reloj acaba de dar las nueve. Veo las luces esparcidas por toda la ciudad, a veces en hileras donde están las calles y a veces solas; suben por el Esk y se apagan en la curva del valle. A mi izquierda la vista queda cortada por una línea negra de tejado de la casa vieja junto a la abadía. Las ovejas y los corderos balan en los campos muy detrás de mí, y hay un repiqueteo de cascos de un burro por el camino empedrado de abajo. La banda del muelle toca un vals áspero a buen compás, y más allá, por el malecón, hay una reunión del Ejército de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Salvación en una calle trasera. Ninguna de las bandas oye a la otra, pero aquí arriba yo oigo y veo a ambas. ¡Me pregunto dónde estará Jonathan y si estará pensando en mí! Ojalá estuviera aquí.

Diario del doctor Seward.

5 de junio.—El caso de Renfield se vuelve más interesante cuanto más llego a comprender al hombre. Tiene ciertas cualidades muy desarrolladas: egoísmo, reserva y determinación. Quisiera llegar a saber cuál es el objeto de esta última. Parece tener algún plan fijo propio, pero cuál sea no lo sé aún. Su cualidad redentora es el amor a los animales, aunque, en verdad, tiene en ello giros tan curiosos que a veces imagino que solo es anormalmente cruel. Sus mascotas son de especies extrañas. Ahora su afición es cazar moscas. Tiene en este momento tal cantidad que yo mismo he tenido que reprenderlo. Para mi asombro, no estalló en furia, como esperaba, sino que tomó el asunto con simple seriedad. Pensó un momento y luego dijo: «¿Puedo tener tres días? Las eliminaré». Por supuesto dije que bastaría. Debo vigilarlo.

18 de junio.—Ha vuelto ahora su mente a las arañas y tiene varias muy grandes en una caja. Sigue alimentándolas con sus moscas, y el número de estas disminuye sensiblemente, aunque ha usado la mitad de su comida para atraer más moscas del exterior a su habitación.

1 de julio.—Sus arañas se están volviendo ahora una molestia tan grande como sus moscas, y hoy le dije que

debía deshacerse de ellas. Se puso muy triste ante esto, así que dije que debía eliminar al menos algunas. Aceptó alegremente y le di el mismo plazo de antes para la reducción. Me repugnó mucho mientras estuve con él, pues cuando una horrible mosca azul, hinchada de alimento de carroña, entró zumbando en la habitación, la atrapó, la sostuvo exultante unos momentos entre el pulgar y el índice y, antes de que yo supiera lo que iba a hacer, se la metió en la boca y se la comió. Lo reprendí por ello, pero argumentó tranquilamente que era muy buena y muy sana; que era vida, vida fuerte, y le daba vida. Esto me dio una idea, o el rudimento de una. Debo observar cómo se deshace de sus arañas. Evidentemente tiene algún problema profundo en la mente, pues lleva un pequeño cuaderno de notas en el que siempre anota algo. Páginas enteras están llenas de masas de cifras, generalmente números simples sumados en lotes y luego los totales sumados otra vez en lotes, como si estuviera «enfocando» alguna cuenta, como dicen los auditores.

8 de julio.—Hay método en su locura, y la idea rudimentaria que tengo en la mente va creciendo. Pronto será una idea completa, y entonces, ¡oh, cerebración inconsciente!, tendrás que ceder el paso a tu hermano consciente. Me mantuve alejado de mi amigo unos días para poder notar si había algún cambio. Las cosas siguen como estaban, salvo que se ha desprendido de algunas de sus mascotas y ha conseguido una nueva. Ha logrado conseguir un gorrión y ya lo ha domesticado en parte. Su medio de domesticarlo es sencillo, pues ya han disminuido las arañas. Las que quedan, sin embargo, están bien

alimentadas, pues sigue trayendo las moscas tentándolas con su comida.

19 de julio.—Progresamos. Mi amigo tiene ahora toda una colonia de gorriones, y sus moscas y arañas casi han sido borradas. Cuando entré corrió hacia mí y dijo que quería pedirme un gran favor, un muy, muy gran favor; y mientras hablaba se me arrimaba como un perro. Le pregunté qué era, y dijo, con una especie de arrobo en la voz y en el porte:

«¡Un gatito, un lindo gatito, lustroso y juguetón, con el que pueda jugar, y al que pueda enseñar y alimentar, y alimentar, y alimentar!». No me sorprendió esta petición, pues había notado cómo sus mascotas iban aumentando en tamaño y vivacidad, pero no me interesaba que su bonita familia de gorriones domesticados fuera aniquilada del mismo modo que las moscas y las arañas; así que dije que lo vería y le pregunté si no preferiría un gato a un gatito. Su ansiedad lo delató al responder:

«¡Oh, sí, me gustaría un gato! Solo pedí un gatito por si usted me negaba un gato. Nadie me negaría un gatito, ¿verdad?». Moví la cabeza y dije que por ahora temía que no sería posible, pero que lo vería. Su rostro se desencajó, y pude ver en él una advertencia de peligro, pues hubo una súbita mirada feroz de reojo que significaba matar. El hombre es un maníaco homicida sin desarrollar. Lo pondré a prueba con su actual anhelo y veré cómo resulta; entonces sabré más.

10 de la noche.—Lo he visitado de nuevo y lo encontré sentado en un rincón, cavilando. Cuando entré se arrojó de

rodillas ante mí e imploró que lo dejara tener un gato; que su salvación dependía de ello. Fui firme, sin embargo, y le dije que no podía tenerlo, ante lo cual se fue sin una palabra y se sentó, royéndose los dedos, en el rincón donde lo había encontrado. Lo veré temprano por la mañana.

20 de julio.—Visité a Renfield muy temprano, antes de que el enfermero hiciera su ronda. Lo encontré levantado y tarareando una melodía. Estaba extendiendo en la ventana su azúcar, que había guardado, y manifiestamente empezaba de nuevo a cazar moscas; y empezaba con alegría y buen talante. Miré alrededor en busca de sus pájaros y, al no verlos, le pregunté dónde estaban. Respondió, sin volverse, que todos habían volado. Había unas pocas plumas por la habitación y en su almohada una gota de sangre. No dije nada, pero fui y dije al guardián que me informara si había algo raro en él durante el día.

11 de la mañana.—El enfermero acaba de venir a decirme que Renfield ha estado muy enfermo y ha vomitado un montón de plumas. «Mi opinión, doctor —dijo—, es que se ha comido sus pájaros, ¡que simplemente los tomó y se los comió crudos!».

11 de la noche.—Di esta noche a Renfield un opiáceo fuerte, suficiente para hacer dormir incluso a él, y le quité su libreta para examinarla. La idea que ha estado zumbando en mi cerebro últimamente está completa, y la teoría probada. Mi maníaco homicida es de una clase peculiar. Tendré que inventar una nueva clasificación para él y llamarlo maníaco zoófago (devorador de vidas); lo que

desea es absorber tantas vidas como pueda, y se ha dispuesto a lograrlo de modo acumulativo. Dio muchas moscas a una araña y muchas arañas a un pájaro, y luego quiso un gato para comerse a los muchos pájaros. ¿Cuáles habrían sido sus pasos posteriores? Casi valdría la pena completar el experimento. Podría hacerse si hubiera una causa suficiente. Los hombres se burlaron de la vivisección, ¡y sin embargo véanse hoy sus resultados! ¿Por qué no avanzar la ciencia en su aspecto más difícil y vital: el conocimiento del cerebro? Si tuviera siquiera el secreto de una sola mente así, si poseyera la llave de la fantasía de siquiera un loco, podría llevar mi propia rama de la ciencia a un punto en comparación con el cual la fisiología de Burdon-Sanderson o el conocimiento del cerebro de Ferrier serían como nada. ¡Si tan solo hubiera una causa suficiente! No debo pensar demasiado en esto, o podría sentirme tentado; una buena causa podría inclinar la balanza en mí, pues ¿acaso no puedo yo también tener un cerebro excepcional, congénitamente?

Qué bien razonó el hombre; los lunáticos siempre lo hacen dentro de su propio ámbito. Me pregunto en cuántas vidas valora a un hombre, o si solo en una. Ha cerrado la cuenta con la mayor exactitud, y hoy ha empezado un nuevo registro. ¿Cuántos de nosotros empezamos un nuevo registro con cada día de nuestra vida?

A mí me parece que fue ayer cuando toda mi vida terminó con mi nueva esperanza, y cuando de veras empecé un nuevo registro. Así será hasta que el Gran

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Contador me sume y cierre mi cuenta de libro mayor con un saldo de ganancia o pérdida. Oh, Lucy, Lucy, no puedo enojarme contigo, ni puedo enojarme con mi amigo, cuya felicidad es la tuya; pero solo debo esperar sin esperanza y trabajar. ¡Trabajar! ¡Trabajar!

Si pudiera tener una causa tan fuerte como mi pobre amigo loco de allá —una buena causa, desinteresada, que me hiciera trabajar—, eso sería verdaderamente felicidad.

Diario de Mina Murray.

26 de julio.—Estoy ansiosa, y me calma expresarme aquí; es como susurrarse a una misma y escuchar al mismo tiempo. Y además hay algo en los signos de la taquigrafía que lo hace distinto de escribir. Estoy desdichada por Lucy y por Jonathan. Hacía tiempo que no sabía nada de Jonathan, y estaba muy preocupada; pero ayer el querido señor Hawkins, que siempre es tan amable, me envió una carta suya. Yo le había escrito preguntándole si sabía algo, y dijo que la adjunta acababa de recibirse. Es solo una línea fechada en el castillo de Drácula, y dice que está a punto de partir para casa. Eso no es propio de Jonathan; no lo entiendo y me inquieta. Además, Lucy, aunque está tan bien, ha vuelto últimamente a su antigua costumbre de andar dormida. Su madre me lo ha comentado y hemos decidido que yo cierre con llave la puerta de nuestra habitación todas las noches. La señora Westenra se ha hecho la idea de que los sonámbulos siempre salen a los tejados de las casas y por los bordes de los acantilados y luego se despiertan de repente y caen con un grito desesperado que resuena por

todo el lugar. La pobre querida está naturalmente ansiosa por Lucy, y me cuenta que su marido, el padre de Lucy, tenía la misma costumbre; que se levantaba de noche y se vestía y salía si no lo detenían. Lucy se casará en otoño y ya está planeando sus vestidos y cómo se arreglará su casa. Me compadezco de ella, pues yo hago lo mismo, solo que Jonathan y yo empezaremos la vida de modo muy sencillo y tendremos que tratar de llegar a fin de mes. El señor Holmwood —es el honorable Arthur Holmwood, hijo único de lord Godalming— vendrá aquí muy pronto, tan pronto como pueda dejar la ciudad, pues su padre no está muy bien, y creo que la querida Lucy cuenta los momentos hasta que llegue. Quiere llevarlo al banco del acantilado del cementerio y mostrarle la belleza de Whitby. Me atrevo a decir que es la espera lo que la inquieta; estará perfectamente cuando él llegue.

27 de julio.—Sin noticias de Jonathan. Me estoy poniendo bastante inquieta por él, aunque por qué debería no lo sé; pero desearía que escribiera, aunque fuera una sola línea. Lucy anda más que nunca, y cada noche me despierta su movimiento por la habitación. Por fortuna hace tanto calor que no puede resfriarse; pero aun así la ansiedad y el estar perpetuamente despierta empiezan a afectarme, y me estoy poniendo nerviosa e insomne yo misma. Gracias a Dios, la salud de Lucy se mantiene. El señor Holmwood ha sido llamado de repente a Ring para ver a su padre, que ha caído gravemente enfermo. Lucy se inquieta por el aplazamiento de verlo, pero no afecta a su aspecto; está un poco más rellena, y sus mejillas son de un encantador rosa. Ha perdido el aspecto anémico que tenía.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Rezo para que todo dure.

3 de agosto.—Otra semana ha pasado y no hay noticias de Jonathan, ni siquiera para el señor Hawkins, de quien he sabido. Oh, espero que no esté enfermo. Seguramente habría escrito. Miro esa última carta suya, pero de algún modo no me satisface. No suena a él, y sin embargo es su letra. De eso no hay error. Lucy no ha andado mucho dormida esta última semana, pero hay en ella una extraña concentración que no entiendo; hasta en el sueño parece estar vigilándome. Prueba la puerta y, al encontrarla cerrada, recorre la habitación buscando la llave.

6 de agosto.—Otros tres días, y sin noticias. Este suspenso se está volviendo espantoso. Si al menos supiera adónde escribir o adónde ir, me sentiría más tranquila; pero nadie ha oído una palabra de Jonathan desde aquella última carta. Solo debo rezar a Dios por paciencia. Lucy está más excitable que nunca, pero por lo demás está bien. Anoche fue muy amenazante, y los pescadores dicen que nos espera una tormenta. Debo tratar de observarla y aprender las señales del tiempo. Hoy es un día gris, y el sol, mientras escribo, está oculto en espesas nubes, muy alto sobre Kettleness. Todo es gris, salvo la hierba verde, que parece esmeralda entre él; roca terrosa gris; nubes grises, teñidas por el estallido de sol en el borde lejano, cuelgan sobre el mar gris, en el que las puntas de arena se extienden como dedos grises. El mar se precipita sobre los bajíos y las llanuras arenosas con un rugido, amortiguado en las brumas marinas que van tierra adentro. El horizonte se pierde en una bruma gris. Todo es inmensidad; las

nubes están amontonadas como rocas gigantes, y hay un «brool» sobre el mar que suena como algún presagio de fatalidad. Hay figuras oscuras en la playa aquí y allá, a veces medio envueltas en la bruma, y parecen «hombres como árboles que caminan». Los botes de pesca corren hacia casa y suben y bajan en la mar de fondo al entrar en el puerto, escorados hasta los imbornales. Aquí viene el viejo señor Swales. Viene directo hacia mí y puedo ver, por la manera en que se alza el sombrero, que quiere hablar...

Me ha conmovido bastante el cambio del pobre viejo. Cuando se sentó a mi lado, dijo con mucha suavidad:

«Quiero decirle algo, señorita». Pude ver que no estaba cómodo, así que tomé su pobre mano vieja y arrugada entre las mías y le pedí que hablara con toda franqueza; así que dijo, dejando su mano en la mía:

«Me temo, querida mía, que debo de haberla escandalizado con todas las cosas malvadas que he estado diciendo de los muertos y esas cosas desde hace semanas; pero no las decía en serio, y quiero que se acuerde de eso cuando yo me haya ido. A los viejos como yo, que estamos chochos y con un pie ya en el hoyo, no nos gusta del todo pensar en ello, y no queremos sentir miedo; y por eso me he puesto a quitarle importancia, pa animarme un poco el corazón. Pero, Dios la bendiga, señorita, no le tengo miedo a morir, ni un poquito; solo que no quiero morir si puedo evitarlo. Mi hora debe de estar ya cerca, pues soy viejo, y cien años es demasiado pa que ningún hombre espere; y estoy tan cerca que el Viejo ya está afilando su guadaña. Ya ve, no puedo quitarme de golpe la costumbre de

parlotear sobre todo esto; las mandíbulas se menean como están acostumbradas. Un día de estos el Ángel de la Muerte tocará su trompeta por mí. ¡Pero no se apene ni llore, querida mía! —pues vio que yo lloraba—, si él viniera esta misma noche no me negaría a responder a su llamado. Pues la vida no es, al fin y al cabo, más que una espera de algo distinto de lo que estamos haciendo; y la muerte es todo en lo que podemos depender con razón. Pero estoy contento, pues me viene, querida mía, y me viene rápido. Puede que venga mientras miramos y nos preguntamos. Tal vez va en ese viento allá afuera sobre el mar, que trae consigo pérdida y naufragio, y dolorosa angustia y corazones tristes. ¡Mire! ¡Mire! —gritó de pronto—. Hay algo en ese viento y en la bruma de más allá que suena, y parece, y sabe, y huele a muerte. Está en el aire; la siento venir. ¡Señor, haz que responda con alegría cuando llegue mi llamado!». Alzó los brazos con devoción y se levantó el sombrero. Su boca se movía como si rezara. Tras unos minutos de silencio se levantó, me estrechó la mano, me bendijo y dijo adiós, y se alejó cojeando. Todo esto me conmovió y me trastornó mucho.

Me alegré cuando llegó el guardacostas, con su catalejo bajo el brazo. Se detuvo a conversar conmigo, como siempre, pero todo el tiempo siguió mirando un barco extraño.

«No logro identificarlo —dijo—; es ruso, por el aspecto; pero va dando bandazos del modo más raro. No sabe en absoluto lo que quiere; parece ver venir la tormenta, pero no puede decidir si correr hacia el norte, a mar abierto, o

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

entrar aquí. ¡Mire otra vez! Lo gobiernan de un modo muy extraño, pues no hace caso de la mano en el timón; cambia con cada ráfaga de viento. Oiremos más de él antes de esta hora mañana».

CAPÍTULO VII

Recorte de «The Dailygraph», 8 de agosto

(Pegado en el diario de Mina Murray.)

De un corresponsal.

Whitby.

ACABA de experimentarse aquí una de las mayores y más repentinas tormentas de que se tiene registro, con resultados a la vez extraños y únicos. El tiempo había estado algo bochornoso, pero sin llegar a ningún grado desusado en el mes de agosto. La tarde del sábado fue tan hermosa como nunca se recuerda, y la gran masa de veraneantes planeó ayer visitas a Mulgrave Woods, la bahía de Robin Hood, Rig Mill, Runswick, Staithes y las diversas excursiones por los alrededores de Whitby. Los vapores Emma y Scarborough hicieron viajes por la costa arriba y abajo, y hubo una cantidad desusada de excursiones de ida y vuelta a Whitby. El día fue desusadamente bueno hasta la tarde, cuando algunos de los chismosos que frecuentan el cementerio de East Cliff y desde esa eminencia dominante observan la ancha extensión de mar visible al norte y al este llamaron la atención sobre una repentina aparición de «colas de yegua» muy alto en el cielo, hacia el noroeste. El viento soplaba entonces del suroeste, en el suave grado que en lenguaje barométrico se clasifica como «n.º 2: brisa

ligera». El guardacostas de servicio informó de inmediato, y un viejo pescador que durante más de medio siglo ha vigilado las señales del tiempo desde East Cliff predijo de modo enfático la llegada de una tormenta súbita. La aproximación de la puesta de sol fue tan hermosa, tan grandiosa en sus masas de nubes espléndidamente coloreadas, que hubo toda una concurrencia en el paseo del acantilado en el viejo cementerio para disfrutar de la belleza. Antes de que el sol se hundiera tras la masa negra de Kettleness, que se alzaba audaz contra el cielo occidental, su camino descendente quedó marcado por miríadas de nubes de todos los colores del ocaso —llama, púrpura, rosa, verde, violeta y todos los matices del oro—, con aquí y allá masas no grandes, pero de una negrura aparentemente absoluta, de toda clase de formas, tan bien delineadas como siluetas colosales. La experiencia no se perdió para los pintores y sin duda algunos de los bocetos del «Preludio de la Gran Tormenta» adornarán los muros de la R. A. y la R. I. el próximo mayo. Más de un capitán decidió allí mismo que su «cobble» o su «mule», como llaman a las diferentes clases de botes, permanecería en el puerto hasta que pasara la tormenta. El viento cesó por completo durante la tarde, y a medianoche había una calma chicha, un calor bochornoso y esa intensidad reinante que, al aproximarse el trueno, afecta a las personas de naturaleza sensible. Había pocas luces a la vista en el mar, pues incluso los vapores costeros, que de ordinario «abrazan» la costa tan de cerca, se mantuvieron bien mar adentro, y se veían pocos botes de pesca. La única vela notable era una goleta extranjera con todas las

velas desplegadas, que al parecer iba hacia el oeste. La temeridad o ignorancia de sus oficiales fue tema prolífico de comentario mientras estuvo a la vista, y se hicieron esfuerzos por indicarle con señales que redujera velas ante su peligro. Antes de que cayera la noche se la vio con las velas batiendo ociosamente mientras se mecía suavemente en la ondulante mar de fondo,

«Inmóvil como un barco pintado sobre un océano pintado».

Poco antes de las diez la quietud del aire se hizo bastante opresiva, y el silencio era tan marcado que se oía distintamente el balido de una oveja tierra adentro o el ladrido de un perro en la ciudad, y la banda del muelle, con su vivo aire francés, era como una discordancia en la gran armonía del silencio de la naturaleza. Poco después de medianoche llegó un sonido extraño desde el mar, y muy alto sobre nuestras cabezas el aire empezó a llevar un extraño, tenue y hueco retumbar.

Entonces, sin aviso, estalló la tempestad. Con una rapidez que en el momento pareció increíble, y aun después es imposible de concebir, todo el aspecto de la naturaleza se convulsionó de inmediato. Las olas se alzaron con furia creciente, cada una superando a la anterior, hasta que en muy pocos minutos el mar poco antes vidrioso fue como un monstruo rugiente y devorador. Olas de cresta blanca golpeaban enloquecidas sobre las arenas planas y se precipitaban por los acantilados en declive; otras rompían sobre los muelles y con su espuma barrían las linternas de los faros que se

alzan en el extremo de cada muelle del puerto de Whitby. El viento rugía como trueno y soplaba con tal fuerza que incluso los hombres fuertes se mantenían en pie con dificultad o se aferraban con siniestro agarre a los puntales de hierro. Fue necesario despejar los muelles enteros de la masa de curiosos, pues de otro modo las desgracias de la noche se habrían multiplicado. Para aumentar las dificultades y peligros del momento, masas de niebla marina llegaron a la deriva tierra adentro: nubes blancas y húmedas, que pasaban de modo fantasmal, tan lóbregas y húmedas y frías que hacía falta poco esfuerzo de imaginación para pensar que los espíritus de los perdidos en el mar tocaban a sus hermanos vivos con las manos viscosas de la muerte, y más de uno se estremeció al pasar las guirnaldas de bruma marina. A veces la niebla se despejaba, y el mar, hasta cierta distancia, podía verse al resplandor de los relámpagos, que ahora caían espesos y rápidos, seguidos de tan repentinos truenos que todo el cielo sobre nosotros parecía temblar bajo el choque de las pisadas de la tormenta.

Algunas de las escenas así reveladas eran de inconmensurable grandeza y de absorbente interés: el mar, alzado como montañas, lanzaba hacia el cielo con cada ola poderosas masas de espuma blanca que la tempestad parecía arrebatar y hacer girar hacia el espacio; aquí y allá un bote de pesca, con un jirón de vela, corría enloquecido en busca de abrigo ante la ráfaga; de vez en cuando las alas blancas de un ave marina zarandeada por la tormenta. En la cima de East Cliff el nuevo reflector estaba listo para experimentarse, pero aún

no se había probado. Los oficiales a cargo lo pusieron en funcionamiento y, en las pausas de la niebla que irrumpía, barrieron con él la superficie del mar. Una o dos veces su servicio fue sumamente eficaz, como cuando un bote de pesca, con la borda bajo el agua, se precipitó al puerto, pudiendo, guiado por la luz protectora, evitar el peligro de estrellarse contra los muelles. A medida que cada bote lograba la seguridad del puerto, se alzaba un grito de alegría de la masa de gente en la costa, un grito que por un momento parecía hender el temporal y que luego era arrebatado en su ímpetu.

Poco después el reflector descubrió a cierta distancia una goleta con todas las velas desplegadas, al parecer la misma embarcación que se había notado antes en la tarde. El viento había rolado para entonces al este, y hubo un estremecimiento entre los observadores del acantilado al darse cuenta del terrible peligro en que se hallaba. Entre ella y el puerto estaba el gran arrecife plano en el que tantos buenos barcos han sufrido de cuando en cuando y, con el viento soplando desde su cuarto actual, sería del todo imposible que alcanzara la entrada del puerto. Era ya casi la hora de la marea alta, pero las olas eran tan grandes que en sus senos casi se veían los bajíos de la costa, y la goleta, con todas las velas desplegadas, corría con tal velocidad que, en palabras de un viejo lobo de mar, «tiene que acabar en alguna parte, aunque sea en el infierno». Entonces llegó otra oleada de niebla marina, mayor que ninguna hasta entonces: una masa de bruma lóbrega que parecía cerrarse sobre todas las cosas como un paño mortuorio gris y dejó disponible a los hombres

solo el órgano del oído, pues el rugido de la tempestad, el estruendo del trueno y el retumbar de las poderosas olas llegaban a través del húmedo olvido aún más fuerte que antes. Los rayos del reflector se mantuvieron fijos en la boca del puerto, a través del muelle este, donde se esperaba el choque, y los hombres esperaban sin aliento. El viento cambió de repente al nordeste, y los restos de la niebla marina se fundieron en la ráfaga; y entonces, *mirabile dictu*, entre los muelles, saltando de ola en ola mientras corría a velocidad vertiginosa, la extraña goleta pasó barrida ante la ráfaga, con todas las velas desplegadas, y alcanzó la seguridad del puerto. El reflector la siguió, y un estremecimiento recorrió a todos los que la vieron, pues atado al timón había un cadáver, con la cabeza caída, que se balanceaba horriblemente de un lado a otro a cada movimiento del barco. No se veía en absoluto ninguna otra forma en cubierta. Un gran pavor se apoderó de todos al darse cuenta de que el barco, ¡como por milagro, había hallado el puerto, sin más gobierno que la mano de un muerto! Sin embargo, todo ocurrió más rápido de lo que se tarda en escribir estas palabras. La goleta no se detuvo, sino que, cruzando precipitadamente el puerto, se lanzó sobre aquel cúmulo de arena y grava arrastrado por muchas mareas y muchas tormentas al rincón sudeste del muelle que se proyecta bajo East Cliff, conocido localmente como el muelle de Tate Hill.

Hubo, por supuesto, una considerable sacudida cuando la embarcación se lanzó sobre el montón de arena. Cada verga, cabo y estay se tensó, y parte de la «arboladura alta» cayó con estrépito. Pero, lo más extraño de todo, en

el mismo instante en que se tocó la costa, un inmenso perro saltó a cubierta desde abajo, como disparado por la sacudida, y corriendo hacia delante saltó desde la proa a la arena. Dirigiéndose directo al empinado acantilado, donde el cementerio se cierne sobre el callejón que lleva al muelle este tan empinadamente que algunas de las lápidas planas —«thruff-steans» o «piedras pasantes», como las llaman en el habla de Whitby— sobresalen realmente por donde el acantilado que las sostenía se ha desprendido, desapareció en la oscuridad, que parecía intensificada justo más allá del foco del reflector.

Ocurrió que no había nadie en ese momento en el muelle de Tate Hill, pues todos aquellos cuyas casas están en las proximidades estaban en la cama o en las alturas de arriba. Así, el guardacostas de servicio en el lado oriental del puerto, que corrió de inmediato al pequeño muelle, fue el primero en subir a bordo. Los hombres que manejaban el reflector, tras barrer la entrada del puerto sin ver nada, dirigieron entonces la luz hacia el buque abandonado y la mantuvieron allí. El guardacostas corrió a popa y, cuando llegó junto al timón, se inclinó para examinarlo y retrocedió de inmediato como bajo alguna súbita emoción. Esto pareció aguijonear la curiosidad general, y bastante gente empezó a correr. Hay un buen trecho desde West Cliff por el Puente Levadizo hasta el muelle de Tate Hill, pero su corresponsal es un corredor bastante bueno y llegó muy por delante de la multitud. Cuando llegué, sin embargo, encontré ya reunida en el muelle una multitud a la que el guardacostas y la policía se negaban a permitir subir a bordo. Por cortesía del jefe de barqueros se me

permitió, como corresponsal suyo, subir a cubierta, y fui uno de un pequeño grupo que vio al marinero muerto aún atado al timón.

No era de extrañar que el guardacostas se sorprendiera, o incluso se aterrara, pues no a menudo puede haberse visto un espectáculo así. El hombre estaba simplemente sujeto por las manos, atadas una sobre otra, a un radio del timón. Entre la mano interior y la madera había un crucifijo, estando el rosario del que pendía alrededor de ambas muñecas y del timón, y todo sujeto con las cuerdas de la atadura. El pobre hombre pudo haber estado sentado en algún momento, pero el batir y sacudir de las velas había actuado a través de la caña del timón y lo había arrastrado de un lado a otro, de modo que las cuerdas con que estaba atado habían cortado la carne hasta el hueso. Se tomó nota exacta del estado de las cosas, y un médico —el cirujano J. M. Caffyn, de East Elliot Place n.º 33—, que llegó inmediatamente después de mí, declaró, tras hacer el examen, que el hombre debía de llevar muerto al menos dos días. En su bolsillo había una botella, cuidadosamente taponada, vacía salvo por un pequeño rollo de papel, que resultó ser el apéndice del diario de a bordo. El guardacostas dijo que el hombre debió de atarse él mismo las manos, apretando los nudos con los dientes. El hecho de que un guardacostas fuera el primero a bordo puede ahorrar algunas complicaciones, más adelante, en el Tribunal del Almirantazgo; pues los guardacostas no pueden reclamar el salvamento, que es derecho del primer civil que entra en un buque abandonado. Ya, sin embargo, las lenguas legales se agitan, y un joven estudiante de

derecho afirma en voz alta que los derechos del propietario ya están completamente sacrificados, estando su propiedad retenida en contravención de los estatutos de manos muertas, pues la caña del timón, como emblema, si no prueba, de posesión delegada, es sostenida por una mano muerta. Huelga decir que el timonel muerto ha sido retirado reverentemente del lugar donde mantuvo su honorable guardia hasta la muerte —una firmeza tan noble como la del joven Casabianca— y colocado en la morgue a la espera de la investigación judicial.

Ya la súbita tormenta pasa y su fiereza amaina; las multitudes se dispersan hacia sus casas y el cielo empieza a enrojecer sobre las colinas de Yorkshire. Enviaré, a tiempo para su próxima edición, más detalles del buque abandonado que halló tan milagrosamente el camino al puerto en la tormenta.

Whitby

9 de agosto.—La secuela de la extraña llegada del buque abandonado en la tormenta de anoche es casi más sorprendente que el hecho mismo. Resulta que la goleta es rusa, de Varna, y se llama *Demeter*. Va casi enteramente con lastre de arena plateada, con solo una pequeña cantidad de carga: cierto número de grandes cajas de madera llenas de tierra. Esta carga estaba consignada a un procurador de Whitby, el señor S. F. Billington, de The Crescent n.º 7, que esta mañana subió a bordo y tomó formalmente posesión de las mercancías que se le consignaban. El cónsul ruso, también, actuando por la parte fletadora, tomó posesión formal del barco y pagó

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

todos los derechos portuarios, etc. Hoy no se habla aquí de otra cosa que de la extraña coincidencia; los funcionarios de la Junta de Comercio han sido muy exigentes en cuidar de que se cumplan todas las disposiciones vigentes. Como el asunto va a ser un «portento de nueve días», están evidentemente decididos a que no haya causa de queja posterior. Había mucho interés en el aire por el perro que saltó a tierra cuando el barco encalló, y no pocos miembros de la Sociedad Protectora de Animales, que es muy fuerte en Whitby, han tratado de hacerse amigos del animal. Para decepción general, sin embargo, no se lo pudo encontrar; parece haber desaparecido por completo de la ciudad. Puede ser que se asustara y se internara en los páramos, donde sigue escondido de terror. Hay quienes miran con temor tal posibilidad, no sea que más adelante se convierta en un peligro, pues es evidentemente una bestia feroz. Temprano esta mañana, un perro grande, un mastín mestizo perteneciente a un comerciante de carbón cercano al muelle de Tate Hill, fue hallado muerto en la calzada frente al patio de su amo. Había estado peleando y manifiestamente había tenido un adversario salvaje, pues tenía la garganta arrancada y el vientre abierto como por una garra salvaje.

Más tarde.—Por la amabilidad del inspector de la Junta de Comercio se me ha permitido examinar el diario de bitácora del *Demeter*, que estaba en orden hasta tres días antes, pero no contenía nada de especial interés salvo en cuanto a los hechos sobre hombres desaparecidos. El mayor interés, sin embargo, es el del papel hallado en la botella, que fue presentado hoy en la investigación

judicial; y no me ha tocado encontrar una narración más extraña que la que ambos desarrollan entre los dos. Como no hay motivo de ocultamiento, se me permite usarlos y, en consecuencia, les envío una transcripción, omitiendo simplemente los detalles técnicos de marinería y de sobrecargo. Casi parece como si el capitán hubiera sido presa de alguna especie de manía antes de internarse bien en alta mar, y que esta se hubiera desarrollado de modo persistente a lo largo del viaje. Por supuesto, mi relato debe tomarse *cum grano*, pues escribo al dictado de un empleado del cónsul ruso, que amablemente me tradujo, siendo poco el tiempo.

DIARIO DE BITÁCORA DEL «DEMETER».

De Varna a Whitby.

Escrito el 18 de julio, ocurriendo cosas tan extrañas, que llevaré nota exacta en lo sucesivo hasta que desembarquemos.

El 6 de julio terminamos de cargar: arena plateada y cajas de tierra. Al mediodía zarpamos. Viento del este, fresco. Tripulación: cinco hombres... dos oficiales, el cocinero y yo (capitán).

El 11 de julio, al amanecer, entramos en el Bósforo. Abordados por funcionarios de la aduana turca. Propina. Todo en regla. En marcha a las 4 de la tarde.

El 12 de julio, por los Dardanelos. Más funcionarios de aduana y bote insignia de la escuadra de vigilancia. Propina otra vez. Trabajo de los funcionarios minucioso pero rápido. Quieren que nos vayamos pronto. Al

oscurecer pasamos al Archipiélago.

El 13 de julio pasamos el cabo Matapán. Tripulación descontenta por algo. Parecían asustados, pero no hablaban claro.

El 14 de julio algo ansioso por la tripulación. Los hombres son todos gente seria que ya navegó conmigo. El oficial no logra averiguar qué pasa; solo le dijeron que había algo y se persignaron. El oficial perdió los estribos con uno de ellos ese día y lo golpeó. Esperaba una pelea feroz, pero todo siguió tranquilo.

El 16 de julio el oficial informó por la mañana que uno de la tripulación, Petrofsky, faltaba. No pudo explicarlo. Tomó la guardia de babor a las ocho campanadas anoche; fue relevado por Abramoff, pero no fue a su litera. Los hombres más abatidos que nunca. Todos dijeron que esperaban algo así, pero no dijeron más que había algo a bordo. El oficial se impacienta mucho con ellos; temo algún problema por delante.

El 17 de julio, ayer, uno de los hombres, Olgaren, vino a mi camarote y con aire de espanto me confió que creía que había un hombre extraño a bordo del barco. Dijo que durante su guardia se había estado resguardando detrás de la caseta de cubierta, pues había una tormenta de lluvia, cuando vio a un hombre alto y delgado, que no se parecía a ninguno de la tripulación, subir por la escalera de cámara, avanzar por cubierta hacia proa y desaparecer. Lo siguió con cautela, pero al llegar a proa no encontró a nadie, y las escotillas estaban todas cerradas. Estaba en un pánico de miedo supersticioso, y temo que el pánico

pueda extenderse. Para calmarlo, hoy registraré con cuidado todo el barco de proa a popa.

Más tarde en el día reuní a toda la tripulación y les dije que, ya que evidentemente pensaban que había alguien en el barco, registraríamos de proa a popa. El primer oficial se enfadó; dijo que era una locura y que ceder a ideas tan necias desmoralizaría a los hombres; dijo que se comprometía a mantenerlos fuera de problemas con una palanca. Lo dejé tomar el timón mientras los demás empezaban el registro minucioso, todos avanzando en línea, con linternas: no dejamos rincón sin registrar. Como solo había las grandes cajas de madera, no había rincones raros donde pudiera esconderse un hombre. Los hombres, muy aliviados al terminar el registro, volvieron al trabajo con alegría. El primer oficial frunció el ceño, pero no dijo nada.

22 de julio.—Tiempo duro los últimos tres días y todos ocupados con las velas: sin tiempo para asustarse. Los hombres parecen haber olvidado su espanto. El oficial otra vez animado y todos en buenos términos. Elogié a los hombres por su trabajo con mal tiempo. Pasamos Gibraltar y salimos por el Estrecho. Todo bien.

24 de julio.—Parece haber algún destino fatal sobre este barco. Ya falta un hombre y entramos en el golfo de Vizcaya con tiempo salvaje por delante, y sin embargo anoche se perdió otro hombre: desapareció. Como el primero, terminó su guardia y no se lo volvió a ver. Los hombres en un pánico de miedo; enviaron un memorial en círculo, pidiendo doble guardia, pues temen estar solos. El

oficial, enfadado. Temo que habrá algún problema, pues él o los hombres cometerán alguna violencia.

28 de julio.—Cuatro días en el infierno, dando bandazos en una especie de remolino, y el viento una tempestad. Sin sueño para nadie. Los hombres, agotados. Apenas sé cómo montar una guardia, pues nadie está en condiciones de ir. El segundo oficial se ofreció a gobernar y vigilar, y dejar a los hombres arrebatar unas pocas horas de sueño. El viento amaina; los mares siguen siendo terribles, pero los siento menos, pues el barco está más firme.

29 de julio.—Otra tragedia. Esta noche hubo guardia sencilla, pues la tripulación está demasiado cansada para doblarla. Cuando la guardia de la mañana subió a cubierta no pudo encontrar a nadie salvo al timonel. Se dio la alarma y todos subieron a cubierta. Registro minucioso, pero no se encontró a nadie. Estamos ahora sin segundo oficial, y la tripulación en pánico. El oficial y yo acordamos andar armados en lo sucesivo y esperar cualquier señal de la causa.

30 de julio.—Anoche. Me alegré de que nos acercamos a Inglaterra. Tiempo bueno, todas las velas desplegadas. Me retiré agotado; dormí profundamente; me despertó el oficial diciéndome que faltaban tanto el hombre de guardia como el timonel. Solo quedamos yo, el oficial y dos hombres para manejar el barco.

1 de agosto.—Dos días de niebla y ni una vela a la vista. Había esperado, al llegar al canal de la Mancha, poder pedir auxilio con señales o entrar en algún sitio. Sin fuerza para maniobrar las velas, tenemos que correr con el

viento. No me atrevo a arriarlas, pues no podríamos izarlas de nuevo. Parece que derivamos hacia algún terrible destino. El oficial está ahora más desmoralizado que cualquiera de los hombres. Su naturaleza más fuerte parece haber obrado hacia dentro contra sí misma. Los hombres están más allá del miedo, trabajando con impasibilidad y paciencia, con la mente hecha al peor desenlace. Son rusos; él, rumano.

2 de agosto, medianoche.—Desperté de unos pocos minutos de sueño al oír un grito, al parecer fuera de mi portilla. No pude ver nada en la niebla. Corrí a cubierta y tropecé con el oficial. Me dice que oyó el grito y corrió, pero no hay señal del hombre de guardia. Uno más que falta. ¡Señor, ayúdanos! El oficial dice que debemos de haber pasado el estrecho de Dover, pues en un momento en que se levantó la niebla vio North Foreland, justo cuando oyó gritar al hombre. Si es así, estamos ahora en el mar del Norte, y solo Dios puede guiarnos en la niebla, que parece moverse con nosotros; y Dios parece habernos abandonado.

3 de agosto.—A medianoche fui a relevar al hombre del timón y, al llegar a él, no encontré a nadie. El viento era constante, y como corríamos con él no había guiñadas. No me atreví a dejarlo, así que grité al oficial. Tras unos segundos subió corriendo a cubierta en camiseta de franela. Tenía los ojos extraviados y aspecto demacrado, y temo mucho que haya perdido la razón. Se acercó a mí y susurró con ronquera, con la boca junto a mi oído, como temiendo que el aire mismo pudiera oír: «Está aquí; lo sé,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ahora. En la guardia de anoche lo vi, a Aquello, como un hombre, alto y delgado y espectralmente pálido. Estaba en proa y miraba hacia afuera. Me arrastré detrás de Aquello y le di mi cuchillo; pero el cuchillo lo atravesó, vacío como el aire». Y mientras hablaba tomó su cuchillo y lo clavó salvajemente en el espacio. Luego siguió: «Pero Aquello está aquí, y lo encontraré. Está en la bodega, quizá en una de esas cajas. Las desatornillaré una por una y veré. Usted maneje el timón». Y, con una mirada de advertencia y el dedo sobre los labios, bajó. Se levantaba un viento picado y no pude dejar el timón. Lo vi salir de nuevo a cubierta con una caja de herramientas y una linterna y bajar por la escotilla de proa. Está loco, completamente loco de atar, y no sirve de nada que trate de detenerlo. No puede dañar esas grandes cajas: están facturadas como «arcilla», y moverlas es lo más inofensivo que puede hacer. Así que aquí me quedo, y cuido el timón, y escribo estas notas. Solo puedo confiar en Dios y esperar a que se despeje la niebla. Entonces, si no puedo gobernar hacia ningún puerto con el viento que haya, arriaré velas y me quedaré a la capa, y pediré auxilio con señales...

Ya casi todo ha terminado. Justo cuando empezaba a esperar que el oficial saliera más calmado —pues lo oía golpear algo en la bodega, y el trabajo le hace bien—, subió por la escotilla un grito súbito y despavorido que me heló la sangre, y subió a cubierta como disparado por un cañón: un loco furioso, con los ojos girando y el rostro convulso de miedo. «¡Sálveme! ¡Sálveme!», gritó, y luego miró alrededor, a la manta de niebla. Su horror se volvió desesperación, y con voz firme dijo: «Más vale que venga

usted también, capitán, antes de que sea demasiado tarde. Él está allí. Ahora conozco el secreto. ¡El mar me salvará de Él, y es lo único que queda!». Antes de que pudiera decir palabra, o avanzar para agarrarlo, saltó sobre la borda y se arrojó deliberadamente al mar. Supongo que ahora conozco también el secreto. Fue este loco quien se había librado de los hombres uno por uno, y ahora los ha seguido él mismo. ¡Que Dios me ayude! ¿Cómo voy a dar cuenta de todos estos horrores cuando llegue a puerto? ¡Cuando llegue a puerto! ¿Llegará alguna vez?

4 de agosto.—Todavía niebla, que el amanecer no puede penetrar. Sé que hay amanecer porque soy marino; por qué otra razón, no lo sé. No me atreví a bajar, no me atreví a dejar el timón; así que aquí me quedé toda la noche, y en la penumbra de la noche lo vi: ¡a Aquello... a Él! Que Dios me perdone, pero el oficial hizo bien en saltar por la borda. Era mejor morir como un hombre; morir como un marino en aguas azules, nadie puede objetarlo. Pero soy el capitán y no debo abandonar mi barco. Pero burlaré a este demonio o monstruo, pues me ataré las manos al timón cuando mis fuerzas empiecen a fallar, y junto con ellas ataré aquello que Él —¡Aquello!— no se atreve a tocar; y entonces, venga viento bueno o malo, salvaré mi alma y mi honor de capitán. Me debilito más y se acerca la noche. Si Él puede mirarme de nuevo a la cara, quizá no tenga tiempo de actuar... Si naufragamos, puede que se encuentre esta botella y los que la encuentren podrán comprender; si no... bueno, entonces todos los hombres sabrán que fui fiel a mi cometido. Que Dios y la Santísima Virgen y los santos ayuden a un pobre alma ignorante que

trata de cumplir con su deber...

Por supuesto el veredicto fue abierto. No hay pruebas que aducir; y si el hombre mismo cometió o no los asesinatos, no hay ahora quien pueda decirlo. La gente de aquí sostiene casi universalmente que el capitán es sencillamente un héroe, y se le va a hacer un funeral público. Ya está dispuesto que su cuerpo sea llevado con un cortejo de botes río Esk arriba un trecho y luego traído de vuelta al muelle de Tate Hill y subido por los escalones de la abadía; pues ha de ser enterrado en el cementerio del acantilado. Los propietarios de más de cien botes ya han dado su nombre pidiendo seguirlo hasta la tumba.

No se ha encontrado jamás rastro del gran perro, lo cual ocasiona mucho duelo, pues, con la opinión pública en su estado actual, creo que sería adoptado por la ciudad. Mañana será el funeral; y así terminará este «misterio del mar» más.

Diario de Mina Murray.

8 de agosto.—Lucy estuvo muy inquieta toda la noche, y yo tampoco pude dormir. La tormenta fue pavorosa y, al retumbar fuerte entre las chimeneas, me hizo estremecer. Cuando llegaba una ráfaga aguda parecía un cañonazo lejano. Cosa extraña, Lucy no despertó; pero se levantó dos veces y se vistió. Por fortuna, cada vez desperté a tiempo y logré desvestirla sin despertarla y devolverla a la cama. Es algo muy extraño este sonambulismo, pues tan pronto como su voluntad es contrariada de algún modo físico, su intención, si es que hay alguna, desaparece, y se entrega casi exactamente a la rutina de su vida.

Temprano por la mañana nos levantamos ambas y bajamos al puerto para ver si había ocurrido algo durante la noche. Había muy poca gente y, aunque el sol brillaba y el aire era claro y fresco, las grandes olas de aspecto siniestro, que parecían oscuras ellas mismas porque la espuma que las coronaba era como nieve, se abrían paso por la angosta boca del puerto como un hombre pendenciero que atraviesa una multitud. De algún modo me alegré de que Jonathan no estuviera anoche en el mar, sino en tierra. Pero ¡oh!, ¿está en tierra o en el mar? ¿Dónde está y cómo? Me estoy poniendo terriblemente ansiosa por él. ¡Si al menos supiera qué hacer y pudiera hacer algo!

10 de agosto.—El funeral del pobre capitán de mar fue hoy conmovedor. Parecía estar allí cada bote del puerto, y el ataúd fue llevado por capitanes durante todo el camino desde el muelle de Tate Hill hasta el cementerio. Lucy vino conmigo y fuimos temprano a nuestro viejo asiento, mientras el cortejo de botes subía por el río hasta el viaducto y volvía a bajar. Tuvimos una vista encantadora y vimos la procesión casi todo el camino. El pobre hombre fue puesto a descansar muy cerca de nuestro asiento, de modo que nos subimos a él cuando llegó el momento y lo vimos todo. La pobre Lucy parecía muy trastornada. Estuvo inquieta e intranquila todo el tiempo, y no puedo sino pensar que sus sueños de la noche le están afectando. Es bastante rara en una cosa: no me admite que haya ninguna causa de inquietud; o si la hay, ella misma no la entiende. Hay una causa adicional en que el pobre y viejo señor Swales fue hallado muerto esta mañana en nuestro

asiento, con el cuello roto. Evidentemente, como dijo el médico, había caído hacia atrás en el asiento con algún tipo de susto, pues había una mirada de miedo y horror en su rostro que, según los hombres, los hizo estremecer. ¡Pobre querido viejo! ¡Quizá vio a la Muerte con sus ojos moribundos! Lucy es tan dulce y sensible que siente las influencias con más agudeza que otras personas. Hace un momento se trastornó bastante por una cosa pequeña a la que yo no hice mucho caso, aunque yo misma soy muy aficionada a los animales. Uno de los hombres que venían a menudo aquí a buscar los botes fue seguido por su perro. El perro está siempre con él. Ambos son personas tranquilas, y nunca vi al hombre enfadado ni oí ladrar al perro. Durante el oficio el perro no quiso acercarse a su amo, que estaba en el asiento con nosotras, sino que se mantuvo a unos metros, ladrando y aullando. Su amo le habló con suavidad, y luego con dureza, y luego con enojo; pero no se acercaba ni dejaba de hacer ruido. Estaba en una especie de furia, con los ojos salvajes y todos los pelos erizados como la cola de un gato cuando el minino anda en pie de guerra. Al fin el hombre también se enojó, y bajó de un salto y le dio una patada al perro, y luego lo tomó por el pellejo del cuello y medio lo arrastró, medio lo arrojó sobre la lápida en que está fijado el asiento. En el momento en que tocó la piedra la pobre criatura se quedó callada y se puso a temblar entera. No trató de escapar, sino que se agazapó, estremeciéndose y encogido, y estaba en tal lastimoso estado de terror que traté, aunque sin efecto, de consolarlo. Lucy estaba también llena de piedad, pero no intentó tocar al perro, sino que lo miró de un modo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

agónico. Temo mucho que sea de naturaleza demasiado hipersensible para recorrer el mundo sin problemas. Soñará con esto esta noche, estoy segura. Toda la aglomeración de cosas —el barco gobernado hasta el puerto por un muerto; su actitud, atado al timón con un crucifijo y un rosario; el conmovedor funeral; el perro, ya furioso, ya aterrado— ofrecerá material para sus sueños.

Creo que lo mejor será que se acueste físicamente agotada, así que la llevaré a dar un largo paseo por los acantilados hasta la bahía de Robin Hood y de vuelta. No debería tener mucha inclinación al sonambulismo entonces.

CAPÍTULO VIII

Diario de Mina Murray

El mismo día, 11 de la noche.—¡Oh, pero estoy cansada! Si no fuera porque he hecho de mi diario un deber, no lo abriría esta noche. Tuvimos un paseo encantador. Lucy, tras un rato, estaba de buen humor, debido, creo, a unas queridas vacas que vinieron husmeando hacia nosotras en un campo cercano al faro y nos asustaron hasta el alma. Creo que olvidamos todo salvo, por supuesto, el miedo personal, y pareció borrar la pizarra y darnos un nuevo comienzo. Tomamos una capital «merienda severa» en la bahía de Robin Hood en una dulce posadita anticuada, con un mirador justo sobre las rocas cubiertas de algas de la playa. Creo que habríamos escandalizado a la «Mujer Nueva» con nuestros apetitos. ¡Los hombres son más tolerantes, bendígalos Dios! Luego volvimos a casa a pie con algunas, o más bien muchas, paradas para descansar, y con el corazón lleno de un constante temor a los toros bravos. Lucy estaba realmente cansada, e intentábamos meternos en la cama lo antes posible. Entró, sin embargo, el joven coadjutor, y la señora Westenra le pidió que se quedara a cenar. Lucy y yo tuvimos ambas que luchar contra el sueño; sé que fue una dura lucha por mi parte, y soy bastante heroica. Creo que algún día los obispos deberán reunirse y ocuparse de criar una nueva clase de coadjutores que no cenen, por mucho que los insistan, y

que sepan cuándo las chicas están cansadas. Lucy duerme y respira suavemente. Tiene más color en las mejillas de lo habitual y se ve, ¡oh!, tan dulce. Si el señor Holmwood se enamoró de ella viéndola solo en el salón, me pregunto qué diría si la viera ahora. Algunas escritoras de la «Mujer Nueva» lanzarán algún día la idea de que se debería permitir a los hombres y a las mujeres verse dormidos antes de proponer o aceptar. Pero supongo que la Mujer Nueva no se dignará en el futuro a aceptar; ella misma hará la propuesta. ¡Y hará un lindo trabajo también! Hay algún consuelo en eso. Estoy tan feliz esta noche porque la querida Lucy parece mejor. Realmente creo que ha pasado lo peor y que hemos superado sus problemas de sueños. Sería bastante feliz si supiera si Jonathan... Dios lo bendiga y lo guarde.

11 de agosto, 3 de la madrugada.—Otra vez el diario. Ya no hay sueño, así que más vale escribir. Estoy demasiado agitada para dormir. Hemos tenido una aventura tal, una experiencia tan agónica. Me quedé dormida tan pronto como cerré mi diario... De pronto desperté del todo y me incorporé, con un horrible sentido de miedo sobre mí y alguna sensación de vacío a mi alrededor. La habitación estaba oscura, así que no podía ver la cama de Lucy; me deslicé hasta allí y la busqué a tientas. La cama estaba vacía. Encendí un fósforo y vi que no estaba en la habitación. La puerta estaba cerrada, pero no con llave, como yo la había dejado. Temí despertar a su madre, que ha estado más enferma que de costumbre últimamente, así que me eché algo de ropa encima y me preparé para buscarla. Al salir de la habitación se me ocurrió que la

ropa que llevara podría darme alguna pista de su intención soñada. Bata querría decir casa; vestido, afuera. Bata y vestido estaban ambos en su sitio. «Gracias a Dios —me dije—, no puede estar lejos, pues solo lleva el camisón». Bajé corriendo y miré en la sala. ¡No estaba allí! Luego miré en todas las otras habitaciones abiertas de la casa, con un miedo cada vez mayor que me helaba el corazón. Por fin llegué a la puerta del vestíbulo y la encontré abierta. No estaba abierta de par en par, pero el pestillo de la cerradura no había enganchado. La gente de la casa tiene cuidado de cerrar la puerta con llave cada noche, así que temí que Lucy hubiera salido como estaba. No había tiempo para pensar en lo que podía ocurrir; un miedo vago y dominante oscurecía todos los detalles. Tomé un chal grande y pesado y salí corriendo. El reloj daba la una cuando estaba en Crescent, y no había un alma a la vista. Corrí por North Terrace, pero no vi señal de la figura blanca que esperaba. En el borde de West Cliff sobre el muelle miré a través del puerto hacia East Cliff, con la esperanza o el temor —no sé cuál— de ver a Lucy en nuestro asiento favorito. Había una brillante luna llena, con pesadas nubes negras que corrían y que arrojaban toda la escena en un fugaz diorama de luz y sombra al navegar. Por un momento o dos no pude ver nada, pues la sombra de una nube oscurecía la iglesia de Santa María y todo lo que la rodeaba. Luego, al pasar la nube, pude ver las ruinas de la abadía que entraban en la vista; y al moverse el borde de una estrecha franja de luz tan afilada como un tajo de espada, la iglesia y el cementerio se fueron haciendo gradualmente visibles. Fuera cual fuera

mi expectativa, no se vio defraudada, pues allí, en nuestro asiento favorito, la luz plateada de la luna daba sobre una figura medio recostada, blanca como la nieve. La llegada de la nube fue demasiado rápida para que pudiera ver mucho, pues la sombra cayó sobre la luz casi de inmediato; pero me pareció como si algo oscuro estuviera de pie detrás del asiento donde brillaba la figura blanca y se inclinara sobre ella. Qué era, hombre o bestia, no pude decirlo; no esperé a captar otro vistazo, sino que volé por los empinados escalones hasta el muelle y a lo largo de la lonja de pescado hasta el puente, que era el único camino para llegar a East Cliff. La ciudad parecía muerta, pues no vi un alma; me alegré de que así fuera, pues no quería testigos de la condición de la pobre Lucy. El tiempo y la distancia parecían interminables, y me temblaban las rodillas y la respiración me salía trabajosa mientras ascendía con esfuerzo los interminables escalones hacia la abadía. Debí de ir rápido, y sin embargo me parecía como si mis pies estuvieran cargados de plomo y como si cada articulación de mi cuerpo estuviera oxidada. Cuando casi llegué a lo alto pude ver el asiento y la figura blanca, pues estaba ya lo bastante cerca para distinguirla incluso a través de los intervalos de sombra. Había sin duda algo, largo y negro, que se inclinaba sobre la figura blanca medio recostada. Llamé con espanto: «¡Lucy! ¡Lucy!», y algo alzó una cabeza, y desde donde estaba pude ver un rostro blanco y ojos rojos y brillantes. Lucy no respondió, y corrí hasta la entrada del cementerio. Al entrar, la iglesia quedó entre el asiento y yo, y por un minuto más o menos la perdí de vista. Cuando volví a verla, la nube había

pasado, y la luz de la luna daba tan brillantemente que pude ver a Lucy medio recostada con la cabeza echada sobre el respaldo del asiento. Estaba completamente sola, y no había señal de ningún ser vivo alrededor.

Cuando me incliné sobre ella pude ver que aún dormía. Tenía los labios entreabiertos y respiraba, no con suavidad, como es habitual en ella, sino en largas y pesadas bocanadas, como si se esforzara por llenar los pulmones a cada aliento. Al acercarme, alzó la mano en sueños y se ciñó el cuello del camisón alrededor de la garganta. Mientras lo hacía le recorrió un leve escalofrío, como si sintiera el frío. Le eché encima el cálido chal y le ajusté los bordes alrededor del cuello, pues temía que cogiera algún resfriado mortal del aire de la noche, desabrigada como estaba. Temí despertarla de golpe, así que, para tener las manos libres y poder ayudarla, le sujeté el chal en la garganta con un gran imperdible; pero debí de ser torpe en mi ansiedad y la pellizqué o pinché con él, pues poco después, cuando su respiración se hizo más tranquila, se llevó de nuevo la mano a la garganta y gimió. Cuando la tuve cuidadosamente envuelta le puse mis zapatos en los pies y empecé entonces muy suavemente a despertarla. Al principio no respondió; pero poco a poco se fue inquietando más y más en el sueño, gimiendo y suspirando de vez en cuando. Al fin, como el tiempo pasaba rápido y, por muchas otras razones, deseaba llevarla a casa de inmediato, la sacudí con más fuerza, hasta que por fin abrió los ojos y despertó. No pareció sorprendida de verme, pues, por supuesto, no se dio cuenta de golpe de dónde estaba. Lucy siempre

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

despierta con gracia, y aun en tal momento, cuando su cuerpo debía de estar helado de frío y su mente algo espantada de despertar desabrigada en un cementerio de noche, no perdió su gracia. Tembló un poco y se aferró a mí; cuando le dije que viniera de inmediato conmigo a casa se levantó sin una palabra, con la obediencia de una niña. Mientras caminábamos, la grava me lastimó los pies y Lucy me notó la mueca. Se detuvo y quiso insistir en que me pusiera mis zapatos; pero no quise. Sin embargo, cuando llegamos al sendero fuera del cementerio, donde había un charco de agua que quedaba de la tormenta, me embadurné los pies de barro, usando cada pie en turno sobre el otro, de modo que al volver a casa nadie, en caso de que nos encontráramos con alguien, notara mis pies descalzos.

La fortuna nos favoreció y llegamos a casa sin encontrarnos con un alma. Una vez vimos a un hombre, que parecía no estar del todo sobrio, que pasaba por una calle delante de nosotras; pero nos escondimos en un portal hasta que desapareció por una abertura como las que hay aquí, callejones empinados, o «wynds», como los llaman en Escocia. Me latía el corazón tan fuerte todo el tiempo que a veces pensé que me desmayaría. Estaba llena de ansiedad por Lucy, no solo por su salud, no fuera que sufriera por la exposición, sino por su reputación, por si la historia llegaba a saberse. Cuando entramos, y nos lavamos los pies, y rezamos juntas una oración de agradecimiento, la metí en la cama. Antes de dormirse me pidió —incluso me imploró— que no dijera palabra a nadie, ni siquiera a su madre, sobre su aventura de sonámbula.

Al principio dudé en prometerlo; pero al pensar en el estado de salud de su madre, y en cómo el saberlo la afligiría, y pensando también en cómo una historia así podría distorsionarse —más aún, infaliblemente lo haría— si llegara a saberse, juzgué más prudente hacerlo. Espero haber obrado bien. He cerrado la puerta con llave y la llave está atada a mi muñeca, así que quizá no me vuelvan a perturbar. Lucy duerme profundamente; el reflejo del alba se alza alto y lejano sobre el mar...

El mismo día, mediodía.—Todo va bien. Lucy durmió hasta que la desperté y parecía no haber cambiado siquiera de lado. La aventura de la noche no parece haberle hecho daño; al contrario, le ha beneficiado, pues se ve mejor esta mañana que en semanas. Sentí mucho advertir que mi torpeza con el imperdible la lastimó. De hecho, pudo ser grave, pues la piel de su garganta estaba perforada. Debí de pellizcar un trozo de piel suelta y atravesarlo, pues hay dos puntitos rojos como pinchazos de alfiler, y en el borde de su camisón había una gota de sangre. Cuando me disculpé y me mostré preocupada, se rio y me acarició, y dijo que ni siquiera lo había sentido. Por fortuna no puede dejar cicatriz, de tan pequeño que es.

El mismo día, de noche.—Pasamos un día feliz. El aire estaba claro, y el sol brillante, y había una brisa fresca. Llevamos el almuerzo a los bosques de Mulgrave, la señora Westenra yendo en coche por el camino y Lucy y yo caminando por el sendero del acantilado y reuniéndonos con ella en la verja. Yo me sentí algo triste, pues no podía

dejar de pensar cuán absolutamente feliz habría sido si Jonathan hubiera estado conmigo. ¡Pero bueno! Debo tener paciencia, nada más. Por la tarde paseamos por la Terraza del Casino, y oímos buena música de Spohr y Mackenzie, y nos acostamos temprano. Lucy parece más sosegada que desde hace tiempo y se durmió de inmediato. Cerraré la puerta y aseguraré la llave igual que antes, aunque no espero problemas esta noche.

12 de agosto.—Mis expectativas eran erróneas, pues dos veces en la noche me despertó Lucy tratando de salir. Parecía, aun dormida, algo impaciente de encontrar la puerta cerrada, y volvía a la cama como en una especie de protesta. Desperté con el alba y oí a los pájaros piar fuera de la ventana. Lucy despertó también y, me alegró ver, estaba aún mejor que la mañana anterior. Toda su antigua alegría de modo parecía haber vuelto, y vino a acurrucarse a mi lado y me contó todo sobre Arthur. Le dije cuán ansiosa estaba por Jonathan, y entonces trató de consolarme. Bueno, algo lo logró, pues aunque la compasión no puede alterar los hechos, puede ayudar a hacerlos más llevaderos.

13 de agosto.—Otro día tranquilo, y a la cama con la llave en la muñeca como antes. De nuevo desperté de noche y encontré a Lucy sentada en la cama, aún dormida, señalando la ventana. Me levanté sin hacer ruido y, apartando la cortina, miré afuera. Había una luna brillante, y el suave efecto de la luz sobre el mar y el cielo —fundidos en un solo gran misterio silencioso— era hermoso más allá de las palabras. Entre la luz de la luna y

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

yo revoloteaba un gran murciélago, que iba y venía en grandes círculos vertiginosos. Una o dos veces se acercó mucho, pero, supongo, se asustó al verme, y se alejó volando a través del puerto hacia la abadía. Cuando volví de la ventana, Lucy se había acostado de nuevo y dormía en paz. No se movió más en toda la noche.

14 de agosto.—En East Cliff, leyendo y escribiendo todo el día. Lucy parece haberse enamorado del lugar tanto como yo, y es difícil apartarla de allí cuando es hora de volver a casa para el almuerzo, el té o la cena. Esta tarde hizo una observación curiosa. Volvíamos a casa para la cena y habíamos llegado a lo alto de los escalones desde el muelle oeste y nos detuvimos a mirar el panorama, como solemos hacer. El sol poniente, bajo en el cielo, caía justo detrás de Kettleness; la luz roja se arrojaba sobre East Cliff y la vieja abadía, y parecía bañar todo en un hermoso resplandor rosado. Estuvimos calladas un rato y de pronto Lucy murmuró como para sí:

«¡Sus ojos rojos otra vez! Son exactamente los mismos». Fue una expresión tan extraña, venida a propósito de nada, que me sobresaltó del todo. Giré un poco, para ver bien a Lucy sin parecer mirarla fijamente, y vi que estaba en un estado entre ensoñador, con una mirada extraña en el rostro que no podía descifrar; así que no dije nada, sino que seguí su mirada. Parecía mirar hacia nuestro propio asiento, donde había una figura oscura sentada sola. Yo misma me sobresalté un poco, pues por un instante me pareció que el desconocido tenía grandes ojos como llamas ardientes; pero una segunda mirada disipó la ilusión. La

luz roja del sol daba en las ventanas de la iglesia de Santa María detrás de nuestro asiento, y al hundirse el sol hubo el cambio justo de refracción y reflejo para que pareciera que la luz se movía. Llamé la atención de Lucy sobre el curioso efecto y ella volvió en sí con un sobresalto, pero se la veía triste de todos modos; puede que pensara en aquella terrible noche allá arriba. Nunca aludimos a ella; así que no dije nada, y nos fuimos a casa a cenar. Lucy tenía dolor de cabeza y se acostó temprano. La vi dormida y salí a dar un pequeño paseo yo misma; caminé por los acantilados hacia el oeste y estaba llena de dulce tristeza, pues pensaba en Jonathan. Al volver a casa —había entonces una luna brillante, tan brillante que, aunque la fachada de nuestra parte de Crescent estaba en sombra, todo se veía bien— lancé una mirada a nuestra ventana y vi la cabeza de Lucy asomada. Pensé que quizá me esperaba, así que abrí mi pañuelo y lo agité. No lo notó ni hizo movimiento alguno. Justo entonces la luz de la luna se deslizó alrededor de un ángulo del edificio y cayó sobre la ventana. Allí estaba, con toda claridad, Lucy, con la cabeza apoyada contra el costado del alféizar y los ojos cerrados. Estaba profundamente dormida, y a su lado, posado en el alféizar, había algo que parecía un pájaro de buen tamaño. Temí que cogiera frío, así que subí corriendo, pero al entrar en la habitación ella volvía a su cama, profundamente dormida y respirando pesadamente; se tenía la mano en la garganta, como para protegerla del frío.

No la desperté, sino que la arropé bien; me he cuidado de que la puerta esté cerrada con llave y la ventana

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

firmemente asegurada.

Se ve tan dulce al dormir; pero está más pálida de lo habitual y hay una mirada ojerosa y demacrada bajo sus ojos que no me gusta. Temo que se esté afligiendo por algo. Ojalá pudiera averiguar qué es.

15 de agosto.—Me levanté más tarde que de costumbre. Lucy estaba lánguida y cansada, y siguió durmiendo después de que nos llamaran. Tuvimos una feliz sorpresa en el desayuno. El padre de Arthur está mejor y quiere que la boda se celebre pronto. Lucy está llena de alegría callada, y su madre está contenta y apenada a la vez. Más tarde en el día me contó la causa. Le duele perder a Lucy como suya propia, pero se regocija de que pronto vaya a tener alguien que la proteja. ¡Pobre, querida, dulce señora! Me confió que ha recibido su sentencia de muerte. No se lo ha dicho a Lucy, y me hizo prometer el secreto; su médico le dijo que dentro de unos meses, a lo sumo, debe morir, pues el corazón se le debilita. En cualquier momento, incluso ahora, una conmoción súbita casi seguramente la mataría. Ah, hicimos bien en ocultarle el asunto de la terrible noche del sonambulismo de Lucy.

17 de agosto.—Ni una línea en el diario por dos días enteros. No he tenido ánimo para escribir. Una especie de manto sombrío parece caer sobre nuestra felicidad. No hay noticias de Jonathan, y Lucy parece debilitarse, mientras las horas de su madre se acercan a su fin. No entiendo cómo Lucy se está apagando así. Come bien, duerme bien y disfruta del aire fresco; pero todo el tiempo las rosas de sus mejillas se desvanecen, y se hace más

débil y lánguida día a día; de noche la oigo jadear como por falta de aire. Siempre llevo atada a la muñeca de noche la llave de nuestra puerta, pero ella se levanta y camina por la habitación, y se sienta a la ventana abierta. Anoche la encontré asomada al despertarme y, cuando traté de despertarla, no pude; estaba desmayada. Cuando logré reanimarla estaba débil como el agua, y lloraba en silencio entre largos y dolorosos esfuerzos por respirar. Cuando le pregunté cómo había llegado a la ventana, sacudió la cabeza y volvió el rostro. Confío en que su malestar no venga de aquel desafortunado pinchazo del imperdible. Le miré la garganta hace un momento mientras dormía, y las diminutas heridas parecen no haber cerrado. Siguen abiertas y, si algo, más grandes que antes, y sus bordes son ligeramente blancos. Son como puntitos blancos con centros rojos. A menos que sanen en un día o dos, insistiré en que las vea el médico.

Carta de Samuel F. Billington e Hijo, abogados, Whitby, a los señores Carter, Paterson y Cía., Londres.

17 de agosto.

Estimados señores:

Reciban adjunta la factura de las mercancías enviadas por el Great Northern Railway. Las mismas han de ser entregadas en Carfax, cerca de Purfleet, inmediatamente al recibirse en la estación de mercancías de King’s Cross. La casa está por el momento vacía, pero se adjuntan las llaves, todas ellas etiquetadas.

Sírvanse depositar las cajas, cincuenta en número, que forman el envío, en el edificio parcialmente en ruinas que

forma parte de la casa y marcado con una «A» en el croquis adjunto. Su agente reconocerá fácilmente el lugar, pues es la antigua capilla de la mansión. Las mercancías salen en el tren de las 9:30 de esta noche y deberán llegar a King's Cross a las 4:30 de mañana por la tarde. Como nuestro cliente desea que la entrega se haga lo antes posible, les agradeceremos que tengan listos los carros en King's Cross a la hora indicada y conduzcan de inmediato las mercancías a su destino. A fin de obviar cualquier demora posible por requisitos rutinarios de pago en sus departamentos, adjuntamos cheque por diez libras (£10), cuyo recibo les rogamos acusar. Si el cargo fuera menor a esa cantidad, pueden devolver el saldo; si fuera mayor, enviaremos de inmediato cheque por la diferencia al recibir noticias suyas. Al retirarse han de dejar las llaves en el vestíbulo principal de la casa, donde el propietario podrá recogerlas al entrar en la casa con su llave duplicada.

Les rogamos no considerar que excedemos los límites de la cortesía comercial al instarles de todos los modos a emplear la máxima diligencia.

Quedamos, estimados señores,

Fielmente suyos,

Samuel F. Billington e Hijo.

Carta de los señores Carter, Paterson y Cía., Londres, a los señores Billington e Hijo, Whitby.

21 de agosto.

Estimados señores:

Acusamos recibo de las £10 y devolvemos cheque por £1 17s. 9d., importe del sobrante, según consta en la cuenta saldada adjunta. Las mercancías han sido entregadas en exacta conformidad con las instrucciones, y las llaves dejadas en un paquete en el vestíbulo principal, según lo indicado.

Quedamos, estimados señores,

Respetuosamente suyos,

P. p. Carter, Paterson y Cía.

Diario de Mina Murray.

18 de agosto.—Hoy estoy feliz, y escribo sentada en el banco del cementerio. Lucy está muchísimo mejor. Anoche durmió bien toda la noche y no me perturbó ni una vez. Las rosas parecen volver ya a sus mejillas, aunque sigue tristemente pálida y de aspecto macilento. Si estuviera de algún modo anémica lo comprendería, pero no lo está. Está de buen humor y llena de vida y alegría. Toda la morbosa reserva parece haberla dejado, y acaba de recordarme, como si yo necesitara recordatorio, aquella noche, y que fue aquí, en este mismísimo banco, donde la encontré dormida. Mientras me lo decía golpeó juguetonamente con el tacón de su bota la losa de piedra y dijo:

«¡Mis pobres piececitos no hicieron mucho ruido entonces! Me atrevería a decir que el pobre viejo señor Swales habría dicho que era porque no quería despertar a Geordie». Como estaba de tan buen humor comunicativo, le pregunté si había soñado algo aquella noche. Antes de

responder, asomó a su frente aquel dulce ceño fruncido que, según dice Arthur —lo llamo Arthur por la costumbre de ella—, le encanta; y, de hecho, no me extraña que le encante. Luego siguió en una especie de duermevela, como tratando de recordarlo para sí:

«No soñé exactamente; pero todo parecía real. Solo quería estar aquí, en este sitio —no sé por qué, pues tenía miedo de algo, no sé de qué—. Recuerdo, aunque supongo que estaba dormida, que pasaba por las calles y cruzaba el puente. Un pez saltó cuando pasé, y me incliné a mirarlo, y oí aullar a muchos perros —todo el pueblo parecía lleno de perros aullando a la vez— mientras subía los escalones. Luego tuve un recuerdo vago de algo largo y oscuro con ojos rojos, igual que lo que vimos en el atardecer, y de algo muy dulce y muy amargo a mi alrededor a la vez; y luego me pareció hundirme en agua profunda y verde, y había un canto en mis oídos, como he oído que lo hay en los ahogados; y luego todo pareció alejarse de mí; mi alma pareció salir de mi cuerpo y flotar en el aire. Me parece recordar que una vez el faro oeste estaba justo debajo de mí, y luego hubo una especie de sensación agónica, como si estuviera en un terremoto, y volví y te encontré sacudiendo mi cuerpo. Te vi hacerlo antes de sentirte».

Luego empezó a reír. Me pareció algo sobrenatural, y la escuché sin aliento. No me gustó del todo y pensé que era mejor no mantener su mente en el tema, así que pasamos a otros asuntos, y Lucy volvió a ser la de antes. Cuando llegamos a casa la fresca brisa la había reanimado, y sus pálidas mejillas estaban realmente más rosadas. Su madre

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

se regocijó al verla, y todas pasamos una velada muy feliz juntas.

19 de agosto.—¡Alegría, alegría, alegría! aunque no todo alegría. Por fin, noticias de Jonathan. El querido ha estado enfermo; por eso no escribió. No temo pensarlo ni decirlo ahora que lo sé. El señor Hawkins me envió la carta y escribió él mismo, oh, tan amablemente. Debo partir por la mañana e ir con Jonathan, y ayudar a cuidarlo si es necesario, y traerlo a casa. El señor Hawkins dice que no sería mala cosa que nos casáramos allá. He llorado sobre la carta de la buena Hermana hasta sentirla mojada contra mi pecho, donde descansa. Es de Jonathan, y debe estar junto a mi corazón, pues él está en mi corazón. Mi viaje está todo trazado y mi equipaje listo. Solo llevo un cambio de ropa; Lucy traerá mi baúl a Londres y lo guardará hasta que lo mande pedir, pues puede ser que... No debo escribir más; debo guardarlo para decírselo a Jonathan, mi marido. La carta que él ha visto y tocado debe consolarme hasta que nos encontremos.

Carta de la hermana Agatha, Hospital de San José y Santa María, Buda-Pesth, a la señorita Wilhelmina Murray.

12 de agosto.

Estimada señora:

Escribo por deseo del señor Jonathan Harker, que no tiene aún fuerzas para escribir él mismo, aunque progresa bien, gracias a Dios, a San José y a Santa María. Ha estado a nuestro cuidado cerca de seis semanas, aquejado de una violenta fiebre cerebral. Desea transmitirle su amor, y decir que por este mismo correo escribo en su nombre al

señor Peter Hawkins, de Exeter, para decirle, con sus respetuosos saludos, que lamenta su retraso y que todo su trabajo está concluido. Necesitará algunas semanas de reposo en nuestro sanatorio en las colinas, pero luego volverá. Desea que diga que no tiene suficiente dinero consigo y que quisiera pagar su estancia aquí, para que otros que lo necesiten no queden sin ayuda.

Créame,

Suya, con simpatía y todas las bendiciones,

Hermana Agatha.

P. D.—Estando mi paciente dormido, abro esta para darle a conocer algo más. Me ha hablado de usted por completo, y de que pronto será su esposa. ¡Todas las bendiciones para ambos! Ha sufrido una conmoción espantosa —así lo dice nuestro médico— y en su delirio sus desvaríos han sido terribles; de lobos y veneno y sangre; de fantasmas y demonios; y temo decir de qué más. Tenga cuidado con él siempre, para que nada de este tipo lo excite durante mucho tiempo; las huellas de una enfermedad como la suya no se borran con ligereza. Habríamos escrito hace mucho, pero no sabíamos nada de sus amigos, y no llevaba consigo nada que alguien pudiera entender. Vino en el tren desde Klausenburg, y el revisor fue informado por el jefe de estación de allí de que entró corriendo en la estación gritando que quería un billete para su casa. Viendo por su conducta violenta que era inglés, le dieron un billete para la estación más lejana en el camino hacia allá a que llegaba el tren.

Esté segura de que está bien cuidado. Ha ganado todos los corazones con su dulzura y gentileza. De veras va mejorando, y no dudo que en pocas semanas será del todo él mismo. Pero tenga cuidado con él por seguridad. Quiera Dios, San José y Santa María que haya, muchos, muchos años felices para ustedes dos.

Diario del doctor Seward.

19 de agosto.—Extraño y súbito cambio en Renfield anoche. Hacia las ocho empezó a excitarse y a olfatear como lo hace un perro cuando se pone en punto. El celador quedó impresionado por su actitud y, conociendo mi interés por él, lo animó a hablar. Suele ser respetuoso con el celador y a veces servil; pero esta noche, me dice el hombre, estaba bastante altivo. No quiso condescender a hablar con él en absoluto. Todo lo que quiso decir fue:

«No quiero hablar con usted: usted ya no cuenta; el Amo está cerca».

El celador piensa que se trata de alguna súbita forma de manía religiosa que se ha apoderado de él. Si es así, debemos estar atentos a las borrascas, pues un hombre fuerte con manía homicida y religiosa a la vez podría ser peligroso. La combinación es terrible. A las nueve lo visité yo mismo. Su actitud hacia mí fue la misma que hacia el celador; en su sublime sentimiento de sí mismo, la diferencia entre el celador y yo le parecía nada. Parece manía religiosa, y pronto pensará que él mismo es Dios. Estas distinciones infinitesimales entre hombre y hombre son demasiado mezquinas para un Ser Omnipotente. ¡Cómo se delatan estos locos! El verdadero Dios cuida de

que no caiga un gorrión; pero el dios creado por la vanidad humana no ve diferencia entre un águila y un gorrión. ¡Oh, si los hombres supieran!

Durante media hora o más Renfield siguió excitándose en grado cada vez mayor. No fingí vigilarlo, pero mantuve una estricta observación de todos modos. De repente le vino a los ojos esa mirada huidiza que siempre vemos cuando un loco se ha apoderado de una idea, y con ella el movimiento huidizo de la cabeza y la espalda que los celadores de manicomio llegan a conocer tan bien. Se quedó muy quieto, y fue y se sentó en el borde de su cama resignadamente, y miró al vacío con ojos apagados. Pensé en averiguar si su apatía era real o solo fingida, y traté de llevarlo a hablar de sus animalitos, un tema que nunca había dejado de excitar su atención. Al principio no respondió, pero al fin dijo con irritación:

«¡Al diablo con todos ellos! No me importan un comino».

«¿Cómo? —dije—. ¿No querrá decirme que no le importan las arañas?» (Las arañas son por ahora su afición y el cuaderno se va llenando de columnas de cifras pequeñas). A esto respondió enigmáticamente:

«Las doncellas de la novia alegran los ojos que esperan la llegada de la novia; pero cuando la novia se acerca, entonces las doncellas no brillan a los ojos que están llenos».

No quiso explicarse, sino que permaneció obstinadamente sentado en su cama todo el tiempo que estuve con él.

Esta noche estoy cansado y de ánimo bajo. No puedo sino pensar en Lucy, y en cuán distintas podrían haber sido las cosas. Si no duermo enseguida, cloral, el Morfeo moderno: ¡C2HCl3O. H2O! Debo cuidarme de que no se vuelva un hábito. ¡No, no tomaré nada esta noche! He pensado en Lucy y no la deshonraré mezclando las dos cosas. Si es necesario, esta noche será de insomnio...

Más tarde.—Me alegro de haber tomado la resolución; más aún de haberla cumplido. Llevaba un rato dando vueltas en la cama y había oído al reloj dar solo las dos cuando el vigilante nocturno vino a mí, enviado desde el pabellón, para decirme que Renfield se había escapado. Me eché la ropa encima y bajé corriendo de inmediato; mi paciente es una persona demasiado peligrosa para andar suelta. Esas ideas suyas podrían resultar peligrosas con extraños. El celador me esperaba. Dijo que lo había visto no diez minutos antes, aparentemente dormido en su cama, cuando había mirado por la mirilla de la puerta. Su atención fue llamada por el ruido de la ventana al ser arrancada. Corrió de vuelta y vio desaparecer sus pies por la ventana, e inmediatamente me mandó llamar. Solo vestía su ropa de noche y no puede andar lejos. El celador pensó que sería más útil vigilar adónde iba que seguirlo, pues podría perderlo de vista mientras salía del edificio por la puerta. Es un hombre corpulento y no podía pasar por la ventana. Yo soy delgado, así que, con su ayuda, salí, pero con los pies por delante, y, como solo estábamos a pocos pies del suelo, caí ileso. El celador me dijo que el paciente había ido a la izquierda y había tomado una línea recta, así que corrí lo más rápido que pude. Al atravesar el

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

cinturón de árboles vi una figura blanca trepar el alto muro que separa nuestros terrenos de los de la casa abandonada.

Volví corriendo de inmediato, dije al vigilante que reuniera enseguida a tres o cuatro hombres y me siguiera a los terrenos de Carfax, por si nuestro amigo resultaba peligroso. Yo mismo conseguí una escalera y, cruzando el muro, me dejé caer al otro lado. Pude ver la figura de Renfield desapareciendo justo tras el ángulo de la casa, así que corrí tras él. Al otro lado de la casa lo encontré pegado a la vieja puerta de roble con herrajes de la capilla. Hablaba, al parecer con alguien, pero temí acercarme lo bastante para oír lo que decía, no fuera a asustarlo y echara a correr. ¡Perseguir un enjambre de abejas descarriado no es nada comparado con seguir a un lunático desnudo cuando le ha dado el arrebato de escapar! Pasados unos minutos, sin embargo, pude ver que no reparaba en nada a su alrededor, y así me aventuré a acercarme más —tanto más cuanto que mis hombres habían cruzado ya el muro y lo iban cercando—. Lo oí decir:

«Estoy aquí para cumplir Tus órdenes, Amo. Soy Tu esclavo, y Tú me recompensarás, pues seré fiel. Te he adorado largo tiempo y de lejos. Ahora que estás cerca, espero Tus mandatos, y no pasarás de largo ante mí, ¿verdad, querido Amo, en Tu reparto de cosas buenas?».

En todo caso es un viejo mendigo egoísta. Piensa en los panes y los peces incluso cuando cree estar ante una Presencia Real. Sus manías forman una combinación

asombrosa. Cuando lo rodeamos luchó como un tigre. Es inmensamente fuerte, pues se parecía más a una fiera salvaje que a un hombre. Nunca había visto a un lunático en tal paroxismo de rabia; y espero no volver a verlo. Es una merced que hayamos descubierto a tiempo su fuerza y su peligro. Con una fuerza y una determinación como las suyas, podría haber hecho estragos antes de ser enjaulado. Por lo pronto está seguro. El mismo Jack Sheppard no podría librarse de la camisa de fuerza que lo sujeta, y está encadenado a la pared en la celda acolchada. Sus gritos son a veces espantosos, pero los silencios que siguen son aún más mortales, pues quiere matar en cada giro y movimiento.

Hace un momento pronunció por primera vez palabras coherentes:

«Seré paciente, Amo. ¡Ya viene… ya viene… ya viene!».

Así que capté la indirecta, y vine yo también. Estaba demasiado excitado para dormir, pero este diario me ha calmado, y siento que dormiré algo esta noche.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CAPÍTULO IX

Cartas y diarios

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra.

Buda-Pesth, 24 de agosto.

Mi queridísima Lucy:

Sé que estarás ansiosa por saber todo lo ocurrido desde que nos separamos en la estación de ferrocarril de Whitby. Pues bien, querida, llegué a Hull sin novedad, y tomé el barco a Hamburgo, y luego el tren hasta aquí. Siento que apenas puedo recordar nada del viaje, salvo que sabía que iba hacia Jonathan y que, como tendría que cuidarlo, más me valía dormir todo lo que pudiera... Encontré a mi querido, oh, tan delgado y pálido y de aspecto débil. Toda la resolución ha desaparecido de sus queridos ojos, y aquella tranquila dignidad que te dije que había en su rostro se ha esfumado. No es más que una ruina de sí mismo, y no recuerda nada de lo que le ha pasado durante mucho tiempo atrás. Al menos, quiere que yo lo crea, y nunca preguntaré. Ha sufrido una conmoción terrible, y temo que fatigaría su pobre cerebro si intentara recordarla. La hermana Agatha, que es una buena criatura y una enfermera nata, me dice que desvariaba sobre cosas espantosas mientras estaba fuera de sí. Yo quería que me dijera cuáles eran; pero solo se santiguaba y decía que nunca lo diría; que los desvaríos de los enfermos son

secretos de Dios, y que si una enfermera por su vocación llega a oírlos, debe respetar la confianza. Es un alma dulce y buena, y al día siguiente, cuando vio que yo estaba turbada, volvió a abrir el tema y, tras decir que nunca podría mencionar de qué desvariaba mi pobre querido, añadió: «Esto sí puedo decirle, hija mía: que no era acerca de nada malo que haya hecho él mismo; y usted, como su futura esposa, no tiene motivo de inquietud. No la ha olvidado a usted ni lo que le debe. Su miedo era a cosas grandes y terribles, de las que ningún mortal puede tratar». Creo de veras que la buena alma pensó que yo podría sentir celos, por si mi pobre querido se hubiera enamorado de alguna otra muchacha. ¡La idea de que yo tenga celos por Jonathan! Y sin embargo, querida, déjame susurrártelo, sentí un estremecimiento de gozo al saber que ninguna otra mujer era causa de problemas. Estoy ahora sentada junto a su cama, donde puedo ver su rostro mientras duerme. ¡Despierta!...

Cuando despertó me pidió su chaqueta, pues quería sacar algo del bolsillo; se lo pedí a la hermana Agatha, y ella trajo todas sus cosas. Vi que entre ellas estaba su cuaderno de notas, y iba a pedirle que me dejara verlo —pues sabía entonces que podría hallar alguna pista de su aflicción—, pero supongo que debió de ver mi deseo en mis ojos, pues me mandó a la ventana, diciendo que quería estar completamente solo un momento. Luego me llamó de nuevo, y cuando fui tenía la mano sobre el cuaderno, y me dijo muy solemnemente:

«Wilhelmina» —entonces supe que hablaba con absoluta seriedad, pues no me ha llamado por ese nombre desde que me pidió que me casara con él—, «conoces, querida, mis ideas sobre la confianza entre marido y mujer: no debe haber secreto, ni ocultamiento. He sufrido una gran conmoción, y cuando trato de pensar qué es siento que la cabeza me da vueltas, y no sé si todo fue real o el sueño de un loco. Sabes que he tenido fiebre cerebral, y eso es estar loco. El secreto está aquí, y no quiero conocerlo. Quiero retomar mi vida aquí, con nuestro matrimonio». Pues, querida, habíamos decidido casarnos tan pronto como estén completos los trámites. «¿Estás dispuesta, Wilhelmina, a compartir mi ignorancia? Aquí está el libro. Tómalo y guárdalo, léelo si quieres, pero nunca me lo hagas saber; a menos, desde luego, que algún solemne deber me obligue a volver a las horas amargas, dormido o despierto, cuerdo o loco, registradas aquí». Se recostó exhausto, y puse el libro bajo su almohada y lo besé. He pedido a la hermana Agatha que ruegue a la Superiora que nuestra boda sea esta tarde, y espero su respuesta...

Ha venido a decirme que han mandado llamar al capellán de la iglesia de la misión inglesa. Nos casaremos dentro de una hora, o tan pronto después como Jonathan despierte...

Lucy, la hora ha llegado y pasado. Me siento muy solemne, pero muy, muy feliz. Jonathan despertó poco después de la hora, y todo estaba listo, y se incorporó en la cama, apoyado en almohadas. Respondió su «sí, quiero» con firmeza y fuerza. Yo apenas pude hablar; tenía el

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

corazón tan lleno que hasta esas palabras parecían ahogarme. Las queridas hermanas fueron tan amables. Quiera Dios que nunca, nunca las olvide, ni las graves y dulces responsabilidades que he asumido. Debo contarte mi regalo de bodas. Cuando el capellán y las hermanas me dejaron a solas con mi marido —oh, Lucy, es la primera vez que escribo las palabras «mi marido»—, a solas con mi marido, tomé el libro de debajo de su almohada, y lo envolví en papel blanco, y lo até con un trocito de cinta azul pálido que llevaba al cuello, y sellé el nudo con lacre, y por sello usé mi anillo de bodas. Luego lo besé y se lo mostré a mi marido, y le dije que así lo guardaría, y que sería una señal exterior y visible para nosotros durante toda la vida de que confiábamos el uno en el otro; que nunca lo abriría salvo por su propio bien o por el de algún severo deber. Entonces tomó mi mano en la suya, y oh, Lucy, era la primera vez que tomaba la mano de su esposa, y dijo que era lo más querido en todo el ancho mundo, y que volvería a pasar por todo el pasado para ganarla, si fuera necesario. El pobre quiso decir una parte del pasado, pero todavía no puede pensar en el tiempo, y no me extrañará que al principio confunda no solo el mes, sino el año.

Pues bien, querida, ¿qué podía decirle? Solo pude decirle que era la mujer más feliz en todo el ancho mundo, y que no tenía nada que darle salvo a mí misma, mi vida y mi confianza, y que con ellas iban mi amor y mi deber durante todos los días de mi vida. Y, querida, cuando me besó, y me atrajo hacia sí con sus pobres manos débiles, fue como una promesa muy solemne entre nosotros...

Lucy querida, ¿sabes por qué te cuento todo esto? No es solo porque todo me parece dulce, sino porque has sido, y eres, muy querida para mí. Tuve el privilegio de ser tu amiga y guía cuando saliste del aula para prepararte para el mundo de la vida. Quiero que veas ahora, y con los ojos de una esposa muy feliz, adónde me ha llevado el deber; para que en tu propia vida de casada tú también seas toda feliz como yo. Querida, quiera Dios Todopoderoso que tu vida sea todo lo que promete: un largo día de sol, sin viento áspero, sin olvido del deber, sin desconfianza. No debo desearte que no tengas dolor, pues eso nunca puede ser; pero sí espero que seas siempre tan feliz como yo lo soy ahora. Adiós, querida. Enviaré esto de inmediato y quizá te escriba de nuevo muy pronto. Debo terminar, pues Jonathan despierta: ¡debo atender a mi marido!

Tuya siempre amante,

Mina Harker.

Carta de Lucy Westenra a Mina Harker.

Whitby, 30 de agosto.

Mi queridísima Mina:

Océanos de amor y millones de besos, y que pronto estés en tu propio hogar con tu marido. Ojalá pudieras volver a casa lo bastante pronto para quedarte con nosotras aquí. El aire fuerte restablecería pronto a Jonathan; a mí me ha restablecido por completo. Tengo un apetito de cormorán, estoy llena de vida y duermo bien. Te alegrará saber que he dejado del todo de caminar en sueños. Creo que no me he movido de la cama en una semana, es decir, desde que

me meto en ella por la noche. Arthur dice que estoy engordando. A propósito, olvidé decirte que Arthur está aquí. Tenemos tales paseos y excursiones en coche, y a caballo, y remo, y tenis, y pesca juntos; y lo quiero más que nunca. Me dice que me quiere más, pero lo dudo, pues al principio me dijo que no podía quererme más de lo que ya me quería entonces. Pero esto es un disparate. Ahí está, llamándome. Así que no más por el momento de tu cariñosa

Lucy.

P. D.—Mamá te envía su cariño. Parece mejor, la pobre.

P. P. D.—Nos casaremos el 28 de septiembre.

Diario del doctor Seward.

20 de agosto.—El caso de Renfield se vuelve aún más interesante. Se ha calmado ya hasta el punto de que hay lapsos de cese de su pasión. Durante la primera semana después de su ataque fue perpetuamente violento. Luego una noche, justo cuando salía la luna, se quedó quieto, y siguió murmurando para sí: «Ahora puedo esperar; ahora puedo esperar». El celador vino a decírmelo, así que bajé corriendo de inmediato a verlo. Seguía en la camisa de fuerza y en la celda acolchada, pero la expresión congestionada había abandonado su rostro, y sus ojos tenían algo de su antigua dulzura suplicante —casi podría decir «servil»—. Quedé satisfecho con su estado actual y ordené que lo soltaran. Los celadores dudaron, pero finalmente cumplieron mis deseos sin protestar. Fue cosa extraña que el paciente tuviera humor bastante para ver su desconfianza, pues, acercándose a mí, dijo en un

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

susurro, mirándolos furtivamente todo el tiempo:

«¡Piensan que podría hacerle daño! ¡Imagínese que yo le hiciera daño! ¡Los tontos!».

Resultó de algún modo reconfortante para los sentimientos verme disociado, incluso en la mente de este pobre loco, de los demás; pero de todos modos no sigo su pensamiento. ¿Debo entender que tengo algo en común con él, de modo que estemos, por así decir, de un mismo lado; o tiene que ganar de mí algún bien tan estupendo que mi bienestar le es necesario? Lo averiguaré más adelante. Esta noche no hablará. Ni siquiera la oferta de un gatito o de un gato adulto lo tienta. Solo dirá: «No me interesan los gatos. Tengo más en que pensar ahora, y puedo esperar; puedo esperar».

Al cabo de un rato lo dejé. El celador me dice que estuvo tranquilo hasta poco antes del amanecer, y que entonces empezó a inquietarse y al fin a ponerse violento, hasta caer en un paroxismo que lo agotó de modo que se desmayó en una especie de coma.

... Tres noches ha ocurrido lo mismo: violento todo el día y luego tranquilo desde la salida de la luna hasta la salida del sol. Ojalá pudiera obtener alguna pista de la causa. Casi parecería que hay alguna influencia que va y viene. ¡Feliz idea! Esta noche enfrentaremos los ingenios cuerdos a los locos. Se escapó antes sin nuestra ayuda; esta noche se escapará con ella. Le daremos una oportunidad y tendremos listos a los hombres para seguirlo si hace falta...

23 de agosto.—«Lo inesperado siempre sucede». Qué bien conocía Disraeli la vida. Nuestro pájaro, al hallar la jaula abierta, no quiso volar, de modo que todos nuestros sutiles arreglos fueron en vano. En todo caso, hemos probado una cosa: que los lapsos de quietud duran un tiempo razonable. En lo sucesivo podremos aflojar sus ataduras unas horas cada día. He dado órdenes al celador nocturno de que simplemente lo encierre en la celda acolchada, una vez que se calme, hasta una hora antes del amanecer. El cuerpo del pobre se beneficiará del alivio aunque su mente no lo aprecie. ¡Escuche! ¡Lo inesperado otra vez! Me llaman; el paciente se ha escapado una vez más.

Más tarde.—Otra aventura nocturna. Renfield esperó con astucia a que el celador entrara en la habitación para inspeccionarla. Entonces salió disparado junto a él y voló por el pasillo. Mandé aviso a los celadores de que lo siguieran. De nuevo entró en los terrenos de la casa abandonada, y lo encontramos en el mismo lugar, pegado a la vieja puerta de la capilla. Cuando me vio se puso furioso, y de no haberlo sujetado a tiempo los celadores, habría intentado matarme. Mientras lo sujetábamos ocurrió algo extraño. De pronto redobló sus esfuerzos, y luego, igual de súbito, se calmó. Miré alrededor por instinto, pero no vi nada. Luego capté la mirada del paciente y la seguí, pero no pude descubrir nada al mirar el cielo iluminado por la luna, salvo un gran murciélago, que batía su silencioso y fantasmal camino hacia el oeste. Los murciélagos suelen dar vueltas y revolotear, pero este parecía ir derecho, como si supiera adónde se dirigía o

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

tuviera alguna intención propia. El paciente se calmaba más a cada instante, y poco después dijo:

«No hace falta que me ate; ¡iré tranquilo!». Sin problemas volvimos a la casa. Siento que hay algo ominoso en su calma, y no olvidaré esta noche...

Diario de Lucy Westenra.

Hillingham, 24 de agosto.—Debo imitar a Mina, y seguir anotando las cosas. Así podremos tener largas charlas cuando nos veamos. Me pregunto cuándo será. Ojalá estuviera conmigo otra vez, pues me siento tan desdichada. Anoche me pareció soñar de nuevo igual que en Whitby. Quizá sea el cambio de aire, o volver a casa. Todo es oscuro y horrible para mí, pues no puedo recordar nada; pero estoy llena de un miedo vago, y me siento tan débil y agotada. Cuando Arthur vino a almorzar se vio bastante afligido al verme, y yo no tuve ánimo para tratar de mostrarme alegre. Me pregunto si podría dormir en el cuarto de mamá esta noche. Buscaré una excusa e intentaré.

25 de agosto.—Otra mala noche. A mamá no pareció gustarle mi propuesta. Ella misma no parece muy bien, y sin duda teme preocuparme. Traté de mantenerme despierta, y lo logré un rato; pero cuando el reloj dio las doce me despertó de un adormecimiento, así que debía de estar quedándome dormida. Había una especie de arañazo o aleteo en la ventana, pero no le hice caso, y como no recuerdo más, supongo que entonces debí de dormirme. Más malos sueños. Ojalá pudiera recordarlos. Esta mañana estoy horriblemente débil. Mi rostro está

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

espantosamente pálido y me duele la garganta. Debe de ser algo en los pulmones, pues parece que nunca consigo aire suficiente. Trataré de animarme cuando venga Arthur, o si no sé que se angustiará de verme así.

Carta de Arthur Holmwood al doctor Seward.

Hotel Albemarle, 31 de agosto.

Mi querido Jack:

Quiero que me hagas un favor. Lucy está enferma; es decir, no tiene ninguna enfermedad especial, pero se ve espantosa, y empeora cada día. Le he preguntado si hay alguna causa; no me atrevo a preguntárselo a su madre, pues inquietar la mente de la pobre señora acerca de su hija en su estado de salud actual sería fatal. La señora Westenra me ha confiado que su sentencia está dictada —enfermedad del corazón—, aunque la pobre Lucy aún no lo sabe. Estoy seguro de que algo roe la mente de mi querida muchacha. Estoy casi enloquecido cuando pienso en ella; mirarla me causa una punzada. Le dije que te pediría que la vieras, y aunque al principio se resistió —sé por qué, viejo amigo—, al fin consintió. Será una tarea dolorosa para ti, lo sé, viejo amigo, pero es por ella, y no debo dudar en pedirlo, ni tú en actuar. Has de venir a almorzar a Hillingham mañana, a las dos, para no despertar sospechas en la señora Westenra, y después del almuerzo Lucy buscará la ocasión de quedarse a solas contigo. Yo vendré para el té, y podremos irnos juntos; estoy lleno de ansiedad, y quiero consultarte a solas tan pronto como pueda después de que la hayas visto. ¡No faltes!

Arthur.

Telegrama de Arthur Holmwood a Seward.

1 de septiembre.

Me llaman a ver a mi padre, que está peor. Escribo. Escríbeme largo en el correo de esta noche a Ring. Telegrafíame si es necesario.

Carta del doctor Seward a Arthur Holmwood.

2 de septiembre.

Mi querido viejo amigo:

Con respecto a la salud de la señorita Westenra me apresuro a hacerte saber de inmediato que en mi opinión no hay ningún trastorno funcional ni dolencia alguna que yo conozca. Al mismo tiempo, de ningún modo me satisface su aspecto; es lamentablemente distinta de lo que era cuando la vi por última vez. Por supuesto debes tener presente que no tuve plena oportunidad de examinarla como quisiera; nuestra misma amistad crea una pequeña dificultad que ni la ciencia ni la costumbre médica pueden salvar. Será mejor que te cuente exactamente lo que ocurrió, dejándote sacar, en cierta medida, tus propias conclusiones. Luego diré lo que he hecho y propongo hacer.

Encontré a la señorita Westenra en aparente buen humor. Su madre estaba presente y en pocos segundos me convencí de que hacía todo lo posible por engañar a su madre y evitar que se inquietara. No dudo de que adivina, si no sabe, qué necesidad hay de cautela. Almorzamos solos, y como todos nos esforzamos por estar alegres,

obtuvimos, como recompensa de nuestros afanes, una alegría real entre nosotros. Luego la señora Westenra fue a acostarse y Lucy quedó conmigo. Pasamos a su tocador, y hasta que llegamos allí su alegría se mantuvo, pues los criados iban y venían. Tan pronto como se cerró la puerta, sin embargo, la máscara cayó de su rostro, y se hundió en una silla con un gran suspiro, y se cubrió los ojos con la mano. Cuando vi que su buen ánimo había decaído, aproveché de inmediato su reacción para hacer un diagnóstico. Me dijo muy dulcemente:

«No puedo decirle cuánto aborrezco hablar de mí misma». Le recordé que la confidencia de un médico es sagrada, pero que tú estabas gravemente ansioso por ella. Captó mi sentido de inmediato y resolvió ese asunto en una palabra. «Dígale a Arthur todo lo que quiera. No me importo yo, ¡sino él por completo!». Así que estoy plenamente libre.

Pude ver con facilidad que está algo exangüe, pero no pude ver los signos anémicos habituales, y por casualidad pude incluso probar la calidad de su sangre, pues al abrir una ventana que estaba dura cedió un cordón y ella se cortó levemente la mano con un vidrio roto. Era un asunto menor en sí, pero me dio una oportunidad evidente, y obtuve unas gotas de sangre y las he analizado. El análisis cualitativo da una condición del todo normal y muestra, deduzco, en sí mismo un estado de salud vigoroso. En otras cuestiones físicas quedé muy satisfecho de que no hay motivo de ansiedad; pero como debe de haber una causa en alguna parte, he llegado a la conclusión de que

debe ser algo mental. Se queja de dificultad para respirar satisfactoriamente a veces, y de un sueño pesado y letárgico, con sueños que la asustan, pero de los que no puede recordar nada. Dice que de niña solía caminar en sueños, y que en Whitby el hábito volvió, y que una vez salió de noche y fue a East Cliff, donde la encontró la señorita Murray; pero me asegura que últimamente el hábito no ha vuelto. Estoy en duda, y así he hecho lo mejor que sé: he escrito a mi viejo amigo y maestro, el profesor Van Helsing, de Ámsterdam, que sabe tanto de enfermedades oscuras como cualquiera en el mundo. Le he pedido que venga, y como me dijiste que todo corría por tu cuenta, le he mencionado quién eres y tu relación con la señorita Westenra. Esto, querido amigo, es en obediencia a tus deseos, pues solo me enorgullece y alegra hacer lo que pueda por ella. Van Helsing, lo sé, haría cualquier cosa por mí por una razón personal, de modo que, sea cual sea el motivo por el que venga, debemos aceptar sus deseos. Es un hombre de apariencia arbitraria, pero esto es porque sabe de lo que habla mejor que nadie. Es un filósofo y un metafísico, y uno de los científicos más avanzados de su tiempo; y tiene, creo, una mente absolutamente abierta. Esto, con un temple de hierro, un carácter de arroyo helado, una resolución indomable, dominio de sí y una tolerancia exaltada de virtud a bendición, y el corazón más bondadoso y leal que late: eso forma el equipo para la noble obra que realiza por la humanidad, obra tanto en la teoría como en la práctica, pues sus miras son tan amplias como su simpatía que todo lo abarca. Te cuento estos hechos para que sepas por qué

tengo tanta confianza en él. Le he pedido que venga de inmediato. Veré a la señorita Westenra otra vez mañana. Ha de encontrarse conmigo en los Almacenes, para no alarmar a su madre con una repetición demasiado temprana de mi visita.

Tuyo siempre,

John Seward.

Carta de Abraham Van Helsing, doctor en Medicina, en Filosofía, en Letras, etc., etc., al doctor Seward.

2 de septiembre.

Mi buen amigo:

Cuando he recibido su carta ya vengo hacia usted. Por buena fortuna puedo partir enseguida, sin perjuicio de ninguno de los que han confiado en mí. Si la fortuna fuera otra, entonces sería malo para los que han confiado, pues yo voy a mi amigo cuando él me llama para ayudar a los que él estima. Diga a su amigo que cuando aquella vez usted chupó de mi herida tan rápido el veneno de la gangrena de ese cuchillo que nuestro otro amigo, demasiado nervioso, dejó resbalar, usted hizo por él, cuando él quiere mis ayudas y usted las llama, más que toda su gran fortuna podría hacer. Pero es placer añadido hacer por él, su amigo; es a usted a quien yo vengo. Tenga entonces cuartos para mí en el Hotel Great Eastern, para que yo esté cerca a mano, y por favor arregle que veamos a la señorita joven no demasiado tarde mañana, pues es probable que tenga que volver aquí esa noche. Pero si hace falta vendré otra vez en tres días, y me quedaré más si es preciso. Hasta entonces adiós, mi amigo John.

Van Helsing.

Carta del doctor Seward al honorable Arthur Holmwood.

3 de septiembre.

Mi querido Art:

Van Helsing ha venido y se ha ido. Vino conmigo a Hillingham y encontró que, por discreción de Lucy, su madre almorzaba fuera, de modo que estuvimos a solas con ella. Van Helsing hizo un examen muy cuidadoso de la paciente. Él me hará su informe y yo te aconsejaré, pues por supuesto yo no estuve presente todo el tiempo. Está, temo, muy preocupado, pero dice que debe pensar. Cuando le hablé de nuestra amistad y de cómo confías en mí en el asunto, dijo: «Debe usted decirle todo lo que piensa. Dígale lo que pienso yo, si puede adivinarlo, si quiere. No, no bromeo. Esto no es broma, sino vida y muerte, quizá más». Le pregunté qué quería decir con eso, pues estaba muy serio. Esto fue cuando habíamos vuelto a la ciudad, y él tomaba una taza de té antes de partir de regreso a Ámsterdam. No quiso darme ninguna otra pista. No debes enfadarte conmigo, Art, porque su misma reticencia significa que todo su cerebro está trabajando para el bien de ella. Hablará con bastante claridad cuando llegue el momento, estáte seguro. Así que le dije que simplemente escribiría un relato de nuestra visita, como si hiciera un artículo especial descriptivo para el Daily Telegraph. Pareció no notarlo, pero comentó que el hollín de Londres no era tan malo como cuando él era estudiante aquí. Tendré su informe mañana si le es posible. En todo caso tendré una carta.

Pues bien, en cuanto a la visita. Lucy estaba más alegre que el día que la vi por primera vez, y ciertamente se veía mejor. Había perdido algo de la mirada espectral que tanto te trastornó, y su respiración era normal. Fue muy dulce con el profesor (como siempre), y trató de hacerlo sentir a gusto; aunque pude ver que la pobre muchacha hacía un duro esfuerzo. Creo que Van Helsing también lo vio, pues vi la rápida mirada bajo sus tupidas cejas que conozco de antiguo. Luego empezó a charlar de todo menos de nosotros y de enfermedades, y con una afabilidad tan infinita que pude ver cómo el fingimiento de animación de la pobre Lucy se fundía en realidad. Luego, sin cambio aparente, llevó suavemente la conversación a su visita, y dijo con suavidad:

«Mi querida señorita joven, yo tengo el tan gran placer porque usted es tan amada. Eso es mucho, querida, aunque hubiera lo que yo no veo. Me dijeron que usted estaba baja de ánimo, y que estaba de un pálido espectral. A ellos yo digo: "¡Puf!"». Y chasqueó los dedos ante mí y siguió: «Pero usted y yo les mostraremos qué equivocados están. ¿Cómo puede él» —y me señaló con la misma mirada y el mismo gesto con que una vez me señaló ante su clase, en, o más bien después de, cierta ocasión que nunca deja de recordarme— «saber algo de las señoritas jóvenes? Él tiene sus locos con que jugar, y traerlos de vuelta a la felicidad, y a los que los aman. Es mucho que hacer, y, oh, pero hay recompensas, en que podemos dar tal felicidad. ¡Pero las señoritas jóvenes! Él no tiene esposa ni hija, y los jóvenes no se dicen a sí a los jóvenes, sino a los viejos, como yo, que hemos conocido tantas

penas y las causas de ellas. Así que, querida, lo mandaremos a fumar el cigarrillo en el jardín, mientras usted y yo tenemos pequeña charla toda para nosotros». Capté la indirecta, y paseé por ahí, y poco después el profesor vino a la ventana y me llamó. Se veía grave, pero dijo: «He hecho examen cuidadoso, pero no hay causa funcional. Con usted estoy de acuerdo en que mucha sangre se ha perdido; se ha perdido, pero ya no. Pero las condiciones de ella no son de ningún modo anémicas. Le he pedido que me mande a su doncella, para hacerle solo una o dos preguntas, así yo no pierda nada por casualidad. Sé bien lo que dirá. Y sin embargo hay causa; siempre hay causa para todo. Debo volver a casa y pensar. Usted debe mandarme el telegrama cada día; y si hay causa vendré otra vez. La enfermedad —pues no estar toda bien es una enfermedad— me interesa, y la dulce querida joven también me interesa. Ella me encanta, y por ella, si no por usted ni la enfermedad, vengo».

Como te digo, no quiso decir una palabra más, ni siquiera cuando estuvimos a solas. Y así ahora, Art, sabes todo lo que sé. Mantendré estricta vigilancia. Confío en que tu pobre padre se esté recobrando. Debe de ser terrible para ti, mi querido viejo amigo, verte puesto en tal situación entre dos personas que te son ambas tan queridas. Conozco tu idea del deber hacia tu padre, y haces bien en mantenerla; pero, si fuera necesario, te enviaré aviso de que vengas de inmediato junto a Lucy; así que no te angusties en exceso a menos que sepas de mí.

Diario del doctor Seward.

4 de septiembre.—El paciente zoófago sigue manteniendo nuestro interés en él. Solo tuvo un arrebato y fue ayer a una hora inusual. Poco antes de que sonaran las doce del mediodía empezó a inquietarse. El celador conocía los síntomas y de inmediato llamó refuerzos. Por fortuna los hombres vinieron corriendo y llegaron justo a tiempo, pues al sonar las doce se puso tan violento que hizo falta toda su fuerza para sujetarlo. En unos cinco minutos, sin embargo, empezó a calmarse más y más y finalmente se hundió en una especie de melancolía, estado en que ha permanecido hasta ahora. El celador me dice que sus gritos durante el paroxismo fueron de verdad espantosos; yo tenía las manos llenas al llegar, atendiendo a algunos de los otros pacientes que él había asustado. De hecho, comprendo bien el efecto, pues los sonidos me perturbaron incluso a mí, aunque estaba a cierta distancia. Es ahora pasada la hora de la cena del manicomio, y por el momento mi paciente está sentado en un rincón cavilando, con una mirada apagada, hosca y desolada en el rostro, que más bien indica que muestra algo directamente. No acabo de entenderlo.

Más tarde.—Otro cambio en mi paciente. A las cinco lo miré y lo encontré aparentemente tan feliz y contento como solía estar. Cazaba moscas y se las comía, y llevaba cuenta de sus capturas haciendo marcas con las uñas en el borde de la puerta entre las rayas del acolchado. Cuando me vio, vino y se disculpó por su mala conducta, y me pidió de un modo muy humilde y servil que lo llevaran de vuelta a su propio cuarto y que le devolvieran su cuaderno. Pensé que convenía complacerlo: así que está de vuelta en su

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

cuarto con la ventana abierta. Tiene el azúcar de su té esparcido en el alféizar, y está haciendo una buena cosecha de moscas. Ya no se las come, sino que las mete en una caja, como antes, y ya examina los rincones de su cuarto para encontrar una araña. Traté de que hablara de los últimos días, pues cualquier pista de sus pensamientos me sería de inmensa ayuda; pero no picó. Por un momento o dos se vio muy triste, y dijo en una especie de voz lejana, como diciéndoselo a sí mismo más que a mí:

«¡Todo terminado! ¡Todo terminado! ¡Me ha abandonado! ¡Ya no hay esperanza para mí a menos que lo haga yo mismo!». Luego, volviéndose de pronto hacia mí con aire resuelto, dijo: «Doctor, ¿no sería muy bueno conmigo y me dejaría tener un poco más de azúcar? Creo que me haría bien».

«¿Y las moscas?», dije.

«¡Sí! A las moscas también les gusta, y a mí me gustan las moscas; por lo tanto me gusta». Y hay gente que sabe tan poco como para pensar que los locos no razonan. Le conseguí una ración doble y lo dejé tan feliz como, supongo, cualquier hombre en el mundo. Ojalá pudiera sondear su mente.

Medianoche.—Otro cambio en él. Había ido a ver a la señorita Westenra, a quien encontré mucho mejor, y acababa de volver, y estaba junto a nuestra propia verja mirando la puesta de sol, cuando una vez más lo oí gritar. Como su cuarto está de este lado de la casa, pude oírlo mejor que por la mañana. Fue un golpe para mí volverme de la maravillosa belleza ahumada de una puesta de sol

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

sobre Londres, con sus luces lívidas y sus sombras de tinta y todos los tintes maravillosos que vienen a las nubes inmundas como a las aguas inmundas, y darme cuenta de toda la torva severidad de mi propio frío edificio de piedra, con su riqueza de miseria que respira, y de mi propio corazón desolado para soportarlo todo. Llegué a él justo cuando el sol se ponía, y desde su ventana vi hundirse el disco rojo. Al hundirse, se fue calmando cada vez más; y justo cuando se ocultó, se deslizó de las manos que lo sujetaban, una masa inerte, al suelo. Es asombroso, sin embargo, qué poder intelectual de recuperación tienen los lunáticos, pues en pocos minutos se puso en pie con toda calma y miró a su alrededor. Hice señas a los celadores de que no lo sujetaran, pues estaba ansioso por ver qué haría. Fue derecho a la ventana y barrió las migas de azúcar; luego tomó su caja de moscas, la vació afuera y tiró la caja; luego cerró la ventana y, cruzando el cuarto, se sentó en la cama. Todo esto me sorprendió, así que le pregunté: «¿Ya no va a guardar moscas?».

«No —dijo—; ¡estoy harto de toda esa basura!». Ciertamente es un estudio maravillosamente interesante. Ojalá pudiera obtener algún atisbo de su mente o de la causa de su súbita pasión. Alto; puede haber una pista después de todo, si podemos averiguar por qué hoy sus paroxismos llegaron a pleno mediodía y a la puesta de sol. ¿Puede ser que haya una influencia maligna del sol en ciertos períodos que afecte a ciertas naturalezas —como a veces hace la luna con otras—? Veremos.

Telegrama de Seward, Londres, a Van Helsing, Ámsterdam.

4 de septiembre.—Paciente sigue mejor hoy.

Telegrama de Seward, Londres, a Van Helsing, Ámsterdam.

5 de septiembre.—Paciente muy mejorada. Buen apetito; duerme naturalmente; buen ánimo; vuelve el color.

Telegrama de Seward, Londres, a Van Helsing, Ámsterdam.

6 de septiembre.—Terrible cambio para peor. Venga de inmediato; no pierda una hora. Retengo telegrama a Holmwood hasta haberle visto.

CAPÍTULO X

Diario del doctor Seward

Carta del doctor Seward al honorable Arthur Holmwood.

6 de septiembre.

Mi querido Art:

Mis noticias de hoy no son tan buenas. Lucy ha retrocedido un poco esta mañana. Hay, sin embargo, una cosa buena que ha surgido de ello: la señora Westenra, naturalmente ansiosa por Lucy, me ha consultado profesionalmente sobre ella. Aproveché la oportunidad y le dije que mi viejo maestro, Van Helsing, el gran especialista, venía a quedarse conmigo, y que la pondría a su cargo conjuntamente conmigo; así ahora podemos ir y venir sin alarmarla indebidamente, pues una impresión para ella significaría la muerte súbita, y esto, en el estado débil de Lucy, podría serle desastroso. Estamos cercados de dificultades, todos nosotros, mi pobre viejo amigo; pero, si Dios quiere, saldremos de todas ellas bien. Si hay necesidad escribiré, de modo que, si no sabes de mí, da por sentado que simplemente espero noticias. Con prisa,

Tuyo siempre,

John Seward.

Diario del doctor Seward.

7 de septiembre.—Lo primero que me dijo Van Helsing cuando nos encontramos en Liverpool Street fue:

«¿Ha dicho usted algo a nuestro joven amigo, el enamorado de ella?».

«No —dije—. Esperé hasta verlo, como dije en mi telegrama. Le escribí una carta diciéndole simplemente que usted venía, pues la señorita Westenra no estaba tan bien, y que le avisaría si fuera necesario».

«Bien, mi amigo —dijo—, ¡muy bien! Mejor que él no sepa todavía; quizá nunca sabrá. Rezo por ello; pero si es necesario, entonces sabrá todo. Y, mi buen amigo John, déjeme prevenirlo. Usted trata con los locos. Todos los hombres están locos de un modo u otro; y en cuanto usted trate con discreción a sus locos, trate así también a los locos de Dios: el resto del mundo. Usted no dice a sus locos lo que hace ni por qué lo hace; no les dice lo que piensa. Así guardará el conocimiento en su lugar, donde pueda reposar, donde pueda reunir a los de su especie a su alrededor y criar. Usted y yo guardaremos por ahora lo que sabemos aquí, y aquí». Me tocó el corazón y la frente, y luego se tocó a sí mismo del mismo modo. «Yo tengo para mí pensamientos en el presente. Más tarde se los desplegaré».

«¿Por qué no ahora? —pregunté—. Podría hacer algún bien; podríamos llegar a alguna decisión». Se detuvo y me miró, y dijo:

«Mi amigo John, cuando el maíz está crecido, aun antes de que haya madurado —mientras la leche de su madre tierra está en él, y el sol aún no ha empezado a pintarlo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

con su oro—, el labrador él tira de la espiga y la frota entre sus ásperas manos, y sopla la paja verde, y le dice a usted: "¡Mire! Es buen maíz; hará buena cosecha cuando llegue el momento"». No vi la aplicación, y se lo dije. Por respuesta se estiró y tomó mi oreja en su mano y la tiró juguetonamente, como solía hacer hace tiempo en las clases, y dijo: «El buen labrador le dice entonces porque sabe, pero no antes. Pero usted no encuentra que el buen labrador desentierre su maíz plantado para ver si crece; eso es para los niños que juegan a la labranza, y no para los que la toman como obra de su vida. ¿Ve ahora, amigo John? He sembrado mi maíz, y la Naturaleza tiene su trabajo que hacer en hacerlo brotar; si brota, hay alguna promesa; y yo espero hasta que la espiga empiece a hincharse». Se interrumpió, pues evidentemente vio que yo entendía. Luego siguió, muy gravemente:

«Usted fue siempre estudiante cuidadoso, y su cuaderno de casos estuvo siempre más lleno que el de los demás. Era solo estudiante entonces; ahora es maestro, y confío en que el buen hábito no haya fallado. Recuerde, mi amigo, que el conocimiento es más fuerte que la memoria, y no debemos fiarnos de la más débil. Aun si usted no ha mantenido la buena práctica, déjeme decirle que este caso de nuestra querida señorita es uno que puede ser —note, digo puede ser— de tal interés para nosotros y otros que todo el resto no lo haga inclinar la balanza, como dicen sus gentes. Tome entonces buena nota de él. Nada es demasiado pequeño. Le aconsejo, ponga en registro incluso sus dudas y conjeturas. Después puede interesarle ver cuán verdadero adivinó. ¡Aprendemos del fracaso, no

del éxito!».

Cuando describí los síntomas de Lucy —los mismos de antes, pero infinitamente más marcados— se vio muy grave, pero no dijo nada. Llevaba consigo un maletín en que había muchos instrumentos y drogas, «la espantosa parafernalia de nuestro oficio benéfico», como llamó una vez, en una de sus clases, al equipo de un profesor del arte de curar. Cuando nos hicieron pasar, la señora Westenra nos recibió. Estaba alarmada, pero no tanto como yo esperaba encontrarla. La Naturaleza, en uno de sus humores benéficos, ha ordenado que incluso la muerte tenga algún antídoto para sus propios terrores. Aquí, en un caso en que cualquier impresión puede resultar fatal, las cosas están dispuestas de modo que, por una causa u otra, las cosas no personales —incluso el terrible cambio en su hija, a quien tan apegada está— no parecen alcanzarla. Es algo semejante a como Dama Naturaleza reúne alrededor de un cuerpo extraño una envoltura de algún tejido insensible que pueda proteger del mal aquello que de otro modo dañaría por contacto. Si esto es un egoísmo ordenado, entonces deberíamos hacer una pausa antes de condenar a nadie por el vicio del egoísmo, pues puede haber una raíz más profunda para sus causas de la que sabemos.

Usé mi conocimiento de esta fase de la patología espiritual, y establecí la regla de que no estuviera presente con Lucy ni pensara en su enfermedad más de lo absolutamente necesario. Asintió de buena gana, tan de buena gana que vi de nuevo la mano de la Naturaleza

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

luchando por la vida. Van Helsing y yo fuimos conducidos al cuarto de Lucy. Si me conmocionó verla ayer, me horrorizó verla hoy. Estaba espectral, pálida como la tiza; el rojo parecía haber abandonado incluso sus labios y encías, y los huesos de su rostro sobresalían; su respiración era dolorosa de ver y de oír. El rostro de Van Helsing se puso duro como el mármol, y sus cejas convergieron hasta casi tocarse sobre la nariz. Lucy yacía inmóvil, y no parecía tener fuerzas para hablar, así que por un rato todos callamos. Luego Van Helsing me hizo seña, y salimos con suavidad de la habitación. En cuanto cerramos la puerta avanzó rápido por el pasillo hasta la puerta contigua, que estaba abierta. Luego me metió con rapidez consigo y cerró la puerta. «¡Dios mío! —dijo—; esto es espantoso. No hay tiempo que perder. Ella morirá por pura falta de sangre para mantener la acción del corazón como debe ser. Debe haber transfusión de sangre de inmediato. ¿Es usted o yo?».

«Soy más joven y fuerte, profesor. Debo ser yo».

«Entonces prepárese de inmediato. Subiré mi maletín. Estoy preparado».

Bajé con él, y mientras íbamos llamaron a la puerta del vestíbulo. Cuando llegamos al vestíbulo la criada acababa de abrir la puerta, y Arthur entraba a toda prisa. Se precipitó hacia mí, diciendo en un ansioso susurro:

«Jack, estaba tan ansioso. Leí entre líneas de tu carta, y he estado en agonía. Papá estaba mejor, así que corrí aquí a verlo por mí mismo. ¿No es ese caballero el doctor Van Helsing? Le estoy tan agradecido, señor, por venir».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Cuando el ojo del profesor cayó por primera vez sobre él, se había enojado por su interrupción en tal momento; pero ahora, al apreciar sus robustas proporciones y reconocer la fuerte juventud viril que parecía emanar de él, sus ojos brillaron. Sin pausa le dijo gravemente, tendiéndole la mano:

«Señor, ha llegado a tiempo. Usted es el enamorado de nuestra querida señorita. Ella está mal, muy, muy mal. No, hijo mío, no se vaya así». Pues de repente se había puesto pálido y se sentó en una silla casi desmayado. «Usted ha de ayudarla. Puede hacer más que ninguno que viva, y su valor es su mejor ayuda».

«¿Qué puedo hacer?», preguntó Arthur con voz ronca. «Dígame y lo haré. Mi vida es suya, y daría hasta la última gota de sangre de mi cuerpo por ella». El profesor tiene un fuerte lado humorístico, y yo pude por vieja experiencia detectar un rastro de su origen en su respuesta:

«Mi joven señor, no pido tanto como eso: ¡no la última!».

«¿Qué debo hacer?». Había fuego en sus ojos, y sus narices abiertas temblaban de determinación. Van Helsing le dio una palmada en el hombro. «¡Venga! —dijo—. Usted es un hombre, y un hombre es lo que queremos. Usted es mejor que yo, mejor que mi amigo John». Arthur parecía desconcertado, y el profesor siguió explicando con amabilidad:

«La señorita joven está mal, muy mal. Necesita sangre, y sangre debe tener o morir. Mi amigo John y yo hemos consultado; y vamos a realizar lo que llamamos transfusión de sangre: transferir de las venas llenas de uno a las venas

vacías que lo anhelan. John iba a dar su sangre, pues es más joven y fuerte que yo» —aquí Arthur me tomó la mano y la estrechó con fuerza en silencio— «pero, ahora que usted está aquí, es mejor que nosotros, viejos o jóvenes, que trabajamos mucho en el mundo del pensamiento. ¡Nuestros nervios no son tan calmos y nuestra sangre no tan brillante como la suya!». Arthur se volvió hacia él y dijo:

«Si supiera con cuánto gusto moriría por ella, comprendería…».

Se detuvo, con una especie de ahogo en la voz.

«¡Buen muchacho! —dijo Van Helsing—. En el no tan lejano usted será feliz de haber hecho todo por la que ama. Venga ahora y calle. La besará una vez antes de que esté hecho, pero luego debe irse; y debe partir a mi señal. No diga palabra a Madame; ¡ya sabe cómo es con ella! No debe haber impresión; cualquier conocimiento de esto sería una. ¡Venga!».

Subimos todos al cuarto de Lucy. Arthur, por indicación, se quedó afuera. Lucy volvió la cabeza y nos miró, pero no dijo nada. No dormía, pero simplemente estaba demasiado débil para hacer el esfuerzo. Sus ojos nos hablaban; eso fue todo. Van Helsing sacó algunas cosas de su maletín y las puso sobre una mesita fuera de la vista. Luego preparó un narcótico y, acercándose a la cama, dijo alegremente:

«Ahora, señorita pequeña, aquí está su medicina. Bébala toda, como buena niña. Mire, la levanto así para que tragar sea fácil. Sí». Ella había hecho el esfuerzo con éxito.

Me asombró cuánto tardó la droga en actuar. Esto, de hecho, marcó el alcance de su debilidad. El tiempo pareció interminable hasta que el sueño empezó a parpadear en sus párpados. Al fin, sin embargo, el narcótico empezó a manifestar su potencia; y cayó en un sueño profundo. Cuando el profesor quedó satisfecho llamó a Arthur al cuarto, y le ordenó quitarse la chaqueta. Luego añadió: «Puede darle ese pequeño beso mientras yo traigo la mesa. Amigo John, ¡ayúdeme!». Así que ninguno de los dos miramos mientras él se inclinaba sobre ella.

Van Helsing, volviéndose a mí, dijo:

«Él es tan joven y fuerte y de sangre tan pura que no necesitamos desfibrinarla».

Luego, con rapidez pero con método absoluto, Van Helsing realizó la operación. A medida que avanzaba la transfusión, algo como vida pareció volver a las mejillas de la pobre Lucy, y a través de la palidez creciente de Arthur la alegría de su rostro parecía brillar por completo. Pasado un rato empecé a inquietarme, pues la pérdida de sangre se hacía notar en Arthur, fuerte como era. Me dio una idea de qué terrible tensión debió de haber sufrido el organismo de Lucy, que lo que debilitó a Arthur solo la restableciera en parte. Pero el rostro del profesor estaba fijo, y vigilaba reloj en mano y los ojos puestos ora en la paciente, ora en Arthur. Podía oír mi propio corazón latir. Al poco dijo en voz queda: «No se mueva un instante. Basta. Atiéndalo usted; yo cuidaré de ella». Cuando todo terminó pude ver cuánto se había debilitado Arthur. Le vendé la herida y lo tomé del brazo para llevarlo fuera,

cuando Van Helsing habló sin volverse —el hombre parece tener ojos en la nuca—:

«El valiente enamorado, creo, merece otro beso, que tendrá enseguida». Y como había terminado ya su operación, arregló la almohada bajo la cabeza de la paciente. Al hacerlo, la estrecha cinta de terciopelo negro que ella parece llevar siempre alrededor de la garganta, abrochada con una vieja hebilla de diamantes que su enamorado le había dado, fue arrastrada un poco hacia arriba y dejó ver una marca roja en su garganta. Arthur no lo notó, pero yo pude oír el hondo siseo de aliento aspirado que es uno de los modos que tiene Van Helsing de delatar emoción. No dijo nada en el momento, sino que se volvió hacia mí, diciendo: «Ahora baje a nuestro valiente joven enamorado, désele del vino de Oporto, y déjele acostarse un rato. Luego debe irse a casa y descansar, dormir mucho y comer mucho, para que se reponga de lo que así ha dado a su amor. No debe quedarse aquí. ¡Espere! un momento. Puedo tomar, señor, que usted está ansioso del resultado. Entonces llévelo consigo que en todos los modos la operación tiene éxito. Usted ha salvado su vida esta vez, y puede irse a casa y descansar tranquilo en la mente de que todo lo que puede ser es. Le diré todo cuando ella esté bien; ella no le amará menos por lo que ha hecho. Adiós».

Cuando Arthur se hubo ido, volví al cuarto. Lucy dormía suavemente, pero su respiración era más fuerte; podía ver moverse la colcha al elevarse su pecho. Junto a la cama estaba sentado Van Helsing, mirándola intensamente. La cinta de terciopelo cubría de nuevo la marca roja.

Pregunté al profesor en un susurro:

«¿Qué opina de esa marca en su garganta?».

«¿Qué opina usted?».

«Aún no la he examinado», respondí, y allí mismo procedí a soltar la cinta. Justo sobre la vena yugular externa había dos punciones, no grandes, pero de aspecto poco sano. No había signo de enfermedad, pero los bordes eran blancos y de aspecto gastado, como por alguna trituración. Se me ocurrió de inmediato que esta herida, o lo que fuera, podía ser el medio de esa manifiesta pérdida de sangre; pero abandoné la idea en cuanto se formó, pues tal cosa no podía ser. Toda la cama habría quedado empapada de escarlata con la sangre que la muchacha debió de perder para quedar tan pálida como estaba antes de la transfusión.

«¿Y bien?», dijo Van Helsing.

«Bien —dije—, no saco nada en claro». El profesor se levantó. «Debo volver a Ámsterdam esta noche —dijo—. Hay libros y cosas allá que quiero. Usted debe quedarse aquí toda la noche, y no debe dejar que su vista se aparte de ella».

«¿Tendré una enfermera?», pregunté.

«Nosotros somos las mejores enfermeras, usted y yo. Usted vigila toda la noche; vea que esté bien alimentada y que nada la perturbe. No debe dormir en toda la noche. Más adelante podremos dormir, usted y yo. Volveré tan pronto como sea posible. Y entonces podremos empezar».

«¿Empezar? —dije—. ¿Qué diablos quiere decir?».

«¡Veremos!», respondió, mientras salía deprisa. Volvió un momento después y asomó la cabeza por la puerta y dijo con el dedo levantado en advertencia:

«¡Recuerde, ella está a su cargo. Si la deja, y le sobreviene daño, no dormirá tranquilo en adelante!».

Diario del doctor Seward (continuación).

8 de septiembre.—Velé toda la noche con Lucy. El opiáceo se disipó hacia el anochecer, y ella despertó naturalmente; parecía un ser distinto de lo que había sido antes de la operación. Incluso su ánimo era bueno, y estaba llena de una feliz vivacidad, pero pude ver las evidencias de la absoluta postración que había sufrido. Cuando dije a la señora Westenra que el doctor Van Helsing había dispuesto que yo velara con ella, casi desestimó la idea, señalando la renovada fuerza de su hija y su excelente ánimo. Yo fui firme, sin embargo, e hice preparativos para mi larga vigilia. Cuando su doncella la hubo preparado para la noche entré, habiendo cenado entre tanto, y tomé asiento junto a la cama. Ella no puso objeción de ninguna clase, sino que me miraba agradecida cuando captaba su mirada. Tras un largo rato pareció hundirse en el sueño, pero con un esfuerzo pareció recomponerse y lo sacudió. Esto se repitió varias veces, con mayor esfuerzo y con pausas más cortas a medida que avanzaba el tiempo. Era evidente que no quería dormir, así que abordé el tema de inmediato:

«¿No quiere dormirse?».

«No; tengo miedo».

«¡Miedo de dormirse! ¿Por qué? Es el don que todos anhelamos».

«Ah, no si fuera usted como yo... ¡si el sueño fuera para usted presagio de horror!».

«¡Presagio de horror! ¿Qué diablos quiere decir?».

«No sé; oh, no sé. Y eso es lo que es tan terrible. Toda esta debilidad me viene en el sueño; hasta que temo el solo pensamiento».

«Pero, mi querida muchacha, esta noche puede dormir. Yo estoy aquí vigilándola, y puedo prometer que nada ocurrirá».

«¡Ah, puedo confiar en usted!». Aproveché la oportunidad y dije: «Le prometo que si veo cualquier señal de malos sueños la despertaré de inmediato».

«¿Lo hará? Oh, ¿lo hará de veras? Qué bueno es conmigo. ¡Entonces dormiré!». Y casi al decirlo dio un hondo suspiro de alivio y se recostó, dormida.

Toda la noche velé junto a ella. No se movió, sino que durmió y durmió en un sueño profundo, tranquilo, vivificante y saludable. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, y su pecho subía y bajaba con la regularidad de un péndulo. Había una sonrisa en su rostro, y era evidente que ningún mal sueño había venido a perturbar la paz de su mente.

Temprano por la mañana llegó su doncella, y la dejé a su cuidado y volví a casa, pues estaba ansioso por muchas cosas. Envié un breve telegrama a Van Helsing y a Arthur, informándoles del excelente resultado de la operación. Mi

propio trabajo, con sus múltiples atrasos, me llevó todo el día despejarlo; era de noche cuando pude preguntar por mi paciente zoófago. El informe era bueno; había estado muy tranquilo durante el último día y la última noche. Llegó un telegrama de Van Helsing desde Ámsterdam mientras yo cenaba, sugiriendo que estuviera en Hillingham esta noche, pues podría convenir estar a mano, y diciendo que partía en el correo nocturno y se reuniría conmigo temprano por la mañana.

9 de septiembre.—Estaba bastante cansado y agotado cuando llegué a Hillingham. Durante dos noches apenas había pegado ojo, y mi cerebro empezaba a sentir ese entumecimiento que marca el agotamiento cerebral. Lucy estaba levantada y de buen ánimo. Cuando me estrechó la mano me miró fijamente a la cara y dijo:

«Esta noche usted no vela. Está agotado. Estoy bien otra vez; de veras lo estoy; y si ha de haber alguien que vele, seré yo quien vele con usted». No quise discutir el punto, sino que fui a cenar. Lucy vino conmigo y, animado por su encantadora presencia, hice una excelente comida y tomé un par de copas del más que excelente oporto. Luego Lucy me llevó arriba y me mostró un cuarto junto al suyo, donde ardía un fuego acogedor. «Ahora —dijo—, usted debe quedarse aquí. Dejaré abierta esta puerta y la mía también. Puede tenderse en el sofá, pues sé que nada induciría a ninguno de ustedes, los médicos, a irse a la cama mientras haya un paciente sobre el horizonte. Si quiero algo llamaré, y puede venir a mí de inmediato». No pude sino ceder, pues estaba «muerto de cansancio» y no

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

habría podido velar aunque lo intentara. Así que, renovando ella su promesa de llamarme si quería algo, me tendí en el sofá y me olvidé de todo.

Diario de Lucy Westenra.

9 de septiembre.—Me siento tan feliz esta noche. He estado tan míseramente débil, que poder pensar y moverme es como sentir el sol tras un largo período de viento del este bajo un cielo de acero. De algún modo Arthur se siente muy, muy cerca de mí. Me parece sentir su presencia cálida a mi alrededor. Supongo que es que la enfermedad y la debilidad son cosas egoístas y vuelven nuestros ojos interiores y nuestra simpatía hacia nosotros mismos, mientras que la salud y la fuerza dan rienda al Amor, y en pensamiento y sentimiento puede vagar donde quiera. Sé dónde están mis pensamientos. ¡Si Arthur lo supiera! Querido, querido, deben de zumbarte los oídos al dormir, como a mí despierta. ¡Oh, el dichoso descanso de anoche! Cómo dormí, con ese querido y bueno doctor Seward vigilándome. Y esta noche no temeré dormir, pues él está cerca y al alcance de la voz. ¡Gracias a todos por ser tan buenos conmigo! ¡Gracias a Dios! Buenas noches, Arthur.

Diario del doctor Seward.

10 de septiembre.—Tuve conciencia de la mano del profesor en mi cabeza, y desperté sobresaltado en un segundo. Esa es una de las cosas que se aprenden en un manicomio, en todo caso.

«¿Y cómo está nuestra paciente?».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Bien, cuando la dejé, o más bien cuando ella me dejó a mí», respondí.

«Venga, veamos», dijo. Y juntos entramos en la habitación.

La cortina estaba bajada, y yo fui a subirla con suavidad, mientras Van Helsing se acercaba con su paso suave de gato hasta la cama.

Al subir la cortina, mientras la luz matinal inundaba la habitación, oí el bajo siseo de inspiración del profesor y, sabiendo lo raro que era, un miedo mortal me traspasó el corazón. Al pasar yo, él retrocedió, y su exclamación de horror, «¡Gott in Himmel!», no necesitaba refuerzo de su rostro agonizante. Alzó la mano y señaló la cama, y su rostro de hierro estaba desencajado y de un blanco ceniciento. Sentí que las rodillas me empezaban a temblar.

Allí en la cama, aparentemente desmayada, yacía la pobre Lucy, más horriblemente blanca y macilenta que nunca. Hasta los labios estaban blancos, y las encías parecían haberse retraído de los dientes, como a veces vemos en un cadáver tras una larga enfermedad. Van Helsing alzó el pie para patear de ira, pero el instinto de su vida y todos los largos años de hábito lo sostuvieron, y lo volvió a posar con suavidad. «¡Rápido! —dijo—. Traiga el coñac». Volé al comedor y volví con la licorera. Mojó con él los pobres labios blancos, y juntos le frotamos palma y muñeca y corazón. Le tomó el pulso del corazón, y tras unos momentos de agonizante suspense dijo:

«No es demasiado tarde. Late, aunque débilmente. Todo nuestro trabajo está deshecho; debemos empezar de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

nuevo. No hay aquí ahora joven Arthur; tengo que recurrir a usted mismo esta vez, amigo John». Mientras hablaba, hurgaba en su maletín y sacaba los instrumentos de transfusión; yo me había quitado la chaqueta y arremangado la camisa. No había posibilidad de opiáceo por el momento, y no hacía falta; así que, sin un momento de demora, empezamos la operación. Tras un rato —que no pareció corto tampoco, pues el drenaje de la propia sangre, por muy de buena gana que se dé, es una sensación terrible— Van Helsing alzó un dedo de advertencia. «No se mueva —dijo—, pero temo que con la fuerza creciente ella pueda despertar; y eso haría peligro, oh, tanto peligro. Pero tomaré precaución. Daré inyección hipodérmica de morfina». Procedió entonces, con rapidez y destreza, a llevar a cabo su propósito. El efecto sobre Lucy no fue malo, pues el desmayo pareció fundirse sutilmente en sueño narcótico. Fue con un sentimiento de orgullo personal que pude ver un leve matiz de color volver furtivamente a las mejillas y labios pálidos. Ningún hombre sabe, hasta que lo experimenta, lo que es sentir su propia sangre vital drenada hacia las venas de la mujer que ama.

El profesor me observaba críticamente. «Con eso basta», dijo. «¿Ya?», protesté. «Usted sacó mucho más a Art». A lo cual sonrió una especie de sonrisa triste mientras respondía:

«Él es su enamorado, su prometido. Usted tiene trabajo, mucho trabajo, que hacer por ella y por otros; y lo presente bastará».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Cuando detuvimos la operación, él atendió a Lucy, mientras yo aplicaba presión digital a mi propia incisión. Me tendí mientras esperaba que tuviera tiempo de atenderme, pues me sentía desfallecido y algo mareado. Poco después me vendó la herida y me envió abajo a tomar una copa de vino. Cuando salía del cuarto, vino tras de mí y medio susurró:

«Cuidado, nada debe decirse de esto. Si nuestro joven enamorado aparece inesperado, como antes, ni palabra a él. Le asustaría de inmediato y le pondría celoso también. No debe haber ninguno. ¡Así!».

Cuando volví me miró con cuidado, y luego dijo:

«No está muy peor. Vaya al cuarto, y échese en su sofá, y descanse un rato; luego desayune mucho y venga aquí a mí».

Seguí sus órdenes, pues sabía cuán acertadas y sabias eran. Yo había cumplido mi parte, y ahora mi siguiente deber era mantener mis fuerzas. Me sentía muy débil, y en la debilidad perdí algo del asombro por lo ocurrido. Me dormí en el sofá, sin embargo, preguntándome una y otra vez cómo Lucy había dado tal paso atrás, y cómo podía haber sido drenada de tanta sangre sin señal alguna que lo mostrara. Creo que debí de continuar mi asombro en sueños, pues, dormido y despierto, mis pensamientos volvían siempre a las pequeñas punciones de su garganta y al aspecto desgarrado y agotado de sus bordes, por diminutos que fueran.

Lucy durmió bien entrado el día, y cuando despertó estaba bastante bien y fuerte, aunque ni de lejos tanto

como el día anterior. Cuando Van Helsing la hubo visto, salió a pasear, dejándome a cargo, con estrictas instrucciones de que no la dejara ni un momento. Podía oír su voz en el vestíbulo, preguntando el camino a la oficina de telégrafos más cercana.

Lucy charló conmigo libremente, y parecía del todo inconsciente de que hubiera ocurrido algo. Traté de mantenerla entretenida e interesada. Cuando su madre subió a verla, no pareció notar cambio alguno, sino que me dijo agradecida:

«Le debemos tanto, doctor Seward, por todo lo que ha hecho, pero ahora de veras debe cuidarse de no trabajar en exceso. Usted mismo se ve pálido. ¡Necesita una esposa que lo cuide y vele un poco por usted; eso necesita!». Mientras hablaba, Lucy se puso carmesí, aunque solo un momento, pues sus pobres venas agotadas no podían soportar mucho tiempo tan insólito aflujo a la cabeza. La reacción vino en una palidez excesiva cuando volvió hacia mí ojos suplicantes. Sonreí y asentí, y me llevé el dedo a los labios; con un suspiro, ella se hundió entre sus almohadas.

Van Helsing volvió en un par de horas, y poco después me dijo: «Ahora vaya a casa, y coma mucho y beba lo bastante. Hágase fuerte. Yo me quedo aquí esta noche, y velaré yo mismo con la señorita pequeña. Usted y yo debemos vigilar el caso, y no debemos dejar que ningún otro sepa. Tengo graves razones. No, no las pregunte; piense lo que quiera. No tema pensar aun lo más no probable. Buenas noches».

En el vestíbulo dos de las criadas se me acercaron y preguntaron si no podrían velar con la señorita Lucy una de ellas o ambas. Me imploraron que se lo permitiera; y cuando dije que era el deseo del doctor Van Helsing que él o yo veláramos, me pidieron con bastante lástima que intercediera ante el «caballero extranjero». Me conmovió mucho su bondad. Quizá sea porque estoy débil en este momento, y quizá porque era por Lucy, que se manifestó su devoción; pues una y otra vez he visto casos similares de bondad de mujer. Llegué aquí a tiempo para una cena tardía; hice mi ronda —todo bien— y anoto esto mientras espero el sueño. Ya viene.

11 de septiembre.—Esta tarde fui a Hillingham. Encontré a Van Helsing de excelente humor, y a Lucy mucho mejor. Poco después de mi llegada, llegó un gran paquete del extranjero para el profesor. Lo abrió con gran solemnidad —fingida, por supuesto— y mostró un gran manojo de flores blancas.

«Estas son para usted, señorita Lucy», dijo.

«¿Para mí? ¡Oh, doctor Van Helsing!».

«Sí, querida, pero no para que juegue con ellas. Estas son medicinas». Aquí Lucy hizo un mohín. «No, pero no son para tomar en decocción ni en forma nauseabunda, así que no necesita desairar esa tan encantadora nariz, o señalaré a mi amigo Arthur qué penas él puede tener que soportar al ver tanta belleza que él tanto ama tanto desfigurada. Aja, mi linda señorita, eso traiga la tan agradable nariz toda derecha otra vez. Esto es medicinal, pero usted no sabe cómo. Yo lo pongo en su ventana, yo

hago linda guirnalda, y lo cuelgo alrededor de su cuello, para que usted duerma bien. ¡Oh sí! ellas, como la flor del loto, hacen que su pena sea olvidada. Huele tan como las aguas del Leteo, y de esa fuente de juventud que los Conquistadores buscaron en las Floridas, y encontraron demasiado tarde».

Mientras hablaba, Lucy había estado examinando las flores y oliéndolas. Ahora las arrojó, diciendo, entre risa y asco:

«Oh, profesor, creo que solo me está gastando una broma. Pero si estas flores son ajo común».

Para mi sorpresa, Van Helsing se levantó y dijo con toda su severidad, la mandíbula de hierro firme y las tupidas cejas unidas:

«¡No juegue conmigo! ¡Yo nunca bromeo! Hay propósito sombrío en todo lo que hago; y le advierto que no me contraríe. Tenga cuidado, por el bien de otros si no por el suyo propio». Luego, viendo asustada a la pobre Lucy, como bien podía estarlo, siguió con más suavidad: «Oh, señorita pequeña, querida, no me tema. Solo hago por su bien; pero hay mucha virtud para usted en esas tan comunes flores. Vea, yo mismo las pongo en su cuarto. Yo mismo hago la guirnalda que usted ha de llevar. ¡Pero chitón! no decir a otros que hacen preguntas tan curiosas. Debemos obedecer, y el silencio es parte de la obediencia; y la obediencia es para traerla fuerte y sana a los brazos amantes que la esperan. Ahora siéntese quieta un rato. Venga conmigo, amigo John, y me ayudará a adornar el cuarto con mi ajo, que viene desde Haarlem, donde mi

amigo Vanderpool cría hierbas en sus invernaderos todo el año. Tuve que telegrafiar ayer, o no habrían estado aquí».

Fuimos al cuarto, llevando las flores. Los actos del profesor eran ciertamente raros y no se encuentran en ninguna farmacopea de que yo haya oído hablar. Primero aseguró las ventanas y las cerró firmemente con pestillo; luego, tomando un puñado de flores, las frotó por todos los marcos, como para asegurar que cada soplo de aire que pudiera entrar estuviera cargado del olor a ajo. Luego, con el manojo, frotó toda la jamba de la puerta, arriba, abajo y a cada lado, y alrededor de la chimenea del mismo modo. Todo me pareció grotesco, y poco después dije:

«Bien, profesor, sé que siempre tiene una razón para lo que hace, pero esto ciertamente me desconcierta. Es bueno que no tengamos aquí un escéptico, o diría que está obrando algún hechizo para mantener fuera a un espíritu maligno».

«¡Quizá lo hago!», respondió con calma mientras empezaba a hacer la guirnalda que Lucy había de llevar al cuello.

Esperamos entonces mientras Lucy hacía su tocado de noche, y cuando estuvo en la cama él vino y él mismo ajustó la guirnalda de ajo alrededor de su cuello. Las últimas palabras que le dijo fueron:

«Cuide de no perturbarla; y aunque el cuarto se sienta cargado, esta noche no abra la ventana ni la puerta».

«Lo prometo —dijo Lucy—, ¡y gracias a ambos mil veces por toda su bondad conmigo! Oh, ¿qué he hecho para ser

bendecida con tales amigos?».

Al salir de la casa en mi coche de alquiler, que esperaba, Van Helsing dijo:

«Esta noche puedo dormir en paz, y dormir quiero: dos noches de viaje, mucha lectura en el día entre medias, y mucha ansiedad en el día que sigue, y una noche de velar, sin pegar ojo. Mañana de mañana temprano usted me llama, y venimos juntos a ver a nuestra linda señorita, mucho más fuerte por mi "hechizo" que yo he trabajado. ¡Jo! ¡jo!».

Parecía tan seguro que yo, recordando mi propia seguridad dos noches antes y con el resultado funesto, sentí pavor y un vago terror. Debió de ser mi debilidad lo que me hizo vacilar en contárselo a mi amigo, pero lo sentí tanto más, como lágrimas sin derramar.

CAPÍTULO XI

Diario de Lucy Westenra

Diario de Lucy Westenra.

12 de septiembre.—Qué buenos son todos conmigo. Quiero mucho a ese querido doctor Van Helsing. Me pregunto por qué estaba tan ansioso por estas flores. Positivamente me asustó, estaba tan fiero. Y sin embargo debía de tener razón, pues ya siento consuelo de ellas. De algún modo, no temo estar sola esta noche, y puedo dormirme sin miedo. No me importará ningún aleteo fuera de la ventana. ¡Oh, la terrible lucha que he tenido contra el sueño tantas veces últimamente; el dolor del insomnio, o el dolor del miedo al sueño, con tales horrores desconocidos como tiene para mí! Qué dichosas son algunas personas, cuyas vidas no tienen miedos ni pavores; para quienes el sueño es una bendición que llega cada noche y no trae más que dulces sueños. Bien, aquí estoy esta noche, esperando el sueño y tendida como Ofelia en la obra, con «guirnaldas virginales y flores de doncella». Nunca me gustó el ajo antes, ¡pero esta noche es delicioso! Hay paz en su olor; siento que el sueño ya viene. Buenas noches a todos.

Diario del doctor Seward.

13 de septiembre.—Pasé por el Berkeley y encontré a Van Helsing, como de costumbre, puntual. El coche

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

encargado al hotel esperaba. El profesor tomó su maletín, que siempre trae ahora consigo.

Quede todo anotado exactamente. Van Helsing y yo llegamos a Hillingham a las ocho. Era una mañana encantadora; el sol brillante y todo el fresco sentimiento del principio del otoño parecían la culminación de la obra anual de la naturaleza. Las hojas se volvían de toda clase de hermosos colores, pero aún no habían empezado a caer de los árboles. Al entrar nos encontramos con la señora Westenra, que salía del salón matinal. Es siempre madrugadora. Nos saludó cordialmente y dijo:

«Les alegrará saber que Lucy está mejor. La querida niña sigue dormida. Me asomé a su cuarto y la vi, pero no entré, para no perturbarla». El profesor sonrió y se vio bastante jubiloso. Se frotó las manos y dijo:

«¡Aja! Pensé que había diagnosticado el caso. Mi tratamiento funciona», a lo cual ella respondió:

«No debe atribuirse todo el mérito, doctor. El estado de Lucy esta mañana se debe en parte a mí».

«¿Cómo quiere decir, señora?», preguntó el profesor.

«Bueno, estaba inquieta por la querida niña durante la noche, y entré en su cuarto. Dormía profundamente, tan profundamente que ni mi entrada la despertó. Pero la habitación estaba terriblemente cargada. Había muchas de esas horribles flores de olor fuerte por todas partes, y ella tenía de hecho un manojo alrededor del cuello. Temí que el olor pesado fuera demasiado para la querida niña en su estado débil, así que las quité todas y abrí un poco la

ventana para que entrara un poco de aire fresco. Estarán contentos con ella, estoy segura».

Se alejó hacia su tocador, donde suele desayunar temprano. Mientras hablaba, yo había observado el rostro del profesor, y lo vi volverse gris ceniza. Había podido conservar su dominio de sí mientras la pobre señora estaba presente, pues conocía su estado y cuán dañina sería una impresión; incluso le sonrió mientras mantenía abierta la puerta para que pasara a su cuarto. Pero en el instante en que ella desapareció me arrastró, súbita y vigorosamente, al comedor y cerró la puerta.

Entonces, por primera vez en mi vida, vi a Van Helsing derrumbarse. Alzó las manos sobre la cabeza en una especie de desesperación muda, y luego golpeó las palmas una contra otra de un modo impotente; por fin se sentó en una silla y, poniéndose las manos ante el rostro, empezó a sollozar, con sollozos fuertes y secos que parecían venir del mismo desgarro de su corazón. Luego alzó otra vez los brazos, como apelando al universo entero. «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —dijo—. ¿Qué hemos hecho, qué ha hecho esta pobre criatura, para que estemos tan acosados? ¿Hay todavía destino entre nosotros, enviado del viejo mundo pagano, para que tales cosas deban ser, y de tal modo? Esta pobre madre, sin saber nada, y todo por lo mejor como ella piensa, hace tal cosa como perder a su hija en cuerpo y alma; y nosotros no debemos decírselo, no debemos ni advertirla, o ella muere, y entonces mueren ambas. ¡Oh, cómo estamos acosados! ¡Cómo están todos los poderes de los demonios contra nosotros!». De repente

se puso de pie de un salto. «Venga —dijo—, venga, debemos ver y actuar. Demonios o no demonios, o todos los demonios a la vez, no importa; lo combatimos igual». Fue a la puerta del vestíbulo por su maletín; y juntos subimos al cuarto de Lucy.

Una vez más subí la cortina, mientras Van Helsing se dirigía a la cama. Esta vez no se sobresaltó al mirar el pobre rostro con la misma espantosa palidez cérea de antes. Tenía una expresión de severa tristeza e infinita piedad.

«Como esperaba», murmuró, con esa inspiración siseante suya que tanto significaba. Sin una palabra fue y cerró la puerta con llave, y luego empezó a disponer sobre la mesita los instrumentos para otra operación de transfusión de sangre. Yo había reconocido hacía rato la necesidad y había empezado a quitarme la chaqueta, pero él me detuvo con una mano de advertencia. «¡No! —dijo—. Hoy debo operar yo. Yo proveeré. Usted está ya debilitado». Mientras hablaba se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa.

De nuevo la operación; de nuevo el narcótico; de nuevo algo de color vuelve a las mejillas cenicientas, y la respiración regular del sueño sano. Esta vez yo vigilé mientras Van Helsing se reponía y descansaba.

Poco después aprovechó una ocasión para decir a la señora Westenra que no debía retirar nada del cuarto de Lucy sin consultarlo; que las flores tenían valor medicinal, y que respirar su olor era parte del sistema de curación. Luego tomó él mismo a su cargo el cuidado del caso,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

diciendo que velaría esta noche y la siguiente y me mandaría aviso de cuándo venir.

Pasada otra hora, Lucy despertó de su sueño, fresca y radiante y aparentemente no mucho peor de su terrible prueba.

¿Qué significa todo esto? Empiezo a preguntarme si mi larga costumbre de vivir entre los insanos está empezando a hacer mella en mi propio cerebro.

Diario de Lucy Westenra.

17 de septiembre.—Cuatro días y noches de paz. Me estoy poniendo tan fuerte otra vez que apenas me reconozco. Es como si hubiera pasado por una larga pesadilla, y acabara de despertar para ver el hermoso sol y sentir el aire fresco de la mañana a mi alrededor. Tengo un vago medio recuerdo de largos tiempos de espera y de temor, ansiosos; oscuridad en la que no había siquiera el dolor de la esperanza para hacer más punzante la angustia presente: y luego largos períodos de olvido, y el resurgir a la vida como un buzo que sube a través de una gran presión de agua. Desde que el doctor Van Helsing está conmigo, sin embargo, todo este mal soñar parece haberse disipado; los ruidos que solían asustarme hasta hacerme perder el juicio —el aleteo contra las ventanas, las voces lejanas que me parecían tan cercanas, los sonidos ásperos que venían de no sé dónde y me mandaban hacer no sé qué— han cesado todos. Me acuesto ahora sin miedo al sueño. Ni siquiera trato de mantenerme despierta. Me he vuelto bastante aficionada al ajo, y una caja llena me llega cada día de Haarlem. Esta noche el doctor Van Helsing se

va, pues debe estar un día en Ámsterdam. Pero no necesito que me vigilen; estoy lo bastante bien para que me dejen sola. ¡Gracias a Dios, por mamá y por el querido Arthur y por todos nuestros amigos que han sido tan buenos! Ni siquiera sentiré el cambio, pues anoche el doctor Van Helsing durmió en su silla gran parte del tiempo. Lo encontré dormido dos veces cuando desperté; pero no temí volver a dormirme, aunque las ramas o los murciélagos o algo azotaba casi con rabia los cristales.

«The Pall Mall Gazette», 18 de septiembre.

EL LOBO FUGADO.

PELIGROSA AVENTURA DE NUESTRO ENTREVISTADOR.

Entrevista con el guarda de los Jardines Zoológicos.

Tras muchas indagaciones y casi otras tantas negativas, y usando perpetuamente las palabras «Pall Mall Gazette» como una especie de talismán, logré dar con el guarda de la sección de los Jardines Zoológicos en que se incluye el departamento de lobos. Thomas Bilder vive en una de las casitas del recinto detrás de la casa de los elefantes, y se disponía a sentarse a tomar el té cuando lo encontré. Thomas y su esposa son gente hospitalaria, de edad, sin hijos, y si la muestra que gocé de su hospitalidad es de la clase corriente, sus vidas deben de ser bastante cómodas. El guarda no quiso entrar en lo que llamaba «negocios» hasta que terminó la cena y todos quedamos satisfechos. Luego, cuando se despejó la mesa y encendió su pipa, dijo:

«Ahora, señor, ya puede usté seguir y preguntarme lo que quiera. Me dispensará que me niegue a hablar de asuntos profesionales antes de las comidas. Yo les doy a

los lobos y a los chacales y a las hienas de toda nuestra sección su té antes de ponerme a hacerles preguntas».

«¿Cómo que hacerles preguntas?», inquirí, deseoso de ponerlo de humor locuaz.

«Darles en la cabeza con una pértiga es una manera; rascarles las orejas es otra, cuando los caballeros que andan sobrados quieren un poco de lucimiento ante sus chicas. No me importa tanto la primera, lo de darles con la pértiga antes de echarles la comida; pero espero a que hayan tomado su jerez y su café, por decirlo así, antes de probar con lo de rascar orejas. Fíjese —añadió filosóficamente—, hay mucho de la misma naturaleza en nosotros que en esos animales de ahí. Aquí viene usté y me pregunta cosas de mi oficio, y yo tan gruñón que, de no ser por su maldita media libra, lo habría visto reventar antes de responderle. Ni siquiera cuando me preguntó con sarcasmo si quería que usté le preguntara al Superintendente si podía preguntarme cosas. ¿Sin ofender le dije que se fuera al infierno?».

«Así fue».

«Y cuando dijo que me denunciaría por usar lenguaje obsceno, eso fue darme en la cabeza; pero la media libra lo arregló todo. Yo no iba a pelear, así que esperé la comida, e hice con mi aullido lo que hacen los lobos, y los leones, y los tigres. Pero, ¡por Dios!, ahora que la vieja me ha metido un pedazo de su torta de té y me ha enjuagado con su maldita tetera vieja, y me he encendido, puede rascarme las orejas todo lo que quiera y no sacará ni un gruñido de mí. Siga con sus preguntas. Sé a qué viene

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

usté: a ese lobo escapado».

«Exacto. Quiero que me dé su parecer. Cuénteme cómo ocurrió; y cuando sepa los hechos le pediré que diga qué considera la causa y cómo cree que acabará todo el asunto».

«Está bien, jefe. Esta es más o menos toda la historia. Ese lobo que llamábamos Bersicker era uno de tres grises que vinieron de Noruega a casa de Jamrach, y que le compramos hace cuatro años. Era un lobo bonito y bien educado, que nunca dio problemas dignos de mención. Me sorprende más de él que quisiera salir que de ningún otro animal del lugar. Pero, bueno, no se puede confiar en los lobos más que en las mujeres».

«¡No le haga caso, señor!», interrumpió la señora Tom, con una risa alegre. «¡De tanto cuidar animales se ha vuelto tan parecido a un lobo viejo que que me aspen si no! Pero no tiene maldad».

«Pues bien, señor, fue como dos horas después de la comida de ayer cuando oí por primera vez mi alboroto. Estaba preparando una cama en la casa de los monos para un puma joven que está enfermo; pero cuando oí los aullidos y gañidos vine directo. Allí estaba Bersicker arremetiendo como loco contra los barrotes como si quisiera salir. No había mucha gente ese día, y a mano solo había un hombre, un tipo alto y delgado, con nariz ganchuda y barba puntiaguda, con unos pocos pelos blancos entreverados. Tenía una mirada dura y fría y ojos rojos, y le tomé una especie de antipatía, porque parecía que era a él a quien estaban irritados. Llevaba guantes

blancos de cabritilla en las manos, y me señaló los animales y dijo: “Guarda, estos lobos parecen alterados por algo”.

«“Quizá sea usté”, digo yo, porque no me gustaban los aires que se daba. No se enfadó, como yo esperaba, sino que sonrió una especie de sonrisa insolente, con la boca llena de dientes blancos y afilados. “Oh no, no les gustaría yo”, dice.

«“Ya lo creo que sí”, digo yo, imitándolo. “Siempre les gusta un hueso o dos para limpiarse los dientes a la hora del té, que usté lleva un saco lleno”.

«Pues fue cosa rara, pero cuando los animales nos vieron hablando se echaron, y cuando fui a Bersicker me dejó acariciarle las orejas igual que siempre. Ese hombre vino, ¡y que me aspen si no metió la mano y acarició también las orejas del viejo lobo!

«“Cuidado”, digo yo. “Bersicker es rápido”.

«“No importa”, dice. “Estoy acostumbrado a ellos”.

«“¿Está usté en el negocio?”, digo yo, quitándome el sombrero, porque un hombre que trafica con lobos y demás es buen amigo de los guardas.

«“No —dice—, no exactamente en el negocio, pero he hecho mascotas de varios”. Y con eso se alza el sombrero tan cortés como un lord, y se va. El viejo Bersicker siguió mirando tras él hasta que se perdió de vista, y luego fue y se echó en un rincón y no quiso salir en toda la tarde. Bueno, anoche, en cuanto salió la luna, los lobos de aquí empezaron todos a aullar. No había nada por lo que aullar.

No había nadie cerca, salvo alguien que evidentemente llamaba a un perro por algún lado detrás de los jardines de la calle del Parque. Una o dos veces salí a ver que todo estuviera bien, y lo estaba, y entonces el aullido paró. Poco antes de las doce eché un vistazo antes de acostarme y, reviéntame, cuando llegué frente a la jaula del viejo Bersicker vi los barrotes rotos y retorcidos y la jaula vacía. Y eso es todo lo que sé con certeza».

«¿Vio algo alguien más?».

«Uno de nuestros jardineros volvía a casa por esa hora de una velada de música, cuando ve un perro grande y gris salir por los setos del jardín. Al menos eso dice él, pero yo no doy mucho por ello, porque si lo vio no dijo palabra a su señora cuando llegó a casa, y solo después de que se supo la fuga del lobo, y de que pasáramos toda la noche buscando a Bersicker por el Parque, recordó haber visto algo. Mi creencia es que la música se le había subido a la cabeza».

«Ahora, señor Bilder, ¿puede explicar de algún modo la fuga del lobo?».

«Pues, señor —dijo, con una especie de modestia sospechosa—, creo que sí; pero no sé si se contentaría usté con la teoría».

«Ciertamente. Si un hombre como usted, que conoce a los animales por experiencia, no puede aventurar una buena conjetura, ¿quién va siquiera a intentarlo?».

«Pues entonces, señor, lo explico así: me parece que ese lobo se escapó simplemente porque quería salir».

Por el modo cordial en que Thomas y su esposa rieron la broma pude ver que ya había prestado servicio antes y que toda la explicación era simplemente una elaborada tomadura de pelo. No podía competir en chanzas con el digno Thomas, pero pensé que conocía un camino más seguro a su corazón, así que dije:

«Ahora, señor Bilder, daremos por ganada esa primera media libra, y su hermana espera ser reclamada cuando me haya dicho qué cree que pasará».

«Conforme, señor —dijo con viveza—. Me disculpará, ya lo sé, por tomarle el pelo, pero la vieja aquí me guiñó, que era como decirme que siguiera».

«¡Vaya, nunca lo hubiera creído!», dijo la anciana.

«Mi opinión es esta: que ese lobo se está escondiendo por algún lado. El jardinero que no recordaba decía que galopaba hacia el norte más rápido de lo que puede ir un caballo; pero no le creo, porque, vea usté, señor, los lobos no galopan más que los perros, que no están hechos así. Los lobos son cosas muy bonitas en un cuento, y me imagino que cuando andan en manadas y van acosando algo que tiene más miedo que ellos pueden armar un ruido de mil demonios y hacerlo pedazos, sea lo que sea. Pero, bendito sea Dios, en la vida real un lobo es solo una criatura baja, ni la mitad de lista o atrevida que un buen perro; y ni la cuarta parte de pelea en él. Este no está acostumbrado a pelear ni siquiera a proveerse por sí mismo, y es más probable que ande por el Parque escondido y tiritando, y, si piensa en algo, preguntándose de dónde sacará el desayuno; o quizá se haya metido por

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

algún patio de luces y esté en una carbonera. ¡Caramba, qué susto se llevará alguna cocinera cuando vea sus ojos verdes brillándole desde la oscuridad! Si no encuentra comida tiene que buscarla, y quizá dé a tiempo con una carnicería. Si no, y alguna niñera se va paseando con un soldado, dejando al crío en el cochecito... pues no me sorprendería que el censo tenga un bebé menos. Eso es todo».

Le estaba tendiendo la media libra cuando algo vino a golpear contra la ventana, y el rostro del señor Bilder duplicó su longitud natural de sorpresa.

«¡Dios me bendiga! —dijo—. ¡Si no es el viejo Bersicker que ha vuelto solo!».

Fue a la puerta y la abrió; un procedimiento por demás innecesario, me pareció. Siempre he pensado que un animal salvaje nunca se ve tan bien como cuando hay entre nosotros algún obstáculo de marcada solidez; una experiencia personal ha intensificado más que disminuido esa idea.

Después de todo, sin embargo, nada como la costumbre, pues ni Bilder ni su mujer pensaban más en el lobo de lo que yo pensaría en un perro. El animal mismo era tan pacífico y bien educado como ese padre de todos los lobos de las ilustraciones: el antiguo amigo de Caperucita Roja, mientras ganaba su confianza disfrazado.

Toda la escena era una mezcla indecible de comedia y patetismo. El lobo malvado que durante medio día había paralizado Londres y hecho temblar de miedo en sus zapatos a todos los niños de la ciudad estaba allí en una

especie de ánimo penitente, y era recibido y mimado como una suerte de hijo pródigo vulpino. El viejo Bilder lo examinó entero con la más tierna solicitud, y cuando terminó con su penitente dijo:

«Ahí está, sabía que el pobre viejo se metería en algún lío; ¿no lo dije desde el principio? Aquí tiene la cabeza toda cortada y llena de vidrios rotos. Ha estado pasando por encima de alguna maldita tapia. Es una vergüenza que se permita a la gente rematar sus tapias con botellas rotas. Esto es lo que sale de ello. Venga, Bersicker».

Tomó al lobo y lo encerró en una jaula, con un trozo de carne que satisfacía, en cantidad al menos, las condiciones elementales del becerro cebado, y se fue a dar parte.

Yo me marché también, a dar parte de la única información exclusiva que se da hoy sobre la extraña escapada en el Zoo.

Diario del doctor Seward.

17 de septiembre.—Después de la cena estaba ocupado en mi despacho poniendo al día mis libros, que, por la presión de otro trabajo y las muchas visitas a Lucy, se habían atrasado lamentablemente. De pronto la puerta se abrió de golpe, y entró precipitado mi paciente, con el rostro desfigurado por la pasión. Me quedé atónito, pues que un paciente entre por propia cuenta en el despacho del Superintendente es casi desconocido. Sin una pausa vino derecho hacia mí. Tenía en la mano un cuchillo de mesa, y, como vi que era peligroso, traté de mantener la mesa entre nosotros. Era demasiado rápido y demasiado fuerte para mí, sin embargo; pues antes de que pudiera

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

recobrar el equilibrio me había asestado un golpe y me había cortado la muñeca izquierda bastante gravemente. Antes de que pudiera golpear de nuevo, sin embargo, le asesté la derecha y quedó despatarrado de espaldas en el suelo. Mi muñeca sangraba profusamente, y un buen charquito goteó sobre la alfombra. Vi que mi amigo no tenía intención de más esfuerzos y me ocupé de vendarme la muñeca, manteniendo un ojo cauteloso sobre la figura postrada todo el tiempo. Cuando entraron corriendo los celadores, y volvimos la atención a él, su ocupación me dio verdadera náusea. Estaba tendido boca abajo en el suelo lamiendo, como un perro, la sangre que había caído de mi muñeca herida. Fue fácilmente reducido y, para mi sorpresa, fue con los celadores con bastante placidez, repitiendo solamente una y otra vez: «¡La sangre es la vida! ¡La sangre es la vida!».

No puedo permitirme perder sangre justo ahora; he perdido demasiada últimamente para mi bien físico, y además la tensión prolongada de la enfermedad de Lucy y sus horribles fases me pasa factura. Estoy sobreexcitado y cansado, y necesito descanso, descanso, descanso. Por fortuna Van Helsing no me ha llamado, así que no tengo que renunciar a mi sueño; esta noche no podría pasar bien sin él.

Telegrama de Van Helsing, Amberes, a Seward, Carfax.

(Enviado a Carfax, Sussex, por no constar condado; entregado con veintidós horas de retraso.)

17 de septiembre.—No falte a estar en Hillingham esta noche. Si no vigila todo el tiempo, visite con frecuencia y

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

vea que las flores estén como colocadas; muy importante; no falle. Estaré con usted tan pronto como sea posible tras llegar.

Diario del doctor Seward.

18 de septiembre.—Voy de salida hacia el tren a Londres. La llegada del telegrama de Van Helsing me llenó de consternación. Una noche entera perdida, y sé por amarga experiencia qué puede pasar en una noche. Por supuesto es posible que todo esté bien, pero ¿qué puede haber ocurrido? Seguramente hay alguna horrible condena suspendida sobre nosotros, pues todo accidente posible nos frustra en todo lo que intentamos hacer. Llevaré conmigo este cilindro, y así podré completar mi entrada en el fonógrafo de Lucy.

Memorándum dejado por Lucy Westenra.

17 de septiembre. Noche.—Escribo esto y lo dejo para que se vea, de modo que nadie por casualidad se meta en problemas por mi causa. Es un registro exacto de lo ocurrido esta noche. Siento que muero de debilidad, y apenas tengo fuerzas para escribir, pero debe hacerse aunque muera en el intento.

Me acosté como de costumbre, cuidando de que las flores estuvieran colocadas como indicó el doctor Van Helsing, y pronto me dormí.

Me despertó el aleteo en la ventana, que empezó después de aquel sonambulismo en el acantilado de Whitby cuando Mina me salvó, y que ahora conozco tan bien. No tenía miedo, pero sí deseé que el doctor Seward

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

estuviera en el cuarto de al lado —como dijo el doctor Van Helsing que estaría— para poder llamarlo. Traté de dormirme, pero no pude. Entonces me vino el viejo miedo al sueño, y decidí mantenerme despierta. Perversamente el sueño intentaba venir justo cuando no lo quería; así que, como temía estar sola, abrí mi puerta y llamé: «¿Hay alguien ahí?». No hubo respuesta. Tuve miedo de despertar a mamá, y así cerré de nuevo mi puerta. Luego, fuera, en el arbustal, oí una especie de aullido como de perro, pero más fiero y hondo. Fui a la ventana y miré afuera, pero no pude ver nada, salvo un gran murciélago, que evidentemente había estado batiendo sus alas contra la ventana. Así que volví a la cama, pero decidida a no dormirme. Poco después la puerta se abrió y mamá se asomó; viendo por mi movimiento que no dormía, entró y se sentó junto a mí. Me dijo, aún más dulce y suavemente de lo habitual:

«Estaba inquieta por ti, querida, y vine a ver si estabas bien».

Temí que cogiera frío sentada allí, y le pedí que viniera a acostarse conmigo, así que se metió en la cama y se tendió a mi lado; no se quitó la bata, pues dijo que solo se quedaría un rato y luego volvería a su propia cama. Mientras yacía allí en mis brazos, y yo en los suyos, el aleteo y los golpes volvieron a la ventana. Ella se sobresaltó y se asustó un poco, y gritó: «¿Qué es eso?». Traté de calmarla, y al fin lo logré, y quedó quieta; pero podía oír su pobre querido corazón latir aún terriblemente. Al cabo de un rato volvió el aullido bajo allá en el arbustal,

y poco después hubo un estrépito en la ventana, y una gran cantidad de vidrios rotos fue arrojada al suelo. La cortina se agitó con el viento que entró de golpe, y en la abertura de los cristales rotos estaba la cabeza de un gran lobo gris y flaco. Mamá gritó de espanto, y se esforzó por incorporarse, y se agarró frenéticamente a cualquier cosa que pudiera ayudarla. Entre otras cosas, se agarró a la guirnalda de flores que el doctor Van Helsing insistió en que me pusiera al cuello, y me la arrancó. Por un segundo o dos se quedó sentada, señalando al lobo, y hubo un extraño y horrible gorgoteo en su garganta; luego se desplomó —como herida por un rayo, y su cabeza golpeó mi frente y me dejó mareada un momento o dos. La habitación y todo alrededor parecían girar. Mantuve los ojos fijos en la ventana, pero el lobo retiró la cabeza, y toda una miríada de motitas pareció entrar soplada por la ventana rota, remolineando y girando como la columna de polvo que describen los viajeros cuando hay un simún en el desierto. Traté de moverme, pero había algún hechizo sobre mí, y el pobre cuerpo de mi querida madre, que parecía enfriarse ya —pues su querido corazón había dejado de latir— me aplastaba; y no recordé más por un rato.

El tiempo no pareció largo, pero sí muy, muy terrible, hasta que recobré la conciencia. En algún lugar cercano doblaba una campana de difuntos; los perros de todo el vecindario aullaban; y en nuestro arbustal, al parecer justo afuera, cantaba un ruiseñor. Estaba aturdida y estúpida de dolor, terror y debilidad, pero el canto del ruiseñor me pareció la voz de mi madre muerta que volvía a

consolarme. Los sonidos parecían haber despertado también a las criadas, pues pude oír sus pies descalzos corretear fuera de mi puerta. Las llamé, y entraron, y cuando vieron lo ocurrido, y qué era lo que yacía sobre mí en la cama, gritaron. El viento entró de golpe por la ventana rota, y la puerta se cerró de un portazo. Levantaron el cuerpo de mi querida madre y lo tendieron, cubierto con una sábana, en la cama después de que yo me levanté. Estaban todas tan asustadas y nerviosas que les ordené ir al comedor y tomar cada una una copa de vino. La puerta se abrió de golpe un instante y volvió a cerrarse. Las criadas chillaron, y luego fueron en grupo al comedor; y puse las flores que tenía sobre el pecho de mi querida madre. Cuando estuvieron allí recordé lo que me había dicho el doctor Van Helsing, pero no quise quitarlas, y además ahora tendría a algunas de las criadas velando conmigo. Me sorprendió que las criadas no volvieran. Las llamé, pero no obtuve respuesta, así que fui al comedor a buscarlas.

Se me encogió el corazón al ver lo ocurrido. Las cuatro yacían inermes en el suelo, respirando pesadamente. La licorera de jerez estaba sobre la mesa medio llena, pero había un olor raro y acre. Sospeché, y examiné la licorera. Olía a láudano, y mirando en el aparador vi que la botella que el médico de mamá usa para ella —¡oh! usaba— estaba vacía. ¿Qué voy a hacer? ¿qué voy a hacer? He vuelto al cuarto con mamá. No puedo dejarla, y estoy sola, salvo por las criadas dormidas, a quienes alguien ha drogado. ¡Sola con la muerta! No me atrevo a salir, pues oigo el bajo aullido del lobo a través de la ventana rota.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

El aire parece lleno de motas, que flotan y giran en la corriente de la ventana, y las luces arden azules y tenues. ¿Qué voy a hacer? ¡Que Dios me guarde de todo mal esta noche! Esconderé este papel en mi pecho, donde lo encontrarán cuando vengan a amortajarme. ¡Mi querida madre se fue! Es hora de que me vaya yo también. Adiós, querido Arthur, si no sobrevivo a esta noche. ¡Que Dios te guarde, querido, y que Dios me ayude!

CAPÍTULO XII

Diario del doctor Seward

18 de septiembre.—Fui de inmediato en coche a Hillingham y llegué temprano. Dejando mi coche en la verja, subí solo por la avenida. Llamé suavemente y toqué el timbre lo más silenciosamente posible, pues temía perturbar a Lucy o a su madre, y esperaba hacer venir a la puerta solo a una criada. Al cabo de un rato, al no obtener respuesta, llamé y toqué otra vez; todavía sin respuesta. Maldije la pereza de las criadas por quedarse en cama a tal hora —pues eran ya las diez— y así volví a tocar y llamar, pero con más impaciencia, y aun así sin respuesta. Hasta entonces había culpado solo a las criadas, pero ahora un terrible temor empezó a asaltarme. ¿Era esta desolación otro eslabón en la cadena de la fatalidad que parecía apretarse a nuestro alrededor? ¿Era de veras una casa de muerte a la que había llegado, demasiado tarde? Sabía que minutos, incluso segundos de demora, podían significar horas de peligro para Lucy, si había tenido otra de aquellas espantosas recaídas; y rodeé la casa para probar si hallaba por casualidad una entrada en alguna parte.

No pude hallar medio de entrar. Todas las ventanas y puertas estaban aseguradas y cerradas con llave, y volví desconcertado al porche. Mientras lo hacía, oí el rápido tamborileo de los cascos de un caballo a todo galope. Se

detuvieron en la verja, y unos segundos después me encontré con Van Helsing que corría por la avenida. Al verme, exclamó jadeando:

«Entonces era usted, y acaba de llegar. ¿Cómo está ella? ¿Llegamos demasiado tarde? ¿No recibió mi telegrama?».

Respondí tan rápido y coherentemente como pude que solo había recibido su telegrama temprano por la mañana, y no había perdido un minuto en venir aquí, y que no podía hacerme oír por nadie de la casa. Se detuvo y alzó el sombrero mientras decía solemnemente:

«Entonces temo que llegamos demasiado tarde. ¡Hágase la voluntad de Dios!». Con su habitual energía recuperadora, siguió: «Venga. Si no hay modo abierto de entrar, debemos hacer uno. El tiempo lo es todo para nosotros ahora».

Fuimos a la parte de atrás de la casa, donde había una ventana de cocina. El profesor sacó de su estuche una pequeña sierra quirúrgica y, dándomela, señaló los barrotes de hierro que guardaban la ventana. Los ataqué de inmediato y muy pronto había cortado tres. Luego, con un cuchillo largo y delgado, empujamos hacia atrás el cierre de las hojas y abrimos la ventana. Ayudé al profesor a entrar y lo seguí. No había nadie en la cocina ni en los cuartos de la servidumbre, que estaban a mano. Probamos todas las habitaciones al pasar, y en el comedor, débilmente iluminado por rayos de luz entre las contraventanas, hallamos a cuatro criadas tendidas en el suelo. No hacía falta pensar que estaban muertas, pues su respiración estertorosa y el olor acre a láudano en la

habitación no dejaban duda de su condición. Van Helsing y yo nos miramos, y al alejarnos dijo: «Podemos atenderlas después». Luego subimos al cuarto de Lucy. Por un instante o dos nos detuvimos en la puerta a escuchar, pero no había sonido que pudiéramos oír. Con rostros blancos y manos temblorosas, abrimos la puerta con suavidad y entramos en el cuarto.

¿Cómo describir lo que vimos? En la cama yacían dos mujeres, Lucy y su madre. Esta yacía más adentro, y estaba cubierta con una sábana blanca, cuyo borde había sido levantado por la corriente de la ventana rota, mostrando el rostro blanco y demacrado con una mirada de terror fija en él. A su lado yacía Lucy, con el rostro blanco y aún más demacrado. Las flores que habían estado alrededor de su cuello las hallamos sobre el pecho de su madre, y su garganta estaba desnuda, mostrando las dos pequeñas heridas que habíamos notado antes, pero que se veían horriblemente blancas y desgarradas. Sin una palabra el profesor se inclinó sobre la cama, con la cabeza casi tocando el pecho de la pobre Lucy; luego dio un rápido giro con la cabeza, como quien escucha, y, poniéndose de un salto en pie, me gritó:

«¡Aún no es demasiado tarde! ¡Rápido! ¡rápido! ¡Traiga el coñac!».

Volé escaleras abajo y volví con él, cuidando de olerlo y probarlo, no fuera a estar él también drogado como la licorera de jerez que hallé en la mesa. Las criadas seguían respirando, pero más inquietas, y me pareció que el narcótico iba cediendo. No me detuve a comprobarlo, sino

que volví junto a Van Helsing. Frotó el coñac, como en otra ocasión, en los labios y las encías y en las muñecas y las palmas de las manos. Me dijo:

«Puedo hacer esto, todo lo que puede ser en el presente. Usted vaya a despertar a esas criadas. Golpéelas en la cara con una toalla mojada, y golpee fuerte. Haga que consigan calor y fuego y un baño caliente. Esta pobre alma está casi tan fría como la que está a su lado. Necesitará ser calentada antes de que podamos hacer algo más».

Fui de inmediato y hallé poca dificultad para despertar a tres de las mujeres. La cuarta era solo una muchacha joven, y la droga la había afectado evidentemente con más fuerza, así que la levanté al sofá y la dejé dormir. Las otras estaban aturdidas al principio, pero a medida que les volvía el recuerdo lloraron y sollozaron de manera histérica. Fui severo con ellas, sin embargo, y no las dejé hablar. Les dije que una vida ya era bastante mala de perder, y que si se demoraban sacrificarían a la señorita Lucy. Así que, sollozando y llorando, siguieron su camino, medio vestidas como estaban, y prepararon fuego y agua. Por fortuna, los fuegos de la cocina y de la caldera seguían vivos, y no faltaba agua caliente. Preparamos un baño y sacamos a Lucy tal como estaba y la pusimos en él. Mientras estábamos ocupados frotándole los miembros, llamaron a la puerta del vestíbulo. Una de las criadas corrió, se puso apresuradamente algo más de ropa y abrió. Luego volvió y nos susurró que había un caballero que venía con un recado del señor Holmwood. Le dije que simplemente le dijera que debía esperar, pues no

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

podíamos ver a nadie ahora. Se fue con el recado y, absorto en nuestra labor, me olvidé por completo de él.

Nunca vi en toda mi experiencia al profesor trabajar con tan mortal seriedad. Sabía —como él sabía— que era una lucha cuerpo a cuerpo con la muerte, y en una pausa se lo dije. Me respondió de un modo que no entendí, pero con la mirada más severa que su rostro podía mostrar:

«Si eso fuera todo, me detendría aquí donde estamos ahora, y la dejaría apagarse en paz, pues no veo luz en la vida sobre su horizonte». Siguió con su trabajo con, si era posible, renovado y más frenético vigor.

Al poco ambos empezamos a ser conscientes de que el calor empezaba a surtir algún efecto. El corazón de Lucy latía un poco más audiblemente al estetoscopio, y sus pulmones tenían un movimiento perceptible. El rostro de Van Helsing casi resplandeció, y mientras la sacábamos del baño y la envolvíamos en una sábana caliente para secarla me dijo:

«¡La primera ganancia es nuestra! ¡Jaque al Rey!».

Llevamos a Lucy a otra habitación, que para entonces había sido preparada, y la acostamos en la cama y le forzamos unas gotas de coñac por la garganta. Noté que Van Helsing le ató un suave pañuelo de seda alrededor del cuello. Seguía inconsciente, y estaba tan mal como, si no peor que, la habíamos visto nunca.

Van Helsing llamó a una de las mujeres y le dijo que se quedara con ella y no le quitara los ojos de encima hasta que volviéramos, y luego me hizo seña de salir.

«Debemos consultar qué hay que hacer», dijo mientras bajábamos las escaleras. En el vestíbulo abrió la puerta del comedor, y pasamos, cerrando él con cuidado la puerta tras de sí. Las contraventanas habían sido abiertas, pero las cortinas ya estaban bajadas, con esa obediencia a la etiqueta de la muerte que la mujer británica de las clases bajas siempre observa rígidamente. La habitación estaba, por tanto, en penumbra. Había, sin embargo, luz suficiente para nuestros fines. La severidad de Van Helsing estaba algo aliviada por un aire de perplejidad. Evidentemente atormentaba su mente por algo, así que esperé un instante, y habló:

«¿Qué hacemos ahora? ¿A dónde volvernos por ayuda? Debemos tener otra transfusión de sangre, y pronto, o la vida de esa pobre muchacha no valdrá ni una hora de compra. Usted está agotado ya; yo estoy agotado también. Temo fiarme de esas mujeres, aun si tuvieran valor para someterse. ¿Qué hacemos para hallar a alguien que abra sus venas por ella?».

«¿Qué le pasa a este servidor, de todos modos?».

La voz venía del sofá al otro lado de la habitación, y sus tonos trajeron alivio y alegría a mi corazón, pues eran los de Quincey Morris. Van Helsing se sobresaltó con enojo al primer sonido, pero su rostro se suavizó y una mirada alegre vino a sus ojos cuando exclamé: «¡Quincey Morris!», y corrí hacia él con las manos tendidas.

«¿Qué te trajo aquí?», grité cuando nuestras manos se encontraron.

«Supongo que la causa es Art».

Me tendió un telegrama:

«No sé de Seward hace tres días, y estoy terriblemente ansioso. No puedo irme. Padre sigue en igual condición. Mándame aviso de cómo está Lucy. No demores.—Holmwood».

«Creo que llegué justo a tiempo. Ya sabes que solo tienes que decirme qué hacer».

Van Helsing avanzó a zancadas y le tomó la mano, mirándolo directo a los ojos mientras decía:

«La sangre de un hombre valiente es lo mejor que hay en esta tierra cuando una mujer está en apuros. Usted es un hombre y sin error. Bien, el diablo puede obrar contra nosotros con todas sus fuerzas, pero Dios nos envía hombres cuando los queremos».

Una vez más pasamos por aquella espantosa operación. No tengo ánimo para entrar en los detalles. Lucy había recibido una terrible conmoción y se hizo notar en ella más que antes, pues aunque mucha sangre fue a sus venas, su cuerpo no respondió al tratamiento tan bien como en las otras ocasiones. Su lucha por volver a la vida fue algo espantoso de ver y de oír. Sin embargo, la acción de corazón y pulmones mejoró, y Van Helsing hizo una inyección subcutánea de morfina, como antes, y con buen efecto. Su desmayo se convirtió en un profundo sopor. El profesor vigiló mientras yo bajaba con Quincey Morris, y mandé a una de las criadas a pagar a uno de los cocheros que esperaban. Dejé a Quincey tendido después de tomar una copa de vino, y dije a la cocinera que preparara un buen desayuno. Luego una idea me asaltó, y volví a la

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

habitación donde estaba ahora Lucy. Cuando entré con suavidad, hallé a Van Helsing con una o dos hojas de papel de cartas en la mano. Evidentemente las había leído, y las meditaba sentado con la mano en la frente. Había una mirada de torva satisfacción en su rostro, como de quien ha resuelto una duda. Me tendió el papel diciendo solo: «Cayó del pecho de Lucy cuando la llevamos al baño».

Cuando lo leí, me quedé mirando al profesor, y tras una pausa le pregunté: «En nombre de Dios, ¿qué significa todo esto? ¿Estaba, o está, loca; o qué clase de horrible peligro es?». Estaba tan desconcertado que no sabía qué más decir. Van Helsing extendió la mano y tomó el papel, diciendo:

«No se inquiete por ello ahora. Olvídelo por el presente. Sabrá y comprenderá todo a su debido tiempo; pero será más tarde. Y ahora, ¿qué es lo que vino a decirme?». Esto me devolvió a los hechos, y volví a ser yo mismo del todo.

«Vine a hablar del certificado de defunción. Si no actuamos con propiedad y sabiduría, puede haber una investigación judicial, y habría que presentar ese papel. Tengo la esperanza de que no tengamos que pasar por una investigación, pues si la hubiera mataría sin duda a la pobre Lucy, si nada más lo hiciera. Sé, y usted sabe, y el otro médico que la atendió sabe, que la señora Westenra tenía enfermedad del corazón, y podemos certificar que murió de ella. Llenemos el certificado de inmediato, y yo mismo lo llevaré al registro civil y seguiré a la funeraria».

«¡Bien, oh mi amigo John! ¡Bien pensado! En verdad la señorita Lucy, si es desdichada en los enemigos que la

acosan, es al menos feliz en los amigos que la aman. Uno, dos, tres, todos abren sus venas por ella, además de un viejo. Ah sí, lo sé, amigo John; ¡no soy ciego! ¡Le quiero más por ello! Ahora vaya».

En el vestíbulo me encontré con Quincey Morris, con un telegrama para Arthur diciéndole que la señora Westenra había muerto; que Lucy había estado también enferma, pero ahora iba mejor; y que Van Helsing y yo estábamos con ella. Le dije adónde iba, y me apresuró a salir, pero al irme dijo:

«Cuando vuelvas, Jack, ¿puedo tener dos palabras contigo a solas?». Asentí en respuesta y salí. No hallé dificultad con el registro, y acordé con la funeraria local que viniera por la tarde a tomar medidas para el ataúd y a hacer los arreglos.

Cuando volví, Quincey me esperaba. Le dije que lo vería tan pronto como supiera de Lucy, y subí a su cuarto. Seguía durmiendo, y el profesor aparentemente no se había movido de su asiento a su lado. Por ponerse el dedo en los labios deduje que esperaba que despertara pronto y temía anticiparse a la naturaleza. Así que bajé con Quincey y lo llevé al comedor de desayuno, donde las cortinas no estaban bajadas, y que era un poco más alegre, o más bien menos triste, que las demás habitaciones. Cuando estuvimos solos, me dijo:

«Jack Seward, no quiero meterme donde no tengo derecho a estar; pero este no es un caso ordinario. Sabes que quise a esa muchacha y quise casarme con ella; pero, aunque todo eso es pasado y ya está, no puedo dejar de

sentirme ansioso por ella de todos modos. ¿Qué es lo que le pasa? El holandés —y es un buen viejo; eso lo veo— dijo, aquella vez que ustedes dos entraron en la habitación, que debían hacerle otra transfusión de sangre, y que tanto tú como él estaban agotados. Ahora bien, sé que ustedes los médicos hablan a puerta cerrada, y que un hombre no debe esperar saber lo que consultan en privado. Pero este no es un asunto común, y, sea lo que sea, he cumplido mi parte. ¿No es así?».

«Así es», dije, y siguió:

«Entiendo que tanto tú como Van Helsing habían hecho ya lo que yo hice hoy. ¿No es así?».

«Así es».

«Y supongo que Art estaba en eso también. Cuando lo vi hace cuatro días en su casa se veía raro. No he visto nada deshacerse tan rápido desde que estaba en las Pampas y una yegua que quería mucho se fue al suelo en una sola noche. Uno de esos grandes murciélagos que llaman vampiros le había dado en la noche, y con su saciedad y la vena dejada abierta, no quedó sangre suficiente en ella para tenerse en pie, y tuve que meterle una bala mientras yacía. Jack, si puedes decírmelo sin traicionar confianzas, Arthur fue el primero, ¿no es así?». Mientras hablaba, el pobre muchacho parecía terriblemente ansioso. Estaba en una tortura de incertidumbre respecto de la mujer que amaba, y su total ignorancia del terrible misterio que parecía rodearla intensificaba su dolor. Su mismo corazón sangraba, y le hizo falta toda su hombría —y tenía una cantidad regia— para no derrumbarse. Hice una pausa

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

antes de responder, pues sentía que no debía traicionar nada que el profesor quisiera mantener en secreto; pero él sabía ya tanto, y adivinaba tanto, que no podía haber razón para no responder, así que respondí con la misma frase: «Así es».

«¿Y cuánto tiempo lleva esto?».

«Unos diez días».

«¡Diez días! Entonces supongo, Jack Seward, que a esa pobre y linda criatura que todos amamos se le ha metido en las venas dentro de ese tiempo la sangre de cuatro hombres fuertes. Hombre, todo su cuerpo no podría contenerla». Luego, acercándose a mí, habló en un feroz medio susurro: «¿Qué la sacó?».

Sacudí la cabeza. «Eso —dije— es el nudo. Van Helsing está simplemente frenético por ello, y yo estoy al final de mi ingenio. No puedo ni aventurar una conjetura. Ha habido una serie de pequeñas circunstancias que han echado por tierra todos nuestros cálculos sobre que Lucy fuera debidamente vigilada. Pero estas no volverán a ocurrir. Aquí nos quedamos hasta que todo esté bien… o mal». Quincey tendió la mano. «Cuenta conmigo —dijo—. Tú y el holandés me dirán qué hacer, y lo haré».

Cuando despertó a última hora de la tarde, el primer movimiento de Lucy fue buscar en su pecho y, para mi sorpresa, sacó el papel que Van Helsing me había dado a leer. El cuidadoso profesor lo había puesto de nuevo donde estaba, para que al despertar no se alarmara. Su mirada cayó entonces en Van Helsing y en mí también, y se alegró. Luego miró alrededor de la habitación y, viendo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

dónde estaba, se estremeció; dio un fuerte grito y se puso las pobres manos delgadas ante el pálido rostro. Ambos comprendimos lo que significaba: que había tomado plena conciencia de la muerte de su madre; así que probamos lo que pudimos para consolarla. Sin duda la compasión la alivió algo, pero estaba muy baja de pensamiento y de espíritu, y lloró en silencio y débilmente largo rato. Le dijimos que uno de nosotros o ambos nos quedaríamos ahora con ella todo el tiempo, y eso pareció consolarla. Hacia el anochecer cayó en un adormecimiento. Aquí ocurrió algo muy extraño. Todavía dormida, sacó el papel de su pecho y lo rasgó en dos. Van Helsing se acercó y tomó los pedazos. Aun así, sin embargo, ella siguió con la acción de rasgar, como si el material estuviera todavía en sus manos; por fin alzó las manos y las abrió como esparciendo los fragmentos. Van Helsing pareció sorprendido, y frunció el ceño como en pensamiento, pero no dijo nada.

19 de septiembre.—Toda la noche pasada durmió a ratos, teniendo siempre miedo de dormir, y algo más débil al despertar de ello. El profesor y yo nos turnamos para vigilar, y nunca la dejamos ni un momento sin atender. Quincey Morris no dijo nada de su intención, pero supe que toda la noche patrulló dando vueltas y vueltas a la casa.

Cuando llegó el día, su luz escudriñadora mostró los estragos en las fuerzas de la pobre Lucy. Apenas podía volver la cabeza, y el poco alimento que podía tomar no parecía hacerle bien. A ratos dormía, y tanto Van Helsing

como yo notamos la diferencia en ella entre dormir y estar despierta. Dormida parecía más fuerte, aunque más demacrada, y su respiración era más suave; su boca abierta mostraba las encías pálidas retraídas de los dientes, que así parecían positivamente más largos y afilados que de costumbre; al despertar, la suavidad de sus ojos cambiaba evidentemente la expresión, pues se veía ella misma, aunque moribunda. Por la tarde pidió a Arthur, y telegrafiamos por él. Quincey fue a recibirlo a la estación.

Cuando llegó eran casi las seis, y el sol se ponía pleno y cálido, y la luz roja entraba a raudales por la ventana y daba más color a las mejillas pálidas. Al verla, Arthur simplemente se ahogaba de emoción, y ninguno de nosotros pudo hablar. En las horas pasadas, los accesos de sueño, o la condición comatosa que pasaba por tal, se habían hecho más frecuentes, de modo que las pausas en que era posible conversar se habían acortado. La presencia de Arthur, sin embargo, pareció actuar como estimulante; se reanimó un poco, y le habló con más viveza que desde que llegamos. Él también se recompuso, y habló tan alegremente como pudo, de modo que se sacó el mejor partido de todo.

Es ya casi la una, y él y Van Helsing están sentados con ella. Debo relevarlos dentro de un cuarto de hora, y anoto esto en el fonógrafo de Lucy. Hasta las seis han de tratar de descansar. Temo que mañana acabará nuestra vigilia, pues la conmoción ha sido demasiado grande; la pobre niña no puede reanimarse. Dios nos ayude a todos.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra.

(Sin abrir por ella.)

17 de septiembre.

Mi queridísima Lucy:

Parece una eternidad desde que supe de ti, o de hecho desde que escribí. Me perdonarás, lo sé, todas mis faltas cuando hayas leído todo mi fardo de noticias. Pues bien, recuperé a mi marido sin novedad; cuando llegamos a Exeter había un coche esperándonos, y en él, aunque con un ataque de gota, el señor Hawkins. Nos llevó a su casa, donde había cuartos para todos, agradables y cómodos, y cenamos juntos. Después de la cena el señor Hawkins dijo:

«Mis queridos, quiero brindar por su salud y prosperidad; y que toda bendición los acompañe a ambos. Los conozco a los dos desde niños, y he visto con amor y orgullo cómo crecían. Ahora quiero que hagan su hogar aquí conmigo. No me queda ni pollito ni hijo; todos se han ido, y en mi testamento les he dejado todo». Lloré, Lucy querida, cuando Jonathan y el anciano se estrecharon las manos. Nuestra velada fue muy, muy feliz.

Así que aquí estamos, instalados en esta hermosa casa antigua, y desde mi dormitorio y desde el salón puedo ver los grandes olmos del recinto de la catedral, con sus grandes troncos negros destacando contra la vieja piedra amarilla de la catedral, y puedo oír a las grajillas sobre mi cabeza graznando y graznando y parloteando y chismeando todo el día, a la manera de las grajillas… y de los humanos. Estoy ocupada, no necesito decírtelo,

arreglando cosas y llevando la casa. Jonathan y el señor Hawkins están ocupados todo el día; pues, ahora que Jonathan es socio, el señor Hawkins quiere contarle todo sobre los clientes.

¿Cómo sigue tu querida madre? Ojalá pudiera correr a la ciudad un día o dos para verte, querida, pero no me atrevo aún, con tanto sobre mis hombros; y Jonathan aún necesita cuidados. Empieza a recuperar carne en los huesos, pero quedó terriblemente debilitado por la larga enfermedad; incluso ahora a veces sale de su sueño de golpe y despierta todo tembloroso hasta que puedo atraerlo de vuelta a su habitual placidez. Sin embargo, gracias a Dios, estas ocasiones se hacen menos frecuentes con los días, y con el tiempo pasarán del todo, confío. Y ahora que te he dicho mis noticias, déjame preguntarte las tuyas. ¿Cuándo te casas, y dónde, y quién oficia la ceremonia, y qué te pondrás, y será una boda pública o privada? Cuéntame todo, querida; cuéntame todo acerca de todo, pues no hay nada que te interese que no me sea querido. Jonathan me pide que envíe su «respetuoso saludo», pero no creo que sea suficiente del socio menor de la importante firma Hawkins y Harker; y así, como me quieres, y él me quiere, y yo te quiero con todos los modos y tiempos del verbo, te envío simplemente su «cariño» en su lugar. Adiós, mi queridísima Lucy, y todas las bendiciones sobre ti.

Tuya,

Mina Harker.

Informe de Patrick Hennessey, doctor en Medicina, M. R. C. S., L. K. Q. C. P. I., etc., etc., a John Seward, doctor en Medicina.

20 de septiembre.

Estimado señor:

De acuerdo con sus deseos, adjunto informe de la situación de todo lo dejado a mi cargo... Respecto del paciente Renfield, hay más que decir. Ha tenido otro arrebato, que podría haber tenido un final espantoso, pero que, por fortuna, no tuvo ningún resultado infeliz. Esta tarde un carro de transportista con dos hombres se detuvo en la casa vacía cuyos terrenos lindan con los nuestros, la casa adonde, recordará, el paciente huyó dos veces. Los hombres se detuvieron en nuestra verja para preguntar su camino al portero, pues eran forasteros. Yo mismo miraba por la ventana del despacho, fumando tras la cena, y vi a uno de ellos acercarse a la casa. Al pasar ante la ventana del cuarto de Renfield, el paciente empezó a injuriarlo desde dentro, y lo llamó con todos los nombres soeces que pudo encontrar su lengua. El hombre, que parecía un tipo decente, se contentó con decirle que «se callara, bocazas», a lo cual nuestro hombre lo acusó de robarle y querer asesinarlo, y dijo que se lo impediría aunque lo colgaran por ello. Abrí la ventana e hice señas al hombre de que no hiciera caso, de modo que se contentó, tras examinar el lugar y formarse idea de qué clase de sitio era aquel al que había llegado, con decir: «Dios lo bendiga, señor, no haría caso de lo que me digan en un maldito manicomio. Lo compadezco a usted y al jefe por tener que vivir en la casa con una fiera así». Luego preguntó su camino con bastante cortesía, y le dije dónde estaba la verja de la casa vacía; se alejó, seguido de amenazas y maldiciones e injurias de

nuestro hombre. Bajé a ver si podía descubrir alguna causa de su cólera, pues es ordinariamente un hombre tan bien educado, y salvo sus accesos violentos nada semejante había ocurrido jamás. Lo hallé, para mi asombro, del todo sereno y de trato muy afable. Traté de que hablara del incidente, pero él, con suavidad, me hizo preguntas sobre lo que quería decir, y me llevó a creer que ignoraba por completo el asunto. Era, lamento decirlo, sin embargo, solo otra prueba de su astucia, pues en media hora volví a tener noticias de él. Esta vez había salido por la ventana de su cuarto, y corría por la avenida. Llamé a los celadores para que me siguieran, y corrí tras él, pues temía que tuviera intención de alguna fechoría. Mi temor se justificó cuando vi venir por el camino el mismo carro que había pasado antes, con unas grandes cajas de madera encima. Los hombres se secaban la frente y tenían el rostro encendido, como por violento ejercicio. Antes de que pudiera alcanzarlo, el paciente se abalanzó sobre ellos y, tirando a uno del carro, empezó a golpearle la cabeza contra el suelo. Si no lo hubiera agarrado justo en ese momento creo que habría matado al hombre allí mismo. El otro saltó abajo y le pegó en la cabeza con la culata de su pesado látigo. Fue un golpe terrible; pero él no pareció notarlo, sino que lo agarró también a él, y luchó con los tres, tirando de nosotros de un lado a otro como si fuéramos gatitos. Sabe que no soy un peso ligero, y los otros eran ambos hombres corpulentos. Al principio estuvo silencioso en su lucha; pero cuando empezamos a dominarlo, y los celadores le ponían la camisa de fuerza, empezó a gritar: «¡Los frustraré! ¡No me robarán! ¡No me

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

asesinarán a pedazos! ¡Lucharé por mi Señor y Amo!», y toda clase de desvaríos incoherentes semejantes. Fue con muy considerable dificultad que lo devolvieron a la casa y lo metieron en la celda acolchada. A uno de los celadores, Hardy, le rompió un dedo. Sin embargo, se lo compuse; y va bien.

Los dos transportistas fueron al principio ruidosos en sus amenazas de pleitos por daños, y prometieron hacer llover sobre nosotros todas las penas de la ley. Sus amenazas, sin embargo, iban mezcladas con una especie de disculpa indirecta por la derrota de ambos a manos de un loco débil. Dijeron que si no fuera por el modo en que habían gastado sus fuerzas cargando y subiendo las pesadas cajas al carro, habrían despachado pronto con él. Dieron como otra razón de su derrota el extraordinario estado de sequedad a que se habían visto reducidos por la naturaleza polvorienta de su ocupación y la reprochable distancia, del escenario de sus labores, de cualquier lugar de esparcimiento público. Entendí bien su insinuación, y tras un buen vaso de grog, o más bien más de lo mismo, y con una libra cada uno en la mano, quitaron importancia al ataque y juraron que se enfrentarían a un loco peor cualquier día por el placer de encontrar a «tan buen tipo» como su corresponsal. Anoté sus nombres y direcciones, por si hicieran falta. Son los siguientes: Jack Smollet, de Dudding’s Rents, King George’s Road, Great Walworth, y Thomas Snelling, Peter Farley’s Row, Guide Court, Bethnal Green. Ambos trabajan para Harris e Hijos, Compañía de Mudanzas y Envíos, Orange Master’s Yard, Soho.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Le informaré de cualquier asunto de interés que ocurra aquí, y le telegrafiaré de inmediato si hay algo de importancia.

Créame, estimado señor,

Fielmente suyo,

Patrick Hennessey.

Carta de Mina Harker a Lucy Westenra.

(Sin abrir por ella.)

18 de septiembre.

Mi queridísima Lucy:

Nos ha sobrevenido un golpe tan triste. El señor Hawkins ha muerto muy de repente. Algunos podrían no pensar que sea tan triste para nosotros, pero ambos habíamos llegado a quererlo tanto que realmente parece que hemos perdido a un padre. Yo no conocí ni a padre ni a madre, así que la muerte del querido anciano es un golpe real para mí. Jonathan está muy afligido. No es solo que sienta pena, honda pena, por el querido y buen hombre que lo favoreció toda su vida, y ahora al final lo ha tratado como a su propio hijo y le ha dejado una fortuna que para gente de nuestra modesta crianza es riqueza más allá del sueño de la avaricia, sino que Jonathan lo siente por otra razón. Dice que la cantidad de responsabilidad que le impone lo pone nervioso. Empieza a dudar de sí mismo. Trato de animarlo, y mi fe en él lo ayuda a tener fe en sí mismo. Pero es aquí donde la grave conmoción que sufrió le pesa más. Oh, es demasiado duro que una naturaleza dulce, sencilla, noble y fuerte como la suya

—una naturaleza que le permitió, con la ayuda de nuestro querido y buen amigo, ascender de empleado a patrón en pocos años— quede tan dañada que la misma esencia de su fuerza se haya ido. Perdóname, querida, si te inquieto con mis penas en medio de tu propia felicidad; pero, Lucy querida, debo contárselo a alguien, pues el esfuerzo de mantener una apariencia valiente y alegre ante Jonathan me agota, y no tengo aquí a nadie en quien confiar. Temo ir a Londres, como debemos hacer pasado mañana; pues el pobre señor Hawkins dejó dispuesto en su testamento que fuera enterrado en la tumba con su padre. Como no hay parientes en absoluto, Jonathan tendrá que ser el principal doliente. Trataré de correr a verte, queridísima, aunque solo sea unos minutos. Perdóname por molestarte. Con todas las bendiciones,

Tu cariñosa

Mina Harker.

Diario del doctor Seward.

20 de septiembre.—Solo la resolución y el hábito me permiten hacer una anotación esta noche. Estoy demasiado desdichado, demasiado abatido, demasiado harto del mundo y de todo lo que hay en él, incluida la vida misma, como para que me importara oír en este momento el aleteo de las alas del ángel de la muerte. Y él ha estado batiendo esas torvas alas con algún propósito últimamente: la madre de Lucy y el padre de Arthur, y ahora… Sigamos con mi trabajo.

Relevé debidamente a Van Helsing en su guardia junto a Lucy. Queríamos que Arthur fuera también a descansar,

pero al principio se negó. Solo cuando le dije que lo necesitaríamos para ayudarnos durante el día, y que no debíamos derrumbarnos todos por falta de descanso, no fuera que Lucy sufriera, accedió a ir. Van Helsing fue muy bondadoso con él. «Venga, hijo mío —dijo—; venga conmigo. Usted está enfermo y débil, y ha tenido mucha pena y mucho dolor mental, además de esa exigencia a sus fuerzas que conocemos. No debe estar solo; pues estar solo es estar lleno de miedos y alarmas. Venga al salón, donde hay un gran fuego, y hay dos sofás. Usted se echará en uno, y yo en el otro, y nuestra simpatía será consuelo mutuo, aunque no hablemos, y aunque durmamos». Arthur se fue con él, lanzando una mirada de anhelo al rostro de Lucy, que yacía en su almohada, casi más blanco que el lino. Yacía muy quieta, y yo miré alrededor de la habitación para ver que todo estuviera como debía. Pude ver que el profesor había llevado a cabo en este cuarto, como en el otro, su propósito de usar el ajo; todos los marcos de las ventanas apestaban a él, y alrededor del cuello de Lucy, sobre el pañuelo de seda que Van Helsing le hacía llevar, había una burda guirnalda de las mismas flores olorosas. Lucy respiraba algo estertorosamente, y su rostro estaba en su peor momento, pues la boca abierta mostraba las encías pálidas. Sus dientes, en la luz tenue e incierta, parecían más largos y afilados que por la mañana. En particular, por algún juego de la luz, los caninos parecían más largos y afilados que los demás. Me senté junto a ella, y poco después se movió con inquietud. En el mismo momento llegó una especie de sordo aleteo o golpeteo en la ventana. Fui hacia ella con suavidad y

atisbé por la esquina de la cortina. Había luna llena, y pude ver que el ruido lo hacía un gran murciélago, que daba vueltas —sin duda atraído por la luz, aunque tan tenue— y de vez en cuando golpeaba la ventana con las alas. Cuando volví a mi asiento, hallé que Lucy se había movido ligeramente y se había arrancado las flores de ajo de la garganta. Las repuse lo mejor que pude y me senté a vigilarla.

Poco después despertó, y le di de comer, como había prescrito Van Helsing. Tomó solo un poco, y con languidez. No parecía haber ahora en ella la lucha inconsciente por la vida y la fuerza que tanto había marcado hasta entonces su enfermedad. Me llamó la atención como curioso que en el momento en que recobraba la conciencia apretaba las flores de ajo contra sí. Era ciertamente raro que siempre que caía en aquel estado letárgico, con la respiración estertorosa, apartaba de sí las flores; pero que al despertar las agarraba con fuerza. No había posibilidad de error en esto, pues en las largas horas que siguieron tuvo muchos períodos de sueño y vigilia y repitió ambas acciones muchas veces.

A las seis vino Van Helsing a relevarme. Arthur había caído entonces en un adormecimiento, y misericordiosamente lo dejó seguir durmiendo. Cuando vio el rostro de Lucy pude oír el siseante resuello de su aliento, y me dijo en un agudo susurro: «¡Suba la cortina; quiero luz!». Luego se inclinó y, con su rostro casi tocando el de Lucy, la examinó con cuidado. Retiró las flores y levantó el pañuelo de seda de su garganta. Al hacerlo

retrocedió de un salto, y pude oír su exclamación, «¡Mein Gott!», ahogada en su garganta. Me incliné y miré yo también, y al notarlo me recorrió un escalofrío extraño.

Las heridas de la garganta habían desaparecido por completo.

Durante cinco minutos enteros Van Helsing estuvo mirándola, con el rostro en su mayor severidad. Luego se volvió a mí y dijo con calma:

«Se muere. No falta mucho ahora. Habrá mucha diferencia, créame, si muere consciente o en su sueño. Despierte a ese pobre muchacho, y déjelo venir a ver el final; confía en nosotros, y se lo hemos prometido».

Fui al comedor y lo desperté. Estaba aturdido por un momento, pero cuando vio la luz del sol entrar a raudales por los bordes de las contraventanas pensó que llegaba tarde, y expresó su temor. Le aseguré que Lucy seguía dormida, pero le dije tan suavemente como pude que tanto Van Helsing como yo temíamos que el fin estuviera cerca. Se cubrió el rostro con las manos y se deslizó de rodillas junto al sofá, donde permaneció, quizá un minuto, con la cabeza hundida, rezando, mientras sus hombros se sacudían de dolor. Lo tomé de la mano y lo levanté. «Venga —dije—, mi querido viejo amigo, reúna toda su entereza: será lo mejor y más fácil para ella».

Cuando entramos en el cuarto de Lucy pude ver que Van Helsing, con su acostumbrada previsión, había estado arreglando las cosas y haciendo que todo pareciera lo más agradable posible. Incluso había cepillado el cabello de Lucy, de modo que yacía en la almohada en sus habituales

ondas soleadas. Cuando entramos abrió los ojos y, viéndolo a él, susurró suavemente:

«¡Arthur! ¡Oh, mi amor, qué contenta estoy de que hayas venido!». Él se inclinaba para besarla cuando Van Helsing le hizo seña de retroceder. «No —susurró—, ¡todavía no! Tome su mano; la consolará más».

Así que Arthur tomó su mano y se arrodilló junto a ella, y ella se veía en su mejor momento, con todas las líneas suaves a juego con la belleza angelical de sus ojos. Luego poco a poco se le cerraron los ojos, y se hundió en el sueño. Por un rato su pecho se alzó suavemente, y su aliento iba y venía como el de una niña cansada.

Y entonces insensiblemente llegó el extraño cambio que yo había notado en la noche. Su respiración se hizo estertorosa, la boca se abrió, y las encías pálidas, retraídas, hicieron que los dientes parecieran más largos y afilados que nunca. En una especie de duermevela, vaga e inconsciente, abrió los ojos, que estaban ahora apagados y duros a la vez, y dijo con una voz suave y voluptuosa, como nunca había oído de sus labios:

«¡Arthur! ¡Oh, mi amor, qué contenta estoy de que hayas venido! ¡Bésame!». Arthur se inclinó ansioso para besarla; pero en ese instante Van Helsing, que, como yo, se había sobresaltado por su voz, se abalanzó sobre él y, agarrándolo del cuello con ambas manos, lo arrastró hacia atrás con una furia de fuerza que nunca pensé que pudiera poseer, y de hecho lo lanzó casi al otro lado de la habitación.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¡Ni por su vida! —dijo—; ¡ni por su alma viva y la de ella!». Y se plantó entre ellos como un león acorralado.

Arthur estaba tan desconcertado que no supo por un momento qué hacer ni decir; y antes de que cualquier impulso de violencia pudiera apoderarse de él, comprendió el lugar y la ocasión, y se quedó callado, esperando.

Yo mantuve los ojos fijos en Lucy, como Van Helsing, y vimos un espasmo como de rabia cruzar como una sombra su rostro; los dientes afilados rechinaron juntos. Luego sus ojos se cerraron, y respiró pesadamente.

Muy poco después abrió los ojos en toda su suavidad y, extendiendo su pobre mano pálida y delgada, tomó la gran mano morena de Van Helsing; atrayéndola hacia sí, la besó. «Mi verdadero amigo —dijo, con voz débil, pero con indecible patetismo—, ¡mi verdadero amigo, y el suyo! ¡Oh, guárdelo, y deme paz!».

«¡Lo juro!», dijo él solemnemente, arrodillándose junto a ella y alzando la mano, como quien registra un juramento. Luego se volvió a Arthur y le dijo: «Venga, hijo mío, tome su mano entre las suyas, y bésela en la frente, y solo una vez».

Sus ojos se encontraron en vez de sus labios; y así se separaron.

Los ojos de Lucy se cerraron; y Van Helsing, que había estado observando de cerca, tomó el brazo de Arthur y lo apartó.

Y entonces la respiración de Lucy se volvió estertorosa otra vez, y de repente cesó.

«Todo ha terminado —dijo Van Helsing—. ¡Está muerta!».

Tomé a Arthur del brazo y lo llevé al salón, donde se sentó y se cubrió el rostro con las manos, sollozando de un modo que casi me hizo derrumbar al verlo.

Volví al cuarto y hallé a Van Helsing mirando a la pobre Lucy, y su rostro era más severo que nunca. Algún cambio había sobrevenido a su cuerpo. La muerte le había devuelto parte de su belleza, pues su frente y mejillas habían recobrado algo de sus líneas fluidas; incluso los labios habían perdido su palidez mortal. Era como si la sangre, ya no necesaria para el trabajo del corazón, hubiera ido a hacer la dureza de la muerte tan poco ruda como fuera posible.

Pensamos que moría mientras dormía,
Y dormía cuando murió.

Me quedé junto a Van Helsing y dije:

«Ah, bien, pobre muchacha, hay paz para ella al fin. ¡Es el fin!».

Se volvió hacia mí y dijo con grave solemnidad:

«No así; ¡ay! no así. ¡Es solo el principio!».

Cuando le pregunté qué quería decir, solo sacudió la cabeza y respondió:

«No podemos hacer nada todavía. Esperar y ver».

CAPÍTULO XIII

Diario del doctor Seward (continuación)

El funeral fue dispuesto para el día siguiente, de modo que Lucy y su madre fueran enterradas juntas. Yo me ocupé de todas las espantosas formalidades, y el urbano empresario de pompas fúnebres demostró que su personal estaba afligido —o bendecido— con algo de su propia untuosa suavidad. Hasta la mujer que realizó los últimos oficios con la muerta me comentó, de un modo confidencial, entre colegas de oficio, cuando salió de la cámara mortuoria:

«Hace un cadáver muy hermoso, señor. Es todo un privilegio atenderla. No es mucho decir que hará honor a nuestro establecimiento».

Noté que Van Helsing nunca se mantenía lejos. Esto era posible por el estado de desorden de la casa. No había parientes a mano; y como Arthur tenía que volver al día siguiente para asistir al funeral de su padre, no pudimos avisar a nadie que debiera haber sido invitado. En las circunstancias, Van Helsing y yo nos encargamos de examinar papeles, etc. Insistió en revisar él mismo los papeles de Lucy. Le pregunté por qué, pues temía que él, siendo extranjero, no estuviera muy al tanto de los requisitos legales ingleses, y así pudiera por ignorancia causar algún problema innecesario. Me respondió:

«Lo sé; lo sé. Olvida usted que soy abogado además de médico. Pero esto no es del todo por la ley. Usted lo sabía, cuando evitó al juez de instrucción. Tengo más que él que evitar. Puede haber más papeles, como este».

Mientras hablaba sacó de su cartera el memorándum que había estado en el pecho de Lucy, y que ella había rasgado en sueños.

«Cuando averigüe algo del procurador que es de la difunta señora Westenra, selle todos sus papeles, y escríbale esta noche. Yo vigilo aquí en el cuarto y en el antiguo cuarto de la señorita Lucy toda la noche, y busco yo mismo lo que pueda haber. No es bueno que sus mismos pensamientos pasen a manos de extraños».

Seguí con mi parte del trabajo, y en otra media hora había hallado el nombre y la dirección del procurador de la señora Westenra y le había escrito. Todos los papeles de la pobre señora estaban en orden; se daban explícitas instrucciones sobre el lugar de sepultura. Apenas había sellado la carta cuando, para mi sorpresa, Van Helsing entró en la habitación, diciendo:

«¿Puedo ayudarle, amigo John? Estoy libre, y si puedo, mi servicio es para usted».

«¿Ha encontrado lo que buscaba?», pregunté, a lo cual respondió:

«No busqué ninguna cosa específica. Solo esperaba encontrar, y encontrado he, todo lo que había: solo algunas cartas y unos pocos memorandos, y un diario recién empezado. Pero los tengo aquí, y por ahora no

diremos nada de ellos. Veré a ese pobre muchacho mañana por la tarde y, con su sanción, usaré algunos».

Cuando terminamos el trabajo entre manos, me dijo:

«Y ahora, amigo John, creo que podemos ir a la cama. Necesitamos sueño, ambos usted y yo, y descanso para recuperarnos. Mañana tendremos mucho que hacer, pero por esta noche no hay necesidad de nosotros. ¡Ay!».

Antes de acostarnos fuimos a ver a la pobre Lucy. El empresario de pompas fúnebres ciertamente había hecho bien su trabajo, pues el cuarto se había convertido en una pequeña capilla ardiente. Había una profusión de hermosas flores blancas, y la muerte se había hecho tan poco repulsiva como era posible. El extremo de la mortaja estaba tendido sobre el rostro; cuando el profesor se inclinó y lo volvió suavemente hacia atrás, ambos nos sobresaltamos ante la belleza que teníamos delante, pues los altos cirios de cera daban luz suficiente para notarla bien. Toda la hermosura de Lucy le había vuelto en la muerte, y las horas que habían pasado, en vez de dejar rastros de los «dedos borradores de la decadencia», habían restaurado solo la belleza de la vida, hasta que positivamente no podía creer a mis ojos que estuviera mirando un cadáver.

El profesor se veía severamente grave. No la había amado como yo, y no había necesidad de lágrimas en sus ojos. Me dijo: «Quédese hasta que vuelva», y salió del cuarto. Volvió con un puñado de ajo silvestre de la caja que esperaba en el vestíbulo, pero que no había sido abierta, y puso las flores entre las otras, sobre la cama y a

su alrededor. Luego se quitó del cuello, por dentro del cuello de la camisa, un pequeño crucifijo de oro, y lo puso sobre la boca. Devolvió la sábana a su lugar, y salimos.

Me estaba desvistiendo en mi propio cuarto cuando, con un golpecito premonitorio en la puerta, entró y de inmediato empezó a hablar:

«Mañana quiero que me traiga, antes de la noche, un juego de cuchillos de autopsia».

«¿Debemos hacer una autopsia?», pregunté.

«Sí y no. Quiero operar, pero no como usted piensa. Déjeme decírselo ahora, pero ni palabra a otro. Quiero cortarle la cabeza y sacarle el corazón. ¡Ah! ¡usted cirujano, y tan escandalizado! Usted, a quien he visto sin temblor de mano ni de corazón hacer operaciones de vida y muerte que hacen estremecer a los demás. Oh, pero no debo olvidar, mi querido amigo John, que usted la amó; y no lo he olvidado, pues soy yo quien operará, y usted solo debe ayudar. Me gustaría hacerlo esta noche, pero por Arthur no debo; él estará libre tras el funeral de su padre mañana, y querrá verla, ver aquello. Luego, cuando esté en el ataúd lista para el día siguiente, usted y yo vendremos cuando todos duerman. Desatornillaremos la tapa del ataúd, y haremos nuestra operación: y luego repondremos todo, para que ninguno sepa, salvo nosotros solos».

«¿Pero por qué hacerlo siquiera? La muchacha está muerta. ¿Por qué mutilar su pobre cuerpo sin necesidad? Y si no hay necesidad de una autopsia y nada que ganar con ella —ningún bien para ella, para nosotros, para la ciencia,

para el conocimiento humano—, ¿por qué hacerlo? Sin eso es monstruoso».

Por respuesta puso la mano sobre mi hombro, y dijo, con infinita ternura:

«Amigo John, compadezco su pobre corazón sangrante; y lo quiero más porque así sangra. Si pudiera, tomaría sobre mí la carga que usted lleva. Pero hay cosas que usted no sabe, pero que sabrá, y me bendecirá por saberlas, aunque no son cosas agradables. John, hijo mío, usted ha sido mi amigo ya muchos años, y sin embargo ¿alguna vez me conoció hacer alguna sin buena causa? Puedo errar; soy solo hombre; pero creo en todo lo que hago. ¿No fue por estas causas que usted me mandó llamar cuando llegó la gran dificultad? ¡Sí! ¿No estuvo usted asombrado, más aún, horrorizado, cuando no dejé que Arthur besara a su amada, aunque ella moría, y lo arrebaté con toda mi fuerza? ¡Sí! ¿Y sin embargo vio cómo ella me agradeció, con sus tan hermosos ojos moribundos, su voz también tan débil, y besó mi áspera mano vieja y me bendijo? ¡Sí! ¿Y no me oyó jurarle promesa, para que así cerrara los ojos agradecida? ¡Sí!

«Bien, tengo buena razón ahora para todo lo que quiero hacer. Usted ha por muchos años confiado en mí; usted me ha creído semanas pasadas, cuando hay cosas tan extrañas que bien podría dudar. Créame aún un poco, amigo John. Si no confía en mí, entonces debo decir lo que pienso; y eso no es quizá bueno. Y si trabajo —como trabajar he, no importa confianza o no confianza— sin la confianza de mi amigo en mí, trabajo con corazón pesado y me siento, ¡oh!,

tan solo cuando quiero toda la ayuda y el ánimo que pueda haber». Hizo una pausa un momento y siguió solemnemente: «Amigo John, hay días extraños y terribles ante nosotros. No seamos dos, sino uno, para así trabajar a un buen fin. ¿No tendrá fe en mí?».

Tomé su mano, y se lo prometí. Mantuve mi puerta abierta mientras se alejaba, y lo vi entrar en su cuarto y cerrar la puerta. Mientras estaba sin moverme vi a una de las criadas pasar en silencio por el pasillo —me daba la espalda, así que no me vio— y entrar en el cuarto donde yacía Lucy. La visión me conmovió. La devoción es tan rara, y estamos tan agradecidos a quienes la muestran sin que se les pida hacia aquellos que amamos. Aquí había una pobre muchacha que dejaba a un lado los terrores que naturalmente tenía de la muerte para ir a velar sola junto al féretro de la señora a quien amaba, para que el pobre barro no estuviera solo hasta ser puesto en el eterno descanso...

Debí de dormir largo y profundamente, pues era pleno día cuando Van Helsing me despertó entrando en mi cuarto. Vino a mi cabecera y dijo:

«No necesita preocuparse por los cuchillos; no lo haremos».

«¿Por qué no?», pregunté. Pues su solemnidad de la noche anterior me había impresionado mucho.

«Porque —dijo con severidad— es demasiado tarde... o demasiado pronto. ¡Mire!». Aquí levantó el pequeño crucifijo de oro. «Esto fue robado en la noche».

«¿Cómo, robado —pregunté asombrado—, si usted lo tiene ahora?».

«Porque lo recupero del miserable sin valor que lo robó, de la mujer que robó a los muertos y a los vivos. Su castigo vendrá seguramente, pero no por mí; ella no sabía del todo lo que hacía y así sin saber, solo robó. Ahora debemos esperar».

Se fue con esa palabra, dejándome con un nuevo misterio en que pensar, un nuevo enigma con que luchar.

La mañana fue un tiempo lúgubre, pero al mediodía vino el procurador: el señor Marquand, de Wholeman, Hijos, Marquand y Lidderdale. Era muy afable y apreciaba mucho lo que habíamos hecho, y nos quitó de las manos todos los cuidados de detalle. Durante el almuerzo nos dijo que la señora Westenra había esperado desde hacía tiempo la muerte súbita por su corazón, y había puesto sus asuntos en absoluto orden; nos informó de que, con la excepción de cierta propiedad vinculada del padre de Lucy que ahora, a falta de descendencia directa, volvía a una rama lejana de la familia, toda la herencia, inmueble y mueble, quedaba absolutamente a Arthur Holmwood. Cuando nos hubo dicho tanto, siguió:

«Francamente hicimos lo posible por impedir tal disposición testamentaria, y señalamos ciertas contingencias que podían dejar a su hija o sin un penique o no tan libre como debiera para actuar respecto de una alianza matrimonial. De hecho, insistimos tanto en el asunto que casi llegamos a chocar, pues nos preguntó si estábamos o no dispuestos a ejecutar sus deseos. Por

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

supuesto, no teníamos entonces alternativa sino aceptar. Teníamos razón en principio, y noventa y nueve veces de cada cien habríamos probado, por la lógica de los acontecimientos, la exactitud de nuestro juicio. Francamente, sin embargo, debo admitir que en este caso cualquier otra forma de disposición habría hecho imposible el cumplimiento de sus deseos. Pues, al fallecer ella antes que su hija, esta habría entrado en posesión de la propiedad, y, aunque solo hubiera sobrevivido a su madre cinco minutos, sus bienes, en caso de no haber testamento —y un testamento era una imposibilidad práctica en tal caso—, se habrían tratado a su fallecimiento como en sucesión intestada. En cuyo caso lord Godalming, aunque tan querido amigo, no habría tenido derecho alguno en el mundo; y los herederos, siendo remotos, no era probable que abandonaran sus justos derechos por razones sentimentales respecto de un completo extraño. Les aseguro, mis queridos señores, que me regocijo del resultado, perfectamente regocijado».

Era un buen sujeto, pero su regocijo por la única pequeña parte —en que estaba oficialmente interesado— de tan gran tragedia fue una lección práctica sobre los límites de la comprensión compasiva.

No se quedó mucho, pero dijo que pasaría más tarde en el día a ver a lord Godalming. Su venida, sin embargo, nos había sido cierto consuelo, pues nos aseguraba que no tendríamos que temer críticas hostiles sobre ninguno de nuestros actos. Se esperaba a Arthur a las cinco, así que un poco antes visitamos la cámara mortuoria. Lo era en

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

verdad, pues ahora yacían en ella madre e hija. El empresario, fiel a su oficio, había hecho el mejor despliegue que pudo de sus mercancías, y había un aire mortuorio en el lugar que nos deprimió de inmediato. Van Helsing ordenó que se mantuviera el arreglo anterior, explicando que, como lord Godalming vendría muy pronto, sería menos desgarrador para sus sentimientos ver todo lo que quedaba de su prometida completamente solo. El empresario pareció escandalizado de su propia estupidez y se afanó en restaurar las cosas a la condición en que las dejamos la noche anterior, de modo que cuando llegó Arthur se le ahorraron las conmociones a sus sentimientos que pudimos evitar.

¡Pobre muchacho! Se veía desesperadamente triste y abatido; incluso su robusta hombría parecía haberse encogido algo bajo la tensión de sus emociones tan probadas. Había estado, lo sabía, muy sincera y devotamente apegado a su padre; y perderlo, y en tal momento, era un golpe amargo para él. Conmigo estuvo cálido como siempre, y con Van Helsing dulcemente cortés; pero no pude dejar de ver que había cierta constricción en él. El profesor lo notó también, y me hizo seña de llevarlo arriba. Lo hice, y lo dejé en la puerta del cuarto, pues sentí que querría estar completamente a solas con ella, pero me tomó del brazo y me hizo entrar, diciendo con voz ronca:

«Tú también la amabas, viejo amigo; ella me lo contó todo, y ningún amigo tuvo un lugar más cercano en su corazón que tú. No sé cómo agradecerte todo lo que has

hecho por ella. Aún no puedo pensar…».

Aquí se derrumbó de súbito, y echó los brazos alrededor de mis hombros y apoyó la cabeza en mi pecho, llorando:

«¡Oh, Jack! ¡Jack! ¿Qué haré? Toda la vida parece haberse ido de mí de golpe, y no hay nada en el ancho mundo por lo que vivir».

Lo consolé lo mejor que pude. En tales casos los hombres no necesitan mucha expresión. Un apretón de manos, el cierre de un brazo sobre el hombro, un sollozo al unísono, son expresiones de simpatía queridas al corazón de un hombre. Me quedé quieto y callado hasta que sus sollozos se apagaron, y entonces le dije suavemente:

«Ven a mirarla».

Juntos nos acercamos a la cama, y levanté el lino de su rostro. ¡Dios! cuán hermosa estaba. Cada hora parecía acrecentar su belleza. Me asustó y asombró algo; y en cuanto a Arthur, se puso a temblar, y por fin lo sacudió la duda como una fiebre. Al fin, tras una larga pausa, me dijo en un débil susurro:

«Jack, ¿está realmente muerta?».

Le aseguré tristemente que así era, y seguí sugiriendo —pues sentía que tan horrible duda no debía tener vida un momento más de lo que yo pudiera evitar— que a menudo ocurría que tras la muerte los rostros se suavizaban e incluso se resolvían en su belleza juvenil; que esto era especialmente así cuando la muerte había sido precedida por algún sufrimiento agudo o prolongado. Pareció disipar por completo cualquier duda y, tras arrodillarse junto al

lecho un rato y mirarla amorosa y largamente, se volvió a un lado. Le dije que eso debía ser el adiós, pues había que preparar el ataúd; así que volvió y tomó su mano muerta en la suya y la besó, y se inclinó y besó su frente. Se alejó, mirando con cariño sobre su hombro hacia ella mientras se iba.

Lo dejé en el salón, y dije a Van Helsing que se había despedido; así que este fue a la cocina a decir a los hombres de la funeraria que procedieran a los preparativos y atornillaran el ataúd. Cuando salió de nuevo del cuarto le conté la pregunta de Arthur, y respondió:

«No me sorprende. ¡Hace un momento yo mismo dudé un instante!».

Cenamos todos juntos, y pude ver que el pobre Art se esforzaba por sacar el mejor partido. Van Helsing había estado callado toda la cena; pero cuando encendimos los cigarros dijo:

«Lord…»; pero Arthur lo interrumpió:

«No, no, ¡eso no, por Dios! todavía no al menos. Perdóneme, señor: no quise hablar ofensivamente; es solo porque mi pérdida es tan reciente».

El profesor respondió muy dulcemente:

«Solo usé ese nombre porque estaba en duda. No debo llamarlo “señor”, y he llegado a quererlo —sí, mi querido muchacho, a quererlo— como Arthur».

Arthur tendió la mano y tomó la del anciano con calidez.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Llámeme como quiera —dijo—. Espero tener siempre el título de amigo. Y permítame decir que me faltan palabras para agradecerle su bondad con mi pobre querida». Hizo una pausa un momento, y siguió: «Sé que ella comprendía su bondad aún mejor que yo; y si fui rudo o de algún modo faltoso en aquel momento en que usted actuó así —lo recuerda— (el profesor asintió), debe perdonarme».

Respondió con grave bondad:

«Sé que fue duro para usted confiar del todo en mí entonces, pues confiar en tal violencia necesita comprender; y entiendo que no confía —que no puede confiar— en mí ahora, pues aún no comprende. Y puede haber más veces en que querré que confíe cuando no puede —y no puede, y no debe aún— comprender. Pero vendrá el tiempo en que su confianza será entera y completa en mí, y en que comprenderá como si el sol mismo brillara a través. Entonces me bendecirá de principio a fin por su propio bien, y por el bien de otros y por el bien de ella querida a quien juré proteger».

«Y de veras, de veras, señor —dijo Arthur con calidez—, confiaré en usted en todo. Sé y creo que tiene un corazón muy noble, y usted es amigo de Jack, y lo fue de ella. Hará lo que quiera».

El profesor se aclaró la garganta un par de veces, como si fuera a hablar, y finalmente dijo:

«¿Puedo preguntarle algo ahora?».

«Ciertamente».

«¿Sabe que la señora Westenra le dejó toda su propiedad?».

«No, pobre querida; nunca lo pensé».

«Y como todo es suyo, tiene derecho a disponer de ello como quiera. Quiero que me dé permiso para leer todos los papeles y cartas de la señorita Lucy. Créame, no es curiosidad ociosa. Tengo un motivo que, esté seguro, ella habría aprobado. Los tengo todos aquí. Los tomé antes de que supiéramos que todo era suyo, para que ninguna mano extraña los tocara, ningún ojo extraño mirara a través de palabras en su alma. Los guardaré, si puedo; ni siquiera usted puede verlos aún, pero los guardaré seguros. Ninguna palabra se perderá; y a su buen tiempo se los devolveré. Es cosa dura la que pido, pero lo hará, ¿verdad?, por el bien de Lucy».

Arthur habló con cordialidad, como su viejo yo:

«Doctor Van Helsing, haga lo que quiera. Siento que al decir esto hago lo que mi amada habría aprobado. No lo molestaré con preguntas hasta que llegue el momento».

El viejo profesor se puso de pie mientras decía solemnemente:

«Y tiene razón. Habrá dolor para todos nosotros; pero no será todo dolor, ni este dolor será el último. Nosotros y usted también —usted sobre todo, mi querido muchacho— tendremos que pasar por el agua amarga antes de llegar a la dulce. Pero debemos ser valientes de corazón y desinteresados, y cumplir nuestro deber, ¡y todo irá bien!».

Esa noche dormí en un sofá en el cuarto de Arthur. Van Helsing no se acostó en absoluto. Iba y venía, como patrullando la casa, y nunca estuvo fuera de la vista del cuarto donde Lucy yacía en su ataúd, sembrado de flores de ajo silvestre, que enviaban, a través del olor a lirio y rosa, un olor pesado y abrumador a la noche.

Diario de Mina Harker.

22 de septiembre.—En el tren a Exeter. Jonathan duerme.

Parece que fue ayer cuando se hizo la última anotación, y sin embargo cuánto entre entonces, en Whitby y todo el mundo ante mí, Jonathan lejos y sin noticias de él; y ahora, casada con Jonathan, Jonathan procurador, socio, rico, dueño de su negocio, el señor Hawkins muerto y enterrado, y Jonathan con otro ataque que puede dañarlo. Algún día podría preguntarme por él. Todo se anota. Estoy oxidada en mi taquigrafía —vean lo que hace por nosotros la prosperidad inesperada—, así que quizá convenga refrescarla de nuevo con un ejercicio de todos modos...

El oficio fue muy sencillo y muy solemne. Solo estábamos nosotros y los criados, uno o dos viejos amigos suyos de Exeter, su agente de Londres, y un caballero que representaba a sir John Paxton, presidente de la Sociedad Incorporada de Abogados. Jonathan y yo estuvimos de pie de la mano, y sentimos que nuestro mejor y más querido amigo se había ido de nosotros...

Volvimos a la ciudad tranquilamente, tomando un autobús hasta Hyde Park Corner. Jonathan pensó que me interesaría ir un rato al Row, así que nos sentamos; pero

había muy poca gente allí, y era triste y desolador ver tantas sillas vacías. Nos hizo pensar en la silla vacía en casa; así que nos levantamos y caminamos por Piccadilly. Jonathan me llevaba del brazo, como solía en los viejos tiempos antes de que yo fuera a la escuela. Me pareció muy impropio, pues no se puede pasar algunos años enseñando etiqueta y decoro a otras muchachas sin que la pedantería de ello le muerda a una un poco; pero era Jonathan, y era mi marido, y no conocíamos a nadie que nos viera —y no nos importaba si lo hacían—, así que seguimos andando. Miraba a una muchacha muy hermosa, con un gran sombrero de rueda de carreta, sentada en una victoria frente a Guiliano's, cuando sentí que Jonathan me apretaba el brazo tan fuerte que me hizo daño, y dijo entre dientes: «¡Dios mío!». Siempre estoy ansiosa por Jonathan, pues temo que algún ataque nervioso lo trastorne otra vez; así que me volví rápidamente hacia él y le pregunté qué era lo que lo perturbaba.

Estaba muy pálido, y los ojos parecían salírsele de las órbitas mientras, mitad en terror y mitad en asombro, contemplaba a un hombre alto y delgado, de nariz ganchuda y bigote negro y barba puntiaguda, que también observaba a la linda muchacha. La miraba tan fijamente que no nos vio a ninguno de los dos, y así pude verlo bien. Su rostro no era un buen rostro; era duro, y cruel, y sensual, y sus grandes dientes blancos, que parecían aún más blancos porque sus labios eran tan rojos, eran puntiagudos como los de un animal. Jonathan seguía mirándolo fijamente, hasta que temí que se diera cuenta. Temí que lo tomara a mal, tan fiero y desagradable se veía.

Pregunté a Jonathan por qué estaba perturbado, y respondió, pensando evidentemente que yo sabía tanto de ello como él: «¿Ves quién es?».

«No, querido —dije—; no lo conozco; ¿quién es?». Su respuesta me pareció conmocionarme y estremecerme, pues fue dicha como si no supiera que era a mí, Mina, a quien hablaba:

«¡Es el hombre mismo!».

El pobre querido estaba evidentemente aterrado por algo, muy gravemente aterrado; creo de veras que si no me hubiera tenido a mí en quien apoyarse y sostenerse se habría desplomado. Siguió mirando fijamente; un hombre salió de la tienda con un pequeño paquete y se lo dio a la dama, que luego se alejó en el coche. El hombre moreno mantuvo los ojos fijos en ella, y cuando el carruaje subió por Piccadilly la siguió en la misma dirección, y llamó a un cabriolé. Jonathan seguía mirando tras él, y dijo, como para sí:

«Creo que es el Conde, pero se ha rejuvenecido. ¡Dios mío, si esto es así! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Si yo supiera! ¡Si yo supiera!». Se estaba afligiendo tanto que temí mantener su mente en el tema haciéndole alguna pregunta, así que guardé silencio. Lo aparté con calma, y él, sujetándome el brazo, vino con docilidad. Caminamos un poco más, y luego entramos y nos sentamos un rato en Green Park. Era un día caluroso para el otoño, y había un banco cómodo en un lugar sombreado. Tras unos minutos de mirar al vacío, los ojos de Jonathan se cerraron, y se sumió tranquilamente en un sueño, con la cabeza sobre mi

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

hombro. Pensé que era lo mejor para él, así que no lo perturbé. Pasados unos veinte minutos despertó y me dijo con bastante alegría:

«¡Vaya, Mina, me he dormido! Oh, perdóname por ser tan grosero. Ven, y tomaremos una taza de té en alguna parte». Había olvidado evidentemente al desconocido moreno, como en su enfermedad había olvidado todo lo que este episodio le había recordado. No me gusta esta caída en el olvido; puede causar o continuar alguna lesión en el cerebro. No debo preguntarle, por miedo a hacer más daño que bien; pero de algún modo debo conocer los hechos de su viaje al extranjero. Ha llegado, temo, el momento en que debo abrir ese paquete y saber lo que está escrito. Oh, Jonathan, me perdonarás, lo sé, si hago mal, pero es por tu propio querido bien.

Más tarde.—Una llegada a casa triste en todos los sentidos: la casa vacía de la querida alma que fue tan buena con nosotros; Jonathan aún pálido y mareado bajo una leve recaída de su mal; y ahora un telegrama de Van Helsing, quienquiera que sea:

«Sentirá saber que la señora Westenra murió hace cinco días, y que Lucy murió anteayer. Ambas fueron enterradas hoy».

¡Oh, qué riqueza de dolor en pocas palabras! ¡Pobre señora Westenra! ¡pobre Lucy! ¡Idas, idas, para no volver nunca a nosotros! ¡Y pobre, pobre Arthur, que ha perdido de su vida tanta dulzura! Que Dios nos ayude a todos a sobrellevar nuestras penas.

Diario del doctor Seward.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

22 de septiembre.—Todo ha terminado. Arthur ha vuelto a Ring, y se ha llevado consigo a Quincey Morris. ¡Qué buen muchacho es Quincey! Creo en el fondo de mi corazón que sufrió por la muerte de Lucy tanto como cualquiera de nosotros; pero se condujo a través de ello como un vikingo moral. Si América puede seguir criando hombres así, será de veras una potencia en el mundo. Van Helsing está tendido, descansando antes de su viaje. Va a Ámsterdam esta noche, pero dice que vuelve mañana por la noche; que solo quiere hacer algunos arreglos que solo pueden hacerse en persona. Se quedará entonces conmigo, si puede; dice que tiene trabajo que hacer en Londres que puede llevarle algún tiempo. ¡Pobre viejo! Temo que la tensión de la semana pasada ha quebrado incluso su fuerza de hierro. Todo el tiempo del entierro estuvo, pude ver, imponiéndose alguna terrible contención. Cuando todo terminó, estábamos de pie junto a Arthur, quien, pobre muchacho, hablaba de su parte en la operación en que su sangre había sido transfundida a las venas de su Lucy; pude ver el rostro de Van Helsing ponerse alternativamente blanco y púrpura. Arthur decía que sentía desde entonces como si ambos se hubieran casado realmente y ella fuera su esposa a los ojos de Dios. Ninguno de nosotros dijo palabra de las otras operaciones, y ninguno de nosotros lo hará jamás. Arthur y Quincey se fueron juntos a la estación, y Van Helsing y yo vinimos aquí. En cuanto estuvimos solos en el carruaje cedió a un regular ataque de histeria. Me ha negado desde entonces que fuera histeria, e insistió en que era solo su sentido del humor afirmándose bajo condiciones muy terribles. Rio

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

hasta llorar, y tuve que bajar las cortinillas para que nadie nos viera y juzgara mal; y luego lloró, hasta reír de nuevo; y rio y lloró juntos, igual que lo hace una mujer. Traté de ser severo con él, como se es con una mujer en las circunstancias; pero no tuvo efecto. ¡Hombres y mujeres son tan diferentes en las manifestaciones de fuerza o debilidad nerviosa! Luego, cuando su rostro volvió a ponerse grave y severo, le pregunté a qué venía su regocijo, y por qué en tal momento. Su respuesta fue en cierto modo característica de él, pues fue lógica y enérgica y misteriosa. Dijo:

«Ah, usted no comprende, amigo John. No piense que no estoy triste, aunque río. Mire, he llorado incluso cuando la risa me ahogaba. Pero no piense más que estoy todo apenado cuando lloro, pues la risa viene igual. Tenga siempre en cuenta que la risa que llama a su puerta y dice: "¿Puedo entrar?" no es la verdadera risa. ¡No! él es un rey, y viene cuando y como le place. No pregunta a nadie; no elige tiempo de conveniencia. Dice: "Aquí estoy". He aquí, por ejemplo, yo me parto el corazón de pena por esa tan dulce muchacha; doy mi sangre por ella, aunque soy viejo y gastado; doy mi tiempo, mi destreza, mi sueño; dejo que mis otros enfermos carezcan para que ella tenga todo. Y sin embargo puedo reír en su misma tumba, reír cuando la arcilla de la pala del sepulturero cae sobre su ataúd y dice "¡Pum! ¡pum!" a mi corazón, hasta que devuelve la sangre de mi mejilla. Mi corazón sangra por ese pobre muchacho, ese querido muchacho, tan de la edad de mi propio hijo si yo hubiera sido tan bendecido que él viviera, y con su pelo y ojos iguales. Ahí, ahora sabe por qué lo quiero tanto. Y

sin embargo cuando dice cosas que tocan mi corazón de marido hasta lo vivo, y hacen que mi corazón de padre anhele hacia él como hacia ningún otro hombre —ni siquiera hacia usted, amigo John, pues nos hallamos más a nivel en experiencias que padre e hijo—, sin embargo hasta en tal momento el Rey Risa viene a mí y grita y brama en mi oído: "¡Aquí estoy! ¡aquí estoy!", hasta que la sangre viene bailando de vuelta y trae algo del sol que él lleva consigo a mi mejilla. Oh, amigo John, es un mundo extraño, un mundo triste, un mundo lleno de miserias, y penas, y problemas; y sin embargo cuando el Rey Risa viene hace bailar a todos al son que toca. Corazones sangrantes, y huesos secos del cementerio, y lágrimas que arden al caer: todo baila junto a la música que hace con esa su boca sin sonrisa. Y créame, amigo John, que es bueno que venga, y amable. Ah, nosotros, hombres y mujeres, somos como cuerdas tensadas por esfuerzos que nos tiran en direcciones diferentes. Entonces vienen las lágrimas; y, como la lluvia sobre las cuerdas, nos aprietan, hasta que quizá la tensión se hace demasiado grande, y nos rompemos. Pero el Rey Risa viene como el sol, y alivia de nuevo la tensión; y soportamos seguir con nuestra labor, sea cual sea».

No quise herirlo fingiendo no ver su idea; pero, como aún no entendía la causa de su risa, se lo pregunté. Al responderme su rostro se puso severo, y dijo en un tono bastante diferente:

«Oh, fue la torva ironía de todo ello: esta tan hermosa dama enguirnaldada de flores, que se veía tan bella como

en vida, hasta que uno a uno nos preguntamos si de verdad estaba muerta; ella puesta en esa tan fina casa de mármol en ese solitario cementerio, donde descansan tantos de su parentela, puesta allí con la madre que la amó, y a quien ella amó; y esa campana sagrada diciendo "¡Din! ¡don! ¡din!" tan triste y lenta; y esos hombres santos, con las vestiduras blancas del ángel, fingiendo leer libros, y sin embargo todo el tiempo sus ojos nunca en la página; y todos nosotros con la cabeza inclinada. ¿Y todo para qué? Ella está muerta; ¡así! ¿No es?».

«Bien, por mi vida, profesor —dije—, no veo nada de lo que reír en todo eso. Pues si su explicación hace el enigma más duro que antes. Pero aunque el oficio de entierro fuera cómico, ¿qué hay del pobre Art y su pena? Pues su corazón simplemente se partía».

«Justo así. ¿No dijo él que la transfusión de su sangre a las venas de ella la había hecho verdaderamente su novia?».

«Sí, y fue una idea dulce y consoladora para él».

«Exactamente. Pero había una dificultad, amigo John. Si así es, entonces ¿qué hay de los otros? ¡Jo, jo! Entonces esta tan dulce doncella es poliandra, y yo, con mi pobre esposa muerta para mí, pero viva por la ley de la Iglesia, aunque sin juicio, todo ido, incluso yo, que soy marido fiel a esta ahora no-esposa, soy bígamo».

«¡Tampoco veo dónde está la gracia ahí!», dije; y no me sentí particularmente complacido con él por decir tales cosas. Puso su mano sobre mi brazo, y dijo:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Amigo John, perdóneme si causo dolor. No mostré mi sentimiento a otros cuando heriría, sino solo a usted, mi viejo amigo, en quien puedo confiar. Si hubiera podido mirar dentro de mi mismo corazón entonces cuando quise reír; si hubiera podido hacerlo cuando llegó la risa; si pudiera hacerlo ahora, cuando el Rey Risa ha empacado su corona, y todo lo que es suyo, pues se va lejos, lejos de mí, y por un largo, largo tiempo, quizá usted me compadecería más que a nadie».

Me conmovió la ternura de su tono, y pregunté por qué.

«¡Porque sé!».

Y ahora estamos todos dispersos; y por muchos días largos la soledad se posará sobre nuestros techos con alas cavilosas. Lucy yace en la tumba de los suyos, una señorial casa de la muerte en un solitario cementerio, lejos del hormigueante Londres; donde el aire es fresco, y el sol sale sobre la colina de Hampstead, y donde las flores silvestres crecen por su propia cuenta.

Así que puedo terminar este diario; y solo Dios sabe si alguna vez empezaré otro. Si lo hago, o si siquiera vuelvo a abrir este, será para tratar con gente diferente y temas diferentes; pues aquí al final, donde se cuenta el romance de mi vida, antes de que vuelva a retomar el hilo de la obra de mi vida, digo con tristeza y sin esperanza,

«FINIS».

«The Westminster Gazette», 25 de septiembre.

UN MISTERIO DE HAMPSTEAD.

El vecindario de Hampstead está en este momento agitado por una serie de sucesos que parecen discurrir por líneas paralelas a las de lo que era conocido por los redactores de titulares como «El Horror de Kensington», o «La Mujer Apuñaladora», o «La Mujer de Negro». Durante los últimos dos o tres días han ocurrido varios casos de niños pequeños que se extravían de casa o no vuelven de sus juegos en el Heath. En todos estos casos los niños eran demasiado pequeños para dar cuenta de sí mismos de modo propiamente inteligible, pero el consenso de sus excusas es que habían estado con una «señora hemosa». Siempre ha sido a última hora de la tarde cuando se los ha echado en falta, y en dos ocasiones los niños no han sido hallados hasta temprano a la mañana siguiente. Se supone generalmente en el vecindario que, como el primer niño extraviado dio como razón de su ausencia que una «señora hemosa» le había pedido que viniera a pasear, los otros habían recogido la frase y la usaban según la ocasión. Esto es tanto más natural cuanto que el juego favorito de los pequeños en este momento es atraerse unos a otros con artimañas. Un corresponsal nos escribe que ver a algunos de los diminutos chiquillos fingiendo ser la «señora hemosa» es sumamente gracioso. Algunos de nuestros caricaturistas, dice, podrían tomar una lección en la ironía de lo grotesco comparando la realidad y el dibujo. Es solo conforme a los principios generales de la naturaleza humana que la «señora hemosa» sea el papel popular en estas representaciones al aire libre. Nuestro corresponsal dice con ingenuidad que ni siquiera Ellen Terry podría ser tan cautivadoramente atractiva como fingen ser —e

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

incluso se imaginan serlo— algunos de estos chiquillos de cara sucia.

Hay, sin embargo, posiblemente un lado serio en la cuestión, pues algunos de los niños, de hecho todos los que han sido echados en falta de noche, han sido ligeramente desgarrados o heridos en la garganta. Las heridas parecen tales como las que podría hacer una rata o un perrito, y aunque de poca importancia individualmente, tenderían a mostrar que el animal que las inflige tiene un sistema o método propio. La policía de la división ha recibido instrucciones de vigilar atentamente a los niños extraviados, especialmente cuando son muy pequeños, en y alrededor de Hampstead Heath, y a cualquier perro callejero que ande por ahí.

«The Westminster Gazette», 25 de septiembre.

EDICIÓN EXTRA ESPECIAL.

EL HORROR DE HAMPSTEAD.

OTRO NIÑO HERIDO.

La «señora hemosa».

Acabamos de recibir la noticia de que otro niño, extraviado anoche, no fue descubierto hasta bien entrada la mañana bajo un matorral de aulaga en el lado de Shooter’s Hill de Hampstead Heath, que es, quizá, menos frecuentado que las otras partes. Tiene la misma diminuta herida en la garganta que se ha notado en otros casos. Estaba terriblemente débil y se veía bastante demacrado. También él, cuando se repuso en parte, tenía la historia común que contar de haber sido atraído por la «señora

hemosa».

CAPÍTULO XIV

Diario de Mina Harker

Diario de Mina Harker.

23 de septiembre.—Jonathan está mejor tras una mala noche. Me alegro tanto de que tenga mucho trabajo que hacer, pues eso mantiene su mente lejos de las cosas terribles; y oh, me regocijo de que no esté ahora abrumado por la responsabilidad de su nueva posición. Sabía que sería fiel a sí mismo, y ahora cuán orgullosa estoy de ver a mi Jonathan elevarse a la altura de su ascenso y mantener el paso en todos los sentidos con los deberes que le sobrevienen. Estará fuera todo el día hasta tarde, pues dijo que no podía almorzar en casa. Mis tareas domésticas están hechas, así que tomaré su diario del extranjero, y me encerraré en mi cuarto y lo leeré…

24 de septiembre.—No tuve ánimo de escribir anoche; ese terrible registro de Jonathan me trastornó tanto. ¡Pobre querido! Cuánto debe de haber sufrido, sea verdad o solo imaginación. Me pregunto si hay alguna verdad en ello. ¿Tuvo su fiebre cerebral, y luego escribió todas esas cosas terribles, o tuvo alguna causa para todo? Supongo que nunca lo sabré, pues no me atrevo a abrir el tema con él… ¡Y sin embargo ese hombre que vimos ayer! Parecía muy seguro de él… ¡Pobre muchacho! Supongo que fue el funeral lo que lo trastornó y devolvió su mente a alguna cadena de pensamiento… Él mismo cree todo. Recuerdo

cómo el día de nuestra boda dijo: «A menos que algún solemne deber me obligue a volver a las horas amargas, dormido o despierto, loco o cuerdo». Parece haber a través de todo ello algún hilo de continuidad… Aquel terrible Conde venía a Londres… Si fuera así, y viniera a Londres, con sus millones hormigueantes… Puede haber un solemne deber; y si viene no debemos retroceder ante él… Estaré preparada. Tomaré mi máquina de escribir en esta misma hora y empezaré a transcribir. Entonces estaremos listos para otros ojos si se requiere. Y si hace falta; entonces, quizá, si estoy preparada, el pobre Jonathan no se trastorne, pues puedo hablar por él y nunca dejar que se turbe o preocupe por ello en absoluto. Si alguna vez Jonathan supera por completo el nerviosismo puede querer contármelo todo, y yo puedo hacerle preguntas y averiguar cosas, y ver cómo puedo consolarlo.

Carta de Van Helsing a la señora Harker.

24 de septiembre.

(Confidencial)

Estimada señora:

Le ruego que perdone mi escribir, en que soy tan amigo como para que yo enviara a usted la triste noticia de la muerte de la señorita Lucy Westenra. Por la bondad de lord Godalming, estoy autorizado a leer sus cartas y papeles, pues estoy hondamente preocupado por ciertos asuntos de importancia vital. En ellos encuentro algunas cartas de usted, que muestran cuán grandes amigas eran y cuánto la quería. Oh, señora Mina, por ese amor, le imploro, ayúdeme. Es por el bien de otros que pido: para

reparar gran mal, y levantar muchos y terribles problemas, que puedan ser más grandes de lo que usted sabe. ¿Puede ser que yo la vea? Puede confiar en mí. Soy amigo del doctor John Seward y de lord Godalming (que era Arthur de la señorita Lucy). Debo mantenerlo privado por el presente de todos. Iría a Exeter a verla de inmediato si usted me dice que tengo privilegio de ir, y dónde y cuándo. Imploro su perdón, señora. He leído sus cartas a la pobre Lucy, y sé cuán buena es usted y cómo su marido sufre; así que le ruego, si puede ser, no lo ilustre, no sea que dañe. De nuevo su perdón, y perdóneme.

Van Helsing.

Telegrama de la señora Harker a Van Helsing.

25 de septiembre.—Venga hoy en el tren de las diez y cuarto si puede alcanzarlo. Puedo verlo a cualquier hora que llame.

Wilhelmina Harker.

Diario de Mina Harker.

25 de septiembre.—No puedo evitar sentirme terriblemente excitada a medida que se acerca la hora de la visita del doctor Van Helsing, pues de algún modo espero que arroje alguna luz sobre la triste experiencia de Jonathan; y como atendió a la pobre querida Lucy en su última enfermedad, puede contarme todo sobre ella. Esa es la razón de su venida; es acerca de Lucy y su sonambulismo, y no acerca de Jonathan. ¡Entonces nunca sabré ahora la verdad real! Qué tonta soy. Ese horrible diario se apodera de mi imaginación y tiñe todo con algo

de su propio color. Por supuesto es acerca de Lucy. Aquel hábito volvió a la pobre querida, y aquella espantosa noche en el acantilado debió de enfermarla. Casi había olvidado, en mis propios asuntos, cuán enferma estuvo después. Debió de contarle su aventura de sonámbula en el acantilado, y que yo sabía todo de ello; y ahora quiere que le diga lo que ella sabe, para poder comprender. Espero haber hecho bien en no decir nada de ello a la señora Westenra; nunca me lo perdonaría si algún acto mío, aunque fuera negativo, trajera daño a la pobre querida Lucy. Espero también que el doctor Van Helsing no me culpe; he tenido tanto problema y ansiedad últimamente que siento que no puedo soportar más justo ahora.

Supongo que un llanto nos hace bien a todas a veces: despeja el aire como otra lluvia. Quizá fue leer el diario ayer lo que me trastornó, y luego Jonathan se fue esta mañana para estar lejos de mí todo un día y una noche, la primera vez que nos separamos desde nuestro matrimonio. Espero de veras que el querido muchacho se cuide, y que nada ocurra que lo trastorne. Son las dos, y el doctor estará aquí pronto. No diré nada del diario de Jonathan a menos que él pregunte. Me alegro tanto de haber pasado a máquina mi propio diario, para que, en caso de que pregunte por Lucy, pueda dárselo; ahorrará muchas preguntas.

Más tarde.—Ha venido y se ha ido. Oh, qué reunión tan extraña, y cómo me hace girar la cabeza. Me siento como en un sueño. ¿Puede ser todo posible, o siquiera una

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

parte? Si no hubiera leído primero el diario de Jonathan, nunca habría aceptado ni una posibilidad. ¡Pobre, pobre, querido Jonathan! Cuánto debe de haber sufrido. Quiera el buen Dios que todo esto no lo trastorne de nuevo. Trataré de salvarlo de ello; pero puede ser incluso un consuelo y una ayuda para él —por terrible que sea y espantoso en sus consecuencias— saber con certeza que sus ojos y oídos y cerebro no lo engañaron, y que todo es verdad. Puede ser que sea la duda lo que lo obsesiona; que cuando la duda se elimine, sea cual sea —despierto o soñando— la verdad, quedará más satisfecho y mejor capaz de soportar la conmoción. El doctor Van Helsing debe de ser un buen hombre además de uno inteligente si es amigo de Arthur y del doctor Seward, y si lo trajeron desde Holanda para cuidar de Lucy. Siento por haberlo visto que es bueno y amable y de naturaleza noble. Cuando venga mañana le preguntaré por Jonathan; y entonces, si Dios quiere, toda esta pena y ansiedad pueda llevar a un buen fin. Antes pensaba que me gustaría practicar el entrevistar; el amigo de Jonathan en «The Exeter News» le dijo que la memoria lo era todo en tal trabajo: que debía ser capaz de anotar exactamente casi cada palabra hablada, aunque luego tuviera que refinar algo. Aquí hubo una entrevista rara; trataré de registrarla literalmente.

Eran las dos y media cuando llegó el golpe. Tomé valor à deux mains y esperé. En pocos minutos Mary abrió la puerta, y anunció: «El doctor Van Helsing».

Me levanté y me incliné, y él vino hacia mí; un hombre de peso medio, fuertemente constituido, con los hombros

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

echados hacia atrás sobre un pecho ancho y hondo, y un cuello bien equilibrado sobre el tronco como la cabeza sobre el cuello. El porte de la cabeza impresiona de inmediato como indicativo de pensamiento y poder; la cabeza es noble, bien proporcionada, ancha y grande tras las orejas. El rostro, afeitado, muestra una barbilla dura y cuadrada, una boca grande, resuelta y móvil, una nariz de buen tamaño, bastante recta, pero con ventanas vivas y sensibles, que parecen ensancharse cuando bajan las grandes y tupidas cejas y se tensa la boca. La frente es ancha y fina, elevándose al principio casi recta y luego inclinándose hacia atrás sobre dos protuberancias o crestas muy separadas; una frente tal que el cabello rojizo no puede caer sobre ella, sino que cae naturalmente hacia atrás y a los lados. Grandes ojos azul oscuro están muy separados, y son vivos y tiernos o severos según los humores del hombre. Me dijo:

«¿La señora Harker, no es?». Incliné la cabeza en asentimiento.

«¿Aquella era la señorita Mina Murray?». De nuevo asentí.

«Es a Mina Murray a quien vine a ver, que era amiga de esa pobre querida niña Lucy Westenra. Señora Mina, es por causa de la muerta que vengo».

«Señor —dije—, no podría tener mejor derecho sobre mí que el de haber sido amigo y ayuda de Lucy Westenra». Y le tendí la mano. La tomó y dijo con ternura:

«Oh, señora Mina, supe que la amiga de esa pobre muchacha lirio debía ser buena, pero aún tenía que

aprender…». Terminó su discurso con una cortés reverencia. Le pregunté qué era lo que quería verme, así que de inmediato empezó:

«He leído sus cartas a la señorita Lucy. Perdóneme, pero tenía que empezar a indagar en algún lado, y no había a quién preguntar. Sé que usted estuvo con ella en Whitby. Ella a veces llevaba un diario —no necesita parecer sorprendida, señora Mina; fue empezado después de que usted se fuera, y era en imitación de usted— y en ese diario ella traza por inferencia ciertas cosas a un sonambulismo en que anota que usted la salvó. En gran perplejidad vengo entonces a usted, y le pido, por su tanta bondad, que me cuente todo de ello que pueda recordar».

«Puedo contarle, creo, doctor Van Helsing, todo sobre ello».

«¡Ah, entonces tiene buena memoria para hechos, para detalles! No siempre es así con las señoritas jóvenes».

«No, doctor, pero lo anoté todo en su momento. Puedo mostrárselo si quiere».

«Oh, señora Mina, le estaré agradecido; me hará mucho favor». No pude resistir la tentación de mistificarlo un poco —supongo que es algo del gusto de la manzana original que todavía nos queda en la boca—, así que le tendí el diario en taquigrafía. Lo tomó con una reverencia agradecida, y dijo:

«¿Puedo leerlo?».

«Si quiere», respondí tan recatadamente como pude. Lo abrió, y por un instante su rostro se descompuso. Luego se

puso de pie e hizo una reverencia.

«¡Oh, usted mujer tan lista! —dijo—. Supe hace tiempo que el señor Jonathan era hombre de mucha gratitud; pero vea, su esposa tiene todas las cosas buenas. ¿Y no me honrará tanto y me ayudará de tal modo como para leerlo por mí? ¡Ay! No sé la taquigrafía». A estas alturas mi pequeña broma había terminado, y casi me avergonzaba; así que saqué la copia mecanografiada de mi costurero y se la di.

«Perdóneme —dije—: no pude evitarlo; pero había estado pensando que era de la querida Lucy de quien deseaba preguntar, y así para que no tuviera que esperar —no por mí, sino porque sé que su tiempo debe de ser precioso— lo he pasado a máquina para usted».

Lo tomó y sus ojos brillaron. «Es usted tan buena —dijo—. ¿Y puedo leerlo ahora? Puede que quiera preguntarle algunas cosas cuando haya leído».

«Por supuesto —dije—, léalo mientras yo encargo el almuerzo; y luego puede hacerme preguntas mientras comemos». Se inclinó y se acomodó en una silla de espaldas a la luz, y quedó absorto en los papeles, mientras yo iba a ocuparme del almuerzo sobre todo para que no lo molestaran. Cuando volví, lo hallé caminando de prisa de un lado a otro de la habitación, con el rostro todo encendido de excitación. Corrió hacia mí y me tomó de ambas manos.

«Oh, señora Mina —dijo—, ¿cómo decir lo que le debo? Este papel es como el sol. Me abre la puerta. Estoy aturdido, estoy deslumbrado, con tanta luz, y sin embargo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

las nubes rueden detrás de la luz cada vez. Pero eso usted no comprende, no puede comprender. Oh, pero le estoy agradecido, usted mujer tan lista. Señora» —dijo esto muy solemnemente— «si alguna vez Abraham Van Helsing puede hacer algo por usted o los suyos, confío en que me lo hará saber. Será placer y deleite si puedo servirla como amigo; como amigo, pero todo lo que he aprendido, todo lo que puedo hacer, será para usted y los que usted ama. Hay oscuridades en la vida, y hay luces; usted es una de las luces. Tendrá vida feliz y vida buena, y su marido será bendecido en usted».

«Pero, doctor, me elogia demasiado, y... y usted no me conoce».

«¿No conocerla? ¡Yo, que soy viejo, y que he estudiado toda mi vida hombres y mujeres; yo, que he hecho mi especialidad el cerebro y todo lo que a él pertenece y todo lo que de él sigue! Y he leído su diario, que usted tan bien ha escrito para mí, y que exhala verdad en cada línea. ¡Yo, que he leído su tan dulce carta a la pobre Lucy sobre su matrimonio y su confianza, no conocerla! Oh, señora Mina, las mujeres buenas dicen toda su vida, y por días y por horas y por minutos, tales cosas que los ángeles pueden leer; y nosotros los hombres que deseamos saber tenemos en nosotros algo de ojos de ángeles. Su marido es naturaleza noble, y usted es noble también, pues usted confía, y la confianza no puede estar donde hay naturaleza mezquina. Y su marido: hábleme de él. ¿Está del todo bien? ¿Se ha ido toda esa fiebre, y está fuerte y sano?». Vi aquí una abertura para preguntarle por Jonathan, así que

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

dije:

«Estaba casi recuperado, pero la muerte del señor Hawkins lo ha trastornado mucho». Me interrumpió:

«Oh, sí, lo sé, lo sé. He leído sus dos últimas cartas». Seguí:

«Supongo que esto lo trastornó, pues cuando estuvimos en la ciudad el jueves pasado tuvo una especie de conmoción».

«¡Una conmoción, y después de fiebre cerebral tan pronto! Eso no fue bueno. ¿Qué clase de conmoción fue?».

«Pensó que vio a alguien que le recordó algo terrible, algo que lo llevó a su fiebre cerebral». Y aquí todo el asunto pareció abrumarme de golpe. La compasión por Jonathan, el horror que experimentó, todo el espantoso misterio de su diario, y el miedo que me ha estado rondando desde entonces, vinieron en tumulto. Supongo que estaba histérica, pues me arrojé de rodillas y alcé las manos hacia él, e imploré que devolviera la salud a mi marido. Tomó mis manos y me levantó, y me hizo sentar en el sofá, y se sentó a mi lado; sostuvo mi mano en la suya, y me dijo con, oh, tan infinita dulzura:

«Mi vida es árida y solitaria, y tan llena de trabajo que no he tenido mucho tiempo para amistades; pero desde que mi amigo John Seward me convocó aquí he conocido a tanta buena gente y visto tal nobleza que siento más que nunca —y ha crecido con mis años avanzados— la soledad de mi vida. Créame, pues, que vengo aquí lleno de respeto por usted, y usted me ha dado esperanza: esperanza, no en

lo que busco, sino de que quedan aún buenas mujeres para hacer feliz la vida; buenas mujeres, cuyas vidas y cuyas verdades pueden dar buena lección a los niños que han de ser. Me alegro, me alegro, de poder serle aquí de alguna utilidad; pues si su marido sufre, sufre dentro del alcance de mi estudio y experiencia. Le prometo que con gusto haré todo por él que pueda: todo para hacer su vida fuerte y varonil, y la de usted feliz. Ahora debe comer. Está sobreexcitada y quizá demasiado ansiosa. Al marido Jonathan no le gustaría verla tan pálida; y lo que a él no gusta donde él ama no es para su bien. Por lo tanto por él debe comer y sonreír. Usted me ha contado todo sobre Lucy, y así ahora no hablaremos de ello, para no afligir. Me quedaré en Exeter esta noche, pues quiero pensar mucho sobre lo que me ha contado, y cuando haya pensado le haré preguntas, si puedo. Y entonces también, usted me hablará del problema del marido Jonathan en cuanto pueda, pero todavía no. Debe comer ahora; después me lo contará todo».

Después del almuerzo, cuando volvimos al salón, me dijo:

«Y ahora háble me de él». Cuando llegó el momento de hablar a este gran hombre sabio, empecé a temer que me creyera una necia débil, y a Jonathan un loco —ese diario es todo tan extraño— y dudé en seguir. Pero era tan dulce y amable, y había prometido ayudar, y yo confiaba en él, así que dije:

«Doctor Van Helsing, lo que tengo que contarle es tan raro que no debe reírse de mí ni de mi marido. He estado

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

desde ayer en una especie de fiebre de duda; debe ser bondadoso conmigo, y no considerarme tonta por haber creído siquiera a medias algunas cosas muy extrañas». Me tranquilizó con su modo tanto como con sus palabras cuando dijo:

«Oh, querida, si supiera cuán extraño es el asunto por el cual estoy aquí, sería usted quien se reiría. He aprendido a no tener en poco la creencia de nadie, por extraña que sea. He tratado de mantener una mente abierta; y no son las cosas ordinarias de la vida las que podrían cerrarla, sino las cosas extrañas, las cosas extraordinarias, las cosas que hacen dudar si están locos o cuerdos».

«¡Gracias, gracias, mil veces! Me ha quitado un peso de la mente. Si me lo permite, le daré un escrito para leer. Es largo, pero lo he pasado a máquina. Le dirá mi problema y el de Jonathan. Es la copia de su diario cuando estuvo en el extranjero, y de todo lo que ocurrió. No me atrevo a decir nada de ello; lo leerá usted mismo y juzgará. Y luego cuando lo vea, quizá, será usted muy bondadoso y me dirá lo que piensa».

«Lo prometo —dijo mientras le daba los papeles—; por la mañana, tan pronto como pueda, vendré a ver a usted y a su marido, si puedo».

«Jonathan estará aquí a las once y media, y usted debe venir a almorzar con nosotros y verlo entonces; podría tomar el tren rápido de las 3:34, que lo dejará en Paddington antes de las ocho». Se sorprendió de mi conocimiento de memoria de los trenes, pero no sabe que me he aprendido todos los trenes de ida y vuelta a Exeter,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

para poder ayudar a Jonathan por si tiene prisa.

Así que tomó los papeles consigo y se fue, y yo me quedo aquí pensando, pensando no sé qué.

Carta (entregada en mano) de Van Helsing a la señora Harker.

25 de septiembre, 6 en punto.

Estimada señora Mina:

He leído el tan maravilloso diario de su marido. Puede dormir sin duda. ¡Extraño y terrible como es, es verdad! Empeñaré mi vida en ello. Puede ser peor para otros; pero para él y usted no hay temor. Es un hombre noble; y déjeme decirle por experiencia de hombres que uno que hiciera como él hizo al bajar por ese muro y a esa habitación —sí, y al ir una segunda vez— no es uno que quede herido en permanencia por una conmoción. Su cerebro y su corazón están bien; esto lo juro, antes de haberlo visto siquiera; así que descanse. Tendré mucho que preguntarle sobre otras cosas. Soy bendecido de que hoy vine a verla, pues he aprendido de golpe tanto que otra vez estoy deslumbrado, deslumbrado más que nunca, y debo pensar.

Suyo el más fiel,

Abraham Van Helsing.

Carta de la señora Harker a Van Helsing.

25 de septiembre, 6:30 p. m.

Mi querido doctor Van Helsing:

Mil gracias por su amable carta, que me ha quitado un gran peso de la mente. Y sin embargo, si es cierto, qué

cosas terribles hay en el mundo, y qué cosa espantosa si ese hombre, ese monstruo, está realmente en Londres. Temo pensarlo. En este mismo momento, mientras escribía, he recibido un telegrama de Jonathan, diciendo que sale en el tren de las 6:25 de esta noche desde Launceston y estará aquí a las 10:18, de modo que no tendré miedo esta noche. ¿Querrá usted, por tanto, en vez de almorzar con nosotros, venir por favor a desayunar a las ocho, si no es demasiado temprano para usted? Puede irse, si tiene prisa, en el tren de las 10:30, que lo llevará a Paddington a las 2:35. No responda a esto, pues daré por sentado que, si no sé nada, vendrá a desayunar.

Créame,

Su fiel y agradecida amiga,

Mina Harker.

Diario de Jonathan Harker.

26 de septiembre.—Pensé que nunca volvería a escribir en este diario, pero ha llegado el momento. Cuando llegué a casa anoche, Mina tenía la cena lista, y cuando hubimos cenado me habló de la visita de Van Helsing, y de haberle dado los dos diarios copiados, y de cuán ansiosa ha estado por mí. Me mostró en la carta del doctor que todo lo que escribí era verdad. Parece haber hecho de mí un hombre nuevo. Era la duda sobre la realidad de todo el asunto lo que me derribó. Me sentía impotente, y a oscuras, y desconfiado. Pero ahora que sé, no tengo miedo, ni siquiera del Conde. Ha logrado después de todo, pues, su designio de llegar a Londres, y era a él a quien vi. Ha rejuvenecido, ¿y cómo? Van Helsing es el hombre para

desenmascararlo y darle caza, si es algo como lo que dice Mina. Nos quedamos hasta tarde, y lo hablamos todo. Mina se está vistiendo, y pasaré por el hotel en pocos minutos y lo traeré…

Estaba, creo, sorprendido de verme. Cuando entré en la habitación donde estaba, y me presenté, me tomó por el hombro, y volvió mi rostro hacia la luz, y dijo, tras un agudo escrutinio:

«Pero la señora Mina me dijo que usted estaba enfermo, que había tenido una conmoción». Fue tan gracioso oír a mi esposa llamada «la señora Mina» por este anciano bondadoso y de rostro firme. Sonreí, y dije:

«Estaba enfermo, he tenido una conmoción; pero usted me ha curado ya».

«¿Y cómo?».

«Por su carta a Mina anoche. Yo estaba en duda, y luego todo tomó un matiz de irrealidad, y no sabía en qué confiar, ni siquiera en la evidencia de mis propios sentidos. Sin saber en qué confiar, no sabía qué hacer; y así solo tenía que seguir trabajando en lo que había sido hasta entonces el surco de mi vida. El surco dejó de valerme, y desconfié de mí mismo. Doctor, usted no sabe lo que es dudar de todo, incluso de uno mismo. No, no lo sabe; no podría con unas cejas como las suyas». Pareció complacido, y rio al decir:

«¡Así! Usted es fisonomista. Aprendo más aquí con cada hora. Vengo con tanto placer a desayunar con ustedes; y, oh, señor, me perdonará el elogio de un viejo, pero es

usted bendecido en su esposa». Yo habría escuchado a él seguir elogiando a Mina por un día, así que simplemente asentí y me quedé callado.

«Ella es una de las mujeres de Dios, formada por Su propia mano para mostrarnos a los hombres y a otras mujeres que hay un cielo al que podemos entrar, y que su luz puede estar aquí en la tierra. Tan verdadera, tan dulce, tan noble, tan poco egoísta, y eso, déjeme decirle, es mucho en esta época, tan escéptica y egoísta. Y usted, señor: he leído todas las cartas a la pobre señorita Lucy, y algunas de ellas hablan de usted, así que lo conozco desde hace unos días por el conocer de otros; pero he visto su verdadero yo desde anoche. Me dará su mano, ¿verdad? Y seamos amigos por toda la vida».

Nos estrechamos las manos, y estaba tan serio y era tan amable que me hizo atragantarme.

«Y ahora —dijo—, ¿puedo pedirle algo más de ayuda? Tengo una gran tarea que hacer, y al principio es saber. Usted puede ayudarme aquí. ¿Puede decirme qué precedió a su ida a Transilvania? Más adelante puedo pedirle más ayuda, y de otra clase; pero al principio esto bastará».

«Mire, señor —dije—, ¿lo que usted tiene que hacer concierne al Conde?».

«Concierne», dijo solemnemente.

«Entonces estoy con usted en cuerpo y alma. Como usted va en el tren de las 10:30, no tendrá tiempo de leerlos; pero buscaré el fajo de papeles. Puede llevarlos consigo y leerlos en el tren».

Después del desayuno lo acompañé a la estación. Al despedirnos dijo:

«Quizá usted venga a la ciudad si le mando aviso, y traiga a la señora Mina también».

«Ambos vendremos cuando usted quiera», dije.

Le había comprado los periódicos de la mañana y los de Londres de la noche anterior, y mientras hablábamos en la ventanilla del vagón, esperando que arrancara el tren, los iba hojeando. Sus ojos parecieron captar de pronto algo en uno de ellos, «The Westminster Gazette» —lo reconocí por el color—, y se puso del todo blanco. Leyó algo con intensidad, gimiendo para sí: «¡Mein Gott! ¡Mein Gott! ¡Tan pronto! ¡tan pronto!». No creo que me recordara en ese momento. Justo entonces sonó el silbato, y el tren se puso en marcha. Esto lo devolvió a sí mismo, y se asomó por la ventanilla y agitó la mano, gritando: «Cariños a la señora Mina; escribiré tan pronto como pueda».

Diario del doctor Seward.

26 de septiembre.—En verdad no existe tal cosa como lo definitivo. No hace una semana que dije «Finis», y sin embargo aquí estoy empezando de nuevo, o más bien continuando el mismo registro. Hasta esta tarde no tenía motivo para pensar en lo que ya está hecho. Renfield se había vuelto, a todos los efectos, tan cuerdo como siempre lo estuvo. Ya iba bien adelantado con su negocio de moscas; y acababa de empezar también en el ramo de las arañas; así que no me había dado ningún problema. Tuve una carta de Arthur, escrita el domingo, y de ella deduzco que lo lleva maravillosamente bien. Quincey Morris está

con él, y eso es mucha ayuda, pues él mismo es un pozo burbujeante de buen ánimo. Quincey me escribió también una línea, y por él sé que Arthur empieza a recobrar algo de su antigua animación; así que en cuanto a todos ellos mi mente está tranquila. En cuanto a mí, me estaba asentando en mi trabajo con el entusiasmo que solía tener por él, de modo que habría podido decir con justicia que la herida que la pobre Lucy me dejó se estaba cicatrizando. Todo está, sin embargo, ahora reabierto; y cuál será el fin solo Dios lo sabe. Tengo una idea de que Van Helsing piensa que lo sabe también, pero solo soltará lo suficiente cada vez para aguzar la curiosidad. Fue a Exeter ayer, y se quedó allí toda la noche. Hoy volvió, y casi irrumpió de un brinco en el cuarto hacia las cinco y media, y me metió en la mano «The Westminster Gazette» de anoche.

«¿Qué piensa de eso?», preguntó mientras se echaba atrás y cruzaba los brazos.

Revisé el periódico, pues realmente no sabía qué quería decir; pero me lo quitó y señaló un párrafo sobre niños atraídos con engaños en Hampstead. No me dijo mucho, hasta que llegué a un pasaje que describía pequeñas heridas punzantes en sus gargantas. Se me ocurrió una idea, y alcé la vista. «¿Y bien?», dijo.

«Es como la de la pobre Lucy».

«¿Y qué saca de ello?».

«Simplemente que hay alguna causa en común. Lo que hirió a ella ha herido a ellos». No entendí bien su respuesta:

«Eso es verdad indirectamente, pero no directamente».

«¿Cómo quiere decir, profesor?», pregunté. Yo estaba algo inclinado a tomar su seriedad a la ligera —pues, después de todo, cuatro días de descanso y libertad de una ansiedad ardiente y desgarradora ayudan a restaurar el ánimo—, pero cuando vi su rostro, me serenó. Nunca, ni siquiera en medio de nuestra desesperación por la pobre Lucy, se había visto más severo.

«¡Dígame! —dije—. No puedo aventurar opinión alguna. No sé qué pensar, y no tengo datos sobre los que fundar una conjetura».

«¿Quiere decirme, amigo John, que no tiene sospecha de qué murió la pobre Lucy; ni después de todas las pistas dadas, no solo por los hechos, sino por mí?».

«De postración nerviosa consecutiva a gran pérdida o gasto de sangre».

«¿Y cómo la sangre perdida o gastada?». Sacudí la cabeza. Se acercó y se sentó a mi lado, y siguió:

«Usted es hombre listo, amigo John; razona bien, y su ingenio es audaz; pero tiene demasiado prejuicio. No deja que sus ojos vean ni sus oídos oigan, y lo que está fuera de su vida diaria no cuenta para usted. ¿No piensa que hay cosas que usted no puede comprender, y sin embargo que son; que algunas personas ven cosas que otras no pueden? Pero hay cosas viejas y nuevas que no deben ser contempladas por ojos de hombres, porque saben, o piensan que saben, algunas cosas que otros hombres les han dicho. Ah, es la falta de nuestra ciencia que quiere

explicar todo; y si no explica, entonces dice que no hay nada que explicar. Pero sin embargo vemos alrededor de nosotros cada día el crecer de nuevas creencias, que se piensan nuevas; y que no son sino las viejas, que pretenden ser jóvenes, como las damas elegantes en la ópera. Supongo que ahora usted no cree en la transferencia corpórea. ¿No? Ni en la materialización. ¿No? Ni en los cuerpos astrales. ¿No? Ni en la lectura del pensamiento. ¿No? Ni en el hipnotismo…».

«Sí —dije—. Charcot lo ha probado bastante bien». Sonrió mientras seguía: «Entonces está usted satisfecho en cuanto a eso. ¿Sí? Y por supuesto entonces comprende cómo actúa, y puede seguir la mente del gran Charcot —¡ay que ya no está!— hasta el alma misma del paciente que influye. ¿No? Entonces, amigo John, ¿debo entender que simplemente acepta el hecho, y se contenta con dejar de premisa a conclusión un blanco? ¿No? Entonces dígame —pues soy estudiante del cerebro— cómo acepta el hipnotismo y rechaza la lectura del pensamiento. Déjeme decirle, mi amigo, que hay cosas hechas hoy en la ciencia eléctrica que habrían sido juzgadas impías por los mismos hombres que descubrieron la electricidad, que ellos mismos no mucho antes habrían sido quemados como brujos. Siempre hay misterios en la vida. ¿Por qué Matusalén vivió novecientos años, y “el viejo Parr” ciento sesenta y nueve, y sin embargo la pobre Lucy, con sangre de cuatro hombres en sus pobres venas, no pudo vivir ni un día? Pues, si hubiera vivido un día más, la habríamos salvado. ¿Conoce todo el misterio de la vida y la muerte? ¿Conoce el conjunto de la anatomía comparada y puede

decir por qué las cualidades de los brutos están en algunos hombres, y no en otros? ¿Puede decirme por qué, cuando otras arañas mueren pequeñas y pronto, esa gran araña vivió siglos en la torre de la vieja iglesia española y creció y creció, hasta que, al descender, podía beber el aceite de todas las lámparas de la iglesia? ¿Puede decirme por qué en las Pampas, sí y en otras partes, hay murciélagos que vienen de noche y abren las venas de ganado y caballos y les chupan secas las venas; cómo en algunas islas de los mares del Oeste hay murciélagos que cuelgan de los árboles todo el día, y los que han visto describen como semejantes a nueces gigantes o vainas, y que cuando los marineros duermen en cubierta, porque hace calor, se lanzan sobre ellos, y entonces, ¿y entonces por la mañana se encuentran hombres muertos, blancos como incluso la señorita Lucy estuvo?».

«¡Dios mío, profesor! —dije, levantándome de un salto—. ¿Quiere decirme que Lucy fue mordida por un murciélago así; y que tal cosa está aquí en Londres en el siglo diecinueve?». Agitó la mano pidiendo silencio, y siguió:

«¿Puede decirme por qué la tortuga vive más que generaciones de hombres; por qué el elefante sigue y sigue hasta que ha visto dinastías; y por qué el loro nunca muere salvo de mordedura de gato o perro o otra dolencia? ¿Puede decirme por qué los hombres creen en todas las edades y lugares que hay unos pocos que viven siempre si les es permitido; que hay hombres y mujeres que no pueden morir? Todos sabemos, porque la ciencia ha atestiguado el hecho, que ha habido sapos encerrados

en rocas por miles de años, encerrados en un agujero tan pequeño que solo lo contiene a él desde la juventud del mundo. ¿Puede decirme cómo el faquir indio puede hacerse morir y ser enterrado, y su tumba sellada y maíz sembrado en ella, y el maíz cosechado y cortado y sembrado y cosechado y cortado otra vez, y luego vienen hombres y quitan el sello intacto y allí yace el faquir indio, no muerto, sino que se levanta y camina entre ellos como antes?». Aquí lo interrumpí. Me estaba desconcertando; apiñaba tanto en mi mente su lista de excentricidades de la naturaleza e imposibilidades posibles que mi imaginación se estaba encendiendo. Tenía una vaga idea de que me estaba enseñando una lección, como hacía mucho solía hacer en su estudio de Ámsterdam; pero entonces solía decirme la cosa, para que pudiera tener el objeto del pensamiento en mente todo el tiempo. Pero ahora me faltaba esta ayuda, y sin embargo quería seguirlo, así que dije:

«Profesor, déjeme ser su estudiante predilecto otra vez. Dígame la tesis, para que pueda aplicar su conocimiento mientras avanza. Ahora mismo voy en mi mente de punto en punto como un loco, y no un cuerdo, sigue una idea. Me siento como un novicio que avanza torpemente por un pantano en la niebla, saltando de una mata a otra en el mero esfuerzo ciego de seguir sin saber adónde voy».

«Esa es buena imagen —dijo—. Bien, se lo diré. Mi tesis es esta: quiero que crea».

«¿Que crea qué?».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Que crea en cosas que no puede. Déjeme ilustrar. Oí una vez de un americano que así definió la fe: “esa facultad que nos permite creer cosas que sabemos que son falsas”. Por una vez, sigo a ese hombre. Quería decir que tengamos una mente abierta, y no dejemos que un poquito de verdad detenga el impulso de una gran verdad, como una piedra pequeña hace con un vagón de ferrocarril. Obtenemos primero la pequeña verdad. ¡Bien! La guardamos, y la valoramos; pero igual no debemos dejar que se crea toda la verdad del universo».

«Entonces quiere que no deje que alguna convicción previa dañe la receptividad de mi mente respecto de algún asunto extraño. ¿Leo bien su lección?».

«Ah, usted sigue siendo mi alumno predilecto. Vale la pena enseñarle. Ahora que está dispuesto a comprender, ha dado el primer paso para comprender. ¿Piensa entonces que esos tan pequeños agujeros en las gargantas de los niños los hizo el mismo que hizo el agujero en la señorita Lucy?».

«Supongo que sí». Se puso de pie y dijo solemnemente:

«Entonces se equivoca. ¡Oh, ojalá fuera así! pero ¡ay! no. Es peor, mucho, mucho peor».

«En nombre de Dios, profesor Van Helsing, ¿qué quiere decir?», grité.

Se arrojó con un gesto desesperado en una silla y apoyó los codos en la mesa, cubriéndose el rostro con las manos mientras hablaba:

«¡Los hizo la señorita Lucy!».

CAPÍTULO XV

Diario del doctor Seward (continuación)

Por un rato me dominó la pura ira; era como si hubiera golpeado en la cara a Lucy durante su vida. Golpeé fuerte la mesa y me levanté mientras le decía:

«Doctor Van Helsing, ¿está usted loco?». Alzó la cabeza y me miró, y de algún modo la ternura de su rostro me calmó de inmediato. «¡Ojalá lo estuviera! —dijo—. La locura sería fácil de soportar comparada con una verdad como esta. Oh, mi amigo, ¿por qué, piensa usted, di tanta vuelta, por qué tardé tanto en decirle algo tan simple? ¿Fue porque lo odio y lo he odiado toda mi vida? ¿Fue porque deseaba causarle dolor? ¿Fue que quise, ahora tan tarde, venganza por aquella vez en que usted me salvó la vida, y de una muerte espantosa? ¡Ah no!».

«Perdóneme», dije. Siguió:

«Mi amigo, fue porque deseaba ser gentil al romperlo a usted, pues sé que amó a esa tan dulce dama. Pero aun ahora no espero que crea. Es tan difícil aceptar de golpe cualquier verdad abstracta, que podemos dudar que tal sea posible cuando siempre hemos creído el “no” de ella; es más difícil todavía aceptar una verdad concreta tan triste, y de una como la señorita Lucy. Esta noche voy a probarlo. ¿Se atreve a venir conmigo?».

Esto me dejó pasmado. A un hombre no le gusta probar tal verdad; salvo Byron, exceptuado de la categoría, los celos.

«Y probar la verdad misma que más aborrecía».

Vio mi vacilación, y habló:

«La lógica es simple, no lógica de loco esta vez, saltando de mata en mata en un pantano brumoso. Si no es verdad, entonces la prueba será alivio; en el peor caso no hará daño. ¡Si es verdad! Ah, ahí está el pavor; sin embargo el pavor mismo debería ayudar a mi causa, pues en él hay alguna necesidad de creencia. Venga, le digo lo que propongo: primero, que vayamos ahora a ver a ese niño en el hospital. El doctor Vincent, del Hospital del Norte, donde dicen los periódicos que está el niño, es amigo mío, y creo que suyo, pues estuvo en clase en Ámsterdam. Dejará que dos científicos vean su caso, aunque no deje a dos amigos. No le diremos nada, solo que deseamos aprender. Y luego…».

«¿Y luego?». Sacó una llave del bolsillo y la levantó. «Y luego pasamos la noche, usted y yo, en el cementerio donde yace Lucy. Esta es la llave que cierra la tumba. La tuve del hombre de los ataúdes para dársela a Arthur». Se me encogió el corazón, pues sentí que había alguna espantosa prueba ante nosotros. No podía hacer nada, sin embargo, así que cobré el ánimo que pude y dije que más valía darnos prisa, pues la tarde pasaba…

Encontramos al niño despierto. Había dormido y tomado algo de comida, y en conjunto iba bien. El doctor Vincent le quitó el vendaje de la garganta y nos mostró las

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

punciones. No había error posible sobre la semejanza con las que había habido en la garganta de Lucy. Eran más pequeñas, y los bordes se veían más frescos; eso era todo. Preguntamos a Vincent a qué las atribuía, y respondió que debía de ser una mordedura de algún animal, quizá una rata; pero, por su parte, se inclinaba a pensar que era uno de los murciélagos que son tan numerosos en las alturas del norte de Londres. «Entre tantos inofensivos —dijo—, puede haber algún ejemplar salvaje del Sur de una especie más maligna. Algún marinero puede haber traído uno a casa, y logró escapar; o incluso de los Jardines Zoológicos una cría puede haberse soltado, o se puede haber criado una allí a partir de un vampiro. Estas cosas ocurren, ya sabe. Hace solo diez días se escapó un lobo, y fue rastreado, creo, hacia esta dirección. Durante una semana después, los niños no jugaron más que a Caperucita Roja en el Heath y en cada callejón del lugar, hasta que vino este susto de la "señora hemosa", desde el cual ha sido para ellos tiempo de gala. Incluso este pobre pequeñín, cuando despertó hoy, preguntó a la enfermera si podía irse. Cuando ella le preguntó por qué quería irse, dijo que quería jugar con la "señora hemosa"».

«Espero —dijo Van Helsing— que cuando mande al niño a casa advertirá a sus padres de que lo vigilen estrictamente. Estas fantasías de extraviarse son peligrosísimas; y si el niño se quedara fuera otra noche, probablemente sería fatal. Pero en todo caso supongo que no lo dejará salir por unos días».

«Ciertamente no, no por una semana al menos; más si la herida no cicatriza».

Nuestra visita al hospital llevó más tiempo del que habíamos calculado, y el sol se había puesto cuando salimos. Cuando Van Helsing vio lo oscuro que estaba, dijo:

«No hay prisa. Es más tarde de lo que pensé. Venga, busquemos un lugar donde comer, y luego seguiremos nuestro camino».

Cenamos en «Jack Straw's Castle» junto con un pequeño gentío de ciclistas y otros que eran afablemente ruidosos. Hacia las diez salimos de la posada. Estaba entonces muy oscuro, y las lámparas dispersas hacían mayor la oscuridad una vez fuera de su radio individual. El profesor había anotado evidentemente el camino que íbamos a seguir, pues avanzaba sin vacilar; pero, en cuanto a mí, estaba en un completo lío en cuanto a la localidad. A medida que avanzábamos nos cruzamos con menos y menos gente, hasta que al fin nos sorprendimos algo cuando nos topamos hasta con la patrulla de la policía montada haciendo su ronda suburbana de costumbre. Por fin llegamos al muro del cementerio, que escalamos. Con alguna pequeña dificultad —pues estaba muy oscuro, y todo el lugar nos parecía tan extraño— hallamos la tumba de los Westenra. El profesor tomó la llave, abrió la puerta chirriante y, echándose atrás, cortésmente, pero con total inconsciencia, me hizo seña de pasar delante. Había una deliciosa ironía en el ofrecimiento, en la cortesía de dar preferencia en tan espantosa ocasión. Mi compañero me

siguió rápidamente, y entornó con cautela la puerta, tras cerciorarse cuidadosamente de que la cerradura era de pestillo caído, y no de resorte. En este último caso habríamos estado en un mal trance. Luego rebuscó en su maletín y, sacando una caja de fósforos y un trozo de vela, procedió a hacer luz. La tumba de día, y cuando estaba adornada con flores frescas, se había visto bastante torva y horrenda; pero ahora, algunos días después, cuando las flores colgaban lacias y muertas, sus blancos volviéndose herrumbre y sus verdes pardos; cuando la araña y el escarabajo habían reanudado su acostumbrado dominio; cuando la piedra descolorida por el tiempo, y el mortero incrustado de polvo, y el hierro herrumbroso y húmedo, y el latón empañado, y el chapado de plata nublado devolvían el débil resplandor de una vela, el efecto era más miserable y sórdido de lo que habría podido imaginarse. Transmitía irresistiblemente la idea de que la vida —la vida animal— no era lo único que podía pasar.

Van Helsing se puso a su trabajo sistemáticamente. Sosteniendo la vela de modo que pudiera leer las placas de los ataúdes, y sosteniéndola de manera que el esperma cayera en manchas blancas que se solidificaban al tocar el metal, se aseguró del ataúd de Lucy. Otra búsqueda en su maletín, y sacó un destornillador.

«¿Qué va a hacer?», pregunté.

«Abrir el ataúd. Todavía se convencerá». Inmediatamente empezó a sacar los tornillos, y por fin levantó la tapa, mostrando el forro de plomo debajo. La vista fue casi demasiado para mí. Parecía ser tanto una

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

afrenta a la muerta como habría sido despojarla de su ropa en sueños mientras vivía; de hecho le tomé la mano para detenerlo. Solo dijo: «Verá», y otra vez rebuscando en su maletín, sacó una diminuta sierra de calar. Clavando el destornillador a través del plomo con una rápida puñalada hacia abajo, que me hizo estremecer, hizo un pequeño agujero, que era, sin embargo, lo bastante grande para admitir la punta de la sierra. Yo había esperado una oleada de gas del cadáver de una semana. Los médicos, que hemos tenido que estudiar nuestros peligros, tenemos que acostumbrarnos a tales cosas, y retrocedí hacia la puerta. Pero el profesor no se detuvo ni un momento; serró un par de pies por un lado del ataúd de plomo, y luego a lo ancho, y bajó por el otro lado. Tomando el borde de la pestaña suelta, la dobló hacia atrás hacia los pies del ataúd y, alzando la vela hacia la abertura, me hizo seña de mirar.

Me acerqué y miré. El ataúd estaba vacío.

Fue ciertamente una sorpresa para mí, y me dio una considerable conmoción, pero Van Helsing permaneció impasible. Estaba ahora más seguro que nunca de su terreno, y así animado a proseguir su tarea. «¿Está satisfecho ahora, amigo John?», preguntó.

Sentí despertar dentro de mí toda la terca disposición discutidora de mi naturaleza mientras le respondía:

«Estoy satisfecho de que el cuerpo de Lucy no está en ese ataúd; pero eso prueba solo una cosa».

«¿Y cuál es esa, amigo John?».

«Que no está allí».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Esa es buena lógica —dijo—, hasta donde llega. Pero ¿cómo explica usted —cómo puede explicar— que no esté allí?».

«Quizá un ladrón de cadáveres —sugerí—. Algunos de la gente del empresario de pompas fúnebres pueden haberlo robado». Sentí que decía una tontería, y sin embargo era la única causa real que podía sugerir. El profesor suspiró. «¡Ah bueno! —dijo—, debemos tener más pruebas. Venga conmigo».

Volvió a poner la tapa del ataúd, recogió todas sus cosas y las puso en el maletín, apagó la luz y puso también la vela en el maletín. Abrimos la puerta y salimos. Detrás de nosotros cerró la puerta y echó la llave. Me tendió la llave, diciendo: «¿La guardará usted? Más vale que esté seguro». Reí —no fue una risa muy alegre, debo decirlo— mientras le hacía seña de que la guardara él. «Una llave no es nada —dije—; puede haber duplicados; y en todo caso no es difícil forzar una cerradura de esa clase». No dijo nada, sino que se guardó la llave en el bolsillo. Luego me dijo que vigilara en un lado del cementerio mientras él vigilaría en el otro. Tomé mi puesto detrás de un tejo, y vi su figura oscura moverse hasta que las lápidas y los árboles intermedios la ocultaron a mi vista.

Fue una vigilia solitaria. Justo después de tomar mi puesto oí un reloj lejano dar las doce, y a su tiempo llegaron la una y las dos. Estaba helado y desasosegado, y enojado con el profesor por llevarme a tal misión y conmigo mismo por venir. Tenía demasiado frío y demasiado sueño para ser agudamente observador, y no el

sueño suficiente para traicionar mi cometido, así que en conjunto pasé un tiempo sombrío y miserable.

De repente, al volverme, creí ver algo como una raya blanca, moviéndose entre dos tejos oscuros en el lado del cementerio más lejano de la tumba; al mismo tiempo una masa oscura se movió desde el lado del terreno del profesor, y se dirigió apresuradamente hacia ella. Entonces me moví yo también; pero tuve que rodear lápidas y tumbas enrejadas, y tropecé con sepulturas. El cielo estaba encapotado, y en algún lugar lejano cantó un gallo madrugador. A poca distancia, más allá de una fila de enebros dispersos que marcaba el sendero a la iglesia, una figura blanca y tenue revoloteó en dirección a la tumba. La tumba misma estaba oculta por los árboles, y no pude ver dónde desapareció la figura. Oí el crujido de movimiento real donde había visto por primera vez la figura blanca y, acercándome, hallé al profesor sosteniendo en sus brazos a un diminuto niño. Cuando me vio me lo tendió, y dijo:

«¿Está satisfecho ahora?».

«No —dije, de un modo que sentí agresivo».

«¿No ve al niño?».

«Sí, es un niño, pero ¿quién lo trajo aquí? ¿Y está herido?», pregunté.

«Veremos», dijo el profesor, y con un mismo impulso nos fuimos del cementerio, llevando él al niño dormido.

Cuando nos hubimos alejado un trecho, entramos en una mata de árboles, y encendimos un fósforo, y miramos la garganta del niño. No tenía un arañazo ni cicatriz de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ninguna clase.

«¿Tenía yo razón?», pregunté triunfalmente.

«Llegamos justo a tiempo», dijo el profesor agradecido.

Teníamos ahora que decidir qué hacer con el niño, y así consultamos sobre ello. Si lo llevábamos a una comisaría tendríamos que dar cuenta de nuestros movimientos durante la noche; al menos habríamos tenido que hacer alguna declaración de cómo habíamos llegado a hallar al niño. Así que finalmente decidimos que lo llevaríamos al Heath, y cuando oyéramos venir a un policía, lo dejaríamos donde no pudiera dejar de encontrarlo; luego buscaríamos el camino a casa tan rápido como pudiéramos. Todo salió bien. En el borde de Hampstead Heath oímos el pesado paso de un policía y, dejando al niño en el sendero, esperamos y observamos hasta que lo vio al pasear su linterna de un lado a otro. Oímos su exclamación de asombro, y luego nos alejamos en silencio. Por buena suerte hallamos un coche de alquiler cerca de «Spaniards», y fuimos a la ciudad.

No puedo dormir, así que hago esta anotación. Pero debo tratar de dormir unas horas, pues Van Helsing pasará a buscarme al mediodía. Insiste en que vaya con él en otra expedición.

27 de septiembre.—Eran las dos antes de que halláramos una oportunidad adecuada para nuestro intento. El funeral celebrado al mediodía había terminado por completo, y los últimos rezagados de los dolientes se habían retirado perezosamente, cuando, mirando con cuidado desde detrás de una mata de alisos, vimos al

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

sepulturero cerrar la verja tras de sí. Supimos entonces que estábamos seguros hasta la mañana si lo deseábamos; pero el profesor me dijo que no necesitaríamos más de una hora a lo sumo. De nuevo sentí ese horrible sentido de la realidad de las cosas, en que cualquier esfuerzo de imaginación parecía fuera de lugar; y comprendí distintamente los peligros de la ley que corríamos en nuestra impía labor. Además, sentía que era todo tan inútil. Por escandaloso que fuera abrir un ataúd de plomo, para ver si una mujer muerta casi hacía una semana estaba realmente muerta, parecía ahora el colmo de la locura abrir la tumba de nuevo, cuando sabíamos, por la evidencia de nuestra propia vista, que el ataúd estaba vacío. Me encogí de hombros, sin embargo, y callé, pues Van Helsing tenía un modo de ir por su propio camino, sin importar quién protestara. Tomó la llave, abrió la bóveda, y de nuevo me hizo cortés seña de pasar primero. El lugar no era tan horrendo como anoche, pero oh, qué indeciblemente sórdido se veía cuando el sol entraba a raudales. Van Helsing se acercó al ataúd de Lucy, y yo lo seguí. Se inclinó y de nuevo forzó hacia atrás la pestaña de plomo; y entonces una conmoción de sorpresa y consternación me traspasó.

Allí yacía Lucy, aparentemente tal como la habíamos visto la noche antes de su funeral. Estaba, si cabe, más radiantemente hermosa que nunca; y yo no podía creer que estuviera muerta. Los labios eran rojos, más aún, más rojos que antes; y en las mejillas había un delicado rubor.

«¿Es esto un truco?», le dije.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¿Está convencido ahora?», dijo el profesor en respuesta, y mientras hablaba extendió la mano y, de un modo que me hizo estremecer, echó hacia atrás los labios muertos y mostró los dientes blancos.

«Mire —siguió—, mire, son aún más afilados que antes. Con este y este» —y tocó uno de los caninos y el de debajo— «los niñitos pueden ser mordidos. ¿Tiene fe ahora, amigo John?». Una vez más la hostilidad discutidora despertó en mí. No podía aceptar una idea tan abrumadora como la que sugería; así que, con un intento de argumentar del que incluso en el momento me avergonzaba, dije:

«Puede haber sido colocada aquí desde anoche».

«¿De veras? Así es, ¿y por quién?».

«No lo sé. Alguien lo ha hecho».

«Y sin embargo ha estado muerta una semana. La mayoría de las gentes en ese tiempo no se verían así». No tuve respuesta a esto, así que callé. Van Helsing no pareció notar mi silencio; en todo caso, no mostró ni despecho ni triunfo. Miraba intensamente el rostro de la muerta, alzando los párpados y mirando los ojos, y una vez más abriendo los labios y examinando los dientes. Luego se volvió a mí y dijo:

«Aquí hay una cosa que es diferente de todo lo registrado; aquí hay alguna vida doble que no es como la común. Ella fue mordida por el vampiro cuando estaba en trance, sonámbula —oh, usted se sobresalta; eso no lo sabe, amigo John, pero lo sabrá todo luego—, y en trance

él podía mejor venir a tomar más sangre. En trance ella murió, y en trance ella es No-Muerta, también. Así es que ella difiere de todas las otras. Por lo común cuando los No-Muertos duermen en casa» —mientras hablaba hizo un amplio ademán con el brazo para designar lo que para un vampiro era «casa»— «su rostro muestra lo que son, pero este tan dulce que era cuando ella no No-Muerta ella vuelve a la nada de los muertos comunes. No hay malignidad ahí, mire, y así hace duro que yo deba matarla en su sueño». Esto me heló la sangre, y empezó a amanecerme que estaba aceptando las teorías de Van Helsing; pero si ella estaba realmente muerta, ¿qué había de terror en la idea de matarla? Alzó la vista hacia mí, y evidentemente vio el cambio en mi rostro, pues dijo casi alegremente:

«¡Ah, ahora cree!».

Respondí: «No me apremie demasiado de golpe. Estoy dispuesto a aceptar. ¿Cómo hará esta sangrienta tarea?».

«Le cortaré la cabeza y le llenaré la boca de ajo, y le clavaré una estaca en el cuerpo». Me hizo estremecer pensar en mutilar así el cuerpo de la mujer a quien había amado. Y sin embargo el sentimiento no era tan fuerte como había esperado. Estaba, de hecho, empezando a estremecerme ante la presencia de este ser, este No-Muerto, como lo llamaba Van Helsing, y a aborrecerlo. ¿Es posible que el amor sea todo subjetivo, o todo objetivo?

Esperé un considerable tiempo a que Van Helsing empezara, pero se quedó como envuelto en pensamiento.

Poco después cerró el cierre de su maletín con un chasquido, y dijo:

«He estado pensando, y he decidido lo que es mejor. Si yo siguiera simplemente mi inclinación haría ahora, en este momento, lo que ha de hacerse; pero hay otras cosas que seguir, y cosas que son mil veces más difíciles porque de ellas no sabemos. Esto es simple. Ella no ha tomado todavía vida, aunque es cuestión de tiempo; y actuar ahora sería quitarle el peligro para siempre. Pero entonces podemos necesitar a Arthur, ¿y cómo le diremos esto? Si usted, que vio las heridas en la garganta de Lucy, y vio las heridas tan similares en la del niño en el hospital; si usted, que vio el ataúd vacío anoche y lleno hoy con una mujer que no ha cambiado sino para ser más rosa y más hermosa en toda una semana, después de que muere; si usted sabe de esto y sabe de la figura blanca anoche que trajo al niño al cementerio, y sin embargo de sus propios sentidos no creyó, ¿cómo, entonces, puedo yo esperar que Arthur, que no sabe ninguna de esas cosas, crea? Dudó de mí cuando lo aparté de su beso cuando ella moría. Sé que me ha perdonado porque en alguna idea equivocada he hecho cosas que le impidieron decir adiós como debía; y puede pensar que en alguna idea más equivocada esta mujer fue enterrada viva; y que en la más equivocada de todas la hemos matado. Argüirá entonces que somos nosotros, los equivocados, quienes la hemos matado con nuestras ideas; y así será muy infeliz siempre. Sin embargo nunca puede estar seguro; y eso es lo peor de todo. Y pensará a veces que ella a quien amó fue enterrada viva, y eso pintará sus sueños con horrores de lo que ella debió sufrir; y de nuevo,

pensará que podemos tener razón, y que su tan amada era, después de todo, una No-Muerta. ¡No! Se lo dije una vez, y desde entonces aprendo mucho. Ahora, ya que sé que todo es verdad, cien mil veces más sé que él debe pasar por las aguas amargas para llegar a las dulces. Él, pobre muchacho, debe tener una hora que hará negra para él la misma faz del cielo; entonces podremos actuar para bien de todos y enviarle paz. Mi mente está decidida. Vámonos. Usted vuelva a casa por esta noche a su manicomio, y vea que todo esté bien. En cuanto a mí, pasaré la noche aquí en este cementerio a mi manera. Mañana por la noche usted vendrá a mí al Hotel Berkeley a las diez en punto. Mandaré llamar a Arthur para que venga también, y también a ese tan fino joven de América que dio su sangre. Más tarde todos tendremos trabajo que hacer. Voy con usted hasta Piccadilly y allí ceno, pues debo estar de vuelta aquí antes de que se ponga el sol».

Así que cerramos la tumba con llave y nos fuimos, y pasamos el muro del cementerio, lo cual no fue mucha tarea, y volvimos en coche a Piccadilly.

Nota dejada por Van Helsing en su portamantas, Hotel Berkeley, dirigida a John Seward, doctor en Medicina.

(No entregada.)

27 de septiembre.

Amigo John:

Escribo esto por si algo ocurriera. Voy solo a vigilar en ese cementerio. Me place que la No-Muerta, la señorita Lucy, no salga esta noche, para que así mañana por la noche esté más ansiosa. Por tanto fijaré algunas cosas que

a ella no gustan —ajo y un crucifijo— y así sellaré la puerta de la tumba. Ella es joven como No-Muerta, y atenderá. Además, estas son solo para impedirle salir; pueden no prevalecer sobre ella queriendo entrar; pues entonces la No-Muerta está desesperada, y debe hallar la línea de menor resistencia, cualquiera que sea. Estaré a mano toda la noche desde la puesta de sol hasta después de la salida del sol, y si hay algo que pueda aprenderse lo aprenderé. Por la señorita Lucy o de ella no tengo miedo; pero aquel otro a quien es debido que ella sea No-Muerta, él tiene ahora el poder de buscar su tumba y hallar refugio. Es astuto, como sé por el señor Jonathan y por el modo en que todo el tiempo nos ha engañado cuando jugó con nosotros por la vida de la señorita Lucy, y perdimos; y en muchos modos los No-Muertos son fuertes. Tiene siempre la fuerza en su mano de veinte hombres; aun nosotros cuatro que dimos nuestra fuerza a la señorita Lucy, también es toda para él. Además, puede convocar a su lobo y no sé qué más. Así que si ocurre que venga allí esta noche me hallará a mí; pero ningún otro lo hará, hasta que sea demasiado tarde. Pero puede ser que no intente el lugar. No hay razón por la que deba; su coto de caza está más lleno de presas que el cementerio donde la mujer No-Muerta duerme, y el único viejo vigila.

Por tanto escribo esto por si acaso… Tome los papeles que van con esto, los diarios de Harker y el resto, y léalos, y luego halle a este gran No-Muerto, y córtele la cabeza y queme su corazón o clávele una estaca en él, para que el mundo descanse de él.

Si así fuera, adiós.

Van Helsing.

Diario del doctor Seward.

28 de septiembre.—Es maravilloso lo que hace por uno una buena noche de sueño. Ayer estaba casi dispuesto a aceptar las monstruosas ideas de Van Helsing; pero ahora parecen surgir lívidas ante mí como ultrajes al sentido común. No dudo de que él cree todo. Me pregunto si su mente puede haberse desquiciado de algún modo. Seguramente debe de haber alguna explicación racional de todas estas cosas misteriosas. ¿Es posible que el profesor mismo lo haya hecho? Es tan anormalmente inteligente que si perdiera la cabeza llevaría a cabo su propósito respecto de alguna idea fija de un modo maravilloso. Me repugna pensarlo, y de hecho sería casi tan gran maravilla como la otra descubrir que Van Helsing estaba loco; pero de todos modos lo vigilaré con cuidado. Puedo obtener alguna luz sobre el misterio.

29 de septiembre, mañana..... Anoche, un poco antes de las diez, Arthur y Quincey entraron en el cuarto de Van Helsing; nos dijo a todos lo que quería que hiciéramos, pero dirigiéndose especialmente a Arthur, como si todas nuestras voluntades estuvieran centradas en la suya. Empezó diciendo que esperaba que todos viniéramos también con él, «pues —dijo— hay un grave deber que cumplir allí. ¿Se sorprendieron sin duda de mi carta?». Esta pregunta iba dirigida directamente a lord Godalming.

«Sí. Me trastornó bastante por un rato. Ha habido tanto problema alrededor de mi casa últimamente que podría

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

prescindir de más. He estado curioso también por lo que quiere decir. Quincey y yo lo hablamos; pero cuanto más hablábamos, más perplejos quedábamos, hasta que ahora puedo decir por mí que estoy más o menos acorralado en cuanto a cualquier significado de cualquier cosa».

«Yo también», dijo Quincey Morris lacónicamente.

«Oh —dijo el profesor—, entonces ambos están más cerca del principio que el amigo John aquí, que tiene que retroceder mucho antes de siquiera llegar tan lejos como para empezar».

Era evidente que reconocía mi regreso a mi antigua disposición dubitativa sin que yo dijera palabra. Luego, volviéndose a los otros dos, dijo con intensa gravedad:

«Quiero su permiso para hacer lo que pienso bueno esta noche. Es, lo sé, mucho pedir; y cuando sepan qué es lo que propongo hacer sabrán, y solo entonces, cuánto. Por tanto, ¿puedo pedirles que me lo prometan a oscuras, para que después, aunque puedan estar enojados conmigo por un tiempo —no debo ocultarme la posibilidad de que así sea—, no se culpen a sí mismos de nada?».

«Eso es franco en todo caso —interrumpió Quincey—. Yo respondo por el profesor. No veo del todo su intención, pero juro que es honrado; y eso me basta».

«Se lo agradezco, señor —dijo Van Helsing con orgullo—. Me he hecho el honor de contarlo como un amigo confiado, y tal aval me es caro». Tendió la mano, que Quincey tomó.

Entonces habló Arthur:

«Doctor Van Helsing, no me gusta mucho “comprar un cerdo en un saco”, como dicen en Escocia, y si es algo en que está en juego mi honor de caballero o mi fe de cristiano, no puedo hacer tal promesa. Si puede asegurarme que lo que intenta no viola ninguno de estos dos, entonces doy mi consentimiento de inmediato; aunque por mi vida, no puedo entender adónde quiere llegar».

«Acepto su limitación —dijo Van Helsing—, y todo lo que le pido es que si siente necesario condenar algún acto mío, lo considere primero bien y se satisfaga de que no viola sus reservas».

«¡De acuerdo! —dijo Arthur—; eso es solo justo. Y ahora que los pourparlers han terminado, ¿puedo preguntar qué es lo que hemos de hacer?».

«Quiero que venga conmigo, y que venga en secreto, al cementerio de Kingstead».

El rostro de Arthur decayó mientras decía, de un modo asombrado:

«¿Donde está enterrada la pobre Lucy?». El profesor inclinó la cabeza. Arthur siguió: «¿Y una vez allí?».

«¡Entrar en la tumba!». Arthur se puso de pie.

«Profesor, ¿habla en serio; o es alguna broma monstruosa? Perdóneme, veo que habla en serio». Se sentó otra vez, pero pude ver que se sentaba firme y orgulloso, como quien está en su dignidad. Hubo silencio hasta que preguntó de nuevo:

«¿Y una vez en la tumba?».

«Abrir el ataúd».

«¡Esto es demasiado! —dijo, levantándose otra vez con enojo—. Estoy dispuesto a tener paciencia en todas las cosas que son razonables; pero en esto… esta profanación de la tumba de una que…». Se ahogó de indignación. El profesor lo miró con compasión.

«Si pudiera ahorrarle una punzada, mi pobre amigo —dijo—, Dios sabe que lo haría. Pero esta noche nuestros pies deben pisar sendas de espinas; o más tarde, y para siempre, los pies que usted ama deberán andar por sendas de fuego».

Arthur alzó la vista con el rostro blanco y duro y dijo:

«¡Cuidado, señor, cuidado!».

«¿No sería bueno oír lo que tengo que decir? —dijo Van Helsing—. Y entonces sabrá al menos el límite de mi propósito. ¿Sigo?».

«Es bastante justo», interrumpió Morris.

Tras una pausa Van Helsing siguió, evidentemente con esfuerzo:

«La señorita Lucy está muerta; ¿no es así? ¡Sí! Entonces no puede haber agravio para ella. Pero si ella no está muerta…».

Arthur se puso de pie de un salto.

«¡Dios mío! —gritó—. ¿Qué quiere decir? ¿Ha habido algún error; ha sido enterrada viva?». Gimió con una angustia que ni la esperanza podía suavizar.

«No dije que estuviera viva, hijo mío; no lo pensé. No voy más lejos que decir que podría ser No-Muerta».

«¡No-Muerta! ¡No viva! ¿Qué quiere decir? ¿Es todo esto una pesadilla, o qué es?».

«Hay misterios que los hombres solo pueden adivinar, que de edad en edad pueden resolver solo en parte. Créame, estamos ahora al borde de uno. Pero no he terminado. ¿Puedo cortar la cabeza de la muerta señorita Lucy?».

«¡Cielos y tierra, no! —gritó Arthur en una tormenta de pasión—. Ni por el ancho mundo consentiré en ninguna mutilación de su cuerpo muerto. Doctor Van Helsing, me pone a prueba demasiado. ¿Qué le he hecho para que me torture así? ¿Qué hizo esa pobre, dulce muchacha para que quiera echar tal deshonra sobre su tumba? ¿Está usted loco para decir tales cosas, o estoy loco yo para escucharlas? No se atreva a pensar más en tal profanación; no daré mi consentimiento a nada de lo que haga. Tengo un deber que cumplir al proteger su tumba del ultraje; ¡y, por Dios, lo cumpliré!».

Van Helsing se levantó de donde había estado sentado todo el tiempo, y dijo, grave y severamente:

«Milord Godalming, yo también tengo un deber que cumplir, un deber con otros, un deber con usted, un deber con los muertos; ¡y, por Dios, lo cumpliré! Todo lo que le pido ahora es que venga conmigo, que mire y escuche; y si cuando luego haga la misma petición usted no es más ansioso por su cumplimiento aun que yo, entonces... entonces cumpliré mi deber, sea lo que sea que me

parezca. Y entonces, siguiendo los deseos de su señoría me tendré a su disposición para rendirle cuentas, cuando y donde quiera». Su voz se quebró un poco, y siguió con una voz llena de piedad:

«Pero le suplico, no se vaya con enojo conmigo. En una larga vida de actos que a menudo no eran agradables de hacer, y que a veces me desgarraron el corazón, nunca he tenido una tarea tan pesada como ahora. Créame que si llega el momento de que cambie de parecer hacia mí, una mirada suya borrará toda esta tan triste hora, pues yo haría lo que un hombre puede para salvarlo de la pena. Solo piense. Pues ¿por qué iba yo a darme tanto trabajo y tanta pena? He venido aquí desde mi propia tierra para hacer lo que pueda de bien; al principio para complacer a mi amigo John, y luego para ayudar a una dulce señorita, a quien también llegué a querer. Por ella —me avergüenzo de decir tanto, pero lo digo con bondad— di lo que usted dio; la sangre de mis venas; la di, yo, que no era, como usted, su amante, sino solo su médico y su amigo. Le di mis noches y días: antes de la muerte, después de la muerte; y si mi muerte puede hacerle bien aun ahora, cuando ella es la muerta No-Muerta, la tendrá libremente». Dijo esto con un orgullo muy grave y dulce, y Arthur quedó muy afectado. Tomó la mano del anciano y dijo con voz quebrada:

«Oh, es duro pensarlo, y no puedo comprender; pero al menos iré con usted y esperaré».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CAPÍTULO XVI

Diario del doctor Seward (continuación)

Eran justo las doce menos cuarto cuando entramos en el cementerio sobre el muro bajo. La noche era oscura con ocasionales destellos de luna entre los desgarrones de las pesadas nubes que corrían por el cielo. Todos nos mantuvimos de algún modo juntos, con Van Helsing ligeramente delante guiando el camino. Cuando llegamos cerca de la tumba miré bien a Arthur, pues temí que la proximidad a un lugar cargado de un recuerdo tan doloroso lo trastornara; pero se condujo bien. Entendí que el mismo misterio del procedimiento era de algún modo un contrarresto a su pena. El profesor abrió la puerta y, viendo una natural vacilación entre nosotros por varias razones, resolvió la dificultad entrando primero él. El resto lo seguimos, y cerró la puerta. Luego encendió una linterna sorda y señaló el ataúd. Arthur avanzó vacilante; Van Helsing me dijo:

«Usted estuvo conmigo aquí ayer. ¿Estaba el cuerpo de la señorita Lucy en ese ataúd?».

«Estaba». El profesor se volvió a los demás diciendo:

«Oyen; y sin embargo no hay nadie que no crea conmigo». Tomó su destornillador y de nuevo quitó la tapa del ataúd. Arthur miraba, muy pálido pero callado; cuando se retiró la tapa avanzó. Evidentemente no sabía que había

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

un ataúd de plomo, o, en todo caso, no había pensado en ello. Cuando vio el corte en el plomo, la sangre le afluyó al rostro un instante, pero igual de rápido volvió a retirarse, de modo que quedó de una blancura espectral; seguía callado. Van Helsing forzó hacia atrás la pestaña de plomo, y todos miramos dentro y retrocedimos.

¡El ataúd estaba vacío!

Durante varios minutos nadie dijo palabra. El silencio fue roto por Quincey Morris:

«Profesor, yo respondí por usted. Su palabra es todo lo que quiero. No pediría tal cosa ordinariamente: no lo deshonraría tanto como para implicar una duda; pero este es un misterio que va más allá de cualquier honor o deshonor. ¿Es obra suya?».

«Le juro por todo lo que tengo por sagrado que no la he removido ni tocado. Lo que ocurrió fue esto: hace dos noches mi amigo Seward y yo vinimos aquí, con buen propósito, créame. Abrí ese ataúd, que estaba entonces sellado, y lo hallamos, como ahora, vacío. Luego esperamos, y vimos algo blanco venir entre los árboles. Al día siguiente vinimos aquí de día, y ella yacía allí. ¿No fue así, amigo John?».

«Sí».

«Esa noche llegamos justo a tiempo. Un niño más tan pequeño faltaba, y lo hallamos, gracias a Dios, ileso entre las tumbas. Ayer vine aquí antes de la puesta de sol, pues a la puesta de sol los No-Muertos pueden moverse. Esperé aquí toda la noche hasta que salió el sol, pero no vi nada.

Fue muy probable que fuera porque yo había puesto sobre las grapas de esas puertas ajo, que los No-Muertos no soportan, y otras cosas que rehúyen. Anoche no hubo éxodo, así que esta noche antes de la puesta de sol quité mi ajo y otras cosas. Y así es que hallamos este ataúd vacío. Pero tengan paciencia conmigo. Hasta aquí hay mucho de extraño. Esperen conmigo afuera, sin ser vistos ni oídos, y cosas mucho más extrañas están por ser. Así» —aquí cerró la lámina oscura de su linterna— «ahora afuera». Abrió la puerta, y salimos en fila, él último y cerrando la puerta con llave tras de sí.

¡Oh! pero qué fresco y puro pareció el aire de la noche tras el terror de esa bóveda. Qué dulce fue ver correr las nubes, y los destellos fugaces de la luz de la luna entre las nubes que corrían cruzándose y pasando, como la alegría y la pena de la vida de un hombre; qué dulce fue respirar el aire fresco, que no tenía mácula de muerte y decadencia; qué humanizador ver la iluminación roja del cielo más allá de la colina, y oír a lo lejos el rugido amortiguado que marca la vida de una gran ciudad. Cada uno a su manera estaba solemne y abrumado. Arthur callaba, y estaba, pude ver, esforzándose por captar el propósito y el sentido interior del misterio. Yo estaba bastante paciente, y medio inclinado de nuevo a dejar de lado la duda y a aceptar las conclusiones de Van Helsing. Quincey Morris era flemático a la manera de un hombre que acepta todas las cosas, y las acepta con espíritu de fría valentía, con riesgo de todo lo que tiene en juego. No pudiendo fumar, se cortó un buen trozo de tabaco y empezó a mascar. En cuanto a Van Helsing, estaba empleado de un modo definido. Primero

sacó de su maletín una masa de lo que parecía una galleta fina como oblea, cuidadosamente enrollada en una servilleta blanca; luego sacó un doble puñado de una sustancia blanquecina, como masa o masilla. Desmenuzó fino la oblea y la amasó en la masa entre sus manos. Esto luego lo tomó y, enrollándolo en finas tiras, empezó a colocarlas en las rendijas entre la puerta y su marco en la tumba. Esto me desconcertó algo, y estando cerca, le pregunté qué era lo que hacía. Arthur y Quincey se acercaron también, pues ellos también sentían curiosidad. Respondió:

«Cierro la tumba, para que el No-Muerto no pueda entrar».

«¿Y esa cosa que ha puesto ahí va a conseguirlo?», preguntó Quincey. «¡Cielos! ¿Es esto un juego?».

«Lo es».

«¿Qué es eso que usa?». Esta vez la pregunta fue de Arthur. Van Helsing se quitó reverentemente el sombrero mientras respondía:

«La Hostia. La traje de Ámsterdam. Tengo una Indulgencia». Fue una respuesta que aterró al más escéptico de nosotros, y sentimos individualmente que en presencia de un propósito tan serio como el del profesor, un propósito que podía así usar la más sagrada de las cosas para él, era imposible desconfiar. En respetuoso silencio tomamos los puestos asignados cerca de la tumba, pero ocultos a la vista de cualquiera que se acercara. Compadecí a los otros, especialmente a Arthur. Yo mismo había sido iniciado por mis visitas anteriores a este horror

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

de vigilia; y sin embargo yo, que hasta hacía una hora había repudiado las pruebas, sentí que el corazón se me hundía. Nunca parecieron las tumbas tan espectralmente blancas; nunca parecieron el ciprés, el tejo o el enebro tan la encarnación de la lobreguez fúnebre; nunca ondeó o susurró árbol o hierba tan ominosamente; nunca crujió rama tan misteriosamente; y nunca envió el aullido lejano de los perros tal doloroso presagio a través de la noche.

Hubo un largo lapso de silencio, un vacío grande y doloroso, y luego del profesor un agudo «¡S-s-s-s!». Señaló; y lejos, al fondo de la avenida de tejos, vimos avanzar una figura blanca: una tenue figura blanca, que sostenía algo oscuro contra su pecho. La figura se detuvo, y en el momento un rayo de luna cayó sobre las masas de nubes que corrían y mostró con sorprendente relieve a una mujer de cabello oscuro, vestida con la mortaja de la tumba. No pudimos ver el rostro, pues estaba inclinado sobre lo que vimos ser un niño de cabello rubio. Hubo una pausa y un agudo gritito, como el que da un niño en sueños, o un perro que yace ante el fuego y sueña. Íbamos a lanzarnos adelante, pero la mano de advertencia del profesor, vista por nosotros al estar él detrás de un tejo, nos retuvo; y entonces, mientras mirábamos, la figura blanca avanzó otra vez. Estaba ya lo bastante cerca para que viéramos con claridad, y la luz de la luna aún duraba. Mi propio corazón se heló como el hielo, y pude oír el jadeo de Arthur, cuando reconocimos los rasgos de Lucy Westenra. Lucy Westenra, pero cuán cambiada. La dulzura se había vuelto crueldad adamantina y sin corazón, y la pureza lascivia voluptuosa. Van Helsing salió, y,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

obedientes a su gesto, todos avanzamos también; los cuatro puestos en línea ante la puerta de la tumba. Van Helsing alzó su linterna y corrió la lámina; por la luz concentrada que cayó sobre el rostro de Lucy pudimos ver que los labios estaban carmesí de sangre fresca, y que el chorro había goteado sobre su barbilla y manchado la pureza de su túnica de muerte de lino.

Nos estremecimos de horror. Pude ver por la luz trémula que incluso el temple de hierro de Van Helsing había flaqueado. Arthur estaba junto a mí, y si no lo hubiera agarrado del brazo y sostenido, se habría caído.

Cuando Lucy —llamo Lucy a la cosa que estaba ante nosotros porque tenía su forma— nos vio, retrocedió con un gruñido de rabia, como el que da un gato sorprendido; luego sus ojos nos recorrieron. Ojos de Lucy en forma y color; pero ojos de Lucy impuros y llenos de fuego infernal, en vez de los orbes puros y gentiles que conocíamos. En ese momento el resto de mi amor pasó a odio y aborrecimiento; si hubiera habido que matarla entonces, habría podido hacerlo con salvaje deleite. Mientras miraba, sus ojos centellearon con luz impía, y el rostro se vio coronado por una sonrisa voluptuosa. ¡Oh, Dios, cómo me hizo estremecer verlo! Con un movimiento descuidado, arrojó al suelo, insensible como un demonio, al niño que hasta ahora había apretado con fuerza contra su pecho, gruñendo sobre él como un perro gruñe sobre un hueso. El niño dio un agudo grito, y quedó allí gimiendo. Había una sangre fría en el acto que arrancó un gemido a Arthur; cuando ella avanzó hacia él con los

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

brazos extendidos y una sonrisa lasciva, retrocedió y se ocultó el rostro entre las manos.

Ella siguió avanzando, sin embargo, y con una gracia lánguida y voluptuosa, dijo:

«Ven a mí, Arthur. Deja a esos otros y ven a mí. Mis brazos tienen hambre de ti. Ven, y podremos descansar juntos. ¡Ven, esposo mío, ven!».

Había algo diabólicamente dulce en sus tonos, algo del tintineo del cristal al ser golpeado, que resonó en los cerebros incluso de los que oímos las palabras dirigidas a otro. En cuanto a Arthur, parecía bajo un hechizo; apartando las manos del rostro, abrió ampliamente los brazos. Ella saltaba hacia ellos cuando Van Helsing se lanzó adelante e interpuso entre ellos su pequeño crucifijo de oro. Ella retrocedió ante él y, con el rostro de súbito desfigurado, lleno de rabia, pasó disparada junto a él como para entrar en la tumba.

Cuando estaba a un pie o dos de la puerta, sin embargo, se detuvo, como detenida por alguna fuerza irresistible. Luego se volvió, y su rostro fue mostrado en el claro estallido de luz de luna y por la lámpara, que no tenía ahora temblor de los nervios de hierro de Van Helsing. Nunca vi tal malicia frustrada en un rostro; y nunca, confío, se verá otra tal por ojos mortales. El hermoso color se volvió lívido, los ojos parecieron lanzar chispas de fuego infernal, las cejas se arrugaron como si los pliegues de la carne fueran los anillos de las serpientes de Medusa, y la encantadora boca manchada de sangre se convirtió en un cuadrado abierto, como en las máscaras de pasión de

griegos y japoneses. Si alguna vez un rostro significó muerte —si las miradas pudieran matar—, lo vimos en ese momento.

Y así durante un buen medio minuto, que pareció una eternidad, permaneció entre el crucifijo alzado y el sagrado cierre de su medio de entrada. Van Helsing rompió el silencio preguntando a Arthur:

«¡Respóndame, oh mi amigo! ¿Debo proceder en mi obra?».

Arthur se arrojó de rodillas y se cubrió el rostro con las manos, mientras respondía:

«Haga lo que quiera, amigo; haga lo que quiera. No puede haber ya jamás un horror como este»; y gimió en espíritu. Quincey y yo nos movimos simultáneamente hacia él, y lo tomamos de los brazos. Pudimos oír el chasquido de la linterna al cerrarse mientras Van Helsing la bajaba; acercándose a la tumba, empezó a retirar de las grietas algo del emblema sagrado que había colocado allí. Todos miramos con horrorizado asombro cuando vimos, al echarse él hacia atrás, a la mujer, con un cuerpo corpóreo tan real en ese momento como el nuestro, pasar adentro por el intersticio por donde apenas habría cabido la hoja de un cuchillo. Todos sentimos un alegre sentido de alivio cuando vimos al profesor restaurar con calma las tiras de masilla en los bordes de la puerta.

Cuando esto estuvo hecho, levantó al niño y dijo:

«Vengan ahora, mis amigos; no podemos hacer más hasta mañana. Hay un funeral al mediodía, así que aquí

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

vendremos todos no mucho después de eso. Los amigos del muerto se habrán ido todos a las dos, y cuando el sepulturero cierre la verja nos quedaremos. Entonces hay más que hacer; pero no como esto de esta noche. En cuanto a este pequeño, no tiene mucho daño, y mañana por la noche estará bien. Lo dejaremos donde la policía lo encuentre, como la otra noche; y luego a casa». Acercándose a Arthur, dijo:

«Mi amigo Arthur, ha tenido una prueba dolorosa; pero después, cuando mire atrás, verá cómo fue necesaria. Está ahora en las aguas amargas, hijo mío. A esta hora mañana habrá, si Dios quiere, pasado por ellas, y habrá bebido de las aguas dulces; así que no se lamente demasiado. Hasta entonces no le pediré que me perdone».

Arthur y Quincey vinieron a casa conmigo, y tratamos de animarnos mutuamente en el camino. Habíamos dejado al niño a salvo, y estábamos cansados; así que todos dormimos con más o menos realidad de sueño.

29 de septiembre, noche.—Un poco antes de las doce los tres —Arthur, Quincey Morris y yo— pasamos a buscar al profesor. Fue raro notar que de común acuerdo todos nos habíamos puesto ropa negra. Por supuesto, Arthur vestía de negro, pues estaba de luto riguroso, pero el resto lo llevábamos por instinto. Llegamos al cementerio a la una y media, y paseamos, manteniéndonos fuera de la observación oficial, de modo que cuando los sepultureros hubieron completado su tarea y el sacristán, creyendo que todos se habían ido, hubo cerrado la verja, tuvimos el lugar enteramente para nosotros. Van Helsing, en vez de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

su pequeño maletín negro, llevaba consigo uno largo de cuero, algo como un bolso de criquet; era manifiestamente de buen peso.

Cuando estuvimos solos y hubimos oído morir el último de los pasos camino arriba, seguimos en silencio, y como por ordenada intención, al profesor hasta la tumba. Abrió la puerta, y entramos, cerrándola tras nosotros. Luego sacó de su maletín la linterna, que encendió, y también dos velas de cera, que, una vez encendidas, fijó, derritiendo sus propios extremos, sobre otros ataúdes, para que dieran luz suficiente para trabajar. Cuando de nuevo levantó la tapa del ataúd de Lucy todos miramos —Arthur temblando como un álamo— y vimos que el cuerpo yacía allí en toda su belleza de muerte. Pero no había amor en mi propio corazón, nada más que aborrecimiento por la inmunda Cosa que había tomado la forma de Lucy sin su alma. Pude ver incluso el rostro de Arthur endurecerse mientras miraba. Poco después dijo a Van Helsing:

«¿Es este realmente el cuerpo de Lucy, o solo un demonio con su forma?».

«Es su cuerpo, y sin embargo no lo es. Pero espere un rato, y todos la verán como era, y es».

Parecía una pesadilla de Lucy allí tendida; los dientes puntiagudos, la boca manchada de sangre y voluptuosa —que hacía estremecer verla—, todo el aspecto carnal y no espiritual, que parecía una diabólica burla de la dulce pureza de Lucy. Van Helsing, con su acostumbrado método, empezó a sacar los diversos contenidos de su

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

maletín y a disponerlos listos para el uso. Primero sacó un soldador y algo de soldadura de fontanero, y luego una pequeña lámpara de aceite, que, encendida en un rincón de la tumba, despedía gas que ardía a calor feroz con llama azul; luego sus cuchillos de operar, que puso a mano; y por último una estaca de madera redonda, de unas dos pulgadas y media o tres de grosor y unos tres pies de largo. Uno de sus extremos estaba endurecido por carbonización en el fuego, y afilado en fina punta. Con esta estaca venía un pesado martillo, de los que en los hogares se usan en la carbonera para romper los terrones. Para mí, los preparativos de un médico para un trabajo de cualquier clase son estimulantes y tonificantes, pero el efecto de estas cosas en Arthur y Quincey fue causarles una especie de consternación. Ambos, sin embargo, conservaron el ánimo, y permanecieron callados y quietos.

Cuando todo estuvo listo, Van Helsing dijo:

«Antes de que hagamos nada, déjeme decirles esto; viene del saber y la experiencia de los antiguos y de todos los que han estudiado los poderes de los No-Muertos. Cuando llegan a serlo, viene con el cambio la maldición de la inmortalidad; no pueden morir, sino que deben seguir edad tras edad añadiendo nuevas víctimas y multiplicando los males del mundo; pues todos los que mueren por la rapiña de los No-Muertos se vuelven ellos mismos No-Muertos, y depredan a los de su especie. Y así el círculo sigue ensanchándose siempre, como las ondas de una piedra lanzada al agua. Amigo Arthur, si usted hubiera encontrado ese beso que sabe antes de que la pobre Lucy

muriera; o de nuevo, anoche cuando le abrió los brazos, con el tiempo, cuando hubiera muerto, se habría vuelto nosferatu, como lo llaman en Europa Oriental, y habría hecho siempre más de esos No-Muertos que así nos han llenado de horror. La carrera de esta tan desdichada querida señora apenas ha empezado. Esos niños cuya sangre ella chupa no están todavía tanto peor; pero si ella vive, No-Muerta, más y más pierden su sangre y por su poder sobre ellos vienen a ella; y así ella extrae su sangre con esa tan malvada boca. Pero si ella muere de verdad, entonces todo cesa; las diminutas heridas de las gargantas desaparecen, y vuelven a sus juegos sin saber nunca lo que ha sido. Pero lo más bendito de todo: cuando esta ahora No-Muerta sea hecha reposar como verdadera muerta, entonces el alma de la pobre señora a quien amamos volverá a ser libre. En vez de obrar maldad de noche y hacerse más degradada en la asimilación de ella de día, tomará su lugar con los otros Ángeles. Así que, mi amigo, será una mano bendita para ella la que asiente el golpe que la libera. A esto estoy dispuesto; pero ¿no hay ninguno entre nosotros que tenga mejor derecho? ¿No será alegría pensar después en el silencio de la noche cuando el sueño no es: "Fue mi mano la que la envió a las estrellas; fue la mano del que la amó más; la mano que de todas ella misma habría elegido, si hubiera sido suyo elegir"? Díganme si hay uno tal entre nosotros».

Todos miramos a Arthur. Vio también, como todos, la infinita bondad que sugería que la suya fuera la mano que nos devolvería a Lucy como un recuerdo santo, y no impío; avanzó y dijo valientemente, aunque le temblaba la mano y

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

su rostro estaba pálido como la nieve:

«Mi verdadero amigo, desde el fondo de mi corazón destrozado se lo agradezco. Dígame qué debo hacer, ¡y no flaquearé!». Van Helsing puso una mano en su hombro, y dijo:

«¡Valiente muchacho! Un momento de valor, y está hecho. Esta estaca debe ser clavada a través de ella. Será una prueba espantosa —no se engañe en eso—, pero será solo un corto tiempo, y entonces se regocijará más que fue grande su dolor; de esta torva tumba saldrá como si pisara en el aire. Pero no debe flaquear una vez que haya empezado. Solo piense que nosotros, sus verdaderos amigos, estamos alrededor de usted, y que rezamos por usted todo el tiempo».

«Siga —dijo Arthur con voz ronca—. Dígame qué debo hacer».

«Tome esta estaca en la mano izquierda, lista para colocar la punta sobre el corazón, y el martillo en la derecha. Entonces cuando empecemos nuestra oración por los muertos —yo la leeré, tengo aquí el libro, y los otros seguirán—, golpee en nombre de Dios, para que así todo esté bien con la muerta que amamos y el No-Muerto pase».

Arthur tomó la estaca y el martillo, y una vez que su mente estuvo fija en la acción sus manos nunca temblaron ni siquiera se estremecieron. Van Helsing abrió su misal y empezó a leer, y Quincey y yo lo seguimos lo mejor que pudimos. Arthur colocó la punta sobre el corazón, y al mirar pude ver su hendidura en la carne blanca. Luego

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

golpeó con toda su fuerza.

La Cosa en el ataúd se retorció; y un chillido horrendo, que helaba la sangre, salió de los labios rojos abiertos. El cuerpo se sacudió y estremeció y retorció en salvajes contorsiones; los afilados dientes blancos rechinaron hasta que los labios se cortaron, y la boca quedó embadurnada de espuma carmesí. Pero Arthur nunca flaqueó. Parecía una figura de Thor mientras su brazo sin temblor subía y bajaba, clavando más y más hondo la estaca portadora de misericordia, mientras la sangre del corazón traspasado manaba y brotaba a su alrededor. Su rostro estaba firme, y un alto deber parecía brillar a través de él; verlo nos dio valor, de modo que nuestras voces parecieron resonar por la pequeña bóveda.

Y entonces las contorsiones y estremecimientos del cuerpo se hicieron menores, y los dientes parecieron rechinar, y el rostro estremecerse. Por fin quedó quieto. La terrible tarea había terminado.

El martillo cayó de la mano de Arthur. Se tambaleó y habría caído si no lo hubiéramos sujetado. Las grandes gotas de sudor brotaron de su frente, y su aliento salía en jadeos entrecortados. Había sido en verdad una tensión espantosa para él; y si no hubiera sido forzado a su tarea por consideraciones más que humanas, nunca habría podido llevarla a cabo. Durante unos minutos estuvimos tan atentos a él que no miramos hacia el ataúd. Cuando lo hicimos, sin embargo, un murmullo de sobresaltada sorpresa corrió de uno a otro de nosotros. Miramos con tal ansia que Arthur se levantó, pues se había sentado en el

suelo, y vino y miró también; y entonces una luz alegre y extraña se esparció por su rostro y disipó por completo la lobreguez de horror que yacía sobre él.

Allí, en el ataúd, ya no yacía la inmunda Cosa que habíamos temido tanto y llegado a odiar que la obra de su destrucción fue cedida como privilegio al que más derecho tenía a ella, sino Lucy tal como la habíamos visto en vida, con su rostro de incomparable dulzura y pureza. Cierto que había allí, como los habíamos visto en vida, los rastros de preocupación y dolor y desgaste; pero todos nos eran queridos, pues marcaban su fidelidad a lo que sabíamos. Todos y cada uno sentimos que la santa calma que yacía como luz de sol sobre el rostro y la forma consumidos era solo una prenda y símbolo terrenal de la calma que había de reinar para siempre.

Van Helsing vino y puso su mano en el hombro de Arthur, y le dijo:

«Y ahora, Arthur mi amigo, querido muchacho, ¿no estoy perdonado?».

La reacción de la terrible tensión llegó cuando tomó la mano del anciano en la suya y, llevándola a sus labios, la apretó, y dijo:

«¡Perdonado! Que Dios lo bendiga por haber devuelto a mi querida su alma, y a mí la paz». Puso las manos en el hombro del profesor y, apoyando la cabeza en su pecho, lloró un rato en silencio, mientras nosotros estábamos inmóviles. Cuando alzó la cabeza Van Helsing le dijo:

«Y ahora, hijo mío, puede besarla. Bese los labios muertos si quiere, como ella habría querido que usted hiciera, si hubiera sido suyo elegir. Pues ella no es ahora un demonio sonriente, no más una inmunda Cosa por toda la eternidad. Ya no es la No-Muerta del diablo. ¡Es la verdadera muerta de Dios, cuya alma está con Él!».

Arthur se inclinó y la besó, y luego lo sacamos a él y a Quincey de la tumba; el profesor y yo serramos la parte superior de la estaca, dejando la punta en el cuerpo. Luego cortamos la cabeza y llenamos la boca de ajo. Soldamos el ataúd de plomo, atornillamos la tapa del ataúd y, recogiendo nuestras pertenencias, nos fuimos. Cuando el profesor cerró la puerta con llave dio la llave a Arthur.

Afuera el aire era dulce, el sol brillaba y los pájaros cantaban, y parecía como si toda la naturaleza estuviera afinada a otro tono. Había alegría y regocijo y paz por todas partes, pues estábamos en reposo nosotros mismos por un motivo, y estábamos contentos, aunque era con una alegría templada.

Antes de que nos fuéramos Van Helsing dijo:

«Ahora, mis amigos, un paso de nuestra obra está hecho, uno el más desgarrador para nosotros mismos. Pero queda una tarea mayor: descubrir al autor de toda esta nuestra pena y aplastarlo. Tengo pistas que podemos seguir; pero es larga tarea, y difícil, y hay peligro en ella, y dolor. ¿No me ayudarán todos? Hemos aprendido a creer, todos nosotros, ¿no es así? Y puesto que así es, ¿no vemos nuestro deber? ¡Sí! ¿Y no prometemos seguir hasta el

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

amargo final?».

Cada uno a su vez, le tomamos la mano, y la promesa fue hecha. Luego dijo el profesor mientras nos alejábamos:

«Dentro de dos noches se reunirán conmigo y cenaremos juntos a las siete en punto con el amigo John. Convocaré a otros dos, dos que ustedes no conocen todavía; y estaré listo para mostrar toda nuestra obra y desplegar nuestros planes. Amigo John, usted viene conmigo a casa, pues tengo mucho que consultar, y usted puede ayudarme. Esta noche parto para Ámsterdam, pero volveré mañana por la noche. Y entonces empieza nuestra gran búsqueda. Pero primero tendré mucho que decir, para que sepan lo que hay que hacer y que temer. Entonces nuestra promesa será hecha de nuevo entre nosotros; pues hay una tarea terrible ante nosotros, y una vez que nuestros pies estén sobre la reja del arado no debemos retroceder».

CAPÍTULO XVII

Diario del doctor Seward (continuación)

Cuando llegamos al Hotel Berkeley, Van Helsing encontró un telegrama esperándolo:

«Voy en tren. Jonathan en Whitby. Noticias importantes.—Mina Harker».

El profesor estaba encantado. «Ah, esa maravillosa señora Mina —dijo—, ¡perla entre las mujeres! Ella llega, pero yo no puedo quedarme. Debe ir a su casa, amigo John. Usted debe encontrarla en la estación. Telegrafíele en ruta, para que esté preparada».

Cuando se despachó el telegrama tomó una taza de té; durante ella me habló de un diario llevado por Jonathan Harker en el extranjero, y me dio una copia mecanografiada, y también del diario de la señora Harker en Whitby. «Tome esto —dijo—, y estúdielos bien. Cuando haya vuelto usted será dueño de todos los hechos, y podremos entonces entrar mejor en nuestra inquisición. Guárdelos seguros, pues hay en ellos mucho de tesoro. Necesitará toda su fe, incluso usted, que ha tenido una experiencia como la de hoy. Lo que aquí se cuenta» —puso su mano pesada y gravemente sobre el paquete de papeles mientras hablaba— «puede ser el principio del fin para usted y para mí y para muchos otros; o puede tocar a muerto por los No-Muertos que andan por la tierra. Lea

todo, se lo ruego, con la mente abierta; y si puede añadir de algún modo a la historia aquí contada hágalo, pues es de toda importancia. Usted ha llevado diario de todas estas cosas tan extrañas, ¿no es así? ¡Sí! Entonces repasaremos todo esto juntos cuando nos encontremos». Luego se preparó para su partida, y poco después se fue en coche a Liverpool Street. Yo tomé mi camino a Paddington, donde llegué unos quince minutos antes de que entrara el tren.

La multitud se disolvió, a la afanosa manera común a los andenes de llegada; y yo empezaba a sentirme intranquilo, no fuera a perder a mi huésped, cuando una muchacha de rostro dulce y aspecto delicado se acercó a mí y, tras una rápida mirada, dijo: «Doctor Seward, ¿no es así?».

«¡Y usted es la señora Harker!», respondí de inmediato; con lo cual ella me tendió la mano.

«Lo conocí por la descripción de la pobre querida Lucy; pero…». Se detuvo de golpe, y un rápido rubor cubrió su rostro.

El rubor que subió a mis propias mejillas de algún modo nos tranquilizó a ambos, pues fue una respuesta tácita al suyo. Recogí su equipaje, que incluía una máquina de escribir, y tomamos el Metro hasta Fenchurch Street, después de haber enviado un telegrama a mi ama de llaves para que preparara de inmediato una sala y un dormitorio para la señora Harker.

A su debido tiempo llegamos. Ella sabía, por supuesto, que el lugar era un manicomio, pero pude ver que no pudo reprimir un estremecimiento cuando entramos.

Me dijo que, si podía, vendría en seguida a mi despacho, pues tenía mucho que decir. Así que aquí estoy terminando mi anotación en mi diario de fonógrafo mientras la espero. Hasta ahora no he tenido la ocasión de mirar los papeles que Van Helsing dejó conmigo, aunque están abiertos ante mí. Debo interesarla en algo, para tener oportunidad de leerlos. No sabe cuán precioso es el tiempo, ni qué tarea tenemos entre manos. Debo cuidar de no asustarla. ¡Aquí está!

Diario de Mina Harker.

29 de septiembre.—Después de arreglarme, bajé al despacho del doctor Seward. En la puerta me detuve un momento, pues me pareció oírlo hablando con alguien. Como, sin embargo, me había instado a ser rápida, llamé a la puerta, y cuando gritó «Adelante», entré.

Para mi intensa sorpresa, no había nadie con él. Estaba completamente solo, y sobre la mesa frente a él estaba lo que supe de inmediato por la descripción que era un fonógrafo. Nunca había visto uno, y me interesó mucho.

«Espero no haberlo hecho esperar —dije—; pero me quedé en la puerta porque lo oí hablar y pensé que había alguien con usted».

«Oh —respondió con una sonrisa—, solo estaba anotando mi diario».

«¿Su diario?», le pregunté con sorpresa.

«Sí —respondió—. Lo llevo en esto». Mientras hablaba puso la mano sobre el fonógrafo. Me emocioné bastante con ello, y solté:

«¡Vaya, esto supera incluso a la taquigrafía! ¿Puedo oírle decir algo?».

«Ciertamente», respondió con presteza, y se levantó para ponerlo en marcha. Luego se detuvo, y una mirada turbada cubrió su rostro.

«El hecho es —empezó con torpeza— que solo llevo mi diario en él; y como es enteramente —casi enteramente— acerca de mis casos, puede ser incómodo... es decir, quiero decir...». Se detuvo, y traté de ayudarlo a salir de su embarazo:

«Usted ayudó a atender a la querida Lucy al final. Déjeme oír cómo murió; por todo lo que sé de ella, le estaré muy agradecida. Era muy, muy querida para mí».

Para mi sorpresa, respondió, con una mirada horrorizada en el rostro:

«¿Contarle de su muerte? ¡Ni por el ancho mundo!».

«¿Por qué no?», pregunté, pues algún sentimiento grave y terrible se apoderaba de mí. De nuevo se detuvo, y pude ver que trataba de inventar una excusa. Al fin balbuceó:

«Verá, no sé cómo escoger ninguna parte particular del diario». Aun mientras hablaba una idea le amaneció, y dijo con inconsciente sencillez, en una voz diferente, y con la ingenuidad de un niño: «Eso es muy cierto, por mi honor. ¡Palabra de indio!». No pude sino sonreír, a lo cual hizo una mueca. «¡Me delaté esta vez! —dijo—. ¿Pero sabe que, aunque he llevado el diario durante meses, nunca se me ocurrió cómo iba a encontrar ninguna parte particular de él por si quisiera consultarla?». A estas alturas mi mente

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

estaba decidida a que el diario de un médico que atendió a Lucy podía tener algo que añadir a la suma de nuestro conocimiento de ese terrible Ser, y dije audazmente:

«Entonces, doctor Seward, más vale que me deje copiárselo en mi máquina de escribir». Adquirió una palidez positivamente mortal mientras decía:

«¡No! ¡no! ¡no! ¡Por nada del mundo la dejaría conocer esa terrible historia!».

Entonces era terrible; ¡mi intuición era acertada! Por un momento pensé, y mientras mis ojos recorrían la habitación, buscando inconscientemente algo o alguna oportunidad que me ayudara, cayeron sobre un gran fajo de mecanografía en la mesa. Sus ojos captaron la mirada en los míos y, sin que lo pensara, siguieron su dirección. Al ver el paquete comprendió mi significado.

«Usted no me conoce —dije—. Cuando haya leído esos papeles —mi propio diario y el de mi marido también, que he pasado a máquina— me conocerá mejor. No he flaqueado en dar cada pensamiento de mi propio corazón en esta causa; pero, por supuesto, usted no me conoce todavía; y no debo esperar que confíe en mí tanto».

Es ciertamente un hombre de naturaleza noble; la pobre querida Lucy tenía razón sobre él. Se levantó y abrió un gran cajón, en que estaban ordenados varios cilindros huecos de metal cubiertos de cera oscura, y dijo:

«Tiene toda la razón. No confié en usted porque no la conocía. Pero ahora la conozco; y déjeme decir que debería haberla conocido hace mucho. Sé que Lucy le

habló de mí; ella me habló también de usted. ¿Puedo hacer la única expiación en mi poder? Tome los cilindros y escúchelos; los primeros seis son personales para mí, y no la horrorizarán; así me conocerá mejor. La cena estará lista para entonces. Mientras tanto leeré algunos de estos documentos, y estaré mejor capacitado para entender ciertas cosas». Él mismo llevó el fonógrafo arriba a mi sala y lo ajustó para mí. Ahora aprenderé algo agradable, estoy segura; pues me dirá el otro lado de un verdadero episodio de amor del que ya conozco un lado…

Diario del doctor Seward.

29 de septiembre.—Estaba tan absorto en ese maravilloso diario de Jonathan Harker y el otro de su esposa que dejé correr el tiempo sin pensarlo. La señora Harker no había bajado cuando la criada vino a anunciar la cena, así que dije: «Quizá esté cansada; que la cena espere una hora», y seguí con mi trabajo. Acababa de terminar el diario de la señora Harker cuando entró. Se veía dulcemente bonita, pero muy triste, y sus ojos estaban enrojecidos de llorar. Esto me conmovió mucho de algún modo. Últimamente he tenido motivo de lágrimas, ¡Dios lo sabe!, pero el alivio de ellas me fue negado; y ahora la visión de esos dulces ojos, avivados por lágrimas recientes, fue derecha a mi corazón. Así que dije tan gentilmente como pude:

«Temo mucho haberla afligido».

«Oh, no, no me afligió —respondió—, pero me ha conmovido más de lo que puedo decir su dolor. Es una máquina maravillosa, pero cruelmente verdadera. Me dijo,

en sus mismos tonos, la angustia de su corazón. Era como un alma clamando a Dios Todopoderoso. ¡Nadie debe oírlos pronunciados jamás! Mire, he tratado de ser útil. He copiado las palabras en mi máquina de escribir, y ningún otro necesita ya oír latir su corazón, como yo lo oí».

«Nadie necesita saberlo jamás, nadie lo sabrá jamás», dije en voz baja. Puso su mano sobre la mía y dijo muy gravemente:

«¡Ah, pero deben!».

«¡Deben! ¿Pero por qué?», pregunté.

«Porque es una parte de la terrible historia, una parte de la muerte de la pobre querida Lucy y de todo lo que condujo a ella; porque en la lucha que tenemos ante nosotros para librar a la tierra de este terrible monstruo debemos tener todo el conocimiento y toda la ayuda que podamos conseguir. Creo que los cilindros que me dio contenían más de lo que usted quería que yo supiera; pero puedo ver que hay en su registro muchas luces para este oscuro misterio. Me dejará ayudar, ¿verdad? Sé todo hasta cierto punto; y veo ya, aunque su diario solo me llevó hasta el 7 de septiembre, cómo la pobre Lucy fue acosada, y cómo se iba forjando su terrible destino. Jonathan y yo hemos estado trabajando día y noche desde que el profesor Van Helsing nos vio. Se ha ido a Whitby a conseguir más información, y estará aquí mañana para ayudarnos. No necesitamos tener secretos entre nosotros; trabajando juntos y con absoluta confianza, seguramente podemos ser más fuertes que si algunos de nosotros estuvieran a oscuras». Me miró de un modo tan suplicante,

y al mismo tiempo manifestó tal valor y resolución en su porte, que cedí de inmediato a sus deseos. «Lo hará —dije—, haga lo que quiera en el asunto. ¡Dios me perdone si hago mal! Hay cosas terribles aún por saber; pero si ha viajado tan lejos por el camino de la muerte de la pobre Lucy, no se contentará, lo sé, con quedarse a oscuras. Más aún, el fin, el mismo fin, puede darle un destello de paz. Venga, ahí está la cena. Debemos mantenernos fuertes unos a otros para lo que tenemos delante; tenemos una tarea cruel y espantosa. Cuando haya comido sabrá el resto, y responderé cualquier pregunta que haga, si hay algo que no entienda, aunque fuera evidente para los que estábamos presentes».

Diario de Mina Harker.

29 de septiembre.—Después de la cena vine con el doctor Seward a su despacho. Trajo de vuelta el fonógrafo de mi cuarto, y yo tomé mi máquina de escribir. Me colocó en un cómodo sillón, y dispuso el fonógrafo para que pudiera tocarlo sin levantarme, y me mostró cómo detenerlo por si quería hacer una pausa. Luego, muy atentamente, tomó una silla, de espaldas a mí, para que yo estuviera tan libre como fuera posible, y empezó a leer. Me puse los metales bifurcados en los oídos y escuché.

Cuando la terrible historia de la muerte de Lucy, y… y todo lo que siguió, hubo terminado, me recosté en mi sillón sin fuerzas. Por fortuna no soy de las que se desmayan. Cuando el doctor Seward me vio se levantó de un salto con una exclamación horrorizada y, tomando apresuradamente una botella de un armario, me dio algo

de coñac, que en pocos minutos me restableció algo. Mi cerebro era un remolino, y de no ser porque a través de toda la multitud de horrores llegó el santo rayo de luz de que mi querida, querida Lucy estaba al fin en paz, no creo que lo hubiera soportado sin hacer una escena. Es todo tan salvaje, y misterioso, y extraño que si no hubiera conocido la experiencia de Jonathan en Transilvania no habría podido creerlo. Tal como era, no sabía qué creer, y así salí de mi dificultad atendiendo a otra cosa. Quité la funda de mi máquina de escribir, y dije al doctor Seward:

«Déjeme escribir todo esto ahora. Debemos estar listos para el doctor Van Helsing cuando llegue. He enviado un telegrama a Jonathan para que venga aquí cuando llegue a Londres desde Whitby. En este asunto las fechas lo son todo, y creo que si tenemos todo nuestro material listo y cada dato puesto en orden cronológico, habremos hecho mucho. Usted me dice que lord Godalming y el señor Morris vienen también. Seamos capaces de contárselo cuando vengan». En consecuencia puso el fonógrafo a paso lento, y empecé a mecanografiar desde el comienzo del séptimo cilindro. Usé papel carbón múltiple, y así saqué tres copias del diario, tal como había hecho con todo lo demás. Era tarde cuando terminé, pero el doctor Seward se ocupó de su trabajo de hacer la ronda de los pacientes; cuando terminó volvió y se sentó cerca de mí, leyendo, para que no me sintiera demasiado sola mientras trabajaba. Qué bueno y atento es; el mundo parece lleno de hombres buenos, aunque haya monstruos en él. Antes de dejarlo recordé lo que Jonathan puso en su diario sobre la perturbación del profesor al leer algo en un periódico de

la tarde en la estación de Exeter; así que, viendo que el doctor Seward guarda sus periódicos, tomé prestadas las colecciones de «The Westminster Gazette» y de «The Pall Mall Gazette», y las llevé a mi cuarto. Recuerdo cuánto nos ayudaron «The Dailygraph» y «The Whitby Gazette», de los que había hecho recortes, a entender los terribles sucesos de Whitby cuando desembarcó el conde Drácula, así que revisaré los periódicos de la tarde desde entonces, y quizá obtenga alguna luz nueva. No tengo sueño, y el trabajo me ayudará a mantenerme tranquila.

Diario del doctor Seward.

30 de septiembre.—El señor Harker llegó a las nueve. Había recibido el telegrama de su esposa justo antes de partir. Es extraordinariamente inteligente, si se puede juzgar por su rostro, y lleno de energía. Si este diario es verdad —y juzgando por nuestras propias maravillosas experiencias, debe de serlo—, es también un hombre de gran temple. Aquello de bajar a la bóveda una segunda vez fue un notable acto de audacia. Tras leer su relato estaba preparado para encontrar un buen ejemplar de hombría, pero apenas al caballero tranquilo y formal que vino hoy aquí.

Más tarde.—Después del almuerzo Harker y su esposa volvieron a su cuarto, y al pasar hace un rato oí el chasquido de la máquina de escribir. Están a pleno trabajo. La señora Harker dice que están tejiendo juntos en orden cronológico cada trozo de evidencia que tienen. Harker ha conseguido las cartas entre el consignatario de las cajas en Whitby y los transportistas de Londres que se

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

hicieron cargo de ellas. Está ahora leyendo la copia mecanografiada de mi diario hecha por su esposa. Me pregunto qué sacan de ello. Aquí está…

¡Qué extraño que nunca se me ocurriera que la casa de al lado podía ser el escondite del Conde! ¡Bien sabe Dios que teníamos pistas suficientes por la conducta del paciente Renfield! El fajo de cartas relativas a la compra de la casa venía con la copia mecanografiada. ¡Oh, si las hubiéramos tenido antes podríamos haber salvado a la pobre Lucy! Alto; ¡por ahí yace la locura! Harker se ha vuelto, y de nuevo coteja su material. Dice que a la hora de la cena podrán mostrar toda una narración conexa. Piensa que entre tanto yo debería ver a Renfield, pues hasta ahora ha sido una especie de índice de las idas y venidas del Conde. Todavía no veo bien esto, pero cuando llegue a las fechas supongo que lo veré. ¡Qué buena cosa que la señora Harker pasara mis cilindros a texto! Nunca habríamos podido hallar las fechas de otro modo…

Hallé a Renfield sentado plácidamente en su cuarto con las manos cruzadas, sonriendo benignamente. En el momento parecía tan cuerdo como cualquiera que yo haya visto. Me senté y hablé con él de muchos temas, todos los cuales trató con naturalidad. Luego, por propia iniciativa, habló de irse a casa, tema que nunca ha mencionado a mi conocimiento durante su estancia aquí. De hecho, habló con bastante confianza de obtener el alta de inmediato. Creo que, de no haber tenido la charla con Harker y leído las cartas y las fechas de sus arrebatos, habría estado dispuesto a firmar por él tras un breve tiempo de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

observación. Tal como es, estoy oscuramente receloso. Todos esos arrebatos estuvieron de algún modo ligados a la proximidad del Conde. ¿Qué significa entonces este absoluto contento? ¿Puede ser que su instinto esté satisfecho del triunfo final del vampiro? Alto; él mismo es zoófago, y en sus salvajes desvaríos fuera de la puerta de la capilla de la casa abandonada siempre hablaba del «amo». Todo esto parece confirmación de nuestra idea. Sin embargo, tras un rato me fui; mi amigo está un poquito demasiado cuerdo por ahora para que sea seguro sondearlo demasiado hondo con preguntas. Podría empezar a pensar, y entonces… ¡Así que me fui. Desconfío de estos humores tranquilos suyos; así que he dado al celador una indicación de que lo vigile de cerca, y de que tenga lista una camisa de fuerza en caso de necesidad.

Diario de Jonathan Harker.

29 de septiembre, en el tren a Londres.—Cuando recibí el cortés mensaje del señor Billington de que me daría toda la información en su poder, pensé que lo mejor era ir a Whitby y hacer en el sitio las indagaciones que quería. Mi objetivo era ahora rastrear ese horrible cargamento del Conde hasta su lugar en Londres. Más tarde, quizá podamos ocuparnos de él. Billington hijo, un muchacho simpático, me recibió en la estación, y me llevó a casa de su padre, donde habían decidido que debía pasar la noche. Son hospitalarios, con la verdadera hospitalidad de Yorkshire: dar al huésped todo y dejarlo libre de hacer lo que quiera. Todos sabían que estaba ocupado y que mi estancia era corta, y el señor Billington tenía listos en su

despacho todos los papeles relativos al envío de las cajas. Casi me dio un vuelco ver de nuevo una de las cartas que había visto en la mesa del Conde antes de conocer sus planes diabólicos. Todo había sido cuidadosamente pensado, y hecho sistemáticamente y con precisión. Parecía haber estado preparado para cada obstáculo que pudiera ponerse por accidente en el camino de que se cumpliera su intención. Para usar un americanismo, «no había corrido riesgos», y la absoluta exactitud con que se cumplieron sus instrucciones era simplemente el resultado lógico de su cuidado. Vi la factura y tomé nota de ella: «Cincuenta cajas de tierra común, para ser usadas con fines experimentales». También la copia de la carta a Carter Paterson, y su respuesta; de ambas obtuve copias. Esta era toda la información que el señor Billington podía darme, así que bajé al puerto y vi a los guardacostas, los funcionarios de aduanas y el capitán del puerto. Todos tenían algo que decir de la extraña entrada del barco, que ya va ocupando su lugar en la tradición local; pero nadie podía añadir a la simple descripción «Cincuenta cajas de tierra común». Vi entonces al jefe de estación, que amablemente me puso en comunicación con los hombres que habían recibido en realidad las cajas. Su cuenta era exacta con la lista, y no tenían nada que añadir salvo que las cajas «pesaban una barbaridad» y que moverlas daba sed. Uno de ellos añadió que era una lástima que no hubiera ningún caballero «como usted, señor» para mostrar algún aprecio por sus esfuerzos en forma líquida; otro puso una salvedad de que la sed entonces generada era tal que ni siquiera el tiempo transcurrido la había

aplacado del todo. Huelga añadir que tuve el cuidado, antes de irme, de levantar, por siempre y adecuadamente, esta fuente de reproche.

30 de septiembre.—El jefe de estación tuvo la bondad de darme unas líneas para su viejo compañero el jefe de estación de King’s Cross, de modo que cuando llegué allí por la mañana pude preguntarle por la llegada de las cajas. Él también me puso de inmediato en comunicación con los funcionarios adecuados, y vi que su cuenta era correcta con la factura original. Las oportunidades de adquirir una sed anormal habían sido aquí limitadas; sin embargo se había hecho un noble uso de ellas, y de nuevo me vi obligado a tratar con el resultado de un modo ex post facto.

De allí fui a la oficina central de Carter Paterson, donde me recibieron con la mayor cortesía. Buscaron la transacción en su libro diario y su libro de cartas, y de inmediato telefonearon a su oficina de King’s Cross para más detalles. Por buena suerte, los hombres que hicieron el acarreo esperaban trabajo, y el funcionario los mandó de inmediato, enviando también con uno de ellos la hoja de ruta y todos los papeles relativos a la entrega de las cajas en Carfax. Aquí de nuevo hallé la cuenta exactamente de acuerdo; los hombres de los transportistas pudieron complementar la escasez de las palabras escritas con unos pocos detalles. Estos, pronto descubrí, estaban relacionados casi únicamente con la naturaleza polvorienta del trabajo, y con la consiguiente sed engendrada en los operarios. Al ofrecerles yo una

oportunidad, por medio de la moneda del reino, de aplacar, en un momento posterior, este beneficioso mal, uno de los hombres comentó:

«Esa casa, jefe, es la más rara en que estuve nunca. ¡Caramba! que no la han tocado en cien años. Había tanto polvo en el lugar que se podía haber dormido en él sin lastimarse los huesos; y el lugar estaba tan descuidado que se podía haber olido la vieja Jerusalén en él. Pero la vieja capilla… ¡esa se llevó la palma, sí señor! Mi compañero y yo, pensamos que nunca saldríamos de allí lo bastante rápido. ¡Por Dios!, no aceptaría menos de una libra por momento para quedarme allí después de oscurecer».

Habiendo estado en la casa, pude creerle bien; pero si él supiera lo que yo sé, habría, creo, subido sus condiciones.

De una cosa estoy ahora satisfecho: de que todas las cajas que llegaron a Whitby desde Varna en el Deméter fueron depositadas con seguridad en la vieja capilla de Carfax. Debería haber cincuenta allí, a menos que se hayan retirado algunas desde entonces, como temo por el diario del doctor Seward.

Trataré de ver al carretero que se llevó las cajas de Carfax cuando Renfield los atacó. Siguiendo esta pista podemos aprender bastante.

Más tarde.—Mina y yo hemos trabajado todo el día, y hemos puesto todos los papeles en orden.

Diario de Mina Harker.

30 de septiembre.—Estoy tan contenta que apenas sé cómo contenerme. Es, supongo, la reacción del miedo obsesivo que he tenido: que este terrible asunto y la reapertura de su vieja herida pudieran actuar perjudicialmente sobre Jonathan. Lo vi partir a Whitby con un rostro tan valiente como pude, pero me sentía enferma de aprensión. El esfuerzo, sin embargo, le ha hecho bien. Nunca estuvo tan resuelto, nunca tan fuerte, nunca tan lleno de energía volcánica, como ahora. Es justo como dijo ese querido y buen profesor Van Helsing: es de fibra auténtica, y mejora bajo una tensión que mataría a una naturaleza más débil. Volvió lleno de vida y esperanza y determinación; tenemos todo en orden para esta noche. Me siento bastante salvaje de excitación. Supongo que uno debería compadecer a cualquier cosa tan acosada como el Conde. Eso es precisamente: esta Cosa no es humana, ni siquiera bestia. Leer el relato del doctor Seward de la muerte de la pobre Lucy, y lo que siguió, basta para secar las fuentes de la piedad en el corazón.

Más tarde.—Lord Godalming y el señor Morris llegaron antes de lo que esperábamos. El doctor Seward estaba fuera por asuntos, y se había llevado a Jonathan, así que tuve que recibirlos yo. Fue para mí una reunión dolorosa, pues trajo de vuelta todas las esperanzas de la pobre querida Lucy de hace apenas unos meses. Por supuesto habían oído hablar a Lucy de mí, y parecía que el doctor Van Helsing, también, ha estado bastante «tocando mi trompeta», como lo expresó el señor Morris. Pobres muchachos, ninguno de los dos sabe que conozco todo acerca de las propuestas que hicieron a Lucy. No sabían

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

bien qué decir o hacer, pues ignoraban la medida de mi conocimiento; así que tuvieron que seguir en temas neutrales. Sin embargo, pensé el asunto, y llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer sería ponerlos al corriente de los asuntos hasta la fecha. Sabía por el diario del doctor Seward que habían estado en la muerte de Lucy —su verdadera muerte— y que no necesitaba temer traicionar ningún secreto antes de tiempo. Así que les dije, lo mejor que pude, que había leído todos los papeles y diarios, y que mi marido y yo, habiéndolos pasado a máquina, acabábamos de terminar de ponerlos en orden. Les di a cada uno una copia para leer en la biblioteca. Cuando lord Godalming recibió la suya y la hojeó —es un buen montón—, dijo:

«¿Escribió usted todo esto, señora Harker?».

Asentí, y siguió:

«No veo del todo el fondo de ello; pero ustedes son todos tan buenos y amables, y han trabajado tan fervorosa y enérgicamente, que todo lo que puedo hacer es aceptar sus ideas a ciegas y tratar de ayudarles. Ya he tenido una lección de aceptar hechos que debería hacer humilde a un hombre hasta la última hora de su vida. Además, sé que usted quiso a mi pobre Lucy…». Aquí se volvió y se cubrió el rostro con las manos. Pude oír las lágrimas en su voz. El señor Morris, con delicadeza instintiva, solo posó una mano un momento en su hombro, y luego salió calladamente de la habitación. Supongo que hay algo en la naturaleza de la mujer que hace que un hombre se sienta libre de derrumbarse ante ella y expresar sus sentimientos

del lado tierno o emotivo sin sentir que va en detrimento de su hombría; pues cuando lord Godalming se encontró a solas conmigo se sentó en el sofá y cedió por completo y abiertamente. Me senté a su lado y le tomé la mano. Espero que no pensara que fue atrevido de mi parte, y que si alguna vez lo piensa después nunca tendrá tal pensamiento. En eso le hago agravio; sé que nunca lo tendrá: es demasiado caballero. Le dije, pues podía ver que su corazón se rompía:

«Quise a la querida Lucy, y sé lo que fue para usted, y lo que usted fue para ella. Ella y yo éramos como hermanas; y ahora que se ha ido, ¿no me dejará ser como una hermana para usted en su pena? Sé qué penas ha tenido, aunque no puedo medir su hondura. Si la compasión y la piedad pueden ayudar en su aflicción, ¿no me dejará servirle un poco, por Lucy?».

En un instante el pobre muchacho quedó abrumado por el dolor. Me pareció que todo lo que había estado sufriendo en silencio últimamente encontró de golpe un desahogo. Se puso bastante histérico, y alzando las manos abiertas, golpeó las palmas una contra otra en perfecta agonía de dolor. Se levantó y luego se sentó otra vez, y las lágrimas llovían por sus mejillas. Sentí una infinita piedad por él, y abrí mis brazos sin pensar. Con un sollozo apoyó la cabeza en mi hombro y lloró como un niño cansado, mientras se estremecía de emoción.

Las mujeres tenemos algo de madre en nosotras que nos hace elevarnos sobre asuntos menores cuando se invoca el espíritu de madre; sentí la cabeza de este gran hombre

afligido apoyada en mí, como si fuera la del bebé que algún día pueda yacer en mi pecho, y le acaricié el cabello como si fuera mi propio hijo. No pensé entonces en cuán extraño era todo.

Tras un ratito sus sollozos cesaron, y se incorporó con una disculpa, aunque no disimuló su emoción. Me dijo que durante días y noches pasados —días fatigosos y noches sin sueño— había sido incapaz de hablar con nadie, como un hombre debe hablar en su tiempo de pena. No había ninguna mujer cuya compasión pudiera dársele, ni con quien, debido a la terrible circunstancia que rodeaba su pena, pudiera hablar libremente. «Ahora sé cuánto sufrí —dijo mientras se secaba los ojos—, pero no sé aún, y ningún otro podrá saber nunca, cuánto ha sido para mí su dulce compasión hoy. Lo sabré mejor con el tiempo; y créame que, aunque no soy ingrato ahora, mi gratitud crecerá con mi comprensión. Me dejará ser como un hermano, ¿verdad?, por toda la vida, por la querida Lucy».

«Por la querida Lucy», dije mientras estrechábamos las manos. «Sí, y por usted misma», añadió, «pues si la estima y gratitud de un hombre valen alguna vez la pena de ganarse, usted ha ganado las mías hoy. Si alguna vez el futuro le trajera un momento en que necesitara la ayuda de un hombre, créame, no llamará en vano. Quiera Dios que no le llegue nunca tal momento que rompa el sol de su vida; pero si llegara alguna vez, prométame que me lo hará saber». Era tan serio, y su pena tan reciente, que sentí que lo consolaría, así que dije:

«Lo prometo».

Al venir por el corredor vi al señor Morris mirando por una ventana. Se volvió al oír mis pasos. «¿Cómo está Art?», dijo. Luego, notando mis ojos rojos, siguió: «Ah, veo que lo ha estado consolando. ¡Pobre viejo amigo! lo necesita. Nadie sino una mujer puede ayudar a un hombre cuando tiene problema del corazón; y no tenía a nadie que lo consolara».

Llevaba su propia pena tan valientemente que mi corazón sangró por él. Vi el manuscrito en su mano, y supe que cuando lo leyera comprendería cuánto sabía yo; así que le dije:

«Ojalá pudiera consolar a todos los que sufren del corazón. ¿Me dejará ser su amiga, y vendrá a mí en busca de consuelo si lo necesita? Sabrá más tarde por qué hablo». Vio que hablaba en serio y, inclinándose, tomó mi mano y, llevándola a sus labios, la besó. Me pareció un pobre consuelo para un alma tan valiente y desinteresada, e impulsivamente me incliné y lo besé. Las lágrimas subieron a sus ojos, y hubo un momentáneo ahogo en su garganta; dijo con bastante calma:

«Muchachita, ¡nunca se arrepentirá de esa bondad de buen corazón mientras viva!». Luego entró en el despacho con su amigo.

«¡Muchachita!». Las mismas palabras que había usado con Lucy, y oh, ¡qué amigo demostró ser!

CAPÍTULO XVIII

Diario del doctor Seward

30 de septiembre.—Llegué a casa a las cinco, y hallé que Godalming y Morris no solo habían llegado, sino que ya habían estudiado la transcripción de los diversos diarios y cartas que Harker y su maravillosa esposa habían hecho y ordenado. Harker no había vuelto aún de su visita a los hombres de los transportistas, de los que me había escrito el doctor Hennessey. La señora Harker nos dio una taza de té, y puedo decir honradamente que, por primera vez desde que vivo en ella, esta vieja casa me pareció un hogar. Cuando terminamos, la señora Harker dijo:

«Doctor Seward, ¿puedo pedirle un favor? Quiero ver a su paciente, el señor Renfield. ¡Déjeme verlo, por favor! ¡Lo que ha dicho de él en su diario me interesa tanto!». Se veía tan suplicante y tan bonita que no pude negarme, y no había razón posible para ello; así que la llevé conmigo. Al entrar en la habitación, dije al hombre que una dama querría verlo; a lo cual respondió simplemente: «¿Por qué?».

«Está recorriendo la casa y quiere ver a todos en ella», respondí. «Oh, muy bien —dijo—; que entre, por supuesto; pero espere un minuto a que ordene el lugar». Su método de ordenar era peculiar: simplemente se tragó todas las moscas y arañas de las cajas antes de que pudiera

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

detenerlo. Era bastante evidente que temía o tenía celos de alguna intromisión. Cuando terminó su repugnante tarea, dijo alegremente: «Que entre la dama», y se sentó en el borde de su cama con la cabeza baja, pero con los párpados alzados para poder verla al entrar. Por un momento pensé que podría tener alguna intención homicida; recordé cuán tranquilo había estado justo antes de atacarme en mi propio despacho, y cuidé de ponerme donde pudiera agarrarlo de inmediato si intentaba abalanzarse sobre ella. Ella entró en la habitación con una soltura y gracia que de inmediato impondría el respeto de cualquier lunático, pues la soltura es una de las cualidades que más respetan los locos. Se acercó a él, sonriendo con agrado, y le tendió la mano.

«Buenas tardes, señor Renfield —dijo—. Ya ve, lo conozco, pues el doctor Seward me ha hablado de usted». No hizo respuesta inmediata, sino que la miró de arriba abajo con intensidad y un ceño fijo en el rostro. Esta mirada dio paso a una de asombro, que se fundió en duda; luego, para mi intenso asombro, dijo:

«No es usted la muchacha con la que el doctor quería casarse, ¿verdad? No puede serlo, sabe, porque está muerta». La señora Harker sonrió dulcemente al responder:

«¡Oh no! Tengo un marido propio, con quien me casé antes de que viera al doctor Seward, o él a mí. Soy la señora Harker».

«Entonces, ¿qué hace aquí?».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Mi marido y yo estamos de visita con el doctor Seward».

«Entonces no se quede».

«¿Pero por qué no?». Pensé que este estilo de conversación podría no ser agradable a la señora Harker, como no lo era para mí, así que intervine:

«¿Cómo supo que yo quería casarme con alguien?». Su respuesta fue simplemente despectiva, dada en una pausa en que volvió sus ojos de la señora Harker a mí, volviéndolos de inmediato atrás:

«¡Qué pregunta tan asnal!».

«No veo eso en absoluto, señor Renfield», dijo la señora Harker, defendiéndome de inmediato. Le respondió con tanta cortesía y respeto como había mostrado desprecio hacia mí:

«Comprenderá, por supuesto, señora Harker, que cuando un hombre es tan amado y honrado como nuestro anfitrión, todo lo concerniente a él es de interés en nuestra pequeña comunidad. El doctor Seward es amado no solo por su casa y sus amigos, sino incluso por sus pacientes, que, siendo algunos de ellos apenas en equilibrio mental, son propensos a distorsionar causas y efectos. Puesto que yo mismo he sido internado en un manicomio, no puedo sino notar que las tendencias sofísticas de algunos de sus internos se inclinan hacia los errores de non causa e ignoratio elenchi». Abrí positivamente los ojos ante este nuevo giro. Aquí estaba mi propio loco predilecto —el más pronunciado de su tipo

con el que me había topado— hablando filosofía elemental, y con los modales de un caballero pulido. Me pregunto si fue la presencia de la señora Harker la que había tocado alguna cuerda en su memoria. Si esta nueva fase fue espontánea, o de algún modo debida a su influencia inconsciente, ella debe de tener algún don o poder raro.

Seguimos hablando un rato; y, viendo que estaba aparentemente muy razonable, ella se aventuró, mirándome interrogativamente al empezar, a llevarlo a su tema favorito. De nuevo me asombré, pues se aplicó a la cuestión con la imparcialidad de la más completa cordura; incluso se tomó a sí mismo como ejemplo al mencionar ciertas cosas.

«Pues yo mismo soy un ejemplo de hombre que tuvo una creencia extraña. De hecho, no era de extrañar que mis amigos se alarmaran e insistieran en que me pusieran bajo custodia. Yo solía imaginar que la vida era una entidad positiva y perpetua, y que consumiendo una multitud de seres vivos, por bajos que fueran en la escala de la creación, se podía prolongar la vida indefinidamente. A veces sostuve la creencia con tanta fuerza que llegué a intentar quitar una vida humana. El doctor aquí presente me respaldará en que en una ocasión traté de matarlo con el propósito de fortalecer mis poderes vitales asimilando a mi propio cuerpo su vida por medio de su sangre; apoyándome, por supuesto, en la frase de la Escritura: “Porque la sangre es la vida”. Aunque, en verdad, el vendedor de cierto remedio milagroso ha vulgarizado la verdad de Perogrullo hasta el mismo punto del desprecio.

¿No es cierto, doctor?». Asentí, pues estaba tan asombrado que apenas sabía qué pensar ni qué decir; era difícil imaginar que lo había visto comerse sus arañas y moscas no cinco minutos antes. Mirando mi reloj, vi que debía ir a la estación a recibir a Van Helsing, así que dije a la señora Harker que era hora de irnos. Ella vino de inmediato, después de decir amablemente al señor Renfield: «Adiós, y espero verlo a menudo, bajo auspicios más agradables para usted», a lo cual, para mi asombro, él respondió:

«Adiós, querida. Ruego a Dios no volver a ver nunca su dulce rostro. ¡Que Él la bendiga y la guarde!».

Cuando fui a la estación a recibir a Van Helsing, dejé atrás a los muchachos. El pobre Art parecía más animado que en ningún momento desde que Lucy cayó enferma, y Quincey está más parecido a su brillante yo de siempre de lo que ha estado en muchos días.

Van Helsing bajó del vagón con la ágil presteza de un muchacho. Me vio de inmediato, y corrió hacia mí, diciendo:

«¡Ah, amigo John, cómo va todo! ¿Bien? ¡Así! Yo he estado ocupado, pues vengo aquí para quedarme si es necesario. Todos mis asuntos están arreglados, y tengo mucho que contar. ¿Madame Mina está con usted? Sí. ¿Y su tan fino esposo? ¿Y Arthur y mi amigo Quincey, están con usted también? ¡Bueno!».

Mientras conducía a la casa le conté lo ocurrido, y cómo mi propio diario había llegado a ser de alguna utilidad por sugerencia de la señora Harker; a lo cual el profesor me

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

interrumpió:

«¡Ah, esa maravillosa madame Mina! Tiene cerebro de hombre —un cerebro que un hombre debería tener si fuera muy dotado— y corazón de mujer. El buen Dios la hizo con un propósito, créame, cuando hizo esa tan buena combinación. Amigo John, hasta ahora la fortuna ha hecho a esa mujer de ayuda para nosotros; después de esta noche no debe tener que ver con este asunto tan terrible. No es bueno que corra un riesgo tan grande. Nosotros los hombres estamos resueltos —más aún, ¿no estamos comprometidos?— a destruir a este monstruo; pero no es papel para una mujer. Aun si no sufre daño, su corazón puede fallarle ante tantos y tales horrores; y en adelante puede sufrir, tanto en la vigilia, por sus nervios, como en el sueño, por sus pesadillas. Y además, es mujer joven y no hace mucho casada; puede haber otras cosas en que pensar algún día, si no ahora. Usted me dice que ella ha escrito todo, entonces debe consultar con nosotros; pero mañana dice adiós a este trabajo, y nosotros vamos solos». Estuve de todo corazón de acuerdo con él, y luego le conté lo que habíamos hallado en su ausencia: que la casa que Drácula había comprado era la contigua a la mía. Se asombró, y una gran preocupación pareció caer sobre él. «¡Oh, si lo hubiéramos sabido antes!», dijo, «pues entonces habríamos podido alcanzarlo a tiempo para salvar a la pobre Lucy. Sin embargo, "la leche derramada no llora después", como ustedes dicen. No pensaremos en eso, sino que seguiremos nuestro camino hasta el fin». Luego cayó en un silencio que duró hasta que entramos por mi propia verja. Antes de que fuéramos a prepararnos

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

para la cena dijo a la señora Harker:

«Me dice, madame Mina, mi amigo John que usted y su esposo han puesto en exacto orden todas las cosas que han sido, hasta este momento».

«No hasta este momento, profesor —dijo ella impulsivamente—, sino hasta esta mañana».

«¿Pero por qué no hasta ahora? Hemos visto hasta aquí qué buena luz han dado todas las pequeñas cosas. Hemos contado nuestros secretos, y sin embargo ninguno de los que han contado está peor por ello».

La señora Harker empezó a ruborizarse, y sacando un papel de su bolsillo, dijo:

«Doctor Van Helsing, ¿quiere leer esto y decirme si debe entrar? Es mi registro de hoy. Yo también he visto la necesidad de anotar por ahora todo, por trivial que sea; pero hay poco en esto salvo lo personal. ¿Debe entrar?». El profesor lo leyó con gravedad y se lo devolvió, diciendo:

«No necesita entrar si usted no lo desea; pero ruego que entre. No puede sino hacer que su esposo la ame más, y que todos nosotros, sus amigos, más la honremos, además de más estimarla y quererla». Ella lo recibió de vuelta con otro rubor y una radiante sonrisa.

Y así ahora, hasta esta misma hora, todos los registros que tenemos están completos y en orden. El profesor se llevó una copia para estudiarla después de la cena, y antes de nuestra reunión, fijada para las nueve. El resto de nosotros ya hemos leído todo; así que cuando nos reunamos en el despacho todos estaremos informados de

los hechos, y podremos arreglar nuestro plan de batalla contra este terrible y misterioso enemigo.

Diario de Mina Harker.

30 de septiembre.—Cuando nos reunimos en el despacho del doctor Seward dos horas después de la cena, que había sido a las seis, formamos inconscientemente una especie de junta o comité. El profesor Van Helsing ocupó la cabecera de la mesa, a la que el doctor Seward lo invitó al entrar en la habitación. Me hizo sentar junto a él a su derecha, y me pidió que actuara de secretaria; Jonathan se sentó a mi lado. Frente a nosotros estaban lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris; lord Godalming junto al profesor, y el doctor Seward en el centro. El profesor dijo:

«Supongo que puedo dar por hecho que todos conocemos los hechos que hay en estos papeles». Todos expresamos asentimiento, y siguió:

«Entonces sería, creo, bueno que les diga algo del tipo de enemigo con el que tenemos que tratar. Les daré a conocer luego algo de la historia de este hombre, que ha sido averiguada para mí. Así podremos discutir cómo actuaremos, y tomar nuestras medidas en consecuencia.

»Existen seres tales como los vampiros; algunos de nosotros tenemos pruebas de que existen. Aun si no tuviéramos la prueba de nuestra propia desdichada experiencia, las enseñanzas y los registros del pasado dan prueba suficiente para gente sensata. Admito que al principio fui escéptico. Si no fuera porque durante largos años me he entrenado para mantener una mente abierta,

no habría podido creer hasta que ese hecho me tronó en el oído. “¡Mira! ¡mira! Yo pruebo; yo pruebo”. ¡Ay! De haber sabido al principio lo que ahora sé —más aún, de haberlo siquiera sospechado— una vida tan preciosa se habría salvado para muchos de nosotros que la quisimos. Pero eso se ha ido; y debemos trabajar de modo que otras pobres almas no perezcan mientras podamos salvarlas. Los nosferatu no mueren como la abeja cuando pica una vez. Él solo es más fuerte; y siendo más fuerte, tiene aún más poder para obrar el mal. Este vampiro que está entre nosotros es por sí solo tan fuerte en persona como veinte hombres; es de astucia más que mortal, pues su astucia es crecimiento de edades; tiene todavía las ayudas de la nigromancia, que es, como su etimología implica, la adivinación por los muertos, y todos los muertos a los que pueda acercarse están para él a su mando; es bruto, y más que bruto; es diablo en lo duro, y el corazón de él no es; puede, dentro de límites, aparecer a voluntad cuándo, y dónde, y en cualquiera de las formas que le son propias; puede, dentro de su alcance, dirigir los elementos: la tormenta, la niebla, el trueno; puede mandar a todas las cosas menores: la rata, y el búho, y el murciélago, la polilla, y el zorro, y el lobo; puede crecer y hacerse pequeño; y puede a veces desvanecerse y venir sin ser notado. ¿Cómo, pues, vamos a comenzar nuestro golpe para destruirlo? ¿Cómo hallaremos su dónde; y habiéndolo hallado, cómo podemos destruir? Amigos míos, esto es mucho; es una tarea terrible la que emprendemos, y puede haber consecuencias que hagan estremecerse a los valientes. Porque si fallamos en esta nuestra lucha él ha de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ganar seguramente; ¿y entonces dónde acabamos? La vida es nada; no la tomo en cuenta. Pero fallar aquí no es mera vida o muerte. Es que nos volvemos como él; que de ahora en adelante nos volvemos cosas inmundas de la noche como él, sin corazón ni conciencia, depredando los cuerpos y las almas de los que más amamos. Para nosotros por siempre están cerradas las puertas del cielo; pues ¿quién se las abrirá otra vez? Seguimos por todo el tiempo aborrecidos por todos; una mancha en la faz del sol de Dios; una flecha en el costado de Aquel que murió por el hombre. Pero estamos cara a cara con el deber; y en tal caso, ¿debemos acobardarnos? Para mí, digo, no; pero entonces yo soy viejo, y la vida, con su sol, sus lugares hermosos, su canto de pájaros, su música y su amor, queda muy atrás. Los otros son jóvenes. Algunos han visto pena; pero hay días hermosos todavía en reserva. ¿Qué dicen?».

Mientras hablaba, Jonathan había tomado mi mano. Temí, oh, tanto, que la espantosa naturaleza de nuestro peligro lo estuviera abrumando cuando vi su mano extenderse; pero fue vida para mí sentir su contacto, tan fuerte, tan seguro de sí, tan resuelto. La mano de un hombre valiente puede hablar por sí misma; ni siquiera necesita el amor de una mujer para oír su música.

Cuando el profesor terminó de hablar mi marido me miró a los ojos, y yo a los suyos; no hizo falta hablar entre nosotros.

«Respondo por Mina y por mí», dijo.

«Cuente conmigo, profesor», dijo el señor Quincey Morris, lacónico como de costumbre.

«Estoy con usted», dijo lord Godalming, «por Lucy, si no por otra razón».

El doctor Seward solo asintió. El profesor se puso en pie y, tras depositar su crucifijo de oro sobre la mesa, extendió la mano a cada lado. Yo tomé su mano derecha, y lord Godalming la izquierda; Jonathan sostuvo mi derecha con su izquierda y se estiró hasta el señor Morris. Así, al darnos todos las manos, se hizo nuestro solemne pacto. Sentí el corazón helado, pero ni siquiera se me ocurrió retroceder. Volvimos a nuestros lugares, y el doctor Van Helsing siguió con una especie de alegría que mostraba que el trabajo serio había comenzado. Debía tomarse con tanta gravedad, y de manera tan formal, como cualquier otro negocio de la vida:

«Bien, ustedes saben contra qué tenemos que luchar; pero nosotros tampoco estamos sin fuerza. Tenemos de nuestro lado el poder de la combinación, poder negado a la raza de los vampiros; tenemos fuentes de ciencia; somos libres de actuar y pensar; y las horas del día y de la noche son nuestras por igual. De hecho, hasta donde alcanzan nuestros poderes, están sin trabas, y somos libres de usarlos. Tenemos entrega a una causa, y un fin que lograr que no es egoísta. Estas cosas son mucho.

»Ahora veamos hasta dónde están restringidos los poderes generales alineados contra nosotros, y cómo no lo está el individuo. En fin, consideremos las limitaciones del vampiro en general, y de este en particular.

»Todo lo que tenemos para guiarnos son tradiciones y supersticiones. Estas no parecen al principio mucho, cuando el asunto es de vida o muerte; más aún, de más que vida o muerte. Sin embargo debemos darnos por satisfechos; en primer lugar porque tenemos que hacerlo —ningún otro medio está a nuestro alcance—, y en segundo lugar porque, después de todo, estas cosas, tradición y superstición, lo son todo. ¿No descansa en ellas la creencia en los vampiros para otros, aunque no, ¡ay!, para nosotros? Hace un año, ¿quién de nosotros habría recibido tal posibilidad, en medio de nuestro científico, escéptico y prosaico siglo diecinueve? Incluso desdeñamos una creencia que vimos justificada ante nuestros mismos ojos. Tomen, pues, que el vampiro, y la creencia en sus limitaciones y su cura, descansan por el momento en la misma base. Pues, déjenme decirles, él es conocido dondequiera que han estado los hombres. En la vieja Grecia, en la vieja Roma; florece en toda Alemania, en Francia, en la India, incluso en el Quersoneso; y en China, tan lejos de nosotros en todo, allí también está, y los pueblos lo temen hasta este día. Ha seguido la estela del berserker islandés, del huno engendrado por el diablo, del eslavo, del sajón, del magiar. Hasta aquí, entonces, tenemos todo en que podemos basarnos; y déjenme decirles que muchísimo de las creencias queda justificado por lo que hemos visto en nuestra propia tan desdichada experiencia. El vampiro vive, y no puede morir por mero paso del tiempo; puede florecer cuando puede engordar con la sangre de los vivos. Más aún, hemos visto entre nosotros que puede incluso rejuvenecer; que sus

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

facultades vitales se hacen vigorosas, y parecen como si se refrescaran cuando su especial alimento abunda. Pero no puede florecer sin esta dieta; no come como los otros. Aun el amigo Jonathan, que vivió con él por semanas, nunca lo vio comer, ¡nunca! No arroja sombra; no hace en el espejo reflejo, como de nuevo observa Jonathan. Tiene la fuerza de muchos en su mano; testigo de nuevo Jonathan cuando cerró la puerta contra los lobos, y cuando lo ayudó a bajar de la diligencia también. Puede transformarse en lobo, como colegimos de la llegada del barco a Whitby, cuando desgarró al perro; puede ser como murciélago, como madame Mina lo vio en la ventana en Whitby, y como el amigo John lo vio volar desde esta casa tan cercana, y como mi amigo Quincey lo vio en la ventana de la señorita Lucy. Puede venir en la niebla que él crea; ese noble capitán del barco lo probó; pero, por lo que sabemos, la distancia a que puede hacer esta niebla es limitada, y solo puede ser alrededor de sí mismo. Viene en los rayos de luna como polvo elemental; como de nuevo Jonathan vio a aquellas hermanas en el castillo de Drácula. Se hace tan pequeño; nosotros mismos vimos a la señorita Lucy, antes de que estuviera en paz, deslizarse por un espacio de un pelo en la puerta de la tumba. Puede, una vez que halla su camino, salir de cualquier cosa o entrar en cualquier cosa, no importa cuán estrechamente esté atada o incluso fundida con fuego; soldada, ustedes dicen. Puede ver en la oscuridad; no es poco poder este, en un mundo que está una mitad cerrado a la luz. Ah, pero escúchenme hasta el fin. Puede hacer todas estas cosas, y sin embargo no es libre. No; es incluso más prisionero que el esclavo de la

galera, que el loco en su celda. No puede ir adonde le place; él, que no es de la naturaleza, ha de obedecer sin embargo algunas de las leyes de la naturaleza; por qué, no lo sabemos. No puede entrar en ningún lugar al principio, a menos que haya alguien de la casa que lo invite a venir; aunque después puede venir como le plazca. Su poder cesa, como el de todas las cosas malas, a la llegada del día. Solo en ciertos momentos puede tener libertad limitada. Si no está en el lugar adonde se dirige, solo puede cambiarse a sí mismo al mediodía o a la salida o puesta exacta del sol. Estas cosas nos dicen, y en este registro nuestro tenemos prueba por inferencia. Así, mientras que puede hacer lo que quiere dentro de su límite, cuando tiene su hogar de tierra, su hogar de ataúd, su hogar de infierno, el lugar sin consagrar, como vimos cuando fue a la tumba del suicida en Whitby, aun así en otro tiempo solo puede cambiar cuando llega la hora. Se dice, además, que solo puede pasar agua corriente en la pleamar o en la bajamar. Luego hay cosas que lo afligen de tal modo que no tiene poder, como el ajo que conocemos; y en cuanto a las cosas sagradas, como este símbolo, mi crucifijo, que estuvo entre nosotros incluso ahora cuando resolvimos, ante ellas él no es nada, pero en su presencia toma su lugar lejos y callado con respeto. Hay otras, también, de las que les hablaré, no sea que en nuestra búsqueda las necesitemos. La rama de rosa silvestre sobre su ataúd lo retiene para que no se mueva de él; una bala sagrada disparada al ataúd lo mata de modo que quede muerto de verdad; y en cuanto a la estaca a través de él, ya sabemos de su paz; o la cabeza cortada que da descanso. Lo hemos visto con

nuestros ojos.

»Así, cuando hallemos la morada de este hombre-que-fue, podemos confinarlo a su ataúd y destruirlo, si obedecemos lo que sabemos. Pero es astuto. He pedido a mi amigo Arminius, de la Universidad de Buda-Pesth, que haga su registro; y, de todos los medios que hay, me dice lo que él ha sido. Debe, en efecto, haber sido aquel voivoda Drácula que ganó su nombre contra el turco, sobre el gran río en la misma frontera de la tierra de Turquía. Si así es, entonces no fue hombre común; pues en aquel tiempo, y por siglos después, se hablaba de él como el más listo y el más astuto, además del más valiente de los hijos de la "tierra más allá del bosque". Ese poderoso cerebro y esa férrea resolución fueron con él a su tumba, y están incluso ahora alineados contra nosotros. Los Drácula eran, dice Arminius, una raza grande y noble, aunque de vez en cuando hubo vástagos a quienes sus coetáneos tenían por haber tratado con el Maligno. Aprendieron sus secretos en la Scholomance, entre las montañas sobre el lago Hermanstadt, donde el diablo reclama como su deber al décimo escolar. En los registros hay palabras como "stregoica", bruja, "ordog" y "pokol", Satanás e infierno; y en un manuscrito este mismo Drácula es llamado "wampyr", que todos entendemos demasiado bien. Ha habido de los lomos de este mismo grandes hombres y buenas mujeres, y sus tumbas hacen sagrada la tierra donde solo puede morar esta inmundicia. Pues no es el menor de sus terrores que esta cosa mala esté arraigada hondo en todo lo bueno; en suelo estéril de memorias sagradas no puede descansar».

Mientras hablaban, el señor Morris miraba fijamente la ventana, y ahora se levantó calladamente y salió de la habitación. Hubo una pequeña pausa, y luego el profesor siguió:

«Y ahora debemos decidir qué hacemos. Tenemos aquí muchos datos, y debemos proceder a trazar nuestra campaña. Sabemos por la indagación de Jonathan que del castillo a Whitby vinieron cincuenta cajas de tierra, todas las cuales fueron entregadas en Carfax; sabemos también que al menos algunas de esas cajas han sido retiradas. Me parece que nuestro primer paso debería ser averiguar si todas las demás permanecen en la casa tras ese muro donde miramos hoy; o si alguna más ha sido retirada. Si lo último, debemos rastrear…».

Aquí fuimos interrumpidos de una manera muy sobresaltante. Fuera de la casa llegó el sonido de un disparo de pistola; el cristal de la ventana fue destrozado por una bala que, rebotando en lo alto de la aspillera, golpeó la pared del fondo de la habitación. Temo ser de corazón una cobarde, pues grité. Los hombres se pusieron de un salto en pie; lord Godalming voló a la ventana y levantó la hoja. Al hacerlo oímos la voz del señor Morris afuera:

«¡Perdón! Temo haberlos alarmado. Entraré y les contaré». Un minuto después entró y dijo:

«Fue una idiotez de mi parte, y le pido perdón, señora Harker, muy sinceramente; temo haberla asustado terriblemente. Pero el hecho es que mientras el profesor hablaba vino un gran murciélago y se posó en el alféizar.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Tengo tal horror de los malditos bichos por los sucesos recientes que no puedo soportarlos, y salí a tirar un tiro, como he estado haciendo últimamente por las tardes, siempre que he visto uno. Antes te reías de mí por eso, Art».

«¿Le acertó?», preguntó el doctor Van Helsing.

«No lo sé; creo que no, pues se fue volando hacia el bosque». Sin decir más tomó su asiento, y el profesor comenzó a reanudar su exposición:

«Debemos rastrear cada una de estas cajas; y cuando estemos listos, debemos o capturar o matar a este monstruo en su guarida; o debemos, por así decirlo, esterilizar la tierra, de modo que no pueda ya buscar seguridad en ella. Así al final podemos hallarlo en su forma de hombre entre las horas del mediodía y la puesta del sol, y así trabarnos con él cuando está en su más débil.

»Y ahora para usted, madame Mina, esta noche es el fin hasta que todo esté bien. Es demasiado preciosa para nosotros para tal riesgo. Cuando nos separemos esta noche, ya no debe preguntar. Le diremos todo a su debido tiempo. Somos hombres y podemos soportar; pero usted debe ser nuestra estrella y nuestra esperanza, y actuaremos tanto más libres cuanto usted no esté en el peligro en que estamos nosotros».

Todos los hombres, incluso Jonathan, parecieron aliviados; pero no me pareció bueno que desafiaran el peligro y, quizá, disminuyeran su seguridad —la fuerza siendo la mejor seguridad— por cuidado de mí; pero sus mentes estaban decididas, y aunque fue una píldora

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

amarga de tragar, nada pude decir salvo aceptar su caballeroso cuidado de mí.

El señor Morris reanudó la discusión:

«Como no hay tiempo que perder, voto que echemos una mirada a su casa ahora mismo. El tiempo lo es todo con él; y una acción rápida de nuestra parte puede salvar a otra víctima».

Confieso que el corazón empezó a fallarme cuando el momento de actuar se acercó tanto, pero no dije nada, pues tenía un miedo mayor de que si aparecía como un lastre o un estorbo para su obra, pudieran incluso dejarme fuera de sus consejos por completo. Han partido ahora hacia Carfax, con medios para entrar en la casa.

Como hombres, me dijeron que me fuera a la cama y durmiera; ¡como si una mujer pudiera dormir cuando aquellos a quienes ama están en peligro! Me acostaré y fingiré dormir, no sea que Jonathan tenga una ansiedad más por mí cuando vuelva.

Diario del doctor Seward.

1 de octubre, 4 a. m.—Justo cuando íbamos a salir de la casa, me trajeron un mensaje urgente de Renfield para saber si lo vería de inmediato, pues tenía algo de la mayor importancia que decirme. Dije al mensajero que dijera que atendería sus deseos por la mañana; estaba ocupado en ese momento. El celador añadió:

«Parece muy insistente, señor. Nunca lo había visto tan ansioso. No sé si, de no verlo pronto, no tendrá uno de sus accesos violentos». Sabía que el hombre no habría dicho

esto sin causa, así que dije: «Está bien; iré ahora»; y pedí a los otros que me esperaran unos minutos, pues tenía que ir a ver a mi «paciente».

«Llévame contigo, amigo John», dijo el profesor. «Su caso en tu diario me interesa mucho, y tuvo relación, también, de vez en cuando con el nuestro. Me gustaría mucho verlo, y en especial cuando su mente está perturbada».

«¿Puedo ir yo también?», preguntó lord Godalming.

«¿Yo también?», dijo Quincey Morris. «¿Puedo ir?», dijo Harker. Asentí, y todos bajamos juntos por el pasillo.

Lo hallamos en un estado de considerable excitación, pero mucho más racional en su habla y modales de lo que lo había visto jamás. Había un entendimiento inusual de sí mismo, que no se parecía a nada que yo hubiera encontrado en un lunático; y daba por sentado que sus razones prevalecerían ante otros enteramente cuerdos. Los cuatro entramos en la habitación, pero ninguno de los otros dijo nada al principio. Su petición era que lo liberara de inmediato del asilo y lo enviara a casa. Respaldó esto con argumentos sobre su completa recuperación, y adujo su propia cordura presente. «Apelo a sus amigos —dijo—; ellos, quizá, no tendrán inconveniente en sentarse a juzgar mi caso. Por cierto, no me ha presentado». Yo estaba tan asombrado que lo raro de presentar a un loco en un manicomio no me llamó la atención en el momento; y además, había cierta dignidad en los modales del hombre, tanto del hábito de la igualdad, que hice la presentación de inmediato: «Lord Godalming; el profesor Van Helsing;

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

el señor Quincey Morris, de Texas; el señor Renfield». Les estrechó la mano a cada uno, diciendo por turno:

«Lord Godalming, tuve el honor de apoyar a su padre en el Windham; me aflige saber, por llevar usted el título, que ya no existe. Era un hombre amado y honrado por todos los que lo conocieron; y en su juventud fue, según he oído, el inventor de un ponche de ron flameado, muy favorecido en la noche del Derby. Señor Morris, debería estar orgulloso de su gran estado. Su admisión en la Unión fue un precedente que puede tener efectos de largo alcance en el futuro, cuando el Polo y los Trópicos puedan hacer alianza con las Barras y Estrellas. El poder del Tratado puede aún demostrar ser una vasta máquina de ampliación, cuando la doctrina Monroe ocupe su verdadero lugar como fábula política. ¿Qué podrá decir hombre alguno de su placer al conocer a Van Helsing? Señor, no presento disculpa por omitir toda forma de prefijo convencional. Cuando un individuo ha revolucionado la terapéutica con su descubrimiento de la evolución continua de la materia cerebral, las formas convencionales son inadecuadas, pues parecerían limitarlo a uno de una clase. A ustedes, caballeros, que por nacionalidad, por herencia o por la posesión de dones naturales están hechos para ocupar sus respectivos lugares en el mundo en movimiento, los tomo por testigos de que estoy tan cuerdo como al menos la mayoría de los hombres que están en plena posesión de su libertad. Y estoy seguro de que usted, doctor Seward, humanitario y médico-jurista además de científico, juzgará un deber moral tratarme como alguien que ha de considerarse bajo

circunstancias excepcionales». Hizo esta última apelación con un aire cortesano de convicción que no carecía de encanto propio.

Creo que todos quedamos pasmados. Por mi parte, tenía la convicción, a pesar de mi conocimiento del carácter y la historia del hombre, de que su razón se había restablecido; y sentí un fuerte impulso de decirle que estaba satisfecho de su cordura, y que vería por las formalidades necesarias para su liberación por la mañana. Pensé que era mejor esperar, sin embargo, antes de hacer una declaración tan grave, pues de antiguo conocía los cambios repentinos a los que este paciente en particular estaba sujeto. Así que me contenté con hacer una declaración general de que parecía mejorar muy rápidamente; que tendría una charla más larga con él por la mañana, y entonces vería qué podía hacer en el sentido de satisfacer sus deseos. Esto no lo satisfizo en absoluto, pues dijo rápidamente:

«Pero temo, doctor Seward, que apenas capta mi deseo. Deseo irme de inmediato, aquí, ahora, esta misma hora, este mismo momento, si puedo. El tiempo apremia, y en nuestro acuerdo implícito con el viejo guadañero es de la esencia del contrato. Estoy seguro de que basta poner ante un practicante tan admirable como el doctor Seward un deseo tan simple y sin embargo tan trascendental para asegurar su cumplimiento». Me miró con agudeza, y viendo la negativa en mi rostro, se volvió a los otros y los escrutó de cerca. No encontrando respuesta suficiente, siguió:

«¿Es posible que haya errado en mi suposición?».

«Ha errado», dije con franqueza, pero al mismo tiempo, como sentí, brutalmente. Hubo una considerable pausa, y luego dijo despacio:

«Entonces supongo que solo debo cambiar el terreno de mi petición. Permítanme pedir esta concesión, favor, privilegio, llámenlo como quieran. Me contento con implorar en tal caso, no por razones personales, sino por el bien de otros. No tengo libertad de darles todas mis razones; pero pueden, se lo aseguro, tener por cierto de mí que son buenas, sólidas y desinteresadas, y brotan del más alto sentido del deber. Si pudiera usted, señor, mirar en mi corazón, aprobaría por completo los sentimientos que me animan. Más aún, me contaría entre los mejores y más leales de sus amigos». De nuevo nos miró a todos con agudeza. Yo tenía una creciente convicción de que este súbito cambio de todo su método intelectual no era sino otra forma o fase de su locura, y así resolví dejarlo continuar un poco más, sabiendo por experiencia que, como todos los lunáticos, se delataría al final. Van Helsing lo miraba con una mirada de la mayor intensidad, sus cejas pobladas casi juntándose con la fija concentración de su mirada. Dijo a Renfield en un tono que no me sorprendió en el momento, sino solo cuando lo pensé después, pues era como el de quien se dirige a un igual:

«¿No puede decir francamente su verdadera razón para desear ser libre esta noche? Yo me comprometo a que si satisface aunque sea a mí, un extraño, sin prejuicio y con el hábito de mantener la mente abierta, el doctor Seward le dará, bajo su propio riesgo y su propia responsabilidad,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

el privilegio que busca». Él sacudió la cabeza tristemente, con un aire de punzante pesar en el rostro. El profesor siguió:

«Vamos, señor, reflexione. Usted reclama el privilegio de la razón en el más alto grado, pues busca impresionarnos con su completa razonabilidad. Hace esto usted, de cuya cordura tenemos razón para dudar, pues aún no ha sido dado de alta del tratamiento médico por este mismo defecto. Si no quiere ayudarnos en nuestro esfuerzo por elegir el curso más sabio, ¿cómo podemos cumplir el deber que usted mismo nos impone? Sea sabio, y ayúdenos; y si podemos le ayudaremos a lograr su deseo». Seguía sacudiendo la cabeza mientras decía:

«Doctor Van Helsing, no tengo nada que decir. Su argumento es completo, y si yo fuera libre de hablar no vacilaría un momento; pero no soy dueño de mí mismo en el asunto. Solo puedo pedirles que confíen en mí. Si se me rechaza, la responsabilidad no recae en mí». Pensé que era ya hora de poner fin a la escena, que se estaba volviendo cómicamente grave, así que me dirigí a la puerta, diciendo simplemente:

«Vamos, amigos míos, tenemos trabajo que hacer. Buenas noches».

Sin embargo, al acercarme a la puerta, un nuevo cambio sobrevino al paciente. Se movió hacia mí tan rápidamente que por el momento temí que fuera a hacer otro ataque homicida. Mis temores, sin embargo, eran infundados, pues alzó las dos manos implorando e hizo su petición de manera conmovedora. Al ver que el mismo exceso de su

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

emoción militaba contra él, devolviéndonos más a nuestras viejas relaciones, se volvió aún más demostrativo. Miré a Van Helsing, y vi mi convicción reflejada en sus ojos; así que me puse algo más firme en mis modales, si no más severo, y le indiqué con un gesto que sus esfuerzos eran inútiles. Había visto antes algo de la misma excitación constantemente creciente en él cuando tenía que hacer alguna petición en que en ese momento pensaba mucho, como, por ejemplo, cuando quiso un gato; y estaba preparado para ver el colapso en la misma hosca aquiescencia en esta ocasión. Mi expectativa no se cumplió, pues cuando halló que su apelación no tendría éxito, llegó a un estado bastante frenético. Se arrojó de rodillas, y alzó las manos, retorciéndolas en quejumbrosa súplica, y derramó un torrente de ruegos, con las lágrimas rodando por sus mejillas, y todo su rostro y figura expresivos de la más honda emoción:

«Permítame suplicarle, doctor Seward, oh, permítame implorarle, que me deje salir de esta casa de inmediato. Envíeme como quiera y adonde quiera; envíe guardianes conmigo con látigos y cadenas; que me lleven en camisa de fuerza, esposado y con grilletes, incluso a una cárcel; pero déjeme salir de aquí. No sabe lo que hace al mantenerme aquí. Hablo desde lo hondo de mi corazón, de mi misma alma. No sabe a quién agravia, ni cómo; y no puedo decirlo. ¡Ay de mí! No puedo decirlo. Por todo lo que tenga por sagrado, por todo lo que tenga por querido, por su amor perdido, por su esperanza que vive, ¡por amor del Todopoderoso, sáqueme de aquí y salve mi alma de la culpa! ¿No puede oírme, hombre? ¿No puede entender?

¿No aprenderá nunca? ¿No sabe que estoy cuerdo y serio ahora; que no soy un lunático en un acceso de locura, sino un hombre cuerdo que lucha por su alma? ¡Oh, escúchenme! ¡escúchenme! ¡Déjenme ir! ¡déjenme ir! ¡déjenme ir!».

Pensé que cuanto más durara esto más salvaje se pondría, y así provocaría un acceso; así que lo tomé de la mano y lo levanté.

«Vamos —dije con severidad—, basta de esto; ya hemos tenido bastante. Vaya a su cama y trate de comportarse con más discreción».

Se detuvo de golpe y me miró fijamente por varios momentos. Luego, sin una palabra, se levantó y, desplazándose, se sentó en el borde de la cama. El colapso había llegado, como en la ocasión anterior, tal como yo esperaba.

Cuando salía de la habitación, el último de nuestro grupo, me dijo con voz tranquila y bien educada:

«Confío, doctor Seward, en que me hará la justicia de tener presente, más adelante, que hice lo que pude para convencerlo esta noche».

CAPÍTULO XIX

Diario de Jonathan Harker

1 de octubre, 5 a. m.—Fui con el grupo a la búsqueda con ánimo tranquilo, pues creo que nunca vi a Mina tan absolutamente fuerte y bien. Me alegra tanto que consintiera en quedarse atrás y dejarnos a los hombres hacer el trabajo. De algún modo, era un pavor para mí que ella estuviera siquiera en este espantoso asunto; pero ahora que su labor está hecha, y que se debe a su energía y cerebro y previsión que toda la historia esté compuesta de tal modo que cada punto cuenta, bien puede sentir que su parte ha terminado, y que puede en adelante dejarnos el resto. Todos estábamos, creo, un poco alterados por la escena con el señor Renfield. Cuando salimos de su habitación estuvimos callados hasta volver al despacho. Entonces el señor Morris dijo al doctor Seward:

«Diga, Jack, si ese hombre no estaba intentando un farol, es el lunático más cuerdo que he visto. No estoy seguro, pero creo que tenía un propósito serio, y si lo tenía, fue bastante duro para él no tener una oportunidad». Lord Godalming y yo callamos, pero el doctor Van Helsing añadió:

«Amigo John, usted sabe más de lunáticos que yo, y me alegro, pues temo que si hubiera sido yo quien decidiera, antes de ese último estallido histérico lo habría dejado

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

libre. Pero vivimos y aprendemos, y en nuestra tarea presente no debemos correr ningún riesgo, como diría mi amigo Quincey. Todo está mejor como está». El doctor Seward pareció responder a ambos de una manera soñadora:

«No sé si no estoy de acuerdo con ustedes. Si ese hombre hubiera sido un lunático corriente, habría corrido el riesgo de confiar en él; pero parece tan mezclado con el Conde de una manera indicial que temo hacer algo mal ayudando a sus manías. No puedo olvidar cómo rogó con casi igual fervor por un gato, y luego trató de arrancarme la garganta con los dientes. Además, llamó al Conde "señor y amo", y puede querer salir para ayudarle de alguna manera diabólica. Esa horrible cosa tiene los lobos y las ratas y los de su propia especie para ayudarle, así que supongo que no está por encima de tratar de usar a un lunático respetable. Ciertamente parecía serio, sin embargo. Solo espero que hayamos hecho lo mejor. Estas cosas, junto con la salvaje tarea que traemos entre manos, ayudan a desquiciar a un hombre». El profesor se acercó, y poniéndole la mano en el hombro, dijo a su manera grave y bondadosa:

«Amigo John, no tema. Procuramos cumplir nuestro deber en un caso muy triste y terrible; solo podemos hacer lo que juzgamos mejor. ¿Qué otra cosa tenemos que esperar, salvo la piedad del buen Dios?». Lord Godalming se había escabullido por unos minutos, pero ahora volvió. Alzó un pequeño silbato de plata, comentando:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Ese viejo lugar puede estar lleno de ratas, y si es así, tengo un antídoto a mano». Habiendo pasado el muro, tomamos camino a la casa, cuidando de mantenernos en la sombra de los árboles del césped cuando la luz de la luna brillaba. Al llegar al porche el profesor abrió su bolsa y sacó un montón de cosas, que depositó en el escalón, ordenándolas en cuatro pequeños grupos, evidentemente uno para cada uno. Luego habló:

«Amigos míos, vamos a un terrible peligro, y necesitamos armas de muchas clases. Nuestro enemigo no es meramente espiritual. Recuerden que tiene la fuerza de veinte hombres, y que, aunque nuestros cuellos o nuestras tráqueas son de clase común, y por tanto quebrables o aplastables, los de él no se rinden a la mera fuerza. Un hombre más fuerte, o un cuerpo de hombres más fuertes en todo que él, puede en ciertos momentos sujetarlo; pero no pueden herirlo como nosotros podemos ser heridos por él. Debemos, por tanto, guardarnos de su toque. Tengan esto cerca del corazón» —mientras hablaba alzó un pequeño crucifijo de plata y me lo tendió a mí, que estaba más cerca de él— «pongan estas flores alrededor del cuello» —aquí me entregó una guirnalda de flores de ajo marchitas— «para otros enemigos más mundanos, este revólver y este cuchillo; y para ayuda en todo, estas lámparas eléctricas tan pequeñas, que pueden sujetar al pecho; y para todo, y sobre todo al final, esto, que no debemos profanar sin necesidad». Era una porción de la Sagrada Hostia, que puso en un sobre y me entregó. Cada uno de los otros fue equipado de igual modo. «Ahora —dijo—, amigo John, ¿dónde están las ganzúas? Si

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

podemos abrir la puerta, no necesitamos forzar la casa por la ventana, como antes en casa de la señorita Lucy».

El doctor Seward probó una o dos ganzúas, su destreza mecánica de cirujano sirviéndole bien. Pronto dio con una que servía; tras un poco de juego de ida y vuelta el pestillo cedió, y con un chasquido oxidado corrió hacia atrás. Empujamos la puerta, los goznes oxidados chirriaron, y se abrió lentamente. Era sobresaltantemente parecido a la imagen que me había transmitido el diario del doctor Seward de la apertura de la tumba de la señorita Westenra; imagino que la misma idea pareció golpear a los otros, pues al unísono se echaron atrás. El profesor fue el primero en avanzar, y entró por la puerta abierta.

«¡In manus tuas, Domine!», dijo, persignándose al pasar el umbral. Cerramos la puerta tras nosotros, no fuera que al encender nuestras lámparas atrajéramos atención desde el camino. El profesor probó cuidadosamente la cerradura, no fuera que no pudiéramos abrirla desde dentro si teníamos prisa al salir. Luego todos encendimos nuestras lámparas y procedimos con la búsqueda.

La luz de las diminutas lámparas caía en toda suerte de formas extrañas, al cruzarse los rayos o al echar grandes sombras la opacidad de nuestros cuerpos. No podía, por mi vida, librarme de la sensación de que había alguien más entre nosotros. Supongo que era el recuerdo, tan poderosamente traído a mí por el sombrío entorno, de aquella terrible experiencia en Transilvania. Creo que la sensación era común a todos, pues noté que los otros seguían mirando por encima del hombro a cada sonido y

cada sombra nueva, justo como yo mismo me sentía haciendo.

Todo el lugar estaba espeso de polvo. El suelo estaba al parecer con varios dedos de profundidad, salvo donde había pisadas recientes, en las cuales, al bajar mi lámpara, pude ver marcas de clavos de bota donde el polvo estaba agrietado. Las paredes estaban pelusientes y cargadas de polvo, y en las esquinas había masas de telarañas, en las que el polvo se había juntado hasta parecer viejos harapos desgarrados, pues el peso las había rasgado en parte. Sobre una mesa del vestíbulo había un gran manojo de llaves, con una etiqueta amarillenta por el tiempo en cada una. Se habían usado varias veces, pues en la mesa había varias rasgaduras similares en la manta de polvo, semejantes a la que quedó expuesta cuando el profesor las levantó. Se volvió hacia mí y dijo:

«Usted conoce este lugar, Jonathan. Ha copiado planos de él, y lo conoce al menos más que nosotros. ¿Cuál es el camino a la capilla?». Yo tenía una idea de su dirección, aunque en mi visita anterior no había podido obtener entrada a ella; así que guié, y tras unos pocos giros equivocados me hallé frente a una puerta baja, arqueada, de roble, reforzada con bandas de hierro. «Este es el sitio», dijo el profesor mientras dirigía su lámpara a un pequeño plano de la casa, copiado del archivo de mi correspondencia original sobre la compra. Con un poco de trabajo hallamos la llave en el manojo y abrimos la puerta. Estábamos preparados para alguna cosa desagradable, pues al abrir la puerta un aire tenue y maloliente pareció

exhalarse por las rendijas, pero ninguno de nosotros esperaba jamás un olor como el que encontramos. Ninguno de los otros había encontrado al Conde de cerca en absoluto, y cuando yo lo vi estaba o en la fase de ayuno de su existencia en sus aposentos o, cuando estaba ahíto de sangre fresca, en un edificio en ruinas abierto al aire; pero aquí el lugar era pequeño y cerrado, y el largo desuso había vuelto el aire estancado y fétido. Había un olor a tierra, como de algún miasma seco, que venía a través del aire más inmundo. Pero en cuanto al olor mismo, ¿cómo describirlo? No era solo que estuviera compuesto de todos los males de la mortalidad y del olor acre y penetrante de la sangre, sino que parecía como si la corrupción misma se hubiera corrompido. ¡Puf! me da náuseas pensarlo. Cada aliento exhalado por ese monstruo parecía haberse pegado al lugar e intensificado su repugnancia.

En circunstancias ordinarias tal hedor habría puesto fin a nuestra empresa; pero este no era un caso ordinario, y el alto y terrible propósito en que estábamos envueltos nos dio una fuerza que se elevaba por encima de meras consideraciones físicas. Tras el retroceso involuntario consecuente a la primera bocanada nauseabunda, todos y cada uno nos pusimos a nuestra tarea como si ese lugar repugnante fuera un jardín de rosas.

Hicimos un examen minucioso del lugar, diciendo el profesor al empezar:

«Lo primero es ver cuántas de las cajas quedan; debemos luego examinar cada agujero y rincón y rendija y ver si no podemos obtener alguna pista de lo que ha sido

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

del resto». Una mirada bastó para mostrar cuántas quedaban, pues los grandes cofres de tierra eran voluminosos, y no había error posible.

¡Solo quedaban veintinueve de las cincuenta! Una vez me llevé un susto, pues, al ver a lord Godalming volverse de pronto y mirar fuera de la puerta abovedada al oscuro pasadizo del otro lado, miré yo también, y por un instante mi corazón se detuvo. En algún sitio, mirando desde la sombra, me pareció ver los altos relieves del rostro malvado del Conde, el caballete de la nariz, los ojos rojos, los labios rojos, la espantosa palidez. Fue solo por un momento, pues, como dijo lord Godalming, «Creí ver un rostro, pero eran solo las sombras», y reanudó su indagación, yo dirigí mi lámpara en esa dirección y entré en el pasadizo. No había señal de nadie; y como no había esquinas, ni puertas, ni abertura de clase alguna, sino solo las paredes macizas del pasadizo, no podía haber escondite ni siquiera para él. Supuse que el miedo había ayudado a la imaginación, y no dije nada.

Unos minutos después vi a Morris retroceder de pronto desde una esquina que examinaba. Todos seguimos sus movimientos con los ojos, pues sin duda cierto nerviosismo iba creciendo en nosotros, y vimos toda una masa de fosforescencia, que titilaba como estrellas. Todos nos echamos atrás instintivamente. Todo el lugar se estaba llenando de vida con ratas.

Por un momento o dos nos quedamos espantados, todos salvo lord Godalming, que al parecer estaba preparado para tal emergencia. Corriendo a la gran puerta de roble

reforzada con hierro, que el doctor Seward había descrito desde fuera, y que yo mismo había visto, giró la llave en la cerradura, corrió los enormes cerrojos y abrió la puerta de par en par. Luego, sacando de su bolsillo su pequeño silbato de plata, dio un llamado bajo y agudo. Le respondió desde detrás de la casa del doctor Seward el aullido de perros, y tras cerca de un minuto tres terriers llegaron disparados por la esquina de la casa. Inconscientemente todos nos habíamos movido hacia la puerta, y al movernos noté que el polvo estaba muy removido: las cajas que se habían sacado habían sido traídas por este camino. Pero incluso en el minuto transcurrido el número de ratas había aumentado enormemente. Parecían pulular por el lugar de golpe, hasta que la luz de las lámparas, brillando sobre sus oscuros cuerpos en movimiento y sus ojos relucientes y aviesos, hacía que el lugar pareciera un banco de tierra sembrado de luciérnagas. Los perros se lanzaron, pero en el umbral de pronto se detuvieron y gruñeron, y luego, alzando simultáneamente los hocicos, empezaron a aullar de manera lúgubre. Las ratas se multiplicaban por miles, y salimos.

Lord Godalming alzó a uno de los perros y, llevándolo adentro, lo puso en el suelo. En el instante en que sus patas tocaron tierra pareció recobrar el ánimo, y se lanzó contra sus enemigos naturales. Huyeron ante él tan rápido que antes de que hubiera sacudido la vida a una veintena, los otros perros, que para entonces habían sido alzados del mismo modo, tuvieron poca presa antes de que toda la masa se hubiera desvanecido.

Con su partida pareció como si una presencia maligna se hubiera ido, pues los perros brincaban y ladraban alegremente mientras hacían repentinos arranques contra sus enemigos postrados, y los volteaban una y otra vez y los lanzaban al aire con sacudidas viciosas. A todos nos pareció que el ánimo se nos levantaba. Si fue la purificación de la atmósfera mortal por la apertura de la puerta de la capilla, o el alivio que experimentamos al encontrarnos al aire libre, no lo sé; pero con toda certeza la sombra del pavor pareció deslizarse de nosotros como una túnica, y la ocasión de nuestra venida perdió algo de su sombría significación, aunque no aflojamos un ápice en nuestra resolución. Cerramos la puerta exterior y la atrancamos y le echamos llave, y llevando con nosotros a los perros, comenzamos nuestra búsqueda por la casa. No hallamos nada en todo ella salvo polvo en extraordinarias proporciones, y todo intacto salvo por mis propias pisadas cuando hice mi primera visita. Ni una vez los perros mostraron síntoma alguno de inquietud, e incluso cuando regresamos a la capilla brincaban como si hubieran estado cazando conejos en un bosque de verano.

La mañana se avivaba en el este cuando salimos por el frente. El doctor Van Helsing había sacado del manojo la llave de la puerta del vestíbulo, y cerró la puerta de manera ortodoxa, guardándose la llave en el bolsillo al terminar.

«Hasta ahora —dijo—, nuestra noche ha sido eminentemente exitosa. No nos ha sobrevenido daño alguno como el que temí que pudiera haber, y sin embargo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

hemos averiguado cuántas cajas faltan. Más que todo me regocijo de que este, nuestro primer paso, y quizá el más difícil y peligroso, haya sido cumplido sin traer a él a nuestra dulcísima madame Mina ni turbar sus pensamientos de vigilia o de sueño con visiones y sonidos y olores de horror que quizá nunca olvidara. Una lección, también, hemos aprendido, si es permisible argüir a particulari: que las bestias brutas que están al mando del Conde no son sin embargo ellas mismas sensibles a su poder espiritual; pues miren, estas ratas que vendrían a su llamado, tal como desde lo alto de su castillo convocó a los lobos a su paso y al grito de aquella pobre madre, aunque vengan a él, corren en desbandada de los tan pequeños perros de mi amigo Arthur. Tenemos otros asuntos ante nosotros, otros peligros, otros miedos; y ese monstruo no ha usado su poder sobre el mundo bruto por única ni última vez esta noche. Sea que se haya ido a otra parte. ¡Bien! Nos ha dado oportunidad de gritar "jaque" en algún sentido en este juego de ajedrez, que jugamos por la apuesta de almas humanas. Y ahora vámonos a casa. El alba está cerca, y tenemos razón para estar contentos con el trabajo de nuestra primera noche. Puede estar ordenado que tengamos muchas noches y días que seguir, aunque llenos de peligro; pero debemos seguir adelante, y de ningún peligro nos acobardaremos».

La casa estaba silenciosa cuando volvimos, salvo por alguna pobre criatura que gritaba lejos en uno de los pabellones distantes, y un sonido bajo y quejumbroso de la habitación de Renfield. El pobre infeliz sin duda se torturaba a sí mismo, al modo de los dementes, con

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

pensamientos de dolor innecesarios.

Entré de puntillas en nuestro cuarto, y hallé a Mina dormida, respirando tan suavemente que tuve que acercar el oído para oírlo. Se la ve más pálida que de costumbre. Espero que la reunión de esta noche no la haya alterado. Estoy verdaderamente agradecido de que se la deje fuera de nuestro trabajo futuro, e incluso de nuestras deliberaciones. Es una tensión demasiado grande para que la soporte una mujer. No lo pensé así al principio, pero ahora lo sé mejor. Por tanto me alegra que esté decidido. Puede haber cosas que la asustarían oír; y sin embargo ocultárselas podría ser peor que decírselas si una vez sospechara que había alguna ocultación. De ahora en adelante nuestra labor ha de ser para ella un libro sellado, hasta que al menos llegue el momento en que podamos decirle que todo ha terminado, y la tierra libre de un monstruo del mundo inferior. Me atrevo a decir que será difícil empezar a guardar silencio tras una confianza como la nuestra; pero debo ser resuelto, y mañana callaré sobre lo hecho esta noche, y me negaré a hablar de nada de lo ocurrido. Descanso en el sofá, para no molestarla.

1 de octubre, más tarde.—Supongo que era natural que todos nos hubiéramos quedado dormidos de más, pues el día fue ajetreado, y la noche no tuvo descanso alguno. Aun Mina debe de haber sentido su agotamiento, pues aunque dormí hasta que el sol estuvo alto, desperté antes que ella, y tuve que llamarla dos o tres veces antes de que despertara. De hecho, estaba tan profundamente dormida que por unos segundos no me reconoció, sino que me miró

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

con una especie de terror vacío, como mira quien ha sido despertado de un mal sueño. Se quejó un poco de cansancio, y la dejé descansar hasta más tarde en el día. Ahora sabemos de veintiuna cajas que fueron retiradas, y si resulta que varias fueron llevadas en alguno de estos traslados podremos quizá rastrearlas todas. Eso, por supuesto, simplificará inmensamente nuestra labor, y cuanto antes se atienda el asunto, mejor. Buscaré hoy a Thomas Snelling.

Diario del doctor Seward.

1 de octubre.—Era cerca del mediodía cuando me despertó el profesor entrando en mi cuarto. Estaba más jovial y alegre que de costumbre, y es bastante evidente que el trabajo de anoche ha ayudado a quitarle algo del peso cavilante de la mente. Tras repasar la aventura de la noche dijo de pronto:

«Su paciente me interesa mucho. ¿Puede ser que con usted lo visite esta mañana? O si usted está demasiado ocupado, puedo ir solo, si es posible. Es una experiencia nueva para mí encontrar un lunático que hable filosofía, y razone tan sano». Yo tenía algo de trabajo que apremiaba, así que le dije que si iba solo me alegraría, pues así no tendría que hacerlo esperar; llamé a un celador y le di las instrucciones necesarias. Antes de que el profesor saliera de la habitación lo previne contra recibir una falsa impresión de mi paciente. «Pero —respondió—, quiero que hable de sí mismo y de su delirio de consumir cosas vivas. Dijo a madame Mina, como veo en su diario de ayer, que una vez tuvo tal creencia. ¿Por qué sonríe, amigo John?».

«Disculpe —dije—, pero la respuesta está aquí». Puse mi mano sobre el material mecanografiado. «Cuando nuestro cuerdo y erudito lunático hizo esa misma afirmación de cómo solía consumir vida, su boca estaba en realidad nauseabunda con las moscas y arañas que se había comido justo antes de que la señora Harker entrara en la habitación». Van Helsing sonrió a su vez. «¡Bien! —dijo—. Su memoria es fiel, amigo John. Yo debí recordarlo. Y sin embargo es esta misma oblicuidad de pensamiento y memoria la que hace de la enfermedad mental un estudio tan fascinante. Quizá yo obtenga más conocimiento de la locura de este demente que de la enseñanza del más sabio. ¿Quién sabe?». Seguí con mi trabajo, y no tardé en terminar el que tenía entre manos. Parecía que el tiempo había sido muy breve en verdad, pero ahí estaba Van Helsing de vuelta en el despacho. «¿Interrumpo?», preguntó cortésmente desde la puerta.

«De ninguna manera —respondí—. Pase. Mi trabajo ha terminado, y estoy libre. Puedo ir con usted ahora, si quiere».

«Es innecesario; ¡ya lo he visto!».

«¿Y bien?».

«Temo que no me tiene en gran estima. Nuestra entrevista fue breve. Cuando entré en su cuarto estaba sentado en un taburete en el centro, con los codos sobre las rodillas, y su rostro era la imagen del descontento hosco. Le hablé con la mayor alegría que pude, y con la medida de respeto que pude asumir. No hizo respuesta alguna. “¿No me conoce?”, le pregunté. Su respuesta no

fue tranquilizadora: “Lo conozco bastante bien; usted es el viejo tonto de Van Helsing. Ojalá se llevara usted y sus idiotas teorías del cerebro a otra parte. ¡Malditos sean todos los holandeses cabezotas!”. Ni una palabra más quiso decir, sino que se sentó en su implacable hosquedad tan indiferente a mí como si yo no estuviera en la habitación en absoluto. Así se fue por esta vez mi oportunidad de aprender mucho de este lunático tan listo; así que iré, si puedo, a alegrarme con unas pocas palabras felices con esa dulce alma, madame Mina. Amigo John, me regocija indeciblemente que ella no sea más afligida, no más preocupada con nuestras cosas terribles. Aunque echaremos mucho de menos su ayuda, es mejor así».

«Estoy de acuerdo con usted de todo corazón», respondí con seriedad, pues no quería que flaqueara en este asunto. «La señora Harker está mejor fuera. Las cosas son ya bastante malas para nosotros, todos hombres de mundo, y que hemos estado en muchos apuros en nuestro tiempo; pero no es lugar para una mujer, y si hubiera seguido en contacto con el asunto, con el tiempo la habría destrozado infaliblemente».

Así que Van Helsing ha ido a conferenciar con la señora Harker y con Harker; Quincey y Art están fuera siguiendo las pistas sobre las cajas de tierra. Terminaré mi ronda de trabajo y nos reuniremos esta noche.

Diario de Mina Harker.

1 de octubre.—Me resulta extraño que me mantengan en la oscuridad como hoy; después de la plena confianza de Jonathan durante tantos años, verlo evitar

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

manifiestamente ciertos asuntos, y precisamente los más vitales de todos. Esta mañana dormí hasta tarde tras las fatigas de ayer, y aunque Jonathan se levantó tarde también, lo hizo antes que yo. Me habló antes de salir, nunca más dulce ni tiernamente, pero no mencionó palabra de lo ocurrido en la visita a la casa del Conde. Y sin embargo debe de haber sabido cuán terriblemente ansiosa estaba. ¡Pobre querido! Supongo que debe de haberlo afligido aún más que a mí. Todos estuvieron de acuerdo en que era mejor que yo no fuera arrastrada más a esta espantosa obra, y yo accedí. ¡Pero pensar que me oculta algo! Y ahora estoy llorando como una tonta, cuando sé que viene del gran amor de mi marido y de los buenos, buenos deseos de esos otros hombres fuertes.

Eso me ha hecho bien. Bien, algún día Jonathan me lo contará todo; y para que nunca pueda pensar ni por un momento que le oculté algo, sigo llevando mi diario como de costumbre. Entonces, si ha temido por mi confianza, se lo mostraré, con cada pensamiento de mi corazón puesto para que lo lean sus queridos ojos. Me siento extrañamente triste y abatida hoy. Supongo que es la reacción a la terrible excitación.

Anoche me acosté cuando los hombres se fueron, simplemente porque me lo dijeron. No tenía sueño, y sí me sentía llena de una ansiedad devoradora. No dejaba de pensar en todo lo que ha ocurrido desde que Jonathan vino a verme a Londres, y todo parece una horrible tragedia, con el destino presionando implacablemente hacia algún fin predestinado. Todo lo que uno hace parece, por muy

bien que esté, traer justo aquello que más hay que deplorar. Si no hubiera ido a Whitby, quizá la pobre querida Lucy estaría con nosotros ahora. No se había aficionado a visitar el cementerio hasta que yo vine, y si no hubiera ido allí de día conmigo no habría caminado allí en sueños; y si no hubiera ido allí de noche y dormida, ese monstruo no habría podido destruirla como lo hizo. Oh, ¿por qué fui jamás a Whitby? ¡Ahí está, llorando otra vez! Me pregunto qué me ha pasado hoy. Debo ocultárselo a Jonathan, pues si supiera que he llorado dos veces en una mañana, yo, que nunca lloré por mi cuenta, y a quien él nunca ha hecho derramar una lágrima, el querido hombre se consumiría el corazón. Pondré buena cara, y si tengo ganas de llorar, nunca lo verá. Supongo que es una de las lecciones que las pobres mujeres tenemos que aprender…

No recuerdo bien cómo me quedé dormida anoche. Recuerdo haber oído el ladrido repentino de los perros y muchos sonidos raros, como rezos en escala muy tumultuosa, de la habitación del señor Renfield, que está en alguna parte debajo de esta. Y luego hubo silencio sobre todo, un silencio tan profundo que me sobresaltó, y me levanté y miré por la ventana. Todo estaba oscuro y silencioso, las negras sombras proyectadas por la luz de la luna pareciendo llenas de un silencioso misterio propio. Nada parecía moverse, sino todo estar sombrío y fijo como la muerte o el destino; de modo que una fina franja de niebla blanca, que se arrastraba con lentitud casi imperceptible por el césped hacia la casa, parecía tener una sensibilidad y una vitalidad propias. Creo que la digresión de mis pensamientos debe de haberme hecho

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

bien, pues al volver a la cama sentí un letargo que se deslizaba sobre mí. Me tendí un rato, pero no pude dormir del todo, así que me levanté y miré otra vez por la ventana. La niebla se extendía, y estaba ya pegada a la casa, de modo que la veía yacer espesa contra la pared, como si se escabullera hasta las ventanas. El pobre hombre estaba más ruidoso que nunca, y aunque no pude distinguir una palabra de lo que decía, pude de algún modo reconocer en sus tonos alguna apasionada súplica de su parte. Luego se oyó el sonido de un forcejeo, y supe que los celadores lo estaban reduciendo. Estaba tan asustada que me metí en la cama, y me tapé la cabeza con las sábanas, poniéndome los dedos en los oídos. No tenía entonces nada de sueño, o eso pensaba; pero debí de quedarme dormida, pues, salvo sueños, no recuerdo nada hasta la mañana, cuando Jonathan me despertó. Creo que me costó un esfuerzo y un poco de tiempo darme cuenta de dónde estaba, y de que era Jonathan quien se inclinaba sobre mí. Mi sueño fue muy peculiar, y casi típico de la manera en que los pensamientos de la vigilia se funden en los sueños, o continúan en ellos.

Pensé que estaba dormida, y esperaba a que Jonathan volviera. Estaba muy ansiosa por él, y era impotente para actuar; mis pies, y mis manos, y mi cerebro estaban lastrados, de modo que nada podía proceder a su paso habitual. Y así dormí inquieta y pensé. Luego empezó a amanecerme que el aire era pesado, y húmedo, y frío. Retiré las sábanas de mi rostro, y hallé, para mi sorpresa, que todo estaba en penumbra alrededor. La luz de gas que había dejado encendida para Jonathan, pero bajada,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

llegaba solo como una diminuta chispa roja a través de la niebla, que evidentemente se había espesado y entrado a raudales en la habitación. Entonces se me ocurrió que había cerrado la ventana antes de acostarme. Habría salido de la cama para cerciorarme, pero algún letargo de plomo parecía encadenar mis miembros e incluso mi voluntad. Me quedé quieta y aguanté; eso fue todo. Cerré los ojos, pero aún podía ver a través de los párpados. (Es maravilloso qué trucos nos juegan los sueños, y cuán cómodamente podemos imaginar). La niebla se espesaba más y más y ahora podía ver cómo entraba, pues la veía como humo, o con la blanca energía del agua hirviendo, entrando a chorros, no por la ventana, sino por las junturas de la puerta. Se espesó más y más, hasta que pareció concentrarse en una especie de columna de nube en la habitación, a través de cuya cima podía ver la luz del gas brillando como un ojo rojo. Las cosas empezaron a girar por mi cerebro justo como la columna nubosa giraba ahora en la habitación, y a través de todo vinieron las palabras de la Escritura: «una columna de nube de día y de fuego de noche». ¿Era en verdad alguna guía espiritual así la que me venía en el sueño? Pero la columna estaba compuesta de ambas guías, la del día y la de la noche, pues el fuego estaba en el ojo rojo, que a ese pensamiento adquirió una nueva fascinación para mí; hasta que, mientras miraba, el fuego se dividió, y pareció brillar sobre mí a través de la niebla como dos ojos rojos, como los que Lucy me contó en su momentáneo desvarío mental cuando, en el acantilado, la luz moribunda del sol dio en las ventanas de la iglesia de Santa María. De pronto el

horror estalló sobre mí: que así había visto Jonathan a aquellas espantosas mujeres cobrar realidad a través de la niebla arremolinada a la luz de la luna, y en mi sueño debí de desmayarme, pues todo se volvió oscuridad negra. El último esfuerzo consciente que hizo la imaginación fue mostrarme un rostro lívido y blanco inclinándose sobre mí desde la niebla. Debo tener cuidado con tales sueños, pues desquiciarían la razón si hubiera demasiados. Pediría al doctor Van Helsing o al doctor Seward que me recetara algo que me hiciera dormir, solo que temo alarmarlos. Un sueño así en el presente momento se tejería en sus temores por mí. Esta noche me esforzaré por dormir naturalmente. Si no lo logro, mañana por la noche les haré darme una dosis de cloral; eso no puede hacerme daño por una vez, y me dará una buena noche de sueño. Anoche me cansó más que si no hubiera dormido en absoluto.

2 de octubre, 10 p. m.—Anoche dormí, pero no soñé. Debo de haber dormido profundamente, pues no me despertó la llegada de Jonathan a la cama; pero el sueño no me ha refrescado, pues hoy me siento terriblemente débil y sin ánimo. Pasé todo el día de ayer tratando de leer, o tendida dormitando. Por la tarde el señor Renfield pidió verme. Pobre hombre, estuvo muy gentil, y cuando me fui me besó la mano y rogó que Dios me bendijera. De algún modo me afectó mucho; lloro al pensar en él. Esta es una nueva debilidad, de la que debo cuidarme. Jonathan se angustiaría si supiera que he estado llorando. Él y los otros estuvieron fuera hasta la hora de la cena, y todos llegaron cansados. Hice lo que pude por alegrarlos, y supongo que el esfuerzo me hizo bien, pues olvidé lo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

cansada que estaba. Después de la cena me enviaron a la cama, y todos se fueron a fumar juntos, según dijeron, pero yo sabía que querían contarse unos a otros lo que a cada uno le había ocurrido en el día; podía ver por los modales de Jonathan que tenía algo importante que comunicar. No tenía tanto sueño como debería; así que antes de que se fueran pedí al doctor Seward que me diera un poco de opiáceo de algún tipo, pues no había dormido bien la noche anterior. Muy amablemente me preparó una poción para dormir, que me dio, diciéndome que no me haría daño, pues era muy suave... La he tomado, y espero el sueño, que sigue manteniéndose a distancia. Espero no haber hecho mal, pues a medida que el sueño empieza a coquetear conmigo, viene un nuevo temor: que haya sido tonta al privarme así del poder de despertar. Podría necesitarlo. Aquí viene el sueño. Buenas noches.

CAPÍTULO XX

Diario de Jonathan Harker

1 de octubre, tarde.—Hallé a Thomas Snelling en su casa de Bethnal Green, pero desgraciadamente no estaba en condiciones de recordar nada. La sola perspectiva de cerveza que mi venida esperada le había abierto había resultado demasiado, y había empezado demasiado temprano su esperada juerga. Supe, sin embargo, por su esposa, que parecía una pobre alma decente, que él era solo el ayudante de Smollet, que de los dos compañeros era el responsable. Así que partí en coche a Walworth, y hallé al señor Joseph Smollet en casa y en mangas de camisa, tomando un té tardío en un platillo. Es un tipo decente e inteligente, claramente un buen tipo de obrero, fiable, y con cabeza propia. Recordaba todo el incidente de las cajas, y de una maravillosa libreta con las esquinas dobladas, que sacó de algún misterioso receptáculo hacia el asiento de sus pantalones, y que tenía anotaciones jeroglíficas en grueso lápiz medio borrado, me dio los destinos de las cajas. Había, dijo, seis en la carretada que llevó de Carfax y dejó en el número 197 de Chicksand Street, Mile End New Town, y otras seis que depositó en Jamaica Lane, Bermondsey. Si entonces el Conde pretendía esparcir estos espantosos refugios suyos por Londres, estos lugares fueron elegidos como los primeros de entrega, para distribuir más tarde más ampliamente. La

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

manera sistemática en que esto se hizo me hizo pensar que no podía pretender limitarse a dos lados de Londres. Se había fijado ahora en el lejano este de la orilla norte, en el este de la orilla sur, y en el sur. El norte y el oeste seguramente nunca estuvieron destinados a quedar fuera de su plan diabólico, por no hablar de la City misma y el mismo corazón del Londres elegante en el suroeste y oeste. Volví a Smollet, y le pregunté si podía decirnos si se habían sacado otras cajas de Carfax.

Respondió:

«Bueno, jefe, me ha tratado usted muy generoso» —le había dado media soberana— «y le diré todo lo que sé. Oí a un hombre llamado Bloxam decir hace cuatro noches en el Liebre y Sabuesos, en el callejón de Pincher, que él y su compañero habían tenido un trabajo bien polvoriento en una casa vieja en Purfleet. No hay muchos trabajos como este, y pienso que quizá Sam Bloxam podría contarle algo». Le pregunté si podía decirme dónde encontrarlo. Le dije que si podía conseguirme la dirección le valdría otra media soberana. Así que se tragó el resto del té y se levantó, diciendo que iba a empezar la búsqueda allí mismo. En la puerta se detuvo y dijo:

«Mire, jefe, no tiene sentido que lo tenga aquí esperando. Puede que encuentre pronto a Sam, o puede que no; pero de todos modos no estará en condiciones de contarle mucho esta noche. Sam es de cuidado cuando se pone a beber. Si me da un sobre con sello, y escribe su dirección en él, averiguaré dónde se puede encontrar a Sam y se la mando por correo esta noche. Pero más le vale

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ir tras él temprano por la mañana, o quizá no lo pille; porque Sam sale muy temprano, no importa la bebida de la noche antes».

Esto era todo práctico, así que una de las niñas salió con un penique a comprar un sobre y una hoja de papel, y a quedarse con el cambio. Cuando volvió, escribí el sobre y le puse el sello, y cuando Smollet hubo vuelto a prometer fielmente que mandaría la dirección una vez hallada, tomé camino a casa. De todos modos estamos en la pista. Esta noche estoy cansado, y quiero dormir. Mina duerme profundamente, y se ve un poco demasiado pálida; sus ojos parecen como si hubiera estado llorando. Pobrecita, no dudo de que la inquieta que la mantengan a oscuras, y puede hacerla doblemente ansiosa por mí y por los demás. Pero es mejor como está. Es mejor que se desilusione y se preocupe de esta manera ahora que tener su temple quebrado. Los doctores tenían toda la razón al insistir en mantenerla fuera de este espantoso asunto. Debo ser firme, pues sobre mí debe recaer esta particular carga del silencio. No entraré jamás en el tema con ella bajo ninguna circunstancia. De hecho, puede que no sea una tarea difícil, después de todo, pues ella misma se ha vuelto reticente sobre el tema, y no ha hablado del Conde ni de sus andanzas desde que le dijimos nuestra decisión.

2 de octubre, tarde.—Un día largo y penoso y emocionante. Con el primer correo recibí mi sobre dirigido con un sucio trozo de papel dentro, en el que estaba escrito con lápiz de carpintero, con letra desparramada:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Sam Bloxam, Korkrans, 4, Poters Cort, Bartel Street, Walworth. Pregunte por el sobencargao».

Recibí la carta en la cama, y me levanté sin despertar a Mina. Se veía pesada y soñolienta y pálida, y lejos de estar bien. Resolví no despertarla, pero que, cuando volviera de esta nueva búsqueda, dispondría su regreso a Exeter. Creo que sería más feliz en nuestro propio hogar, con sus tareas diarias para interesarla, que aquí entre nosotros y en la ignorancia. Solo vi al doctor Seward un momento, y le dije adónde iba, prometiendo volver y contar al resto en cuanto hubiera averiguado algo. Fui en coche a Walworth y hallé, con alguna dificultad, el Potter's Court. La ortografía del señor Smollet me engañó, pues pregunté por Poter's Court en vez de Potter's Court. Sin embargo, una vez hallado el patio, no tuve dificultad en descubrir la casa de huéspedes de Corcoran. Cuando pregunté al hombre que vino a la puerta por el «sobencargao», sacudió la cabeza y dijo: «No lo conozco. Aquí no hay ninguna persona de esas; en todos los días de mi vida he oído hablar de él. No creo que viva nadie de esa clase aquí ni en ninguna parte». Saqué la carta de Smollet, y al leerla me pareció que la lección de la ortografía del nombre del patio podía guiarme. «¿Qué es usted?», pregunté.

«Soy el subencargao», respondió. Vi de inmediato que iba por buen camino; la ortografía fonética me había engañado otra vez. Una propina de media corona puso el saber del encargado a mi disposición, y supe que el señor Bloxam, que había pasado la borrachera de la cerveza la noche anterior en casa de Corcoran, se había ido a su

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

trabajo en Poplar a las cinco de esa mañana. No podía decirme dónde estaba situado el lugar de trabajo, pero tenía una vaga idea de que era una especie de «almacén moderno»; y con esta endeble pista tuve que partir a Poplar. Eran las doce antes de que obtuviera una pista satisfactoria de tal edificio, y la obtuve en un café, donde unos obreros comían. Uno de ellos sugirió que en Cross Angel Street se estaba levantando un nuevo edificio de «almacenamiento frigorífico»; y como esto cuadraba con la condición de un «almacén moderno», fui de inmediato en coche hacia allí. Una entrevista con un portero hosco y un capataz más hosco aún, ambos aplacados con la moneda del reino, me puso en la pista de Bloxam; lo mandaron llamar al sugerir yo que estaba dispuesto a pagar su jornal a su capataz por el privilegio de hacerle unas pocas preguntas sobre un asunto privado. Era un tipo bastante avispado, aunque tosco de habla y de porte. Cuando le prometí pagar por su información y le di una señal, me dijo que había hecho dos viajes entre Carfax y una casa en Piccadilly, y había llevado de esta casa a la última nueve grandes cajas, «pesadísimas», con un caballo y un carro alquilados por él para ese fin. Le pregunté si podía decirme el número de la casa de Piccadilly, a lo cual respondió:

«Pues, jefe, se me olvida el número, pero estaba a pocas puertas de una iglesia grande y blanca o algo así, construida no hace mucho. Era una casa vieja y polvorienta también, aunque nada comparada con lo polvorienta que era la casa de donde sacamos las malditas cajas».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¿Cómo entraron en las casas si ambas estaban vacías?».

«Estaba el viejo señor que me contrató esperando en la casa de Purflit. Me ayudó a levantar las cajas y ponerlas en el carro. Maldita sea, era el tipo más fuerte con que me he topado, y siendo un viejo, con bigote blanco, tan flaco que se diría que no podía echar sombra».

¡Cómo me estremeció esta frase!

«Vaya, él cogía su extremo de las cajas como si fueran libras de té, y yo resoplando y jadeando antes de poder levantar el mío de algún modo, y eso que no soy ningún muchacho».

«¿Cómo entró en la casa de Piccadilly?», pregunté.

«Estaba allí también. Debió de salir antes y llegar antes que yo, porque cuando toqué la campana vino él mismo y abrió la puerta y me ayudó a llevar las cajas al vestíbulo».

«¿Las nueve?», pregunté.

«Sí; había cinco en la primera carga y cuatro en la segunda. Fue trabajo muy seco, y no recuerdo bien cómo llegué a casa». Lo interrumpí:

«¿Se dejaron las cajas en el vestíbulo?».

«Sí; era un vestíbulo grande, y no había nada más en él». Hice un intento más de avanzar el asunto:

«¿No tenía usted ninguna llave?».

«Nunca usé llave ni nada. El viejo caballero abrió la puerta él mismo y la cerró otra vez cuando me fui. No recuerdo la última vez… pero eso fue la cerveza».

«¿Y no puede recordar el número de la casa?».

«No, señor. Pero no tendrá ninguna dificultad con eso. Es una casa alta con fachada de piedra con un mirador saliente, y altos escalones hasta la puerta. Conozco esos escalones, porque tuve que subir las cajas con tres holgazanes que vinieron a ganarse un penique. El viejo caballero les dio chelines, y viendo que les dio tanto, querían más; pero él agarró a uno por el hombro y estuvo a punto de tirarlo escalones abajo, hasta que todos se fueron maldiciendo». Pensé que con esta descripción podría hallar la casa, así que, habiendo pagado a mi amigo su información, partí hacia Piccadilly. Había ganado una nueva y dolorosa experiencia; el Conde podía, era evidente, manejar él mismo las cajas de tierra. Si así era, el tiempo era precioso; pues, ahora que había logrado cierta cantidad de distribución, podía, eligiendo su propio momento, completar la tarea sin ser observado. En Piccadilly Circus despedí mi coche, y caminé hacia el oeste; pasado el Junior Constitutional di con la casa descrita, y quedé satisfecho de que esta era la siguiente de las guaridas dispuestas por Drácula. La casa parecía llevar mucho tiempo deshabitada. Las ventanas estaban incrustadas de polvo, y los postigos estaban echados. Todo el armazón estaba negro por el tiempo, y del hierro la pintura se había desconchado en su mayor parte. Era evidente que hasta hace poco había habido un gran cartel delante del balcón; sin embargo, había sido arrancado toscamente, quedando los montantes que lo habían sostenido. Detrás de la barandilla del balcón vi que había unas tablas sueltas, cuyos bordes crudos se veían blancos.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Habría dado mucho por poder ver el cartel intacto, pues quizá habría dado alguna pista sobre la propiedad de la casa. Recordé mi experiencia de la investigación y compra de Carfax, y no pude sino sentir que si pudiera hallar al antiguo dueño quizá se descubriría algún medio de obtener acceso a la casa.

No había por ahora nada que aprender del lado de Piccadilly, y nada que hacer; así que di la vuelta por detrás para ver si algo podía recogerse en ese sector. Las caballerizas estaban animadas, estando las casas de Piccadilly en su mayoría ocupadas. Pregunté a uno o dos de los mozos y ayudantes que vi alrededor si podían decirme algo de la casa vacía. Uno de ellos dijo que había oído que hace poco había sido tomada, pero no podía decir por quién. Me dijo, sin embargo, que hasta hace muy poco había habido un cartel de «Se vende», y que quizá Mitchell, Sons, & Candy, los agentes inmobiliarios, podrían decirme algo, pues creía recordar haber visto el nombre de esa firma en el cartel. No quise parecer demasiado ansioso, ni dejar que mi informante supiera o adivinara demasiado, así que, dándole las gracias de la manera usual, me alejé paseando. Anochecía ya, y la noche otoñal se cerraba, así que no perdí tiempo. Habiendo averiguado la dirección de Mitchell, Sons, & Candy en un directorio del Berkeley, pronto estuve en su oficina de Sackville Street.

El caballero que me atendió era particularmente suave de modales, pero igualmente poco comunicativo. Tras decirme una vez que la casa de Piccadilly, que durante

toda nuestra entrevista llamó «mansión», estaba vendida, consideró mi asunto concluido. Cuando pregunté quién la había comprado, abrió los ojos un pensamiento más, y se detuvo unos segundos antes de responder:

«Está vendida, señor».

«Perdone —dije, con igual cortesía—, pero tengo una razón especial para desear saber quién la compró».

De nuevo se detuvo más tiempo, y alzó aún más las cejas. «Está vendida, señor», fue otra vez su lacónica respuesta.

«Seguramente —dije— no le importará decirme tanto».

«Pues sí me importa —respondió—. Los asuntos de sus clientes están absolutamente seguros en manos de Mitchell, Sons, & Candy». Este era manifiestamente un pedante de primera agua, y no servía de nada discutir con él. Pensé que lo mejor era encontrarlo en su propio terreno, así que dije:

«Sus clientes, señor, son felices de tener un guardián tan resuelto de su confianza. Yo mismo soy un profesional». Aquí le entregué mi tarjeta. «En este caso no me mueve la curiosidad; actúo en nombre de lord Godalming, que desea saber algo de la propiedad que estuvo, según entendió, hace poco en venta». Estas palabras dieron otro cariz a los asuntos. Dijo:

«Me gustaría complacerle si pudiera, señor Harker, y especialmente me gustaría complacer a su señoría. Una vez llevamos a cabo un pequeño asunto de alquilar unas habitaciones para él cuando era el honorable Arthur

Holmwood. Si me da la dirección de su señoría consultaré a la Casa sobre el tema, y en todo caso me comunicaré con su señoría por el correo de esta noche. Será un placer si podemos desviarnos así de nuestras reglas para dar la información requerida a su señoría».

Quería ganarme un amigo, y no hacer un enemigo, así que le di las gracias, di la dirección en casa del doctor Seward y me fui. Era ya de noche, y estaba cansado y hambriento. Tomé una taza de té en la Aërated Bread Company y bajé a Purfleet en el siguiente tren.

Hallé a todos los demás en casa. Mina se veía cansada y pálida, pero hizo un valiente esfuerzo por mostrarse brillante y alegre; me partía el corazón pensar que había tenido que ocultarle algo y así causarle inquietud. Gracias a Dios, esta será la última noche en que ella mire nuestras conferencias, y sienta la punzada de que no le mostremos nuestra confianza. Me costó todo mi valor mantener la sabia resolución de dejarla fuera de nuestra sombría tarea. Parece de algún modo más conforme; o bien el mismo tema parece habérsele vuelto repugnante, pues cuando se hace alguna alusión accidental llega a estremecerse. Me alegra que tomáramos nuestra resolución a tiempo, pues con un sentimiento así, nuestro creciente conocimiento sería para ella una tortura.

No pude contar a los otros el descubrimiento del día hasta que estuviéramos solos; así que después de la cena, seguida de un poco de música para guardar las apariencias incluso entre nosotros, llevé a Mina a su cuarto y la dejé para que se acostara. La querida

muchacha estuvo más cariñosa conmigo que nunca, y se aferró a mí como si quisiera retenerme; pero había mucho de qué hablar y me fui. Gracias a Dios, el cese de contar las cosas no ha hecho diferencia entre nosotros.

Cuando bajé de nuevo hallé a los otros reunidos alrededor del fuego en el despacho. En el tren había escrito mi diario hasta aquí, y simplemente se lo leí como mejor medio de ponerlos al día con mi propia información; cuando terminé, Van Helsing dijo:

«Ha sido un gran día de trabajo, amigo Jonathan. Sin duda estamos en la pista de las cajas que faltan. Si las hallamos todas en esa casa, nuestro trabajo está cerca del fin. Pero si faltan algunas, debemos buscar hasta hallarlas. Entonces daremos nuestro golpe final, y cazaremos al miserable hasta su verdadera muerte». Todos nos quedamos callados un rato y de pronto habló el señor Morris:

«¡Oigan! ¿Cómo vamos a entrar en esa casa?».

«Entramos en la otra», respondió lord Godalming rápidamente.

«Pero, Art, esto es diferente. Allanamos la casa en Carfax, pero teníamos la noche y un parque amurallado para protegernos. Será algo muy distinto cometer un robo con fractura en Piccadilly, ya sea de día o de noche. Confieso que no veo cómo vamos a entrar a menos que ese tipo de la agencia pueda encontrarnos una llave de algún tipo; quizá lo sabremos cuando tengas su carta por la mañana». Las cejas de lord Godalming se contrajeron, y se levantó y paseó por la habitación. Poco después se detuvo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

y dijo, volviéndose de uno a otro de nosotros:

«Quincey tiene la cabeza en su sitio. Este asunto del allanamiento se está poniendo serio; salimos bien una vez; pero ahora tenemos entre manos una tarea delicada, a menos que podamos hallar el cesto de llaves del Conde».

Como nada podía hacerse bien antes de la mañana, y como sería al menos aconsejable esperar a que lord Godalming tuviera noticias de Mitchell's, decidimos no dar ningún paso activo antes de la hora del desayuno. Durante un buen rato nos quedamos sentados y fumando, discutiendo el asunto en sus diversas luces y aspectos; aproveché la oportunidad para poner este diario al día hasta el momento. Tengo mucho sueño y me iré a la cama…

Solo una línea. Mina duerme profundamente y su respiración es regular. Su frente está fruncida en pequeñas arrugas, como si pensara incluso en sueños. Sigue demasiado pálida, pero no se ve tan demacrada como esta mañana. Mañana, espero, arreglará todo esto; será ella misma en casa, en Exeter. ¡Oh, pero qué sueño tengo!

Diario del doctor Seward.

1 de octubre.—Estoy de nuevo perplejo con Renfield. Sus humores cambian tan rápidamente que me resulta difícil seguirlos, y como siempre significan algo más que su propio bienestar, forman un estudio más que interesante. Esta mañana, cuando fui a verlo tras su rechazo a Van Helsing, sus modales eran los de un hombre que manda sobre el destino. Estaba, de hecho, mandando

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

sobre el destino, subjetivamente. No le importaba realmente ninguna de las cosas de la mera tierra; estaba en las nubes y miraba desde arriba todas las debilidades y necesidades de nosotros, pobres mortales. Pensé que aprovecharía la ocasión y aprendería algo, así que le pregunté:

«¿Qué hay de las moscas por estos días?». Me sonrió de una manera bastante superior, una sonrisa que habría sentado bien al rostro de Malvolio, al responderme:

«La mosca, mi estimado señor, tiene un rasgo notable; sus alas son típicas de los poderes aéreos de las facultades psíquicas. ¡Bien hicieron los antiguos cuando tipificaron el alma como una mariposa!».

Pensé que llevaría su analogía hasta el extremo lógico, así que dije rápidamente:

«Oh, ¿es un alma lo que busca ahora, entonces?». Su locura frustró su razón, y una mirada perpleja se extendió por su rostro mientras, sacudiendo la cabeza con una decisión que yo había visto pocas veces en él, dijo:

«¡Oh, no, oh no! No quiero almas. Vida es todo lo que quiero». Aquí se animó: «Estoy bastante indiferente a ello por ahora. La vida está bien; tengo todo lo que quiero. ¡Tendrá que conseguirse un nuevo paciente, doctor, si desea estudiar la zoofagia!».

Esto me desconcertó un poco, así que lo animé a seguir:

«Entonces usted manda sobre la vida; es un dios, supongo». Sonrió con una superioridad inefablemente benigna.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¡Oh no! Lejos de mí arrogarme los atributos de la Deidad. Ni siquiera me conciernen Sus obras especialmente espirituales. Si puedo exponer mi posición intelectual, estoy, en lo que atañe a las cosas puramente terrestres, algo en la posición que Enoc ocupó espiritualmente». Esto me dejó en un aprieto. No podía en el momento recordar la pertinencia de Enoc; así que tuve que hacer una pregunta simple, aunque sentí que al hacerlo me rebajaba a los ojos del lunático:

«¿Y por qué con Enoc?».

«Porque caminó con Dios». No pude ver la analogía, pero no quise admitirlo; así que volví a lo que había negado:

«Así que no le importa la vida y no quiere almas. ¿Por qué no?». Hice mi pregunta rápidamente y con algo de severidad, a propósito para desconcertarlo. El esfuerzo tuvo éxito; pues por un instante recayó inconscientemente en su antigua manera servil, se inclinó mucho ante mí, y llegó a adularme al responder:

«¡No quiero almas, de veras, de veras! No quiero. No podría usarlas si las tuviera; no me servirían de nada. No podría comerlas ni...». Se detuvo de golpe y la vieja mirada astuta se extendió por su rostro, como una ráfaga de viento sobre la superficie del agua. «Y doctor, en cuanto a la vida, ¿qué es después de todo? Cuando uno tiene todo lo que requiere, y sabe que nunca le faltará, eso es todo. Tengo amigos, buenos amigos, como usted, doctor Seward»; esto se dijo con una mirada de soslayo de inexpresable astucia. «¡Sé que nunca me faltarán los

medios de vida!».

Creo que a través de la nubosidad de su demencia vio algún antagonismo en mí, pues de inmediato se refugió en el último recurso de los de su clase: un silencio obstinado. Tras un corto tiempo vi que por ahora era inútil hablarle. Estaba malhumorado, y así me fui.

Más tarde en el día me mandó llamar. Ordinariamente no habría ido sin razón especial, pero en este momento estoy tan interesado en él que con gusto haría un esfuerzo. Además, me alegra tener algo que ayude a pasar el tiempo. Harker está fuera, siguiendo pistas; y también lord Godalming y Quincey. Van Helsing se sienta en mi despacho estudiando el registro preparado por los Harker; parece pensar que con el conocimiento exacto de todos los detalles dará con alguna pista. No desea ser molestado en el trabajo sin causa. Lo habría llevado conmigo a ver al paciente, solo que pensé que tras su último rechazo quizá no desearía ir de nuevo. Había también otra razón: Renfield quizá no hablaría tan libremente delante de una tercera persona como cuando estábamos él y yo a solas.

Lo hallé sentado en medio del suelo en su taburete, una pose que suele indicar cierta energía mental de su parte. Cuando entré, dijo de inmediato, como si la pregunta hubiera estado esperando en sus labios:

«¿Qué hay de las almas?». Era evidente entonces que mi conjetura había sido correcta. La cerebración inconsciente hacía su trabajo, aun con el lunático. Resolví aclarar el asunto. «¿Qué hay de ellas, usted mismo?», pregunté. No respondió por un momento sino que miró a su alrededor, y

arriba y abajo, como si esperara hallar alguna inspiración para una respuesta.

«¡No quiero almas!», dijo de manera débil, apologética. El asunto parecía carcomerle la mente, y así resolví usarlo, «ser cruel solo para ser bondadoso». Así que dije:

«¿Le gusta la vida, y quiere vida?».

«¡Oh sí! ¡pero eso está bien; no tiene que preocuparse por eso!».

«Pero —pregunté—, ¿cómo vamos a obtener la vida sin obtener también el alma?». Esto pareció desconcertarlo, así que insistí:

«Buen rato lo pasará algún día cuando esté volando por ahí, con las almas de miles de moscas y arañas y pájaros y gatos zumbando y piando y maullando a su alrededor. ¡Usted tiene sus vidas, sabe, y tendrá que aguantar sus almas!». Algo pareció afectar su imaginación, pues se llevó los dedos a los oídos y cerró los ojos, apretándolos fuerte, igual que un niño pequeño cuando le enjabonan la cara. Había algo patético en ello que me tocó; también me dio una lección, pues parecía que ante mí había un niño, solo un niño, aunque las facciones estaban gastadas, y la barba de las mandíbulas era blanca. Era evidente que pasaba por algún proceso de perturbación mental, y sabiendo cómo sus humores pasados habían interpretado cosas aparentemente ajenas a él, pensé que entraría en su mente lo mejor que pudiera e iría con él. El primer paso era restaurar la confianza, así que le pregunté, hablando bastante alto para que me oyera a través de sus oídos cerrados:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¿Le gustaría un poco de azúcar para traer de nuevo a sus moscas?». Pareció despertar de golpe, y sacudió la cabeza. Con una risa respondió:

«¡No mucho! las moscas son cosas pobres, después de todo». Tras una pausa añadió: «Pero no quiero sus almas zumbando a mi alrededor, de todos modos».

«¿O arañas?», seguí.

«¡Al diablo las arañas! ¿Para qué sirven las arañas? No hay nada en ellas para comer o...». Se detuvo de pronto, como si recordara un tema prohibido.

«¡Vaya, vaya! —pensé para mis adentros—, esta es la segunda vez que se detiene de pronto en la palabra "beber"; ¿qué significa?». Renfield pareció él mismo consciente de haber tenido un lapsus, pues se apresuró a seguir, como para distraer mi atención de ello:

«No doy importancia alguna a tales asuntos. "Ratas y ratones y tal caza menuda", como dice Shakespeare, "comida de gallinas de la despensa" podría llamárseles. Estoy más allá de esa clase de tonterías. Más valdría pedir a un hombre que comiera moléculas con un par de palillos chinos que tratar de interesarme en los carnívoros menores, cuando sé lo que tengo por delante».

«Ya veo —dije—. Quiere cosas grandes en que pueda hincar los dientes. ¿Qué le parecería desayunar elefante?».

«¡Qué ridícula tontería está diciendo!». Se estaba despejando demasiado, así que pensé que lo apretaría con fuerza. «Me pregunto —dije reflexivamente— ¡cómo será

el alma de un elefante!».

Se obtuvo el efecto que deseaba, pues de inmediato bajó de su alto caballo y volvió a ser un niño.

«¡No quiero el alma de un elefante, ni ninguna alma en absoluto!», dijo. Por unos momentos se sentó abatido. De pronto saltó en pie, con los ojos llameantes y todos los signos de intensa excitación cerebral. «¡Al infierno con usted y sus almas!», gritó. «¿Por qué me acosa con almas? ¡No tengo ya bastante que me preocupe, y me duela, y me distraiga, sin pensar en almas!». Parecía tan hostil que pensé que iba a tener otro acceso homicida, así que hice sonar mi silbato. En el instante en que lo hice, sin embargo, se calmó, y dijo disculpándose:

«Perdóneme, doctor; me olvidé de mí. No necesita ninguna ayuda. Estoy tan preocupado en mi mente que soy propenso a la irritabilidad. Si supiera el problema que debo enfrentar, y que estoy resolviendo, me compadecería, y toleraría, y perdonaría. Se lo ruego, no me ponga una camisa de fuerza. Quiero pensar y no puedo pensar libremente cuando mi cuerpo está confinado. ¡Estoy seguro de que lo entenderá!». Evidentemente tenía autodominio; así que cuando vinieron los celadores les dije que no se preocuparan, y se retiraron. Renfield los vio irse; cuando la puerta se cerró dijo, con considerable dignidad y dulzura:

«Doctor Seward, ha sido usted muy considerado conmigo. ¡Créame que le estoy muy, muy agradecido!». Pensé que era bueno dejarlo en este humor, y así me fui. Hay ciertamente algo en qué reflexionar en el estado de

este hombre. Varios puntos parecen componer lo que el entrevistador americano llama «una historia», si uno pudiera ponerlos en su debido orden. Helos aquí:

No quiere mencionar el «beber».

Teme la idea de cargar con el «alma» de cualquier cosa.

No tiene temor de querer «vida» en el futuro.

Desprecia por completo las formas más bajas de vida, aunque teme que lo atormenten sus almas.

¡Lógicamente todas estas cosas apuntan en una dirección! Tiene seguridad de algún tipo de que adquirirá una vida superior. Teme la consecuencia: la carga de un alma. ¡Entonces es una vida humana lo que espera!

¿Y la seguridad…?

¡Dios misericordioso! ¡el Conde ha estado con él, y hay algún nuevo plan de terror en marcha!

Más tarde.—Después de mi ronda fui a ver a Van Helsing y le conté mi sospecha. Se puso muy grave; y, tras reflexionar un rato sobre el asunto, me pidió que lo llevara a ver a Renfield. Lo hice. Al llegar a la puerta oímos al lunático dentro cantando alegremente, como solía hacerlo en el tiempo que ahora parece tan lejano. Cuando entramos vimos con asombro que había esparcido su azúcar como antaño; las moscas, aletargadas por el otoño, comenzaban a zumbar por la habitación. Tratamos de hacerlo hablar del tema de nuestra conversación anterior, pero no quiso atender. Siguió con su canto, como si no estuviéramos presentes. Había conseguido un trozo de papel y lo doblaba hasta hacer una libreta. Tuvimos que

irnos tan ignorantes como habíamos entrado.

Su caso es curioso en verdad; debemos vigilarlo esta noche.

Carta de Mitchell, Sons y Candy a lord Godalming.

«1 de octubre.

»Milord:

»Estamos en todo momento más que felices de atender sus deseos. Rogamos, con respecto al deseo de su señoría, expresado por el señor Harker en su nombre, suministrar la siguiente información sobre la venta y compra del n.º 347 de Piccadilly. Los vendedores originales son los albaceas del difunto señor Archibald Winter-Suffield. El comprador es un noble extranjero, el conde de Ville, que efectuó la compra personalmente pagando el precio en billetes «sobre el mostrador», si su señoría nos perdona usar una expresión tan vulgar. Más allá de esto no sabemos absolutamente nada de él.

»Somos, milord,

»Humildes servidores de su señoría,

»Mitchell, Sons & Candy».

Diario del doctor Seward.

2 de octubre.—Anoche puse a un hombre en el corredor, y le dije que tomara nota exacta de cualquier sonido que oyera en la habitación de Renfield, y le di instrucciones de que si hubiera algo extraño me llamara. Después de la cena, cuando todos nos habíamos reunido alrededor del fuego en el despacho, habiéndose ido a la cama la señora Harker, discutimos los intentos y descubrimientos del día. Harker fue el único que tuvo algún resultado, y tenemos grandes esperanzas de que su pista sea importante.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Antes de acostarme pasé por la habitación del paciente y miré por la mirilla de observación. Dormía profundamente, y su pecho subía y bajaba con respiración regular.

Esta mañana el hombre de guardia me informó de que poco después de medianoche estuvo inquieto y siguió diciendo sus oraciones algo en voz alta. Le pregunté si eso era todo; respondió que era todo lo que oyó. Había algo tan sospechoso en sus modales que le pregunté a quemarropa si había estado dormido. Negó haber dormido, pero admitió haber «cabeceado» un rato. Qué lástima que no se pueda confiar en los hombres a menos que se los vigile.

Hoy Harker está fuera siguiendo su pista, y Art y Quincey se ocupan de los caballos. Godalming piensa que será bueno tener siempre caballos listos, pues cuando obtengamos la información que buscamos no habrá tiempo que perder. Debemos esterilizar toda la tierra importada entre la salida y la puesta del sol; así atraparemos al Conde en su momento más débil, y sin refugio adonde huir. Van Helsing ha ido al Museo Británico a consultar algunas autoridades sobre medicina antigua. Los viejos médicos tomaban en cuenta cosas que sus seguidores no aceptan, y el profesor busca curas de brujas y demonios que puedan sernos útiles más adelante.

A veces pienso que debemos estar todos locos y que despertaremos a la cordura en camisas de fuerza.

Más tarde.—Nos hemos reunido de nuevo. Parece que por fin estamos en la pista, y nuestro trabajo de mañana puede ser el principio del fin. Me pregunto si la quietud de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Renfield tiene algo que ver con esto. Sus humores han seguido tan de cerca las andanzas del Conde, que la próxima destrucción del monstruo podría serle llevada de algún modo sutil. Si pudiéramos obtener alguna pista de lo que pasó por su mente entre el momento de mi argumentación con él hoy y su reanudación de la caza de moscas, podría darnos un valioso indicio. Ahora está al parecer tranquilo por un rato... ¿Lo está?... Ese alarido salvaje pareció venir de su habitación...

El celador entró de golpe en mi cuarto y me dijo que Renfield había sufrido de algún modo un accidente. Lo había oído gritar; y cuando fue hacia él lo halló tendido boca abajo en el suelo, todo cubierto de sangre. Debo ir de inmediato...

CAPÍTULO XXI

Diario del doctor Seward

3 de octubre.—Permítanme poner con exactitud todo lo que ocurrió, tan bien como lo recuerdo, desde la última vez que hice una anotación. Ningún detalle que pueda recordar debe olvidarse; con toda calma debo proceder.

Cuando llegué a la habitación de Renfield lo hallé tendido en el suelo sobre su lado izquierdo en un charco reluciente de sangre. Cuando fui a moverlo, se hizo de inmediato aparente que había recibido terribles lesiones; no parecía haber esa unidad de propósito entre las partes del cuerpo que marca incluso la cordura letárgica. Al quedar el rostro expuesto pude ver que estaba horriblemente magullado, como si lo hubieran golpeado contra el suelo; de hecho era de las heridas del rostro de donde provenía el charco de sangre. El celador que estaba arrodillado junto al cuerpo me dijo mientras lo volteábamos:

«Creo, señor, que tiene la espalda rota. Mire, tanto su brazo y pierna derechos como todo el lado de la cara están paralizados». Cómo pudo haber ocurrido tal cosa desconcertaba al celador más allá de toda medida. Parecía bastante confundido, y tenía el ceño fruncido al decir:

«No entiendo las dos cosas. Pudo marcarse la cara así golpeándose la cabeza contra el suelo. Vi hacerlo una vez

a una joven en el Asilo de Eversfield antes de que nadie pudiera ponerle las manos encima. Y supongo que pudo romperse el cuello cayendo de la cama, si quedó en una postura incómoda. Pero por mi vida que no imagino cómo ocurrieron las dos cosas. Si tenía la espalda rota, no podía golpearse la cabeza; y si la cara estaba así antes de la caída de la cama, habría marcas de ello». Le dije:

«Vaya a buscar al doctor Van Helsing, y pídale que venga aquí de inmediato, por favor. Lo quiero sin un instante de demora». El hombre salió corriendo, y en pocos minutos apareció el profesor, en bata y pantuflas. Cuando vio a Renfield en el suelo, lo miró agudamente un momento, y luego se volvió hacia mí. Creo que reconoció mi pensamiento en mis ojos, pues dijo muy quedamente, manifiestamente para oídos del celador:

«Ah, ¡un triste accidente! Necesitará vigilancia muy cuidadosa, y mucha atención. Yo me quedaré con usted; pero primero me vestiré. Si usted se queda, me uniré a usted en unos minutos».

El paciente respiraba ahora con estertores y era fácil ver que había sufrido alguna lesión terrible. Van Helsing volvió con extraordinaria celeridad, trayendo consigo un estuche quirúrgico. Evidentemente había estado pensando y tenía su mente decidida; pues, casi antes de mirar al paciente, me susurró:

«Despache al celador. Debemos estar a solas con él cuando recobre el conocimiento, después de la operación». Así que dije:

«Creo que con eso basta por ahora, Simmons. Hemos hecho todo lo que podemos en este momento. Más vale que haga su ronda, y el doctor Van Helsing operará. Avíseme al instante si hay algo inusual en cualquier parte».

El hombre se retiró, y procedimos a un examen estricto del paciente. Las heridas del rostro eran superficiales; la verdadera lesión era una fractura con hundimiento del cráneo, que se extendía hasta el área motora. El profesor pensó un momento y dijo:

«Debemos reducir la presión y volver a las condiciones normales, hasta donde se pueda; la rapidez de la efusión muestra la terrible naturaleza de su lesión. Toda el área motora parece afectada. La efusión en el cerebro aumentará rápidamente, así que debemos trepanar de inmediato o puede ser demasiado tarde». Mientras hablaba hubo un suave golpeteo en la puerta. Fui y la abrí y hallé en el corredor, afuera, a Arthur y Quincey en pijama y pantuflas; el primero habló:

«Oí que su hombre llamaba al doctor Van Helsing y le hablaba de un accidente. Así que desperté a Quincey, o más bien lo llamé, pues no estaba dormido. Las cosas se mueven demasiado rápida y extrañamente para un sueño sano para cualquiera de nosotros en estos tiempos. He estado pensando que mañana por la noche las cosas no serán como han sido. Tendremos que mirar atrás, y adelante un poco más de lo que hemos hecho. ¿Podemos entrar?». Asentí, y mantuve la puerta abierta hasta que entraron; luego la cerré otra vez. Cuando Quincey vio la

actitud y el estado del paciente, y notó el horrible charco en el suelo, dijo suavemente:

«¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado? ¡Pobre, pobre diablo!». Le dije brevemente, y añadí que esperábamos que recobrara el conocimiento después de la operación, por un breve tiempo, en todo caso. Fue de inmediato y se sentó en el borde de la cama, con Godalming a su lado; todos observamos con paciencia.

«Esperaremos —dijo Van Helsing— justo lo suficiente para fijar el mejor sitio para trepanar, de modo que podamos quitar más rápida y perfectamente el coágulo de sangre; pues es evidente que la hemorragia aumenta».

Los minutos que esperamos pasaron con temible lentitud. Yo tenía un horrible hundimiento en el corazón, y por el rostro de Van Helsing deduje que sentía algún miedo o aprensión por lo que vendría. Temía las palabras que Renfield pudiera decir. Positivamente tenía miedo de pensar; pero la convicción de lo que se avecinaba estaba sobre mí, como he leído de hombres que han oído el reloj de la muerte. La respiración del pobre hombre venía en jadeos inciertos. A cada instante parecía que fuera a abrir los ojos y hablar; pero entonces seguía un prolongado aliento estertoroso, y recaía en una insensibilidad más fija. Por habituado que estuviera a lechos de enfermos y a la muerte, esta incertidumbre crecía y crecía sobre mí. Casi podía oír el latir de mi propio corazón; y la sangre que surgía por mis sienes sonaba como golpes de martillo. El silencio se hizo finalmente agonizante. Miré a mis compañeros, uno tras otro, y vi por sus rostros

arrebatados y sus frentes húmedas que soportaban igual tortura. Había una nerviosa incertidumbre sobre todos nosotros, como si sobre nuestras cabezas fuera a repicar poderosamente alguna campana temible cuando menos lo esperásemos.

Al fin llegó un momento en que era evidente que el paciente se hundía rápidamente; podía morir en cualquier instante. Alcé la vista al profesor y sorprendí sus ojos fijos en los míos. Su rostro estaba severamente tenso cuando habló:

«No hay tiempo que perder. Sus palabras pueden valer muchas vidas; lo he estado pensando, mientras estaba aquí de pie. ¡Puede haber un alma en juego! Operaremos justo sobre la oreja».

Sin otra palabra hizo la operación. Por unos momentos la respiración siguió estertorosa. Luego vino un aliento tan prolongado que parecía que iba a desgarrarle el pecho. De pronto sus ojos se abrieron, y quedaron fijos en una mirada salvaje, desvalida. Esto continuó unos momentos; luego se suavizó en una alegre sorpresa, y de los labios vino un suspiro de alivio. Se movió convulsivamente, y al hacerlo dijo:

«Estaré tranquilo, doctor. Diga que me quiten la camisa de fuerza. He tenido un sueño terrible, y me ha dejado tan débil que no puedo moverme. ¿Qué le pasa a mi cara? Se siente toda hinchada, y escuece terriblemente». Trató de volver la cabeza; pero hasta con el esfuerzo sus ojos parecieron vidriarse de nuevo, así que la puse suavemente en su sitio. Entonces Van Helsing dijo en tono tranquilo y

grave:

«Cuéntenos su sueño, señor Renfield». Al oír la voz su rostro se iluminó, a través de su mutilación, y dijo:

«Ese es el doctor Van Helsing. Qué bueno es que esté aquí. Deme algo de agua, tengo los labios secos; y trataré de contárselo. Soñé...». Se detuvo y pareció desfallecer; llamé quedamente a Quincey: «El brandy... está en mi despacho... ¡rápido!». Voló y volvió con un vaso, la garrafa de brandy y una jarra de agua. Humedecimos los labios resecos, y el paciente revivió rápidamente. Parecía, sin embargo, que su pobre cerebro herido había estado trabajando en el intervalo, pues, cuando estuvo bien consciente, me miró penetrantemente con una agonizada confusión que nunca olvidaré, y dijo:

«No debo engañarme; no fue sueño, sino toda una sombría realidad». Luego sus ojos recorrieron la habitación; cuando captaron a las dos figuras sentadas pacientemente en el borde de la cama, siguió:

«Si no estuviera ya seguro, lo sabría por ellos». Por un instante sus ojos se cerraron, no de dolor ni de sueño sino voluntariamente, como si pusiera en juego todas sus facultades; cuando los abrió dijo, apresuradamente, y con más energía de la que había mostrado hasta entonces:

«Rápido, doctor, rápido. ¡Me estoy muriendo! Siento que me quedan solo unos minutos; y luego debo volver a la muerte, ¡o a algo peor! Moje mis labios con brandy otra vez. Tengo algo que debo decir antes de morir; o antes de que mi pobre cerebro aplastado muera de todos modos. ¡Gracias! Fue aquella noche después de que usted me

dejó, cuando le imploré que me dejara ir. No pude hablar entonces, pues sentía la lengua atada; pero estaba tan cuerdo entonces, salvo en ese aspecto, como ahora. Estuve en una agonía de desesperación mucho tiempo después de que usted me dejó; parecieron horas. Luego me vino una paz repentina. Mi cerebro pareció enfriarse otra vez, y comprendí dónde estaba. Oí ladrar a los perros detrás de nuestra casa, ¡pero no donde estaba Él!». Mientras hablaba, los ojos de Van Helsing no parpadearon, pero su mano salió y se encontró con la mía y la apretó con fuerza. No se delató, sin embargo; asintió ligeramente y dijo: «Siga», en voz baja. Renfield prosiguió:

«Vino hasta la ventana en la niebla, como lo había visto muchas veces antes; pero estaba entonces sólido, no un fantasma, y sus ojos eran feroces como los de un hombre cuando está enojado. Se reía con su boca roja; los afilados dientes blancos relucían a la luz de la luna cuando se volvió a mirar por encima del cinturón de árboles, hacia donde ladraban los perros. Al principio no quise pedirle que entrara, aunque sabía que lo quería, tal como lo había querido todo el tiempo. Luego empezó a prometerme cosas, no con palabras sino haciéndolas». Lo interrumpió una palabra del profesor:

«¿Cómo?».

«Haciendo que sucedieran; igual que solía enviar las moscas cuando brillaba el sol. Grandes, gordas, con acero y zafiro en las alas; y grandes polillas, en la noche, con calavera y tibias cruzadas en el lomo». Van Helsing le asintió mientras me susurraba inconscientemente:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«La Acherontia Aitetropos de los Esfíngidos, ¿lo que ustedes llaman la “polilla de la calavera”?». El paciente siguió sin detenerse.

«Luego empezó a susurrar: “¡Ratas, ratas, ratas! Cientos, miles, millones de ellas, y cada una una vida; y perros para comerlas, y gatos también. ¡Todas vidas! ¡toda sangre roja, con años de vida en ella; y no meras moscas que zumban!”. Me reí de él, pues quería ver qué podía hacer. Entonces los perros aullaron, lejos, más allá de los árboles oscuros, en Su casa. Me hizo señas hacia la ventana. Me levanté y miré afuera, y Él alzó las manos, y pareció llamar sin usar palabra alguna. Una masa oscura se extendió sobre el césped, avanzando como la forma de una llama de fuego; y luego Él movió la niebla a derecha e izquierda, y pude ver que había miles de ratas con los ojos ardiendo en rojo, como los Suyos, solo que más pequeños. Alzó la mano, y todas se detuvieron; y me pareció que decía: “¡Todas estas vidas te daré, sí, y muchas más y mayores, a través de incontables edades, si te postras y me adoras!”. Y entonces una nube roja, como el color de la sangre, pareció cerrarse sobre mis ojos; y antes de saber lo que hacía, me hallé abriendo la ventana de guillotina y diciéndole: “¡Entra, Señor y Amo!”. Las ratas se habían ido todas, pero Él se deslizó en la habitación por la ventana, aunque solo estaba abierta una pulgada, tal como la Luna misma ha entrado a menudo por la rendija más diminuta y ha estado ante mí en todo su tamaño y esplendor».

Su voz estaba más débil, así que le humedecí los labios con el brandy de nuevo, y continuó; pero pareció que su

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

memoria había seguido trabajando en el intervalo, pues su relato estaba más adelantado. Iba a hacerlo volver al punto, pero Van Helsing me susurró: «Déjelo seguir. No lo interrumpa; no puede volver atrás, y quizá no podría proseguir en absoluto si una vez perdiera el hilo de su pensamiento». Prosiguió:

«Todo el día esperé tener noticias de Él, pero no me envió nada, ni siquiera una mosca de la carne, y cuando salió la luna estaba bastante enojado con Él. Cuando se deslizó por la ventana, aunque estaba cerrada, y ni siquiera llamó, me enfurecí con Él. Se burló de mí, y su rostro blanco miraba desde la niebla con sus ojos rojos relucientes, y siguió como si fuera dueño de todo el lugar, y yo no fuera nadie. Ni siquiera olía igual al pasar junto a mí. No pude retenerlo. Pensé que, de algún modo, la señora Harker había entrado en la habitación».

Los dos hombres sentados en la cama se pusieron de pie y se acercaron, quedando detrás de él para que no pudiera verlos, pero donde pudieran oír mejor. Ambos callaban, pero el profesor se sobresaltó y se estremeció; su rostro, sin embargo, se volvió más sombrío y severo aún. Renfield siguió sin notarlo:

«Cuando la señora Harker vino a verme esta tarde no era la misma; era como té después de haber echado agua a la tetera». Aquí todos nos movimos, pero nadie dijo palabra; siguió:

«No supe que estaba aquí hasta que habló; y no se veía igual. No me gustan los pálidos; los quiero con mucha sangre, y la de ella parecía habérsele ido toda. No pensé

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

en ello en ese momento; pero cuando se fue empecé a pensar, y me enfureció saber que Él le había estado quitando la vida». Pude sentir que los demás se estremecían, como yo, pero por lo demás seguimos quietos. «Así que cuando Él vino esta noche yo estaba preparado para Él. Vi la niebla colarse, y la agarré fuerte. Había oído que los locos tienen una fuerza antinatural; y como sabía que era un loco, a veces en todo caso, resolví usar mi poder. Sí, y Él también lo sintió, pues tuvo que salir de la niebla para forcejear conmigo. Agarré fuerte; y pensé que iba a ganar, pues no quería que le quitara más de su vida, hasta que vi Sus ojos. Me quemaron por dentro, y mi fuerza se volvió como agua. Se me escabulló, y cuando traté de aferrarme a Él, me alzó y me arrojó al suelo. Hubo una nube roja ante mí, y un ruido como de trueno, y la niebla pareció escurrirse por debajo de la puerta». Su voz se hacía más débil y su aliento más estertoroso. Van Helsing se puso de pie instintivamente.

«Ya sabemos lo peor —dijo—. Él está aquí, y sabemos su propósito. Puede que no sea demasiado tarde. Armémonos, igual que la otra noche, pero no perdamos tiempo; no hay un instante que perder». No hubo necesidad de poner en palabras nuestro miedo, más aún, nuestra convicción: los compartíamos en común. Todos nos apresuramos y tomamos de nuestros cuartos las mismas cosas que llevamos al entrar en la casa del Conde. El profesor tenía las suyas listas, y al encontrarnos en el corredor las señaló significativamente diciendo:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Nunca me dejan; y no lo harán hasta que este desdichado asunto termine. Sean también prudentes, amigos míos. No es un enemigo común el que enfrentamos. ¡Ay! ¡ay! ¡que esa querida madame Mina deba sufrir!». Se detuvo; su voz se quebraba, y no sé si la ira o el terror predominaban en mi propio corazón.

Fuera de la puerta de los Harker nos detuvimos. Art y Quincey se quedaron atrás, y este último dijo:

«¿Debemos molestarla?».

«Debemos», dijo Van Helsing con severidad. «Si la puerta está cerrada con llave, la derribaré».

«¿No puede asustarla terriblemente? ¡No es usual irrumpir en el cuarto de una dama!».

Van Helsing dijo solemnemente: «Tiene siempre razón; pero esto es vida o muerte. Todas las cámaras son iguales para el médico; y aun si no lo fueran, son todas como una para mí esta noche. Amigo John, cuando yo gire el picaporte, si la puerta no se abre, usted baje el hombro y empuje; y usted también, amigos míos. ¡Ahora!».

Giró el picaporte mientras hablaba, pero la puerta no cedió. Nos lanzamos contra ella; con un estrépito se abrió de golpe, y casi caímos de cabeza en la habitación. El profesor sí cayó, y vi por encima de él mientras se incorporaba apoyándose en manos y rodillas. Lo que vi me espantó. Sentí que el cabello se me erizaba como cerdas en la nuca, y mi corazón pareció detenerse.

La luz de la luna era tan brillante que a través de la gruesa persiana amarilla la habitación estaba lo bastante

iluminada para ver. En la cama junto a la ventana yacía Jonathan Harker, con el rostro enrojecido y respirando pesadamente, como en un sopor. Arrodillada en el borde cercano de la cama, de cara hacia afuera, estaba la figura vestida de blanco de su esposa. A su lado estaba un hombre alto y delgado, vestido de negro. Tenía el rostro vuelto hacia el otro lado, pero en el instante en que lo vimos todos reconocimos al Conde, en todo, hasta en la cicatriz de la frente. Con la mano izquierda sujetaba ambas manos de la señora Harker, manteniéndolas apartadas con los brazos totalmente tensos; con la derecha la agarraba por la nuca, forzando su rostro contra su pecho. Su camisón blanco estaba manchado de sangre, y un delgado hilo goteaba por el pecho desnudo del hombre, que se mostraba por su ropa desgarrada. La actitud de los dos tenía un terrible parecido con la de un niño que hunde el hocico de un gatito en un platillo de leche para obligarlo a beber. Cuando irrumpimos en la habitación, el Conde volvió el rostro, y la mirada infernal que yo había oído describir pareció saltar a él. Sus ojos llamearon rojos con pasión diabólica; las grandes fosas de la blanca nariz aguileña se abrieron mucho y temblaron en el borde; y los dientes blancos y agudos, tras los labios llenos de la boca que goteaba sangre, rechinaron como los de una fiera. Con una sacudida, que arrojó a su víctima sobre la cama como si la lanzaran desde una altura, se volvió y saltó hacia nosotros. Pero para entonces el profesor se había puesto en pie y sostenía hacia él el sobre que contenía la Sagrada Hostia. El Conde se detuvo de golpe, tal como había hecho la pobre Lucy fuera de la

tumba, y se encogió hacia atrás. Más y más atrás se encogió, mientras nosotros, alzando nuestros crucifijos, avanzábamos. La luz de la luna falló de repente, cuando una gran nube negra surcó el cielo; y cuando la luz de gas brotó bajo el fósforo de Quincey, no vimos nada salvo un tenue vapor. Este, mientras mirábamos, se arrastró bajo la puerta, que con el rebote de su apertura violenta había vuelto a su antigua posición. Van Helsing, Art y yo avanzamos hacia la señora Harker, quien para entonces había cobrado aliento y con él había lanzado un grito tan salvaje, tan penetrante, tan desesperado que me parece ahora que resonará en mis oídos hasta el día de mi muerte. Por unos segundos yació en su actitud desvalida y desaliñada. Su rostro era espectral, con una palidez acentuada por la sangre que le manchaba los labios y las mejillas y el mentón; de su garganta goteaba un delgado hilo de sangre; sus ojos estaban locos de terror. Luego se puso delante del rostro sus pobres manos aplastadas, que llevaban en su blancura la marca roja de la terrible presa del Conde, y de detrás de ellas salió un lamento bajo y desolado que hizo que el terrible grito pareciera solo la expresión rápida de un dolor sin fin. Van Helsing se adelantó y echó suavemente la colcha sobre su cuerpo, mientras Art, tras mirar su rostro un instante con desesperación, salió corriendo de la habitación. Van Helsing me susurró:

«Jonathan está en un sopor como el que sabemos que el Vampiro puede producir. No podemos hacer nada con la pobre madame Mina por unos momentos hasta que se recobre; ¡debo despertarlo!». Mojó la punta de una toalla

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

en agua fría y con ella empezó a azotarle la cara, mientras su esposa seguía sosteniendo el rostro entre las manos y sollozando de un modo que partía el corazón. Alcé la persiana y miré por la ventana. Había mucha luz de luna; y mientras miraba pude ver a Quincey Morris correr por el césped y esconderse en la sombra de un gran tejo. Me desconcertó pensar por qué hacía esto; pero en ese instante oí la rápida exclamación de Harker al despertar a una conciencia parcial, y me volví hacia la cama. En su rostro había, como bien podía haber, una mirada de salvaje asombro. Pareció aturdido unos segundos, y luego la plena conciencia pareció estallar en él de golpe, y se incorporó de un salto. Su esposa se despertó con el movimiento rápido, y se volvió hacia él con los brazos extendidos, como para abrazarlo; al instante, sin embargo, los recogió de nuevo, y juntando los codos, sostuvo las manos ante el rostro, y se estremeció hasta que la cama debajo de ella tembló.

«¡En nombre de Dios, qué significa esto!», gritó Harker. «Doctor Seward, doctor Van Helsing, ¿qué es? ¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede? Mina, querida, ¿qué es? ¿Qué significa esa sangre? ¡Dios mío, Dios mío! ¡ha llegado a esto!». Y, incorporándose sobre las rodillas, juntó las manos salvajemente. «¡Dios bueno, ayúdanos! ¡ayúdala! ¡oh, ayúdala!». Con un movimiento rápido saltó de la cama y empezó a ponerse la ropa, todo el hombre que había en él despierto ante la necesidad de un esfuerzo inmediato. «¿Qué ha pasado? ¡Cuéntenme todo!», gritó sin detenerse. «Doctor Van Helsing, usted quiere a Mina, lo sé. Oh, haga algo para salvarla. No puede haber ido demasiado lejos

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

todavía. ¡Cuídenla mientras lo busco!». Su esposa, a través de su terror y horror y angustia, vio algún peligro seguro para él: olvidando al instante su propia pena, se aferró a él y gritó:

«¡No! ¡no! Jonathan, no debes dejarme. Ya he sufrido bastante esta noche, Dios lo sabe, sin el temor de que te haga daño. Debes quedarte conmigo. ¡Quédate con estos amigos que velarán por ti!». Su expresión se volvió frenética al hablar; y, cediendo él ante ella, lo hizo sentarse en el borde de la cama, y se aferró a él con fiereza.

Van Helsing y yo tratamos de calmarlos a ambos. El profesor alzó su pequeño crucifijo de oro, y dijo con maravillosa calma:

«No tema, querida. Estamos aquí; y mientras esto esté cerca de usted ninguna cosa inmunda puede acercarse. Está a salvo por esta noche; y debemos estar calmos y tomar consejo juntos». Ella se estremeció y calló, apoyando la cabeza en el pecho de su esposo. Cuando la alzó, su camisa de dormir blanca estaba manchada de sangre donde sus labios habían tocado, y donde la delgada herida abierta de su cuello había dejado caer gotas. En el instante en que lo vio se echó atrás, con un lamento bajo, y susurró, entre sollozos ahogados:

«¡Impura, impura! No debo tocarlo ni besarlo más. Oh, que sea yo ahora su peor enemiga, y a quien él pueda tener más motivo de temer». A esto él habló resueltamente:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Tonterías, Mina. Me da vergüenza oír tal palabra. No la oiría de ti; y no la oiré de ti. ¡Que Dios me juzgue según mis méritos, y me castigue con un sufrimiento más amargo aún que esta hora, si por acto o voluntad mía algo se interpone alguna vez entre nosotros!». Extendió los brazos y la estrechó contra su pecho; y por un rato ella yació allí sollozando. Nos miró por encima de su cabeza inclinada, con ojos que parpadeaban húmedos sobre sus fosas nasales temblorosas; su boca estaba tensa como acero. Pasado un rato sus sollozos se hicieron menos frecuentes y más débiles, y entonces me dijo, hablando con una calma estudiada que sentí que ponía a prueba su fuerza nerviosa hasta el límite:

«Y ahora, doctor Seward, cuénteme todo. Demasiado bien conozco el hecho en general; cuénteme todo lo que ha pasado». Le conté exactamente lo ocurrido, y escuchó con aparente impasibilidad; pero sus fosas nasales se contraían y sus ojos llameaban cuando conté cómo las manos despiadadas del Conde habían sostenido a su esposa en aquella terrible y horrenda posición, con su boca en la herida abierta de su pecho. Me interesó, incluso en ese momento, ver que, mientras el rostro de blanca pasión tensa se contraía convulsivamente sobre la cabeza inclinada, las manos acariciaban tierna y amorosamente el cabello revuelto. Justo cuando terminé, Quincey y Godalming llamaron a la puerta. Entraron en obediencia a nuestro llamado. Van Helsing me miró interrogativamente. Entendí que quería decir si debíamos aprovechar su llegada para desviar, si era posible, los pensamientos del desdichado marido y esposa el uno del otro y de sí mismos;

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

así que, asintiéndole con la cabeza, les preguntó qué habían visto o hecho. A lo cual lord Godalming respondió:

«No pude verlo en ninguna parte del pasillo, ni en ninguno de nuestros cuartos. Miré en el despacho pero, aunque había estado allí, se había ido. Sin embargo, había…». Se detuvo de golpe, mirando la pobre figura abatida en la cama. Van Helsing dijo con gravedad:

«Siga, amigo Arthur. No queremos aquí más ocultamientos. Nuestra esperanza ahora está en saberlo todo. ¡Hable con libertad!». Así que Art siguió:

«Había estado allí, y aunque solo pudo ser por unos segundos, hizo un destrozo bárbaro del lugar. Todo el manuscrito había sido quemado, y las llamas azules parpadeaban entre las cenizas blancas; los cilindros de su fonógrafo fueron arrojados también al fuego, y la cera había ayudado a las llamas». Aquí lo interrumpí. «¡Gracias a Dios que está la otra copia en la caja fuerte!». Su rostro se iluminó un momento, pero decayó otra vez mientras seguía: «Bajé corriendo entonces, pero no vi señal de él. Miré en la habitación de Renfield; pero no había rastro allí salvo…». De nuevo se detuvo. «Siga», dijo Harker con voz ronca; así que inclinó la cabeza y, humedeciéndose los labios con la lengua, añadió: «salvo que el pobre hombre está muerto». La señora Harker alzó la cabeza, y mirándonos a unos y otros dijo solemnemente:

«¡Hágase la voluntad de Dios!». No pude sino sentir que Art guardaba algo; pero, como supuse que era con un propósito, no dije nada. Van Helsing se volvió a Morris y preguntó:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¿Y usted, amigo Quincey, tiene algo que contar?».

«Un poco —respondió—. Puede ser mucho a la larga, pero por ahora no puedo decirlo. Pensé que era bueno saber, si era posible, adónde iría el Conde cuando saliera de la casa. No lo vi; pero vi un murciélago alzarse desde la ventana de Renfield, y aletear hacia el oeste. Esperaba verlo volver a Carfax en alguna forma; pero evidentemente buscó otra guarida. No volverá esta noche; pues el cielo se enrojece en el este, y el alba está cerca. ¡Debemos trabajar mañana!».

Dijo las últimas palabras entre dientes. Por un espacio de quizá un par de minutos hubo silencio, y pude imaginar que oía el sonido de nuestros corazones latiendo; luego Van Helsing dijo, poniendo la mano muy tiernamente sobre la cabeza de la señora Harker:

«Y ahora, madame Mina, pobre, querida, querida madame Mina, díganos exactamente lo que pasó. Dios sabe que no quiero que usted sufra; pero es necesario que lo sepamos todo. Pues ahora más que nunca todo trabajo ha de hacerse rápido y agudo, y con mortal seriedad. El día está cerca de nosotros que debe acabar con todo, si puede ser; y ahora es la oportunidad de que vivamos y aprendamos».

La pobre, querida dama se estremeció, y pude ver la tensión de sus nervios al estrechar más a su esposo y bajar más y más la cabeza sobre su pecho. Luego alzó la cabeza con orgullo, y tendió una mano a Van Helsing, quien la tomó en la suya y, tras inclinarse a besarla con reverencia, la sostuvo con firmeza. La otra mano estaba entrelazada

con la de su esposo, quien tenía su otro brazo echado en torno a ella protectoramente. Tras una pausa en que evidentemente ordenaba sus pensamientos, comenzó:

«Tomé la poción para dormir que usted tan amablemente me dio, pero por mucho tiempo no hizo efecto. Parecí volverme más despierta, y miríadas de horribles fantasías empezaron a agolparse en mi mente, todas conectadas con la muerte, y los vampiros; con la sangre, y el dolor, y la angustia». Su esposo gimió involuntariamente cuando ella se volvió hacia él y le dijo con amor: «No te angusties, querido. Debes ser valiente y fuerte, y ayudarme a superar la horrible tarea. Si supieras qué esfuerzo es para mí contar siquiera esta cosa espantosa, comprenderías cuánto necesito tu ayuda. Bien, vi que debía tratar de ayudar a la medicina en su obra con mi voluntad, si me había de hacer algún bien, así que me dispuse resueltamente a dormir. Seguro que el sueño pronto debió de venir a mí, pues no recuerdo más. Jonathan al entrar no me había despertado, pues yacía a mi lado cuando recuerdo de nuevo. Había en la habitación la misma fina niebla blanca que había notado antes. Pero ahora olvido si lo saben; lo encontrarán en mi diario, que les mostraré luego. Sentí el mismo vago terror que me había venido antes y la misma sensación de alguna presencia. Me volví para despertar a Jonathan, pero hallé que dormía tan profundamente que parecía como si fuera él quien hubiera tomado la poción para dormir, y no yo. Lo intenté, pero no pude despertarlo. Esto me causó gran miedo, y miré a mi alrededor aterrada. Entonces en verdad el corazón se me hundió: junto a la cama, como si hubiera

salido de la niebla, o más bien como si la niebla se hubiera convertido en su figura, pues había desaparecido por completo, estaba un hombre alto y delgado, todo de negro. Lo reconocí de inmediato por la descripción de los otros. El rostro céreo; la nariz alta y aguileña, en que la luz caía en una delgada línea blanca; los labios rojos entreabiertos, con los dientes blancos y agudos asomando entre ellos; y los ojos rojos que me había parecido ver en la puesta de sol sobre las ventanas de la iglesia de Santa María en Whitby. Reconocí también la cicatriz roja en su frente donde Jonathan lo había golpeado. Por un instante mi corazón se detuvo, y habría gritado, solo que estaba paralizada. En la pausa habló en una especie de susurro agudo y cortante, señalando mientras hablaba a Jonathan:

»"¡Silencio! Si haces un sonido lo tomaré y le haré saltar los sesos ante tus propios ojos". Estaba espantada y demasiado aturdida para hacer o decir nada. Con una sonrisa burlona, puso una mano sobre mi hombro y, sujetándome fuerte, desnudó mi garganta con la otra, diciendo mientras lo hacía: "Primero, un pequeño refrigerio para recompensar mis esfuerzos. Más vale que te quedes quieta; ¡no es la primera vez, ni la segunda, que tus venas han aplacado mi sed!". Estaba aturdida, y, por extraño que parezca, no quería impedírselo. Supongo que es parte de la horrible maldición que así sea, cuando su toque está sobre su víctima. Y oh, Dios mío, Dios mío, ¡apiádate de mí! ¡Puso sus labios hediondos sobre mi garganta!». Su esposo gimió otra vez. Ella le apretó la mano más fuerte, y lo miró con piedad, como si fuera él el herido, y siguió:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Sentí que mi fuerza se desvanecía, y estaba en un medio desmayo. Cuánto duró esta cosa horrible no lo sé; pero pareció que debió de pasar mucho tiempo antes de que apartara su boca inmunda, espantosa, burlona. ¡La vi gotear con sangre fresca!». El recuerdo pareció por un rato abrumarla, y se abatió y habría caído de no ser por el brazo que la sostenía de su esposo. Con gran esfuerzo se recobró y siguió:

»Entonces me habló burlonamente: "Y así tú, como los otros, quisieras jugar tu cerebro contra el mío. ¡Quisieras ayudar a estos hombres a cazarme y frustrarme en mis designios! Ahora sabes, y ellos ya saben en parte, y sabrán por completo antes de mucho, lo que es cruzarse en mi camino. Deberían haber guardado sus energías para usarlas más cerca de casa. Mientras ellos jugaban ingenio contra mí, contra mí que mandé naciones, y conspiré por ellas, y luché por ellas, cientos de años antes de que ellos nacieran, yo los contraminaba. Y tú, su amada predilecta, eres ahora para mí carne de mi carne; sangre de mi sangre; parienta de mi parentela; mi generoso lagar por un tiempo; y serás más adelante mi compañera y mi ayudante. Serás vengada a tu vez; pues no habrá uno de ellos que no atienda tus necesidades. Pero por ahora has de ser castigada por lo que has hecho. Has ayudado a frustrarme; ahora vendrás a mi llamado. Cuando mi cerebro te diga '¡Ven!', cruzarás tierra o mar para cumplir mi voluntad; ¡y para ese fin esto!". Con eso se abrió la camisa, y con sus largas uñas afiladas abrió una vena en su pecho. Cuando la sangre empezó a brotar, tomó mis manos en una de las suyas, sujetándolas fuerte, y con la

otra me agarró el cuello y apretó mi boca contra la herida, de modo que o me sofocaba o tragaba algo de la… ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho para merecer tal destino, yo que he tratado de caminar en mansedumbre y rectitud todos mis días? ¡Que Dios se apiade de mí! ¡Mira hacia abajo a una pobre alma en peligro peor que mortal; y por misericordia apiádate de aquellos a quienes ella es querida!». Luego empezó a frotarse los labios como para limpiarlos de la contaminación.

Mientras contaba su terrible historia, el cielo oriental empezó a avivarse, y todo se hizo más y más claro. Harker estaba inmóvil y callado; pero sobre su rostro, mientras el espantoso relato continuaba, vino un aspecto gris que se hizo más y más hondo en la luz de la mañana, hasta que cuando el primer rayo rojo del alba inminente se disparó, la carne se destacó oscura contra el cabello que se emblanquecía.

Hemos dispuesto que uno de nosotros permanezca al alcance de la voz de la desdichada pareja hasta que podamos reunirnos y concertar la acción.

De esto estoy seguro: el sol sale hoy sobre ninguna casa más desdichada en todo el gran círculo de su curso diario.

CAPÍTULO XXII

Diario de Jonathan Harker

3 de octubre.—Como debo hacer algo o volverme loco, escribo este diario. Son ahora las seis, y debemos reunirnos en el despacho dentro de media hora y tomar algo de comer; pues el doctor Van Helsing y el doctor Seward están de acuerdo en que si no comemos no podemos trabajar lo mejor posible. Lo mejor de nosotros será, Dios lo sabe, necesario hoy. Debo seguir escribiendo en cada oportunidad, pues no me atrevo a detenerme a pensar. Todo, grande y pequeño, debe quedar anotado; quizá al final las cosas pequeñas nos enseñen más. La enseñanza, grande o pequeña, no podría habernos dejado a Mina ni a mí en peor lugar que el que ocupamos hoy. Sin embargo, debemos confiar y esperar. La pobre Mina me dijo hace un momento, con las lágrimas corriendo por sus queridas mejillas, que es en la angustia y la prueba donde se pone a prueba nuestra fe, que debemos seguir confiando; y que Dios nos ayudará hasta el fin. ¡El fin! ¡oh Dios mío! ¿qué fin?... ¡A trabajar! ¡A trabajar!

Cuando el doctor Van Helsing y el doctor Seward volvieron de ver al pobre Renfield, entramos gravemente en lo que había que hacer. Primero, el doctor Seward nos dijo que cuando él y el doctor Van Helsing bajaron a la habitación de abajo hallaron a Renfield tendido en el suelo, todo encogido. Su rostro estaba magullado y

aplastado, y los huesos del cuello estaban rotos.

El doctor Seward preguntó al celador de guardia en el pasillo si había oído algo. Dijo que había estado sentado, confesó que medio dormitando, cuando oyó voces fuertes en la habitación, y luego Renfield había gritado fuerte varias veces: «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!»; después hubo un sonido de caída, y cuando entró en la habitación lo halló tendido en el suelo, boca abajo, tal como lo habían visto los doctores. Van Helsing preguntó si había oído «voces» o «una voz», y dijo que no podía decirlo; que al principio le había parecido que eran dos, pero como no había nadie en la habitación pudo ser solo una. Podía jurar, si se requería, que el paciente había pronunciado la palabra «Dios». El doctor Seward nos dijo, cuando estuvimos a solas, que no deseaba entrar en el asunto; había que considerar la cuestión de una investigación judicial, y no convendría de ningún modo presentar la verdad, pues nadie la creería. Tal como estaba, pensaba que con el testimonio del celador podía dar un certificado de muerte por accidente al caer de la cama. En caso de que el juez de instrucción lo exigiera, habría una investigación formal, necesariamente con el mismo resultado.

Cuando empezó a discutirse cuál debía ser nuestro siguiente paso, lo primero que decidimos fue que Mina estuviera en plena confianza; que nada de ninguna clase, por doloroso que fuera, se le ocultara. Ella misma estuvo de acuerdo en su sabiduría, y era lastimoso verla tan valiente y a la vez tan afligida, y en tal hondura de desesperación. «No debe haber ocultamiento —dijo—. ¡Ay!

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

hemos tenido ya demasiado. Y además no hay nada en todo el mundo que pueda darme más dolor que el que ya he soportado, ¡que el que sufro ahora! Pase lo que pase, ¡debe ser de nueva esperanza o de nuevo valor para mí!». Van Helsing la miraba fijamente mientras hablaba, y dijo, de repente pero con calma:

«Pero querida madame Mina, ¿no teme, no por usted misma, sino por otros a causa de usted, después de lo ocurrido?». Su rostro quedó fijo en sus líneas, pero sus ojos brillaron con la devoción de una mártir al responder:

«¡Ah no! ¡pues mi mente está decidida!».

«¿A qué?», preguntó con suavidad, mientras todos permanecíamos muy quietos; pues cada uno a su manera teníamos una especie de vaga idea de lo que quería decir. Su respuesta llegó con directa sencillez, como si simplemente enunciara un hecho:

«¡Porque si encuentro en mí misma, y velaré agudamente por ello, una señal de daño a alguno de los que amo, moriré!».

«¿No se mataría usted misma?», preguntó él con voz ronca.

«Lo haría; si no hubiera un amigo que me quisiera, que me ahorrara tal dolor, y tan desesperado esfuerzo». Lo miró con intención al hablar. Él estaba sentado; pero ahora se levantó y se acercó a ella y puso su mano sobre su cabeza diciendo solemnemente:

«Hija mía, hay uno así si fuera por su bien. Por mí mismo podría llevar en mi cuenta con Dios hallar tal

eutanasia para usted, incluso en este momento si fuera lo mejor. ¡Más aún, si fuera seguro! Pero hija mía…». Por un momento pareció ahogarse, y un gran sollozo subió a su garganta; lo tragó y siguió:

«Hay aquí algunos que se interpondrían entre usted y la muerte. No debe morir. No debe morir por ninguna mano; pero menos que todas por la suya. Hasta que el otro, que ha mancillado su dulce vida, esté de verdad muerto, no debe morir; pues si aún está con los vivos No-Muertos, su muerte la haría a usted como es él. ¡No, debe vivir! Debe luchar y esforzarse por vivir, aunque la muerte le parezca un favor inefable. ¡Debe luchar contra la Muerte misma, aunque venga a usted en dolor o en gozo; de día o de noche; en seguridad o en peligro! Por su alma viva le ordeno que no muera, más aún, que ni piense en la muerte, hasta que este gran mal haya pasado». La pobre querida se puso blanca como la muerte, y se estremeció y tembló, como he visto temblar y estremecerse una arena movediza a la llegada de la marea. Todos callábamos; nada podíamos hacer. Al fin se calmó más y volviéndose a él dijo, dulcemente, pero ¡oh! tan dolorosamente, mientras tendía la mano:

«Le prometo, mi querido amigo, que si Dios me permite vivir, me esforzaré en ello; hasta que, si es en Su buen tiempo, este horror haya pasado de mí». Era tan buena y valiente que todos sentimos que nuestros corazones se fortalecían para trabajar y resistir por ella, y empezamos a discutir qué haríamos. Le dije que tendría todos los papeles de la caja fuerte, y todos los papeles o diarios y

fonógrafos que pudiéramos usar en adelante; y que llevaría el registro como lo había hecho antes. Se alegró ante la perspectiva de tener algo que hacer, si «alegrar» puede usarse en relación con un interés tan sombrío.

Como de costumbre, Van Helsing había pensado por delante de todos, y estaba preparado con un orden exacto de nuestro trabajo.

«Quizá es bueno —dijo— que en nuestra reunión tras nuestra visita a Carfax decidiéramos no hacer nada con las cajas de tierra que allí yacían. De haberlo hecho, el Conde habría debido adivinar nuestro propósito, y sin duda habría tomado medidas por adelantado para frustrar tal esfuerzo respecto a las otras; pero ahora no conoce nuestras intenciones. Más aún, con toda probabilidad, no sabe que tenemos tal poder como para esterilizar sus guaridas, de modo que no pueda usarlas como antes. Estamos ahora tan avanzados en nuestro conocimiento de su disposición que, cuando hayamos examinado la casa de Piccadilly, podremos rastrear hasta la última de ellas. Hoy, pues, es nuestro; y en él descansa nuestra esperanza. El sol que salió sobre nuestra pena esta mañana nos guarda en su curso. Hasta que se ponga esta noche, ese monstruo debe conservar la forma que ahora tiene. Está confinado dentro de las limitaciones de su envoltura terrena. No puede disolverse en el aire ni desaparecer por grietas o rendijas o resquicios. Si atraviesa una puerta, debe abrirla como un mortal. Y así tenemos este día para dar caza a todas sus guaridas y esterilizarlas. Así, si no lo hemos capturado y destruido aún, lo acorralaremos en algún

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

lugar donde la captura y la destrucción serán, a su tiempo, seguras». Aquí me levanté de un salto, pues no podía contenerme ante la idea de que los minutos y segundos tan preciosamente cargados con la vida y felicidad de Mina volaban lejos de nosotros, ya que mientras hablábamos la acción era imposible. Pero Van Helsing alzó la mano advirtiendo. «No, amigo Jonathan —dijo—, en esto el camino más rápido a casa es el más largo, así dice su proverbio. Todos actuaremos y actuaremos con desesperada rapidez, cuando haya llegado el momento. Pero piense, con toda probabilidad la clave de la situación está en esa casa de Piccadilly. El Conde puede tener muchas casas que ha comprado. De ellas tendrá escrituras de compra, llaves y otras cosas. Tendrá papel en que escribe; tendrá su libro de cheques. Hay muchas pertenencias que debe tener en alguna parte; ¿por qué no en este lugar tan central, tan tranquilo, donde viene y va por el frente o por detrás a toda hora, cuando en lo vasto del tráfico no hay quien lo note? Iremos allí y registraremos esa casa; y cuando sepamos lo que contiene, entonces haremos lo que nuestro amigo Arthur llama, en sus frases de cacería, “tapar las madrigueras”, y así acorralaremos a nuestro viejo zorro, ¿así?, ¿no es cierto?».

«Entonces vayamos de inmediato —grité—, ¡estamos perdiendo el precioso, precioso tiempo!». El profesor no se movió, sino que dijo simplemente:

«¿Y cómo vamos a entrar en esa casa de Piccadilly?».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¡De cualquier modo! —grité—. Entraremos por la fuerza si es necesario».

«¿Y su policía; dónde estará, y qué dirá?».

Quedé desconcertado; pero sabía que si él quería demorar tenía buena razón para ello. Así que dije, tan quedamente como pude:

«No espere más de lo necesario; usted sabe, estoy seguro, en qué tortura estoy».

«Ah, hijo mío, eso lo sé; y en verdad no hay en mí deseo de añadir a su angustia. Pero piense solo, qué podemos hacer hasta que todo el mundo esté en movimiento. Entonces vendrá nuestro momento. He pensado y pensado, y me parece que el modo más simple es el mejor de todos. Ahora deseamos entrar en la casa, pero no tenemos llave; ¿no es así?». Asentí.

«Ahora suponga que usted fuera, en verdad, el dueño de esa casa, y no pudiera aun así entrar; y piense que no hubiera en usted conciencia de ladrón de casas, ¿qué haría?».

«Conseguiría un cerrajero respetable, y le pondría a trabajar para forzarme la cerradura».

«¿Y su policía, interferiría, no es cierto?».

«¡Oh, no! No si supieran que el hombre estaba empleado debidamente».

«Entonces —me miró tan agudamente como hablaba—, todo lo que está en duda es la conciencia del empleador, y la creencia de sus policías sobre si ese empleador tiene

buena conciencia o mala. Sus policías deben ser en verdad hombres celosos y listos, ¡oh, tan listos!, en leer el corazón, para que se molesten en tal asunto. No, no, mi amigo Jonathan, usted puede ir a quitar la cerradura de cien casas vacías en este su Londres, o de cualquier ciudad del mundo; y si lo hace como tales cosas se hacen debidamente, y a la hora en que tales cosas se hacen debidamente, nadie interferirá. He leído de un caballero que poseía una casa tan fina en Londres, y cuando se fue por los meses de verano a Suiza y cerró su casa, vino un ladrón y rompió la ventana de atrás y entró. Luego fue y abrió los postigos del frente y salió y entró por la puerta, ante los mismos ojos de la policía. Luego hizo una subasta en esa casa, y la anunció, y puso un gran cartel; y cuando llegó el día vendió por medio de un gran subastador todos los bienes de aquel otro hombre que los poseía. Luego fue a un constructor, y le vendió esa casa, haciendo un acuerdo de que la derribaría y se llevaría todo dentro de cierto tiempo. Y su policía y otra autoridad le ayudaron cuanto pudieron. Y cuando aquel dueño volvió de sus vacaciones en Suiza halló solo un hoyo vacío donde había estado su casa. Todo esto se hizo en règle; y en nuestro trabajo estaremos también en règle. No iremos tan temprano que los policías, que entonces tienen poco en qué pensar, lo juzguen extraño; sino que iremos después de las diez, cuando hay muchos alrededor, y tales cosas se harían si fuéramos en verdad dueños de la casa».

No pude sino ver cuánta razón tenía, y la terrible desesperación del rostro de Mina se relajó un poco; había esperanza en tan buen consejo. Van Helsing siguió:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Una vez dentro de esa casa podemos hallar más pistas; en todo caso algunos de nosotros pueden quedarse allí mientras los demás hallan los otros lugares donde hay más cajas de tierra: en Bermondsey y Mile End».

Lord Godalming se puso de pie. «Puedo ser de alguna utilidad aquí —dijo—. Telegrafiaré a mi gente para que tenga caballos y carruajes donde sean más convenientes».

«Escucha, viejo amigo —dijo Morris—, es una idea capital tener todo listo por si queremos ir a caballo; pero ¿no crees que uno de tus llamativos carruajes con sus adornos heráldicos en una callejuela de Walworth o Mile End atraería demasiada atención para nuestros propósitos? Me parece que deberíamos tomar coches de alquiler cuando vayamos al sur o al este; e incluso dejarlos en algún lugar cerca del barrio al que vamos».

«¡El amigo Quincey tiene razón! —dijo el profesor—. Su cabeza está lo que ustedes llaman a nivel con el horizonte. Es una cosa difícil la que vamos a hacer, y no queremos que ninguna gente nos mire si puede ser».

Mina tomaba un interés creciente en todo y me alegró ver que la urgencia de los asuntos la ayudaba a olvidar por un tiempo la terrible experiencia de la noche. Estaba muy, muy pálida, casi espectral, y tan delgada que sus labios estaban retraídos, mostrando los dientes con algo de prominencia. No mencioné esto último, no fuera a darle dolor innecesario; pero me heló la sangre en las venas pensar en lo ocurrido con la pobre Lucy cuando el Conde le chupó la sangre. Por ahora no había señal de que los dientes se afilaran; pero el tiempo era aún breve, y había

tiempo para el temor.

Cuando llegamos a discutir la secuencia de nuestros esfuerzos y la disposición de nuestras fuerzas, hubo nuevas fuentes de duda. Finalmente se acordó que antes de partir hacia Piccadilly destruiríamos la guarida del Conde que estaba a mano. En caso de que él la descubriera demasiado pronto, así estaríamos todavía adelante de él en nuestra obra de destrucción; y su presencia en su forma puramente material, y en su momento más débil, podría darnos alguna pista nueva.

En cuanto a la disposición de las fuerzas, el profesor sugirió que, tras nuestra visita a Carfax, todos entráramos en la casa de Piccadilly; que los dos doctores y yo nos quedáramos allí, mientras lord Godalming y Quincey hallaban las guaridas de Walworth y Mile End y las destruían. Era posible, si no probable, instó el profesor, que el Conde apareciera en Piccadilly durante el día, y que si así era pudiéramos enfrentarlo allí mismo. En todo caso, podríamos seguirlo en fuerza. A este plan me opuse con energía, y en lo que concernía a mi ida, pues dije que pensaba quedarme y proteger a Mina, creí que mi mente estaba decidida sobre el asunto; pero Mina no quiso escuchar mi objeción. Dijo que podía haber algún asunto legal en que yo pudiera ser útil; que entre los papeles del Conde podía haber alguna pista que yo pudiera entender por mi experiencia en Transilvania; y que, tal como estaban las cosas, toda la fuerza que pudiéramos reunir era necesaria para enfrentar el extraordinario poder del Conde. Tuve que ceder, pues la resolución de Mina era

firme; dijo que era la última esperanza para ella que todos trabajáramos juntos. «En cuanto a mí —dijo—, no tengo miedo. Las cosas han estado tan mal como pueden estar; y lo que sea que ocurra debe tener en sí algún elemento de esperanza o de consuelo. ¡Ve, esposo mío! Dios puede, si lo desea, guardarme tan bien sola como con cualquier presente». Así que me levanté gritando: «Entonces en nombre de Dios vayamos de inmediato, pues perdemos tiempo. El Conde puede venir a Piccadilly antes de lo que pensamos».

«¡No así!», dijo Van Helsing, alzando la mano.

«¿Pero por qué?», pregunté.

«¿Olvida —dijo, con realmente una sonrisa— que anoche banqueteó copiosamente, y dormirá hasta tarde?».

¡Si lo olvidaba! ¿lo olvidaré alguna vez? ¡puedo olvidarlo alguna vez! ¡Puede alguno de nosotros olvidar jamás esa terrible escena! Mina luchó duramente por mantener su valiente semblante; pero el dolor la dominó y se puso las manos ante el rostro, y se estremeció mientras gemía. Van Helsing no había querido recordarle su espantosa experiencia. Simplemente había perdido de vista a ella y su papel en el asunto en su esfuerzo intelectual. Cuando le cayó en la cuenta lo que había dicho, se horrorizó de su irreflexión y trató de consolarla. «Oh, madame Mina —dijo—, querida, querida madame Mina, ¡ay! que yo, de todos los que tanto la reverencian, haya dicho algo tan olvidadizo. Estos tontos labios viejos míos y esta tonta cabeza vieja no merecen tanto; pero usted lo olvidará, ¿no es cierto?». Se inclinó mucho a su lado mientras hablaba;

ella tomó su mano, y mirándolo a través de sus lágrimas, dijo con voz ronca:

«No, no lo olvidaré, pues es bueno que lo recuerde; y con ello tengo tanto en memoria de usted que es dulce, que lo tomo todo junto. Ahora, todos deben partir pronto. El desayuno está listo, y todos debemos comer para ser fuertes».

El desayuno fue una comida extraña para todos nosotros. Tratamos de ser alegres y animarnos unos a otros, y Mina fue la más brillante y alegre de nosotros. Cuando terminó, Van Helsing se levantó y dijo:

«Ahora, mis queridos amigos, salimos a nuestra terrible empresa. ¿Estamos todos armados, como estuvimos aquella noche cuando visitamos por primera vez la guarida de nuestro enemigo; armados contra el ataque tanto fantasmal como carnal?». Todos le aseguramos que sí. «Entonces está bien. Ahora, madame Mina, usted está en todo caso bastante segura aquí hasta la puesta del sol; y antes de entonces volveremos... si... ¡Volveremos! Pero antes de irnos déjeme verla armada contra el ataque personal. Yo mismo, desde que usted bajó, he preparado su cámara poniendo las cosas que conocemos, para que Él no pueda entrar. Ahora déjeme guardarla a usted misma. En su frente toco este trozo de Sagrada Hostia en el nombre del Padre, del Hijo y...».

Hubo un grito espantoso que casi nos heló el corazón al oírlo. Al poner él la Hostia en la frente de Mina, esta la había quemado, se había hundido en la carne como si fuera un trozo de metal al rojo blanco. El cerebro de mi

pobre amada le había dicho el significado del hecho tan rápido como sus nervios recibieron el dolor; y los dos la abrumaron de tal modo que su naturaleza sobreexcitada tuvo su voz en ese grito horrible. Pero las palabras a su pensamiento vinieron rápido; el eco del grito no había cesado de resonar en el aire cuando llegó la reacción, y cayó de rodillas en el suelo en una agonía de humillación. Tirándose el hermoso cabello sobre el rostro, como el leproso de antaño su manto, se lamentó:

«¡Impura! ¡Impura! ¡Hasta el Todopoderoso rehúye mi carne contaminada! Debo llevar esta marca de vergüenza en mi frente hasta el Día del Juicio». Todos se detuvieron. Yo me había arrojado a su lado en una agonía de dolor impotente, y rodeándola con los brazos la sostuve fuerte. Por unos minutos nuestros corazones afligidos latieron juntos, mientras los amigos a nuestro alrededor apartaban los ojos, que derramaban lágrimas en silencio. Luego Van Helsing se volvió y dijo con gravedad; tan gravemente que no pude evitar sentir que estaba de algún modo inspirado, y enunciaba cosas fuera de sí:

«Puede ser que tenga usted que llevar esa marca hasta que Dios mismo lo juzgue conveniente, como muy seguramente lo hará, en el Día del Juicio, para enmendar todos los agravios de la tierra y de Sus hijos que Él ha puesto en ella. Y oh, madame Mina, mi querida, mi querida, ojalá los que la queremos estemos allí para ver, cuando esa cicatriz roja, el signo del conocimiento de Dios de lo que ha sido, pase, y deje su frente tan pura como el corazón que conocemos. Pues tan seguro como que

vivimos, esa cicatriz pasará cuando Dios vea justo levantar la carga que pesa sobre nosotros. Hasta entonces llevamos nuestra Cruz, como Su Hijo en obediencia a Su Voluntad. Puede ser que seamos instrumentos escogidos de Su buen agrado, y que ascendamos a Su mandato como aquel otro por azotes y vergüenza; por lágrimas y sangre; por dudas y temores, y todo lo que hace la diferencia entre Dios y el hombre».

Había esperanza en sus palabras, y consuelo; y conducían a la resignación. Mina y yo así lo sentimos, y simultáneamente cada uno tomó una de las manos del anciano y se inclinó y la besó. Luego, sin una palabra, nos arrodillamos todos juntos, y, todos tomados de las manos, juramos ser fieles unos a otros. Los hombres nos comprometimos a levantar el velo de pena de la cabeza de aquella a quien, cada uno a su manera, amábamos; y rogamos ayuda y guía en la terrible tarea que yacía ante nosotros.

Era entonces hora de partir. Así que me despedí de Mina, una separación que ninguno de los dos olvidará hasta el día de su muerte; y salimos.

De una cosa he decidido: si descubrimos que Mina ha de ser al final una vampira, no irá sola a esa tierra desconocida y terrible. Supongo que así es como en los tiempos antiguos un vampiro significaba muchos; así como sus horrendos cuerpos solo podían descansar en tierra sagrada, así el amor más santo era el sargento reclutador de sus espectrales filas.

Entramos en Carfax sin dificultad y hallamos todo igual que la primera vez. Era difícil creer que en entornos tan prosaicos de abandono y polvo y decadencia hubiera motivo para tal miedo como ya conocíamos. De no haber estado ya decididas nuestras mentes, y de no haber habido terribles recuerdos que nos espolearan, apenas habríamos podido proceder con nuestra tarea. No hallamos papeles, ni señal de uso en la casa; y en la vieja capilla las grandes cajas estaban justo como las habíamos visto por última vez. El doctor Van Helsing nos dijo solemnemente mientras estábamos ante ellas:

«Y ahora, amigos míos, tenemos aquí un deber que cumplir. Debemos esterilizar esta tierra, tan sagrada de santas memorias, que él ha traído de una tierra lejana para tan cruel uso. Ha elegido esta tierra porque ha sido santa. Así lo vencemos con su propia arma, pues la hacemos aún más santa. Fue santificada para tal uso del hombre, ahora la santificamos para Dios». Mientras hablaba sacó de su bolsa un destornillador y una llave inglesa, y muy pronto la tapa de uno de los cajones fue abierta. La tierra olía a moho y a encierro; pero de algún modo no parecía importarnos, pues nuestra atención estaba concentrada en el profesor. Sacando de su caja un trozo de la Sagrada Hostia lo depositó reverentemente sobre la tierra, y luego cerrando la tapa comenzó a atornillarla, ayudándole nosotros mientras trabajaba.

Una por una tratamos del mismo modo cada una de las grandes cajas, y las dejamos como las habíamos encontrado en apariencia; pero en cada una había una

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

porción de la Hostia.

Cuando cerramos la puerta tras nosotros, el profesor dijo solemnemente:

«Tanto está ya hecho. Si puede ser que con todas las otras podamos tener tanto éxito, ¡entonces el ocaso de esta tarde puede brillar sobre la frente de madame Mina toda blanca como marfil y sin mancha!».

Al cruzar el césped camino de la estación para tomar nuestro tren pudimos ver el frente del asilo. Miré ansiosamente, y en la ventana de mi propio cuarto vi a Mina. Le hice señas con la mano, y asentí para decirle que nuestra obra allí se había cumplido con éxito. Ella asintió en respuesta para mostrar que entendía. Lo último que vi fue que agitaba la mano en despedida. Fue con el corazón pesado que buscamos la estación y apenas alcanzamos el tren, que entraba echando vapor cuando llegamos al andén.

He escrito esto en el tren.

Piccadilly, 12:30.—Justo antes de llegar a Fenchurch Street lord Godalming me dijo:

«Quincey y yo buscaremos un cerrajero. Más vale que no vengas con nosotros por si hay alguna dificultad; pues en las circunstancias no parecería tan mal que nosotros irrumpiéramos en una casa vacía. Pero tú eres abogado y el Colegio de Abogados podría decirte que deberías haberlo pensado mejor». Objeté que no compartiera yo ningún peligro, ni siquiera el de la infamia, pero siguió: «Además, atraerá menos atención si no somos

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

demasiados. Mi título lo arreglará todo con el cerrajero, y con cualquier policía que pase. Más vale que vayas con Jack y el profesor y se queden en el Green Park, en algún lugar a la vista de la casa; y cuando vean abierta la puerta y el cerrajero se haya ido, crucen todos. Estaremos atentos a ustedes, y los dejaremos entrar».

«¡El consejo es bueno!», dijo Van Helsing, así que no dijimos más. Godalming y Morris se fueron aprisa en un coche, siguiéndolos nosotros en otro. En la esquina de Arlington Street nuestro contingente se bajó y paseó hacia el Green Park. Mi corazón latió al ver la casa en que estaba centrada tanta parte de nuestra esperanza, alzándose sombría y silenciosa en su condición desierta entre sus vecinas más animadas y de aspecto más cuidado. Nos sentamos en un banco con buena vista, y empezamos a fumar cigarros para atraer la menor atención posible. Los minutos parecían pasar con pies de plomo mientras esperábamos la llegada de los otros.

Al fin vimos llegar un coche de cuatro ruedas. De él, con parsimonia, bajaron lord Godalming y Morris; y del pescante descendió un obrero robusto con su cesta de juncos con herramientas. Morris pagó al cochero, que se tocó el sombrero y se alejó. Juntos los dos subieron los escalones, y lord Godalming señaló lo que quería que se hiciera. El obrero se quitó la chaqueta con parsimonia y la colgó de una de las puntas de la verja, diciendo algo a un policía que justo entonces pasaba paseando. El policía asintió con aquiescencia, y el hombre, arrodillándose, puso su bolsa a su lado. Tras rebuscar en ella, sacó una

selección de herramientas que dispuso a su lado en forma ordenada. Luego se puso de pie, miró en el ojo de la cerradura, sopló en él, y volviéndose a sus empleadores, hizo algún comentario. Lord Godalming sonrió, y el hombre alzó un manojo de llaves de buen tamaño; escogiendo una de ellas, empezó a sondear la cerradura, como si tanteara su camino con ella. Tras hurgar un rato probó una segunda, y luego una tercera. De pronto la puerta se abrió ante un leve empujón suyo, y él y los otros dos entraron en el vestíbulo. Nos quedamos quietos; mi propio cigarro ardía furiosamente, pero el de Van Helsing se enfrió por completo. Esperamos con paciencia mientras veíamos salir al obrero y entrar su bolsa. Luego mantuvo la puerta parcialmente abierta, sujetándola con las rodillas, mientras ajustaba una llave a la cerradura. Esta la entregó finalmente a lord Godalming, que sacó su bolsa y le dio algo. El hombre se tocó el sombrero, tomó su bolsa, se puso la chaqueta y se fue; ni un alma prestó la menor atención a toda la transacción.

Cuando el hombre se hubo ido del todo, los tres cruzamos la calle y llamamos a la puerta. La abrió de inmediato Quincey Morris, a cuyo lado estaba lord Godalming encendiendo un cigarro.

«El lugar huele tan vilmente», dijo este último al entrar nosotros. Olía en verdad vilmente, como la vieja capilla de Carfax, y con nuestra experiencia previa nos fue claro que el Conde había estado usando el lugar bastante libremente. Nos movimos a explorar la casa, todos juntos por si había ataque; pues sabíamos que teníamos un

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

enemigo fuerte y astuto con que tratar, y por ahora no sabíamos si el Conde no estaría en la casa. En el comedor, que quedaba al fondo del vestíbulo, hallamos ocho cajas de tierra. ¡Ocho cajas solamente de las nueve que buscábamos! Nuestro trabajo no había terminado, y no terminaría hasta que halláramos la caja que faltaba. Primero abrimos los postigos de la ventana que daba, a través de un estrecho patio de losas, a la cara ciega de un establo, rematado para parecer el frente de una casa en miniatura. No tenía ventanas, así que no temíamos ser observados. No perdimos tiempo en examinar los cofres. Con las herramientas que habíamos traído los abrimos, uno por uno, y los tratamos como habíamos tratado aquellos otros de la vieja capilla. Nos fue evidente que el Conde no estaba por ahora en la casa, y procedimos a buscar cualquier efecto suyo.

Tras una ojeada somera al resto de las habitaciones, del sótano al desván, llegamos a la conclusión de que el comedor contenía todos los efectos que pudieran pertenecer al Conde; y así procedimos a examinarlos minuciosamente. Yacían en una especie de desorden ordenado sobre la gran mesa del comedor. Había las escrituras de la casa de Piccadilly en un gran fajo; escrituras de la compra de las casas de Mile End y Bermondsey; papel de cartas, sobres, y plumas y tinta. Todo estaba cubierto con papel de envolver fino para protegerlo del polvo. Había también un cepillo para la ropa, un cepillo y un peine, y una jarra y una palangana, esta última con agua sucia que estaba enrojecida como con sangre. Por último había un montoncito de llaves de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

todas clases y tamaños, probablemente las de las otras casas. Cuando hubimos examinado este último hallazgo, lord Godalming y Quincey Morris, tomando nota exacta de las diversas direcciones de las casas del Este y del Sur, se llevaron las llaves en un gran manojo, y salieron a destruir las cajas de esos lugares. El resto de nosotros esperamos, con la paciencia que podemos, su regreso, o la llegada del Conde.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CAPÍTULO XXIII

Diario del doctor Seward

3 de octubre.—El tiempo parecía terriblemente largo mientras esperábamos la llegada de Godalming y Quincey Morris. El profesor trataba de mantener nuestras mentes activas empleándolas todo el tiempo. Podía ver su benéfico propósito en las miradas de soslayo que lanzaba de vez en cuando a Harker. El pobre hombre está abrumado por una miseria que es espantoso ver. Anoche era un hombre franco, de aspecto feliz, con un rostro fuerte y juvenil, lleno de energía, y con cabello castaño oscuro. Hoy es un anciano demacrado y consumido, cuyo cabello blanco combina bien con los ojos hundidos y ardientes y las líneas del rostro escritas de dolor. Su energía sigue intacta; de hecho, es como una llama viva. Esto puede ser todavía su salvación, pues, si todo va bien, lo llevará a través del período de desesperación; entonces, en cierto modo, despertará otra vez a las realidades de la vida. Pobre hombre, yo creía que mi propia pena era bastante mala, pero la suya… El profesor lo sabe bien, y hace lo posible por mantener activa su mente. Lo que ha estado diciendo era, en las circunstancias, de interés absorbente. Tan bien como puedo recordarlo, es esto:

«He estudiado, una y otra vez desde que cayeron en mis manos, todos los papeles relativos a este monstruo; y cuanto más he estudiado, mayor parece la necesidad de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

extirparlo por completo. Por todas partes hay señales de su avance; no solo de su poder, sino de su conocimiento de él. Como supe por las investigaciones de mi amigo Arminius de Buda-Pesth, fue en vida un hombre muy maravilloso. Soldado, estadista y alquimista; esto último era el más alto desarrollo del saber científico de su tiempo. Tenía un cerebro poderoso, una erudición sin igual, y un corazón que no conocía miedo ni remordimiento. Se atrevió incluso a asistir a la Scholomance, y no hubo rama del saber de su tiempo que no ensayara. Pues bien, en él los poderes del cerebro sobrevivieron a la muerte física; aunque parecería que la memoria no está del todo completa. En algunas facultades de la mente ha sido, y es, solo un niño; pero está creciendo, y algunas cosas que al principio eran infantiles son ahora de talla de hombre. Está experimentando, y lo hace bien; y si no hubiera sido porque nos hemos cruzado en su camino, sería todavía, puede ser todavía si fracasamos, el padre o promotor de un nuevo orden de seres, cuyo camino debe pasar por la Muerte, no por la Vida».

Harker gimió y dijo: «¡Y todo esto está alineado contra mi amada! Pero ¿cómo experimenta? ¡El conocimiento puede ayudarnos a derrotarlo!».

«Ha estado todo el tiempo, desde su llegada, probando su poder, lenta pero seguramente; ese gran cerebro de niño suyo trabaja. Bueno para nosotros es que por ahora sea un cerebro de niño; pues si se hubiera atrevido, al principio, a intentar ciertas cosas, habría estado hace

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

mucho más allá de nuestro poder. Sin embargo, pretende triunfar, y un hombre que tiene siglos ante sí puede permitirse esperar e ir despacio. Festina lente bien puede ser su lema».

«No logro entender —dijo Harker con cansancio—. Oh, sea más claro conmigo. ¡Quizá la pena y la angustia embotan mi cerebro!».

El profesor puso la mano tiernamente en su hombro al hablar:

«Ah, hijo mío, seré claro. ¿No ve cómo, últimamente, este monstruo se ha ido deslizando en el conocimiento por experimentos? Cómo se ha valido del paciente zoófago para efectuar su entrada en la casa del amigo John; pues su Vampiro, aunque después en todo puede venir cuando y como quiera, debe al principio entrar solo cuando se lo pide un habitante. Pero estos no son sus experimentos más importantes. ¿No vemos cómo al principio todas estas cajas tan grandes fueron movidas por otros? Él no sabía entonces sino que debía ser así. Pero todo el tiempo ese tan gran cerebro de niño suyo crecía, y empezó a considerar si no podría mover él mismo la caja. Así empezó a ayudar; y luego, cuando halló que esto estaba bien, trata de moverlas todas solo. Y así progresa, y esparce estas tumbas suyas; y nadie sino él sabe dónde están ocultas. Puede haber pretendido enterrarlas hondo en la tierra. De modo que él solo las use de noche, o a tal hora en que pueda cambiar su forma, le sirven igual de bien; ¡y nadie puede saber que son su escondite! Pero, hijo mío, no desespere; ¡este conocimiento le llega justo demasiado

tarde! Ya todas sus guaridas menos una están esterilizadas para él; y antes del ocaso así será. Entonces no tendrá lugar donde pueda moverse y esconderse. Demoré esta mañana para que así estuviéramos seguros. ¿No hay más en juego para nosotros que para él? Entonces ¿por qué no ser aún más cuidadosos que él? Por mi reloj es la una y ya, si todo va bien, el amigo Arthur y Quincey están en camino hacia nosotros. Hoy es nuestro día, y debemos ir seguros, aunque despacio, y no perder ninguna oportunidad. ¡Vean! somos cinco cuando vuelvan esos ausentes».

Mientras hablaba nos sobresaltó un golpe en la puerta del vestíbulo, el doble golpe del chico del telégrafo. Todos nos movimos al vestíbulo con un solo impulso, y Van Helsing, alzando la mano para pedirnos silencio, se acercó a la puerta y la abrió. El muchacho entregó un despacho. El profesor cerró la puerta otra vez, y, tras mirar la dirección, lo abrió y leyó en voz alta.

«Cuidado con D. Acaba de salir, 12:45, apresuradamente de Carfax y se dirigió hacia el Sur. Parece estar haciendo la ronda y puede querer verlos. Mina».

Hubo una pausa, rota por la voz de Jonathan Harker:

«¡Ahora, gracias a Dios, nos encontraremos pronto!». Van Helsing se volvió rápidamente hacia él y dijo:

«Dios actuará a su manera y a su tiempo. No tema, y no se regocije aún; pues lo que deseamos en el momento puede ser nuestra perdición».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«No me importa nada ahora —respondió acaloradamente—, salvo borrar a esta bestia de la faz de la creación. ¡Vendería mi alma para hacerlo!».

«¡Oh, calle, calle, hijo mío! —dijo Van Helsing—. Dios no compra almas de este modo; y el Diablo, aunque pueda comprar, no guarda la palabra. Pero Dios es misericordioso y justo, y conoce su dolor y su devoción a esa querida madame Mina. Piense cómo se doblaría su dolor, si ella solo oyera sus palabras salvajes. No tema a ninguno de nosotros, todos estamos entregados a esta causa, y hoy verá el fin. El momento de la acción se acerca; hoy este Vampiro está limitado a los poderes del hombre, y hasta el ocaso no puede cambiar. Le tomará tiempo llegar aquí (vea, son la una y veinte) y hay todavía algún tiempo antes de que pueda venir aquí, por rápido que sea. Lo que debemos esperar es que mi lord Arthur y Quincey lleguen primero».

Alrededor de media hora después de que recibimos el telegrama de la señora Harker, hubo un golpe quedo y resuelto en la puerta del vestíbulo. Era solo un golpe ordinario, como el que dan cada hora miles de caballeros, pero hizo latir fuerte el corazón del profesor y el mío. Nos miramos, y juntos salimos al vestíbulo; cada uno sostenía listas para usar nuestras diversas armas: la espiritual en la mano izquierda, la mortal en la derecha. Van Helsing corrió el pestillo y, sosteniendo la puerta entreabierta, se echó atrás, teniendo ambas manos listas para la acción. La alegría de nuestros corazones debió de mostrarse en nuestros rostros cuando en el escalón, cerca de la puerta,

vimos a lord Godalming y a Quincey Morris. Entraron rápidamente y cerraron la puerta tras ellos, diciendo el primero, mientras avanzaban por el vestíbulo:

«Todo está bien. ¡Encontramos ambos lugares; seis cajas en cada uno y las destruimos todas!».

«¿Destruidas?», preguntó el profesor.

«¡Para él!». Estuvimos callados un minuto, y luego Quincey dijo:

«No hay nada que hacer salvo esperar aquí. Si, sin embargo, no aparece hacia las cinco, debemos partir; pues no conviene dejar sola a la señora Harker después del ocaso».

«Estará aquí dentro de poco ahora —dijo Van Helsing, que había estado consultando su libreta—. Nota bene, en el telegrama de madame fue al sur desde Carfax, eso significa que fue a cruzar el río, y solo pudo hacerlo en la bajamar, que debería ser algo antes de la una. Que fuera al sur tiene un significado para nosotros. Está por ahora solo receloso; y fue desde Carfax primero al lugar donde menos sospecharía interferencia. Ustedes deben de haber estado en Bermondsey solo poco antes que él. Que no esté aquí ya muestra que fue a Mile End después. Esto le tomó algún tiempo; pues entonces habría de ser llevado sobre el río de algún modo. Créanme, amigos míos, no tendremos que esperar mucho ahora. Deberíamos tener listo algún plan de ataque, para no desperdiciar ninguna oportunidad. Silencio, no hay tiempo ahora. ¡Tengan todas sus armas! ¡Estén listos!». Alzó una mano de advertencia al hablar, pues todos podíamos oír una llave introducida suavemente

en la cerradura de la puerta del vestíbulo.

No pude sino admirar, incluso en tal momento, la manera en que un espíritu dominante se afirmaba. En todas nuestras partidas de caza y aventuras en diferentes partes del mundo, Quincey Morris había sido siempre quien disponía el plan de acción, y Arthur y yo estábamos acostumbrados a obedecerle implícitamente. Ahora el viejo hábito pareció renovarse instintivamente. Con una rápida mirada alrededor de la habitación, trazó de inmediato nuestro plan de ataque, y, sin pronunciar palabra, con un gesto, nos colocó a cada uno en posición. Van Helsing, Harker y yo estábamos justo detrás de la puerta, de modo que cuando se abriera el profesor pudiera guardarla mientras los otros dos nos interponíamos entre el que entraba y la puerta. Godalming detrás y Quincey delante quedaron justo fuera de vista, listos para moverse frente a la ventana. Esperamos en una incertidumbre que hizo pasar los segundos con lentitud de pesadilla. Los pasos lentos y cuidadosos vinieron por el vestíbulo; el Conde estaba evidentemente preparado para alguna sorpresa; al menos la temía.

De pronto, con un solo salto, se lanzó dentro de la habitación, ganando un paso entre nosotros antes de que ninguno pudiera alzar una mano para detenerlo. Había algo tan de pantera en el movimiento, algo tan inhumano, que pareció serenarnos a todos del sobresalto de su llegada. El primero en actuar fue Harker, que, con un movimiento rápido, se arrojó ante la puerta que daba a la habitación del frente de la casa. Al vernos el Conde, una

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

especie de horrible gruñido pasó por su rostro, mostrando los colmillos largos y puntiagudos; pero la sonrisa malévola pasó tan rápido a una fría mirada de desdén leonino. Su expresión cambió de nuevo cuando, con un solo impulso, avanzamos todos sobre él. Era una lástima que no tuviéramos un plan de ataque mejor organizado, pues incluso en el momento me preguntaba qué íbamos a hacer. Yo mismo no sabía si nuestras armas letales nos valdrían de algo. Harker evidentemente pretendía probar el asunto, pues tenía listo su gran cuchillo kukri e hizo un tajo feroz y repentino contra él. El golpe fue poderoso; solo la diabólica rapidez del salto atrás del Conde lo salvó. Un segundo menos y la hoja cortante le habría atravesado el corazón. Tal como fue, la punta solo cortó la tela de su chaqueta, haciendo un ancho desgarro del que cayeron un fajo de billetes de banco y un chorro de oro. La expresión del rostro del Conde era tan infernal que por un momento temí por Harker, aunque lo vi alzar de nuevo el terrible cuchillo para otro golpe. Instintivamente avancé con un impulso protector, sosteniendo el Crucifijo y la Hostia en mi mano izquierda. Sentí un poder enorme volar por mi brazo; y fue sin sorpresa que vi al monstruo encogerse ante un movimiento similar hecho espontáneamente por cada uno de nosotros. Sería imposible describir la expresión de odio y malignidad frustrada, de cólera y rabia infernal, que cubrió el rostro del Conde. Su color céreo se volvió amarillo verdoso por el contraste con sus ojos ardientes, y la cicatriz roja de la frente se mostraba sobre la piel pálida como una herida palpitante. Al instante siguiente, con una zambullida sinuosa pasó bajo el brazo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

de Harker, antes de que cayera su golpe, y, agarrando un puñado del dinero del suelo, se lanzó por la habitación, se arrojó contra la ventana. Entre el estrépito y el destello del cristal que caía, rodó al área enlosada de abajo. Por encima del sonido del vidrio rompiéndose pude oír el «tin» del oro, al caer algunos soberanos sobre las losas.

Corrimos y lo vimos levantarse ileso del suelo. Él, subiendo corriendo los escalones, cruzó el patio enlosado y empujó la puerta del establo. Allí se volvió y nos habló:

«Creen burlarme, ustedes, con sus rostros pálidos todos en fila, como ovejas en una carnicería. ¡Se arrepentirán aún, cada uno de ustedes! Creen que me han dejado sin un lugar de reposo; pero tengo más. ¡Mi venganza apenas ha comenzado! La extiendo por siglos, y el tiempo está de mi lado. Sus muchachas, que todos aman, ya son mías; y a través de ellas ustedes y otros serán todavía míos: mis criaturas, para cumplir mi voluntad y ser mis chacales cuando quiera alimentarme. ¡Bah!». Con un desdeñoso gesto burlón, pasó rápidamente por la puerta, y oímos chirriar el cerrojo oxidado al correrlo tras él. Una puerta más allá se abrió y cerró. El primero de nosotros en hablar fue el profesor, mientras, comprendiendo la dificultad de seguirlo por el establo, nos dirigíamos al vestíbulo.

«¡Hemos aprendido algo, mucho! A pesar de sus valientes palabras, nos teme; ¡teme el tiempo, teme la escasez! Pues si no, ¿por qué se apresura tanto? Su mismo tono lo delata, o mis oídos engañan. ¿Por qué coger ese dinero? Ustedes sigan rápido. Son cazadores de fieras, y lo entienden así. Yo me aseguro de que nada aquí pueda

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

serle de utilidad, si vuelve». Mientras hablaba se metió en el bolsillo el dinero restante; tomó las escrituras en el fajo como Harker las había dejado, y barrió las demás cosas a la chimenea abierta, donde les prendió fuego con un fósforo.

Godalming y Morris habían salido corriendo al patio, y Harker se había descolgado por la ventana para seguir al Conde. Este, sin embargo, había atrancado la puerta del establo; y cuando la forzaron para abrirla no había señal de él. Van Helsing y yo tratamos de hacer averiguaciones en la parte trasera de la casa; pero las caballerizas estaban desiertas y nadie lo había visto partir.

Era ya tarde en la tarde, y el ocaso no estaba lejos. Tuvimos que reconocer que nuestra partida estaba perdida; con corazones pesados estuvimos de acuerdo con el profesor cuando dijo:

«Volvamos con madame Mina, pobre, pobre querida madame Mina. Todo lo que podemos hacer ahora está hecho; y allí podemos, al menos, protegerla. Pero no debemos desesperar. No queda sino una caja de tierra más, y debemos tratar de encontrarla; cuando eso esté hecho todo puede aún ir bien». Pude ver que hablaba tan valientemente como podía para consolar a Harker. El pobre hombre estaba del todo abatido; de vez en cuando daba un gemido bajo que no podía reprimir: pensaba en su esposa.

Con tristes corazones volvimos a mi casa, donde hallamos a la señora Harker esperándonos, con una apariencia de alegría que hacía honor a su valentía y

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

abnegación. Cuando vio nuestros rostros, el suyo se puso pálido como la muerte: por un segundo o dos sus ojos estuvieron cerrados como si estuviera en oración secreta; y luego dijo alegremente:

«Nunca podré agradecerles bastante a todos. ¡Oh, mi pobre querido!». Mientras hablaba, tomó la cabeza canosa de su esposo entre las manos y la besó. «Pon aquí tu pobre cabeza y descansa. ¡Todo irá todavía bien, querido! Dios nos protegerá si así lo quiere en Su buena intención». El pobre hombre gimió. No había lugar para palabras en su sublime miseria.

Tuvimos una especie de cena rutinaria juntos, y creo que nos animó a todos algo. Era, quizá, el mero calor animal de la comida para gente hambrienta, pues ninguno había comido nada desde el desayuno, o el sentido de compañía puede haber ayudado; pero de todos modos estábamos todos menos desdichados, y veíamos el mañana como no del todo sin esperanza. Fieles a nuestra promesa, contamos a la señora Harker todo lo que había pasado; y aunque se puso blanca como la nieve a veces cuando el peligro había parecido amenazar a su esposo, y roja en otras cuando se manifestó su devoción por ella, escuchó valientemente y con calma. Cuando llegamos a la parte en que Harker se había lanzado contra el Conde tan temerariamente, se aferró al brazo de su marido, y lo sostuvo fuerte como si su aferramiento pudiera protegerlo de todo daño que pudiera venir. No dijo nada, sin embargo, hasta que la narración terminó, y los asuntos se pusieron al día hasta el momento presente. Entonces, sin

soltar la mano de su esposo, se puso de pie entre nosotros y habló. ¡Oh, si pudiera dar alguna idea de la escena; de esa dulce, dulce, buena, buena mujer en toda la radiante belleza de su juventud y animación, con la cicatriz roja en la frente, de la que era consciente, y que veíamos rechinando los dientes, recordando de dónde y cómo vino; su bondad amorosa contra nuestro sombrío odio; su tierna fe contra todos nuestros miedos y dudas; y nosotros, sabiendo que, en lo que a símbolos iba, ella, con toda su bondad y pureza y fe, estaba desterrada de Dios!

«Jonathan —dijo, y la palabra sonó como música en sus labios, tan llena de amor y ternura—, Jonathan querido, y todos ustedes, mis verdaderos, verdaderos amigos, quiero que tengan algo presente durante todo este terrible tiempo. Sé que deben luchar, que deben destruir, así como destruyeron a la falsa Lucy para que la verdadera Lucy pudiera vivir en adelante; pero no es una obra de odio. Esa pobre alma que ha obrado toda esta miseria es el caso más triste de todos. Piensen solo cuál será su gozo cuando él también sea destruido en su parte peor para que su mejor parte tenga inmortalidad espiritual. Deben tener piedad de él también, aunque no deba detener sus manos de su destrucción».

Mientras hablaba pude ver el rostro de su esposo ensombrecerse y contraerse, como si la pasión en él marchitara su ser hasta el núcleo. Instintivamente el apretón sobre la mano de su esposa se hizo más fuerte, hasta que sus nudillos se veían blancos. Ella no se encogió ante el dolor que yo sabía que debía de sufrir, sino que lo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

miró con ojos más suplicantes que nunca. Al callar ella, él saltó en pie, casi arrancando su mano de la de ella al decir:

«¡Que Dios lo ponga en mi mano justo el tiempo suficiente para destruir esa vida terrena suya a la que apuntamos! ¡Si más allá de ella pudiera enviar su alma por siempre jamás al infierno ardiente, lo haría!».

«¡Oh, calla! ¡oh, calla! en el nombre del buen Dios. No digas tales cosas, Jonathan, esposo mío; o me aplastarás de miedo y horror. Piensa solo, querido (he estado pensando en ello todo este largo, largo día), que… quizá… algún día… ¡yo también pueda necesitar tal piedad; y que algún otro como tú, y con igual causa de ira, me la niegue! ¡Oh, esposo mío! esposo mío, en verdad te habría ahorrado tal pensamiento de haber habido otro camino; pero ruego que Dios no haya atesorado tus palabras salvajes, salvo como el lamento desgarrado de un hombre muy amante y duramente golpeado. Oh, Dios, deja que estos pobres cabellos blancos sirvan de testimonio de lo que ha sufrido quien en toda su vida no ha hecho mal, y sobre quien han venido tantas penas».

Los hombres estábamos todos en lágrimas ahora. No había resistirlas, y lloramos abiertamente. Ella lloró también al ver que sus consejos más dulces habían prevalecido. Su esposo se arrojó de rodillas a su lado, y rodeándola con los brazos, escondió el rostro en los pliegues de su vestido. Van Helsing nos hizo señas y salimos furtivamente de la habitación, dejando a los dos corazones amantes a solas con su Dios.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Antes de que se retiraran el profesor dispuso la habitación contra cualquier venida del Vampiro, y aseguró a la señora Harker que podía descansar en paz. Ella trató de adiestrarse en la creencia, y, manifiestamente por su esposo, trató de parecer contenta. Fue una lucha valiente; y no fue, creo y confío, sin su recompensa. Van Helsing había colocado a mano una campanilla que cualquiera de los dos debía hacer sonar en caso de cualquier emergencia. Cuando se hubieron retirado, Quincey, Godalming y yo convinimos en que velaríamos, repartiéndonos la noche, y cuidaríamos de la seguridad de la pobre dama herida. La primera guardia cae a Quincey, así que el resto nos iremos a la cama tan pronto podamos. Godalming ya se ha acostado, pues suya es la segunda guardia. Ahora que mi trabajo está hecho, yo también me iré a la cama.

Diario de Jonathan Harker.

3-4 de octubre, cerca de medianoche.—Pensé que ayer no terminaría nunca. Sobre mí había un anhelo de sueño, en una especie de ciega creencia de que despertar sería encontrar las cosas cambiadas, y que cualquier cambio debía ser ahora para mejor. Antes de separarnos, discutimos cuál sería nuestro siguiente paso, pero no pudimos llegar a ningún resultado. Todo lo que sabíamos era que quedaba una caja de tierra, y que solo el Conde sabía dónde estaba. Si elige permanecer oculto, puede burlarnos durante años; ¡y entretanto…! El pensamiento es demasiado horrible, no me atrevo a pensarlo ni siquiera ahora. Esto sé: que si alguna vez hubo una mujer que

fuera toda perfección, esa es mi pobre y agraviada amada. La amo mil veces más por su dulce piedad de anoche, una piedad que hizo que mi propio odio al monstruo pareciera despreciable. Seguramente Dios no permitirá que el mundo sea más pobre por la pérdida de tal criatura. Esto es esperanza para mí. Todos vamos a la deriva hacia los arrecifes ahora, y la fe es nuestra única ancla. ¡Gracias a Dios! Mina duerme, y duerme sin sueños. Temo cómo podrían ser sus sueños, con tan terribles recuerdos en que basarse. No ha estado tan tranquila, a mi ver, desde el ocaso. Entonces, por un rato, cubrió su rostro un reposo que era como primavera después de las ráfagas de marzo. Pensé en el momento que era la suavidad del rojo ocaso en su rostro, pero de algún modo ahora pienso que tiene un significado más profundo. Yo mismo no tengo sueño, aunque estoy cansado, cansado hasta la muerte. Sin embargo, debo tratar de dormir; pues hay que pensar en mañana, y no hay descanso para mí hasta que…

Más tarde.—Debo de haberme dormido, pues me despertó Mina, que estaba sentada en la cama, con una mirada sobresaltada en el rostro. Podía ver con facilidad, pues no dejamos la habitación a oscuras; había puesto una mano de advertencia sobre mi boca, y ahora susurró en mi oído:

«¡Calla! ¡hay alguien en el corredor!». Me levanté suavemente, y cruzando la habitación, abrí con cuidado la puerta.

Justo afuera, tendido sobre un colchón, yacía el señor Morris, bien despierto. Alzó una mano de advertencia

pidiendo silencio mientras me susurraba:

«¡Calle! vuelva a la cama; está todo bien. Uno de nosotros estará aquí toda la noche. ¡No pensamos correr ningún riesgo!».

Su mirada y gesto prohibían la discusión, así que volví y se lo conté a Mina. Suspiró y positivamente una sombra de sonrisa se deslizó por su pobre rostro pálido mientras me rodeaba con los brazos y decía suavemente:

«¡Oh, gracias a Dios por los buenos hombres valientes!». Con un suspiro se hundió de nuevo en el sueño. Escribo esto ahora porque no tengo sueño, aunque debo intentarlo otra vez.

4 de octubre, mañana.—Una vez más durante la noche me despertó Mina. Esta vez todos habíamos tenido un buen sueño, pues el gris del alba que se acercaba hacía de las ventanas nítidos rectángulos, y la llama de gas era como una mota más que un disco de luz. Me dijo apresuradamente:

«Ve, llama al profesor. Quiero verlo de inmediato».

«¿Por qué?», pregunté.

«Tengo una idea. Supongo que debió de venir en la noche, y madurar sin que yo lo supiera. Debe hipnotizarme antes del alba, y entonces podré hablar. Ve rápido, querido; el tiempo se acerca». Fui a la puerta. El doctor Seward descansaba en el colchón, y, al verme, se puso en pie de un salto.

«¿Pasa algo?», preguntó, alarmado.

«No —respondí—; pero Mina quiere ver al doctor Van Helsing de inmediato».

«Iré», dijo, y se apresuró a la habitación del profesor.

Dos o tres minutos después Van Helsing estaba en la habitación en bata, y el señor Morris y lord Godalming estaban con el doctor Seward en la puerta haciendo preguntas. Cuando el profesor vio sonreír a Mina, una sonrisa positiva desplazó la ansiedad de su rostro; se frotó las manos mientras decía:

«Oh, mi querida madame Mina, este es en verdad un cambio. ¡Vea! amigo Jonathan, ¡tenemos a nuestra querida madame Mina, como antaño, de vuelta con nosotros hoy!». Luego volviéndose a ella, dijo alegremente: «¿Y qué puedo hacer por usted? Pues a esta hora no me quiere para nada».

«¡Quiero que me hipnotice! —dijo—. Hágalo antes del alba, pues siento que entonces puedo hablar, y hablar libremente. ¡Dese prisa, pues el tiempo es corto!». Sin una palabra le indicó que se sentara en la cama.

Mirándola fijamente, empezó a hacer pases ante ella, desde encima de su cabeza hacia abajo, con cada mano por turno. Mina lo miró fijamente unos minutos, durante los cuales mi propio corazón latía como un martillo pilón, pues sentía que se acercaba alguna crisis. Gradualmente sus ojos se cerraron, y se quedó sentada, rígida; solo por el suave subir y bajar de su pecho se podía saber que estaba viva. El profesor hizo unos pases más y luego se detuvo, y pude ver que su frente estaba cubierta de grandes gotas de sudor. Mina abrió los ojos; pero no parecía la misma

mujer. Había una mirada lejana en sus ojos, y su voz tenía una soñadora tristeza que me era nueva. Alzando la mano para imponer silencio, el profesor me hizo señas de que trajera a los otros. Vinieron de puntillas, cerrando la puerta tras ellos, y se quedaron al pie de la cama, mirando. Mina parecía no verlos. La quietud fue rota por la voz de Van Helsing hablando en un tono bajo y parejo que no rompiera la corriente de sus pensamientos:

«¿Dónde está?». La respuesta llegó de manera neutra:

«No lo sé. El sueño no tiene lugar que pueda llamar suyo». Por varios minutos hubo silencio. Mina permanecía rígida, y el profesor estaba de pie mirándola fijamente; el resto apenas nos atrevíamos a respirar. La habitación se iba aclarando; sin apartar los ojos del rostro de Mina, el doctor Van Helsing me hizo señas de subir la persiana. Lo hice, y el día pareció justo sobre nosotros. Un rayo rojo se disparó, y una luz rosada pareció difundirse por la habitación. En ese instante el profesor habló de nuevo:

«¿Dónde está ahora?». La respuesta llegó soñadoramente, pero con intención; era como si interpretara algo. La he oído usar el mismo tono al leer sus notas taquigráficas.

«No lo sé. ¡Todo me es extraño!».

«¿Qué ve?».

«No veo nada; todo está oscuro».

«¿Qué oye?». Pude detectar la tensión en la voz paciente del profesor.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«El chapoteo del agua. Pasa gorgoteando, y pequeñas olas saltan. Las oigo por fuera».

«Entonces ¿está en un barco?». Todos nos miramos, tratando cada uno de espigar algo en el otro. Teníamos miedo de pensar. La respuesta llegó rápida:

«¡Oh, sí!».

«¿Qué más oye?».

«El sonido de hombres pisando fuerte sobre mi cabeza mientras corren. Está el crujido de una cadena, y el fuerte tintineo cuando el trinquete del cabrestante cae en el engranaje».

«¿Qué está haciendo?».

«Estoy quieta, oh, tan quieta. ¡Es como la muerte!». La voz se desvaneció en una respiración honda como de quien duerme, y los ojos abiertos se cerraron de nuevo.

Para entonces el sol había salido, y estábamos todos en plena luz del día. El doctor Van Helsing puso las manos en los hombros de Mina, y reclinó suavemente su cabeza en la almohada. Yació como una niña dormida unos momentos, y luego, con un largo suspiro, despertó y miró con asombro de vernos a todos a su alrededor. «¿He estado hablando en sueños?», fue todo lo que dijo. Parecía, sin embargo, conocer la situación sin que se le dijera, aunque ansiaba saber lo que había dicho. El profesor repitió la conversación, y ella dijo:

«¡Entonces no hay un momento que perder: puede no ser todavía demasiado tarde!». El señor Morris y lord Godalming se dirigieron a la puerta pero la voz tranquila

del profesor los hizo volver:

«Quédense, amigos míos. Ese barco, dondequiera que estuviera, levaba anclas mientras ella hablaba. Hay muchos barcos levando anclas en este momento en su tan gran puerto de Londres. ¿Cuál de ellos es el que buscan? Demos gracias a Dios de que tenemos una vez más una pista, aunque adónde pueda llevarnos no lo sabemos. Hemos estado algo ciegos; ciegos a la manera de los hombres, pues cuando podemos mirar atrás vemos lo que podríamos haber visto mirando adelante ¡si hubiéramos podido ver lo que podríamos haber visto! Ay, pero esa frase es un charco; ¿no es cierto? Podemos saber ahora qué había en la mente del Conde cuando cogió ese dinero, aunque el tan feroz cuchillo de Jonathan lo puso en el peligro que hasta él teme. Pretendía escapar. ¡Escúchenme, ESCAPAR! Vio que con solo una caja de tierra que quedaba, y una jauría de hombres siguiéndolo como perros tras un zorro, este Londres no era lugar para él. Ha llevado su última caja de tierra a bordo de un barco, y deja la tierra. Cree escapar, ¡pero no! lo seguimos. ¡Tally Ho!, como diría el amigo Arthur cuando se pone su casaca roja. Nuestro viejo zorro es astuto; ¡oh, tan astuto!, y debemos seguirlo con astucia. Yo también soy astuto y pienso su mente dentro de poco. Entretanto podemos descansar y en paz, pues hay aguas entre nosotros que él no quiere pasar, y que no podría aunque quisiera, a menos que el barco tocara tierra, y entonces solo con la pleamar o la bajamar. Vean, y el sol acaba de salir, y todo el día hasta el ocaso es nuestro. Tomemos un baño, y vistámonos, y desayunemos, que todos necesitamos, y que

podemos comer cómodamente pues él no está en la misma tierra que nosotros». Mina lo miró suplicante al preguntar:

«¿Pero por qué necesitamos buscarlo más, cuando se ha ido lejos de nosotros?». Él tomó su mano y le dio palmaditas al responder:

«No me pregunte nada todavía. Cuando desayunemos, entonces responderé todas las preguntas». No quiso decir más, y nos separamos para vestirnos.

Después del desayuno Mina repitió su pregunta. La miró gravemente un minuto y luego dijo con tristeza:

«¡Porque, mi querida, querida madame Mina, ahora más que nunca debemos encontrarlo aunque tengamos que seguirlo hasta las fauces del Infierno!». Se puso más pálida al preguntar débilmente:

«¿Por qué?».

«Porque —respondió solemnemente— él puede vivir siglos, y usted es solo mujer mortal. El tiempo debe ahora temerse, desde que una vez puso esa marca en su garganta».

Llegué justo a tiempo para atraparla cuando cayó hacia adelante desmayada.

CAPÍTULO XXIV

Diario fonográfico del doctor Seward, dictado por Van Helsing

Esto para Jonathan Harker.

Usted ha de quedarse con su querida madame Mina. Nosotros iremos a hacer nuestra búsqueda, si puedo llamarla así, pues no es búsqueda sino saber, y solo buscamos confirmación. Pero usted quédese y cuídela hoy. Este es su mejor y más santo oficio. Este día nada puede encontrarlo aquí. Déjeme decirle esto para que sepa lo que los cuatro ya sabemos, pues yo les he contado. Él, nuestro enemigo, se ha ido; se ha vuelto a su Castillo en Transilvania. Lo sé tan bien como si una gran mano de fuego lo escribiera en la pared. Se ha preparado para esto de algún modo, y esa última caja de tierra estaba lista para embarcarse a algún sitio. Por esto cogió el dinero; por esto se apresuró al final, no fuéramos a atraparlo antes de que se pusiera el sol. Era su última esperanza, salvo que pudiera esconderse en la tumba que cree que la pobre señorita Lucy, siendo como él pensó como él, mantiene abierta para él. Pero no hubo tiempo. Cuando eso falló fue directo a su último recurso: su última obra de tierra podría decir si quisiera doble sentido. ¡Es listo, oh, tan listo! sabía que su partida aquí había terminado; y así decidió volver a casa. Halló un barco que iba por la ruta por donde vino, y se fue en él. Nos vamos ahora a averiguar qué barco, y con

qué rumbo; cuando lo hayamos descubierto, volveremos y le contaremos todo. Entonces los consolaremos a usted y a la pobre querida madame Mina con nueva esperanza. Pues será esperanza cuando lo piense bien: que no todo está perdido. Esta misma criatura que perseguimos, tardó cientos de años en llegar hasta Londres; y sin embargo en un día, cuando conocemos la disposición de él, lo echamos fuera. Es finito, aunque es poderoso para hacer mucho daño y no sufre como nosotros. Pero somos fuertes, cada uno en su propósito; y somos todos más fuertes juntos. Cobre ánimo de nuevo, querido esposo de madame Mina. Esta batalla apenas ha comenzado, y al final venceremos, tan seguro como que Dios está en lo alto para velar por Sus hijos. Por tanto tenga mucho consuelo hasta que volvamos.

Van Helsing.

Diario de Jonathan Harker.

4 de octubre.—Cuando leí a Mina el mensaje de Van Helsing en el fonógrafo, la pobre muchacha se animó considerablemente. Ya la certeza de que el Conde está fuera del país le ha dado consuelo; y el consuelo es fuerza para ella. Por mi parte, ahora que su horrible peligro no está cara a cara con nosotros, parece casi imposible creer en él. Incluso mis propias terribles experiencias en el Castillo de Drácula parecen un sueño largamente olvidado. Aquí, en el aire fresco del otoño, a la brillante luz del sol…

¡Ay! ¡cómo puedo no creer! En medio de mi pensamiento mis ojos cayeron sobre la cicatriz roja en la frente blanca de mi pobre amada. Mientras eso dure, no puede haber

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

incredulidad. Y después el mismo recuerdo mantendrá la fe cristalina. Mina y yo tememos estar ociosos, así que hemos repasado todos los diarios una y otra vez. De algún modo, aunque la realidad parece mayor cada vez, el dolor y el miedo parecen menores. Hay algo de un propósito rector manifiesto en todo, lo que es consolador. Mina dice que quizá somos los instrumentos del bien último. ¡Puede ser! Trataré de pensar como ella. Nunca hemos hablado el uno al otro del futuro. Es mejor esperar hasta ver al profesor y a los otros después de sus investigaciones.

El día corre más rápido de lo que jamás pensé que un día pudiera correr para mí otra vez. Son ahora las tres.

Diario de Mina Harker.

5 de octubre, 5 p. m.—Nuestra reunión para informe. Presentes: profesor Van Helsing, lord Godalming, doctor Seward, señor Quincey Morris, Jonathan Harker, Mina Harker.

El doctor Van Helsing describió los pasos dados durante el día para descubrir en qué barco y con qué rumbo hizo su escape el conde Drácula:

«Como sabía que quería volver a Transilvania, estaba seguro de que debía ir por la desembocadura del Danubio; o por algún sitio en el mar Negro, pues por ese camino vino. Era un vacío desolador el que teníamos ante nosotros. Omne ignotum pro magnifico; y así con corazones pesados empezamos a averiguar qué barcos salieron anoche hacia el mar Negro. Iba en barco de vela, pues madame Mina dice de velas siendo izadas. Estos no tan importantes como para ir en su lista de navegación del

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Times, y así vamos, por sugerencia de lord Godalming, a su Lloyd's, donde están anotados todos los barcos que zarpan, por pequeños que sean. Allí hallamos que solo un barco con destino al mar Negro salió con la marea. Es la Czarina Catalina, y zarpa del muelle de Doolittle hacia Varna, y de allí a otras partes y río arriba por el Danubio. "¡Soh! —dije—, este es el barco en que va el Conde". Así que vamos al muelle de Doolittle, y allí hallamos un hombre en una oficina de madera tan pequeña que el hombre parece más grande que la oficina. A él preguntamos por la partida de la Czarina Catalina. Jura mucho, y tiene la cara roja y la voz fuerte, pero es buen tipo de todos modos; y cuando Quincey le da algo de su bolsillo que cruje al enrollarlo, y lo pone en una bolsita tan pequeña que tiene escondida en lo hondo de su ropa, es todavía mejor tipo y humilde servidor para nosotros. Viene con nosotros, y pregunta a muchos hombres que son rudos y acalorados; estos son mejores tipos también cuando no han tenido más sed. Dicen mucho de sangre y de flor, y de otros que no comprendo, aunque adivino lo que quieren decir; pero sin embargo nos dicen todas las cosas que queremos saber.

»Nos dan a conocer entre ellos, cómo ayer por la tarde hacia las cinco viene un hombre tan apresurado. Un hombre alto, delgado y pálido, con nariz alta y dientes tan blancos, y ojos que parecen estar ardiendo. Que va todo de negro, excepto que tiene un sombrero de paja que no le sienta ni a él ni a la época. Que esparce su dinero al hacer rápida indagación de qué barco zarpa para el mar Negro y para dónde. Algunos lo llevaron a la oficina y luego al

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

barco, donde no quiere subir a bordo sino que se detiene en el extremo de la plancha en tierra, y pide que el capitán venga a él. El capitán viene, cuando se le dice que se le pagará bien; y aunque jura mucho al principio acepta las condiciones. Entonces el hombre delgado se va y alguien le dice dónde se pueden alquilar caballo y carro. Va allí y pronto vuelve, él mismo conduciendo el carro en que va una gran caja; esta él mismo la baja, aunque hacen falta varios para ponerla en la carretilla para el barco. Da mucha charla al capitán sobre cómo y dónde debe colocarse su caja; pero al capitán no le gusta y le jura en muchas lenguas, y le dice que si quiere puede venir a ver dónde irá. Pero dice “no”; que no viene todavía, porque tiene mucho que hacer. Con lo cual el capitán le dice que más le vale darse prisa, con sangre, porque su barco dejará el lugar, de sangre, antes del cambio de la marea, con sangre. Entonces el hombre delgado sonríe y dice que por supuesto debe irse cuando le parezca; pero se sorprenderá si se va tan pronto. El capitán jura otra vez, políglota, y el hombre delgado le hace una reverencia, y le da las gracias, y dice que abusará de su bondad hasta venir a bordo antes de zarpar. Finalmente el capitán, más rojo que nunca, y en más lenguas, le dice que no quiere ningún francés, con flor encima y también con sangre, en su barco, con sangre en él también. Y así, tras preguntar dónde podría haber cerca un barco donde pudiera comprar formularios de embarque, se fue.

»Nadie supo adónde fue “ni le importó una flor”, como dijeron, pues tenían otra cosa en que pensar, bien con sangre otra vez; pues pronto se hizo evidente a todos que

la Czarina Catalina no zarparía como se esperaba. Una fina niebla empezó a subir del río, y creció, y creció; hasta que pronto una densa bruma envolvió el barco y todo a su alrededor. El capitán juró políglota, muy políglota, políglota con flor y sangre; pero no pudo hacer nada. El agua subió y subió; y empezó a temer perder la marea del todo. No estaba de humor amistoso, cuando justo en la pleamar, el hombre delgado subió otra vez por la plancha y pidió ver dónde se había estibado su caja. Entonces el capitán respondió que deseaba que él y su caja, vieja y con mucha flor y sangre, estuvieran en el infierno. Pero el hombre delgado no se ofendió, y bajó con el piloto y vio dónde estaba colocada, y subió y se quedó un rato en cubierta en la niebla. Debió de bajar solo, pues nadie lo notó. En verdad no pensaron en él; pues pronto la niebla empezó a disiparse, y todo quedó claro de nuevo. Mis amigos de la sed y del lenguaje de flor y sangre rieron, al contar cómo los juramentos del capitán excedieron aun su habitual políglota, y fueron más que nunca pintorescos, cuando al interrogar a otros marineros que estaban en movimiento arriba y abajo del río a esa hora, halló que pocos de ellos habían visto niebla alguna, salvo donde yacía alrededor del muelle. Sin embargo, el barco salió con la marea menguante; y estaba sin duda por la mañana muy abajo, en la desembocadura del río. Estaba ya, cuando nos lo contaron, bien mar adentro.

»Y así, mi querida madame Mina, es que tenemos que descansar por un tiempo, pues nuestro enemigo está en el mar, con la niebla a su mando, camino de la desembocadura del Danubio. Navegar un barco toma

tiempo, por rápido que vaya; y cuando partamos nosotros vamos por tierra más rápido, y lo encontramos allí. Nuestra mejor esperanza es dar con él cuando está en la caja entre la salida y la puesta del sol; pues entonces no puede hacer lucha, y podemos tratar con él como debemos. Hay días para nosotros, en que podemos preparar nuestro plan. Sabemos todo sobre adónde va; pues hemos visto al dueño del barco, que nos ha mostrado facturas y todos los papeles que puede haber. La caja que buscamos ha de ser desembarcada en Varna, y entregada a un agente, uno Ristics que allí presentará sus credenciales; y así nuestro amigo comerciante habrá hecho su parte. Cuando pregunta si hay algo malo, pues así puede telegrafiar y hacer indagación en Varna, decimos “no”; pues lo que se ha de hacer no es para la policía ni la aduana. Debe hacerse por nosotros solos y a nuestro modo».

Cuando el doctor Van Helsing terminó de hablar, le pregunté si estaba seguro de que el Conde se había quedado a bordo del barco. Respondió: «Tenemos la mejor prueba de eso: su propio testimonio, en el trance hipnótico esta mañana». Le pregunté de nuevo si era realmente necesario que persiguieran al Conde, pues ¡oh! temo que Jonathan me deje, y sé que seguramente iría si los otros fueran. Respondió con creciente pasión, al principio tranquilamente. A medida que seguía, sin embargo, se puso más airado y más enérgico, hasta que al final no pudimos sino ver en qué consistía al menos algo de ese dominio personal que lo hizo tanto tiempo un maestro entre los hombres:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Sí, ¡es necesario, necesario, necesario! Por su bien en primer lugar, y luego por el bien de la humanidad. Este monstruo ha hecho ya mucho daño, en el estrecho ámbito en que se encuentra, y en el corto tiempo en que no era aún sino un cuerpo tanteando su tan pequeña medida en la oscuridad y sin saber. Todo esto he contado a estos otros; usted, mi querida madame Mina, lo sabrá por el fonógrafo de mi amigo John, o por el de su esposo. Les he dicho cómo la medida de dejar su propia tierra estéril, estéril de pueblos, y venir a una tierra nueva donde la vida del hombre bulle hasta ser como la multitud del trigo en pie, fue obra de siglos. Si otro de los No-Muertos, como él, intentara hacer lo que él ha hecho, quizá todos los siglos del mundo que han sido, o que serán, no podrían ayudarlo. Con este, todas las fuerzas de la naturaleza que son ocultas y hondas y fuertes deben de haber trabajado juntas de alguna manera maravillosa. El mismo lugar donde ha estado vivo, No-Muerto durante todos estos siglos, está lleno de extrañezas del mundo geológico y químico. Hay hondas cavernas y fisuras que llegan nadie sabe adónde. Ha habido volcanes, algunas de cuyas bocas aún envían aguas de extrañas propiedades, y gases que matan o hacen vivificar. Sin duda, hay algo magnético o eléctrico en algunas de estas combinaciones de fuerzas ocultas que obran para la vida física de modo extraño; y en él mismo había desde el principio grandes cualidades. En un tiempo duro y guerrero fue célebre porque tenía más nervio de hierro, más cerebro sutil, más corazón valiente que ningún hombre. En él algún principio vital ha hallado de modo extraño su extremo; y como su cuerpo se mantiene fuerte

y crece y prospera, así su cerebro crece también. Todo esto sin esa ayuda diabólica que seguramente tiene; pues tiene que ceder a los poderes que vienen del bien, y son simbólicos de él. Y ahora esto es lo que es para nosotros. Él la ha infectado a usted (oh, perdóneme, querida, que deba decir tal cosa; pero es por su bien que hablo). La infectó de tal modo, que aunque no haga más, usted solo tiene que vivir, vivir a su viejo y dulce modo; y así con el tiempo la muerte, que es suerte común del hombre y con sanción de Dios, la hará semejante a él. ¡Esto no debe ser! Hemos jurado juntos que no debe ser. Así somos ministros del propio deseo de Dios: que el mundo, y los hombres por quienes murió Su Hijo, no sean entregados a monstruos cuya sola existencia lo difamaría. Él nos ha permitido redimir ya un alma, y salimos como los antiguos caballeros de la Cruz a redimir más. Como ellos viajaremos hacia el sol naciente; y como ellos, si caemos, caemos en buena causa». Hizo una pausa y dije:

«¿Pero no tomará el Conde su rechazo con sabiduría? Puesto que ha sido echado de Inglaterra, ¿no la evitará, como hace un tigre con el pueblo del que ha sido cazado?».

«¡Aha! —dijo—, su símil del tigre es bueno, para mí, y lo adoptaré. Su devorador de hombres, como llaman en la India al tigre que una vez ha probado sangre humana, no se preocupa más de otra presa, sino que merodea sin cesar hasta conseguirla. Este que cazamos de nuestro pueblo es un tigre también, un devorador de hombres, y nunca cesa de merodear. Más aún, en sí mismo no es de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

los que se retiran y se quedan lejos. En su vida, su vida viva, pasó la frontera de Turquía y atacó a su enemigo en su propio terreno; fue rechazado, pero ¿se quedó? ¡No! Vino otra vez, y otra vez, y otra vez. Mire su persistencia y aguante. Con el cerebro de niño que había en él concibió hace mucho la idea de venir a una gran ciudad. ¿Qué hace? Descubre el lugar de todo el mundo más prometedor para él. Luego deliberadamente se dispone a prepararse para la tarea. Averigua con paciencia cuál es exactamente su fuerza, y cuáles son sus poderes. Estudia nuevas lenguas. Aprende nueva vida social; nuevo entorno de viejas maneras, la política, la ley, las finanzas, la ciencia, el hábito de una tierra nueva y de un pueblo nuevo que ha llegado a ser desde que él fue. La ojeada que ha tenido solo aguza su apetito y afila su deseo. Más aún, le ayuda a crecer en cuanto a su cerebro; pues todo le prueba cuán en lo cierto estuvo al principio en sus conjeturas. Ha hecho esto solo; ¡todo solo! desde una tumba en ruinas en una tierra olvidada. ¡Qué más no puede hacer cuando el mayor mundo del pensamiento esté abierto para él! Él, que puede sonreír a la muerte, como lo conocemos; que puede florecer en medio de enfermedades que matan pueblos enteros. Oh, si tal ser viniera de Dios, y no del Diablo, ¡qué fuerza para el bien no podría ser en este viejo mundo nuestro! Pero estamos comprometidos a liberar al mundo. Nuestro trabajo debe ser en silencio, y nuestros esfuerzos todos en secreto; pues en esta edad ilustrada, en que los hombres no creen ni lo que ven, la duda de los sabios sería su mayor fuerza. Sería a la vez su vaina y su armadura, y sus armas para destruirnos a nosotros, sus enemigos, que

estamos dispuestos a arriesgar hasta nuestras propias almas por la seguridad de una a quien amamos, por el bien de la humanidad, y por el honor y la gloria de Dios».

Tras una discusión general se determinó que para esta noche nada se resolviera definitivamente; que todos durmiéramos sobre los hechos, y tratáramos de pensar las conclusiones adecuadas. Mañana, en el desayuno, nos reuniremos de nuevo, y, tras darnos a conocer unos a otros nuestras conclusiones, decidiremos algún curso de acción definido.

* * *

Siento una maravillosa paz y descanso esta noche. Es como si se hubiera retirado de mí alguna presencia obsesiva. Quizá…

Mi conjetura no se acabó, no pudo; pues vi en el espejo la marca roja en mi frente; y supe que seguía impura.

Diario del doctor Seward.

5 de octubre.—Nos levantamos todos temprano, y creo que el sueño hizo mucho por cada uno de nosotros. Cuando nos reunimos en el desayuno temprano había más alegría general de la que ninguno de nosotros había esperado volver a experimentar.

Es realmente maravilloso cuánta resiliencia hay en la naturaleza humana. Que se retire de cualquier modo cualquier causa obstructora, sea la que sea, aun por la muerte, y volamos de vuelta a los primeros principios de la esperanza y el goce. Más de una vez mientras estábamos

sentados alrededor de la mesa, mis ojos se abrieron en asombro de si todos los días pasados no habían sido un sueño. Solo cuando vi la mancha roja en la frente de la señora Harker fui devuelto a la realidad. Incluso ahora, cuando estoy dando vueltas gravemente al asunto, es casi imposible darse cuenta de que la causa de todos nuestros problemas sigue existiendo. Incluso la señora Harker parece perder de vista su problema por épocas enteras; solo de vez en cuando, cuando algo se lo recuerda, piensa en su terrible cicatriz. Nos reuniremos aquí en mi despacho dentro de media hora y decidiremos nuestro curso de acción. Veo solo una dificultad inmediata, la conozco por instinto más que por razón: todos tendremos que hablar con franqueza; y sin embargo temo que de algún modo misterioso la lengua de la pobre señora Harker esté atada. Sé que forma conclusiones propias, y por todo lo ocurrido puedo adivinar cuán brillantes y verdaderas deben de ser; pero no quiere, o no puede, darles expresión. He mencionado esto a Van Helsing, y él y yo hablaremos de ello cuando estemos a solas. Supongo que es algo de ese horrible veneno que ha entrado en sus venas empezando a obrar. El Conde tenía sus propios propósitos cuando le dio lo que Van Helsing llamó «el bautismo de sangre del Vampiro». Bien, puede haber un veneno que se destila de cosas buenas; en una época en que la existencia de las ptomaínas es un misterio, ¡no debemos asombrarnos de nada! Una cosa sé: que si mi instinto es cierto respecto a los silencios de la pobre señora Harker, entonces hay una terrible dificultad, un peligro desconocido, en la obra que tenemos delante. El

mismo poder que obliga a su silencio puede obligar a su habla. ¡No me atrevo a pensar más; pues así en mis pensamientos deshonraría a una mujer noble!

Van Helsing viene a mi despacho un poco antes que los otros. Trataré de abrir el tema con él.

Más tarde.—Cuando entró el profesor, hablamos del estado de las cosas. Pude ver que tenía algo en la mente que quería decir, pero sentía cierta vacilación en abordar el tema. Tras andarse un poco por las ramas, dijo de repente:

«Amigo John, hay algo de lo que usted y yo debemos hablar a solas, al principio en todo caso. Más tarde quizá tengamos que tomar a los otros en nuestra confianza». Luego se detuvo, así que esperé; siguió:

«Madame Mina, nuestra pobre, querida madame Mina está cambiando». Un escalofrío frío me recorrió al ver mis peores temores así confirmados. Van Helsing continuó:

«Con la triste experiencia de la señorita Lucy, debemos esta vez estar advertidos antes de que las cosas vayan demasiado lejos. Nuestra tarea es ahora en realidad más difícil que nunca, y este nuevo problema hace de cada hora de la más funesta importancia. Puedo ver las características del vampiro viniendo en su rostro. Es ahora solo muy, muy leve; pero se ve si tenemos ojos para notar sin prejuzgar. Sus dientes son algo más agudos, y a veces sus ojos son más duros. Pero estos no son todos, hay en ella el silencio ahora a menudo; como así fue con la señorita Lucy. No hablaba, ni siquiera cuando escribía aquello que deseaba que se supiera después. Ahora mi

miedo es este. Si es que ella puede, por nuestro trance hipnótico, decir lo que el Conde ve y oye, ¿no es más cierto que él, que la ha hipnotizado primero, y que ha bebido de su misma sangre y la ha hecho beber de la suya, debería, si quiere, obligar a su mente a revelarle lo que ella sabe?». Asentí; siguió:

«Entonces, lo que debemos hacer es impedir esto; debemos mantenerla ignorante de nuestra intención, y así no podrá decir lo que no sabe. ¡Es una tarea dolorosa! Oh, tan dolorosa que me parte el corazón pensar en ella; pero debe ser. Cuando hoy nos reunamos, debo decirle que por razón que no queremos decir ella no debe ya ser de nuestro consejo, sino simplemente guardada por nosotros». Se enjugó la frente, que se había cubierto de profuso sudor ante el pensamiento del dolor que quizá tuviera que infligir a la pobre alma ya tan torturada. Supe que sería algún tipo de consuelo para él si le decía que yo también había llegado a la misma conclusión; pues en todo caso le quitaría el dolor de la duda. Se lo dije, y el efecto fue el que esperaba.

Está ya cerca la hora de nuestra reunión general. Van Helsing se ha ido a preparar para la reunión, y su dolorosa parte en ella. Realmente creo que su propósito es poder rezar a solas.

Más tarde.—Desde el mismo comienzo de nuestra reunión, tanto Van Helsing como yo experimentamos un gran alivio personal. La señora Harker había enviado un mensaje por su esposo para decir que no se uniría a nosotros por ahora, pues pensaba que era mejor que

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

fuéramos libres de discutir nuestros movimientos sin su presencia que nos estorbara. El profesor y yo nos miramos un instante, y de algún modo ambos parecimos aliviados. Por mi parte, pensé que si la señora Harker se daba cuenta ella misma del peligro, era mucho dolor además de mucho peligro evitado. En las circunstancias convinimos, con una mirada y respuesta interrogativas, con el dedo en los labios, en preservar silencio en nuestras sospechas, hasta que pudiéramos volver a conferenciar a solas. Entramos de inmediato en nuestro Plan de Campaña. Van Helsing puso primero los hechos ante nosotros a grandes rasgos:

«La Czarina Catalina salió del Támesis ayer por la mañana. Le tomará, a la máxima velocidad que ha hecho jamás, al menos tres semanas llegar a Varna; pero nosotros podemos viajar por tierra al mismo lugar en tres días. Ahora, si descontamos dos días del viaje del barco, debido a las influencias del tiempo que sabemos que el Conde puede ejercer; y si concedemos un día y noche enteros para cualquier demora que pueda ocurrirnos, entonces tenemos un margen de casi dos semanas. Así, para estar bastante seguros, debemos partir de aquí el 17 a más tardar. Entonces estaremos en todo caso en Varna un día antes de que llegue el barco, y podremos hacer los preparativos que sean necesarios. Por supuesto iremos todos armados, armados contra cosas malignas, espirituales además de físicas». Aquí Quincey Morris añadió:

«Entiendo que el Conde viene de una tierra de lobos, y puede ser que llegue allí antes que nosotros. Propongo que añadamos Winchesters a nuestro armamento. Tengo una especie de fe en un Winchester cuando hay alguna dificultad de esa clase alrededor. ¿Te acuerdas, Art, cuando teníamos la manada tras nosotros en Tobolsk? ¡Qué no habríamos dado entonces por un rifle de repetición cada uno!».

«¡Bien! —dijo Van Helsing—, Winchesters serán. La cabeza de Quincey está a nivel siempre, pero más cuando hay que cazar, siendo la metáfora más deshonra a la ciencia que los lobos peligro para el hombre. Entretanto no podemos hacer nada aquí; y como pienso que Varna no es familiar a ninguno de nosotros, ¿por qué no ir allí más pronto? Es tan largo esperar aquí como allí. Esta noche y mañana podemos prepararnos, y luego, si todo va bien, los cuatro podemos emprender nuestro viaje».

«¿Los cuatro?», dijo Harker interrogativamente, mirándonos a unos y otros.

«¡Por supuesto! —respondió rápidamente el profesor—, ¡usted debe quedarse para cuidar de su tan dulce esposa!». Harker estuvo callado un rato y luego dijo con voz hueca:

«Hablemos de esa parte por la mañana. Quiero consultar con Mina». Pensé que ahora era el momento de que Van Helsing le advirtiera que no revelara nuestros planes a ella; pero no hizo caso. Lo miré significativamente y tosí. Por respuesta se puso el dedo en los labios y se apartó.

Diario de Jonathan Harker.

5 de octubre, tarde.—Durante algún tiempo después de nuestra reunión de esta mañana no pude pensar. Las nuevas fases de las cosas dejan mi mente en un estado de asombro que no permite espacio al pensamiento activo. La determinación de Mina de no tomar parte alguna en la discusión me puso a pensar; y como no podía discutir el asunto con ella, solo pude conjeturar. Estoy tan lejos como siempre de una solución ahora. La manera en que los otros lo recibieron me desconcertó también; la última vez que hablamos del tema acordamos que no habría más ocultamiento de nada entre nosotros. Mina duerme ahora, tranquila y dulcemente como una niñita. Sus labios están curvados y su rostro irradia felicidad. Gracias a Dios, aún hay tales momentos para ella.

Más tarde.—Qué extraño es todo. Me senté a mirar el feliz sueño de Mina, y llegué tan cerca de ser feliz yo mismo como supongo que lo estaré jamás. Al caer la tarde, y tomar la tierra sus sombras del sol que se hundía más bajo, el silencio de la habitación se me hizo más y más solemne. De pronto Mina abrió los ojos, y mirándome con ternura, dijo:

«Jonathan, quiero que me prometas algo bajo tu palabra de honor. Una promesa hecha a mí, pero hecha santamente ante Dios, y que no se rompa aunque me ponga de rodillas y te implore con amargas lágrimas. Rápido, debes hacérmela de inmediato».

«Mina —dije—, una promesa así no puedo hacerla de inmediato. Puede que no tenga derecho a hacerla».

«Pero, querido —dijo, con tal intensidad espiritual que sus ojos eran como estrellas polares—, soy yo quien lo desea; y no es por mí. Puedes preguntar al doctor Van Helsing si no tengo razón; si disiente puedes hacer como quieras. Más aún, si todos están de acuerdo, más tarde, quedas absuelto de la promesa».

«¡Lo prometo!», dije, y por un momento se vio supremamente feliz; aunque para mí toda felicidad le era negada por la cicatriz roja de su frente. Dijo:

«Prométeme que no me dirás nada de los planes formados para la campaña contra el Conde. Ni por palabra, ni por inferencia, ni por implicación; ¡en ningún momento mientras esto me quede!». Y señaló solemnemente la cicatriz. Vi que hablaba en serio, y dije solemnemente:

«¡Lo prometo!», y al decirlo sentí que desde ese instante una puerta se había cerrado entre nosotros.

Más tarde, medianoche.—Mina ha estado brillante y alegre toda la noche. Tanto que todo el resto pareció cobrar ánimo, como contagiados algo de su alegría; de modo que aun yo mismo me sentí como si el manto de pesadumbre que nos abruma se hubiera algo levantado. Todos nos retiramos temprano. Mina duerme ahora como una niñita; es cosa maravillosa que su facultad de dormir le quede en medio de su terrible pena. Gracias a Dios por ello, pues así al menos puede olvidar su cuidado. Quizá su ejemplo pueda afectarme como su alegría lo hizo esta noche. Lo probaré. ¡Oh! un sueño sin sueños.

6 de octubre, mañana.—Otra sorpresa. Mina me despertó temprano, hacia la misma hora que ayer, y me pidió que trajera al doctor Van Helsing. Pensé que era otra ocasión de hipnotismo, y sin preguntar fui por el profesor. Evidentemente había esperado alguna llamada así, pues lo hallé vestido en su cuarto. Su puerta estaba entornada, para poder oír la apertura de la puerta de nuestro cuarto. Vino de inmediato; al pasar a la habitación, preguntó a Mina si los otros podían venir también.

«No —dijo ella con toda sencillez—, no será necesario. Pueden decírselo igual de bien. Debo ir con ustedes en su viaje».

El doctor Van Helsing quedó tan sobresaltado como yo. Tras un momento de pausa preguntó:

«¿Pero por qué?».

«Deben llevarme con ustedes. Estoy más segura con ustedes, y ustedes estarán también más seguros».

«¿Pero por qué, querida madame Mina? Usted sabe que su seguridad es nuestro más solemne deber. Vamos a un peligro al que usted está, o puede estar, más expuesta que cualquiera de nosotros por… por circunstancias… cosas que han sido». Se detuvo, turbado.

Al replicar ella, alzó el dedo y señaló su frente:

«Lo sé. Por eso debo ir. Puedo decírselo ahora, mientras el sol sube; puede que no pueda otra vez. Sé que cuando el Conde me lo ordene debo ir. Sé que si me dice que venga en secreto, debo venir con astucia; con cualquier artificio para engañar, hasta a Jonathan». Dios vio la mirada que

me dirigió al hablar, y si hay en verdad un Ángel Registrador esa mirada está anotada para su honor eterno. Solo pude estrechar su mano. No pude hablar; mi emoción era demasiado grande hasta para el alivio de las lágrimas. Ella siguió:

«Ustedes los hombres son valientes y fuertes. Son fuertes en su número, pues pueden desafiar lo que quebrantaría la resistencia humana de quien tuviera que guardar solo. Además, puedo ser de servicio, pues pueden hipnotizarme y así aprender lo que ni yo misma sé». El doctor Van Helsing dijo muy gravemente:

«Madame Mina, usted es, como siempre, muy sabia. Vendrá con nosotros; y juntos haremos lo que salimos a lograr». Cuando hubo hablado, el largo silencio de Mina me hizo mirarla. Había caído de nuevo sobre la almohada dormida; ni siquiera despertó cuando subí la persiana y dejé entrar la luz del sol que inundó la habitación. Van Helsing me hizo señas de que fuera con él en silencio. Fuimos a su cuarto, y en un minuto lord Godalming, el doctor Seward y el señor Morris estaban también con nosotros. Les contó lo que Mina había dicho, y siguió:

«Por la mañana partiremos hacia Varna. Tenemos ahora que tratar con un nuevo factor: madame Mina. Oh, pero su alma es leal. Es para ella una agonía decirnos tanto como ha hecho; pero es muy justo, y estamos advertidos a tiempo. No debe perderse ninguna oportunidad, y en Varna debemos estar listos para actuar en el instante en que ese barco llegue».

«¿Qué haremos exactamente?», preguntó el señor Morris lacónicamente. El profesor hizo una pausa antes de responder:

«Abordaremos primero ese barco; luego, cuando hayamos identificado la caja, colocaremos sobre ella una rama de rosa silvestre. Esto la fijaremos, pues cuando está allí nadie puede salir; así al menos dice la superstición. Y en la superstición debemos confiar al principio; fue la fe del hombre en los primeros tiempos, y tiene su raíz aún en la fe. Luego, cuando tengamos la oportunidad que buscamos, cuando nadie esté cerca para ver, abriremos la caja, y todo estará bien».

«Yo no esperaré ninguna oportunidad —dijo Morris—. ¡Cuando vea la caja la abriré y destruiré al monstruo, aunque haya mil hombres mirando, y aunque me borren por ello al momento siguiente!». Le agarré la mano instintivamente y la hallé firme como una pieza de acero. Creo que entendió mi mirada; espero que sí.

«Buen muchacho —dijo el doctor Van Helsing—. Valiente muchacho. Quincey es todo hombre. Que Dios lo bendiga por ello. Hijo mío, créame que ninguno de nosotros se quedará atrás ni se detendrá por temor alguno. Solo digo lo que podemos hacer, lo que debemos hacer. Pero, en verdad, en verdad no podemos decir lo que haremos. Hay tantas cosas que pueden ocurrir, y sus caminos y sus fines son tan variados que hasta el momento no podemos decirlo. Iremos todos armados, en todos los modos; y cuando haya llegado la hora del fin, nuestro esfuerzo no faltará. Ahora pongamos hoy todos nuestros

asuntos en orden. Que todas las cosas que tocan a otros queridos para nosotros, y que de nosotros dependen, queden completas; pues ninguno de nosotros puede decir qué, ni cuándo, ni cómo, puede ser el fin. En cuanto a mí, mis propios asuntos están arreglados; y como no tengo nada más que hacer, iré a hacer los arreglos del viaje. Tendré todos los billetes y demás para nuestro viaje».

No había nada más que decir, y nos separamos. Arreglaré ahora todos mis asuntos de la tierra, y estaré listo para lo que venga...

Más tarde.—Todo está hecho; mi testamento está hecho, y todo completo. Mina, si sobrevive, es mi única heredera. Si no fuera así, entonces los otros que han sido tan buenos con nosotros recibirán el remanente.

Se acerca ahora el ocaso; la inquietud de Mina me llama la atención sobre ello. Estoy seguro de que hay algo en su mente que el momento exacto del ocaso revelará. Estas ocasiones se están volviendo tiempos desgarradores para todos nosotros, pues cada salida y puesta del sol abre algún nuevo peligro, algún nuevo dolor, que sin embargo, por la voluntad de Dios, puede ser medio para un buen fin. Escribo todas estas cosas en el diario porque mi amada no debe oírlas ahora; pero si puede ser que las vea de nuevo, estarán listas.

Me está llamando.

CAPÍTULO XXV

Diario del doctor Seward

11 de octubre, tarde.—Jonathan Harker me ha pedido que anote esto, pues dice que apenas está a la altura de la tarea, y quiere que se lleve un registro exacto.

Creo que ninguno de nosotros se sorprendió cuando se nos pidió ver a la señora Harker un poco antes de la puesta del sol. Hemos llegado últimamente a comprender que la salida y la puesta del sol son para ella momentos de peculiar libertad; cuando su antiguo yo puede manifestarse sin que ninguna fuerza controladora la someta o la refrene, o la incite a la acción. Este humor o condición empieza una media hora o más antes de la salida o puesta real del sol, y dura hasta que el sol está alto, o mientras las nubes aún brillan con los rayos que fluyen sobre el horizonte. Al principio hay una especie de condición negativa, como si se soltara alguna atadura, y luego sigue rápidamente la libertad absoluta; cuando, sin embargo, la libertad cesa, el retorno o recaída llega rápido, precedido solo por un período de silencio de advertencia.

Esta noche, cuando nos reunimos, estaba algo cohibida, y mostraba todos los signos de una lucha interior. Yo lo atribuí a que hacía un violento esfuerzo en el primer instante en que podía hacerlo. Muy pocos minutos, sin

embargo, le dieron completo dominio de sí misma; entonces, haciendo señas a su esposo de que se sentara a su lado en el sofá donde estaba medio reclinada, hizo que el resto trajéramos sillas cerca. Tomando la mano de su esposo en la suya comenzó:

«¡Estamos todos aquí juntos en libertad, quizá por última vez! Lo sé, querido; sé que siempre estarás conmigo hasta el fin». Esto era para su esposo, cuya mano se había, como pudimos ver, apretado sobre la suya. «Por la mañana salimos a nuestra tarea, y solo Dios sabe lo que puede haber reservado para cualquiera de nosotros. Van a ser tan buenos conmigo que me llevarán con ustedes. Sé que todo lo que hombres valientes y serios pueden hacer por una pobre mujer débil, cuya alma quizá está perdida (no, no, aún no, pero está en todo caso en juego), lo harán. Pero deben recordar que yo no soy como ustedes. Hay un veneno en mi sangre, en mi alma, que puede destruirme; que debe destruirme, a menos que nos llegue algún alivio. Oh, amigos míos, saben tan bien como yo que mi alma está en juego; y aunque sé que hay una salida para mí, ¡ustedes no deben, y yo no debo, tomarla!». Los miró a todos suplicante por turno, comenzando y terminando con su esposo.

«¿Cuál es esa salida?», preguntó Van Helsing con voz ronca. «¿Cuál es esa salida que no debemos, que no podemos, tomar?».

«Que yo muera ahora, ya sea por mi propia mano o por la de otro, antes de que el mayor mal esté enteramente consumado. Sé, y ustedes saben, que una vez muerta

podrían y querrían liberar mi espíritu inmortal, como hicieron con el de mi pobre Lucy. Si la muerte, o el miedo a la muerte, fuera lo único que se interpusiera en el camino, no me acobardaría de morir aquí, ahora, entre los amigos que me quieren. Pero la muerte no lo es todo. No puedo creer que morir en tal caso, cuando hay esperanza ante nosotros y una amarga tarea por hacer, sea la voluntad de Dios. Por tanto, yo, por mi parte, renuncio aquí a la certeza del descanso eterno, ¡y salgo a la oscuridad donde pueden estar las cosas más negras que el mundo o el mundo inferior contienen!». Todos callábamos, pues sabíamos instintivamente que esto era solo un preludio. Los rostros de los otros estaban tensos y el de Harker se puso gris ceniza; quizá adivinaba mejor que ninguno de nosotros lo que venía. Continuó:

«Esto es lo que puedo aportar a la masa común». No pude evitar notar la curiosa frase legal que usó en tal lugar, y con toda seriedad. «¿Qué aportará cada uno de ustedes? Sus vidas las sé —siguió rápidamente—, eso es fácil para hombres valientes. Sus vidas son de Dios, y pueden devolvérselas; ¿pero qué me darán a mí?». Miró otra vez interrogante, pero esta vez evitó el rostro de su esposo. Quincey pareció entender; asintió, y su rostro se iluminó. «Entonces les diré claramente lo que quiero, pues no debe haber asunto dudoso en esta conexión entre nosotros ahora. Deben prometerme, todos y cada uno, hasta tú, esposo mío amado, que, si llega el momento, me matarán».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¿Cuál es ese momento?». La voz era la de Quincey, pero era baja y forzada.

«Cuando estén convencidos de que he cambiado tanto que es mejor que muera a que viva. Cuando esté así muerta en la carne, entonces, sin un momento de demora, me clavarán una estaca y me cortarán la cabeza; ¡o harán lo que más falte para darme descanso!».

Quincey fue el primero en levantarse tras la pausa. Se arrodilló ante ella y tomando su mano en la suya dijo solemnemente:

«Solo soy un tipo rudo, que quizá no ha vivido como debe un hombre para ganar tal distinción, pero le juro por todo lo que tengo por sagrado y querido que, si llegara el momento, no me acobardaré del deber que nos ha impuesto. Y le prometo también que me aseguraré de todo, pues si solo tengo duda entenderé que el momento ha llegado».

«¡Mi verdadero amigo!», fue todo lo que pudo decir entre sus lágrimas, que caían rápido, mientras, inclinándose, besaba su mano.

«¡Juro lo mismo, mi querida madame Mina!», dijo Van Helsing.

«¡Y yo!», dijo lord Godalming, arrodillándose cada uno por turno ante ella para prestar el juramento. Yo seguí. Luego su esposo se volvió hacia ella, ojeroso y con una palidez verdosa que apagaba la blancura nívea de su cabello, y preguntó:

«¿Y debo yo también hacer tal promesa, oh, esposa mía?».

«Tú también, queridísimo —dijo, con infinito anhelo de piedad en la voz y los ojos—. No debes acobardarte. Eres lo más cercano y lo más querido y todo el mundo para mí; nuestras almas están unidas en una, para toda la vida y todo el tiempo. Piensa, querido, que ha habido épocas en que hombres valientes han matado a sus esposas y a sus mujeres, para evitar que cayeran en manos del enemigo. Sus manos no vacilaron más porque aquellas a quienes amaban les imploraran que las mataran. ¡Es el deber de los hombres hacia aquellas a quienes aman, en tales tiempos de dura prueba! Y oh, querido, si ha de ser que deba encontrar la muerte a manos de alguien, que sea a manos del que más me ama. Doctor Van Helsing, no he olvidado su misericordia en el caso de la pobre Lucy con quien la amaba» —se detuvo con un rubor fugaz, y cambió su frase— «con quien tenía más derecho a darle paz. Si ese momento ha de volver, cuento con usted para hacer de ello un recuerdo feliz en la vida de mi esposo: que fue su mano amante la que me liberó de la espantosa servidumbre que pesa sobre mí».

«¡Otra vez lo juro!», vino la voz resonante del profesor. La señora Harker sonrió, positivamente sonrió, mientras con un suspiro de alivio se reclinaba y decía:

«Y ahora una palabra de advertencia, una advertencia que nunca deben olvidar: este momento, si alguna vez llega, puede llegar rápida e inesperadamente, y en tal caso no deben perder tiempo en aprovechar su oportunidad. En

tal momento yo misma podría estar, no, ¡si el momento llega, estaré!, aliada con su enemigo contra ustedes».

«Una petición más» —se puso muy solemne al decir esto—, «no es vital y necesaria como la otra, pero quiero que hagan una cosa por mí, si quieren». Todos accedimos, pero nadie habló; no hacía falta hablar:

«Quiero que lean el Oficio de Difuntos». Fue interrumpida por un hondo gemido de su esposo; tomando su mano en la suya, la sostuvo sobre su corazón, y continuó: «Deben leerlo sobre mí algún día. Cualquiera que sea el desenlace de todo este espantoso estado de cosas, será un dulce pensamiento para todos o algunos de nosotros. Tú, queridísimo, espero que lo leas, pues entonces estará en tu voz en mi memoria para siempre, ¡pase lo que pase!».

«Pero oh, amada mía —suplicó él—, la muerte está lejos de ti».

«No —dijo ella, alzando una mano de advertencia—. ¡Estoy más hondo en la muerte en este momento que si el peso de una tumba terrena yaciera pesado sobre mí!».

«Oh, esposa mía, ¿debo leerlo?», dijo él, antes de empezar.

«¡Me consolaría, esposo mío!», fue todo lo que dijo; y él empezó a leer cuando ella tuvo el libro preparado.

¿Cómo puedo yo, cómo podría nadie, contar esa extraña escena, su solemnidad, su lobreguez, su tristeza, su horror; y, con todo, su dulzura? Aun un escéptico, que no ve sino una parodia de amarga verdad en nada sagrado o

emotivo, se habría derretido hasta el corazón de haber visto ese pequeño grupo de amigos amantes y devotos arrodillados alrededor de aquella dama herida y doliente; o de haber oído la tierna pasión de la voz de su esposo, cuando en tonos tan quebrados por la emoción que a menudo tenía que detenerse, leyó el sencillo y hermoso oficio del Entierro de los Muertos. Yo… yo no puedo seguir… ¡las palabras… y… la v-voz… m-me f-fallan!

Tenía razón en su instinto. Por extraño que todo fuera, por extravagante que pueda parecer en adelante incluso a nosotros que sentimos su potente influencia entonces, nos consoló mucho; y el silencio, que mostraba la próxima recaída de la señora Harker de su libertad de alma, no pareció tan lleno de desesperación a ninguno de nosotros como habíamos temido.

Diario de Jonathan Harker.

15 de octubre, Varna.—Salimos de Charing Cross en la mañana del 12, llegamos a París esa misma noche, y tomamos los asientos reservados para nosotros en el Orient Express. Viajamos de noche y de día, llegando aquí hacia las cinco. Lord Godalming fue al Consulado a ver si había llegado algún telegrama para él, mientras el resto veníamos a este hotel, el «Odessus». El viaje puede haber tenido incidentes; yo estaba, sin embargo, demasiado ansioso de llegar para atenderlos. Hasta que la Czarina Catalina entre en puerto no habrá interés para mí en nada en el ancho mundo. ¡Gracias a Dios! Mina está bien, y parece cobrar fuerzas; el color le va volviendo. Duerme mucho; durante todo el viaje durmió casi todo el tiempo.

Antes de la salida y la puesta del sol, sin embargo, está muy despierta y alerta; y se ha hecho costumbre que Van Helsing la hipnotice en tales momentos. Al principio hacía falta algún esfuerzo, y tenía que hacer muchos pases; pero ahora parece ceder de inmediato, como por hábito, y apenas hace falta acción alguna. Parece tener poder en estos momentos particulares para simplemente querer, y sus pensamientos le obedecen. Siempre le pregunta qué puede ver y oír. A lo primero responde:

«Nada; todo está oscuro». Y a lo segundo:

«Oigo las olas chapoteando contra el barco, y el agua pasando veloz. La lona y la jarcia se tensan y los mástiles y vergas crujen. El viento es fuerte; lo oigo en los obenques, y la proa arroja la espuma». Es evidente que la Czarina Catalina sigue en el mar, apresurándose camino de Varna. Lord Godalming acaba de volver. Tenía cuatro telegramas, uno cada día desde que partimos, y todos del mismo tenor: que la Czarina Catalina no había sido reportada a Lloyd’s desde ningún lugar. Había dispuesto antes de salir de Londres que su agente le enviara cada día un telegrama diciendo si el barco había sido reportado. Había de tener un mensaje aunque no fuera reportada, para estar seguro de que había una vigilancia al otro extremo del hilo.

Cenamos y nos acostamos temprano. Mañana veremos al vicecónsul, y arreglaremos, si podemos, lo de subir a bordo del barco tan pronto llegue. Van Helsing dice que nuestra oportunidad será subir al barco entre la salida y la puesta del sol. El Conde, aunque tome forma de murciélago, no puede cruzar agua corriente por su propia

voluntad, y por tanto no puede dejar el barco. Como no se atreve a cambiar a forma de hombre sin sospecha, que evidentemente desea evitar, debe permanecer en la caja. Si, pues, podemos subir a bordo después de la salida del sol, está a nuestra merced; pues podemos abrir la caja y asegurarnos de él, como hicimos con la pobre Lucy, antes de que despierte. La merced que recibirá de nosotros no contará mucho. Pensamos que no tendremos mucha dificultad con funcionarios ni con los marineros. ¡Gracias a Dios! este es el país donde el soborno puede hacerlo todo, y estamos bien provistos de dinero. Solo tenemos que asegurarnos de que el barco no pueda entrar en puerto entre la puesta y la salida del sol sin que se nos avise, y estaremos seguros. ¡El juez Bolsa de Dinero resolverá este caso, creo!

16 de octubre.—El informe de Mina sigue igual: olas chapoteando y agua veloz, oscuridad y vientos favorables. Evidentemente vamos bien de tiempo, y cuando sepamos de la Czarina Catalina estaremos listos. Como debe pasar los Dardanelos, seguro que tendremos algún informe.

* * *

17 de octubre.—Todo está bastante bien dispuesto ya, creo, para dar la bienvenida al Conde a su regreso de su gira. Godalming dijo a los navieros que imaginaba que la caja enviada a bordo podía contener algo robado a un amigo suyo, y obtuvo un medio consentimiento de que podría abrirla bajo su propio riesgo. El dueño le dio un papel diciendo al Capitán que le diera toda facilidad para

hacer lo que escogiera a bordo del barco, y también una autorización similar a su agente en Varna. Hemos visto al agente, a quien impresionó mucho el trato amable de Godalming, y estamos todos satisfechos de que se hará lo que pueda para ayudar a nuestros deseos. Hemos arreglado ya qué hacer en caso de que logremos abrir la caja. Si el Conde está allí, Van Helsing y Seward le cortarán la cabeza de inmediato y le clavarán una estaca en el corazón. Morris y Godalming y yo impediremos interferencias, aunque tengamos que usar las armas que tendremos listas. El profesor dice que si podemos tratar así el cuerpo del Conde, pronto después caerá en polvo. En tal caso no habría evidencia contra nosotros, por si se levantara alguna sospecha de asesinato. Pero aunque no fuera así, quedaríamos en pie o caeríamos por nuestro acto, y quizá algún día este mismo escrito sea evidencia que se interponga entre algunos de nosotros y una soga. Por mi parte, tomaría la oportunidad con gratitud si llegara. Pretendemos no dejar piedra sin remover para llevar a cabo nuestro propósito. Hemos arreglado con ciertos funcionarios que en el instante en que se vea a la Czarina Catalina se nos informe por mensajero especial.

24 de octubre.—Toda una semana de espera. Telegramas diarios a Godalming, pero solo la misma historia: «Aún no reportada». La respuesta hipnótica de Mina por la mañana y la tarde no varía: olas chapoteando, agua veloz y mástiles crujiendo.

Telegrama, 24 de octubre.

Rufus Smith, Lloyd’s, Londres, a lord Godalming, a cargo de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

vicecónsul de S. M. B., Varna.

«Czarina Catalina reportada esta mañana desde los Dardanelos».

Diario del doctor Seward.

25 de octubre.—¡Cómo echo de menos mi fonógrafo! Escribir un diario con pluma me es fastidioso; pero Van Helsing dice que debo. Ayer estábamos todos locos de excitación cuando Godalming recibió su telegrama de Lloyd's. Sé ahora lo que sienten los hombres en la batalla cuando se oye la llamada a la acción. La señora Harker, sola de nuestro grupo, no mostró signo alguno de emoción. Después de todo, no es extraño que no lo hiciera; pues tuvimos especial cuidado de no dejarle saber nada del asunto, y todos tratamos de no mostrar excitación cuando estábamos en su presencia. En los viejos tiempos habría, estoy seguro, notado, por mucho que tratáramos de ocultarlo; pero en esto ha cambiado mucho durante las últimas tres semanas. El letargo crece sobre ella, y aunque parece fuerte y bien, y recupera algo de su color, Van Helsing y yo no estamos satisfechos. Hablamos de ella a menudo; no hemos dicho, sin embargo, palabra a los otros. Rompería el corazón del pobre Harker, ciertamente su temple, si supiera que tenemos siquiera una sospecha sobre el tema. Van Helsing examina, me dice, sus dientes muy cuidadosamente, mientras está en condición hipnótica, pues dice que mientras no empiecen a afilarse no hay peligro activo de un cambio en ella. Si este cambio llegara, ¡sería necesario tomar medidas…! Ambos sabemos cuáles tendrían que ser esas medidas, aunque no nos

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

mencionamos nuestros pensamientos. Ninguno de los dos se acobardaría ante la tarea, por espantosa que sea de contemplar. «Eutanasia» es una palabra excelente y consoladora. Estoy agradecido a quien la inventó.

Son solo unas 24 horas de navegación de los Dardanelos hasta aquí, al ritmo con que la Czarina Catalina ha venido desde Londres. Debería, pues, llegar en algún momento de la mañana; pero como no puede entrar antes de entonces, todos nos disponemos a retirarnos temprano. Nos levantaremos a la una, para estar listos.

25 de octubre, mediodía.—Aún no hay noticias de la llegada del barco. El informe hipnótico de la señora Harker esta mañana fue el mismo de siempre, así que es posible que tengamos noticias en cualquier momento. Los hombres estamos todos en fiebre de excitación, salvo Harker, que está tranquilo; sus manos están frías como hielo, y hace una hora lo hallé afilando el filo del gran cuchillo gurkha que ahora lleva siempre consigo. ¡Será mala la perspectiva del Conde si el filo de ese «kukri» llega a tocar su garganta, impulsado por esa mano severa, helada!

Van Helsing y yo estuvimos algo alarmados por la señora Harker hoy. Hacia el mediodía cayó en una especie de letargo que no nos gustó; aunque callamos a los otros, ninguno de los dos estaba contento. Había estado inquieta toda la mañana, de modo que al principio nos alegró saber que dormía. Cuando, sin embargo, su esposo mencionó casualmente que dormía tan profundamente que no podía despertarla, fuimos a su cuarto a ver por nosotros mismos.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Respiraba naturalmente y se veía tan bien y tranquila que convinimos en que el sueño era mejor para ella que cualquier otra cosa. Pobre muchacha, tiene tanto que olvidar que no es de extrañar que el sueño, si le trae el olvido, le haga bien.

Más tarde.—Nuestra opinión quedó justificada, pues cuando tras un reparador sueño de algunas horas despertó, parecía más brillante y mejor de lo que había estado por días. Al ocaso hizo el informe hipnótico habitual. Dondequiera que esté en el mar Negro, el Conde se apresura a su destino. ¡A su perdición, confío!

26 de octubre.—Otro día y sin noticias de la Czarina Catalina. Ya debería estar aquí. Que sigue viajando en alguna parte es evidente, pues el informe hipnótico de la señora Harker a la salida del sol fue otra vez el mismo. Es posible que la nave esté a veces detenida por niebla; algunos de los vapores que entraron anoche informaron de manchones de niebla tanto al norte como al sur del puerto. Debemos continuar nuestra vigilancia, pues el barco puede ser avistado ahora en cualquier momento.

27 de octubre, mediodía.—Muy extraño; aún no hay noticias del barco que esperamos. La señora Harker informó anoche y esta mañana como de costumbre: «olas chapoteando y agua veloz», aunque añadió que «las olas eran muy débiles». Los telegramas de Londres han sido los mismos: «sin más informes». Van Helsing está terriblemente ansioso, y me dijo hace un momento que teme que el Conde se nos escape. Añadió significativamente:

«No me gustó ese letargo de madame Mina. Las almas y las memorias pueden hacer cosas extrañas durante el trance». Iba a preguntarle más, pero Harker entró justo entonces, y alzó una mano de advertencia. Debemos tratar esta noche al ocaso de hacerla hablar más plenamente cuando esté en su estado hipnótico.

28 de octubre.—Telegrama. Rufus Smith, Londres, a lord Godalming, a cargo del vicecónsul de S. M. B., Varna.

«Czarina Catalina reportada entrando en Galatz a la una de hoy».

Diario del doctor Seward.

28 de octubre.—Cuando llegó el telegrama anunciando la llegada a Galatz no creo que fuera un golpe para ninguno de nosotros tanto como podría haberse esperado. Cierto, no sabíamos de dónde, ni cómo, ni cuándo, vendría el golpe; pero creo que todos esperábamos que ocurriera algo extraño. La demora de llegada a Varna nos dejó individualmente satisfechos de que las cosas no serían justo como habíamos esperado; solo esperábamos saber dónde ocurriría el cambio. No por ello, sin embargo, dejó de ser una sorpresa. Supongo que la naturaleza obra sobre una base tan esperanzada que creemos contra nosotros mismos que las cosas serán como deben ser, no como deberíamos saber que serán. El trascendentalismo es un faro para los ángeles, aunque sea un fuego fatuo para el hombre. Fue una experiencia extraña y todos la tomamos de manera diferente. Van Helsing alzó la mano sobre la cabeza un momento, como en reconvención al Todopoderoso; pero no dijo palabra, y en pocos segundos

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

se puso de pie con el rostro severamente fijo. Lord Godalming se puso muy pálido, y se sentó respirando pesadamente. Yo mismo estaba medio aturdido y miraba con asombro a uno tras otro. Quincey Morris apretó su cinturón con ese movimiento rápido que yo conocía tan bien; en nuestros viejos días de andanzas significaba «acción». La señora Harker se puso blanca como un espectro, de modo que la cicatriz de su frente pareció arder, pero cruzó las manos mansamente y miró arriba en oración. Harker sonrió, realmente sonrió, la sonrisa oscura y amarga de quien está sin esperanza; pero al mismo tiempo su acción desmentía sus palabras, pues sus manos buscaron instintivamente la empuñadura del gran cuchillo kukri y descansaron allí. «¿Cuándo sale el próximo tren a Galatz?», dijo Van Helsing a todos en general.

«¡A las 6:30 de mañana por la mañana!». Todos nos sobresaltamos, pues la respuesta venía de la señora Harker.

«¿Cómo diablos lo sabe?», dijo Art.

«Olvida, o quizá no sabe, aunque Jonathan sí y también el doctor Van Helsing, que soy la fiera de los trenes. En casa, en Exeter, siempre solía confeccionar los horarios, para ser útil a mi marido. Los hallé tan útiles a veces que ahora siempre estudio los horarios. Sabía que si algo nos llevaba al Castillo de Drácula iríamos por Galatz, o en todo caso por Bucarest, así que aprendí los horarios con mucho cuidado. Desgraciadamente no hay muchos que aprender, pues el único tren de mañana sale como digo».

«¡Mujer maravillosa!», murmuró el profesor.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«¿No podemos conseguir un especial?», preguntó lord Godalming. Van Helsing sacudió la cabeza: «Temo que no. Esta tierra es muy diferente de la suya o la mía; aunque tuviéramos un especial, probablemente no llegaría tan pronto como nuestro tren regular. Además, tenemos algo que preparar. Debemos pensar. Ahora organicémonos. Usted, amigo Arthur, vaya al tren y consiga los billetes y disponga que todo esté listo para que vayamos por la mañana. Usted, amigo Jonathan, vaya al agente del barco y obtenga de él cartas para el agente en Galatz, con autoridad para registrar el barco tal como se hizo aquí. Morris Quincey, vea al vicecónsul, y obtenga su ayuda con su colega en Galatz y todo lo que pueda hacer para allanar nuestro camino, de modo que no se pierda tiempo al cruzar el Danubio. John se quedará con madame Mina y conmigo, y consultaremos. Pues así si el tiempo es largo pueden ustedes demorarse; y no importará cuándo se ponga el sol, pues yo estoy aquí con madame para hacer el informe».

«Y yo —dijo la señora Harker alegremente, y más parecida a su antiguo yo de lo que había estado en muchos días— trataré de ser útil de todas las maneras, y pensaré y escribiré para ustedes como solía hacerlo. ¡Algo se está desplazando de mí de un modo extraño, y me siento más libre de lo que he estado últimamente!». Los tres hombres más jóvenes se vieron más felices en el momento al parecer darse cuenta del significado de sus palabras; pero Van Helsing y yo, volviéndonos el uno al otro, encontramos cada uno una mirada grave y turbada. No dijimos nada entonces, sin embargo.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Cuando los tres hombres salieron a sus tareas Van Helsing pidió a la señora Harker que buscara la copia de los diarios y le hallara la parte del diario de Harker en el Castillo. Ella se fue a buscarlo; cuando la puerta se cerró tras ella me dijo:

«¡Queremos decir lo mismo! ¡hable!».

«Hay algún cambio. Es una esperanza que me enferma, pues puede engañarnos».

«Exactamente. ¿Sabe por qué le pedí que trajera el manuscrito?».

«¡No! —dije—, a menos que fuera para tener ocasión de verme a solas».

«Tiene razón en parte, amigo John, pero solo en parte. Quiero decirle algo. Y oh, amigo mío, estoy corriendo un gran, un terrible riesgo; pero creo que es justo. En el momento en que madame Mina dijo esas palabras que detuvieron nuestro entendimiento, me vino una inspiración. En el trance de hace tres días el Conde le envió su espíritu para leer su mente; o más bien la llevó a verlo en su caja de tierra en el barco con el agua pasando veloz, justo cuando queda libre a la salida y puesta del sol. Supo entonces que estamos aquí; pues ella tiene más que contar en su vida abierta con ojos para ver y oídos para oír que él, encerrado, como está, en su caja-ataúd. Ahora hace su mayor esfuerzo por escapar de nosotros. Por ahora no la quiere.

»Está seguro con su tan gran conocimiento de que ella vendrá a su llamado; pero la corta, la quita, como puede

hacer, de su propio poder, para que no venga a él. ¡Ah! ahí tengo esperanza de que nuestros cerebros de hombre, que han sido de hombre tanto tiempo y que no han perdido la gracia de Dios, llegarán más alto que su cerebro de niño que yace en su tumba por siglos, que aún no crece a nuestra talla, y que solo obra egoísta y por tanto pequeño. Aquí viene madame Mina; ¡ni una palabra a ella de su trance! Ella no lo sabe; y la abrumaría y daría desesperación justo cuando queremos toda su esperanza, todo su valor; cuando más queremos todo su gran cerebro que está entrenado como cerebro de hombre, pero es de dulce mujer y tiene un poder especial que el Conde le dio, y que no puede quitar del todo, aunque no lo piense así. ¡Silencio! déjeme hablar, y aprenderá. Oh, John, amigo mío, estamos en terribles apuros. Temo, como nunca antes temí. Solo podemos confiar en el buen Dios. ¡Silencio! ¡aquí viene!».

Pensé que el profesor iba a derrumbarse y tener un ataque de histeria, tal como cuando murió Lucy, pero con gran esfuerzo se dominó y estaba en perfecto equilibrio nervioso cuando la señora Harker entró brincando en la habitación, brillante y de aspecto feliz y, en la realización del trabajo, aparentemente olvidada de su miseria. Al entrar, entregó a Van Helsing varias hojas de mecanografía. Las repasó con gravedad, su rostro iluminándose mientras leía. Luego, sosteniendo las páginas entre el índice y el pulgar, dijo:

«Amigo John, a usted con tanta experiencia ya, y a usted también, querida madame Mina, que es joven, aquí hay

una lección: no teman nunca pensar. Un medio pensamiento ha estado zumbando a menudo en mi cerebro, pero temo soltarle las alas. Aquí ahora, con más conocimiento, vuelvo a donde ese medio pensamiento vino y hallo que no es ningún medio pensamiento; que es un pensamiento entero, aunque tan joven que aún no es fuerte para usar sus alitas. Más aún, como el "Patito Feo" de mi amigo Hans Andersen, no es ningún pensamiento-pato, sino un gran pensamiento-cisne que navega noblemente con grandes alas, cuando llega el momento de que las pruebe. Vean, leo aquí lo que Jonathan ha escrito:

»"Aquel otro de su raza que, en una edad posterior, una y otra vez, llevó sus fuerzas sobre El Gran Río a la Tierra de Turquía; que, cuando fue rechazado, volvió, y volvió, y volvió, aunque tuviera que venir solo del campo sangriento donde sus tropas eran masacradas, pues sabía que solo él podía triunfar al fin".

»¿Qué nos dice esto? ¿No mucho? ¡no! El pensamiento de niño del Conde no ve nada; por eso habla tan libre. Su pensamiento de hombre no ve nada; mi pensamiento de hombre no ve nada, hasta ahora. ¡No! Pero viene otra palabra de alguien que habla sin pensamiento porque ella tampoco sabe lo que significa, lo que podría significar. Justo como hay elementos que reposan, pero cuando en el curso de la naturaleza se mueven en su camino y se tocan, ¡entonces puf! y viene un destello de luz, ancho como el cielo, que ciega y mata y destruye a algunos; pero que muestra toda la tierra abajo por leguas y leguas. ¿No es

así? Bien, lo explicaré. Para empezar, ¿han estudiado alguna vez la filosofía del crimen? “Sí” y “No”. Usted, John, sí; pues es un estudio de la demencia. Usted, no, madame Mina; pues el crimen no la toca a usted, no sino una vez. Aun así, su mente obra con verdad, y no argumenta a particulari ad universale. Hay esta peculiaridad en los criminales. Es tan constante, en todos los países y en todos los tiempos, que hasta la policía, que no sabe mucho de filosofía, llega a saberlo empíricamente, que es así. Eso es ser empírico. El criminal siempre trabaja en un solo crimen, ese es el verdadero criminal que parece predestinado al crimen, y que no quiere de ningún otro. Este criminal no tiene cerebro de hombre completo. Es listo y astuto y de recursos; pero no es de talla de hombre en cuanto al cerebro. Es de cerebro de niño en mucho. Ahora este criminal nuestro está predestinado al crimen también; él también tiene cerebro de niño, y es propio de niño hacer lo que él ha hecho. El pajarito, el pececito, el animalito aprenden no por principio, sino empíricamente; y cuando aprende a hacer, entonces tiene el terreno de donde partir para hacer más. “Dos pou stô”, dijo Arquímedes. “¡Deme un punto de apoyo, y moveré el mundo!”. Hacer una vez es el punto de apoyo por el cual el cerebro de niño se vuelve cerebro de hombre; y hasta que tiene el propósito de hacer más, continúa haciendo lo mismo de nuevo cada vez, ¡justo como ha hecho antes! Oh, querida, veo que sus ojos están abiertos, y que para usted el relámpago muestra todas las leguas», pues la señora Harker empezó a aplaudir y sus ojos centelleaban. Siguió:

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

«Ahora hablará usted. Díganos a nosotros dos hombres áridos de ciencia lo que ve con esos ojos tan brillantes». Tomó su mano y la sostuvo mientras ella hablaba. Su índice y pulgar se cerraron sobre su pulso, como pensé instintiva e inconscientemente, mientras ella hablaba:

«El Conde es un criminal y de tipo criminal. Nordau y Lombroso lo clasificarían así, y quâ criminal es de mente imperfectamente formada. Así, en una dificultad tiene que buscar recurso en el hábito. Su pasado es una pista, y la única página de él que conocemos, y eso de sus propios labios, dice que una vez antes, cuando en lo que el señor Morris llamaría un "apuro", volvió a su propio país desde la tierra que había intentado invadir, y de allí, sin perder el propósito, se preparó para un nuevo esfuerzo. Volvió mejor equipado para su obra; y ganó. Así vino a Londres para invadir una tierra nueva. Fue derrotado, y cuando toda esperanza de éxito estaba perdida, y su existencia en peligro, huyó de vuelta por el mar a su hogar; justo como antes había huido de vuelta por el Danubio desde la Tierra de Turquía».

«¡Bien, bien! ¡oh, usted tan lista dama!», dijo Van Helsing, con entusiasmo, mientras se inclinaba y besaba su mano. Un momento después me dijo, tan tranquilamente como si estuviéramos teniendo una consulta en una sala de enfermos:

«Setenta y dos solamente; y en toda esta excitación. Tengo esperanza». Volviéndose a ella otra vez, dijo con aguda expectación:

«Pero siga. ¡Siga! hay más que contar si quiere. No tema; John y yo sabemos. Yo en todo caso, y le diré si tiene razón. ¡Hable, sin temor!».

«Trataré; pero me perdonará si parezco egotista».

«¡No! No tema, debe ser egotista, pues es en usted que pensamos».

«Entonces, como es criminal es egoísta; y como su intelecto es pequeño y su acción está basada en el egoísmo, se confina a un solo propósito. Ese propósito es implacable. Así como huyó de vuelta por el Danubio, dejando a sus fuerzas ser despedazadas, así ahora está empeñado en estar a salvo, sin cuidarse de todo. Así su propio egoísmo libera mi alma algo del terrible poder que adquirió sobre mí aquella noche espantosa. ¡Lo sentí! ¡Oh, lo sentí! ¡Gracias a Dios, por Su gran misericordia! Mi alma está más libre de lo que ha estado desde aquella hora espantosa; y todo lo que me obsesiona es un temor de que en algún trance o sueño haya podido usar mi conocimiento para sus fines». El profesor se puso de pie:

«Ha usado así su mente; y por ella nos ha dejado aquí en Varna, mientras el barco que lo llevaba se lanzaba por la niebla envolvente hasta Galatz, donde, sin duda, había hecho preparativos para escapar de nosotros. Pero su mente de niño solo vio hasta ahí; y puede ser que, como siempre es en la Providencia de Dios, aquello mismo con que el malhechor más contó para su bien egoísta resulte ser su mayor daño. El cazador es atrapado en su propia red, como dice el gran Salmista. Pues ahora que cree estar libre de todo rastro de nosotros, y que nos ha escapado

con tantas horas de ventaja, entonces su egoísta cerebro de niño le susurrará a dormir. Piensa también que como se cortó de saber su mente, no puede haber conocimiento de él para usted; ¡ahí es donde falla! Ese terrible bautismo de sangre que le dio a usted la hace libre de ir a él en espíritu, como ha hecho hasta ahora en sus tiempos de libertad, cuando el sol sale y se pone. En tales momentos usted va por mi voluntad y no por la suya; y este poder para el bien de usted y de otros, lo ha ganado de su sufrimiento a sus manos. Esto es ahora tanto más precioso cuanto que él no lo sabe, y para guardarse a sí mismo se ha cortado hasta de su conocimiento de nuestro dónde. Nosotros, sin embargo, no somos egoístas, y creemos que Dios está con nosotros a través de toda esta negrura, y estas muchas horas oscuras. Lo seguiremos; y no nos acobardaremos; aunque arriesguemos volvernos como él. Amigo John, esta ha sido una gran hora; y ha hecho mucho por avanzarnos en nuestro camino. Usted debe ser escriba y escribirlo todo, para que cuando los otros vuelvan de su trabajo pueda dárselo; entonces sabrán como nosotros».

Y así lo he escrito mientras esperamos su regreso, y la señora Harker ha escrito con su máquina todo desde que nos trajo el manuscrito.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

CAPÍTULO XXVI

Diario del doctor Seward

29 de octubre.—Esto está escrito en el tren de Varna a Galatz. Anoche nos reunimos todos un poco antes de la puesta del sol. Cada uno había hecho su trabajo lo mejor que pudo; en lo que a pensamiento, esfuerzo y oportunidad se refiere, estamos preparados para todo nuestro viaje, y para nuestra obra cuando lleguemos a Galatz. Cuando llegó la hora habitual la señora Harker se preparó para su esfuerzo hipnótico; y después de un esfuerzo más largo y serio de parte de Van Helsing que el que ha sido habitualmente necesario, se hundió en el trance. Suele hablar a una insinuación; pero esta vez el profesor tuvo que hacerle preguntas, y hacerlas con bastante resolución, antes de que pudiéramos saber nada; al fin llegó su respuesta:

«No veo nada; estamos quietos; no hay olas chapoteando, sino solo un remolino constante de agua corriendo suavemente contra el cable. Oigo voces de hombres llamando, cerca y lejos, y el rodar y crujir de remos en los toletes. Se dispara un cañón en alguna parte; su eco parece lejano. Hay un pisoteo de pies sobre mi cabeza, y se arrastran cuerdas y cadenas. ¿Qué es esto? Hay un destello de luz; siento el aire soplando sobre mí».

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Aquí se detuvo. Se había levantado, como impulsivamente, de donde yacía en el sofá, y alzó ambas manos, con las palmas hacia arriba, como levantando un peso. Van Helsing y yo nos miramos con comprensión. Quincey alzó ligeramente las cejas y la miró intensamente, mientras la mano de Harker se cerraba instintivamente en torno a la empuñadura de su kukri. Hubo una larga pausa. Todos sabíamos que el momento en que podía hablar pasaba; pero sentíamos que era inútil decir nada. De pronto se incorporó, y, al abrir los ojos, dijo dulcemente:

«¿A ninguno de ustedes le apetecería una taza de té? ¡Deben estar todos tan cansados!». Solo podíamos hacerla feliz, y accedimos. Se fue afanosa a preparar el té; cuando se hubo ido Van Helsing dijo:

«Ya ven, amigos míos. Está cerca de tierra: ha dejado su cofre de tierra. Pero aún tiene que desembarcar. En la noche puede yacer oculto en alguna parte; pero si no es llevado a tierra, o si el barco no la toca, no puede alcanzar la tierra. En tal caso puede, si es de noche, cambiar su forma y puede saltar o volar a tierra, como hizo en Whitby. Pero si llega el día antes de que desembarque, entonces, a menos que sea llevado, no puede escapar. Y si es llevado, entonces los aduaneros pueden descubrir lo que la caja contiene. Así, en fin, si no escapa a tierra esta noche, o antes del alba, habrá todo el día perdido para él. Podemos entonces llegar a tiempo; pues si no escapa de noche daremos con él de día, encajonado y a nuestra merced; pues no se atreve a ser su verdadero yo, despierto y visible, no sea que lo descubran».

No había más que decir, así que esperamos con paciencia hasta el alba; momento en que podríamos saber más de la señora Harker.

Temprano esta mañana escuchamos, con ansiedad sin aliento, su respuesta en su trance. La etapa hipnótica tardó aún más en llegar que antes; y cuando llegó el tiempo que quedaba hasta la plena salida del sol era tan corto que empezamos a desesperar. Van Helsing pareció poner toda su alma en el esfuerzo; al fin, en obediencia a su voluntad ella respondió:

«Todo está oscuro. Oigo agua chapoteando, a mi nivel, y algún crujido como de madera contra madera». Se detuvo, y el sol rojo se disparó. Debemos esperar hasta esta noche.

Y así es que viajamos hacia Galatz en una agonía de expectación. Debemos llegar entre las dos y las tres de la madrugada; pero ya, en Bucarest, llevamos tres horas de retraso, así que no podemos de ningún modo llegar hasta bien pasada la salida del sol. Así tendremos dos mensajes hipnóticos más de la señora Harker; uno o ambos pueden quizá arrojar más luz sobre lo que sucede.

Más tarde.—El ocaso ha llegado y pasado. Afortunadamente llegó en un momento en que no había distracción; pues si hubiera ocurrido mientras estábamos en una estación, quizá no habríamos conseguido la calma y el aislamiento necesarios. La señora Harker cedió a la influencia hipnótica aún menos fácilmente que esta mañana. Temo que su poder de leer las sensaciones del Conde pueda extinguirse, justo cuando más lo queremos. Me parece que su imaginación empieza a obrar. Mientras

ha estado en el trance hasta ahora se ha confinado a los hechos más simples. Si esto sigue puede finalmente engañarnos. Si pensara que el poder del Conde sobre ella se extinguiría igualmente con su poder de conocimiento sería un pensamiento feliz; pero temo que no sea así. Cuando habló, sus palabras fueron enigmáticas:

«Algo se va; lo siento pasar junto a mí como un viento frío. Oigo, a lo lejos, sonidos confusos, como de hombres hablando en lenguas extrañas, agua cayendo furiosa, y el aullido de lobos». Se detuvo y un estremecimiento la recorrió, aumentando en intensidad por unos segundos, hasta que, al final, tembló como en una parálisis. No dijo más, ni siquiera en respuesta al interrogatorio imperativo del profesor. Cuando despertó del trance, estaba fría, y exhausta, y lánguida; pero su mente estaba toda alerta. No podía recordar nada, pero preguntó qué había dicho; cuando se le dijo, reflexionó sobre ello hondamente por largo tiempo y en silencio.

30 de octubre, 7 a. m.—Estamos cerca de Galatz ahora, y puede que no tenga tiempo de escribir luego. La salida del sol de esta mañana fue esperada con ansiedad por todos nosotros. Sabiendo de la creciente dificultad de obtener el trance hipnótico, Van Helsing empezó sus pases más temprano que de costumbre. No produjeron efecto, sin embargo, hasta la hora regular, cuando ella cedió con aún mayor dificultad, solo un minuto antes de que saliera el sol. El profesor no perdió tiempo en su interrogatorio; su respuesta llegó con igual rapidez:

«Todo está oscuro. Oigo agua arremolinándose, a la altura de mis oídos, y el crujido de madera contra madera. El ganado muge lejos. Hay otro sonido, uno raro, como…». Se detuvo y se puso blanca, y más blanca aún.

«¡Siga; siga! ¡Hable, se lo ordeno!», dijo Van Helsing con voz agonizante. Al mismo tiempo había desesperación en sus ojos, pues el sol salido enrojecía hasta el pálido rostro de la señora Harker. Abrió los ojos, y todos nos sobresaltamos cuando dijo, dulcemente y al parecer con la mayor despreocupación:

«Oh, profesor, ¿por qué me pide que haga lo que sabe que no puedo? No recuerdo nada». Luego, viendo la mirada de asombro en nuestros rostros, dijo, volviéndose de uno a otro con una mirada turbada:

«¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? No sé nada, solo que estaba aquí tendida, medio dormida, y oí que decía "¡siga! ¡hable, se lo ordeno!". ¡Me pareció tan gracioso oírlo mandarme, como si fuera una niña mala!».

«Oh, madame Mina —dijo él con tristeza—, es prueba, si prueba hace falta, de cuánto la quiero y honro, cuando una palabra para su bien, dicha con más seriedad que nunca, puede parecer tan extraña porque es para mandar a aquella a quien me enorgullece obedecer».

Los silbatos suenan; nos acercamos a Galatz. Ardemos de ansiedad y ansia.

Diario de Mina Harker.

30 de octubre.—El señor Morris me llevó al hotel donde nuestros cuartos habían sido encargados por telégrafo,

siendo él quien mejor podía ser dispensado, ya que no habla ninguna lengua extranjera. Las fuerzas se distribuyeron más o menos como en Varna, salvo que lord Godalming fue al vicecónsul, pues su rango podía servir de inmediata garantía de algún tipo para el funcionario, estando nosotros con extrema prisa. Jonathan y los dos doctores fueron al agente naviero para saber detalles de la llegada de la Czarina Catalina.

Más tarde.—Lord Godalming ha vuelto. El cónsul está ausente, y el vicecónsul enfermo; así que el trabajo de rutina ha sido atendido por un empleado. Fue muy servicial, y se ofreció a hacer todo lo que estuviera en su poder.

Diario de Jonathan Harker.

30 de octubre.—A las nueve el doctor Van Helsing, el doctor Seward y yo visitamos a los señores Mackenzie & Steinkoff, los agentes de la firma londinense Hapgood. Habían recibido un cable de Londres, en respuesta a la petición telegrafiada de lord Godalming, pidiéndoles que nos mostraran toda la cortesía que estuviera en su poder. Fueron más que amables y corteses, y nos llevaron de inmediato a bordo de la Czarina Catalina, que estaba anclada en el puerto fluvial. Allí vimos al Capitán, de nombre Donelson, que nos contó su viaje. Dijo que en toda su vida nunca había tenido una travesía tan favorable.

«¡Hombre! —dijo—, pero nos dio miedo, porque esperábamos tener que pagarlo con alguna buena pieza de mala suerte, para mantener el promedio. No es natural correr de Londres al mar Negro con el viento a popa, como

si el Diablo mismo soplara en la vela para sus propios fines. Y todo el tiempo no podíamos ver cosa alguna. Si estábamos cerca de un barco, o un puerto, o un cabo, una niebla caía sobre nosotros y viajaba con nosotros, hasta que cuando se levantaba y mirábamos afuera, ni el diablo veíamos. Pasamos por Gibraltar sin poder hacer señales; y hasta que llegamos a los Dardanelos y tuvimos que esperar para obtener el permiso de paso, nunca estuvimos al alcance de la voz de nadie. Al principio me inclinaba a aflojar vela y dar bordadas hasta que se levantara la niebla; pero a veces pensaba que si el Diablo estaba decidido a llevarnos al mar Negro pronto, era capaz de hacerlo quisiéramos o no. Si teníamos una travesía rápida no sería para descrédito nuestro ante los armadores, ni daño a nuestro tráfico; y el Viejo, que había cumplido su propio fin, nos estaría decentemente agradecido por no estorbarle». Esta mezcla de simpleza y astucia, de superstición y razonamiento comercial, despertó a Van Helsing, quien dijo:

«Amigo mío, ¡ese Diablo es más listo de lo que algunos piensan; y sabe cuándo encuentra a su igual!». Al patrón no le desagradó el cumplido, y siguió:

«Cuando pasamos el Bósforo los hombres empezaron a rezongar; algunos de ellos, los rumanos, vinieron a pedirme que tirara por la borda una caja grande que había sido puesta a bordo por un viejo de aspecto raro justo antes de que partiéramos de Londres. Los había visto mirar de reojo al tipo y sacar dos dedos al verlo, para guardarse del mal de ojo. ¡Hombre! ¡pero la superstición

de los extranjeros es perfectamente ridícula! Los mandé a sus asuntos bastante rápido; pero como justo después una niebla se cerró sobre nosotros sentí un poquito lo mismo que ellos respecto a algo, aunque no diría que fuera contra la caja grande. Bueno, seguimos, y como la niebla no se levantó en cinco días dejé que el viento nos llevara; pues si el Diablo quería llegar a alguna parte, bueno, lo conseguiría de todos modos. Y si no, bueno, estaríamos alerta de cualquier forma. Seguro que tuvimos buen camino y aguas hondas todo el tiempo; y hace dos días, cuando el sol de la mañana atravesó la niebla, nos hallamos justo en el río frente a Galatz. Los rumanos estaban furiosos, y querían que a las buenas o a las malas sacara la caja y la tirara al río. Tuve que discutirlo con ellos con una palanca; y cuando el último de ellos se levantó de la cubierta con la cabeza en la mano, los había convencido de que, mal de ojo o no mal de ojo, la propiedad y el encargo de mis armadores estaban mejor en mis manos que en el río Danubio. Habían, fíjese, puesto la caja en cubierta lista para tirarla, y como estaba marcada Galatz vía Varna, pensé dejarla estar hasta que descargáramos en el puerto y librarme de ella de una vez. No hicimos mucha descarga ese día, y tuvimos que quedarnos la noche anclados; pero por la mañana, muy temprano, una hora antes de salir el sol, subió a bordo un hombre con una orden, escrita para él desde Inglaterra, de recibir una caja marcada para un tal conde Drácula. Seguro que el asunto estaba ya listo para su mano. Tenía sus papeles en regla, y me alegré de librarme de la maldita cosa, pues yo mismo empezaba a sentirme inquieto con

ella. Si el Diablo tuvo algún equipaje a bordo del barco, creo que no era otro que ese mismo».

«¿Cuál era el nombre del hombre que se la llevó?», preguntó el doctor Van Helsing con ansia contenida.

«¡Se lo diré enseguida!», respondió, y, bajando a su camarote, sacó un recibo firmado «Immanuel Hildesheim». La dirección era Burgen-strasse 16. Averiguamos que esto era todo lo que el Capitán sabía; así que con gracias nos fuimos.

Hallamos a Hildesheim en su oficina, un hebreo más bien del tipo del Teatro Adelphi, con una nariz como de oveja, y un fez. Sus argumentos fueron puntuados con moneda sonante, haciendo nosotros la puntuación, y con un poco de regateo nos dijo lo que sabía. Resultó ser simple pero importante. Había recibido una carta del señor de Ville, de Londres, diciéndole que recibiera, si era posible antes de la salida del sol para evitar la aduana, una caja que llegaría a Galatz en la Czarina Catalina. Esta debía entregarla al cargo de un tal Petrof Skinsky, que trataba con los eslovacos que comerciaban río abajo hasta el puerto. Se le había pagado por su trabajo con un billete de banco inglés, que había sido debidamente cambiado por oro en el Banco Internacional del Danubio. Cuando Skinsky vino a él, lo había llevado al barco y entregado la caja, para ahorrar acarreo. Eso era todo lo que sabía.

Buscamos entonces a Skinsky, pero no pudimos hallarlo. Uno de sus vecinos, que no parecía tenerle afecto alguno, dijo que se había ido dos días antes, nadie sabía adónde. Esto fue corroborado por su casero, que había recibido por

mensajero la llave de la casa junto con el alquiler debido, en dinero inglés. Esto había sido entre las diez y las once de anoche. Estábamos otra vez en un punto muerto.

Mientras hablábamos vino uno corriendo y con voz entrecortada dijo que el cuerpo de Skinsky había sido hallado dentro del muro del cementerio de San Pedro, y que la garganta había sido desgarrada como por algún animal salvaje. Aquellos con quienes habíamos estado hablando salieron corriendo a ver el horror, las mujeres gritando: «¡Esto es obra de un eslovaco!». Nos apresuramos a irnos para no vernos de algún modo arrastrados al asunto, y así detenidos.

Al volver a casa no pudimos llegar a ninguna conclusión definida. Estábamos todos convencidos de que la caja iba en camino, por agua, a alguna parte; pero dónde pudiera ser habríamos de descubrirlo. Con corazones pesados volvimos al hotel con Mina.

Cuando nos reunimos, lo primero fue consultar si tomábamos de nuevo a Mina en nuestra confianza. Las cosas se están poniendo desesperadas, y es al menos una oportunidad, aunque arriesgada. Como paso preliminar, se me liberó de mi promesa a ella.

Diario de Mina Harker.

30 de octubre, tarde.—Estaban tan cansados y agotados y desanimados que no había nada que hacer hasta que descansaran; así que les pedí a todos que se acostaran media hora mientras yo ponía todo al día hasta el momento. Estoy tan agradecida al hombre que inventó la máquina de escribir «de Viajero», y al señor Morris por

conseguirme esta. Me habría sentido bastante perdida haciendo el trabajo si hubiera tenido que escribir con pluma…

Todo está hecho; pobre querido, querido Jonathan, lo que debe de haber sufrido, lo que debe de estar sufriendo ahora. Yace en el sofá apenas pareciendo respirar, y todo su cuerpo parece en colapso. Tiene las cejas fruncidas; su rostro está contraído de dolor. Pobrecito, quizá está pensando, y puedo ver su rostro todo arrugado por la concentración de sus pensamientos. ¡Oh! si pudiera ayudar de algún modo… Haré lo que pueda.

He pedido al doctor Van Helsing, y me ha conseguido todos los papeles que no he visto aún… Mientras descansan, los repasaré todos cuidadosamente, y quizá llegue a alguna conclusión. Trataré de seguir el ejemplo del profesor, y pensar sin prejuicio sobre los hechos ante mí…

Creo realmente que bajo la providencia de Dios he hecho un descubrimiento. Conseguiré los mapas y los examinaré…

Estoy más segura que nunca de que tengo razón. Mi nueva conclusión está lista, así que reuniré a nuestro grupo y la leeré. Ellos pueden juzgarla; es bueno ser exacto, y cada minuto es precioso.

Memorándum de Mina Harker.

(Anotado en su Diario.)

Base de la indagación.—El problema del conde Drácula es volver a su propio lugar.

(a) Alguien debe llevarlo de vuelta. Esto es evidente; pues si tuviera poder de moverse a voluntad podría ir ya como hombre, ya como lobo, ya como murciélago, o de otra manera. Evidentemente teme el descubrimiento o la interferencia, en el estado de impotencia en que debe estar, confinado como está entre el alba y el ocaso en su caja de madera.

(b) ¿Cómo se lo llevará?—Aquí un proceso de exclusiones puede ayudarnos. ¿Por carretera, por ferrocarril, por agua?

1. Por carretera.—Hay dificultades sin fin, especialmente al salir de la ciudad.

(x) Hay gente; y la gente es curiosa, e investiga. Una insinuación, una sospecha, una duda de lo que pudiera haber en la caja, lo destruiría.

(y) Hay, o puede haber, aduaneros y funcionarios de consumos que pasar.

(z) Sus perseguidores podrían seguirlo. Este es su mayor miedo; y para impedir ser traicionado ha rechazado, hasta donde puede, incluso a su víctima: ¡a mí!

2. Por ferrocarril.—No hay nadie a cargo de la caja. Tendría que correr el riesgo de ser demorada; y la demora sería fatal, con enemigos en la pista. Cierto, podría escapar de noche; pero ¿qué sería de él, si lo dejaran en un lugar extraño sin refugio al que huir? Esto no es lo que pretende; y no piensa arriesgarlo.

3. Por agua.—Aquí está el camino más seguro, en un aspecto, pero con más peligro en otro. En el agua está

impotente salvo de noche; aun entonces solo puede convocar niebla y tormenta y nieve y sus lobos. Pero si naufragara, el agua viva lo engulliría, indefenso; y estaría de veras perdido. Podría hacer que la nave fuera a tierra; pero si fuera tierra hostil, donde no fuera libre de moverse, su posición seguiría siendo desesperada.

Sabemos por el registro que estuvo en el agua; así que lo que tenemos que hacer es averiguar qué agua.

Lo primero es darse cuenta exactamente de lo que ha hecho hasta ahora; podemos entonces obtener luz sobre cuál ha de ser su tarea posterior.

Primero.—Debemos distinguir entre lo que hizo en Londres como parte de su plan general de acción, cuando estaba apremiado de momentos y tuvo que arreglar lo mejor que pudo.

Segundo, debemos ver, tan bien como podemos conjeturarlo por los hechos que conocemos, lo que ha hecho aquí.

En cuanto a lo primero, evidentemente pretendía llegar a Galatz, y envió factura a Varna para engañarnos, no fuéramos a averiguar su medio de salida de Inglaterra; su propósito inmediato y único entonces era escapar. La prueba de ello es la carta de instrucciones enviada a Immanuel Hildesheim para despachar y llevarse la caja antes de la salida del sol. Hay también la instrucción a Petrof Skinsky. Esas solo podemos adivinarlas; pero debe de haber habido alguna carta o mensaje, ya que Skinsky vino a Hildesheim.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Que hasta ahora sus planes tuvieron éxito lo sabemos. La Czarina Catalina hizo un viaje fenomenalmente rápido, tanto que se despertaron las sospechas del capitán Donelson; pero su superstición unida a su cautela jugó el juego del Conde por él, y corrió con su viento favorable por nieblas y todo hasta llegar a ciegas a Galatz. Que los arreglos del Conde estaban bien hechos, está probado. Hildesheim despachó la caja, se la llevó, y la entregó a Skinsky. Skinsky la tomó, y aquí perdemos la pista. Solo sabemos que la caja está en alguna parte en el agua, moviéndose. La aduana y los consumos, si los hay, han sido evitados.

Ahora llegamos a lo que el Conde debe de haber hecho tras su llegada, en tierra, en Galatz.

La caja fue dada a Skinsky antes de la salida del sol. A la salida del sol el Conde pudo aparecer en su propia forma. Aquí preguntamos, ¿por qué fue elegido siquiera Skinsky para ayudar en la obra? En el diario de mi marido, Skinsky es mencionado como tratando con los eslovacos que comercian río abajo hasta el puerto; y la observación del hombre de que el asesinato fue obra de un eslovaco mostró el sentimiento general contra su clase. El Conde quería aislamiento.

Mi conjetura es esta: que en Londres el Conde decidió volver a su castillo por agua, como el camino más seguro y secreto. Fue traído del castillo por szgany, y probablemente ellos entregaron su carga a eslovacos que llevaron las cajas a Varna, pues allí fueron embarcadas para Londres. Así el Conde tenía conocimiento de las

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

personas que podían arreglar este servicio. Cuando la caja estuvo en tierra, antes de la salida del sol o después de la puesta, salió de su caja, se encontró con Skinsky y le instruyó qué hacer para arreglar el transporte de la caja río arriba. Cuando esto estuvo hecho, y supo que todo estaba en marcha, borró sus huellas, como pensó, asesinando a su agente.

He examinado el mapa y hallo que el río más adecuado para que los eslovacos hayan remontado es el Pruth o el Sereth. Leo en el texto mecanografiado que en mi trance oí mugir vacas y agua arremolinándose a la altura de mis oídos y el crujido de madera. El Conde en su caja, pues, iba en un río en un bote abierto, impulsado probablemente por remos o pértigas, pues las orillas están cerca y va contra la corriente. No habría tal sonido si flotara río abajo.

Por supuesto puede que no sea ni el Sereth ni el Pruth, pero quizá podamos investigar más. Ahora bien, de estos dos, el Pruth es más fácilmente navegable, pero el Sereth se une, en Fundu, con el Bistritza que sube rodeando el paso de Borgo. El bucle que hace está manifiestamente tan cerca del castillo de Drácula como se puede llegar por agua.

Diario de Mina Harker (continuación).

Cuando terminé de leer, Jonathan me tomó en sus brazos y me besó. Los otros seguían sacudiéndome ambas manos, y el doctor Van Helsing dijo:

«Nuestra querida madame Mina es una vez más nuestra maestra. Sus ojos han estado donde nosotros estábamos

ciegos. Ahora estamos en la pista otra vez, y esta vez podemos tener éxito. Nuestro enemigo está en su mayor impotencia; y si podemos dar con él de día, en el agua, nuestra tarea habrá terminado. Tiene ventaja, pero es impotente para apresurarse, pues no puede dejar su caja para que los que lo llevan no sospechen; porque sospechar sería incitarlos a arrojarlo a la corriente donde perecería. Esto lo sabe, y no lo hará. Ahora, hombres, a nuestro Consejo de Guerra; pues, aquí y ahora, debemos planear lo que cada uno y todos harán».

«Conseguiré una lancha de vapor y lo seguiré», dijo lord Godalming.

«Y yo, caballos para seguir por la orilla por si acaso desembarca», dijo el señor Morris.

«¡Bien! —dijo el profesor—, ambos bien. Pero ninguno debe ir solo. Debe haber fuerza para vencer fuerza si es necesario; el eslovaco es fuerte y rudo, y lleva armas toscas». Todos los hombres sonrieron, pues entre ellos llevaban un pequeño arsenal. Dijo el señor Morris:

«He traído unos Winchesters; son muy a mano en una multitud, y puede haber lobos. El Conde, si recuerdan, tomó otras precauciones; hizo algunas requisiciones a otros que la señora Harker no pudo oír ni entender bien. Debemos estar listos en todos los puntos». El doctor Seward dijo:

«Creo que más vale que vaya con Quincey. Estamos acostumbrados a cazar juntos, y los dos, bien armados, seremos rival para lo que venga. No debes estar solo, Art. Puede ser necesario pelear con los eslovacos, y una

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

estocada casual, pues no supongo que estos tipos lleven armas de fuego, desharía todos nuestros planes. No debe haber riesgos esta vez; no descansaremos hasta que la cabeza y el cuerpo del Conde estén separados, y estemos seguros de que no puede reencarnar». Miró a Jonathan al hablar, y Jonathan me miró a mí. Pude ver que el pobre querido estaba desgarrado en su mente. Por supuesto quería estar conmigo; pero entonces el servicio de la lancha sería, muy probablemente, el que destruiría al… al… al… Vampiro. (¿Por qué dudé en escribir la palabra?). Estuvo callado un rato, y durante su silencio habló el doctor Van Helsing:

«Amigo Jonathan, esto es para usted por doble razón. Primero, porque es joven y valiente y puede luchar, y todas las energías pueden hacer falta al final; y además que es su derecho destruirlo, a aquello que ha obrado tal desdicha para usted y los suyos. No tema por madame Mina; ella será mi cuidado, si puedo. Soy viejo. Mis piernas no son tan rápidas para correr como antes; y no estoy acostumbrado a cabalgar tanto tiempo ni a perseguir como sea necesario, ni a pelear con armas letales. Pero puedo ser de otro servicio; puedo pelear de otro modo. Y puedo morir, si es necesario, tan bien como hombres más jóvenes. Ahora déjenme decir que lo que yo quisiera es esto: mientras ustedes, mi lord Godalming y amigo Jonathan, van en su tan veloz vaporcito río arriba, y mientras John y Quincey guardan la orilla donde por azar pudiera desembarcar, yo llevaré a madame Mina derecho al corazón del país del enemigo. Mientras el viejo zorro está atado en su caja, flotando en la corriente de donde no

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

puede escapar a tierra, donde no se atreve a alzar la tapa de su caja-ataúd no sea que sus acarreadores eslovacos por miedo lo dejen perecer, nosotros iremos por la ruta por donde fue Jonathan, de Bistritz sobre el Borgo, y hallaremos nuestro camino al Castillo de Drácula. Aquí, el poder hipnótico de madame Mina seguramente ayudará, y hallaremos nuestro camino, todo oscuro y desconocido de otro modo, tras la primera salida del sol cuando estemos cerca de ese lugar fatídico. Hay mucho que hacer, y otros lugares que santificar, para que ese nido de víboras sea borrado». Aquí Jonathan lo interrumpió acaloradamente:

«¿Quiere decir, profesor Van Helsing, que llevaría a Mina, en su triste caso y manchada como está con esa enfermedad del diablo, derecho a las fauces de su trampa mortal? ¡Ni por el mundo! ¡Ni por el Cielo ni por el Infierno!». Quedó casi sin habla un minuto, y luego siguió:

«¿Sabe lo que es ese lugar? ¿Ha visto esa espantosa guarida de infamia infernal, con la misma luz de la luna viva de formas horrendas, y cada mota de polvo que gira en el viento un monstruo devorador en embrión? ¿Ha sentido los labios del Vampiro en su garganta?». Aquí se volvió hacia mí, y al caer sus ojos sobre mi frente alzó los brazos con un grito: «¡Oh, Dios mío, qué hemos hecho para tener este terror sobre nosotros!», y se hundió en el sofá en un colapso de miseria. La voz del profesor, al hablar con tonos claros y dulces, que parecían vibrar en el aire, nos calmó a todos:

«Oh, amigo mío, es porque quisiera salvar a madame Mina de ese espantoso lugar que quisiera ir. Dios no

permita que la lleve a ese lugar. Hay una obra, salvaje obra, que hacer allí, que sus ojos no deben ver. Los hombres aquí, todos salvo Jonathan, han visto con sus propios ojos lo que hay que hacer antes de que ese lugar pueda ser purificado. Recuerden que estamos en terribles apuros. Si el Conde nos escapa esta vez, y es fuerte y sutil y astuto, puede elegir dormirse un siglo, y entonces con el tiempo nuestra querida» —tomó mi mano— «vendría a él para hacerle compañía, y sería como aquellas otras que usted, Jonathan, vio. Nos ha hablado de sus labios ávidos; oyó su risa procaz mientras agarraban la bolsa que se movía que el Conde les arrojó. Se estremece; y bien puede ser. Perdóneme que le cause tanto dolor, pero es necesario. Amigo mío, ¿no es una necesidad terrible por la cual doy, posiblemente, mi vida? Si fuera que alguien entrara en ese lugar para quedarse, soy yo quien tendría que ir para hacerle compañía».

«Haga lo que quiera —dijo Jonathan, con un sollozo que lo sacudió entero—, ¡estamos en manos de Dios!».

Más tarde.—Oh, me hizo bien ver la manera en que trabajaron estos valientes hombres. ¡Cómo pueden las mujeres evitar querer a los hombres cuando son tan serios, y tan leales, y tan valientes! Y, también, me hizo pensar en el maravilloso poder del dinero. ¡Qué no puede hacer cuando se aplica debidamente; y qué podría hacer usado bajamente! Me sentí tan agradecida de que lord Godalming sea rico, y de que él y el señor Morris, que también tiene mucho dinero, estén dispuestos a gastarlo tan libremente. Pues si no lo hicieran, nuestra pequeña

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

expedición no podría partir, ni tan pronto ni tan bien equipada, como lo hará dentro de una hora. No hace tres horas que se arregló qué parte haría cada uno de nosotros; y ahora lord Godalming y Jonathan tienen una hermosa lancha de vapor, con vapor en marcha lista para partir en un momento. El doctor Seward y el señor Morris tienen media docena de buenos caballos, bien aparejados. Tenemos todos los mapas y aparatos de varias clases que se pueden tener. El profesor Van Helsing y yo saldremos en el tren de las 11:40 esta noche a Veresti, donde conseguiremos un carruaje para ir al paso de Borgo. Llevamos una buena cantidad de dinero en efectivo, pues compraremos un carruaje y caballos. Conduciremos nosotros mismos, pues no tenemos a nadie de confianza en el asunto. El profesor sabe algo de muchísimas lenguas, así que nos arreglaremos bien. Todos tenemos armas, incluso para mí un revólver de gran calibre; Jonathan no estaría feliz a menos que yo estuviera armada como los demás. ¡Ay! No puedo llevar un arma que los demás sí; la cicatriz de mi frente lo prohíbe. El querido doctor Van Helsing me consuela diciéndome que estoy plenamente armada pues puede haber lobos; el tiempo se hace más frío cada hora, y hay ráfagas de nieve que vienen y van como advertencias.

Más tarde.—Me costó todo mi valor decir adiós a mi amado. Quizá no nos encontremos nunca más. ¡Ánimo, Mina! el profesor te mira con agudeza; su mirada es una advertencia. No debe haber lágrimas ahora, a menos que Dios las deje caer con alegría.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Diario de Jonathan Harker.

30 de octubre. Noche.—Escribo esto a la luz de la puerta del horno de la lancha de vapor: lord Godalming está alimentando el fuego. Es mano experimentada en el trabajo, pues ha tenido por años una lancha propia en el Támesis, y otra en los Broads de Norfolk. En cuanto a nuestros planes, decidimos finalmente que la conjetura de Mina era correcta, y que si algún curso de agua fue elegido para el escape del Conde de vuelta a su Castillo, el Sereth y luego el Bistritza en su unión sería el elegido. Supusimos que hacia el grado 47 de latitud norte sería el lugar escogido para cruzar el país entre el río y los Cárpatos. No tenemos miedo de correr a buena velocidad río arriba de noche; hay mucha agua, y las orillas están lo bastante separadas para hacer fácil la navegación a vapor, incluso en la oscuridad. Lord Godalming me dice que duerma un rato, pues basta por ahora con que uno esté de guardia. Pero no puedo dormir; ¿cómo puedo con el terrible peligro que pende sobre mi amada, y ella yendo a ese espantoso lugar…? Mi único consuelo es que estamos en manos de Dios. Solo por esa fe sería más fácil morir que vivir, y así librarse de toda la angustia. El señor Morris y el doctor Seward partieron en su largo viaje a caballo antes de que saliéramos; deben mantenerse en la orilla derecha, lo bastante lejos para ganar tierras más altas desde donde puedan ver un buen trecho del río y evitar seguir sus curvas. Tienen, para las primeras etapas, dos hombres para montar y llevar sus caballos de repuesto, cuatro en total, para no excitar la curiosidad. Cuando despidan a los hombres, lo que será pronto, ellos mismos cuidarán de los

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

caballos. Puede ser necesario que unamos fuerzas; si es así pueden montar a todo nuestro grupo. Una de las sillas tiene un pomo desmontable, y puede adaptarse fácilmente para Mina, si hace falta.

Es una salvaje aventura la que emprendemos. Aquí, mientras corremos por la oscuridad, con el frío del río pareciendo subir y golpearnos; con todas las misteriosas voces de la noche a nuestro alrededor, todo se hace patente. Parecemos ir a la deriva hacia lugares desconocidos y caminos desconocidos; hacia todo un mundo de cosas oscuras y espantosas. Godalming está cerrando la puerta del horno…

31 de octubre.—Seguimos apresurándonos. El día ha llegado, y Godalming duerme. Yo estoy de guardia. La mañana es amargamente fría; el calor del horno es grato, aunque llevamos pesados abrigos de piel. Hasta ahora solo hemos pasado unos pocos botes abiertos, pero ninguno llevaba a bordo caja ni bulto alguno de algo parecido al tamaño de la que buscamos. Los hombres se asustaban cada vez que dirigíamos nuestra lámpara eléctrica sobre ellos, y caían de rodillas y rezaban.

1 de noviembre, tarde.—Ninguna noticia en todo el día; no hemos hallado nada de lo que buscamos. Hemos pasado ya al Bistritza; y si nos equivocamos en nuestra conjetura nuestra oportunidad está perdida. Hemos registrado cada bote, grande y pequeño. Temprano esta mañana, una tripulación nos tomó por una embarcación del Gobierno, y nos trató en consecuencia. Vimos en esto una manera de allanar las cosas, así que en Fundu, donde el Bistritza

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

desemboca en el Sereth, conseguimos una bandera rumana que ahora izamos de manera visible. Con cada bote que hemos registrado desde entonces este truco ha tenido éxito; se nos ha mostrado toda deferencia, y ni una vez objeción alguna a lo que decidiéramos pedir o hacer. Algunos de los eslovacos nos dicen que un barco grande los pasó, yendo a más velocidad de lo usual pues llevaba doble tripulación a bordo. Esto fue antes de que llegaran a Fundu, así que no pudieron decirnos si el barco entró en el Bistritza o siguió río arriba por el Sereth. En Fundu no pudimos oír de tal barco, así que debe de haber pasado allí de noche. Me siento muy soñoliento; el frío quizá empieza a hacerme mella, y la naturaleza debe descansar alguna vez. Godalming insiste en que él hará la primera guardia. Dios lo bendiga por toda su bondad con la pobre querida Mina y conmigo.

2 de noviembre, mañana.—Es pleno día. Ese buen hombre no quiso despertarme. Dice que habría sido pecado, pues dormí en paz y olvidaba mi pena. Me parece brutalmente egoísta haber dormido tanto, y dejarlo velar toda la noche; pero tenía toda la razón. Esta mañana soy otro hombre; y, mientras me siento aquí y lo veo dormir, puedo hacer todo lo necesario, tanto atender la máquina como gobernar y montar guardia. Siento que mi fuerza y energía me vuelven. Me pregunto dónde estará Mina ahora, y Van Helsing. Deberían haber llegado a Veresti hacia el mediodía del miércoles. Les tomaría algún tiempo conseguir el carruaje y los caballos; así que si partieron y viajaron duro, estarían ahora hacia el paso de Borgo. ¡Dios los guíe y ayude! Tengo miedo de pensar lo que puede

ocurrir. ¡Si pudiéramos ir más rápido! pero no podemos; las máquinas laten y hacen lo máximo. Me pregunto cómo les irá al doctor Seward y al señor Morris. Parece haber arroyos sin fin que bajan de las montañas a este río, pero como ninguno es muy grande, por ahora en todo caso, aunque sin duda son terribles en invierno y cuando se funde la nieve, los jinetes pueden no haber encontrado mucha obstrucción. Espero que antes de llegar a Strasba podamos verlos; pues si para entonces no hemos alcanzado al Conde, puede ser necesario tomar consejo juntos sobre qué hacer después.

Diario del doctor Seward.

2 de noviembre.—Tres días en el camino. Ninguna noticia, y ningún tiempo para escribirla de haberla habido, pues cada momento es precioso. Solo hemos tenido el descanso necesario para los caballos; pero ambos lo soportamos maravillosamente. Aquellos días aventureros nuestros resultan útiles. Debemos empujar adelante; no estaremos felices hasta ver de nuevo la lancha.

3 de noviembre.—Supimos en Fundu que la lancha había subido por el Bistritza. Ojalá no hiciera tanto frío. Hay señales de nieve que viene; y si cae pesada nos detendrá. En tal caso debemos conseguir un trineo y seguir, a la rusa.

4 de noviembre.—Hoy supimos que la lancha había sido detenida por un accidente al tratar de forzar el paso por los rápidos. Los botes eslovacos suben bien, con ayuda de una cuerda y gobernando con conocimiento. Algunos subieron solo unas horas antes. Godalming es mecánico

aficionado él mismo, y evidentemente fue él quien puso de nuevo la lancha a punto. Finalmente, subieron los rápidos bien, con ayuda local, y han partido a la caza de nuevo. Temo que el bote no esté mejor por el accidente; los campesinos nos dicen que después de que volvió a aguas lisas, se detenía de cuando en cuando mientras estuvo a la vista. Debemos empujar más duro que nunca; nuestra ayuda puede hacer falta pronto.

Diario de Mina Harker.

31 de octubre.—Llegamos a Veresti al mediodía. El profesor me dice que esta mañana al amanecer apenas pudo hipnotizarme, y que todo lo que pude decir fue: «oscuro y tranquilo». Ha ido ahora a comprar un carruaje y caballos. Dice que luego tratará de comprar caballos adicionales, para poder cambiarlos en el camino. Tenemos algo más de 70 millas por delante. El país es hermoso, y muy interesante; si solo estuviéramos en condiciones diferentes, qué delicia sería verlo todo. Si Jonathan y yo lo recorriéramos solos qué placer sería. ¡Detenerse y ver gente, y aprender algo de su vida, y llenar nuestras mentes y memorias con todo el color y lo pintoresco de todo este salvaje y hermoso país y de la gente curiosa! Pero ¡ay!...

Más tarde.—El doctor Van Helsing ha vuelto. Ha conseguido el carruaje y los caballos; vamos a comer algo, y a partir dentro de una hora. La posadera nos prepara una enorme cesta de provisiones; parece bastante para una compañía de soldados. El profesor la anima, y me susurra que puede pasar una semana antes de que

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

podamos conseguir otra vez buena comida. Ha ido también de compras, y ha enviado a casa un lote tan maravilloso de abrigos de piel y mantas, y toda clase de cosas calientes. No habrá ninguna posibilidad de que tengamos frío.

* * *

Partiremos pronto. Tengo miedo de pensar lo que puede ocurrirnos. Estamos verdaderamente en manos de Dios. Solo Él sabe lo que puede ser, y le ruego, con toda la fuerza de mi triste y humilde alma, que vele por mi amado esposo; que, pase lo que pase, Jonathan sepa que lo quise y honré más de lo que puedo decir, y que mi último y más verdadero pensamiento será siempre para él.

CAPÍTULO XXVII

Diario de Mina Harker

1 de noviembre.—Todo el día hemos viajado, y a buena velocidad. Los caballos parecen saber que se les trata con bondad, pues van de buena gana su etapa completa a la mejor velocidad. Hemos tenido ya tantos cambios y hallamos lo mismo tan constantemente que nos animamos a pensar que el viaje será fácil. El doctor Van Helsing es lacónico; dice a los granjeros que se apresura a Bistritz, y les paga bien por hacer el cambio de caballos. Tomamos sopa caliente, o café, o té; y partimos. Es un país hermoso; lleno de bellezas de todas las clases imaginables, y la gente es valiente, y fuerte, y sencilla, y parece llena de buenas cualidades. Son muy, muy supersticiosos. En la primera casa donde paramos, cuando la mujer que nos sirvió vio la cicatriz de mi frente, se persignó y sacó dos dedos hacia mí, para alejar el mal de ojo. Creo que se tomaron la molestia de poner una cantidad extra de ajo en nuestra comida; y no soporto el ajo. Desde entonces he tenido cuidado de no quitarme el sombrero ni el velo, y así he escapado a sus sospechas. Viajamos rápido, y como no llevamos conductor que cuente cuentos, vamos por delante del escándalo; pero me atrevo a decir que el miedo al mal de ojo nos seguirá de cerca todo el camino. El profesor parece incansable; todo el día no quiso tomar descanso alguno, aunque a mí me hizo dormir un largo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

rato. Al ocaso me hipnotizó, y dice que respondí como de costumbre «oscuridad, agua chapoteando y madera crujiendo»; así que nuestro enemigo sigue en el río. Tengo miedo de pensar en Jonathan, pero de algún modo no tengo ahora miedo por él, ni por mí. Escribo esto mientras esperamos en una granja a que los caballos estén listos. El doctor Van Helsing duerme. Pobre querido, se ve muy cansado y viejo y gris, pero su boca está tan firmemente cerrada como la de un conquistador; incluso en su sueño está lleno de resolución. Cuando hayamos partido bien debo hacerlo descansar mientras yo conduzco. Le diré que tenemos días por delante, y no debemos derrumbarnos cuando más se necesitará su fuerza... Todo está listo; partimos pronto.

2 de noviembre, mañana.—Tuve éxito, y nos turnamos conduciendo toda la noche; ahora el día está sobre nosotros, brillante aunque frío. Hay una extraña pesadez en el aire (digo pesadez por falta de mejor palabra; quiero decir que nos oprime a ambos). Hace mucho frío, y solo nuestras cálidas pieles nos mantienen cómodos. Al amanecer Van Helsing me hipnotizó; dice que respondí «oscuridad, madera crujiendo y agua rugiendo», así que el río va cambiando mientras remontan. Espero de veras que mi amado no corra ningún riesgo de peligro más que el necesario; pero estamos en manos de Dios.

2 de noviembre, noche.—Todo el día conduciendo. El país se hace más salvaje a medida que avanzamos, y los grandes contrafuertes de los Cárpatos, que en Veresti parecían tan lejos de nosotros y tan bajos en el horizonte,

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

parecen ahora reunirse a nuestro alrededor y alzarse al frente. Ambos parecemos de buen ánimo; creo que cada uno hace un esfuerzo por alegrar al otro; al hacerlo nos alegramos a nosotros mismos. El doctor Van Helsing dice que por la mañana llegaremos al paso de Borgo. Las casas son ahora muy pocas aquí, y el profesor dice que el último caballo que conseguimos tendrá que seguir con nosotros, pues puede que no podamos cambiar. Consiguió dos además de los dos que cambiamos, así que ahora tenemos un rudo tiro de cuatro. Los queridos caballos son pacientes y buenos, y no nos dan problemas. No nos molestan otros viajeros, y así hasta yo puedo conducir. Llegaremos al paso a la luz del día; no queremos llegar antes. Así que vamos con calma, y cada uno tiene un largo descanso por turno. Oh, ¿qué nos traerá mañana? Vamos a buscar el lugar donde mi pobre amado sufrió tanto. Dios conceda que seamos guiados rectamente, y que se digne velar por mi esposo y por los queridos de ambos, que están en tan mortal peligro. En cuanto a mí, no soy digna a Su vista. ¡Ay! Soy impura a Sus ojos, y lo seré hasta que Él se digne dejarme presentarme ante Su vista como una de las que no han incurrido en Su ira.

Memorándum de Abraham Van Helsing.

4 de noviembre.—Esto para mi viejo y leal amigo John Seward, doctor en medicina, de Purfleet, Londres, por si no puedo verlo. Puede explicar. Es de mañana, y escribo junto a un fuego que toda la noche he mantenido vivo, madame Mina ayudándome. Hace frío, frío; tan frío que el cielo gris y pesado está lleno de nieve, que cuando caiga

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

se asentará todo el invierno, pues el suelo se endurece para recibirla. Parece haber afectado a madame Mina; ha tenido la cabeza tan pesada todo el día que no era como ella. ¡Duerme, y duerme, y duerme! Ella, que es habitualmente tan alerta, no ha hecho literalmente nada todo el día; ha perdido incluso el apetito. No hace anotación en su pequeño diario, ella, que escribe tan fielmente a cada pausa. Algo me susurra que no todo está bien. Sin embargo, esta noche está más viva. Su largo sueño de todo el día la ha refrescado y restaurado, pues ahora está toda dulce y brillante como siempre. Al ocaso trato de hipnotizarla, pero ¡ay! sin efecto; el poder ha ido disminuyendo con cada día, y esta noche me falla por completo. Bien, hágase la voluntad de Dios, sea cual sea, ¡y adondequiera que conduzca!

Ahora a lo histórico, pues como madame Mina no escribe en su estenografía, debo yo, a mi torpe modo antiguo, para que cada día nuestro no quede sin registro.

Llegamos al paso de Borgo justo después de la salida del sol ayer por la mañana. Cuando vi las señales del alba me preparé para el hipnotismo. Detuvimos nuestro carruaje, y bajamos para que no hubiera perturbación. Hice un lecho con pieles, y madame Mina, acostándose, se entregó como de costumbre, pero más lento y por menos tiempo que nunca, al sueño hipnótico. Como antes, vino la respuesta: «oscuridad y remolino de agua». Luego despertó, brillante y radiante y seguimos nuestro camino y pronto llegamos al Paso. En este tiempo y lugar, se vuelve toda fuego de celo; algún nuevo poder guía se manifiesta en ella, pues señala

un camino y dice:

«Este es el camino».

«¿Cómo lo sabe?», pregunto.

«Por supuesto que lo sé», responde, y con una pausa, añade: «¿No lo ha recorrido mi Jonathan y escrito de su viaje?».

Al principio pienso algo extraño, pero pronto veo que no hay sino un tal camino lateral. Se usa poco, y es muy diferente del camino de coches de la Bukovina a Bistritz, que es más ancho y duro, y de más uso.

Así que bajamos por este camino; cuando encontramos otros caminos, no siempre estábamos seguros de que fueran caminos en absoluto, pues están descuidados y ha caído nieve ligera, los caballos saben y solo ellos. Les doy rienda, y siguen tan pacientes. Poco a poco hallamos todas las cosas que Jonathan ha anotado en ese maravilloso diario suyo. Luego seguimos por largas, largas horas y horas. Al principio, digo a madame Mina que duerma; lo intenta, y lo consigue. Duerme todo el tiempo; hasta que al final, me siento crecer sospechoso, e intento despertarla. Pero duerme y duerme, y no puedo despertarla aunque lo intento. No deseo intentar demasiado fuerte no sea que le haga daño; pues sé que ha sufrido mucho, y el sueño a veces es todo en todo para ella. Creo que yo mismo me adormilo, pues de repente siento culpa, como si hubiera hecho algo; me encuentro incorporado de golpe, con las riendas en la mano, y los buenos caballos van trote, trote, igual que siempre. Miro abajo y hallo a madame Mina todavía dormida. Ya no está lejos la hora del ocaso, y sobre

la nieve la luz del sol fluye en gran inundación amarilla, de modo que echamos largas sombras sobre donde la montaña se alza tan empinada. Pues vamos subiendo, y subiendo; y todo es ¡oh! tan salvaje y rocoso, como si fuera el fin del mundo.

Entonces despierto a madame Mina. Esta vez despierta sin mucho trabajo, y luego trato de ponerla en sueño hipnótico. Pero no duerme, siendo como si yo no estuviera. Aun así intento e intento, hasta que de repente me hallo a mí y a ella en oscuridad; así que miro alrededor, y hallo que el sol se ha puesto. Madame Mina ríe, y me vuelvo y la miro. Está ahora bien despierta, y se ve tan bien como nunca la vi desde aquella noche en Carfax cuando entramos por primera vez en la casa del Conde. Estoy asombrado, y no a gusto entonces; pero ella es tan brillante y tierna y considerada conmigo que olvido todo miedo. Enciendo un fuego, pues hemos traído provisión de leña con nosotros, y ella prepara comida mientras yo desengancho los caballos y los pongo, atados al abrigo, a comer. Luego, cuando vuelvo al fuego, tiene mi cena lista. Voy a ayudarla; pero sonríe, y me dice que ya ha comido, que tenía tanta hambre que no quiso esperar. No me gusta, y tengo graves dudas; pero temo asustarla, y así callo de ello. Ella me ayuda y yo como solo; y luego nos envolvemos en piel y nos acostamos junto al fuego, y le digo que duerma mientras yo vigilo. Pero enseguida olvido toda la vigilancia; y cuando de repente recuerdo que vigilo, la hallo tendida quieta, pero despierta, y mirándome con ojos tan brillantes. Una, dos veces más ocurre lo mismo, y duermo mucho hasta antes de la mañana. Al

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

despertar trato de hipnotizarla; pero ¡ay! aunque cierra los ojos obediente, no puede dormir. El sol sube, y sube, y sube; y entonces el sueño le viene demasiado tarde, pero tan pesado que no despierta. Tengo que levantarla, y colocarla dormida en el carruaje cuando he enganchado los caballos y dejado todo listo. Madame sigue durmiendo, y se ve en su sueño más sana y más colorada que antes. Y no me gusta. ¡Y tengo miedo, miedo, miedo! Tengo miedo de todas las cosas, incluso de pensar, pero debo seguir mi camino. La apuesta que jugamos es vida y muerte, o más que estas, y no debemos acobardarnos.

5 de noviembre, mañana.—Déjeme ser exacto en todo, pues aunque usted y yo hemos visto cosas extrañas juntos, puede pensar al principio que yo, Van Helsing, estoy loco, que los muchos horrores y la tan larga tensión de los nervios han al fin trastornado mi cerebro.

Todo ayer viajamos, acercándonos siempre a las montañas, y entrando en una tierra más y más salvaje y desierta. Hay grandes precipicios ceñudos y mucha agua que cae, y la Naturaleza parece haber celebrado algún tiempo su carnaval. Madame Mina sigue durmiendo y durmiendo; y aunque tuve hambre y la aplaqué, no pude despertarla, ni siquiera para comer. Empecé a temer que el hechizo fatal del lugar estuviera sobre ella, manchada como está con ese bautismo de Vampiro. «Bien —me dije—, si es que ella duerme todo el día, será también que yo no duerma de noche». Mientras viajábamos por el camino áspero, pues había un camino de clase antigua e imperfecta, bajé la cabeza y dormí. De nuevo desperté con

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

un sentido de culpa y de tiempo pasado, y hallé a madame Mina todavía durmiendo, y el sol bajo. Pero todo había cambiado en verdad; las montañas ceñudas parecían más lejos, y estábamos cerca de la cima de una colina de empinada subida, en cuya cumbre estaba un castillo como el que Jonathan cuenta en su diario. A la vez exulté y temí; pues ahora, para bien o para mal, el fin estaba cerca.

Desperté a madame Mina, y de nuevo traté de hipnotizarla; pero ¡ay! sin resultado hasta demasiado tarde. Luego, antes de que la gran oscuridad cayera sobre nosotros, pues incluso después de la puesta del sol los cielos reflejaban el sol ido sobre la nieve, y todo estuvo por un tiempo en un gran crepúsculo, saqué los caballos y los alimenté en el abrigo que pude. Luego hice un fuego; y cerca de él hice sentar a madame Mina, ahora despierta y más encantadora que nunca, cómoda entre sus mantas. Preparé comida, pero no quiso comer, diciendo simplemente que no tenía hambre. No la presioné, sabiendo lo inútil. Pero yo mismo comí, pues debo ahora ser fuerte para todos. Luego, con el miedo sobre mí de lo que pudiera ser, dibujé un círculo tan grande para su comodidad, alrededor de donde madame Mina estaba sentada; y sobre el círculo pasé algo de la hostia, y la desmenucé fina para que todo estuviera bien guardado. Ella se sentó quieta todo el tiempo, tan quieta como una muerta; y se puso más blanca y siempre más blanca hasta que la nieve no era más pálida; y ninguna palabra dijo. Pero cuando me acerqué, se aferró a mí, y pude saber que la pobre alma temblaba de la cabeza a los pies con un temblor que era dolor sentir. Le dije enseguida, cuando se

había quedado más tranquila:

«¿No quiere venir al fuego?», pues quería hacer una prueba de lo que podía. Se levantó obediente, pero cuando hubo dado un paso se detuvo, y se quedó como herida.

«¿Por qué no seguir?», pregunté. Sacudió la cabeza y, volviendo, se sentó en su lugar. Luego, mirándome con ojos abiertos, como de quien despierta de un sueño, dijo simplemente:

«¡No puedo!», y permaneció callada. Me regocijé, pues supe que lo que ella no podía, ninguno de los que temíamos podía. ¡Aunque pudiera haber peligro para su cuerpo, su alma estaba a salvo!

Enseguida los caballos empezaron a gritar, y tiraron de sus ataduras hasta que fui a ellos y los calmé. Cuando sintieron mis manos sobre ellos, relincharon bajo como de gozo, y lamieron mis manos y se quedaron quietos por un tiempo. Muchas veces durante la noche fui a ellos, hasta que llegó la hora fría en que toda la naturaleza está en lo más bajo; y cada vez mi venida era con quietud de ellos. En la hora fría el fuego empezó a morir, y yo estaba por salir a reponerlo, pues ahora la nieve venía en barridos volantes y con ella una niebla helada. Incluso en la oscuridad había una luz de alguna clase, como siempre la hay sobre la nieve; y parecía como si las ráfagas de nieve y las guirnaldas de niebla tomaran forma de mujeres con ropajes arrastrando. Todo estaba en un silencio muerto, sombrío, salvo que los caballos relinchaban y se encogían, como en terror de lo peor. Empecé a temer, horribles temores; pero entonces vino a mí el sentido de seguridad

en ese círculo en que estaba. Empecé también a pensar que mis imaginaciones eran de la noche, y la lobreguez, y la inquietud por la que he pasado, y toda la terrible ansiedad. Era como si mis recuerdos de toda la horrible experiencia de Jonathan me engañaran; pues los copos de nieve y la niebla empezaron a girar y a dar vueltas, hasta que pude obtener como un vislumbre sombrío de aquellas mujeres que lo habrían besado. Y entonces los caballos se encogieron más y más, y gimieron de terror como los hombres en el dolor. Ni siquiera la locura del espanto les alcanzaba, de modo que pudieran escapar. Temí por mi querida madame Mina cuando estas figuras extrañas se acercaron y giraron alrededor. La miré, pero estaba sentada tranquila, y me sonrió; cuando quise ir al fuego a reponerlo, me agarró y me retuvo, y susurró, como una voz que se oye en un sueño, tan baja era:

«¡No! ¡No! No salga. ¡Aquí está seguro!». Me volví a ella, y mirándola a los ojos, dije:

«¿Pero usted? ¡Es por usted que temo!», a lo cual rió, una risa baja e irreal, y dijo:

«¡Teme por mí! ¿Por qué temer por mí? Nadie más seguro en todo el mundo de ellas que yo», y mientras me preguntaba el significado de sus palabras, una ráfaga de viento hizo saltar la llama, y vi la cicatriz roja en su frente. Entonces, ¡ay!, supe. Si no, pronto lo habría aprendido, pues las figuras giratorias de niebla y nieve se acercaron más, pero manteniéndose siempre fuera del círculo Santo. Luego empezaron a materializarse hasta que, si Dios no me ha quitado la razón, pues lo vi con mis ojos, estaban

ante mí en carne real las mismas tres mujeres que Jonathan vio en la habitación, cuando habrían besado su garganta. Conocí las formas redondas y ondulantes, los ojos brillantes y duros, los dientes blancos, el color rojizo, los labios voluptuosos. Sonreían siempre a la pobre querida madame Mina; y mientras su risa llegaba por el silencio de la noche, entrelazaron los brazos y la señalaron, y dijeron con esos tonos tan dulces y tintineantes que Jonathan dijo eran de la intolerable dulzura de los vasos de agua:

«Ven, hermana. Ven con nosotras. ¡Ven! ¡Ven!». Con miedo me volví a mi pobre madame Mina, y mi corazón de alegría saltó como llama; pues ¡oh! el terror en sus dulces ojos, la repulsión, el horror, contaban a mi corazón una historia que era toda de esperanza. Gracias a Dios no era, todavía, de ellas. Cogí un poco de la leña que tenía a mano, y sosteniendo algo de la Hostia, avancé hacia ellas hacia el fuego. Retrocedieron ante mí, y rieron su baja y horrible risa. Alimenté el fuego, y no las temí; pues sabía que estábamos a salvo dentro de nuestras protecciones. No podían acercarse a mí, mientras estuviera así armado, ni a madame Mina mientras permaneciera dentro del círculo, que ella no podía dejar más de lo que ellas podían entrar. Los caballos habían cesado de gemir, y yacían quietos en el suelo; la nieve caía suavemente sobre ellos, y se pusieron más blancos. Supe que para las pobres bestias no había más terror.

Y así permanecimos hasta que el rojo del alba cayó a través de la penumbra de la nieve. Yo estaba desolado y

asustado, y lleno de dolor y terror; pero cuando ese hermoso sol empezó a subir por el horizonte, la vida volvió a mí. Con la primera llegada del alba las horribles figuras se fundieron en la niebla y la nieve que giraban; las guirnaldas de penumbra transparente se alejaron hacia el castillo, y se perdieron.

Por instinto, con el alba que venía, me volví a madame Mina, con intención de hipnotizarla; pero yacía en un sueño profundo y repentino, del cual no pude despertarla. Traté de hipnotizarla a través de su sueño, pero no dio respuesta, ninguna en absoluto; y el día rompió. Aún temo moverme. He hecho mi fuego y he visto a los caballos: están todos muertos. Hoy tengo mucho que hacer aquí, y sigo esperando hasta que el sol esté alto; pues puede haber lugares adonde debo ir, donde esa luz del sol, aunque la nieve y la niebla la oscurezcan, será para mí una seguridad.

Me fortaleceré con el desayuno, y luego iré a mi terrible trabajo. Madame Mina sigue durmiendo; y, ¡gracias sean dadas a Dios!, está tranquila en su sueño…

Diario de Jonathan Harker.

4 de noviembre, tarde.—El accidente de la lancha ha sido una cosa terrible para nosotros. De no ser por él habríamos alcanzado el bote hace mucho; y a estas horas mi querida Mina estaría libre. Temo pensar en ella, allá en los páramos cerca de ese horrible lugar. Hemos conseguido caballos, y seguimos el rastro. Anoto esto mientras Godalming se prepara. Tenemos nuestras armas. Los szgany tendrán que cuidarse si piensan pelear. ¡Oh, si

Morris y Seward estuvieran con nosotros! ¡Solo nos queda esperar! Si no escribo más, ¡adiós, Mina! Dios te bendiga y te guarde.

Diario del doctor Seward.

5 de noviembre.—Al alba vimos delante de nosotros al grupo de szgany que huía a toda prisa del río con su carro de varales. Lo rodeaban en un racimo y se apresuraban como acosados. Cae una nieve ligera y hay una extraña excitación en el aire. Puede que sean nuestros propios sentimientos, pero la depresión es extraña. A lo lejos oigo el aullido de los lobos; la nieve los hace bajar de las montañas, y hay peligros para todos nosotros, y por todos lados. Los caballos están casi listos, y pronto partimos. Cabalgamos hacia la muerte de alguien. Solo Dios sabe quién, o dónde, o qué, o cuándo, o cómo será…

Memorándum del doctor Van Helsing.

5 de noviembre, tarde.—Estoy al menos cuerdo. Gracias a Dios por esa merced en todo caso, aunque la prueba ha sido espantosa. Cuando dejé a madame Mina durmiendo dentro del círculo Sagrado, tomé mi camino hacia el castillo. El martillo de herrero que traje en el carruaje desde Veresti fue útil; aunque las puertas estaban todas abiertas, las arranqué de sus oxidados goznes, no fuera que alguna mala intención o mala suerte las cerrara, de modo que, una vez entrado, no pudiera salir. La amarga experiencia de Jonathan me sirvió aquí. Por la memoria de su diario hallé mi camino a la vieja capilla, pues sabía que aquí estaba mi trabajo. El aire era opresivo; parecía haber algún vapor sulfuroso, que a ratos me mareaba. O había

un rugido en mis oídos o yo oía a lo lejos el aullido de los lobos. Entonces pensé en mi querida madame Mina, y estaba en terrible aprieto. El dilema me tenía entre sus cuernos.

A ella no me había atrevido a llevarla a este lugar, sino que la dejé a salvo del Vampiro en ese círculo Sagrado; ¡y sin embargo aun allí estaría el lobo! Resuelvo que mi trabajo estaba aquí, y que en cuanto a los lobos habíamos de someternos, si era la voluntad de Dios. En todo caso solo era la muerte y la libertad más allá. Así elegí por ella. Si hubiera sido solo por mí, la elección habría sido fácil: ¡mejor descansar en las fauces del lobo que en la tumba del Vampiro! Así hago mi elección de seguir con mi trabajo.

Sabía que había al menos tres tumbas que hallar, tumbas que están habitadas; así que busco, y busco, y encuentro una de ellas. Yacía en su sueño de Vampiro, tan llena de vida y de voluptuosa belleza que me estremezco como si hubiera venido a cometer un asesinato. Ah, no dudo de que en los tiempos antiguos, cuando tales cosas eran, más de un hombre que salió a hacer una tarea como la mía, halló al fin que le fallaba el corazón, y luego el valor. Así demora, y demora, y demora, hasta que la mera belleza y la fascinación de la lasciva No-Muerta lo han hipnotizado; y sigue y sigue, hasta que llega la puesta del sol, y el sueño del Vampiro termina. Entonces los hermosos ojos de la bella mujer se abren y miran amor, y la boca voluptuosa se ofrece a un beso, y el hombre es débil. ¡Y queda una víctima más en el redil del Vampiro;

una más para engrosar las filas sombrías y espantosas de los No-Muertos!…

Hay alguna fascinación, seguramente, cuando me conmueve la mera presencia de una tal, aun yaciendo como yacía en una tumba carcomida de edad y pesada con el polvo de siglos, aunque haya ese horrible olor como el que han tenido las guaridas del Conde. Sí, me conmovió, a mí, Van Helsing, con todo mi propósito y con mi motivo de odio; me conmovió un anhelo de demora que parecía paralizar mis facultades y atascar mi misma alma. Puede haber sido que la necesidad de sueño natural y la extraña opresión del aire comenzaban a vencerme. Cierto es que me iba deslizando en el sueño, el sueño de ojos abiertos de quien cede a una dulce fascinación, cuando llegó por el aire silenciado por la nieve un largo, bajo lamento, tan lleno de dolor y de piedad que me despertó como el sonido de un clarín. Pues era la voz de mi querida madame Mina la que oí.

Entonces me preparé de nuevo a mi horrible tarea, y hallé, arrancando tapas de tumbas, a otra de las hermanas, la otra morena. No me atreví a detenerme a mirarla como había mirado a su hermana, no fuera que de nuevo empezara a quedar cautivo; pero sigo buscando hasta que, al fin, encuentro en una alta y gran tumba, como hecha para una muy amada, a aquella otra hermana rubia que, como Jonathan, yo había visto reunirse a sí misma desde los átomos de la niebla. Era tan bella de mirar, tan radiantemente hermosa, tan exquisitamente voluptuosa, que el mismo instinto de hombre en mí, que

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

llama a algunos de mi sexo a amar y proteger a una del suyo, hizo girar mi cabeza con nueva emoción. Pero gracias a Dios, aquel lamento del alma de mi querida madame Mina no había muerto en mis oídos; y, antes de que el hechizo pudiera actuar más sobre mí, me había armado de valor para mi salvaje obra. A esta hora había registrado todas las tumbas de la capilla, hasta donde podía saber; y como solo había habido tres de estos fantasmas No-Muertos en torno a nosotros en la noche, di por hecho que no había más No-Muertos activos existentes. Había una gran tumba más señorial que todas las demás; enorme era, y de nobles proporciones. Sobre ella había una sola palabra:

DRÁCULA.

Este era entonces el hogar No-Muerto del Rey-Vampiro, a quien tantos más debían su ser. Su vacío hablaba elocuente para confirmar lo que yo sabía. Antes de empezar a devolver a estas mujeres a su ser muerto con mi espantosa obra, dejé en la tumba de Drácula algo de la Hostia, y así lo desterré de ella, No-Muerto, para siempre.

Entonces empezó mi terrible tarea, y la temí. Si hubiera sido una sola, habría sido fácil, comparativamente. ¡Pero tres! Empezar dos veces más después de haber pasado por un acto de horror; pues si fue terrible con la dulce señorita Lucy, ¿qué no sería con estas extrañas que habían sobrevivido siglos, y que se habían fortalecido con el paso de los años; que, si hubieran podido, habrían luchado por sus inmundas vidas?...

Oh, amigo John, pero fue trabajo de carnicero; de no haberme sostenido el pensamiento de otros muertos, y de los vivos sobre quienes pendía tal paño de miedo, no habría podido continuar. Tiemblo y tiemblo todavía, aunque hasta que todo terminó, gracias a Dios, mi nervio resistió. Si no hubiera visto el reposo, en el primer caso, y la alegría que se deslizó sobre él justo antes de que llegara la disolución final, como realización de que el alma había sido ganada, no habría podido ir más lejos con mi carnicería. No habría podido soportar el horrible chillido cuando la estaca se hundía; el sacudirse de la forma retorcida, y los labios de sangrienta espuma. Habría huido aterrado y dejado mi trabajo sin hacer. ¡Pero ha terminado! Y a las pobres almas, puedo ahora compadecerlas y llorar, al pensar en ellas plácidas, cada una en su pleno sueño de muerte, por un corto momento antes de desvanecerse. Pues, amigo John, apenas había mi cuchillo separado la cabeza de cada una, cuando todo el cuerpo empezó a derretirse y a desmoronarse en su polvo natal, como si la muerte que debió llegar hace siglos hubiera al fin hecho valer su derecho y dijera de una vez y en voz alta: «¡Aquí estoy!».

Antes de salir del castillo dejé tan fijadas sus entradas que nunca más podrá el Conde entrar allí No-Muerto.

Cuando entré en el círculo donde dormía madame Mina, despertó de su sueño, y, viéndome, exclamó con dolor que yo había soportado demasiado.

«¡Venga! —dijo—, ¡vámonos de este lugar espantoso! Vayamos al encuentro de mi marido, que, lo sé, viene

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

hacia nosotros». Se veía delgada y pálida y débil; pero sus ojos eran puros y brillaban de fervor. Me alegré de ver su palidez y su enfermedad, pues mi mente estaba llena del fresco horror de aquel rubicundo sueño vampírico.

Y así, con confianza y esperanza, y sin embargo llenos de miedo, vamos hacia el este al encuentro de nuestros amigos, y de él, a quien madame Mina me dice que sabe que viene a nuestro encuentro.

Diario de Mina Harker.

6 de noviembre.—Era tarde por la tarde cuando el profesor y yo tomamos nuestro camino hacia el este, de donde yo sabía que venía Jonathan. No fuimos rápido, aunque el camino bajaba empinado, pues teníamos que llevar pesadas mantas y abrigos; no nos atrevíamos a afrontar la posibilidad de quedarnos sin calor en el frío y la nieve. Tuvimos que llevar también algo de nuestras provisiones, pues estábamos en perfecta desolación y, hasta donde podíamos ver a través de la nevada, no había siquiera señal de habitación. Cuando habíamos andado cerca de una milla, yo estaba cansada de la pesada marcha y me senté a descansar. Entonces miramos atrás y vimos dónde la clara línea del castillo de Drácula cortaba el cielo; pues estábamos tan hondo bajo la colina en que se alza que el ángulo de perspectiva de los montes Cárpatos quedaba muy por debajo de él. Lo vimos en toda su grandeza, encaramado mil pies sobre la cima de un precipicio a pico, y con al parecer un gran abismo entre él y la pendiente de la montaña vecina por cualquier lado. Había algo salvaje y sobrenatural en el lugar. Podíamos oír

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

el lejano aullido de los lobos. Estaban lejos, pero el sonido, aun llegando amortiguado a través de la nevada que todo lo apaga, estaba lleno de terror. Supe por el modo en que el doctor Van Helsing buscaba alrededor que trataba de hallar algún punto estratégico donde estuviéramos menos expuestos en caso de ataque. El áspero camino seguía bajando; podíamos trazarlo a través de la nieve amontonada.

En un rato el profesor me hizo una señal, así que me levanté y me reuní con él. Había hallado un sitio maravilloso, una especie de hueco natural en una roca, con una entrada como una puerta entre dos peñascos. Me tomó de la mano y me hizo entrar: «¡Mire! —dijo—, aquí estará a cubierto; y si los lobos vienen, puedo recibirlos uno por uno». Trajo nuestras pieles, y me hizo un nido cómodo, y sacó algunas provisiones y me las impuso. Pero no pude comer; solo intentarlo me era repulsivo, y por mucho que hubiera querido complacerlo, no pude decidirme al intento. Se veía muy triste, pero no me reprochó. Tomando sus anteojos de campo del estuche, se paró en lo alto de la roca y empezó a escudriñar el horizonte. De repente gritó:

«¡Mire! ¡Madame Mina, mire! ¡Mire!». Me levanté de un salto y me puse a su lado en la roca; me pasó sus anteojos y señaló. La nieve caía ahora más pesada, y giraba con fiereza, pues empezaba a soplar un viento fuerte. Sin embargo, había momentos en que había pausas entre las ráfagas de nieve y yo podía ver lejos. Desde la altura donde estábamos era posible ver a gran distancia; y a lo

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

lejos, más allá del blanco desierto de nieve, pude ver el río tendido como una cinta negra en nudos y rizos al serpentear. Justo frente a nosotros y no lejos —tan cerca, de hecho, que me asombré de no haberlo notado antes— venía un grupo de hombres montados que se apresuraban. En medio de ellos había un carro, un largo carro de varales que oscilaba de lado a lado, como la cola de un perro que se agita, con cada severa desigualdad del camino. Perfilados contra la nieve como estaban, pude ver por las ropas de los hombres que eran campesinos o gitanos de alguna clase.

En el carro había un gran cajón cuadrado. Mi corazón saltó al verlo, pues sentí que el fin llegaba. La tarde se acercaba ya, y bien sabía yo que a la puesta del sol la Cosa que hasta entonces estaba allí presa tomaría nueva libertad y podría en cualquiera de muchas formas eludir toda persecución. Con miedo me volví al profesor; pero, para mi consternación, no estaba allí. Un instante después lo vi bajo mí. Alrededor de la roca había trazado un círculo, como aquel en que habíamos hallado refugio la noche anterior. Cuando lo hubo completado se puso de nuevo a mi lado, diciendo:

«¡Al menos aquí estará a salvo de él!». Tomó los anteojos de mis manos, y en la siguiente calma de la nieve barrió todo el espacio bajo nosotros. «Vea —dijo—, vienen rápido; están azotando los caballos, y galopan tan duro como pueden». Hizo una pausa y siguió con voz hueca:

«Corren hacia la puesta del sol. Podemos llegar demasiado tarde. ¡Hágase la voluntad de Dios!». Cayó otra

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

ráfaga cegadora de nieve empujada, y todo el paisaje quedó borrado. Pasó pronto, sin embargo, y una vez más sus anteojos se fijaron en la llanura. Entonces vino un grito súbito:

«¡Mire! ¡Mire! ¡Mire! Vea, dos jinetes siguen rápido, subiendo desde el sur. Deben de ser Quincey y John. Tome el anteojo. ¡Mire antes de que la nieve lo borre todo!». Lo tomé y miré. Los dos hombres podían ser el doctor Seward y el señor Morris. Supe en todo caso que ninguno era Jonathan. Al mismo tiempo supe que Jonathan no estaba lejos; mirando alrededor vi al lado norte del grupo que venía otros dos hombres, que cabalgaban a velocidad que rompía el cuello. Uno de ellos supe que era Jonathan, y el otro tomé, por supuesto, que era lord Godalming. Ellos también perseguían al grupo del carro. Cuando se lo dije al profesor gritó de júbilo como un colegial, y, después de mirar atentamente hasta que una nevada hizo imposible la vista, apoyó su rifle Winchester, listo para usarse, contra el peñasco en la abertura de nuestro refugio. «Todos convergen —dijo—. Cuando llegue el momento tendremos gitanos por todos lados». Saqué mi revólver, listo a mano, pues mientras hablábamos el aullido de los lobos llegaba más fuerte y más cerca. Cuando la tormenta de nieve amainó un momento volvimos a mirar. Era extraño ver la nieve caer en copos tan pesados cerca de nosotros, y más allá el sol brillando cada vez más claro mientras se hundía hacia las lejanas cimas de las montañas. Barriendo con el anteojo todo alrededor pude ver aquí y allá puntos que se movían solos y de dos en dos y de tres en tres y en mayores números: los lobos se reunían para su presa.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Cada instante parecía una edad mientras esperábamos. El viento venía ahora en ráfagas fieras, y la nieve era empujada con furia al barrernos en remolinos circulares. A veces no podíamos ver a la distancia de un brazo delante de nosotros; pero otras, al pasar el viento de sonido hueco, parecía despejar el espacio de aire a nuestro alrededor para que pudiéramos ver a lo lejos. Últimamente nos habíamos acostumbrado tanto a vigilar la salida y la puesta del sol que sabíamos con bastante exactitud cuándo serían; y sabíamos que dentro de poco el sol se pondría. Era difícil creer que, según nuestros relojes, hubiera pasado menos de una hora esperando en aquel refugio de roca antes de que los diversos grupos empezaran a converger cerca de nosotros. El viento venía ahora con barridos más fieros y amargos, y más constantemente del norte. Al parecer había alejado de nosotros las nubes de nieve, pues, salvo ráfagas ocasionales, la nieve caía poco. Podíamos distinguir claramente a los individuos de cada grupo, los perseguidos y los perseguidores. Por extraño que fuera, los perseguidos no parecían darse cuenta, o al menos no importarles, de que los perseguían; parecían, sin embargo, apresurarse con redoblada velocidad a medida que el sol bajaba más y más sobre las cimas de las montañas.

Más y más cerca se acercaban. El profesor y yo nos agazapamos tras nuestra roca, y mantuvimos nuestras armas listas; vi que estaba resuelto a que no pasaran. Todos y cada uno ignoraban por completo nuestra presencia.

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

De pronto dos voces gritaron a la vez: «¡Alto!». Una era la de mi Jonathan, alzada en un tono alto de pasión; la otra, el tono fuerte y resuelto de tranquilo mando del señor Morris. Puede que los gitanos no conocieran la lengua, pero no cabía error en el tono, en cualquier idioma en que se dijeran las palabras. Por instinto refrenaron, y en el instante lord Godalming y Jonathan se lanzaron por un lado y el doctor Seward y el señor Morris por el otro. El jefe de los gitanos, un hombre de espléndido aspecto que montaba su caballo como un centauro, les hizo señas de que retrocedieran, y con voz fiera dio a sus compañeros alguna palabra de seguir. Azotaron los caballos, que se lanzaron adelante; pero los cuatro hombres alzaron sus rifles Winchester, y de manera inequívoca les ordenaron detenerse. En el mismo momento el doctor Van Helsing y yo nos levantamos tras la roca y apuntamos nuestras armas hacia ellos. Viéndose rodeados, los hombres tensaron las riendas y se detuvieron. El jefe se volvió a ellos y dio una palabra ante la cual cada hombre de la partida gitana sacó el arma que llevaba, cuchillo o pistola, y se puso listo para atacar. La contienda quedó trabada en un instante.

El jefe, con un rápido movimiento de rienda, lanzó su caballo al frente, y señalando primero al sol —ahora muy abajo sobre las cimas— y luego al castillo, dijo algo que no entendí. Por respuesta, los cuatro hombres de nuestro grupo se arrojaron de sus caballos y se lanzaron hacia el carro. Debí de sentir terrible miedo al ver a Jonathan en tal peligro, pero el ardor de la batalla debía de estar sobre mí como sobre todos ellos; no sentí miedo, sino solo un

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

salvaje, creciente deseo de hacer algo. Viendo el rápido movimiento de nuestros grupos, el jefe de los gitanos dio una orden; sus hombres se formaron al instante alrededor del carro en una especie de esfuerzo indisciplinado, cada uno empujando y codeando al otro en su afán de cumplir la orden.

En medio de esto pude ver que Jonathan por un lado del círculo de hombres, y Quincey por el otro, se abrían camino hacia el carro; era evidente que estaban resueltos a acabar su tarea antes de que el sol se pusiera. Nada parecía detenerlos ni siquiera estorbarlos. Ni las armas apuntadas ni los cuchillos relucientes de los gitanos al frente, ni el aullido de los lobos atrás, parecían siquiera atraer su atención. El ímpetu de Jonathan, y la evidente singularidad de su propósito, parecían intimidar a los que tenía delante; por instinto se encogieron, se apartaron y lo dejaron pasar. En un instante había saltado sobre el carro y, con una fuerza que parecía increíble, alzó el gran cajón y lo arrojó por sobre la rueda al suelo. Mientras tanto, el señor Morris había tenido que usar la fuerza para pasar por su lado del círculo de szgany. Todo el tiempo que había estado mirando a Jonathan sin aliento, había visto con el rabillo del ojo a Quincey presionando desesperado adelante, y había visto relucir los cuchillos de los gitanos mientras se abría paso entre ellos, y le tiraban tajos. Había parado con su gran cuchillo bowie, y al principio pensé que él también había pasado a salvo; pero cuando saltó junto a Jonathan, que había saltado ya del carro, pude ver que con la mano izquierda se agarraba el costado, y que la sangre brotaba entre sus dedos. No se demoró a pesar de

LeyThra · leythra.com · Adaptado del inglés gracias a LeyThra

esto, pues mientras Jonathan, con energía desesperada, atacaba un extremo del cajón, tratando de hacer saltar la tapa con su gran cuchillo kukri, él atacaba frenético el otro con su bowie. Bajo los esfuerzos de ambos hombres la tapa empezó a ceder; los clavos salieron con un rápido chirrido, y la parte superior del cajón fue lanzada hacia atrás.

Para entonces los gitanos, viéndose cubiertos por los Winchester, y a merced de lord Godalming y del doctor Seward, se habían rendido y no hacían resistencia. El sol estaba casi hundido sobre las cimas de las montañas, y las sombras de todo el grupo caían largas sobre la nieve. Vi al Conde yaciendo dentro del cajón sobre la tierra, parte de la cual la rudeza de la caída desde el carro había esparcido sobre él. Estaba mortalmente pálido, como una imagen de cera, y los ojos rojos miraban con la horrible mirada vengativa que yo conocía demasiado bien.

Mientras miraba, los ojos vieron el sol que se hundía, y la mirada de odio en ellos se volvió triunfo.

Pero, en el instante, vino el barrido y el relámpago del gran cuchillo de Jonathan. Grité al verlo cortar la garganta; mientras en el mismo momento el cuchillo bowie del señor Morris se hundía en el corazón.

Fue como un milagro; pero ante nuestros mismos ojos, y casi en el tiempo de tomar un aliento, todo el cuerpo se desmoronó en polvo y pasó de nuestra vista.

Me alegraré mientras viva de que incluso en ese momento de disolución final hubiera en el rostro una mirada de paz, como jamás habría podido imaginar que descansara allí.

El castillo de Drácula se recortaba ahora contra el cielo rojo, y cada piedra de sus rotas almenas se articulaba contra la luz del sol poniente.

Los gitanos, tomándonos como causa en algún modo de la extraordinaria desaparición del muerto, se volvieron, sin una palabra, y se alejaron al galope como por sus vidas. Los que no iban montados saltaron al carro de varales y gritaron a los jinetes que no los abandonaran. Los lobos, que se habían retirado a distancia segura, los siguieron en su estela, dejándonos solos.

El señor Morris, que se había hundido en el suelo, se apoyaba en el codo, con la mano apretada contra el costado; la sangre seguía brotando entre sus dedos. Volé hacia él, pues el círculo Sagrado ya no me retenía; también los dos doctores. Jonathan se arrodilló tras él y el herido echó atrás la cabeza sobre su hombro. Con un suspiro tomó, con débil esfuerzo, mi mano en la suya que estaba sin manchar. Debió de ver la angustia de mi corazón en mi rostro, pues me sonrió y dijo:

«¡Soy solo demasiado feliz de haber sido de alguna utilidad! ¡Oh, Dios!», gritó de pronto, esforzándose por incorporarse y señalándome, «¡Valió la pena morir por esto! ¡Mire! ¡mire!».

El sol estaba ahora justo sobre la cima de la montaña, y los destellos rojos caían sobre mi rostro, de modo que quedó bañado en luz rosada. Con un solo impulso los hombres se hincaron de rodillas y un hondo y fervoroso «Amén» brotó de todos mientras sus ojos seguían el gesto de su dedo. El moribundo habló:

«¡Gracias sean dadas ahora a Dios porque no todo ha sido en vano! ¡Vean! ¡La nieve no es más inmaculada que su frente! ¡La maldición ha pasado!».

Y, para nuestra amarga pena, con una sonrisa y en silencio, murió, un valiente caballero.

NOTA

Por Jonathan Harker

Hace siete años pasamos todos por las llamas; y la felicidad de algunos de nosotros desde entonces vale, creemos, bien el dolor que soportamos. Es una alegría añadida para Mina y para mí que el cumpleaños de nuestro hijo sea el mismo día en que murió Quincey Morris. Su madre guarda, lo sé, la creencia secreta de que algo del espíritu de nuestro valiente amigo ha pasado a él. Su manojo de nombres une a toda nuestra pequeña banda de hombres; pero lo llamamos Quincey.

En el verano de este año hicimos un viaje a Transilvania, y recorrimos el viejo terreno que era, y es, para nosotros tan lleno de vívidos y terribles recuerdos. Era casi imposible creer que las cosas que habíamos visto con nuestros propios ojos y oído con nuestros propios oídos fueran verdades vivas. Todo rastro de cuanto había sido estaba borrado. El castillo se alzaba como antes, erguido sobre un páramo de desolación.

Cuando volvimos a casa hablábamos de los viejos tiempos, que todos podíamos recordar sin desesperación, pues Godalming y Seward están ambos felizmente casados. Saqué los papeles de la caja fuerte donde habían estado desde nuestro regreso hace tanto tiempo. Nos sorprendió el hecho de que en toda la masa de material de

que se compone el registro apenas hay un documento auténtico; nada más que una masa de mecanografía, excepto los cuadernos posteriores de Mina y de Seward y míos, y el memorándum de Van Helsing. Difícilmente podríamos pedir a nadie, aunque quisiéramos, que aceptara esto como pruebas de una historia tan descabellada. Van Helsing lo resumió todo cuando dijo, con nuestro niño sobre las rodillas:

«¡No queremos pruebas; no pedimos a nadie que nos crea! Este niño sabrá algún día qué valiente y noble mujer es su madre. Ya conoce su dulzura y su cuidado amoroso; más adelante comprenderá cómo algunos hombres la amaron tanto que osaron mucho por amor a ella».

Jonathan Harker.

FIN

Notas de la traducción

No-Muertos. *Un-Dead* se tradujo «No-Muerto/a»: el que ha dejado de vivir sin haber logrado morir.

«Señora hemosa». En el original los niños llaman *bloofer lady* a la mujer del cementerio, deformación infantil de *beautiful lady*. Se dio «señora hemosa», deformación equivalente de «hermosa».

«Sangre» y «flor». *Bloody* y *bloomin'* son, en el inglés popular, un taco y su eufemismo. Se dejaron como «sangre» y «flor», que conservan el juego de la palabra censurada.

Estenografía. Jonathan, Mina y el doctor Seward anotan en taquigrafía o en fonógrafo; los pasajes que el texto señala como escritos así llevan una indicación entre paréntesis.

Nombres. Se conservaron los nombres propios y los títulos (lord Godalming, señor Morris, doctor Seward, madame Mina). Los lugares son los del original: Whitby, Purfleet, Carfax, Bistritz, el paso de Borgo.



LeyThra

Lee. Comprende. Crece.

Adaptado del inglés gracias a LeyThra

Drácula · Bram Stoker (1897) · Obra de dominio público. Traducción al español latinoamericano preparada por LeyThra.

leythra.com